15321
10969

GUIA

DEL

OFICIAL EN CAMPAÑA.

GUIA

DEL

OFICIAL EN CAMPAÑA.

POR

D. JOSÉ ALMIRANTE

BRIGADIER DE INGENIEROS.

Obra declarada de texto para las Academias de Infantería.

QUINTA EDICION CORREGIDA.

MADRID.
IMPRENTA Y FUNDICION DE MANUEL TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23.
1881.

Es propiedad del autor.

AL EXCMO. SR. D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN,

TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES, SENADOR DEL REINO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN DE CÁRLOS III, DE LA REAL Y MILITAR DE SAN HERMENEGILDO, DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DE LA DE CRISTO DE PORTUGAL Y LA DE SAN LUIS DE PARMA, CONDECORADO CON LAS DE SAN FERNANDO Y SAN JUAN DE JERUSALEN, Y OTRAS CRUCES DE DISTINCION POR ACCIONES DE GUERRA, GENTILHOMBRE DE CÁMARA DE S. M. CON EJERCICIO, INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS DE VALENCIA, ACADÉMICO DE HONOR DE LA DE SAN CÁRLOS DE LA MISMA CIUDAD, MIEMBRO DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE FRANCIA, DIRECTOR GENERAL DE INFANTERÍA, ETC., ETC.

EXCMO. SEÑOR:

A la iniciativa de V. E., ó más bien á la afectuosa distincion que hace tantos años le merezco, debe esta obrilla, en primer lugar su nacimiento; luego advertencias y consejos en los dos

meses no completos que tardó en escribirse; ahora estímulos y facilidades de publicacion.

Como la ofrenda por su pequeñez no expresaria bien el respeto al superior, ni la gratitud al amigo, me limitaré á consignar modestamente en la primera página este testimonio de invariable adhesion.

EXCMO. SEÑOR:

José Almirante.

Madrid 14 de Setiembre de 1868.

INFORME DE LA JUNTA CONSULTIVA

AL EXCMO. SR. MINISTRO DE LA GUERRA.

EXCMO. SEÑOR:

Sírvese V. E. en Real órden, que me comunica con fecha 29 de Abril último, prevenir que la Junta Consultiva de Guerra, bajo mi presidencia, informe el manuscrito de la obra que, con el título de «Guia del oficial en campaña,» ha escrito el Coronel, Oficial de reemplazo de la Secretaría del Ministerio de su digno cargo, D. José Almirante; el cual fué pasado á V. E. con oportuno oficio por el Director general de Infantería, solicitando que se adopte el trabajo del referido jefe para llenar el objeto designado en la Real órden de 11 del mes de Diciembre de 1866, expedida con el fin de que se supriman las Bibliotecas regimentales existentes en el arma puesta bajo su direccion.

Para dar cumplimiento á la soberana resolucion citada, en primer lugar dispuse que dicho manuscrito fuera examinado con detenimiento y reflexion por el Vocal de la Junta referida, Mariscal de Campo D. Crispin Ximenez de Sandoval, á fin de que despues extendiese un informe, si bien compendiado, que, dando una idea de la obra en cuestion, pudiera servir de base al debate en que, con pleno conocimiento de la materia, juzgaran conveniente exponer sus particulares apreciaciones todos y cada uno de los Señores Generales que componen tan respetable cuerpo consultivo.

El informe presentado dice así:

«Excmo. Sr.: He examinado detenidamente el manuscrito que con el título de «Guia del oficial en campaña» acaba de producir el coronel D. José Almirante y que, unido á la Real órden de 29 de Abril último que á él se refiere, ha tenido V. E. la dignacion de remitirme á fin de que informe á esta Junta Consultiva sobre las condiciones que pueda reunir como obra de texto para los Oficiales de Infantería, á cuya ins-

truccion lo destina el Excmo. Sr. Director general del arma.

Si lisonjero es siempre el emitir un dictámen favorable sobre cualquiera produccion que tienda al mejoramiento de nuestro Estado militar, lo es sobremanera cuando, como ahora, esa produccion se dirige á imbuir en nuestros oficiales, no sólo los conocimientos que les son absolutamente necesarios para el servicio de campaña en sus múltiples atenciones, sino que tambien otros varios que, áun dentro de los límites que circunscriben un objeto al parecer práctico, los ensanchan y dilatan hasta abrazar principios de los más trascendentales en el variado y difícil arte de la guerra. El «Guia del oficial en campaña» que ha presentado el coronel Almirante, ofrece efectivamente esa que bien pudiera tomarse por condicion importantísima en la época actual; pues que al dictar las máximas reconocidas por más sanas en el fin á que se dirige principalmente, inicia problemas y provoca discusiones que no pueden ménos de despertar la curiosidad, ya que no la aficion, á estudios muy convenientes á cuantos en grados superiores aspiran al mando ó á la consideracion de sus compañeros de armas.

El coronel Almirante, al exponer en la introduccion el objeto de su obra, advierte: «que lejos de explanar las altas y complicadas doctrinas del arte de la guerra, solamente desmenuza algunos de sus más ordinarios pormenores, cuyo conjunto forma el servicio del oficial en campaña.» Y añade: «Abundan, quizá demasiado, las obras militares en que con más ó ménos acierto se tratan cuestiones abstractas, elevadas y complejas del arte de la guerra: todas ellas pretenden, al parecer, formar un buen oficial general; faltaba en España una más modesta, que tuviese por objeto servir, no de texto, sino de guia ó de manual al oficial particular. Bajo esta idea puramente práctica y limitada, pero cuya utilidad es incontestable, se ha procurado reunir y condensar en poco volúmen, y á manera de libro de memoria ó índice razonado, una multitud de reglas, máximas, advertencias y pensamientos, que en algunos oficiales despertarán curiosidad, en muchos recuerdo, y en todos probablemente el deseo de perfeccionar instruccion.»

La idea que se trasparenta bajo la modestia del enunciado, tiene indudablemente mayor alcance. El autor, cuya aficion al estudio, se halla acreditada en esta Junta por trabajos mucho más extensos y que han merecido de ella una censura sumamente benévola pero justa, intenta trasmitirla á la oficialidad de las armas generales, por medio de la vulgarizacion rápida, somera, incompleta de suyo, pero de inmediato á la vez que provechoso resultado. El título, la contextura, hasta el volúmen de la obra responden á este pensamiento; pues sólo con él podria pretenderse encerrar en 512 páginas

materias que requieren mucho mayor espacio por su número y variedad. Para vencer la indolencia y para corregir el desvío hácia los estudios técnicos, no sería ciertamente un medio muy discreto el de amenazar con vastos programas, ni abrumar con pesados volúmenes; más conveniente parece tomar, aunque no fuese el más derecho, cierto camino de exploracion que salve los escollos, y mejor es perder algo en profundidad para ganarlo en extension; demostrando á la vez, con la ligereza y amenidad de la forma, que no es tan árido como quiere suponerse el campo de los estudios militares.

Y no es que en España tengamos que lamentar esa incuria y ese desvío, en las proporciones que algunos han querido suponer, en la masa general de nuestros oficiales: esta Junta se ha ocupado y con frecuencia en el exámen de varias obras de mérito no vulgar, y que casi todas han alcanzado justos elogios y recomendaciones sinceras. Aun así, el número de los trabajos literarios que ha visto esta corporacion es insignificante, comparado con el de los que han visto la luz pública revelando un grado de instruccion mucho más alto que el que generalmente se atribuye á los oficiales del ejército español.

Sin embargo, es de la mayor conveniencia el desterrar esa preocupacion sobre la aridez de los estudios militares, tras de la cual se guarecen la incuria ó la indiferencia, y á la que no contribuyen poco el giro elevado y hasta pomposo que por una parte suele darse á todas las cuestiones de la carrera, miéntras que por otra se les ahoga en detalles ínfimos, tan rutinarios como enojosos. Descender de golpe desde la altura teórica en que se manejan numerosos batallones, hasta el arreglo de las escuadras de una compañía, forzosamente ha de producir un choque desagradable, un verdadero desencanto en el ánimo impaciente ó inexperto del jóven oficial. Por eso el autor del «Guia» señala con acierto, desde la primera página, la línea divisoria que no quiere rebasar; descarta resueltamente nociones de aplicacion dudosa; y resbalando, puede decirse, sobre asuntos complejos y nada más que apuntando generalidades sobre otros facultativos, facilita la lectura, que puede muy bien no ser seguida, con artificiosa interpolacion, y la hace amena y provocadora para otras más profundas y trascendentales.

Así se logrará un doble objeto: el oficial ve que no es necesario remontarse á la esfera del mando de una division ó de un ejército para que se le presenten ocasiones de desplegar y hacer valer grandes dotes militares; y en opuesto sentido, comprende que hay algo más allá de la mecánica de cuartel y del servicio de guarnicion. Tal vez al propagarse en las filas ciertas ideas, se despierte emulacion en los jefes de cuerpo, y, convirtiendo las academias en verdaderas conferencias sobre puntos importantes, encuentren en el «Guia» un índice

razonado, como dice el autor, para explanar y ampliar el tema de algunos capítulos con la luz de su talento y la autoridad de su experiencia.

Tiempo es ya de que el oficial, sin negar preferencia de atencion á sus tareas reglamentarias, levante un poco la vista y observe el movimiento progresivo que por todas partes le envuelve y le empuja. La guerra participa de él sensiblemente; nuevos soldados, nuevas armas, nueva táctica y hasta nuevas leyes regirán en lo futuro; urge, por lo tanto, prepararse, ilustrando y robusteciendo el espíritu, dando á la parte moral y científica de nuestra profesion el lugar elevado que le corresponde. En este concepto, sin extraviarse por arriba en teorías ni abstracciones; sin hundirse por abajo en prolijidades enojosas, el «Guia del oficial,» nutrido de máximas saludables, podrá circular con fruto, avivando el estímulo en los que le tienen adormecido.

La obra, pues, se recomienda por su objeto esencial, que es, ademas del que revela su título, ensanchar el círculo de estudio, especialmente en los grados inferiores, y hacer ver que no es tan estrecho que en él no quepan muchas y variadas manifestaciones de aptitud y actividad.

Respecto al desempeño, no tendría el que suscribe para ponerlo de manifiesto, más que recordar á esta Junta el que ya elogió en la redaccion de los artículos que el coronel Almirante presentó de su «Diccionario de la lengua militar de España.» El del «Guia» no desmerece en nada del de aquella obra; dentro, por supuesto, del objeto y de las condiciones suyas tan diferentes.

Despues de definir en los tres primeros capítulos el Estado militar; las propiedades que deben reunir el ejército en general y los de operaciones en particular segun su índole y objeto, y los principios fundamentales de la estrategia y de la táctica, pasa el autor á contraer sus observaciones á los pormenores de esas mismas operaciones, y de las que, por no tener tanta importancia, han recibido el nombre de «secundarias» en el estudio y la práctica de la guerra. Las marchas y el modo de ejecutarlas; los acantonamientos, las posiciones y su eleccion, y el modo de hacer el servicio avanzado, abrazan los capítulos siguientes hasta el 8.°, en que despues de manifestar lo que son las batallas y los combates, se dictan las reglas más autorizadas por los principios del arte y por la experiencia, para darlas y sostenerlos con éxito. El capítulo 9.° prescribe las diferentes clases de los destacamentos que pueda exigir la guerra, y la manera de que llenen su mision en ella; el 10.°, las maniobras más convenientes para el dominio ó la defensa de los rios, así como las más rápidas para la traslacion de las tropas y de su material de una orilla á otra; y el 11.°, la forma en que debe

mantenerse la guerra en los países montuosos, cubiertos de bosques ó accidentados por desfiladeros, cuyo conocimiento puede proporcionar tantos recursos, especialmente en una guerra nacional. Los convoyes sus condiciones y necesidad están detallados en el capítulo 12.º, y en el siguiente las sorpresas y emboscadas, tan frecuentemente dirigidas contra ellos y contra los destacamentos del enemigo; los forrajes, sus diferentes especies y la forma en que pueden ejecutarse, si la guerra ha de mantener la guerra, tienen su lugar en el capítulo 14.º En el 15.º, el autor se remonta á describir las propiedades de las fortificaciones de campaña; lo mismo las obras accesorias con que deben cubrirse las posiciones elegidas para recibir una gran batalla, como las más indispensables para la defensa de un bosque, de un puente ó de una poblacion. Por fin el 16.º, último de los que forman la obra, contiene el asunto importantísimo de los reconocimientos, la teoría del terreno y la manera de observarlo militarmente, para mejor aprovechar sus accidentes, tan distintos siempre como lo es la naturaleza en todas sus manifestaciones. *

Tal es el trabajo del coronel Almirante, cuya utilidad para el estudio está revelando la sola enunciacion de las materias que comprende. Distínguese en él lo sano de las doctrinas, de absoluta necesidad si el libro ha de tenerse por reglamentario; órden rigoroso y grande claridad para el enunciado y la explanacion de los preceptos y de las ideas emitidas en cada uno de los capítulos que lo componen; estilo propio, no humilde y que hastíe en un asunto no tan ameno como algunos desearian para conocerlo casi sin estudio; elevado y digno, pero sin petulancia, para que excite pensamientos levantados y noble y generosa emulacion; las condiciones todas, en fin, que han de hacer del «Guia» un compañero inseparable del oficial en campaña.

Cree, pues, el que suscribe, que la Junta podria contestar al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, que el manuscrito del coronel Almirante llena cumplidamente el objeto á que propone se destine el Director general de infantería en su comunicacion de 23 de Abril último.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 18 de Mayo de 1867.—Excmo. Sr.—Crispin Ximenez de Sandoval.»

El escrito inserto ha sido adoptado como dictámen de la Junta que tengo la honra de presidir, declarando en consecuencia que la obra, cuyo manuscrito devuelvo á manos de V. E. segun ordena, cumple satisfactoriamente con el objeto

* Al corregir la presente edicion, se han refundido en diez los antiguos capítulos.

que se proponía llenar el Director general de infantería, y puede servir para que los oficiales del arma amplien los conocimientos que tengan, ó adquieran aquellos que les faltasen y es conveniente posean los militares de toda graduacion.

Pero la Junta no se ha limitado á dar su parecer en el sentido que va expuesto, sino que opina debe acompañar á la obra cuando fuere impresa, el informe antes inserto y su aprobacion por la Junta; con el fin de que su lectura sirva como testimonio del justo premio concedido á la laboriosidad del autor, y como noble estímulo para los individuos todos del ejército que se sientan con fuerzas para seguir el camino del coronel Almirante.

Grande es mi satisfaccion, Excmo. Sr., llenando la tarea de consignar por segunda vez en corto espacio de tiempo, el merecido elogio de trabajos sometidos al informe de esta Junta, como fruto de los desvelos de nuestros militares: no ha mucho, en 8 de Enero último, la tuve no menor al dar cuenta del que recayó acerca del contenido del primer tomo de la «Historia de la guerra de la Independencia,» escrito por el brigadier de caballería D. José Gomez de Arteche, acerca del cual ha opinado aquella con ocasion del nuevo informe, que se haga lo mismo que queda apuntado con respecto al «Guia del oficial en campaña,» esto es, que se ha de insertar en él, cuando sea impreso, el suscrito por los Vocales ponentes, Tenientes generales D. José Luciano Campuzano y D. Eduardo Fernandez San Roman, con fecha 30 de Diciembre de 1866, del cual se acompañó copia en mi referida comunicacion de 8 de Enero; escrito que sirvió de márgen á la unánime y entusiasta manifestacion que tuve la honra de hacer conocer á V. E. en los términos y tiempo debidos.

Ruego, pues, á V. E. que se sirva inclinar el ánimo de S. M. la Reina (q. D. g.) para que se digne aprobar cuanto va expuesto, por conceptuarlo conveniente al bien del servicio.

Dios guarde V. E. muchos años.—Madrid 10 de Junio de 1867.

Excmo. Señor:

El Capitan General, Presidente,

Manuel de la Concha.

ÍNDICE POR CAPÍTULOS.

(Otro indice dispuesto por órden alfabético al fin de la obra, á manera de vocabulario, señalará la página en que se da definicion ó explicacion de cada voz técnica importante).

INTRODUCCION.

Distincion entre Arte militar y Arte de la guerra.—Objeto de esta obra.—Páginas 1—8.

CAPÍTULO I.

EJÉRCITO DE OPERACIONES.

Estado militar.—Ejército permanente.—Reserva.—Ejército activo.—Ejército de operaciones.—Estado Mayor General.—Cuartel general.—Organizacion.—Composicion.—Constitucion de la guerra.—Política militar.—Brigada.—Division.—Cuerpo de ejército.—Ejército expedicionario, aliado, auxiliar, coligado, combinado, sitiador, de socorro, de observacion.—Cualidades: movilidad, solidez, consistencia, confianza, superioridad.—Páginas 9—33.

CAPÍTULO II.

ESTRATEGIA Y TÁCTICA.

Definiciones: Operacion.—Expedicion.—Diversion.—Demostracion.—Teatro de la guerra.—Teatro de operaciones.—

Base.—Eje.—Frente.—Puntos.—Líneas.—Concentracion.—Unidad.—Contacto.—Movimiento.—Maniobra.—Evolucion.—Formacion.—Columna.—Reserva.—Páginas 35—69.

CAPÍTULO III.

MARCHAS Y CAMPAMENTOS.

1. Marcha de viaje y de maniobra.—2. Vanguardia.—3. Retaguardia.—4. Flanqueo.—5. Marchas ofensivas, retrógradas, en retirada.—6. Marchas de frente y de flanco.—7. Marchas forzadas, secretas, á la ligera, en posta, por ferrocarril, de noche.—8. Advertencias generales.—9. Campamentos.—10. Vivac.—11. Acantonamientos.—Páginas 71—126.

CAPÍTULO IV.

SERVICIO AVANZADO.

1. Ideas generales.—2. Fuerza y colocacion de los puestos.—3. Comandante de avanzada.—4. Centinelas.—5. Patrullas.—6. Reten.—7. Descubierta.—8. Partidas sueltas.—9. Espías.—10. Guias.—11. Desertores.—12. Parlamentarios.—13. Guerrilleros.—Páginas 127—173.

CAPÍTULO V.

BATALLAS Y COMBATES.

Batalla: 1. Definicion.—2. Consideraciones.—Máximas.—Preceptos.—2. Orden paralelo y oblícuo.—Combate: 3. Disposicion preparatoria.—4. Accion y efecto de las armas.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—5. Posiciones.—6. Ofensiva y defensiva.—Punto-llave.—Movimiento envolvente.—7. Retirada y persecucion.—8. Conclusiones.—Páginas 175—276.

CAPÍTULO VI.

DESTACAMENTOS.

1. Advertencias y reglas generales. — 2. Convoyes.—3. Sorpresas y emboscadas.—Páginas 277—319.

CAPÍTULO VII.

MANIOBRAS SOBRE RIOS.

1. Ofensiva y defensiva en general.—2. Defensiva.—Guarda de un rio.—3. Defensa de un puente.—4. Paso de un rio á viva fuerza.—5. Puentes de circunstancias ó del momento.—6. Precauciones para el paso de un puente.—7. Paso por vados, en barcas, á nado, sobre el hielo.—Páginas 321—349.

CAPÍTULO VIII.

OPERACIONES EN MONTAÑAS.

1. Consideraciones.—Textos.—2. Diferentes casos.—3. General y tropas.—4. Telégrafos.—Señales.—5. Defensa.—Reparticion de las fuerzas.—Posiciones. — Contraaque.—Fortificacion.—6. Ataque.—7. Desfiladeros.—Páginas 351—399.

CAPÍTULO IX.

FORTIFICACION DE CAMPAÑA.

1. Consideraciones.—2. Reglas generales.—Nomenclatura. 3. Revestimientos. — 4. Defensas accesorias.—5. Aplicaciones más usuales.—6. Ataque y defensa.—7. Demoliciones.—8. Combates en las calles.—9. Resúmen.—Sitios de plazas. —Páginas 401—490.

CAPÍTULO X.

RECONOCIMIENTOS.

1. Definicion.—Ideas generales.—2. Teoría del terreno.—3. Orografía: Montañas.—Valles.—Llanuras.—Mesetas.—4. Hidrografía: Fuentes.—Lagos.—Rios.—5. Topografía.—Distancias inaccesibles.—Orientacion.—Meridiana.—6. Reconocimientos especiales.—Páginas 491—590.

INTRODUCCION.

Distincion entre Arte militar y Arte de la guerra.—Objeto de esta obra.

El uso ha llegado á confundir las expresiones *Arte militar* y *Arte de la guerra*. En obras militares recientes se procura mayor exactitud y deslinde en la denominacion de ramos del saber tan importantes. Por medio de un paralelo rápido, en que se manifiesten de relieve los puntos de oposicion ó diferencia, quizá se consiga disminuir en algo esa dificultad de definicion, que en todas las lenguas rodea á las palabras más usuales y de complicado sentido.

A primera vista parecerá sutil, ó cuando ménos ociosa, esta distincion; pero á poco que se medite sobre el adjetivo *militar* y el calificativo *de guerra*, se ve que distan mucho de ser equivalentes ó sinónimos.

Repárese, por ejemplo, en el diferente significado que envuelve Estado *militar* y Estado *de guerra*, Administracion *militar* y Administracion *de la guerra*, Constitucion *militar* y Constitucion *de la guerra*.

Desde luégo el *arte militar* existe siempre, en ambos tiempos *de paz* y *de guerra;* porque en la *paz* vive tambien, crece

y se desarrolla en el organismo de un pueblo el *espíritu* y el *elemento militar*, aunque bajo forma siempre latente y algo escondida ó menospreciada; miéntras que lo concerniente á *guerra* sólo puede existir en su ocasion, cuando, rotas las hostilidades, pasa un país á ser dominado durante algun tiempo y casi exclusivamente por el arte, el sistema y la constitucion militar.

Se ve, pues, que el adjetivo *militar* lleva en sí una idea esencial de generalidad, de perpetuidad, de armonía; y así, pudiera decirse que el *arte militar* es al *de la guerra*, lo que el pensamiento á la accion; lo que el todo á la parte; lo que la regla, la costumbre y la generalidad á la excepcion. El uno «prepara» lo que el otro «ejecuta.»

El *arte militar*, en toda su extension, es la base eterna en que apoyan los pueblos su existencia social, su independencia y su gloria. Este arte inmenso abraza cuanto concierne á la organizacion, al mecanismo, al entretenimiento, al fomento, á la direccion, en fin, de cuantos medios y recursos emplean las naciones para mantener con las armas su derecho y su nombre.

El *arte militar* tiene larga historia, profunda filosofía y controvertidos dogmas. Obras de los siglos, es el resultado de descubrimientos, de experiencias, de observaciones que vienen alternativamente eslabonándose desde la infancia de la humanidad.

El *arte militar* absorbe en sí todo el saber repartido en los múltiples ramos del servicio del Estado con relacion á la *guerra;* sigue atento la marcha social (evitando muchos tropiezos), no sólo del país propio, sino de los extraños; calcula y mide por la estadística las fuerzas de uno y otros; se apropia apresurado las invenciones y mejoras; se anticipa y asocia con la diplomacia para prevenir los sucesos; se amolda al progreso de las leyes sociales vigentes, dando á su código especial militar el carácter y condiciones á que aquellas y las costumbres le obligan.

El *arte militar*, por su perpetuidad, conserva en su historia archivos de datos, cuya oportunidad nunca pasa y cuya consulta y confrontacion es provechosa. Los recuerdos de Grecia y Roma formarán siempre el fondo de estos preciosos archivos, en cuantos países admitan la máxima fecunda, de que «el hombre es el primer elemento de guerra.» Por eso el *arte militar* entiende en entresacar de la masa social, adiestrar, educar, guiar, animar, mantener y sobre todo conservar al hombre. Cediendo á los principios de humanidad, compatibles con su sangriento objeto, remunera al que inutiliza, le rodea de precauciones médicas, estimula su instruccion como ciudadano y le devuelve á la masa comun, de donde salió con las ideas fuertemente impresas de patria, de honor y de gloria.

A todo el de fé ardiente que quiere seguir con honra la áspera carrera, le ofrece el *arte militar*, como árbol frondoso, variedad de ramas siempre florecientes: el arte subalterno de cualquiera de las armas generales, como infantería ó caballería; ó el de la artillería ó fortificacion; ó el de la justicia y administracion; ó el de la geografía ó topografía; ó el de la táctica y estrategia: y puesto que la organizacion humana no tiene bastante capacidad ni alcance para el estudio completo y profundo de todos los ramos, escoge uno de predileccion, abarcando al mismo tiempo, en cuanto puede, el conjunto de los otros por el tronco, por el *arte militar*. Como fruto de sus progresos, los países ostentan *sistemas, instituciones* y *constituciones* militares más ó ménos perfectas, y para resultados de tal cuantía, preciso es que el *arte militar* se funde y gire sobre la base comun del Estado, sobre su gobierno, administracion y presupuesto.

Considerado el *arte militar* desde este elevado punto de vista, se ve que el *arte de la guerra* es sólo la parte exclusiva del *arte militar* que concierne al *mando* y *gobierno*, á la *direccion* de las *operaciones* de un *ejército activo en campaña*

abierta. La expresion *arte de la guerra* era desconocida hasta hace poco: los clásicos de nuestros buenos tiempos nunca la usan: he aquí uno de tantos nombres nuevos para cosas viejas como el mundo. El *arte militar* tuvo nacimiento en el punto en que los pueblos primitivos, cansados de chocar en masa y sin concierto, encargaron del arreglo de sus diferencias por la vía de las armas á un número delegado de sus miembros, mientras el resto atendia á su mantenimiento. Por eso, aunque parezca extraño, el *arte de la guerra* es muy anterior en existencia al *arte militar*, como la inspiracion precede á la regla, como el poema precede siempre á la historia, como el hecho precede á la precaucion.

Por las revoluciones y evoluciones de la sociedad, la *guerra*, que era el estado habitual, la industria, la manera de ser primitiva de los pueblos, ha venido á reducirse á una conmocion, un desarreglo pasajero de la máquina social; y el *arte* único, confundido entónces, *militar ó de la guerra* ha tenido que dividirse, quedando el último como accidental y transitorio, porque accidental y hasta accesoria se considera hoy la guerra en la vida más tranquila de las naciones modernas.

El *arte militar*, el que entiende en crear, educar, mantener y fomentar la *milicia*, esto es, el *estado militar* de un país, bien se ve que es tan propio del tiempo de paz como del de guerra; es universal y necesario para cuantos ciñen espada; se gradúa y amolda á cada individuo segun su posicion, su grado y sus aficiones particulares de estudio: al paso que el *arte de la guerra*, es decir, el de *llevar un ejército activo al combate*, no puede desplegarse sino en *guerra abierta*, y concierne en su parte más elevada y preferente al General en Jefe. Puesto que la índole de la milicia admite y consagra la unidad absoluta en el mando, el General sabe por el *arte de la guerra* la direccion, combinaciones y formas que ha de dar á la fuerza armada que rige. Por el arte, y segun el arte,

escogerá y sentará su base y líneas de operaciones, calificará los puntos, utilizará el terreno, aplicará la estrategia y usará de la táctica. Pero este arte concreto de la guerra práctica, por la eventualidad de sus aplicaciones, por lo imprevisto de sus lances, por lo indefinido de sus casos, no puede someterse al rigorismo y precision de principios que rigen en las hipótesis, ejercicios y simulacros, sobre los cuales se estudia el *arte militar*.

Un escritor francés dice: «que el verdadero *arte de la guerra* se cierne sobre los sistemas y se sirve de todos sin abusar de ninguno,» y el verdadero *arte militar* forzosamente ha de ser producido por un *sistema*. El *arte de la guerra* es al *arte militar* lo que el desenlace á la prevision; es en tiempo de paz «el objeto» y en tiempo de guerra el «resultado» del *arte militar;* pero no es su consecuencia precisa, así¡como el duelo no es consecuencia de la esgrima, ni la epidemia proviene de la ciencia médica.

Cuanto tiene de positivo y hasta de matemático el *arte militar*, otro tanto tiene de vago y hasta de poético el *arte de la guerra*.

Reclutar hombres y adiestrarlos; fortificar fronteras y puntos estratégicos; fundir cañones, adquirir caballos, crear recursos, organizar ejércitos, reservas y marina; prevenir reveses, avivar el espíritu militar con recuerdos gloriosos, con leyes de ascensos, recompensas y retiros, excitar el patriotismo..... todo esto, bien se alcanza, que ejecutado en calma, llevará siempre el sello de la prevision, de la utilidad y del acierto, por poco versados que en el arte militar estén el Jefe de un Gobierno y los hombres que le aconsejan.

¡Cuán diferente y escabroso camino ofrece el *arte de la guerra* al *General* y al *Ejército* que han de practicarlo en el campo y al frente del enemigo! La victoria, objeto de sus afanes, no puede encadenarse con principios ni reglas abstractas. «Oficio de bárbaros, exclamó despechado Napoleon I vol-

viendo de Moscou, en que todo el arte consiste en ser el más fuerte sobre el punto decisivo.» Y en efecto, descubrir ese punto *decisivo*, y sobre él ser el más fuerte, es la condensacion de la doctrina de millares de volúmenes.

Sobre esa aparente trivialidad, como en pedestal eterno, se alzarán ante todas las generaciones los nombres de Alejandro, César, Gonzalo de Córdova, Gustavo Adolfo, Turena, Federico y Napoleon.

¡Pero cuánto génio, cuánta energía de alma y de cuerpo, cuánta voluntad, cuánta fortuna requiere la aplicacion de ese principio encerrado en tan pocas palabras! ¡Estudiar *los hombres, las armas, el terreno!* Este es el verdadero estudio del *arte de la guerra;* estudio que en la paz difícilmente se prepara y en la guerra viva parece casi imposible.—¿Quién se atreverá á escribir el Manual del General en Jefe?—exclamaba el duque de San Miguel. ¿Quién, en efecto, puede jactarse de conocer al hombre? ¿Quién, sin haberle probado, pretende saber conmoverle, inflamarle, subyugarle?

Pero, dejando aparte el «corazon humano,» principal elemento de la guerra, tan poderoso ó tan débil, segun las pasiones que le agitan, sólo con el estudio de los otros dos elementos, *las armas* y *el terreno*, por independientes que quieran suponerse de la voluntad y de la influencia del hombre, se hace por demás complicado é indefinible el *arte de la guerra*.

Al abrir una campaña el General, con todos sus recuerdos de estadística, geografía y diplomacia histórica, tiene que conocer el ejército y el país contrarios con tanta certeza casi como los suyos propios; tiene que adivinar, y proveer y satisfacer las necesidades de su ejército, arreglar en consecuencia sus marchas y sus víveres, alimentar la guerra con la guerra; escoger el teatro favorable, conservar sus líneas, amenazar las contrarias, utilizar el terreno, acomodar á él sus fuerzas; organizar y conservar lo que se conquiste; inquietar constantemente al enemigo, haciendo imposible la ofensi-

va é insoportable la defensiva. Si se viene á las manos, reconocer de una ojeada el campo de batalla, ver en él anticipadamente desenvuelto el juego de las distintas armas, determinar el punto vulnerable, sorprender el secreto del contrario, adivinar sus maniobras, prevenir las que han de oponérsele, desbaratarle, dispersarle, perseguirle..... Si la fortuna vuelve el rostro, si el número hay que suplirlo con la energía y el teson, si la victoria no puede alcanzarse de un golpe, aquí del «no importa» de nuestros padres en la guerra de la Independencia; aquí del espíritu romano, que premia al General vencido por no haber desesperado de la salvacion de la patria; apelar á estratagemas, emboscadas y sorpresas; buscar rios, desfiladeros y montañas, multiplicarse, desaparecer; caer como el rayo sobre convoyes, forrajes y puestos, sobre comunicaciones y retaguardia; provocar combates parciales, evitar batallas, repetir algaradas, fingir dispersiones, desorientar, marear al enemigo y llegar á vencerle, ó mejor dicho, á exterminarle sin combatir.....

Tan rápidos y desordenados como en esta enumeracion, suelen presentarse los hechos en la *práctica del arte de la guerra*.—Con más calma y mesura puede procederse en el *arte militar*. Este tiene pacíficos lugares de estudio en las bibliotecas, en los colegios y academias especiales, en los salones de ministerios y consejos, en los campos de maniobras y asambleas, donde se fingen los peligros despues de haber escogido el modo de vencerlos. El *arte de la guerra* se practica sobre campos de batalla en mar y tierra, donde se siente el golpe ántes muchas veces que el amago.

No es fácil, pues, elegir entre las varias definiciones de los autores, una que sobresalga por su precision y exactitud. Unos dicen, con Guibert, que el *Arte de la guerra* es «vencer y hacerse daño con el mayor éxito posible.» Otros, con Rocquancourt, «vencer una fuerza mayor con una menor.» Desde principios del siglo actual se acepta generalmente que es «reunir y emplear en el instante favorable un número supe-

rior de tropas sobre el punto decisivo.» El resultado siempre es el mismo: *vencer*.

Deslindados así en cuanto es posible, el *arte militar* y el *arte de la guerra*, ya se puede anunciar y prevenir al lector que sobre el segundo gira exclusivamente la materia de este libro; pero advirtiéndole desde luégo que, lejos de explanar, ni áun tocar, sus altas y complicadas doctrinas, solamente desmenuza alguno de sus más ordinarios pormenores, cuyo conjunto forma *el servicio del Oficial en campaña*.

Abundan, quizá demasiado, las obras militares en que con más ó ménos acierto se tratan cuestiones abstractas, elevadas y complejas del *arte de la guerra:* todas ellas pretenden, al parecer, formar un buen *Oficial general;* faltaba en España una más modesta, que tuviese buenamente por objeto servir, no de texto, sino de guia ó de manual al *Oficial particular*. Bajo esta idea, puramente práctica y limitada, pero cuya utilidad es incontestable, se ha procurado reunir y condensar en poco volúmen, y á manera de libro de memoria ó índice razonado, una multitud de reglas, máximas, advertencias y pensamientos, que, en algunos oficiales despertarán curiosidad, en muchos recuerdo, y en todos probablemente el deseo de perfeccionar su instruccion. La única novedad y perfeccion á que puede aspirar un libro de este género, es á presentar lo que anda esparcido en otros muchos, con nuevas condiciones de exposicion, método, sencillez y claridad.

CAPÍTULO PRIMERO.

EJÉRCITO DE OPERACIONES.

Estado militar.—Ejército permanente.—Reserva.—Ejército activo.—Ejército de operaciones.—Estado Mayor general.—Cuartel general.—Organizacion.—Composicion.—Constitucion de la guerra.—Política militar.—Brigada.—Division.—Cuerpo de ejército.—Ejército: expedicionario, aliado, auxiliar, coligado, combinado, sitiador, de socorro, de observacion.—Cualidades: movilidad, solidez, consistencia, confianza, superioridad.

El *Estado militar* de un país constituido como el nuestro comprende (no contando la Marina) aquella parte de su poblacion consagrada, voluntaria y forzosamente por la ley, á mantener por medio de la *fuerza* la integridad del territorio, la independencia y la gloria nacional; á llevar la guerra al exterior, y á sostener en el interior las instituciones y el órden público gravemente alterado.

En el *Ministerio de la Guerra*, como alto centro ejecutivo, viene á confluir la accion orgánica, administrativa, gubernativa y legislativa distribuida en otras varias dependencias superiores, como las Direcciones é Inspecciones generales de las armas é institutos, la Junta consultiva, la Seccion de Guer-

ra del Consejo de Estado, el Supremo de la Guerra y el de Redencion y enganche.

Toda esta accion diseminada en los varios órganos del *Estado militar* concurre á crear, organizar, mantener, conservar, fomentar el *Ejército permanente*, como institucion social de los tiempos modernos.

El *ejército permanente* se compone ordinariamente de dos partes principales: el *ejército activo*, que no deja las armas de la mano, y la *reserva*, de varios órdenes, modos ó sistemas, que las toma cuando es llamada por *decreto* del Gobierno ó Poder ejecutivo, y más bien por el legislativo, es decir, por *ley* hecha en Córtes.

Al estallar una guerra, ó al prevenirla, el ejército permanente, dejando su forma constitutiva ó el *pié de paz*, se *moviliza*, es decir, se organiza con arreglo á las circunstancias y á los preceptos del *arte militar*, en uno ó varios *ejércitos* de *operaciones*, que, bajo el *pié de guerra*, entran *en campaña*.

Si en vez de *Estado militar*, se pudiera hoy restaurar en su sentido latino y recto la voz *Milicia*, más breve y expresiva tambien que *ejército permanente*, podria decirse que *ejército* es la porcion válida y guerrera de esta *Milicia*, la más apta y aparejada para la *guerra* á la primera señal; y que éste *ejército activo*, en el acto de *entrar en campaña*, se convierte con ligera preparacion en *ejército de operaciones*.

Por la índole de este libro y la materia del capítulo, son indispensables, pero tienen que ser muy breves, algunos datos y consideraciones sobre *organizacion*.

Un *ejército de operaciones*, cuando no lo manda en persona el Jefe del Estado, se pone bajo el *mando, gobierno y direccion* exclusivo de un *General en Jefe*, título moderno que reune las funciones, atribuciones, derechos y deberes antiguamente asignados al Condestable, Generalísimo y General de ejército.

Por lo regular, á propuesta del General en Jefe se nombra el *Jefe de Estado Mayor General*, que junta las antiguas fun-

ciones del Cuartel maestre y del Mayor general, y las modernas que el *arte de la guerra* va sucesivamente acumulando. Este cargo de confianza y de especial aptitud, eje verdadero del mecanismo *técnico* de un *ejército en campaña*, ordinariamente recae en un oficial general. Si el General en Jefe tiene la dignidad, suprema en la milicia, de Capitan general, su Jefe de Estado Mayor puede ser, y es por lo comun, Teniente General.

Sobre estos dos altos pilares principia á levantarse y descansa luego la complicada máquina de un *ejército de operaciones*. El primero el *General en Jefe*, centro, por decirlo así, de todo el sistema, atiende al *mando* en toda su latitud, á la *direccion* en sus altas concepciones. Al segundo le incumbe más directamente el *gobierno* en su mecanismo y sus detalles, la *ejecucion* en sus pormenores.

Uno y otro se rodean del número y clase de Oficiales que tienen por conveniente, predominando los facultativos y entre ellos los del cuerpo especial de estado mayor. La reunion de todos ellos, con sus dos Jefes, constituye lo que antes se llamó Plana Mayor y ahora *Estado Mayor General del ejército de operaciones*; órgano y oficina central de donde parten, y adonde concurren, los varios y múltiples elementos de la *direccion* del ejército.

Admitida en casi todos los países la *organizacion divisionaria* para la guerra, el Estado Mayor General y el Ministerio de la Guerra distribuyen y agrupan las diferentes *unidades tácticas* en *brigadas y divisiones*, como luego se dirá, bajo el mando de sus respectivos *Generales comandantes*, á ménos de reservarse para sí el General en Jefe el mando personal y directo de alguna de las principales fracciones.

En la antigua organizacion á que la Ordenanza se refiere (1768), en que el ejército era, por decirlo así de una pieza, entraban en la *Plana Mayor general* los *Mayores Generales* de todas las armas é institutos, cargo misto que más tenia de

inspeccion que de *mando;* además los verdaderos *Inspectores* y un número indeterminado y siempre crecido de Oficiales generales de todos grados, con el nombre de *empleados*, que turnaban por dias en el *servicio de campo* y *de trinchera*, y mandaban en accion de guerra el trozo de *línea* que se les asignaba. (Véase el título 3.º, tratado 7.º de la Ordenanza.)

El *principio divisionario* que rige actualmente, ha corregido los defectos de esta fluctuacion y alternativa en el mando. Hoy sólo acompañan al General en Jefe en calidad de *Subinspectores*, para la parte *facultativa* puramente ó *técnica* de su *especial* servicio, dos Oficiales generales ó Jefes de artillería é ingenieros, que llevan á sus órdenes un *Mayor general* ó segundo jefe para el detalle, y algunos oficiales sueltos. Todos juntos constituyen la *plana mayor facultativa* de cada cuerpo, que completa bajo este aspecto el Estado Mayor General. Algunos pocos oficiales agregados, de graduacion generalmente inferior, asisten *á las inmediatas órdenes* del General en Jefe, que los destina ó comisiona en lo que conviene.

El importante *servicio administrativo* del ejército tiene cerca del General en Jefe su cabeza y representante en un *Intendente* ú Oficial superior del Cuerpo especial; el *sanitario* en un *Inspector;* el de *justicia* en el *Auditor general*; el del *culto divino* en el *Vicario castrense;* cada uno de estos Jefes principales, con el número correspondiente de subalternos, tienen por medio del Jefe de Estado Mayor General la debida concentracion y enlace.

El delicado servicio de *seguridad y policía*, dependiente en parte de la *Auditoría general*, ántes á cargo del Preboste y sus subalternos con diferentes nombres, está hoy cometido á un Jefe de la *Guardia civil* con destacamentos de ambas armas de esta excelente tropa de policía pública y militar.

La Ordenanza fija detalladamente la fuerza y composicion de dos pequeños cuerpos de infantería y dragones, que llama *del General*, y en los cuales incluye precisamente dos compañías de gastadores, porque á la sazon no existian tro-

pas especiales tan numerosas y organizadas de ingenieros. Hoy generalmente se agrega un par de compañías de esta arma en vez de gastadores; y respecto á la *escolta* de infantería y caballería *del General en Jefe* queda á su arbitrio en cada caso la fuerza y composicion. Un Jefe, á sus órdenes y dependencia inmediata, tiene el mando directo de esta tropa, compuesta ordinariamente de pequeñas fracciones de los varios cuerpos de ejército.

Diferentes veces ha propuesto el cuerpo de Estado Mayor la creacion de una tropa permanente con el nombre de *guías* para su servicio especial, evitando sacar de los cuerpos *ordenanzas y escoltas*. Una Real órden de 20 de setiembre de 1845 determinaba el modo de formar esta tropa. Si bajo el pié de paz puede ser dudosa su utilidad, en campaña es evidente. De todos modos, si no precisamente con este objeto, es indispensable la formacion de una compañía ó escuadron de verdaderos *guías militares*, es decir, de soldados escogidos por su especial aptitud para completar el servicio de los guías paisanos. Es verdad que en el dia todo soldado es apto para el *servicio avanzado* y para *descubridor* y *flanqueador*; pero hay ciertos encargos y comisiones peculiares del Estado Mayor que sólo pueden desempeñar hombres *especiales*, que adquieran la perfeccion de la práctica por estar constantemente destinados á ellas. La Ordenanza prescribe nominalmente que haya un *Capitan de guías*, nombre que debe conservar el comandante de esta pequeña y utilísima tropa, verdaderamente técnica ó facultativa. Otro grupo de oficiales y soldados, veteranos ó inválidos, para el servicio de *salvaguardias*, relacionado con el de la *auditoría* y *guardia civil* viene á cerrar la extensa lista de pequeñas y heterogéneas agrupaciones ó elementos, á la mano del *General en Jefe* y del *Jefe de Estado Mayor general*, de cuyo lado no se apartan y de los que reciben órdenes é instrucciones verbales y escritas.

La *reunion* de todos ellos constituye el *Cuartel general de*

un ejército de operaciones. Este nombre procede de haberse llamado antiguamente *cuartel* á la *posicion ó campo* de cada cuerpo y unidad de un ejército; y de ahí la necesidad de aplicar el adjetivo *general* al que ocupaba el del Jefe supremo con su numeroso séquito y comitiva; como se llama *Cuartel Real*, cuando manda el Rey en persona. El nombre, muy propio para la estacion ó reposo, se ha extendido con impropiedad al movimiento, sin duda por evitar otra denominacion.

La reunion de tan crecido número de oficiales, tropa, asistentes, guías, correos, telegrafistas, tipógrafos ó litógrafos, topógrafos, ordenanzas, partidas, caballos, etc., con voluminoso bagaje, requiere quien cuide del órden en marchas, campos y cantones; si ademas con la gran *reserva del ejército* marchan largos *trenes* de puentes, de artillería, de equipajes, etc., tambien se necesita un oficial de alta graduacion con tropas de policía para el órden constante. Hay, por lo tanto, un *Aposentador general*, un *Conductor general de equipajes*, y sobre estos dos, abrazando en conjunto todo el servicio interior, un *Gobernador del cuartel general*.

Se compone, pues, ordinaria y principalmente el *cuartel general de un ejército de operaciones* de: General en Jefe.—Jefe de Estado Mayor General.—Comandantes generales de artillería é ingenieros.—Intendente general.—Auditor general.—Inspector de Sanidad.—Vicario general.—Oficiales particulares del cuerpo de estado mayor y de otras armas é institutos, formando el cuadro fijo del Estado Mayor General.—Oficiales á las órdenes.—Mayores Generales y Oficiales de Plana Mayor de artillería é ingenieros.—Comandante y tropas de escolta.—Ayudantes de campo.—Gobernador del cuartel general.—Aposentador general.—Conductor general de equipajes.—Comandante de la Guardia civil.—Capitan de guías.—Salvaguardias, escoltas especiales, tropas de ingenieros, etc., etc.

Se ha dicho que el *principio divisionario*, es el que hoy preside á la *organizacion* de los *ejércitos de operaciones*: conviene, pues, explicar é ilustrar con algun recuerdo histórico de orígen y alguna reflexion administrativa, el sentido algo complejo de estas tres palabras: *organizacion*, *composicion*, *division*.

Organizar un ejército, en general, es formar de los varios elementos que lo constituyen un todo perfecto, cuyos miembros obedezcan súbita y ordenadamente á los movimientos que se les quieran imprimir, y jugando con cierta holgura y suma precision, hagan sin violencia los servicios que se les exijan.

Así define Lloyd el ejército: «La máquina destinada á operar los movimientos militares, se compone, como las otras máquinas, de partes diferentes; de su buena composicion y conveniente arreglo, depende su perfeccion: su objeto comun debe ser reunir, como propiedades esenciales, la agilidad y la fuerza.»

Es evidente, por lo tanto, que la *organizacion militar*, léjos de poder improvisarse, requiere un estudio prévio de clasificacion y ordenacion; un conocimiento exacto y anticipado de las propiedades y efectos; una manera de agrupacion apropiada á las varias circunstancias de todos los diferentes elementos que constituyen la *fuerza pública*, ó llámese el *ejército permanente*.

De aquí resulta que la *organizacion*, eventual, particular y concreta de un *ejército de operaciones*, depende con íntima conexion de la *organizacion militar* y permanente en conjunto. Un *ejército de operaciones*, en el dia nace, y luego sigue alimentándose del *ejército permanente* que queda á la espalda. Este es quien vela solícito por aquella parte principal de su propio sér diariamente diezmada y expuesta á ser destruida, aniquilada de golpe, tanto por la fatiga como por el plomo y el hierro enemigos.

Gira, pues, el importante y temeroso problema de la *orga-*

nizacion, como en dos polos, sobre las dos leyes, realmente orgánicas de *reemplazos y reservas*. Cometidas ambas en los paises constitucionales á los cuerpos colegisladores, naturalmente se resienten algo de las oscilaciones políticas, que suelen conmover á estas respetables asambleas; del espíritu civil, que tiende á la investigacion fiscal y minuciosa, pero que desconoce el tecnicismo, y del laudable deseo de armonizar, combinar, equilibrar lo que irremisiblemente se necesita, con lo que sin gravámen pueda exigirse al contribuyente. En este inevitable escollo tropiezan y se estrellan muchas veces los planes más vastos y fecundos; y en varias naciones de Europa se observa desde hace años la viva contradiccion que existe entre las ineludibles necesidades del poder ejecutivo y las tendencias económicas del poder legislativo. Dejada aparte esta cuestion, como hoy se dice, de presupuesto, y por desgracia la fundamental, todavía dentro de la órbita militar surgen otras tan árduas y complicadas. El sistema de *reservas permanentes* no es fácil de formular, no es fácil tampoco de copiar al pié de la letra el de algun país como la Prusia, improvisado por la necesidad de reparar grandes desastres al principiar el siglo; mantenido luégo con alemana perseverancia, y al cual ha debido en gran parte sus recientes é imprevistos triunfos.

Tres medios hay de aumentar el *efectivo* de un ejército permanente para producir *ejércitos de operaciones:* 1.°, creando nuevas *unidades orgánicas*, batallones ó regimientos; 2.°, aumentando en las ya existentes fracciones ó compañías; 3.°, rellenando los *cuadros* existentes, No hay que demostrar todo lo que el primer sistema envuelve de abusivo, de improvisor, de costoso, de perturbador, de ineficaz; reclutas todos, oficiales y soldados, no llegan á formar *tropa*, sino tropel; la *disciplina* no tiene donde arraigar; y la fatiga sola, sin aguardar al fuego del enemigo, pudre en agraz estos cuerpos improvisados. El segundo medio, aunque no tan vicioso, desorganiza y desordena la *constitucion* y la *táctica*. El

tercero parece el único admisible en los tiempos actuales.

Es, pues, de toda evidencia que se necesitan, preparados en la paz, cuadros con elasticidad y capacidad suficientes. ¿Pero qué es *cuadro?* Cuadro en toda su generalidad, orgánico, agregativo, administrativo, constitutivo, es la reunion de todos los hombres que en la milicia y en el ejército activo tienen mando, graduacion, gerarquía, es decir: *todo el ejército*, sustrayendo el soldado raso. Pues todo el secreto, se dice, está en los cuadros. ¡Tener buenos *cuadros!* Convenido; pero no se quiera dar á este principio una latitud tan absoluta que pueda conducir al error de suprimir el soldado raso en tiempo de paz. El principio es exacto; pero es recíproco. Los buenos *cuadros* constituyen buenas *tropas;* pero á su vez las buenas tropas son las que alimentan los buenos cuadros; sin buenos soldados no se pueden hacer buenos cabos de escuadra, ni buenos sargentos; y desde esta primera y humilde, pero importante graduacion, hay que atender á la bondad y á la firmeza del *cuadro*. Ademas, los *hombres* solos no constituyen el *ejército* de nuestros tiempos; se necesita armamento, vestuario, equipo, montura, caballos, cañones, material, fortificaciones, servicios administrativos, sanitarios, de trasportes..... ¿Se improvisa tambien esto? Positivamente, á primera vista, el problema de *organizacion* con tan extenso y complicado planteo, parece insoluble; pero esto no debe desanimar al oficial para prestarle atencion y estudio. (V. Dicc. Mil., art. *Organizacion*, y Bibl. Mil., pág. 972.)

Dado por resuelto; dada por buena y completa la *organizacion general*, mejor dicho, la *constitucion militar* ó del estado militar del país, es decir, las leyes de reemplazos y reservas, ascensos, recompensas y retiros; los varios reglamentos sobre servicio de guarnicion y de campaña; sobre administracion, educacion, manutencion, entretenimiento, armamento, remonta, legislacion, acuartelamiento, sistema defensivo..... dado todo esto, supuestos corrientes en la paz todos

los resortes de la *máquina militar*, que dice Lloyd; la *movilizacion*, la organizacion particular y exclusiva de un *ejército de operaciones* para *abrir una campaña*, no puede ser ya lenta, ni laboriosa; sale, brota, si pudiera decirse, como de la planta el fruto; es, segun queda demostrado en la introduccion, el simple engarce del *arte militar* con el *de la guerra;* y el General en Jefe con el Ministro, al crear, ó más bien en este caso, al *movilizar el ejército de operaciones*, en rigor no tendrian que atender más que á razones y preceptos puramente militares, de *composicion*, de *estrategia* y de *táctica*. Fundada y completa una buena *constitucion militar*, mucho se facilita el *componer un ejército de operaciones*, y *constituir una guerra*.

Convendrá explicar, puesto que aquí salen al paso, lo que deben significar estas dos expresiones: *composicion de un ejército* y *constitucion de la guerra*.

Composicion de un ejército, pudiera tomarse al primer aspecto por sinónimo de *organizacion;* pero expresa mejor cierta especie de organizacion puramente *de guerra*, *viva* ó *activa*, y exclusivamente peculiar de un *ejército de operaciones* á punto de *abrir una campaña*. *Organizacion* envuelve idea más vasta y general, puesto que se aplica á la milicia, al estado militar de un país «en todo tiempo:» *composicion* entra en más detalle y desciende á la *calidad* ó *especie* de las *tropas*. Un *ejército permanente se organiza;* un *ejército de operaciones*, una brigada, un destacamento se *compone*. Por ejemplo: el *arte* prescribe, ó prescribia, que en un ejército las tropas ligeras sean la sexta parte de las de línea, la artillería al respecto de tres ó cuatro piezas por mil hombres; este es un precepto general de *organizacion* que puede ser modificado por razones de *composicion*, que unas veces dicta el *terreno*, otras la *especie* de guerra y de enemigo, otras la *calidad* misma de las tropas. Si éstas son ágiles de suyo y apenas puede establecerse entre ellas diferencia, no es cosa de tomarla en cuenta, por imitar al Austria, donde es manifiesta

y visible la que hay entre un pesado regimiento de croatas fronterizos *(Gräntz-Regiment)* y un batallon de cazadores tiroleses, ágiles, certeros, hábiles en tirar á las gamuzas de los Alpes desde su infancia. La proporcion de la artillería influye mucho en la *composicion* de un *ejército de operaciones*. Napoleon la fué aumentando á medida, dicen, que iba perdiendo confianza en el vigor de las otras dos armas. De aquí se ha querido deducir regla general, y positivamente errónea, «á infantería floja, mucha artillería.» La máxima de Napoleon, que anda impresa, es cabalmente la inversa «cuanto mejor es la infantería, más se la debe economizar y apoyarla con buenas baterías.» (*Máx. de Nap.*, pág. 61.) Nuestra infantería de Flándes sabia batirse bien con mucha y con poca artillería entre sus filas. Antes ya, en la célebre campaña de Alemania en 1547, y sobre todo en la batalla de Mühlberg, la infantería española conservaba todos sus caractéres ingénitos de movilidad y audacia, enredada en un tren de artillería sin ejemplo hasta entónces, ni mucho despues. Es evidente que, si bien respecto á *organizacion general* se puede acatar y seguir en algo á los «maestros extranjeros,» en detalles de *composicion* lo que debemos consultar con preferencia son las singulares condiciones de nuestras tropas y la dificultad de satisfacer algunas otras. De poco sirve que en Hungría á 30.000 infantes correspondan 10.000 caballos, si en España no los podemos reunir; ni que de estos 10.000 los 8.000 sean de caballería gruesa ó de línea, si en nuestro país es casi imposible ó muy costosa. Fuera de esto, si la guerra es de montaña, por ejemplo, el $^1/_6$, el $^1/_{10}$ de caballería bajará á $^1/_{20}$ por esa razon sola.

Queda, pues, demostrado que dentro de la *organizacion* de un ejército, de una tropa cualquiera, caben ciertas ideas y preceptos de verdadera *composicion*.

Respecto á lo que en el dia se entiende por *constituir una guerra*, hay algo de abstracto y hasta filosófico; pero que el

Oficial no debe ignorar, puesto que juega en los tratados elementales, y es efectivamente digno de atencion. En el fondo se reduce á lo que Jomini, Chambray, Willisen y otros varios comprenden bajo el nombre muy reciente, pero ya admitido, de *política* ó *filosofía de la guerra*. Y una vez que lo ha propagado el primero de dichos autores, á él compete el honor y la responsabilidad de la definicion. Estas son sus palabras:

«De la *política militar* ó *filosofía de la guerra*.—Bajo esta denominacion entendemos todas las consideraciones morales que se refieren á las operaciones de los ejércitos; porque si las políticas son tambien causas morales que influyen en la direccion de la guerra, hay otras que, sin depender de la diplomacia, no son tampoco de estrategia ni de táctica. No puede dársele una denominacion más racional que la de *política militar* ó de *filosofía de la guerra*.»

«Nos atendremos á la primera, porque áun cuando la verdadera acepcion de la palabra filosofía puede aplicarse igualmente á la guerra que á las especulaciones de la metafísica, se ha dado una extension tan vaga á esta acepcion, que experimentamos alguna dificultad en reunir las dos palabras. Se tendrá presente que por *política de la guerra* entiendo todas las relaciones de la diplomacia con la guerra, al paso que la *política militar* designa solamente las combinaciones militares de un Gobierno ó de un General.»

«La *política militar* puede abrazar todas las combinaciones de un proyecto de guerra distintas de las de la política diplomática y de la estrategia, su número es considerable....»

«En efecto, se pueden colocar en esta categoría las pasiones de los pueblos contra quienes se va á combatir; su sistema militar; sus medios de primera línea y de reserva; sus recursos rentísticos, y la adhesion que tengan á su gobierno ó á sus instituciones. Ademas de esto, el carácter del Jefe del Estado; el de los Jefes del ejército y sus talentos militares; la influencia que el Gabinete y los Consejos de guerra tienen en las operaciones desde el centro de la capital; el sistema de

guerra que domina en el Estado Mayor enemigo; la diferencia en la fuerza constitutiva de los ejércitos y en su armamento; la geografía y estadística del país en que se debe penetrar; los recursos, en fin, y los obstáculos de todas clases que se pueden encontrar en él, son otros tantos puntos importantes que es conveniente considerar y que no son, sin embargo, objetos de la diplomacia ni de la estrategia.»

Todavía un tratadista español condensa más en este párrafo: «*Política militar* es la que trata de constituir y gobernar los ejércitos considerados en absoluto como asociacion humana, y en sus relaciones con el pueblo, con el enemigo y con la clase de guerra que se hace.»

«Consta de un estudio sobre la guerra considerada en abstracto; de estudios sobre guerras de distinta naturaleza y forma política; del análisis de las virtudes necesarias á la vida de los ejércitos; de la teoría del mando militar; del conocimiento de las leyes militares; del exámen de las relaciones que deben existir entre el ejército y el enemigo, el pueblo y el pueblo enemigo; de las condiciones que deben satisfacer los hombres y las clases escogidas para la milicia; de la organizacion política de los ejércitos y militar del país; en una palabra, de todo aquello que influya moralmente como principio constitutivo, ó como elemento de muerte y descomposicion en la fuerza material de las naciones.» (*Villamartin.* Nociones del arte militar, pág. 3.)

Por último, puede mirarse como en resúmen, *la constitucion de la guerra* desde este elevado punto de vista:

«Conjunto, sistema de precauciones ó previsiones fundadas sobre los conocimientos geográficos é históricos, físicos y morales por medio del cual los reveses que puedan traer consigo los lances y vicisitudes de los combates nos produzcan el menor mal posible; mientras que, sobre el mismo teatro, el menor triunfo que nos depare la fortuna, traiga consigo los resultados más felices y más duraderos.»

«Frontino, Montecúcolli, Feuquières, Mauricio de Sajonia,

Lloyd nos enseñan cuál es el arte de *constituir la guerra*, cuál es su utilidad fundamental, y qué importancia debe dársele.»

Los triunfos de los romanos pertenecieron siempre más al consejo que á la fortuna; esta les faltó muchas veces en el curso de sus expediciones; pero el resultado definitivo siempre les fué favorable. ¿Por qué? porque siempre *constituyeron* bien *la guerra*.

Llegados ya á esta altura, sabiendo con la posible exactitud lo que se entiende por *constituir la guerra*, por *organizar* y *componer*; teniendo formado y á punto el Estado Mayor General, timon del futuro ejército, que gobernará la mano inteligente del General en Jefe; sólo queda distribuir y agrupar las *unidades tácticas* con sujecion á los preceptos hoy vigentes en España, primeramente en *brigadas*, y luégo, por agregacion de éstas, en *divisiones*.

Para completa ilustracion, y siguiendo el método adoptado en este capítulo, conviene intercalar aquí breves reflexiones sobre la *brigada* y la *division*; pues nada esclarece tanto como subir hasta el orígen de una cosa, y seguir las varias vicisitudes y alteraciones que la han venido modificando hasta su estado actual.

No está bien averiguado si la invencion ó primera aplicacion de la *brigada* en su moderno sentido *táctico*, pertenece al rey de Suecia Gustavo Adolfo, ó al mariscal de Francia, vizconde de Turena: los franceses la atribuyen á este último, y de todos modos el arranque histórico es del siglo XVII. Sin embargo, como todo adelanto suele tardar en consolidarse, los franceses mismos confiesan que hasta los tiempos de Puysegur, muy entrado el siglo XVIII, hasta los de Federico II, ya mediado, la voz *brigada* no tomó su acepcion concreta y determinada. Redactada bajo aquellas ideas entónces dominantes, nuestra Ordenanza de 1768 estatuye en su título II, tratado 7.°, el *servicio de campaña por brigadas*, reciente progreso en aquel tiempo; pero basta reflexionar sobre lo que en el

espacio de un siglo han variado la *organizacion* y la *guerra*, para comprender las alteraciones inevitables que en tan largo trascurso habrán sobrevenido.

Hoy mismo, á pesar de los similares que van siendo en Europa ciertos principios tácticos, la *brigada* no en todos los ejércitos es la misma cosa. Mientras en Francia se mantiene el antiguo reglamento de formar brigadas por la agregacion de dos ó tres regimientos de un arma sola, de cuatro ó seis batallones, como dice tambien nuestra Ordenanza; en otros paises, desviándose de viejas fórmulas, la *brigada* es gran *unidad táctica*, elemento independiente y constitutivo por sí de un *cuerpo de ejército*. No se compone exclusivamente de un arma, sino de dos y de las tres; siendo en el fondo una pequeña *division*. Sea como quiera, en todas partes, inclusa España, se han reemplazado las vetustas, y á nuestros ojos hoy inconcebibles *evoluciones de línea* por la *táctica de brigada*, más susceptible de combinacion, soltura y movilidad. En estas materias conviene tener presente que desde principios del siglo pasado hasta casi la mitad del actual, hemos tenido á Francia por norma invariable; pero desde hace algunos años, y singularmente desde el de 1870, ha perdido aquel país mucho de la autoridad con que antes imponia á todos sus costumbres y sus modas.

Posterior al de la brigada es el orígen de la *division*. Los autores franceses, celosos siempre de sus glorias, nunca dejan de advertir que á ellos se debe este moderno adelanto: y efectivamente, hácia 1766 ó 1770, parece que brotó en Francia la primera idea de formar *divisiones de tropas* y *de territorio*. Hácia 1788 el Consejo de la guerra, en que descollaba Guibert, ya prescribía *divisiones* separadas de infantería y caballería; pero quien dió completa fórmula y ejecucion al pensamiento, fué la República con sus levantamientos en masa y sus enormes ejércitos allegadizos, la cual, en ódio á las instituciones demolidas, fué á inspirarse en los clásicos recuerdos de Roma, y quiso resucitar entre otras cosas la le-

gion. Por consiguiente, la *division* republicana de 1793 era un ejército pequeño y completo, compuesto de las tres armas en sus proporciones entónces admitidas. La denominacion aborrecida de regimiento se trocó en *media brigada* (demi-brigade); dos de ellas componian la *brigada* entera, y dos de éstas la *division*; de modo que el promedio venia á ser 12 batallones, 12 escuadrones y 22 piezas, que sumaban un total «nominal» de 12.000 hombres. Este pequeño ejército tenia su estado mayor, su administracion, parques, ingenieros, obreros, etc., y la *organizacion divisionaria*, como toda reforma que llega á debido tiempo y sazon, se adaptó admirablemente á aquella furiosa expansion de patriotismo y al imprevisto «modo de guerrear» que con ella se introdujo.

Sin embargo, ya en 1796 comenzó á notarse el defecto de aquella excesiva diseminacion; y al reunir varias divisiones, se tocaron los inconvenientes de no poder agrupar en masas compactas y poderosas, como las del enemigo, la esparcida caballería y artillería divisionarias. Realmente, como dice Marmont, un ejército de 100.000 hombres repartidos en diez ó doce divisiones es inmanejable. En Marengo, por fin, el primer cónsul Bonaparte separó definitivamente la infantería de la caballería, y con ambas armas formó *divisiones* independientes; pero el aumento progresivo de los ejércitos imperiales, hasta 500.000 hombres, hizo necesaria la creacion de otra *unidad* superior llamada *cuerpo de ejército*, constituida por la agrupacion de dos á cinco *divisiones* de armas combinadas, con su gran reserva de caballería, sostenida por artillería á caballo y con la *reserva central* y parques de artillería gruesa, es decir, un verdadero y respetable *ejército* de 40 á 70.000 hombres. Napoleon, emperador, comenzó á ver todas las cosas á traves de un cristal de aumento; y ya no le bastó jugar con enormes *cuerpos de ejército* como si fueran simples *divisiones* de las antiguas, sino que, arrastrado por su talento generalizador, reunió las *divisiones* exclusivas de caballería en *cuerpos de ejército* tambien, dotándolos con suficiente ar-

tillería á caballo. Con el nombre de *reserva* aglomeró en una sola masa cuerpos monstruosos de caballería y artillería, que obedecian á un solo jefe. En la invasion de Rusia, en que llegó á su colmo esta exageracion, se vieron de relieve todos sus defectos. Por remediar el fraccionamiento divisionario, por «tener en la mano» la artillería, se cayó en los cuerpos de 12.000 caballos y en las aglomeraciones de 500 piezas.

Hoy por *cuerpo de ejército* se entiende la agrupacion de dos á cuatro *divisiones*, así como la agrupacion de varios *cuerpos de ejército* constituyen *ejército independiente*. A estas medidas orgánicas no sólo ha de presidir el *arte* en su acepcion puramente *técnica*, sino elevadas miras *políticas* con relacion á la extension del territorio, á sus recursos, á las miras de engrandecimiento y de ofensiva, ó á los prudentes cálculos de recogimiento y defensiva.

El principio *divisionario fraccionado* y *suelto*, si bien daña al vigor y á la unidad, permite más amplitud al mando, más independencia y más honroso estímulo á los generales jóvenes para acreditar sus altas dotes militares. En España, pues, parece que basta «por ahora» una *organizacion divisionaria* bien entendida, sin necesidad de copiar á la letra los grandes *cuerpos de ejército* de otras naciones poderosas, establecidos y localizados en tiempo de paz.

Por lo demas, en esto hay mucho de cuestion de nombre. Todo se reduce á llamar cuerpo de ejército á la simple division, division á la brigada y brigada al regimiento; pero como el nombre no hace la cosa, es algo expuesto al ridículo que una *brigada* conste de 1.000 hombres (cuatro batallones de á 250); una *division* de 2.500 á 3.000, y un *cuerpo de ejército* no llegue á 9.000 hombres.

El promedio hoy admitido para la fuerza de una *division* oscila entre 8 y 10.000 hombres, y se funda en razones aceptables de conveniencia, de movilidad y de fácil manejo para el General Comandante. La especie de guerra, el espíritu del país y otras consideraciones, determinarán el número de di-

visiones y su respectiva *composicion;* pero debe predominar la idea (que vuelve á estar en boga) de que la *division* se aproxime á ser un ejército en miniatura y se pueda bastar á sí misma. Al talento estratégico y táctico del General en Jefe es al que compete manejarlas con tino y saber reunirlas como *unidades*, á la manera que el general divisionario y el de brigada, manejan los batallones y escuadrones sueltos, unidades suyas.

El Ministro de la Guerra, y el General en Jefe con su Estado Mayor, designadas las tropas del *ejército permanente* que han de componer el *de operaciones*, las distribuyen en el número conveniente de *brigadas* y, por la agregacion de dos ó tres, constituyen las *divisiones*, cuyo mando respectivo se entrega á un Oficial general que, por lógico que sea, en Francia solamente es donde ha tomado el nombre de *General de division.*

Pero esta *organizacion divisionaria*, si no se ha de caer en nuevos extravíos, tiene que ser perfectamente elástica y flexible; y no prescribe en modo alguno que todas las divisiones sean exactamente idénticas en *fuerza* y *composicion*; ni moldeadas por decirlo asi, en su estructura; ni con absoluta proscripcion de alguna brigada ó *agregacion suelta* que el General en Jefe juzgue oportuno organizar.

Desde que hay memoria de ejércitos en la remota antigüedad, el *órden* inicial, normal, instintivo *de batalla* ha envuelto siempre la idea de un *centro* ó *grueso*, dos *alas* y un trozo especial en *reserva* y á retaguardia, bajo la mano del General en Jefe, que da á esta última la direccion, empleo y forma que segun las circunstancias convengan.

Bajo este punto de vista, las *divisiones* toman un número de órden que las distingue; pero que no por eso les da «puesto fijo en línea» y que en rigor casi es inútil, puesto que el uso, verdadero legislador, siempre designa á las divisiones con el apellido del general que respectivamente las manda.

Movilizado, organizado y compuesto sobre el papel el *ejército de operaciones*, las tropas marchan á verificar su *concen-*

tracion, ó como dice la Ordenanza en su tratado 7.º, al *paraje* de *asamblea del ejército prevenido*.

Desde este punto, *el ejército* rompe, por decirlo así, sus lazos con el resto del *estado militar*, y hasta con su misma patria, si pasa las fronteras ó surca los mares. Ya su *servicio* es exclusivamente *de campaña;* todos los tornillos de la «máquina» se aprietan; todos sus resortes se templan, y en virtud del principio inmutable de la *unidad de mando* consagrado por la práctica, por la razon y por la ordenanza, todo el juego viene á concentrarse en la mano del *General en Jefe* al *romper* las *hostilidades*.

Dejando al General en Jefe abrir por el capítulo que le corresponde el *arte de la guerra*, con el cual, y su propio talento, conducirá su ejército á la victoria, bueno será descender aquí á ciertos pormenores que tambien interesan al Oficial de fila, como parte integrante, aunque mínima, de ese *todo* que se llama *ejército*, y cuyo destino y condiciones generales forzosamente debe conocer, si ha de comprender, y cumplir con inteligencia su servicio personal.

Este ejército deberá ser adecuado, como «instrumento» que es de *guerra*, á la índole, *clase ó especie* de la que se trata de emprender. Las diferentes calificaciones que el ejército toma, dan sin necesidad de larga explicacion, idea de su *carácter y destino*. Por ejemplo: se llamará *expedicionario*, cuando la guerra tenga esta índole de *expedicion*, cuya palabra se define más adelante. Será de *invasion* cuando, salvando su propia frontera, esté destinado á operar fuera y léjos quizá del país, con objeto de castigar, sojuzgar, dominar, conquistar, intervenir. Una vez entrará en campaña como *aliado* otra como *auxiliar*, si por desgracia tiene que aceptar la tutela y el subsidio de otra nacion más poderosa; otras obrará *combinado ó coligado* con ejércitos extranjeros. La distincion que algunos establecen entre *alianza y coalicion* quizá peca de sutil: el fondo en ambas es lo mismo, á ménos que quiera verse en la *coalicion* algo más duro y más odioso que en la

confederacion y alianza; algo de superioridad que abruma, de poca generosidad en reunirse muchos contra uno, como al caer el Norte de Europa sobre la primera república francesa, y más tarde sobre Napoleon I. Tambien parece que al decir ejército *combinado*, se expresa tácitamente cierto carácter de más incorporacion, de mayor unidad, que al decir ejército *aliado*. El ejército inglés que mandó Wellington en la guerra de la Independencia, fué al principio *aliado* y despues *combinado* con el español y portugués.

Por otro lado, fuera de este órden de ideas y dentro ya del *arte*, un *ejército de operaciones* ó partes suyas toman nombres, generalmente mudables en el curso de la guerra, por la *clase y objeto* de las *operaciones* que emprenda. Así, ejército *sitiador* ó de *sitio* es el destinado exclusivamente, en todo ó en parte, á apoderarse de una plaza ó punto fuerte de importancia. Ejército *de socorro*, por el contrario, es el que quiere salvar esa plaza ó librarla del *sitio* proyectado. Pero el ejército *sitiador* á su vez, si tiene mucha fuerza, destina sólo una parte al *sitio* de la plaza, y su *grueso*, ó un gran *destacamento*, constituye el ejército *de observacion*, que así se llama al que quiere medirse con el *de socorro*. Otras veces tambien es ejército *de observacion* el que toma actitud meramente preventiva dentro de su propio territorio, pero cerca de la frontera: «en observacion» efectivamente de acontecimientos ó contingencias políticas que se presumen; como el ejército de observacion de la Gironda, que Napoleon hizo deslizar villanamente en España en 1807, ó los que con más hidalguía formamos *de observacion de Portugal* en 1833 y 1847, al mando de Rodil, y del que por eso se tituló Marqués del Duero En el *Diccionario militar* pág. 390 se explican extensamente las varias clases de *ejército*, y en la pág. 677 las distintas especies de *guerras*.

Independiente de su *destino* en general y de las principales *operaciones* técnicas que deba emprender, un *ejército de*

operaciones, sea para lo que fuere, tiene que llevar en si como máquina perfecta, pero humana, condiciones propias, intrínsecas, que pueden indicarse brevemente, pasando por alto las principales de *instruccion*, *disciplina*, etc., que ya se presuponen, puesto que son comunes á la paz y á la guerra.

Napoleon I dijo en su estilo matemático y sentencioso: «La fuerza de un ejército, como la cantidad de movimiento en mecánica, se valúa por la *masa* multiplicada por la *velocidad.*» Lloyd, en el texto arriba citado, quiere que su *máquina* reuna como propiedades esenciales la *agilidad* y la *fuerza*. Estas dos notables máximas se completan. La *masa*, esto es, el número no depende de la voluntad del ejército, sino del país que lo mantiene; pero la *agilidad*, la *movilidad*, la *actividad* son cualidades puramente *tácticas*, que adquiere, aunque ántes no las tenga, bajo el mando de un buen general. Ha de entenderse que además un ejército, para ser bueno, necesita otras llamadas *cohesion*, *consistencia*, *solidez*; propiedades y virtudes físico-morales que no son sinónimas ni equivalentes, aunque ordinariamente se confundan.

Solidez es el nombre con que actualmente se designa una gran cualidad militar «en el campo de batalla.» El sentido, en rigor, difiere del de sangre fria; y es más bien la calma apática, imperturbable, con que ciertas tropas del Norte, y especialmente las inglesas y las rusas, se dejan hacer pedazos sin perder la formacion. Esta cualidad, puramente de temperamento, no puede ser ingénita en soldados meridionales, y si se les impone con violencia, será siempre á expensas de la *movilidad* y *agilidad*. En la *solidez* inglesa se estrelló la «furia» verdaderamente francesa del primer Napoleon. Esta clase de *solidez* en el combate es, como se ve, independiente de lo sólido de la formacion. Las tropas citadas eran sólidas y terribles por su fuego á quemaropa formadas en batalla en dos filas, que llegaba muchas veces á convertirse en una, mermada ésta misma por las bajas.

La *consistencia* es tambien cualidad colectiva de una *tropa*.

Así como en el sentido físico «adquirir consistencia» es pasar del estado fluído al sólido, tomar cohesion, dureza, firmeza; así en lo moral, y más aún en lo militar, esta expresiva palabra comprende un gran número de cualidades, como solidez, aplomo, constancia, estabilidad, fortaleza, firmeza, vigor, resistencia. Es más que *solidez*: las tropas inglesas, como se ha dicho, son sólidas, imperturbables en el fuego, y no suelen ser *consistentes* en toda la duracion de una guerra: dígalo entre otras su memorable y desastrosa retirada hácia la Coruña en 1808. Los últimos ejércitos de Napoleon I se batian mejor quizá que los primeros, y se destruian, sin embargo, por falta de *consistencia*. Esta cualidad esencial y soberana, rara vez ha faltado en un ejército español. Ella sirve de base á la verdadera *disciplina*. A una tropa consistente, ni el triunfo la embriaga, ni los reveses la abaten, ni las fatigas la merman, ni la escasez la desmoraliza: hay en ella tal cohesion, tal conexion, tal dureza, que el caudillo puede manejarla como si fuera de una pieza, sin temor á rotura ni dislocacion. A un *cuerpo táctico* se le da á veces *consistencia* por la fusion ó amalgama con tropas duras. Una *reserva estratégica* compuesta de reclutas, de convalecientes, de dispersos, de cuerpos francos ó movilizados, de cuanto hay más *inconsistente*, puede dejar de serlo, poniendo por núcleo una brigada, una division del *ejército activo*, que traiga en sí la dureza física y el prestigio moral que le hayan podido dar operaciones ventajosas anteriores.

Despues de estas grandes cualidades, un ejército debe tener *confianza* en su jefe. Marmont, que ha tratado estas graves cuestiones con profunda sagacidad, dice así:

«Un ejército se compone de personal y material. Entre estos dos elementos hay proporciones naturales y determinadas que varían, sin embargo, segun las circunstancias y el objeto. Sus proporciones no dependen del capricho, sino de la naturaleza de las cosas.»

«Un tercer elemento entra en el valor del ejército, y es el

elemento moral. Con frecuencia es superior en importancia á todos las demas: aunque estos tengan por su parte valor respectivo, pues preciso es que el cuerpo exista para que el espíritu pueda animarlo.»

«Así, pasados ciertos límites, la *fuerza* real de un ejército no crece en razon del número de los soldados y de los medios materiales, sino en razon del *espíritu* que le anima.»

«Desarrollar el *espíritu* del ejército, aumentar su *confianza*, hablar á su imaginacion, exaltar el alma del soldado; tal debe ser el objeto constante de los cuidados y de los esfuerzos del General.»

«Esta base fundamental, que llamamos *confianza*, no es posible en tropas bisoñas, sino en veteranas ya probadas. Y aquí se manifiesta lo absurdo del sistema de una guardia nacional destinada á reemplazar á las tropas de línea. Las guardias nacionales, áun suponiéndolas compuestas de todo lo que haya de más bravo sobre la tierra, nunca valdrán nada, al ménos en su principio; pues no pudiendo ser apreciados por los demás el valor y la capacidad de cada uno, sino despues de la experiencia, resultará que las primeras tentativas serán hechas sin el socorro de la *confianza*, y atraerán probablemente grandes é irreparables desgracias.»

«Tres cosas son necesarias para dar valor á las tropas: amor al órden, costumbre de obediencia, confianza en sí mismo y en los demás.» (*Marmont*. Esp. des inst. mil., página 210.)

Con estas condiciones un ejército puede tomar, desde que abre la campaña, otras dos muy esenciales, *iniciativa* y *superioridad*.

La *iniciativa* (V. *Bibliografía militar*, pág. XIX) es cualidad recomendable tanto en la colectividad como en el individuo. Difícil es su definicion en pocas palabras. Podria decirse: la aplicacion instantánea y oportuna del saber adquirido; la prueba en un momento dado y crítico de individualidad enér-

gica, de capacidad, de valer personal, de carácter entero, siempre dispuesto á aceptar una responsabilidad imprevista, de corazon para dominar una situacion crítica y embarazosa; la manifestacion, en fin, de los nobles sentimientos del honor y del deber que impulsan á la distincion y á la gloria. En los mandos superiores la iniciativa es el acierto, la pericia: es la resolucion instintiva, á veces instantánea que evita imprevistos perjuicios, que aprovecha inesperadas ventajas sin apego á la costumbre, á la rutina, aunque se decore con el nombre respetable de tradicion. Es evidente que la accion de iniciativa va creciendo con la altura de grado y de mando; pero lo voluminoso de los ejércitos actuales, lo extenso de su formacion, lo frecuente del órden disperso, dan ocasiones de iniciativa proporcional al jefe de batallon, al comandante de compañía que en algun momento crítico, por lejanía del grueso ó cuerpo principal, por ausencia de superiores, tengan forzosamente que mostrar su aptitud individual. Inútil es añadir que á mayor iniciativa, á mayor actividad individual, que siempre tiene algo de centrífuga, mayor instruccion, mayor cohesion, mayor disciplina. (V. Dicc. Mil., art. *Disciplina.)*

En vista de los múltiples elementos que hoy constituyen un ejército, la *superioridad* no es ordinario que sea la suma de las ventajas en todos ellos. Indudablemente, si un ejército combate con otro, á quien supera en número, en material, en recursos, en valor, en talento de su jefe, no hay que preguntar si vencerá; pero sería un verdadero acto de demencia por parte del inferior entablar una guerra con tales condiciones. Las nobles y gloriosas tentativas de la infeliz Polonia tienen más de martirio que de guerra. El levantamiento español del Dos de Mayo llenó de asombro y terror á todos los hombres pensadores; pero si bien aquel espontáneo movimiento fué en su orígen una explosion realmente frenética de furor, al *constituirse la guerra nacional* ya entraban ciertos elementos diplomáticos y combinaciones europeas, que anunciaban como próxima la diversion de las fuerzas francesas, las cuales, á

no ser así, probablemente nos hubieran abrumado. La presencia del ejército inglés echó un gran peso moral en la balanza. Ninguna de estas condiciones ha entrado en la lucha gloriosa, pero estéril, de Polonia contra el coloso ruso, ó de los Estados del Sur contra los del Norte de América.

Pero el *arte de la guerra* nunca presupone tan excesiva desproporcion. Lejos de eso, busca compensaciones contra la *superioridad numérica* en la *calidad* y *composicion* de las tropas, en los recursos morales de la fé, de la fortaleza, del talento. Las operaciones, las maniobras tienen el objeto exclusivo de engañar al enemigo y hacer que se debilite él mismo sobre aquel punto en que cabalmente piensa uno serle *superior*. Esta *superioridad* relativa y momentánea, repetida varias veces, produce en el curso de una *campaña* ó de una *guerra* la victoria, es decir, la *superioridad absoluta*.

Mal podrian explicarse sinó los triunfos de Marathon y de Platea; las increibles conquistas de Alejandro; los duros castigos de los romanos á los germanos y galos; la superioridad de los ejércitos europeos contra los turcos, y en general contra los asiáticos; los memorables hechos de nuestros antepasados en Flandes, en Italia y en América.—Un autor dice con suma exactitud que la *debilidad* no consiste muchas veces en ser más débil, sino en ir á ponerse delante del punto *más fuerte* del enemigo.

Cuando en Austerlitz preguntaron los aliados al parlamentario francés Savary, cómo siendo ellos superiores en número, Napoleon lo habia parecido, ó lo habia sido realmente en los difíciles trances de la batalla, respondió el francés con memorable oportunidad: «Eso es el arte de la guerra.»

CAPÍTULO II.

ESTRATEGIA Y TÁCTICA.

Definiciones: Operacion.—Expedicion.—Diversion.—Demostracion.—Teatro de la guerra.—Teatro de operaciones.—Base.—Eje.—Frente.—Puntos.—Líneas.—Concentracion.—Unidad.—Contacto.—Movimiento.—Maniobra.—Evolucion.—Formacion.—Columna.—Reserva.

No es este lugar de establecer con exactitud científica el sentido abstracto y trascendental de la moderna voz *Estrategia*, que tampoco tiene interés «inmediato» para el jóven alumno y *Oficial particular* á quien este libro se destina. Cada autor fija á su capricho los variables linderos que separan la *estrategia* de la *táctica*, y las discusiones á que esto da ocasion suelen embrollar más bien que esclarecer. Para convencerse basta echar una ojeada sobre las páginas 454 y 1.023 del *Diccionario militar*, donde se han agrupado numerosas definiciones dadas hasta el año 1870. Entre las posteriores, unas, como las de Rüstow, Hamley, Guichard, Fix, vienen á dejar las cosas como estaban: otras, como las de Lewal, traen nuevas y más trascendentales perturbaciones.

Sea, como algunos quieren, la *estrategia* «el arte de bosquejar, trazar ó decidir los *proyectos* y *planes generales* de una guerra ó campaña;» sea «el arte de hacer la guerra sobre el mapa, ó en el gabinete; de *dirigirla en grande*, abrazando y determinando los movimientos y combinaciones en conjunto;» sea, en fin, la «direccion material impresa á los *movimientos* de un ejército fuera del combate ó del círculo visual y del alcance del cañon,» lo positivo es, que hoy se incluye en el significado de la palabra *estrategia* todo aquello—llámese ciencia ó arte—que concierne á extensos *planes y proyectos*; á la preparacion del *teatro de la guerra*; á la determinacion anticipada de *puntos objetivos, decisivos*, esto es, de ocupacion precisa, y donde el encuentro con el enemigo deba ser más favorable al éxito de la campaña; á la eleccion, por consiguiente, de *bases, frentes y líneas* de grandes operaciones; á la composicion, número y direccion de los cuerpos ó *masas principales*; á la creacion y situacion de *almacenes, depósitos* y *fortalezas*; á las *grandes marchas*, en fin, y á esos movimientos *excéntricos*, llamados *puntas, diversiones, grandes destacamentos, incursiones y correrías.*

Para todo esto bien se comprende que han de jugar, fuera de los conocimientos militares y puramente *técnicos* del *arte de la guerra*, otros varios y profundos sobre diplomacia, historia, geografía, política, administracion; y que á todos ellos los ha de coronar una experiencia, un tino, un tacto exquisito sobre los hombres y las cosas.

La *estrategia*, pues, siendo, como vulgarmente y con razon se dice, la ciencia del *Oficial general*, y en todo rigor del *General con mando en Jefe*, no será inoportuno advertir al *Oficial particular*, singularmente al jóven y de inferior graduacion, que no aplique esfuerzo prematuro al imposible y peligroso estudio de este elevado ramo de la ciencia, que podria conducirle á críticas irreflexivas ó presuntuosas, llenando su cabeza de ideas abstractas y discutibles, sin provecho ni aplicacion inmediata en la modesta esfera de sus deberes.

Aunque haya excitado alguna crítica, mantenemos firme este párrafo en la presente edicion. No se proscriben los altos estudios militares: lo que se pretende es refrenar impaciencias y encaminarlas con discrecion. En catecismos ó manuales para principiantes, se debe atender mucho á la parte cuantitativa ó dósis de doctrina que se exponga. Conviene abrir vastos horizontes, pero dejándoles su respectiva lejanía. En el lisonjero *Informe* que encabeza y honra esta obra, se lee página IX: «Descender de golpe desde la altura teórica en que se manejan numerosos batallones hasta el arreglo de las escuadras de una compañía, forzosamente ha de producir un choque desagradable, un verdadero desencanto en el ánimo impaciente ó inexperto del jóven oficial. Por eso el autor del «Guia» señala con acierto, desde la primera página, la línea divisoria que no quiere rebasar, descarta resueltamente nociones de aplicacion dudosa; y resbalando, puede decirse, sobre asuntos complejos y nada más que apuntando generalidades sobre otros facultativos, facilita la lectura, que puede muy bien no ser seguida, con artificiosa interpolacion, y la hace amena y provocadora, para otras más profundas y trascendentales.»

En el artículo *Estrategia* del Diccionario puede verse la opinion que el autor tiene de esta pretendida ciencia; allí se citan textos en apoyo, y entre los posteriores que pudieran añadirse, sólo escogeremos uno de autoridad indisputable: «La *estrategia* es el lote de algunos solamente: la *táctica* es patrimonio de todos: hay, pues, razon para aplicarse á esta última, inculcando los verdaderos principios á todos los oficiales..... La táctica es la instruccion esencial del militar, la estrategia no es más que un complemento. Por analogía, los estudios militares deberian clasificarse así: los ejercicios y escuelas del campo de maniobras constituyen la enseñanza elemental; la táctica forma la enseñanza secundaria; y en fin, la estrategia la enseñanza superior.»

«Tal es el órden lógico que convendria seguir, y que no se

sigue. Se descamina á los jóvenes al principio de la carrera, iniciándoles en la conduccion de los ejércitos y en las vastas combinaciones. Ellas les seducen y les apartan de ocuparse en los detalles de ejecucion. Esta direccion errónea de la enseñanza tiene funesta influencia sobre las ideas y los escritos pasados, de la que dan prueba los más recientes. Se ven oficiales y áun alumnos de la escuela militar, ocuparse de la manera con que se hace mover una division, un ejército, sin saber cómo se maneja una compañía, un batallon, una batería, un escuadron.» (*Lewal*. Etude núm. xv. Tactique de combat, pág. 104.)

Los conocimientos *estratégicos* son hoy casi los mismos en los ejércitos europeos, y todo se limita por consiguiente, á la aplicacion, más ó ménos ingeniosa y afortunada por la personalidad del *General en Jefe*, de unos pocos principios sencillos é invariables.

En estos tiempos de subdivision y clasificacion suele añadirse á la *estrategia*, por via de complemento, la *logística*, que, segun Jomini, es «el arte práctico de mover los ejércitos, los pormenores materiales de las marchas y formaciones, y el establecimiento de los campamentos y acantonamientos sin atrincherar; en una palabra, la *ejecucion de las combinaciones de la estrategia y de la táctica sublime.*»

«La *logística*, dice Vial, preside á la eleccion de los caminos tácticos; determina la composicion de las columnas, y el órden de colocacion de las tropas en las mismas; acuerda el momento en que debe emprender la marcha cada columna, el itinerario que ha de seguir y los puntos de etapa y de acantonamiento; prevé las medidas de precaucion militares y administrativas; indica los medios de comunicacion entre los diversos cuerpos de un mismo ejército, y por último, asegura la llegada de cada columna en dia fijo, y al punto señalado.»

Segun Lewal la *logística* debería llamarse *táctica de las informaciones*, comprendiendo los reconocimientos de todo gé-

nero, el espionaje, la estadística, cuanto concurre á fundar y resolver cálculos de guerra, á preparar, ejecutar y vigilar sus operaciones. Pero, en rigor, bien se ve que una parte de la *logística* está contenida en la *estrategia* y otra en la *táctica*, aceptada la division de estas dos ramas. Una marcha, en el fondo, ó se ejecuta en el campo de batalla y entónces forma parte de la maniobra *táctica*, ó se ejecuta fuera, y es la simple ejecucion de un concepto *estratégico*. En general la táctica se ocupaba y se ocupa todavía de marchas, campamentos y acantonamientos, y no parece tan imperiosa la necesidad de nuevas segregaciones y denominaciones. Como si fueran pocas, recientemente ha surgido otro arte ó ciencia de *Conduccion de las tropas* como titula su conocido libro Verdy du Vernois, que sin tener nada comun con estrategia, táctica y logística, comprende sin embargo á las tres.

Sin entrar en discusion sobre los inconvenientes ó ventajas de esta moderna tendencia á clasificar ó aislar los diferentes ramos «íntimamente enlazados» del *arte de la guerra*; sin examinar hasta qué punto podrá ser admisible en la parte científica de la milicia el principio de la division del trabajo, tan fecundo en la industria; es un hecho que la moderna *estrategia* ha contribuido á fijar la *nomenclatura* de varios objetos que antes requerian circunloquios: tanto por esta razon, como porque entre la *estrategia* y la *táctica reglamentaria* existe una *táctica superior*, de que luégo se tratará, y á la cual aquella nomenclatura es tambien aplicable, conviene insertar aquí breve y claramente las principales *definiciones estratégicas* y *tácticas* que tienen ya la sancion definitiva del uso comun, y que son indispensables para el servicio, para la lectura y hasta para la conversacion vulgar. Como siempre es recomendable la exactitud y precision del lenguaje técnico, se sigue en ellas cuando conviene como principal autoridad, la generalmente reconocida, aunque para muchos anticuada, de Jomini, señalando con comillas algunos párrafos literalmente trascritos.

Operacion.

Operacion es voz de conjunto y exclusivamente de *guerra*, que comprende las *marchas*, *campamentos*, *maniobras*, *expediciones*, *combates* y *sitios*, dirigidos á conseguir el fin de una *campaña*, el *objeto de un plan estratégico* preexistente. Una guerra puede componerse de varias *campañas* y hasta en distintos *teatros* ó comarcas; y como el esfuerzo espiritual y corporal del hombre tiene límites, que impiden una tension contínua, en todo, inclusa la guerra, procede por partes, para que puedan interpolarse períodos de reposo con los de actividad y accion. No sólo entre cada *campaña*, sino entre cada una de sus *operaciones* eslabonadas, media por acuerdo tácito ó expreso un período más ó ménos largo, de descanso y preparacion. Si fuera lícito comparar la guerra á un libro, en ella serían los capítulos *campañas* y los párrafos *operaciones*. La distincion admitida de éstas en *primarias* ó principales, y *secundarias* ó subordinadas, parece sutil ó al ménos innecesaria. En la guerra no debería haber nada *secundario*, ni áun de nombre.

Expedicion.

El sentido militar de la palabra latina *expedicion* es algo incierto y depende de las épocas y circunstancias históricas. Hoy, que la guerra es más científica, la *expedicion* es realmente una *diversion*, un *destacamento*, un *golpe de mano*, un incidente, un episodio. *Expedicion* lleva en sí la idea de ligereza ó aligeramiento, de rapidez, de brevedad. Los romanos decian: «Remotis impedimentis, hoc est expeditus.» Sabido es que llamaban expresivamente *impedimenta* al bagaje, máquinas y estorbos de sus tropas. César habla en este sentido al decir *expeditis legionibus*, legiones *expeditas* desembarazadas. Pero si recordamos en nuestra guerra civil las célebres expe-

diciones de Gomez, de D. Basilio, del mismo Pretendiente, se ve que no tenian precisamente ese carácter rápido y pasajero de *golpe de mano*, sino que más bien constituyeron la esencia, el *método de guerra;* y á su desgraciado éxito debe atribuirse virtual y militarmente el de la causa carlista. En el sentido técnico moderno, la guerra de Africa en 1860 fué una verdadera *expedicion*, como la de Italia en 1849.

Expediciones llaman los franceses á su *intervencion* en España de 1823; á su guerra de Moréa más tarde; á su misma guerra de Argel en los principios (1830).

En la primera edad de los pueblos, la *guerra* era una série de *expediciones*. Por medio de ellas comenzaron los romanos lenta y sucesivamente la conquista del mundo entónces conocido. Simple *expedicion* fué la de Tarif, que se convirtió en guerra de siete siglos; y desde las primeras incursiones de Alfonso el Católico, toda la *reconquista* de España es conjunto de *expediciones*, algaras, rebatos, sometidos más ó ménos á un plan preconcebido y ayudados por combinaciones diplomáticas. En el siglo x las *dobles expediciones* anuales del terrible Almanzor constituyeron durante veinticinco años la guerra de expansion, cuyo núcleo estaba en la Córdoba musulmana.

Vemos, pues, que *expedicion* sin ser, ó deber ser, realmente *guerra* ni *campaña*, es á veces ambas cosas. Hay, sin embargo, en aquella algo de preciso, de determinado, de inmediato que no puede encerrarse en las otras dos. Al *constituir* y al *estallar* una *guerra* el éxito siempre es problemático; el objeto no puede ménos de ser vago, indeterminado: al *preparar* una *expedicion*, el fin es casi siempre concreto y único; los medios por consiguiente á él solo se encaminan, y es más fácil prevenir los incidentes que surjan. Una *expedicion* produce una *guerra*: una *guerra* puede y debe producir *expediciones*. En este sentido, en el de *diversion* ó *gran destacamento*, su importancia puede á veces ser capital, y constituye un recurso *estratégico* que requiere oportunidad en su

disposicion, talento y habilidad en su ejecucion. El jefe que la mande, fija siempre la vista en el *conjunto de las operaciones*, tiene por otra parte que atender con exclusion á la que especialmente se le encomienda; anteponer á todo algunas veces el éxito particular suyo, y prevenir por su cuenta y riesgo, en el caso de victoria ó descalabro, lo que respectivamente convenga.

La grave responsabilidad que ordinariamente asume el que lleva á cabo uno de estos grandes *movimientos* llamados *excéntricos* ó *divergentes*, se compensa con la brillantez del éxito, con los imprevistos cambios y resultados que pueden sobrevenir en el *plan* primitivo de una guerra. Un *golpe de mano* afortunado y audaz ha inclinado en ocasiones de tal modo la balanza, que en la campaña de 1800, ántes casi de abierta la guerra, los franceses desbarataron todo el *plan* de la invasion enemiga.

Diversion.

Diversion parece tener sentido más *táctico*, más concreto, es en rigor hacer un *destacamento*, separar un cuerpo de tropas de la masa comun ó del *grueso del ejército*, con la intencion de que concurra simultánea ó combinadamente á un ataque. La *diversion* puede verificarse, bien sobre el *teatro* entero de la guerra *estratégicamente*, ó con más frecuencia *tácticamente*, sobre la *zona* reducida de las *maniobras* y hasta sobre un *campo* limitado *de batalla* cuando se resuelve un ataque doble. El uso táctico de las *reservas*, en que Napoleon I tanto sobresalió, es en el fondo un caso de *diversion* especial. Pero la palabra siempre se aplica fuera de él, y como disposicion puramente excepcional ó anormal y producida, no por el sistema general muchas veces, sino por la inspiracion momentánea del general al formular ó modificar su *plan de ataque*. En buen lenguaje se dice: «hacer diversion,» más bien que *divertir* al enemigo, para evitar el doble sentido de

esta última frase: no por temor de galicismo, pues los clásicos usan este verbo en sentido de apartar, desviar. Se puede decir sin recelo: «divertir la atencion ó las fuerzas, del enemigo,» llamarlas á puntos lejanos, como tambien se dice en esgrima «divertir el golpe.»

Demostracion.

En el dia, tanto en estrategia como en táctica, pero más frecuentemente en la primera, se ha dado en llamar *demostraciones* (porque así las llaman los extranjeros) á los ardides ó estratagemas «en grande,» que consisten especialmente en amagos, maniobras y ataques falsos ó simulados, para engañar al enemigo y desorientarle sobre las intenciones verdaderas. Un general en jefe hace una *demostracion*, sobre una plaza, por ejemplo, muy distante de la que realmente piensa atacar. Un general de division, en el campo de batalla, hace tambien una *demostracion*, cuando maniobra sobre el flanco de una posicion, para que se desguarnezca ó debilite el otro. Como no sea para dar á entender cierta «magnitud» en el movimiento, y en la tropa que lo ejecuta, no se ve que haga mucha falta en el lenguaje técnico esa nueva palabra, ya muy admitida, y que en el fondo viene á expresar lo mismo que *diversion*.

Teatro de la guerra. Teatro de operaciones.

El baron de Jomini distingue dos *teatros*: el *de la guerra* y el *de las operaciones*, en los párrafos que textualmente se copian á continuacion:

«El *teatro de una guerra* abraza todas las comarcas en que dos potencias pueden atacarse, sea en su propio territorio, sea en el de sus aliadas, ó de potencias secundarias que arrastren en su torrente por temor ó por interés. Cuando una guerra se complica con operaciones marítimas, entónces no

se limita el *teatro* á las fronteras de un Estado, sino que puede extenderse á ambos hemisferios, como sucedió en la lucha entre la Francia y la Inglaterra desde Luis XIV hasta nuestros dias.»

«Así el *teatro de una guerra* es una cosa tan vaga y tan sujeta á incidentes, que no se debe confundir con *el de operaciones*, que cada ejército puede abrazar con independencia de toda complicacion.»

«El *teatro de operaciones* de un ejército comprende todo el territorio que trata de «invadir» y todo el que puede tener que «defender:» si debe obrar aisladamente, este *teatro* forma todo su *campo*, fuera del cual podria bien buscar una salida si se encontrase atacado por tres lados; pero en distinto caso seria imprudente combinar ninguna maniobra, pues que nada estaria previsto para una accion comun con el ejército que opera sobre el otro campo.»

«Si, por el contrario, las *operaciones* están concertadas, el *teatro* de las de cada ejército, tomado aisladamente, no viene á ser en cierto modo más que una de las *zonas del campo general* que las masas beligerantes deben abrazar con un mismo fin.»—*Campo de batalla* es el lugar en que chocan ó se encuentran, en que vienen materialmente á las manos los dos ejércitos contendientes.

Base de operaciones.

La voz técnica *base* tiene dos distintos significados, segun se use en *estrategia* ó en *táctica*. En esta última, *base de alineacion* se entiende la compañía, el batallon, la fraccion cualquiera que permanece, ó entra la primera, en la nueva línea ó alineacion, determinada por un despliegue, cambio de frente ó maniobra análoga. Así se dice, *batallon de base*, *batallon-base*. La *directriz*, esto es, la línea de direccion de la marcha es generalmente «perpendicular á la base.»

En *estrategia*, *base de operaciones* es el punto, la línea, la

frontera, la comarca donde se *concentra* un ejército de operaciones al abrir una campaña, donde establece el *núcleo* de todos los servicios, y de donde ha de sacar sus *recursos* y *refuerzos*.

Escogida unas veces, impuesta las más al *General en jefe*, por «razones de estado» la preparacion militar de una *base de operaciones* requiere ordinariamente la intervencion del *arte del ingeniero*, consultando á la vez las necesidades *estratégicas*, *tácticas* y *administrativas* de las operaciones que ha de emprender el ejército.

Es evidente que una *base* para la *ofensiva* no requiere las mismas condiciones que otra para la *defensiva;* pero la mejor será la que reuna todas; pues una expedicion ofensiva y desafortunada debe contar con su base como refugio y *línea de defensa*.

En la *defensiva* no basta con una buena *base* en primera línea: conviene otra en segunda aún más sólidamente preparada. De aquí viene que en ambos casos un ejército puede tener muchas bases *sucesivas* ó *intermedias* y *escalonadas*, ya avance ó retroceda; y estas, por su índole, toman en estrategia el nombre de *eventuales*.

Si bien en la «eleccion y determinacion» de una *base* entran primero consideraciones de *estrategia* y de *política*, es indudable que la «preparacion material» envuelve uno de los más altos problemas de *fortificacion*, combinada con la *administracion militar*.

Jomini dice expresamente: «Una *base* apoyada en un rio ancho y caudaloso, cuyas orillas se ocupasen con buenas fortalezas situadas á caballo sobre él, seria sin contradiccion la más favorable que se pudiera desear. Cuanto más ancha sea la base, tanto más difícil es de cubrir; pero tambien dificultará más que el ejército sea cortado.»

«Toda base, para ser perfecta, debe ofrecer dos ó tres plazas de suficiente capacidad para establecer en ellas almacenes, depósitos, etc., y tener á lo ménos una cabeza de puen-

te atrincherada sobre cada uno de los rios no vadeables que haya.»

Por lo demas, los autores concuerdan en las condiciones, no muy fáciles, que ha de reunir una *base:* su extension no ha de ser absoluta, sino proporcional á las *líneas de operaciones;* conviene que su figura sea cóncava, entrante, de martillo (como prefiere Jomini), y no precisamente «paralela,» sino hasta «perpendicular» á la enemiga; flancos apoyados; holgura de *concentracion;* obstáculos para el enemigo y que no embaracen los propios movimientos; facilidad de *cambio*..... todo esto debe reunir una buena *base de operaciones.* Basta enunciarlo para comprender que constituye en el fondo lo que genéricamente se llama *posicion militar* con los caractéres que le prestan su mayor extension, permanencia é importancia.

Los estratégicos disertan largamente sobre «establecer, ensanchar, renovar, cambiar, escalonar *bases:*» operaciones todas, en efecto, de profundo cálculo y suma trascendencia. Aquí sólo toca añadir, por vía de definicion, que *cambio de base de operaciones*, ó lo que viene á ser lo mismo, *cambio de frente estratégico*, es la operacion análoga, pero en mayores proporciones, al cambio de frente *táctico* de una *línea de batalla.* Todo *movimiento envolvente* lleva en sí algo de incertidumbre y de sorpresa para el enemigo; y cuando la «masa entera» de un *ejército* abandona su base por otra nueva, naturalmente ha de infundir en el enemigo que observa, sin conocer el fin, un sentimiento de inquietud sobre aquel de sus flancos amagado por el cambio *de base* ó *de frente.*

Mas, como todo en la guerra tiene su contrapeso, esta *operacion* difícil y brillante ha de «constituirse» con prudencia suma y «ejecutarse» con matemático rigor, si ha de eludir los peligros con que puede trastornarla un enemigo diestro y vigilante.

Eje estratégico.

En *táctica*, elemental y superior, el *eje* siempre es el hombre, el cuerpo ó el objeto que permanece firme sirviendo de centro á un movimiento circular, para *cambiar de frente*. En estrategia *eje*, *quicio* (verdadero equivalente del francés *pivot*), es casi lo mismo que *base* ó *centro de operaciones;* y puede ser, proporcionalmente al vuelo ó magnitud de éstas, una *plaza*, un *obstáculo geográfico*, una provincia entera ó region física del globo.

Jomini no quiere que se confundan en *estrategia* los ejes *de operaciones* con los ejes *de maniobras;* los primeros son verdaderas *bases parciales* por un tiempo determinado; y los *ejes de maniobras* son «cuerpos movibles de tropas» que se dejan sobre un punto cuya ocupacion es esencial, mientras que el grueso del ejército se dirije á grandes empresas. Concluida la *maniobra*, cesa el *eje* de existir; al paso que un *eje de operaciones* es un *punto geográfico* y *material*, bajo la doble consideracion *estratégico* y *táctica*, y que sirve de apoyo durante una campaña entera.—En este caso y otros que siguen, bien se entiende que al invocar autoridad y transcribir literalmente los textos, declinamos modestamente por nuestra parte la responsabilidad que en sí llevan tales sutilezas. Lejos de darles importancia, tenemos por seguro que en las guerras futuras vendrá al suelo esta científica armazon de bases, frentes y líneas de operaciones.

Frente estratégico y de operaciones.

«Hay ciertos puntos de la ciencia militar con tal semejanza entre sí, que con frecuencia se suelen tomar por una sola y única cosa, aunque difieran mucho en la esencia.»

«De este número son los *frentes de operaciones*, los *frentes estratégicos*, las *líneas de defensa* y las *posiciones estratégicas*.

Por las observaciones siguientes se podrá venir en conocimiento de las íntimas relaciones y de las diferencias que entre sí tienen.»

«Luego que un ejército se encuentra colocado en *la zona del teatro* que ha de abrazar, para atacar ó defenderse, ocupa en él por lo comun *posiciones estratégicas.*»

«La extension del frente que abrazan y mira á la parte del enemigo se llamará *frente estratégico.* La porcion de *terreno*, desde donde el enemigo podrá probablemente llegar sobre este frente en una ó dos marchas, será *el de operaciones.*»

«Entre estos dos *frentes* existe tanta analogía, que muchos militares los confunden bajo una cualquiera de estas dos denominaciones. Tomando sin embargo las cosas en rigor, es incontestable que el nombre de *frente estratégico* conviene mejor para designar el de las *posiciones* realmente *cubiertas* por el ejército; miéntras que el *frente de operaciones* designaria más bien el *espacio geográfico* que separa los dos ejércitos extendiéndose á una ó muchas marchas más allá de cada extremidad de su *frente estratégico*, y donde es probable lleguen á chocar.»

«Un ejército no tiene siempre *línea de defensa;* sobre todo, cuando invade un país; tampoco tiene *frente estratégico* cuando se encuentra reunido en un solo *campo*, miéntras que siempre lo tiene *de operaciones.*»

«Siendo el *frente de operaciones* el espacio *geográfico* que separa el *estratégico* de los dos ejércitos, y sobre el cual pueden chocar, se halla por tanto casi siempre establecido con corta diferencia paralelamente á su *base.* El verdadero *frente estratégico*, al paso que abraza un espacio algo ménos extenso que el *de operaciones eventuales* ó *presumibles*, se hallará en la misma direccion; debiendo establecerse por lo comun de modo que corte trasversalmente la *línea principal de operaciones* y se prolongue aún más que los flancos de aquella hasta que la cubra cuanto sea posible.»

«El *cambio de frente estratégico* es en realidad una de las

grandes maniobras más importantes; porque formando así el ejército una perpendicular con su propia *base* se hace dueño de dos de los lados del *teatro* y se coloca de este modo en una situacion casi tan favorable como si tuviera una base con *dos frentes.*»

Puntos estratégicos.

«Hay *puntos y líneas estratégicas* de diversa naturaleza: unos toman este nombre por el solo hecho de su «situacion,» del que resulta toda su importancia en el *teatro de las operaciones*, y pueden ser puntos estratégicos *geográficos permanentes*; otros adquieren su valor por las relaciones que tienen con «la colocacion de las fuerzas enemigas y con las empresas que se forman contra ellas;» estos son puntos estratégicos *de maniobras*, y absolutamente *eventuales*; en fin, hay puntos y líneas estratégicas que sólo tienen una importancia *secundaria*, y áun otros que la tienen inmensa y continua: á estos se les ha llamado *puntos estratégicos decisivos.*»

Jomini, de cuyo conocido compendio traducido al castellano se toman, repetimos, á la letra los párrafos señalados con comillas, se precave contra lo sutil ó embarazoso de estas definiciones añadiendo:

«Procuraré explicar estas relaciones con toda la claridad que las concibo, lo que no siempre es tan fácil como se cree en semejante materia.»

«Todo punto del *teatro de la guerra* que tenga una importancia militar por su situacion, en el centro de las comunicaciones ó por establecimientos militares y obras de fortificacion de cualquiera clase que influyan directa ó indirectamente sobre el *terreno estratégico* lo será, de hecho, *estratégico territorial, ó geográfico.*»

«Creo—continúa Jomini— que se puede dar el nombre de *punto estratégico decisivo* á todo el que es capaz de influir notablemente en el resultado de la *campaña* ó en el de algu-

na de sus particulares empresas. Todos los puntos, cuya situacion geográfica y ventajas artificiales favorezcan el ataque ó la defensa de un *frente de operaciones* ó de una *línea de defensa*, son de esta clase: entre los que ocupan el primer lugar las *plazas de armas* bien situadas.»

«Los *puntos decisivos* en el *teatro de la guerra* son de muchas especies: el nudo de los valles, el centro de las principales comunicaciones, los desfiladeros.»

«Otra especie de *puntos decisivos* es la de los *eventuales de maniobras*, que son consiguientes á la colocacion de las tropas de los dos partidos.»

«El *punto decisivo* de un *campo de batalla* se determina: 1.º por la configuracion del terreno; 2.º por la combinacion de la localidad con el fin estratégico que se proponga un ejército; 3.º por la colocacion de las fuerzas respectivas.»

«Se podria decir de los *puntos objetivos*, como de los que preceden, que los hay de *maniobra*, y asimismo *geográficos:* como una fortaleza importante, la línea de un rio, un *frente de operaciones* que ofrezca buenas líneas de defensa ó buenos apoyos para empresas ulteriores.»

«Sin embargo, como la eleccion misma de un *objetivo geográfico* es combinacion que puede colocarse en la clase de las *maniobras*, seria más exacto decir que los unos sólo se refieren á puntos territoriales y los otros exclusivamente á las fuerzas que los ocupan. En *estrategia* el «objeto» de una campaña determina el *punto objetivo.*»

«En cuanto á los *puntos objetivos de maniobra*, esto es, á los que se dirigen sobre todo á la destruccion ó desconcierto de los ejércitos enemigos, se calculará toda su importancia por lo que dejamos dicho respecto á los *puntos decisivos* de la misma especie. En la acertada eleccion de estos puntos se prueba de cierto modo el talento de un general, como prenda segura de grandes triunfos. Es indudable que este fué el tino en que más indisputablemente se distinguió Napoleon.»

«Todavía hay una clase de *puntos objetivos* que no se deben

pasar en silencio; y son los que, teniendo por término un punto militar cualquiera, se ligan sin embargo á las combinaciones *políticas* mucho más que á las *estratégicas*: en las *coaliciones* sobre todo, es raro que no hagan un gran papel influyendo en las operaciones y combinaciones de los gabinetes, por lo que se les podria nombrar *puntos objetivos políticos*.»

Línea de operaciones.

Línea de operaciones es, en *estrategia*, la que une la *base* con el *objetivo*. Los autores, sobre todo si son álemanes, se extienden largamente en consideraciones que podrian abreviarse sin menoscabo de la doctrina.

Es evidente que en *órden paralelo*, ó «de equilibrio del frente propio con el contrario,» la *línea* ó *líneas de operaciones*, esto es, el avance contra el enemigo será en sentido «perpendicular» en el mismo en que él nos saldrá al encuentro; pero si, por movimientos preparatorios ó estratégicos, el enemigo acude á puntos de su base falsamente amagados y nosotros «concentrados rápidamente» nos llegamos á interponer entre sus fracciones, la *línea* sobre la cual marchemos será *interior* y única, al paso que las suyas serán *exteriores* y *dobles* ó *múltiples* respecto de las nuestras. Líneas *convergentes* ó concurrentes ú oblícuas, malamente llamadas *concéntricas* para el que sepa geometría, son las que recorren los cuerpos ó fracciones de un ejército para todo movimiento de *concentracion* sobre un solo punto, y *divergentes* las que siguen en el movimiento inverso de *diseminacion*. *Excéntricas* son aquellas muy *divergentes* que forman ángulo muy abierto con la perpendicular al frente, hasta el extremo de salirse de él. Un *cuerpo destacado*, para hacer *punta* ó *diversion*, marcha sobre *línea excéntrica;* y cuanto más mejor, para que lo ignore el enemigo. *Largas*, *extensas*, *profundas* son las líneas que *penetran* á grandes distancias en territorio enemigo.

Cuando se cambia ó modifica el *plan* primitivo, hay tambien *líneas provisionales, accidentales, eventuales;* y segun su importancia toman nombre de *primarias* y *secundarias.*

El capítulo de Jomini, que lleva por epígrafe «De las líneas estratégicas,» empieza: «En los artículos 19 y 21 hemos hecho mencion de *líneas estratégicas de maniobras*, que difieren esencialmente de *las de operaciones:* no será inútil insistir, porque muchos militares las confunden con frecuencia.»

«Las *líneas estratégicas* son de muchas especies. No tenemos que ocuparnos de las que tienen una importancia general y permanente por su situacion y por sus relaciones con la configuracion del país, como las líneas del Danubio, etc. Pero se llaman tambien *líneas estratégicas* todas las *comunicaciones* que conducen por la vía más directa ó ventajosa de un punto importante á otro, así como del *frente estratégico* del ejército á todos los *puntos objetivos* que se proponga ocupar.»

«Se comprende desde luégo que todo *teatro de guerra* está surcado de semejantes *líneas*; pero que las que se quieren recorrer con un fin determinado son las que tienen solamente una importancia real, á lo ménos por el tiempo de aquel objeto. Este hecho bastará para que se comprenda la gran diferencia que hay entre la *línea general de operaciones*, adoptada para toda una campaña, y estas *líneas estratégicas eventuales*, tan variables como las *operaciones* de los ejércitos.»

Del texto parece deducirse que *línea de operaciones*, en general, es toda aquella por la cual se *opera*. Sin embargo, tal es la inseguridad ó la incorreccion de esta nomenclatura, que para muchos son líneas *de comunicacion*, líneas *de maniobras* las que enlazan entre sí dos líneas *de operaciones* algo distantes una de otra, y áun las diversas columnas de una sola línea de operaciones. Lo que en todo caso puede distinguir estas *líneas de comunicacion* es su direccion siempre trasversal.

Línea de etapa.

Con las líneas de operaciones se relacionan hoy, de manenera algo confusa, las antiguas líneas *de aprovisionamiento*, que con nueva locucion se llaman *líneas de etapa*. Desde luégo esta última palabra tiene nada ménos que tres significados: el de racion de campaña con ciertas condiciones administrativas; el de trayecto que recorre al dia una tropa en marcha, y que con más propiedad podria llamarse jornada; y por último, punto de tránsito, descanso y suministro en una vía ordinaria de comunicacion. Con esta sola acepcion debe quedar. La definicion, por consiguiente, de *líneas de etapa*, segun modernos autores, parece que no puede ser más clara: si línea de operaciones es la que une la *base* con el *objetivo*, línea de etapa es la que enlaza, por la espalda, al *ejército* con el *país*. No hay más que una pequeña dificultad: la antigua *base de operaciones*, que, como línea geométrica ó raya material, servía de divisoria para establecer el aquende y el allende, hoy no es en rigor apreciada bajo aspecto tan estricto. Diciéndolo de una vez: la *base de operaciones*, singularmente en *defensiva*, puede comprender el país entero, que ya las redes de ferro-carriles surcan por los radios y por las cuerdas, comunicándose tambien por la circunferencia ó el litoral. Se ve, pues, que la *línea de etapa* tan difícil es de definir en teoría, como de trazar en la práctica: en general enlaza efectivamente un ejército entero ó alguno de sus cuerpos con depósitos, maestranzas y almacenes preexistentes; y aun en toda latitud, con lo que se llaman centros productores, naturales y fabriles. Y en este concepto generalizador tambien se ve que la *línea de etapa* podrá apartarse en muchos casos de su sentido puramente geométrico, y constituir no solamente zonas y haces de comunicaciones en sentido longitudinal, sino redes, á veces extensas, de ferro-carriles con carreteras y vías fluviales y marítimas, para

abrazar los puntos importantes que ofrezcan recursos de todo género. Porque no se reducen á víveres y municiones las necesidades de un ejército en campaña; hay otra multitud de servicios, de sanidad y veterinaria, de vestuario y equipo, de calzado y herraje, de atalaje y montura; y sobre todo incesante movimiento, en las dos direcciones, de reservas, remontas y otros elementos que exijen constante abastecimiento y continua renovacion.

Ordinariamente las líneas de etapa se dividen en trozos de 20 á 25 kilómetros ó jornadas de marcha. Los puntos que de esta division convencional resultan, se denominan *puntos de etapa* con perfecta exactitud; y de ellos son principales aquellos que fijan distancias de 4 á 5 jornadas en que las tropas hacen habitualmente más largo descanso, por ser centros populosos y acomodados para depósitos, almacenes y hospitales.

Previsoramente se determinan estos últimos en tiempo de paz, ligándolos á otras importantes consideraciones de *movilizacion* y *concentracion;* pero ya se entiende que, abiertas las hostilidades, los *puntos de etapa* han de ser variables á medida que el ejército avance, retroceda ó se desvie de la primitiva direccion en que se empeñó. De todos modos, y en cualquiera de sus diversas situaciones, los puntos en que sobre él van á morir las *líneas de etapa* es decir, el almacen ó estacion extrema en que desembarcan los grandes convoyes para ramificar las distribuciones entre los varios cuerpos ó trozos, se denominan *cabezas de etapa.* De todo ello se deduce que el *servicio de etapas* en tiempo de guerra comprende el de *Comunicaciones* de toda especie, incluso las telegráficas, y todo lo referente á su organizacion, entretenimiento, vigilancia y defensa.

Línea de batalla.

Línea de batalla ó *frente de batalla* suele confundirse con *órden de batalla*, en sus dos acepciones, *estratégica y táctica.*

Por analogía, *línea de batalla*, como *línea de operaciones*, como *línea de retirada* tienen sentido abstracto, absoluto, geométrico, para el cual en nada interviene la relacion ó referencia al enemigo. La *línea de batalla* está constituida en el acto de colocar un batallon sus unidades extendidas en una misma direccion, ó de colocarse varios cuerpos ó masas de tropas unos al lado de otros, poniendo aproximadamente sobre una misma «línea recta» sus centros de figura. Una série de batallones en masa con intervalos de despliegue constituye línea de batalla, sin que sea preciso referirse á un objeto determinado; pero lo es, y hay que suponer enfrente «un enemigo» imaginario ó real, cuando se dice *órden de batalla*. En el *órden* hay siempre algo ocasional, dispositivo, distributivo, arbitrario, que no hay en la *línea*. Un *órden de batalla* admite en rigor varias *líneas de batalla* en sentido de la profundidad. No se dice ni puede decirse *línea de batalla paralela ú oblícua*, como se dice *órden de batalla paralelo ú oblícuo*. La *línea de batalla* es inicial, fija, casi siempre «perpendicular á la línea preexistente de marcha:» el órden de batalla, como resultado de maniobras preparatorias en general, no cumple esa condicion. En el art. 3.º del cap. V se dará mayor amplitud á esta definicion importante.

Concentracion.

Movimiento *estratégico* para reunir los trozos ó *columnas* de un ejército de operaciones que deben marchar separadas y abrazando el mayor *frente estratégico* posible, no sólo para tener víveres y holgura, sino para «desorientar» al enemigo sobre el verdadero *objetivo*, es decir, sobre el punto de ataque elegido. Bien se comprende que una *concentracion* hábil abraza la resolucion de grandes problemas de guerra, y requiere una inteligencia, un tino especial en lo que se llama logística y en la ciencia de las marchas. Con razon dice Jomini que esta «alternativa de los movimientos *espaciosos* y de

los *concéntricos* es el verdadero distintivo de un gran capitan.»

En *táctica* no debe usarse la palabra *cencentracion*. La *táctica*, rigorosamente, no juega hasta que la *concentracion* está hecha y el combate preparado. Es evidente que hay perfecta analogía entre lo que pasa en grande en el *teatro de la guerra*, y en pequeño en el *campo de batalla;* pero en éste la *concentracion* es el *pliegue y repliegue;* la *formacion en columna;* el *pase* del órden *extenso* ó delgado al *profundo*. Un batallon pliega, repliega ó despliega sus compañías; pero no las esparce ni *concentra*.

Adviértase de paso que el adjetivo *concéntrico*, tomado de la geometría, y muy usado en el *arte de la guerra*, singularmente en *estrategia*, no siempre se emplea con entera propiedad. *Concéntricos* son en geometría los círculos ó figuras poligonales que tienen «un mismo centro:» cuando un compás, manteniendo fija una punta, se va abriendo ó cerrando, describe *círculos concéntricos*. De aquí toman este nombre los *movimientos estratégicos*, que efectivamente se verifican sobre arcos imaginarios de círculos que van disminuyendo progresivamente en radio, supuesto «centro» el lugar que ocupa el enemigo. En este concepto está bien llamada *concéntrica* la célebre invasion de la Francia por los aliados en 1814. Picadas sobre el mapa las posiciones y etapas sucesivas, se ven materialmente «arcos de círculo» con radio cada vez menor, y por consiguiente, con disminucion de intervalo entre los cuerpos invasores; pero es inadmisible llamar *concéntricas*—como hacen algunos estratégicos, incluso Jomini—á las *líneas de operaciones*, que en abstracto siempre son «rectas.» Una línea recta nunca puede ser concéntrica: será *convergente*, como lo son los radios que concurren en el centro de un círculo; y aquí está el error de llamar *concéntrico* á lo que «tiende ó concurre al centro.» El *frente estratégico* suele ser, y la ciencia recomienda que lo sea, curvo, con la concavidad hácia el enemigo; y las *líneas de operaciones* (verdaderos ra-

dios) *convergen*, concurren en el «centro,» en que aquel está hipotéticamente colocado.

Se dirá, pues, con geométrica exactitud que un *movimiento concéntrico* se lleva á cabo por medio de *líneas de operaciones convergentes.*

Divergente, por la inversa, es el adjetivo que corresponde al sustantivo *diversion.* Los radios de un círculo son convergentes al centro, divergentes á la circunferencia. El *frente estratégico* de un gran ejército, así como el *frente* material *de batalla* de una brigada, presuponen á vanguardia una línea perpendicular, *directriz*, de la *maniobra* para la brigada, de las *operaciones* para el ejército. Considerado éste en abstracto como un punto, todas las líneas que de él parten en direccion al enemigo formarán ángulos más ó ménos abiertos con la central ó perpendicular, y serán *divergentes*, como los radios de un semicírculo lo son entre sí y con aquel que es perpendicular al diámetro. Toda *diversion*, por lo tanto, todo gran movimiento envolvente ó de estratagema se verifica sobre una línea *divergente*, y no como impropiamente se dice, *excéntrica.* El movimiento es el *excéntrico*: la línea, *divergente.*

Unidad táctica.

Es, en las diferentes especies de *armas*, aquella fuerza numérica que la experiencia ha demostrado ser más manejable, y amoldarse en todas ocasiones á las tres condiciones á que deben satisfacer las tropas: *fuerza*, *solidez* y *movilidad.* Esta unidad en las tres armas, aunque oscile entre límites bastante apartados, nunca debe rebasar el inferior, por lo que debilita, ni el superior, que está determinado por la condicion precisa y práctica de que el comandante, no sólo vea, vigile y áun conozca á cada individuo, sino que su tropa entera esté al alcance de su voz ó de su señal. En los ejércitos actuales de millones de hombres, el cuerpo de ejército es *unidad es-*

tratégica: unidades *tácticas*, dentro de la *division*, son el batallon, el escuadron, la batería. En infantería, por su órden abierto, se reputa ya la simple compañía por unidad *de combate*.

Contacto.

Desde la guerra franco-germana de 1870, esta palabra tiene carta de naturaleza en el tecnicismo militar. *Tomar el contacto* es seguir tenazmente y muy de cerca la huella del enemigo en todos sus movimientos. Para que sea útil y eficaz, por una parte exige en la caballería *exploradora* todo el posible desarrollo, no sólo por el frente sino sobre los flancos; y por otra debe ser susceptible de romper, cuando se necesite, esa misma cortina ó biombo que á su vez opone el enemigo, para penetrar, siquiera por algunos instantes, hasta las avanzadas con que más inmediatamente se cubre.

Movimiento.

Movimiento es voz tan genérica y usual, que abraza desde la primera leccion que se da al recluta hasta las grandes *operaciones* de un ejército. El reglamento de táctica vigente (de 1864) encabeza el art. 1.º de la instruccion del recluta con el título «movimientos de cabeza,» y en él dice: «el movimiento» de vista á la izquierda se ejecutará, etc. En el capítulo III del manejo de armas, tambien el art. 1.º se titula «movimientos de uniformidad.»

El mismo reglamento táctico en la instruccion del batallon (pág. 5), dice: «Movimiento es la accion que ejecuta un batallon ó sus fracciones, ó un solo individuo para cambiar su modo de estar.»

Por otra parte, dice el estratégico Willisen (pág. 116), hablando de un ejército..... «Para poder expresar la diferencia de los *movimientos*, bien se ejecuten estos en grandes espacios y en inmediata relacion con las comunicaciones, en cuyo

caso son *estratégicos*, ó bien cuando son tan sólo *tácticos*, daremos á los primeros el nombre de *marchas*, y á los segundos el de *maniobras;* y como la union de la estrategia y la táctica es el *arte de la guerra*, los denominaremos en esta *movimientos.*» Y añade en la pág. 122: «Lo que las *marchas* son para la estrategia, son las *maniobras* para la táctica.» Se ve, pues, cuán lejanos son los dos extremos de la acepcion.

Los *movimientos* en la guerra, que pueden ser *envolventes, simulados, retrógrados, decisivos, concéntricos, excéntricos*, etc., y que deben siempre fundarse en cálculos de tiempo, distancia y velocidad, entran, por consiguiente, con más propiedad en la *estrategia*, y abrazan «en teoría y en conjunto» las marchas, maniobras, campos y combates. Una *combinacion de movimientos estratégicos* constituye una *operacion*.

Maniobra.

La voz *maniobra* es, ó debe ser, peculiar y exclusiva de la *táctica*: así como *movimiento*, de *estrategia*. Su significacion parece algo restringida cuando se dice que «maniobra es el conjunto de medios para pasar de una formacion á otra, de un modo de combatir á otro distinto.» *Maniobra*, en *táctica general* ó *superior*, y en su más lato sentido, abarca «la combinacion, la direccion, la accion general de todos los elementos militares para concurrir á un mismo fin *táctico*.»

Evolucion.

Las palabras más técnicas y usuales suelen ser en la milicia, como en todo, las de significado ménos preciso. Los autores didácticos, y áun los mismos reglamentos, descuidan este punto de lenguaje, y es frecuente ver confundidas las voces *maniobra* y *evolucion*. El uso tiende, sin embargo, á dejar á la segunda un sentido ménos ámplio, y subordinado al de la primera. *Evolucion* (en el dia, voz más bien de ejercicio que

de guerra) expresa meramente el cambio de *formacion* ó modo de estar de una *unidad táctica* aislada. Un batallon, un escuadron que de la *formacion* en batalla pasa, de un modo cualquiera, á la de columna ó á la inversa, hacen cada uno de por sí, una *evolucion*.

Formacion.

En general, la figura rectangular que toma la *unidad táctica*, ó de fuerza, al colocarse sobre el terreno. La reunion de estas formaciones parciales no constituye la *formacion* de un ejército, sino el *órden*. Un batallon ó escuadron toma tal *formacion:* un ejército ó division toma tal *órden*. Un batallon *forma* en batalla: un ejército se *pone* en *órden* de batalla.—Sobre el *paralelo* y *oblícuo* se dará extensa explicacion en el capítulo V.

Columna.

En su acepcion más general es la formacion ó disposicion de una tropa, pequeña ó grande, cuyos «elementos» están colocados unos detrás de otros y paralelamente entre sí sobre un mismo eje ó línea directriz. La *columna* se forma con una compañía por escuadras ó secciones, ó con un batallon por compañías, ó con un ejército por batallones. En todos casos se llama *cabeza* á la primera subdivision y *cola* á la última. Bien se ve que, abrazando la voz *columna* desde la compañía hasta el ejército, desde la *estrategia* hasta la *táctica elemental*, ha de ser todo relativo á su magnitud numérica. La voz *columna*, tácticamente, es la opuesta de *batalla* ó de *línea*.—*Columna* envuelve idea de *profundidad*, de extension perpendicular á la direccion de su frente. *Línea* es siempre tomada por la extension de este mismo frente ó de sus paralelos.—Tambien se suele llamar *columna*, con el calificativo de *móvil* ó *volante*, al *destacamento* tal como se explicará en el capítu-

lo VI: á la reunion de tropas, más ó ménos numerosa, y compuesta de dos ó de tres armas, destinada, con independencia del *grueso* de una division ó ejército, á un fin táctico de cualquier género.

Reserva.

La palabra *reserva* tiene en el dia importancia suma en su triple sentido: *orgánica, estratégica y táctica.* Sobre el primero se ha indicado en el capítulo anterior lo que la índole de esta obra permite: sobre los dos últimos no será inoportuno, siendo este lugar de definiciones, extenderse un poco y autorizar la parte estratégica trascribiendo algunos párrafos.

«Desde el gobierno que prepara las *reservas nacionales,* hasta el jefe de una partida de tiradores, todos quieren tener en el dia su *reserva.*»

«Ademas de las reservas nacionales que corresponden al capítulo de la *política militar*, y que no se forman sino en los casos urgentes, cuida un gobierno previsor de asegurar buenas reservas para completar los *ejércitos activos;* y al general incumbe despues el saber disponerlas cuando están en el radio de su mando. Un *estado* tendrá sus *reservas;* el *ejército,* tambien las suyas, y cada *cuerpo de ejército*, y áun cada *division* ó *destacamento* no se descuidarán en asegurar la que le corresponda.»

«Las reservas *de un ejército* son de dos especies: las que están en la línea de batalla dispuestas al combate y las destinadas á tener ese mismo ejército al completo; estas últimas miéntras se organizan, pueden ocupar un punto importante del *teatro de la guerra* y áun servir de *reservas estratégicas.*»

«Desde que se resuelve la invasion de un país, es natural que se piense en la posibilidad de verse reducido á la defensiva; así pues el establecimiento de una *reserva intermedia* entre la *base* y el *frente de operaciones* ofrece la misma ventaja que la *reserva del ejército activo* en un dia de batalla, porque

puede volar á los puntos importantes que el enemigo amenace sin debilitar por esto el ejército que opera. A la verdad, la formacion de una *reserva* semejante exige cierto número de regimientos que es necesario separar del ejército activo; no se puede, sin embargo, dejar de convenir en que uno que sea algo considerable tiene siempre que esperar refuerzos del interior; reclutas que instruir; milicias movilizadas que ejercitar y depósitos de regimientos y de convalecientes de que sacar utilidad; organizando un sistema de depósitos centrales para la fabricacion de municiones y de equipo, haciendo reunir á estos depósitos todos los destacamentos que salen y entran pertenecientes al ejército, y agregando á ellos solamente algunos batallones de buenas tropas para darles alguna consistencia, es como se formará una *reserva* que preste buenos servicios.»

«Estas reservas serán particularmente útiles en los paises que presenten *doble frente* de *operaciones*, porque desempeñarán los encargos de observar el segundo frente y de concurrir en caso necesario á las operaciones del ejército principal; si el enemigo amenazase sus flancos ó si un revés le obligara á replegarse sobre el de reserva. Inútil es añadir que se debe procurar no caer en desmembraciones peligrosas.....»

«Napoleon sobresalió en el acierto de emplear las reservas *tácticas*, y de ver á la primera ojeada el *nudo*, el *punto-llave* y decisivo de una batalla. Tenia por principio que el que guarda tropas frescas para el dia siguiente al del combate, casi siempre es batido, y que se debe dar hasta el último hombre cuando sea conveniente; pues al otro dia de una victoria decisiva ya no hay obstáculos; la opinion sola basta para asegurar nuevos triunfos al vencedor.» *(Jomini.* Comp. cit.)

Marmont (Esprit des inst. mil., pág. 24), sin embargo, le acusa de haber sido infiel á sus mismos principios en la Moskowa y en Waterlóo.

Conviene no confundir en *táctica*, *reserva* con *retaguardia*,

ni con lo que en el siglo pasado solia llamarse *tercera línea*, ni con cuerpos ó tropas apostadas en esta tercera, ó en cuarta linea, como *reten* ó *sosten*, destinados á reforzar en el acto, á relevar tropas cansadas, á parar un golpe súbito. Esto implica cierta dependencia ó correlacion inevitable con las tropas de *combate*, que cabalmente es lo que hoy se evita. Por *reserva* ó *cuerpo de reserva* ha de entenderse una *masa* de tropa, respetable por su *composicion* más que por su número; independiente de la primera y de la segunda línea, es decir, de las *líneas*, sean las que fueren, *de combate;* cuya masa, generalmente formada en columna y oculta, en cuanto el terreno y los sucesos lo permiten, obra desde luégo moralmente, «dando calor,» como decian nuestros clásicos, haciendo espaldas, conteniendo con su sola presencia y su ejemplo el desórden parcial de cuerpos que se conmueven, amilanan y cejan sin motivo. La *reserva* está siempre bajo la mano del *General en Jefe*, fresca, descansada, serena, siguiendo con atencion, pero sin impaciencia ni inquietud, las vicisitudes de la *accion*, ignorándolas á veces. El que estudia, por ejemplo, la célebre batalla de Marengo y ve en ella la llegada inopinada de la division de Desaix, en el momento supremo en que la batalla se pierde, porque la guardia consular tiene que cejar, encontrará perfectamente deslindado lo que aquí se pretende definir.

La *reserva*, pues, en este elevado sentido *táctico*, no es solamente necesaria en el caso extremo de una «derrota,» es más indispensable, si cabe, en la misma «victoria,» cuando se quiere que esta sea completa y aprovechada. Contentarse, como es frecuente, con vivaquear en las posiciones poco ántes defendidas y abandonadas por el enemigo, es un honor estéril que no satisface al buen general. La victoria está en la persecucion, en el aniquilamiento, en el exterminio. Muchas veces no se abandona el campo de batalla por sensible pérdida, ni por miedo, desorganizacion ó desórden: más de una vez ha sucedido retroceder, huir para volver de nuevo y

con más brío. Muchas veces tambien las tropas vencedoras han sufrido más que las vencidas; quedan estropeadas, desorganizadas por muertes y heridas de sus jefes, incapaces de otra cosa que de pernoctar y descansar, gloriosa, pero inútilmente, en el campo de batalla.

Ahora bien: si despues de arrolladas sus varias líneas y despedazados todos sus resortes de resistencia, al iniciar el vencido la retirada, un cuerpo fresco, intacto, avanza presuroso, acomete, acosa, no deja rehacerse, va cogiendo la artillería é impidiendo sobre todo que logre un punto de reposo, tan necesario despues de las fatigas y emociones del dia, se comprende que no le queda otro recurso que volver caras, empeñar nuevo combate, en el que sucumbirá probablemente, por su estado moral y material. Esto, como se ha indicado, no puede lograrse sino con un cuerpo «fresco,» es decir, que haya estado fuera del peligro y del fuego; que hombres y animales hayan sufrido poca fatiga y tomado buen alimento; esta reserva, en fin, es un «segundo ejército.» Bajo este concepto, inútil es discutir si ha de ser caballería exclusiva ó principalmente la que lo componga, como algunos sientan. Si es *ejército*, dicho se está que ha de tener todas las *armas:* tropas ligeras, para escaramuzar; tropas de preferencia, mejor de empuje, para acometer y romper; artillería para destruir, y caballería, indudablemente respetable, para acosar, destrozar y perseguir. En el caso opuesto de derrota, excusado es repetir que esa misma caballería con sus cargas reiteradas, esa artillería con su serenidad y puntería protegerán los escalones, los cuadros, los cuerpos dispersos, que podrán ir dejando grandes espacios intermedios para perder cuanto ántes de vista al que ocasiona su desgracia.

Este doble empleo de la *reserva* prescribe en su *composicion* tropas *de preferencia;* no en el sentido de llevar uniforme con vivos verdes ó encarnados, sino tropas sólidas, consistentes, probadas, con jefes serenos y un General experto, reflexivo y audaz á la vez. La fuerza de una *reserva táctica* la deter-

minan los principios generales de organizacion, oscilando generalmente entre $^1/_4$ y $^1/_6$ del total. Por lo demás, repetimos, siempre que la historia de una guerra registra una victoria «debida al *arte* y al General en Jefe,» forzosamente se encuentra un hábil y oportuno *empleo de reservas*. Está demostrado desde Ciro en Thymbrea, Epaminondas en Mantinea, Alejandro en Arbelas, hasta Federico y Napoleon en casi todas sus batallas.—En los capítulos V al VIII tendrán estas ideas oportuno desarrollo. En el Dicc. Mil. se encontrarán más desenvueltas las anteriores definiciones, y en la Bibl. Mil., pág. 933, anotados los autores exclusivamente españoles que tratan de *Arte Militar* en general ó en conjunto.

Táctica.

Para Federico II y Guibert, en el último tercio del siglo pasado, *táctica* era el *arte de la guerra* en todo su conjunto y extension: desde principios del presente, la invencion ó adopcion de la *estrategia*, segun queda definida, fué restringiendo el significado, de modo que hoy la *táctica* viene á quedar subordinada á la *estrategia*, puesto que ejecuta lo que esta proyecta ó dispone.

Está admitida la division de la *táctica* en dos partes: una elemental, particular, limitada, pequeña y siempre reglamentaria; otra compleja, ilimitada, general, grande, superior ó sublime, aunque este último adjetivo parece algo hiperbólico.

La *táctica superior*, teniendo por esencia y fundamento las múltiples combinaciones de las *tres armas* y entrando en ellas ademas otro complicado factor que es el *terreno*, no puede ya ser encerrada en reglamento, y su ámplia y discutible doctrina rebosa en voluminosos tratados.

Sobre ella pueden apuntarse breves consideraciones. Desde luégo, confinando, ó mejor dicho, enlazándose por su parte más elevada con la *estrategia*, la *táctica superior* ensancha

casi indefinidamente su círculo de accion. Da incompleta idea definirla como «arte exclusivo de manejar las tropas en el campo de batalla, ó (segun la frase consagrada) á la vista del enemigo y al alcance de su cañon.» No tiene por objeto único y limitado «combatir bien sobre un terreno dado;» ni «combinar sólo en el acto del combate la accion y efecto de las armas;» ni atender «al simple mecanismo de las formaciones ó ejercicios de las tropas,» como generalmente se dice. La *táctica superior* ó *general* se desenvuelve en más ancha esfera, que incluye al pequeño destacamento, á la brigada, á la division y al ejército entero. Positivamente, la *táctica* gira sobre puntos indicados por la *estrategia*, como favorables al éxito de una *campaña;* pero ella tiene á su vez eleccion y libertad para determinar el más conveniente al buen éxito de la *batalla*. Y como ésta, en la region de la teoría, no debe ser de encuentro casual ó choque ciego, sino empeñada á consecuencia y en virtud de *marchas y maniobras*, viene á resultar en conclusion que la *táctica superior* es una *estrategia* en pequeña escala; que la *táctica* resuelve en espacios reducidos los mismos ó análogos problemas que la *estrategia* en otros más dilatados. Y esto es lo cierto.

La *táctica*, en toda su generalidad, es el arte de ordenar, disponer, mover y combinar *prácticamente* las tropas; ella enseña á formar, conducir y poner en juego todos los agentes y elementos *de ejecucion;* á repartir y arreglar las *unidades de fuerza;* es el arte de los *órdenes* y de las *maniobras* aplicadas y concordantes; ella da conjunto, movilidad y precision á cuerpos diferentes y heterogéneos; ella imprime á un ejército verdadera *actividad* y aptitud guerrera; busca, y encuentra, y vence, y persigue al enemigo, ó bien le burla y esquiva si conviene; tiene mucho ménos de conjetural, y mucho más de positivo, que la *estrategia;* es el alma de las *operaciones secundarias;* es el arte de las *posiciones*, de los *campos*, de las *marchas maniobreras* y difíciles. La *táctica* reconoce y valúa el

terreno; lo utiliza, prepara y modifica imponiendo sus condiciones á la *fortificacion* (V. cap. IX); previene y se anticipa al enemigo en sus *disposiciones decombate*; obra sin confusion, manteniendo el órden en medio de un aparente laberinto de hombres, caballos y máquinas; tantea y desconcierta al enemigo, y le obliga á descubrir su intento, ocultando el suyo propio; suple la *inferioridad* numérica; busca sagaz el *punto-llave* de la posicion, y el débil ó vulnerable del enemigo; sobre él, como la *estrategia*, acumula fuerzas y esfuerzos reiterados de valor y de talento: acude á las *reservas*, y si al fin rompe con la victoria el equilibrio y corta el *nudo de la batalla* ¡ay del vencido! disperso, desbaratado, sin un punto de respiro á la tenaz *persecucion*. Si la fortuna no premia el valor, todavía es la *táctica* la que disputa al vencedor, engreido y ciego con su triunfo, algun resto de gloria en hábil y sangrienta *retirada*.

En resúmen la *táctica superior*, en su mayor latitud, comprende: eleccion y aprovechamiento de posiciones, puestos, campos atrincherados, órdenes y líneas de batalla; grandes maniobras; disposiciones preliminares para el combate; combates, encuentros, choques imprevistos; ataque y defensa de puestos; acciones parciales de vanguardia y retaguardia; ardides, estratagemas, sorpresas, golpes de mano: en fin, cuantas *operaciones secundarias* se encargan á un pequeño cuerpo ó *destacamento* aislado, como se verá en el capítulo VI.

Es, pues, manifiesta la íntima y provechosa conexion entre la *estrategia* y la *táctica*. En toda gran combinacion el principio y el fin pertenecen á la primera; pero los medios son de la segunda; y como dice Willisen, ¿qué son el principio y el fin sin los medios? nada. Y ¿los medios sin principio ni fin? nada tambien. Nunca pueden marchar desunidas ó desacordes la *táctica* y la *estrategia*.

En tiempo de paz, en que esta última está ociosa, la *táctica*, en contínuo y laborioso ejercicio, preside á la organizacion, adiestra al hombre y al caballo, finge y estudia la guer-

ra en cuanto es dable, y se corrige y perfecciona por todos los medios que la puedan hacer sencilla, precisa, flexible y adecuada al carácter nacional.

Queda, por consiguiente, demostrado que el *estudio de la táctica*, no sólo ha de ser contínuo y perseverante, sino más progresivo y profundo á medida que el Oficial sube en graduacion.

A primera vista parece que no presenta materia de grave estudio este ramo del *arte de la guerra*, cuyos principios, de puro sencillos, dan en triviales: y sin embargo, Rocquancourt advierte juiciosamente «que la mayor parte de los grandes capitanes no han debido su celebridad más que al empleo de un corto número de combinaciones por largo tiempo ignoradas de sus adversarios, y cuya invencion nos parece hoy de la más *trivial* sencillez.»

Dicen que Napoleon dijo en Santa Elena: «Es menester mudar de táctica cada diez años,» sin duda comprendiendo que le tenia allí el no haberlo hecho. Tambien dice Jomini que «la táctica es la parte de la guerra, quizá imposible de sujetar á reglas fijas.» Diego de Salazar, en su inimitable tratado *De re militari*, en 1536, ya decia: «Las cosas nuevas y repentinas espantan los ejércitos.» Vejecio, en fin, hace más de trece siglos, sentaba entre sus máximas: «Maniobras siempre nuevas hacen temible á un General: la conducta uniforme le vuelve despreciable.»

Y con efecto, en la *táctica general* ó *superior* se debe desechar toda rutina, toda costumbre tradicional y extraña á sus constantes móviles y conocidos fundamentos: las *armas* y el *terreno*. Todo el siglo XVIII se ha pasado en sábias y estériles discusiones tácticas, sin acertar á desembarazarse de los resabios del anterior, ni de aquella singular preocupacion de la *derecha en cabeza* y de las conversiones en batalla «como el minutero de un reloj.» El coronel austriaco que, ingeniándose como un artífice chino, logró escribir con su tropa en el campo de instruccion la cifra de «María Teresa,» y el otro co-

ronel francés que, envidioso de esta gloria, escribió á su vez «Viva el Rey,» dan la medida de cómo se habia llegado á comprender la *táctica*. Los Generales y Brigadieres alternando en el servicio como Jefes de dia; las veinticuatro horas, y más á veces, indispensables para desplegar un ejército en *dos líneas*, invariables, sujetas al suelo como con clavos; las célebres marchas en procesion, y otra multitud de ridiculeces muestran cómo se entendian ántes, no sólo la *táctica*, sino la *organizacion* y la *guerra*. Es menester desprenderse en el estudio y aplicacion de la *táctica*, hasta de los antecedentes históricos, por más que los abone el éxito ó la gloria, y discutirlos siempre á la luz de la sana crítica. El inmortal prisionero de Santa Elena, ántes citado, cometió en Waterlóo, con sus disformes y espesas columnas, el mismo desacierto que en Marengo. Su discípulo Marmont, algo irreverente, le acusa de ser tan rutinario y amanerado en *táctica*, como audaz y feliz innovador en *estrategia*.—El lector á quien interese la historia de la táctica, la encontrará, muy compendiada, en el *Diccionario militar*, pág. 1030.

Durante los últimos diez años la táctica ha sufrido en todos los ejércitos radicales trasformaciones. En el nuestro está aprobado por real decreto de 5 julio 1881 el nuevo reglamento para infantería, que se está imprimiendo al escribir estas líneas.

CAPÍTULO III.

MARCHAS Y CAMPAMENTOS.

1. Marchas de viaje y de maniobra.—2. Vanguardia.—3. Retaguardia.—4. Flanqueo.—5. Marchas ofensivas, retrógradas, en retirada.—6. Marchas, de frente y de flanco.—7. Marchas forzadas, secretas, á la ligera, en posta, por ferro-carril, de noche.—8. Advertencias generales.—9. Campamentos.—10. Vivac.—11. Acantonamientos.

1. Marchas estratégicas.

Las *marchas de guerra* pueden clasificarse desde luégo en dos grandes géneros: las que se hacen léjos del enemigo, llamadas *estratégicas* ó *de viaje;* y las que tienen lugar en su cercanía ó en su presencia, que deberian denominarse por oposicion *tácticas*, pero que técnicamente se llaman *marchas de maniobra*.

Esta principal distincion establece, por sí sola, visible diferencia en sus condiciones y reglas peculiares; pues las primeras obedecerán á preceptos *estratégicos*, higiénicos ó económicos; mientras que en las *marchas de maniobra* toda condicion, sea la que fuere, cede y se sujeta á las exigencias inflexibles de la *táctica*.

Para dar solamente una idea de la importancia de las marchas en el concepto *estratégico*, trascribimos los siguientes párráfos del Compendio de Jomini:

«Por la *ciencia de las marchas* no se entiende hoy dia únicamente los minuciosos detalles de la *logística*, que consisten en combinar bien el órden de las tropas en las columnas; el tiempo de su salida y de su llegada; las precauciones de su itinerario; los medios de comunicacion entre sí, ó con el punto que se les haya designado, y cuanto constituye las funciones del estado mayor; sino que además de estos detalles materiales, existe una combinacion de las marchas que pertenece á las *grandes operaciones de la estrategia*. Por ejemplo, la de Napoleon por el San Bernardo, para caer sobre las comunicaciones de Melas; las que hizo en 1805 por Donawerth para cortar á Mack, etc., fueron operaciones decisivas, no por sus relaciones con la *logística*, sino con la *estrategia*.»

«Con todo eso estas marchas hábiles, bien consideradas, son únicamente un medio de poner en práctica las diversas aplicaciones del principio indicado y que explanaremos todavía más: hacer una buena marcha es «conducir la masa de las fuerzas sobre el punto decisivo;» por lo tanto, consistirá toda la ciencia en determinar bien este punto.....»

«De aquí se puede deducir que todos los *movimientos estratégicos* que tienden á conducir sucesivamente las *masas* de un *ejército* sobre los diversos puntos del *frente de operaciones* del enemigo serán marchas hábiles, puesto que aplican el principio general indicado poniendo en accion el *grueso* de las fuerzas contra las *fracciones* del ejército enemigo.»

«Uno de los puntos esenciales de la *ciencia de las marchas* consiste en el dia en combinar los *movimientos de las columnas* de modo que abracen sin exposicion el mayor *frente estratégico* posible, mientras están fuera del alcance del enemigo: por este medio se consigue engañarle sobre el verdadero *objetivo*, puede moverse el ejército más cómoda y rápidamente, y hallar víveres con más facilidad. Pero tambien es

necesario tomar anticipadamente medidas de *concentracion* para reunir las masas cuando se trate de un choque decisivo. Esta alternativa de los movimientos espaciosos y de los concéntricos es el verdadero distintivo de un gran Capitan.»

Marchas de maniobra.

En toda *marcha de maniobra* predomina, como queda dicho, el principio *táctico*. El *órden de marcha* está casi siempre subordinado al *órden de combate;* la disciplina, la policía, la puntualidad son más severas; se cubre rigorosamente el *servicio avanzado* ó de seguridad; y las diferentes armas entran en la *composicion* de las *columnas* con exclusiva sujecion al *terreno* y al *objeto* de la *operacion* proyectada.

Antes de los pormenores sobre cada «especie» particular de *marchas de maniobra*, convendrá explanar algunas ideas y reflexiones generales.

Es regla fundamental no aglomerar ó amontonar las tropas de tal modo, que sus movimientos lleguen á ser embarazosos, ó su accion se paralice, ó su aprovisionamiento se dificulte. De aquí, por regla general, la proscripcion de una *sola columna* larga, pesada, difícil de desplegar; y la distribucion en varias, segun el *terreno*, pero con la indispensable condicion de mantener la conexion, el enlace, la distancia, de modo que nunca pueda el enemigo introducirse entre dos de ellas, cortando alguna y envolviéndola en detalle. Otra deduccion de este principio, táctico y fundamental, es que cada *columna* marche organizada, compuesta y dispuesta siempre á *desplegar* y *combatir*, venga por donde quisiere el enemigo: bastándose á sí misma, al ménos por el tiempo calculado, para la llegada de las que con ella están en conexion táctica, sirviéndole de apoyo y sosten. Grandes *flanqueos*, y muchas veces brigadas y *destacamentos* sueltos, mantienen esta imprescindible ligazon entre *columnas paralelas*.

En esta idea táctica de apoyo, sosten y combinacion entre

cierto número de columnas paralelas á distancia de despliegue, rige siempre en la guerra, sea en grande ó en pequeño, en marcha ó en combate. Evidentemente el *órden de marcha* no puede ser «exactamente» el mismo *del combate;* pero la habilidad consiste en disponer aquel de modo que se aproxime á éste todo lo posible, y que siempre sea fácil y rápido el pase de uno á otro.

Un principio de humanidad, y de positiva conveniencia tambien, prescribe sumo cuidado y regularidad en el servicio de administracion, de subsistencias y sanitario durante las rápidas *marchas de maniobra* que puede exigir una *operacion* sangrienta, laboriosa ó complicada. La exactitud, la vigilancia en el suministro de raciones, un desvelo siempre solícito por la salud y el bienestar posible del soldado, son atenciones preferentes en el Jefe previsor que de él quiera sacar el máximo producto y resultado. Probado está que la fatiga extremada y el descuido diezman las tropas, más que el clima, más que el combate. Sin comer y descansar, ni se anda, ni se vive. En el cuerpo del hombre enervado ó destruido por las fatigas, que las privaciones y la miseria multiplican, no es fácil que jueguen con brío los resortes morales, ni que el espíritu se inflame. Bastante tiene el soldado con el calor y el polvo, con la lluvia y el lodo. ¡Cuántos, valientes en el campo de batalla, se amilanan al aspecto, de la muerte en la cuneta de un camino ó en un hospital descuidado!

La seguridad, tantas veces probada, de que el español despues del árabe, es el hombre más frugal y resistente de la tierra, no debe inducir á más pruebas innecesarias, ni á tensiones excesivas. Si no necesita lo que el soldado inglés ó aleman, su misma sobriedad impone y facilita su buena asistencia. No es necesario advertir que en largas marchas, al par de la racion sana y abundante, debe cuidarse mucho del vestuario y calzado en el hombre: de la montura, del herraje y su repuesto en el caballo. Vigilar las bebidas de los canti-

neros; impedir que se beba en un arroyo, estando acalorado, ó que se detenga y recueste estando transido de frio, ó que se quite la ropa bañada en sudor; recomendar la limpieza; no descuidar en el principio el mal de los piés..... estas y otras pequeñeces, lejos de parecer impertinentes, son siempre agradecidas; y el soldado las paga, añadiendo al respeto gerárquico, cierta adhesion afectuosa á sus oficiales, más útil en algunos lances que la obediencia fria y pasiva.

Por otra parte, calcular bien el *tiempo* y las *distancias;* distribuir los altos con acierto; tener en cuenta la estacion y el estado de los caminos; evitar en cuanto se pueda los *vivacs* muy repetidos; cuidar el alojamiento; dar reposo cada seis ú ocho dias, todo contribuye á economizar y mantener en el debido equilibrio la fuerza corporal; á entronizar el órden, haciéndolo sistemático, convirtiéndolo «en costumbre,» y á precaver toda relajacion de *disciplina*, que muchas veces se achaca sin razon á otras causas morales, cuando visiblemente proviene de fatigas inútiles, de la mala asistencia, y por consiguiente de la falta de salud, que ocasiona esa otra falta «de ánimo é interior satisfaccion» de que habla la Ordenanza.

Por circunstanciados y minuciosos que sean los pormenores de una marcha en la órden general, muchos de ellos incumben directamente al comandante particular de *columna* y *destacamento*, al jefe inmediato y *natural* de una tropa, secundado por todos sus oficiales.

Toda marcha de maniobra requiere tres principales condiciones; órden, celeridad y secreto. La disciplina de las tropas y la inteligencia de sus jefes naturales consiguen satisfacerlas más bien que las disposiciones, por precisas que sean, del estado mayor. Tanto como se recomienda la resolucion pronto y decisiva en el *combate*, otro tanto se debe tener de prudente y circunspecto en el proyecto y ejecucion de las *marchas*, En país cortado, en presencia de un enemigo vigilante y emprendedor, nunca será bastante la cautela y ex-

ploracion. En tales terrenos, puede el enemigo interponerse, arrollar ó envolver la vanguardia, y por la imposibilidad material del *despliegue*, tal vez no se pueda obrar contra él más que con las *cabezas de columna*. Una mala *disposicion de marcha* puede ocasionar un desastre.

Por eso conviene el *reconocimiento* ó conocimiento anticipado, en lo posible, del *terreno* por medio de *itinerarios* (V. cap. X.) y datos topográficos y estadísticos de suficiente exactitud. Buenos *guias* en cada *cabeza de columna*, son convenientes, no sólo por el camino, sino porque en una *marcha de maniobra*, como su nombre mismo lo indica, habrá que salir de él, maniobrando; habrá que concurrir á campo travieso, por diagonales, por atajos, á ocupar un *puesto* señalado *de combate*, en el que un retardo de minutos puede ser lamentable.

Una pequeña seccion de ingenieros en la vanguardia, ó más adelantada, es de tan manifiesta utilidad, que algunos ejércitos tienen tropas de este instituto á caballo; tanto para que el soldado descanse, cuando no hay que hacer, como para que se incorpore con rapidez en cuanto acabe de allanar ó reparar el camino.

Se ha visto que en *marchas de maniobra*, por su inflexible sujecion á los preceptos *tácticos*, las diferentes armas ni pueden marchar separadas, ni con su velocidad peculiar, sino subordinadas á la más lenta; pero siempre que, respetando aquellos, sea posible, debe procurarse evitar á la infantería la molestia que le causa la interpolacion de la caballería. En verano la ahoga con el polvo; en invierno lluvioso le deja el camino hecho un barrizal; en una angostura ó mal paso, en un vado, el desfile de los caballos siempre es largo, la infantería se impacienta aguardando, y luégo tiene que correr gran trecho.....

Los principales elementos que regulan una marcha son la *direccion*, la *seguridad*, el *órden* ó *disposicion* de las tropas.

Cuando se marcha en varias columnas, la *direccion* está

marcada por el camino que recorre la principal ó más gruesa, á la cual las otras se acomodan y subordinan; pero la *direccion* de una *gran marcha*, en general, pertenece á un órden de ideas y combinaciones superior, repetimos, al que se desenvuelve en este libro. Lo que en él cabe, porque la ejecucion atañe de cerca al Oficial, es lo concerniente á las medidas de seguridad táctica, que se explicarán, para la debida claridad, en artículos separados con los nombres de *vanguardia*, *retaguardia* y *flanqueo*.

2. Vanguardia.

Una *columna en marcha*, se rodea, lo mismo que toda tropa en reposo y estacion, de un *cordon avanzado*, y más ó ménos lejano, que tiene por objeto darle seguridad, cubrir en lo posible su movimiento, alejar y observar al enemigo. Los pequeños cuerpos ó destacamentos que cubren este servicio de *seguridad* y *observacion*, muy varios en fuerza, lugar, composicion y destino, toman los tres nombres genéricos, *vanguardia*, *retaguardia* y *flanqueadores*.

Tienen todos los ramos del *arte de la guerra*, y singularmente los pormenores del *servicio de campaña*, tal enlace, armonía y correlacion entre sí, que la mayor dificultad en los libros es tener que exponer la doctrina de una manera eslabonada y sucesiva, dislocando y desmembrando forzosamente su perfecta unidad.

En el capítulo IV, que trata del *servicio avanzado*, se ha procurado dar á este interesante ramo toda la amplitud y generalidad compatibles con los estrechos límites de esta obra; allí, pues, se encuentran las ideas y principios fundamentales; pero, variando algo las disposiciones y pormenores de seguridad respecto á una tropa, segun esté *en marcha* ó *en estacion*, es inevitable, al señalar las diferencias, entrar en alguna explicacion que, sin caer en fastidiosas repeticiones, ilustre y complete la materia.

Desde luégo el *servicio avanzado* en marcha, aunque en el fondo sea muy semejante al de reposo, bien se comprende que ha de ser más difícil, más fatigoso, más expuesto. Toda tropa en *marcha de maniobra* corre de suyo más peligro que acantonada ó acampada. Las medidas de seguridad en un *canton* tienen cierto carácter de permanencia: lo mismo generalmente son hoy que mañana. En marcha, por el contrario, á cada hora puede sobrevenir un nuevo lance y complicacion imprevista.

Si la marcha se dirige contra el enemigo que aguarda, sin duda alguna esperará *en posicion*, y por tanto es excusado recomendar la circunspeccion extrema para acercarse. Si á la inversa, el enemigo es quien nos busca, de un momento á otro podrá aparecer, no sólo por el frente ó la *cabeza* de la columna, sino por un *flanco*, por los dos á un tiempo, hasta por *retaguardia*, como es frecuente en terreno quebrado y montañoso. Cuando ménos se piense, habrá que formar, *desplegar, tomar posicion;* y esto podrá suceder justamente al pasar un puente, que corte á la columna por la mitad; ó cuando la caballería esté, por ejemplo, atravesando un bosque y la infantería en el llano.

Toda *maniobra*, en general, supone inferioridad propia y contra-maniobra correlativa en el enemigo. La *marcha de maniobra* no puede tener más objetos que acercarse, alejarse ó bien entretener al enemigo, hasta que maduren ulteriores combinaciones. *Maniobrar* así ante un enemigo en observacion, es un problema difícil, pero muy lucido, de *táctica*. Es cubrir, ocultar, tapar; no marchar por hondonadas, sino por alturas, para ver sin ser visto; apoyarse, utilizando los obstáculos naturales, y si no los hay, en la buena disposicion de las tropas, en rápidos y entendidos atrincheramientos. Es menester, en fin, moverse con cierta holgura en un círculo lo más ámplio y desembarazado que se pueda, y sobre todo bien *reconocido*. Por eso el agresor, el que está *á la ofensiva*,

lo que busca por su cuenta es sorprender, *coger in fraganti* al que maniobra, á fin de lograr á ménos coste envolverle, cortarle, desbaratarle. Antiguamente siempre que se hablaba de círculo de accion y de defensa, de radios y distancias, lo temible era la *caballería* que á 1.500 metros, es decir, en cinco ó seis minutos, podia echarse encima: hoy debe añadirse el *alcance* casi increible de las *armas de fuego*.

Por estas razones, el cuerpo principal ó *grueso* de una *tropa*, sea grande ó pequeña, marcha habitualmente, como se ha dicho, entre una *vanguardia*, una *retaguardia* y dos *flancos*.

La creacion ó disposicion de la moderna *vanguardia*, es decir, del «trozo anterior» de una tropa, tal cual hoy se entiende como pequeño cuerpo avanzado, ó escalon, ó miembro, independiente y ligado á la vez, ha ensanchado de un modo notable esa esfera de la *táctica superior*, que con preferencia se trata en este libro, por ser la que concierne al Jefe y Oficial; confinando, por su parte más alta, con la que ya pertenece al General de brigada ó division. Bajo este aspecto, el *servicio de vanguardia* en una brigada ó destacamento no muy numeroso, es, tanto para el Comandante como para los Oficiales todos, una escuela, una aplicacion, un complemento de lo que en este libro se entiende por *servicio avanzado* en su mayor generalidad. Para todos hay práctica y empleo, segun su clase, desde el jóven alférez hasta el experto coronel. Es tambien, si se quiere, uno de los innumerables casos del *servicio de destacamentos*, segun se comprende extensamente en el capítulo VI; porque, llevando casi siempre las *tres armas*, y viéndose á veces distante dos y tres leguas de su *grueso*, sin enlace, sin noticias, sin órdenes, el jefe, reducido á sí mismo y obrando bajo su responsabilidad y por su iniciativa, ya entra, aunque sea por corto tiempo, en una *esfera de mando* muy distinta y más elevada que la del Oficial de fila.

La *vanguardia* tiene varios objetos. Desde luégo, en *ofen-*

siva resuelta, uno bien concreto: llegar con anticipacion á un punto dado y cubrir el *despliegue* de las fuerzas que la siguen. Pero generalmente tiene otros más vagos é indeterminados: buscar, seguir, perseguir, acosar al enemigo; ó á la inversa, observar, descubrir, tantear, reconocer, rechazar. Unas veces se mantiene firme; otras, se retira precipitada para armar un lazo; otras, se aferra y escalona, «enseñando los dientes» segun la expresion familiar.

Es costumbre decir metafóricamente que la *vanguardia* es la «antorcha» que ilumina la marcha de un ejército; mas, por lo ya indicado, pudiera tambien añadirse que es la «nube,» en ciertos casos, que se interpone para ocultar al enemigo nuestras fuerzas, nuestros recursos, nuestras maniobras, nuestras posiciones. En efecto, la situacion de una *vanguardia* siempre es interpuesta entre nuestra *posicion*, sea la que fuere, y la *direccion*, probable ó presumible, del enemigo.

Conocido ya el *objeto* y *servicio* de la *vanguardia*, procede saber las cualidades de la *tropa* que la componga, y sobre todo de su *Comandante*. Napoleon I nos lo dice en los siguientes párrafos, tomados literalmente de la preciosa coleccion de Máximas que se le atribuye:

«El deber de una vanguardia no consiste sólo en avanzar ó retroceder, sino en *maniobrar*. La vanguardia debe componerse de caballería ligera, sostenida por una reserva de caballería de línea y de batallones de infantería, que tambien llevan baterías de sosten. Es preciso que las tropas de vanguardia sean escogidas, que los generales, oficiales y soldados *conozcan bien la táctica*, segun su respectiva graduacion. Una tropa que no esté instruida, no sería más que un embarazo en la vanguardia.»

«El arte de un jefe de vanguardia ó retaguardia es, sin él comprometerse, contener al enemigo, embarazarle, obligarle á que «tarde tres ó cuatro horas en andar una legua;» la *táctica* sola da los medios de llegar á estos grandes resultados.»

«Reconocer prontamente los desfiladeros y los vados; reunir guías seguros; interrogar al cura y al maestro de postas; entablar rápidamente inteligencias con los habitantes, despachar espías, registrar las cartas del correo, traducirlas, analizarlas; responder, en fin, á todas las preguntas del General en Jefe, cuando llega con el grueso del ejército; tales son las cualidades que debe reunir un buen Jefe de vanguardia.»

Y en efecto, un *buen Jefe de vanguardia* debe reunir esas cualidades, algo contradictorias, que exije el *arte de la guerra* en el oficial consumado. Audaz y reflexivo á la vez, tiene que contrapesar con el cálculo y aplomo un gran fondo de energía y actividad. Con ojeada serena y perspicaz, con igual prontitud de juicio que de accion, á cada instante ha de forjarse hipótesis, satisfaciéndolas en seguida. Si el enemigo asoma por tal punto, ¿qué haré? debe preguntarse á sí mismo. En cuanto haya embarazo en la respuesta, un *comandante de vanguardia* está comprometido. Mas porque efectivamente lo esté ó se lo figure, un jefe hábil no se aturde, ni importuna á su general con repetidos ó prematuros pedidos de refuerzos.

Es inexacto decir, como suelen, que el objeto «exclusivo» de la vanguardia es *descubrir*. Es algo más, como cuestion de *tacto:* es saber «obstinarse» ó saber «ceder» con oportunidad; es sí, saber explorar, reconocer, avisar; pero tambien es saber *combatir* y ganar tiempo; es, en fin, como dice Napoleon, *saber maniobrar*.

Un buen Jefe de vanguardia, al avistar al enemigo, no se agita, ni pierde la cabeza, ni pára su máquina al primer tiro. Si va en *ofensiva* y en *ataque*, no dejará que el enemigo «gane tiempo» miéntras él lo pierde en vacilaciones. En este caso no hay más que una regla: seguir adelante, empujar hasta encontrar resistencia verdadera, es decir, «fuerza muy superior» que la detenga. Mucho puede arriesgar, contando, como cuenta, con el apoyo cada vez más próximo de los que vienen detrás.

Pero, si como es frecuente, su encargo tiende á tantear y dar tiempo, á entretener é «impacientar» al enemigo, un jefe de vanguardia busca el medio de extender su frente, de ahuecar su formacion, de aparentar fuerza y «deseo» de batirse; de fingir cierta inquietud y atolondramiento. Medio dia, un dia entero puede detener al enemigo una *pequeña vanguardia* que, miéntras oculta sus propios designios, logra «penetrar» los de aquel y «participarlos» al general. Algunas veces puede llegar la treta hasta el extremo de desfilar rápidamente el *grueso* á favor del combate de la vanguardia; escapar por un flanco y encontrarse, por consiguiente, en un momento dado convertida aquella en *retaguardia*, sosteniendo entónces una difícil *retirada* en que hasta la esperanza se va, pues el refuerzo y el socorro, en vez de acercarse, se aleja. Todo esto no puede hacerse sin serenidad, sin valor: así suelen ser tan sangrientos y tenaces esos llamados *combates de vanguardia*. A primera vista parece que el más fuerte deberia arrollar y llevarse de calle al más débil; pero siempre hay cierta «prudencia» recíproca, porque uno y otro recelan lo que hay detrás.

El deber de una *vanguardia* persiguiendo al enemigo derrotado es hostigarle y acosarle sin respiro; pero cuidando mucho de no caer en *lazos* y *emboscadas*.

Si cubre y defiende á pié quieto el *acceso* de una *posicion*, su principal atencion se fija en impedir esos *reconocimientos* que se llaman *fuertes*, *ofensivos*, *á viva fuerza*, con que el enemigo pretende descorrer el velo y salir de incertidumbres.

Se ve, pues, que la *resistencia* de una vanguardia será variable segun las órdenes, la fuerza enemiga, el terreno, el vigor de la tropa y la *habilidad* del Comandante. Por consiguiente, ha de ser tambien muy variable su *fuerza* y *composicion*: no siendo fácil, ni muy conveniente, fijar en teoría, y ménos con números redondos, la «proporcional» que debe tomar de la fuerza total del ejército ó tropa. Por una parte,

el *terreno* prescribirá que una vanguardia sea pequeña; por otra, el *objeto* exigirá que sea grande. La *resistencia* que haya de hacer regulará su *fuerza* en unos casos: en otros, la clase de *servicio avanzado*, la distancia á que marche la caballería *exploradora*, la proximidad mayor ó menor del enemigo. Por regla general, una vanguardia muy fuerte debilita, es embarazosa, inmanejable: una muy débil y alejada se deja cortar ó batir. Ocioso es, pues, determinar en teoría la *fuerza* que deba darse á una *vanguardia*; puesto que oscila entre $^1/_6$ $^1/_4$ y hasta $^1/_3$ de la *fuerza total* ó del *grueso*; $^1/_3$ es á veces necesario en un batallon que marche solo; $^1/_4$ es lo ordinario en una *brigada*; $^1/_5$ y $^1/_6$ en una fuerte *division*.

Por las mismas razones, es tambien variable la *distancia* del *grueso* á que deba marchar la *vanguardia*. Cuanto más fuerte, es decir, cuanto más larga ó profunda sea la *columna*, más tiempo necesita para desplegar; más léjos, pues. Pero si el terreno es quebrado ó montañoso, y el enemigo ágil y audaz pudiera interponerse; luégo la *vanguardia*, más cerca y más obligada á resistir, para no dejarse rechazar sobre la *cabeza de la columna*. Ordinariamente un batallon solo lleva su pequeña vanguardia 800 ó 1.000 pasos delante; una brigada á 2.000 y 3.000; si el *nervio* de la *vanguardia* es caballería, se puede alargar mucho más.

Toda vanguardia, como cuerpo *táctico* y perfecto que es, destaca á su vez otra pequeña *vanguardia* suya, que toma el nombre de *extrema* vanguardia ó *descubierta*. Los importantes deberes y funciones de esta pequeña tropa se han procurado condensar con bastante pormenor y prolijidad en el artículo 2.º del capítulo IV que trata del *servicio avanzado* en general. Repetirlos haria éste enojoso por lo largo y difuso; allí pueden verse: y de todos modos, si fuera posible, deberian leerse á un tiempo los dos capítulos, puesto que una de las principales aplicaciones del servicio *avanzado* volvemos á repetir que está cabalmente en el servicio de *vanguardia*. En ambos entran esos numerosos pormenores de *reconocimiento*

y registro, espionaje, guías; interceptar, descifrar, traducir pliegos y cartas.

Desde la guerra de 1870, en que la caballería alemana hizo verdaderos prodigios *estratégicos* y *logísticos*, los tratadistas presentan siempre los ejércitos precedidos ó envueltos por una masa de caballería independiente y *exploradora*, que busca el *contacto* con el enemigo, le acecha, le punza, le observa y envía sus avisos y noticias á las tropas que vienen detras. Ella reconoce los caminos, vela por la seguridad de los flancos, se cerciora de que el paso está libre y, si no lo está, lo abre por sí misma ó por mano de los habitantes, á quienes obliga con requisicion; y á la inversa corta ferro-carriles y carreteras, inutiliza vados, levanta barricadas; ella, en fin, barrunta el enemigo, lo anuncia y señala de muy léjos, lo reconoce mucho ántes de que pueda inquietar ni amenazar la columna en marcha.

Esta caballería en el hecho de llamarse *independiente*, ya se supone que marcha y obra fuera del grueso de las tropas, lanzada delante de las columnas, para tener holgura y libertad de movimiento, sin sujetarse al paso de la infantería ni incomodarla con el polvo que levanta. Los defensores de este sistema, lo encuentran bueno para la conservacion del ganado y con grandes ventajas militares. Interpolada en las diversas columnas, dicen, la caballería es incómoda y embarazosa durante la marcha y áun incapaz de obrar en caso de combate; fuera de las columnas madruga más, desborda por los flancos y frente del grueso de las tropas, y constituye una atmósfera de seguridad, en que todo el mundo marcha tranquilo y sosegado, aunque se haya entrado en contacto con el enemigo. Al llegar el momento del combate, ella está en situacion de cubrir el despliegue, de oscurecer la vista del enemigo, de discernir lo que en su interior pasa, de rechazar sus avanzadas y de proteger los cañones que entran en batería.

Este novísimo sistema de «echar todo por delante,» comprende tambien á la artillería, que efectivamente en la guer-

ra mencionada se arrojó á temeridades inauditas, adelantándose á las cabezas de las columnas. Se justifica á posteriori el audaz procedimiento, exponiendo la conveniencia de utilizar sus grandes alcances, causando desde muy léjos pérdidas al enemigo y obligándole á «caracterizar su actitud:» algunas granadas dan más luz sobre la situacion enemiga, que los más verídicos informes, y cuando el «cañon habla,» la cuestion se plantea de modo que forzosamente provoca una respuesta, ó por lo ménos, un movimiento de parte del adversario. Este atrevido empleo de la artillería permite coronar desde luego las crestas fronteras á la posicion enemiga, ocupar los puntos decisivos, ganar tiempo para que el grueso despliegue en buenas condiciones, y evitar en los primeros momentos vacilaciones, tanto más peligrosas, cuanto más numerosos y bisoños son los ejércitos.

Se citan estas doctrinas, hoy corrientes, sólo con objeto de advertir que, si se admiten, forzosamente han de modificar algo la índole y el servicio que en todos tiempos se atribuyó á la *vanguardia*. En los escuadrones más avanzados que hoy se llaman *de contacto*, los oficiales y hasta los cabos de punta y patrulla son los directamente encargados de la observacion de indicios, del interrogatorio de paisanos, de enviar al cuartel general los datos, las noticias, las sospechas útiles, tanto para las maniobras como para los acantonamientos y requisiciones. Ordenanzas ó pequeños puestos escalonados enlazan la caballería *exploradora* con la punta ó *descubierta* de la verdadera vanguardia. Tomado materialmente el *contacto*, cuando esta caballería avanzada ha descubierto y señalado los movimientos del enemigo, registrado el terreno y reconocido las posiciones, se va retirando y deslizando poco á poco, á las órdenes del comandante de la vanguardia, por las alas, y se limita á proteger la artillería y la infantería de ésta, que van á entrar en fuego, extendiendo pequeñas patrullas de reconocimiento al rededor de la posicion, para anunciar con tiempo cualquier ataque lateral ó maniobra envolvente.

Roto el fuego, la infantería de la extrema vanguardia, presenta el primer punto de apoyo y resistencia. Por más que el enemigo empuje, no ha de pensar en retirarse, miéntras la cabeza de vanguardia por lo ménos no haya tomado su disposicion de combate: ella es quien ha de proteger la retirada de la caballería *exploradora* si viniese en derrota, ahuyentando con su fuego al perseguidor.

Durante la marcha, el comandante de la columna ordinariamente va con el grueso de la vanguardia, para estar más cerca de los sucesos, recibir más pronto las noticias y dar con oportunidad las instrucciones á la punta y á la caballería exploradora. Al empeñar el combate, se va dando cuenta poco á poco del terreno probable de la accion á medida que avanza; miéntras que, situado más atras, tendria que adivinarlo y por lo ménos dar una galopada entre el estruendo de la fusilería y del cañon.

3. Retaguardia.

Retaguardia de una *columna en marcha* es voz que expresa idea opuesta á *vanguardia;* pero análogamente significa el destacamento ó trozo, casi independiente, que marcha detrás del *grueso*. Es evidente que en marcha ofensiva ó de *avance*, por país que no sea hostil, la retaguardia será muy pequeña: bastando corta fuerza de caballería ó guardia civil, para mantener el órden en la cola de los bagajes y recojer rezagados. Fijaremos por lo tanto la atencion en el caso en que la retaguardia despliega su accion natural con mayor eficacia, esto, es, cuando, vuelto el frente á donde se tenia la espalda, por causa de un combate desgraciado ó de una combinacion, hay que detener al enemigo que *persigue*, ó como técnicamente se dice, *cubrir la retirada*. Las operaciones en la guerra son siempre azarosas y, como queda dicho, en pocas horas la *vanguardia* y *retaguardia* pueden cambiar de objeto, de oficio y de nombre.

Siendo, pues, el papel principal de una retaguardia *cubrir la retirada*, vale más, en vez de minuciosos y repetidos pormenores de *marcha*, entrar en reflexiones generales sobre esta *maniobra* fatigosa, ingrata, peligrosa, difícil, sembrada de escollos y de contradicciones; pero que en cambio es mirada—y con razon—por el buen militar como la piedra de toque de todas las virtudes de una *tropa* que se precie de ser tan diestra en táctica como vigorosa de espíritu y de cuerpo.

Efectivamente, en las *retiradas*, sobre la cuestion *técnica* descuella otra más elevada, la cuestion *moral*. Sin el sentimiento del *honor*, sin la más severa *disciplina*, sin el amor á la bandera, sin la *confianza* en los jefes, inútil es casi fiar á la *táctica* sola el restablecimiento de una empresa desgraciada: la *retirada* podrá convertirse en catástrofe.

Pero con jefes hábiles, con tropas *consistentes* y no desmoralizadas que conserven en trance tan funesto su varonil entereza, mucho puede el *arte*, y recursos tienen las *maniobras* para contrabalancear á un enemigo victorioso, á quien quizá su mismo engreimiento hará ménos cauto.

Un escritor francés dice con su elegancia habitual: «De todas las operaciones militares, las retiradas son aquellas en que el arte y la ciencia se desarrollan con más esplendor bajo el imperio de la necesidad. En otra clase de expediciones, las combinaciones políticas, la sed de botin, el entusiasmo del éxito pueden reemplazar momentáneamente al cálculo y al arte; pero en una retirada nada puede suplir á estas dos grandes condiciones de la existencia de los ejércitos.»

Toda *retirada* supone desgracia en el combate, por inferioridad numérica, desaciertos ú otras causas; y de consiguiente «evacuacion» forzosa y algun tanto desordenada del *campo de batalla*.

Al pronunciarse la *retirada*, el General ó Jefe que la ordene, indica la direccion, el camino principal y el punto de reunion, algo lejano, de las diferentes tropas ó cuerpos mal-

tratados. Los trenes, el bagaje, los heridos, la artillería gruesa, todo lo que embaraza y que tan expresivamente llamaron los romanos *impedimenta*, toma, con el órden y la rapidez posibles, el camino central ó principal para ganar delantera y poner pronto un grande espacio entre el enemigo victorioso. Tropas que hayan conservado alguna solidez, secciones de ingenieros escoltan esta columna, ó mejor este convoy embarazoso; reparan ó rompen puentes; cortan ó habilitan caminos, buscan, ocupan, atrincheran *posiciones* de respiro y descanso, y puntos en general favorables para rehacerse. Jefes, oficiales, soldados de esos de valor incontrastable, cuyo espíritu nunca se amilana, detienen fugitivos, reunen dispersos, constituyen núcleos de resistencia, reaniman, alientan y consiguen restablecer el órden y la formacion desbaratada. De un caos aparente nace un cuerpo ó monton que toma el nombre, expresivo entonces, de *retaguardia*. El General echa la vista sobre un *Jefe* ya probado como superior á los sucesos, como soldado de punta, como hábil maniobrero; y mientras él galopa para hacer entrar en cáuce al *grueso* que se va alejando, como torrente desbordado, el *Comandante de la retaguardia*, investido de su triste y peligrosa autoridad, suele recibir por toda instruccion las rápidas palabras que permiten aquellos críticos instantes: «salvar lo que se pueda.»

Bien se ve que en este caso la eleccion del *Comandante de retaguardia* será, como dice la Ordenanza, «sin sujecion á turno ni formalidad.» La salvacion de una columna, quizá de un ejército, queda en sus manos. Si difícil es el mando de una *vanguardia*, algo más y más deslucido es el de una *retaguardia* en el extremo apuro de una derrota, que aquí se toma por ejemplo y caso práctico. Un *Jefe de retaguardia* debe tener, y tiene más independencia, más libertad de accion que el de *vanguardia*. Ordinariamente combate hasta muy entrada la noche, y cuanto mejor se bate más se aleja la esperanza, puesto que más se va alejando el *grueso* de sus fuerzas. No escoge, como el de vanguardia, *terreno* para batirse,

tiene que aceptar el que le dejan; y miéntras su tropa abatida ó desmoralizada se debilita con las bajas, el enemigo victorioso se refuerza.

En los libros se dan con sumo detalle y tranquilo magisterio «reglas» para la *fuerza* y *composicion* de las *retaguardias;* mas, como no serán por lo regular muy aplicables en los momentos supremos en que la *retaguardia* despliega su vigorosa accion, puede darse por supuesto que así como en vanguardia forma el *nervio* caballería ligera, en retaguardia lo será la mejor infantería, como más apta á la defensa, con alguna caballería consistente, y sobre todo con excelente artillería, para apoyar el movimiento alternativo de los *escalones.* En general, la *fuerza* la determinan el *estado* de las tropas batidas, el *empuje* que traiga el vencedor, y el *terreno* que haya á la espalda.

Verdaderamente «las reglas para conducir una retaguardia,» más que de los libros, han de brotar de la presencia de ánimo, de la sagacidad y de la ojeada del *Comandante;* sin embargo, siempre conviene estar familiarizado con algunos principios generales é inmutables, que apuntaremos aquí, á condicion de completarlos más adelante en el cap. V de *Batallas* y *Combates.*

Lo que se pretende, ante todo, es «ganar tiempo» para que el ejército ó el grueso de la columna se aleje, se restaure, se reorganice. Lo que importa es «retardar y entorpecer» la accion victoriosa del enemigo, rehacerse, reunirse *léjos* de su sable y de su fuego. Lo que conviene es aumentar su cansancio (pues no se ha de suponer tan barata la victoria); infundirle algun recelo con *reacciones* atrevidas é imprevistas; no cederle, por más que se empeñe, *posiciones* favorables.

El oficial que ha estudiado la táctica reglamentaria ya sabe, sin decírselo aquí, que si en alguna coyuntura están indicados por excelencia los *escalones*, es indudablemente en las *retiradas.* No nos detengamos, pues, en pormenores sabidos.

¿Cuál es en conjunto el objeto y deber de la *retaguardia*? Oponerse á la *persecucion*. ¿Y qué es *perseguir*? Empujar, acosar, acorralar sin tregua ni respiro; impedir rehacerse, procurar cortar, envolver y anticiparse por atajos; dejar la carretera y amagar por los flancos; obligar á que se abandone el material; recoger botin; mantener la dispersion; coger prisioneros; causar pérdidas; reducir, mermar, exterminar.

A este aluvion de calamidades, es al que la *retaguardia* procura poner coto y remedio en lo posible. Encauzada ya, como se ha dicho, la *impedimenta* por el camino ó direccion principal, es consiguiente que el general ó jefe de la tropa fugitiva tendrá cuidado de aprovechar cejas, pliegues, obstáculos del terreno favorables, para ir escalonando cuerpos á medida que se rehagan y refresquen, y ofrezcan así á la *retaguardia* puntos de apoyo, *escalones* y *refuerzos* sucesivos. El papel, pues, de esta *retaguardia* es, como dice un autor, «servir de biombo ó pantalla para ocultar la fuga.» Parece que la *defensiva*, á que está condenada una retaguardia, debe ser pasiva, absoluta en toda la extension de la palabra; y sin embargo, un jefe maniobrero, que cuente con la *solidez* de su infantería, con la *abnegacion* de su caballería, con la *serenidad* tenaz é inteligente de su artillería, quizá pueda intentar alguna arremetida, algun contraataque, alguna *reaccion ofensiva* que imponga cierto respeto al perseguidor. Una carga oportuna; un fuego á metralla bien aprovechado; el relevar con pausa los *escalones*, sin que en ellos haga presa el enemigo; el no correr más que para ocupar una posicion ventajosa..... Todo esto combinado puede compensar los malos auspicios con que ordinariamente se emprende una *retirada*.

Cuando *persigue* infantería sola, no es la cosa tan complicada; pero si una caballería audaz trae consigo artillería, y ambas, entendiendo el oficio, saben habérselas con los grupos, con los *cuadros*, y sobre todo correrse velozmente por los flancos, á *envolver* y *cortar*, mal encargo tiene entonces la

heróica *retaguardia*. Por eso, aunque en general convenga hacer frecuentes *altos*, como señal y prueba de firmeza, no es bueno «hacerlos muy largos.» El enemigo reflexionará, y en vez de «coger al toro por los cuernos,» como dice en su pintoresco lenguaje el mariscal Bugeaud, dejará en paz á esa firme *retaguardia* y, por un movimiento circular, buscará medio de interponerse y acabar de introducir el desórden en las tropas que huyen.

De todos modos, *cubrir*, ó proteger, asegurar una *retirada* implica siempre un *combate* sangriento *de retaguardia*, más útil cuanto más largo y obstinado; porque así, repetimos, tiene más tiempo el *grueso* de ponerse en salvo y refrescarse ó rehacerse. En los azares de este *combate* puede caber tal vez ocasion que, no debe desaprovecharse, de armar algun *lazo*, si el enemigo viene presuntuoso; ó de cederle, para que se cebe, alguna parte del bagaje; ó de tirar, fingiendo pánico, mochilas y fusiles; pero dejados bajo la guarda de alguna batería oculta que, á su debido tiempo, revele su presencia fulminante. Una *retaguardia* bien dirigida no tiene obligacion precisa de seguir la huella de su *grueso*. Para ella el mejor camino no es el más corto, sino el ménos expuesto; busca, cuando le conviene, los rodeos, pues si malo es fatigarse, peor es morir.

En suma, ha de tenerse facilidad de juego y mútuo apoyo de las *armas;* habilidad y oportunidad en aprovechar el *terreno;* tenacidad, terquedad en conservar la pequeña ventaja *ofensiva* que pudiera adquirirse. Sobre todo, como al principio se recomendó, mantener vivo y exaltado el *espíritu de las tropas*.

Es caso frecuente en *retaguardia* el paso de un rio, pero aquí se omite, porque ha parecido mejor agruparlo con maniobras análogas en el capítulo VII. Otras veces una *retaguardia* destrozada tiene que salvarse á toda prisa en una *plaza* ó *fuerte* inmediato.—Lo general es concluir su combate ó su tragedia entre las sombras de la noche y al abrigo de un bos-

que, de un desfiladero. Sabido es que no hay parte ó boletin de una accion de guerra victoriosa que no concluya diciendo: «el enemigo, en completo desórden, debió su salvacion á la oscuridad de la noche y á la escabrosidad del terreno.» Lo cual casi siempre es verdad.

4. Flanqueo.

Flanqueo es voz genérica para designar toda disposicion de seguridad que una *columna en marcha* toma por sus *flancos*. Los escritores franceses van adoptando la palabra *flanc-garde;* que no nos parece impropia, pero cuya version al castellano cedemos á algun atrevido traductor.

El *flanqueo* puede ser inmediato ó lejano. El primero lo emplea una tropa que marcha por un camino, cuyo terreno adyacente es cubierto, tanto por bosques ó matorrales, como por mieses altas en su estacion. El *flanqueo*, que en este caso es la simple *guerrilla* ó *patrulla* registra y reconoce á corta distancia. Mas cuando ésta pasa de un par de kilómetros, ya el *flanqueo* es lejano; y su disposicion se trasforma en *partidas* (V. capítulo IV) más fuertes, que utilizan caminos paralelos al de la columna, y en vez de comunicarse directamente con ésta por señales ó por el fuego, necesita ordenanzas ó puntas de enlace. Aún más: en ciertos casos, un grueso *destacamento*, independiente y á mayor distancia, cubre el flanco amenazado con arreglo á lo que más adelante se expondrá en el cap. VI. El flanqueo entónces queda encargado á esta *columna de flanco*, que así se llama, y que establece comunicacion con la principal por los medios disponibles. El estado mayor, al señalar, como es de su incumbencia, el *itinerario*, prescribe la clase de *flanqueo* más conveniente. Fuera de este caso especial, no toma tantas proporciones; y los *flanqueadores* salen principalmente de la *vanguardia* ó *retaguardia*, segun sea la marcha al frente ó en retirada, y tambien de las tropas que forman el *grueso* de la columna. La caballería en

país llano; la infantería en el quebrado; una y otra en el mixto son las destinadas al *flanqueo*.

En *guerra de montaña* el flanqueo es difícil y fatigoso, y absorbe gran parte de la fuerza de las columnas. La primera atencion del que flanquea es no dejarse cortar; no permitir que el enemigo se deslice ó se interponga. Si tal sucede por descuido, la tropa flanqueadora, para hacérselo perdonar, no tiene otro medio que dar de firme sobre la espalda del enemigo y volver á incorporarse «á toda costa.» Los *flanqueadores* hacen alto á la par que la columna; algunas veces se repliegan, dejando atalayas ó vigías, y en general es el momento que se escoge para el relevo, siempre frecuente por lo penoso del servicio. En toda encrucijada el *flanqueador* penetra, si es preciso, hasta media legua, hasta dar con una casa, con alguien que pueda satisfacer su «curiosidad» sobre el enemigo.—En los *desfiladeros*, al flanqueo, generalmente reforzado, le toca tapar, por decirlo así, las avenidas y boquetes sospechosos mientras desfila la columna.—En marchas de noche, como se verá más adelante, el *flanqueo* se suprime.

5. Marchas ofensivas, retrógradas, en retirada.

Las *marchas de maniobra* admiten varias clasificaciones. Con respecto al *objeto*, pueden ser *ofensivas*, *retrógradas* y *en retirada*.

Las marchas *ofensivas* son para atacar al enemigo *en posicion*, ó para buscarle y combatir, ó para perseguirle ya batido. El ataque en el primer caso puede ser á viva fuerza, ó por estratagema y sorpresa. La marcha que prepara ó precede á un ataque *á viva fuerza*, unas veces inicia un movimiento, otras completa una ventaja anteriormente alcanzada; otras, por el contrario, previene un revés amenazante. En los tres casos se avanza «en órden compacto,» la vanguardia con poca delantera, y el *cordon explorador* muy recogido, para no dar alarma anticipada al enemigo. A esta marcha, rápida y cer-

rada, sucede inmediatamente el ataque con un fuego vivo de artillería, descubierta de repente. Más cerrada es todavía la marcha, más vigorosa la accion de la artillería en los otros dos casos mencionados, en que se busca un efecto pronto y decisivo.

Pero, si la posicion del enemigo, por lo cubierta ó por lo desconocida, exige *tanteos* y *demostraciones*, la marcha entónces se convierte en un verdadero *reconocimiento:* su disposicion toma amplitud, el órden se ensancha y desenvuelve para cubrir mayor espacio y extender «el radio de observacion.» Todas las precauciones de seguridad son, por consiguiente, indispensables.

Las marchas de maniobra *retrógradas* (que no deben confundirse con las marchas *en retirada)* tienen por objeto desviarse momentáneamente del enemigo, para atraerle á algun *lazo*, ó por lo ménos á una *posicion*, á un *campo de batalla* más desventajoso para él, más seguro y conocido para nosotros. Estas marchas son realmente de *maniobra,* lentas, tortuosas, escalonadas, variables en su *disposicion* y *órden,* como que se trata de dar largas, de desorientar ó de impacientar al enemigo y hacerle cometer algun error para aprovecharlo en el acto. Una marcha *retrógrada*, prolongada con habilidad, revela y enaltece las dotes tácticas de una buena oficialidad y la *consistencia* de una tropa veterana.

La marcha *en retirada* es para evacuar definitivamente un *campo de batalla,* una *posicion;* no sólo á consecuencia de un revés sufrido por la columna, sino para acomodar sus movimientos á los de las otras de un ejército, que lo hayan sufrido en otro punto del *teatro de la guerra* ó *de operaciones.* Explicadas extensamente, al hablar ántes de la *retaguardia,* la disposicion general de una *marcha en retirada* y la particular del destacamento que la *cubre,* sólo repetiremos que en ninguna ocasion brilla más la inteligencia, la energía, el temple militar del oficial, que olvida su propio peligro, para no atender más que á la conservacion del órden y de la disciplina,

única tabla de honrosa salvacion en el naufragio de su fortuna.

Napoleon I, poco aficionado á las *retiradas*, dice sobre ellas lo siguiente:

«Al abrir una campaña es menester pensar bien si se debe avanzar ó no; pero una vez tomada la ofensiva, es preciso sostenerla hasta el último extremo. Por grande que sea la habilidad de las maniobras, siempre debilitará la moral del ejército, puesto que, perdiendo las probabilidades de éxito, se entregan en manos del enemigo. Las retiradas además cuestan muchos más hombres y material que las acciones más sangrientas, con la diferencia que en una batalla el enemigo pierde próximamente tanto como vos, miéntras que en una retirada vos perdeis sin que él pierda.»

«Cuando dos ejércitos están en batalla, y el uno debe operar su retirada sobre un solo punto, miéntras que el otro puede retirarse sobre todos los puntos de la circunferencia, toda la ventaja es de este último. Entónces es cuando un General debe mostrarse audaz, descargar grandes golpes y maniobrar sobre los flancos de su adversario: la victoria está entre sus manos.»

6. Marchas de frente y de flanco.

Otra clasificacion admiten las *marchas*, si se consideran con relacion al *órden de batalla;* pueden ser entónces *de frente y de flanco.*

La *marcha de frente* es la que se ejecuta en direccion próximamente perpendicular á la *línea de batalla* que se abandona, y por consiguiente á la *posicion* del enemigo, que se supone paralela. En el fondo es un caso de la marcha *ofensiva*, ántes mencionado. Como es imposible ejecutarla en el órden mismo de batalla ó desplegando, la *línea* se fracciona en columnas paralelas, que avanzan por las avenidas que

ofrezca la *posicion* enemiga, siguiendo los caminos abiertos, ó abriendo los que se necesiten, ó marchando á través de los campos y de las tierras labradas.

Marcha de flanco se llama la que emprende una tropa «rompiendo en columna» sobre la derecha ó la izquierda, y corriéndose por la prolongacion de *la línea de batalla* ó *posicion* que deja, en direccion paralela por lo tanto á la que ocupa el enemigo. En la antigua fórmula, que hoy no es ya tan respetada, de que todo *órden de batalla* se componga de dos líneas de *combate* y otra tercera de *reserva* con parques, trenes y bagajes, naturalmente al marchar *de flanco*, quedan de hecho constituidas tres *columnas* paralelas entre sí. El *flanco* más próximo al enemigo se denomina *exterior*, y, por oposicion, *interior* el que está más lejano. En esta marcha de flanco, más bien que vanguardia y retaguardia se llama *cabeza* y *cola* á las tropas extremas que, al volver al órden de batalla se convierten en *alas*.—Sabido es que, hablando con técnica propiedad, *alas* son los últimos *hombres* ó las tropas *extremas*, por ambos lados, de una *formacion* ó *línea de batalla:* miéntras que *flanco* es el *terreno* adyacente al que pisan las *alas*.

Desde luégo se ve que el ataque ménos peligroso en una *marcha de flanco* es el que se dirija sobre el *exterior*, por la facilidad de formarse instantáneamente en batalla con una simple variacion; pero en cambio, por los antiguos medios tácticos, el ataque por la *cabeza* ó por la *cola*, por ésta singularmente, introducia una perturbacion, muy próxima al desórden para *desplegar* y *combatir*. Hoy, gracias á la simplificacion y flexibilidad de nuestra táctica reglamentaria, la maniobra, si bien más lenta forzosamente que una *variacion*, por causa del camino que las unidades ó batallones tienen que recorrer, nunca pueden producir embrollo, ni gran pérdida de tiempo.

Alguna vez, ante un enemigo poco maniobrero y empren-

dedor, aunque tenga superioridad numérica, *la marcha de flanco* podrá ser empleada para correrse ó extenderse, y procurarse así superioridad «relativa» sobre el punto que se tiene por *decisivo* en la *línea* ó *posicion* enemiga, al cual técnicamente llaman los tácticos *punto-llave*, ó más corto, *llave*.

Como se verá con más detencion en el capítulo V, al tratar de los órdenes de batalla *paralelo* y *oblícuo*, esta marcha de flanco que hoy satíricamente se dice *en procesion*, constituia el fondo de la célebre *maniobra* de Federico II, admirada con increible candor por los tácticos del siglo pasado. Sólo ante la calma imperturbable, ante la pesadez ó la torpeza del enemigo que le dejaba *desfilar*, podia repetirse impunemente esa *marcha profesional* del gran monarca y general prusiano. Y tanto es así, tan convencido estaba él mismo de los peligros evidentes de esa cándida maniobra, que, al querer copiarla Soubise con sus franceses en Rosbach, cayó Federico como el rayo sobre la *cabeza* de la *procesion*, desbaratándola, como si efectivamente lo fuera, y logrando á poca costa una de las victorias de más lauro en los anales militares de Prusia.

Si hoy es imposible la repeticion exacta, quizá la permita aproximada en algun caso, un fuerte destacamento ó *columna de flanco*, que proteja; ó bien lo cubierto del terreno, la mayor distancia que imponen las armas, y sobre todo la *agilidad* y la *disciplina* de unas tropas que sepan marchar entre la niebla, la tempestad ó las sombras de la noche. De otro modo, la *marcha procesional* podria ser tan ridícula como el mismo apodo que la designa, admitido ya en el tecnicismo táctico de los reglamentos actuales.

En el remoto caso de emprender una *marcha de flanco* de este género, se necesitan razonablemente *dos vanguardias*, una á la *cabeza*, otra, que podria llamarse *lateral*, al flanco *exterior* ó más próximo al enemigo. Y como éste puede cargar tambien sobre la *cola*, conviene además una *retaguardia*. La caballería y artillería marchan, si pueden, en estas tres

fracciones ó trozos: si no es posible, en el centro ó en el flanco *interior*, donde tambien se agrupan trenes y bagajes.

Aunque basta lo dicho para llamar la atencion del Oficial sobre lo defectuoso y anticuado de ciertas *marchas de flanco*, reforzaremos, como siempre, el raciocinio con las palabras textuales del primer emperador francés:

«Nada es más temerario, ni más contrario á los principios de la guerra, que hacer una marcha de flanco delante de un ejército en posicion; sobre todo cuando este ejército ocupe alturas, al pié de las cuales se tenga que desfilar.»

«Es menester evitar las marchas de flanco; y cuando haya que hacerlas, deben ser lo más cortas y rápidas posible.»

7. Marchas forzadas, secretas, á la ligera, en posta, en ferro-carril, de noche.

Todavia se reconocen en *táctica* y *estrategia* otras variedades de *marcha*, segun la disposicion, manera ó celeridad con que se ejecutan.

En general *marcha forzada* se llama (por oposicion á la que es *regular*, ó por tránsitos y etapas) á toda la que dobla ó triplica estas últimas: á la que en tiempos iguales recorre espacio mayor que el ordinario. En un porvenir que estamos tocando, en que los ferro-carriles jueguen como verdaderos *elementos de guerra*, bien se ve que estas «clasificaciones» serán ociosas; pero hay que citarlas, puesto que hoy subsisten.

Una marcha á pié puede empezar á llamarse *forzada* desde siete ú ocho leguas hasta diez ó doce: siempre tomando en cuenta el objeto, la estacion y el estado del camino. La marcha *ordinaria* de pequeñas columnas suele ser de cinco ó seis leguas, unos 30 ó 35 kilómetros; aunque para nuestra infantería, cuya fama de andadora es universal y merecida, casi puede decirse que no hay distancia, ni trayecto fijo, pues marcha sin esfuerzo cómo y cuanto se le manda. Sin embargo, diez ó doce leguas ya ocasionan rezagados ó despeados. La caballería, marchando sola y bien cuidada, du-

plica próximamente la marcha de la infantería. Entrambas requieren mejor asistencia, doble racion ó por lo ménos abundante, algun regalo ó refresco de vino, café, tabaco. El alto central es necesario, y el descanso, el reposo indispensable, como se ha dicho, cada cuatro ó cinco dias á lo ménos.

Napoleon I entre sus máximas incluye la siguiente: «Un general no debe saber más que tres cosas en la guerra: marchar diez leguas al dia, combatir y acantonarse en seguida.» Willisen da un poco desleida esta concision favorita del gran maestro, donde dice: «La más perfecta solucion del *problema de la guerra* no puede obtenerse sino caminando simultáneamente, por los dos caminos los *espacios y el tiempo*, esto es, dirigiéndose contra las *comunicaciones* del enemigo con la rapidez del relámpago, haciendo *quince leguas por dia*, como algo exageradamente prescribe Napoleon.» La exageracion será del autor aleman; pues, como se ha visto, Napoleon ó sus comentadores prescriben *diez*, que no es poco. De todos modos, estas citas vienen á inculcar cuánta *superioridad* da á una tropa ó ejército el «marchar bien, mucho y á tiempo.» La *ocultacion* y la *celeridad* son condiciones indispensables, lo mismo á todo movimiento *estratégico* que á toda maniobra *táctica*. Así lo condensó el mismo Napoleon en aquella frase, casi ininteligible por lo profunda y sentenciosa: *El secreto de la guerra está en el secreto de las comunicaciones.*

Al decir marcha *oculta* y *secreta*, hablando de una *de maniobra*, ya se entiende que no ha de tomarse el calificativo al pié de la letra. En rigor, sólo deberian llamarse así las que se emprenden *de noche* para una *sorpresa* (V. cap. VI); mas, por extension, *marcha secreta* se dice de toda la que es ignorada, ó no muy conocida y presumida por el enemigo, aunque él esté muy cerca y se marche á la luz del dia. Teóricamente, pues, toda *marcha de maniobra* deberia ser *forzada* y *secreta;* pero en la imposibilidad material de que así suceda,

siempre conviene aproximarse; singularmente, cuando se tiene *iniciativa*, cuando hay que anticiparse á tomar una *posicion*, á socorrer una *plaza de guerra*.

Marchas á la ligera, que siempre tienen algo de forzadas, son aquellas cuyo objeto es una *expedicion ó golpe de mano*, una *demostracion*, *diversion* ó *estratagema* muy calculada, y en las que se prescinde de todo embarazo, bagaje ó *impedimenta;* de la artillería gruesa y sus reservas de municiones; y á veces la infantería de su mochila y la caballería de su grupa.

Las antiguas *marchas en posta*, no por la existencia de los caminos de hierro han perdido su interés é importancia. Al contrario, quizá serán más útiles y frecuentes, para llegar «trasversalmente» á una línea férrea y tomar más pronto los wagones. *Marchar en posta* es simplemente montar la tropa, si es pequeña, en acémilas: si es grande, si los hay, en carros tomados por requisicion: 2.000 á 2.500 hombres necesitan unos 250 carros, y éstos á razon de 10 ó 12 metros ocupan cerca de tres kilómetros. Por lo regular no toda la infantería va montada: se combina y alterna para descansar. Los carros no deben hacer más de dos jornadas, para causar ménos perjuicios; lo cual exige relevos bien dispuestos y prevenidos. La *impedimenta*, en estas marchas rápidas, como que ha de separarse de las tropas, se organiza en *convoy* (V. cap. VI) con su correspondiente *escolta*, y se la dirige á un punto determinado de atemano.

Respecto á las *marchas por ferro-carril*, que tanto juego han tenido ya en las guerras de Italia, Estados-Unidos, Alemania y Francia, como preludio de más extenso y ordenado empleo, no se desenvuelven aquí, porque el oficial conocerá en esta parte y habrá estudiado el «Reglamento para el trasporte de las tropas por los ferro-carriles» aprobado en 30 de

diciembre de 1864, impreso en 1865, y que pronto será sustituido por otro más amplio, que una comision especial tiene ya terminado.

Algunos profetizan que los ferro-carriles, cuando estén completas las redes, han de producir en la guerra modificaciones, quizá superiores á las que introdujo la invencion de la pólvora. No hay duda que así como en *táctica* en el campo de batalla, las nuevas armas hoy lo dilatan y ensanchan, así la gran extension de ferro-carriles y telégrafos ensanchará el círculo de la *estrategia*. Ellos, en efecto, extenderán desmesuradamente los *teatros* de guerra y de operaciones. Ya en el dia empiezan á constituir poderosas *líneas de operaciones* y de comunicaciones; aceleran la *concentracion* inicial, ligan con las *reservas;* desligan á la vez á los grandes cuerpos de las antiguas trabas que los sujetaban á una *base* única; facilitan los movimientos *envolventes* y los difíciles cambios de *base* y *objetivo*, y las peligrosas alternativas de ofensiva y defensiva; aseguran la subsistencia del ejército, trayéndole rápidamente refuerzos, municiones, vituallas, refrescos, medicinas; abrevian la evacuacion al interior de heridos, enfermos, prisioneros, botin, impedimenta; permiten operar sin riesgo en comarcas pobres. Se perciben ya los nuevos horizontes que abren á la *fortificacion*, á la *caballería;* los anchos moldes que sustituirán á la pedantería teórica y doctrinaria; la soltura que darán á *marchas* y *maniobras*, y, por consiguiente, la expedicion á jefes y oficiales subalternos.

El servicio militar de ferro-carriles está asignado al Cuerpo de Ingenieros, porque su complicado mecanismo exige un estudio anticipado y una seguridad perfecta en el manejo; es análogo al de *pontoneros*, en que cada hombre tiene que saber y ejercitar muy de antemano su papel especial. Pero, así como en este último ramo, que no puede ser más técnico, el oficial de las armas generales debe tener nociones adquiridas de antemano sobre ciertos puentes llamados de circunstancias, como los del cap. VII; sobre ciertas obras de fortifi-

cacion improvisada como las del cap. IX; así tambien debe adquirirlas sobre ferro-carriles, puesto que quizá se le encargue el *reconocimiento* (V. cap. X); la *guarda* de un trozo de vía, muy análoga á la de un rio (V. cap. VII); la destruccion, la restauracion ó habilitacion, el ataque ó defensa, el «guerrilleo,» si así pudiera llamarse al *raid* de los generales Stoneman y Stuart en la guerra de los Estados-Unidos, y, en fin, esa otra comision, militar y civil á la vez, mezcla de orgánica, administrativa y táctica, que se llamará Comandancia de etapa ó de estacion.

Pocas palabras bastarán sobre *marchas de noche.*

Recuérdese ante todo que se deben evitar en lo posible. Fatigan más que tres de dia; se anda ménos que con el calor más rigoroso; dejan muchos rezagados y extraviados; es inútil ó imposible la combinacion de las armas; la caballería y la artillería embarazan, más que auxilian; y hasta en soldados curtidos entran terrores y extrañas alucinaciones, que les hacen «ver de otro modo» las cosas, y el país mismo, aunque lo conozcan, produciendo pánicos y desórdenes inconcebibles.

Ordinariamente una *marcha de noche* tiene por objeto una *sorpresa* ó *golpe de mano.* La regla general en estos casos es mantener el secreto; pero tal vez convenga, á cierta distancia del *vivac* ó *canton*, iniciar á algunos oficiales de los más caracterizados; desenvolver el plan; describir, en lo posible, el terreno los obstáculos que se han de encontrar, la posicion y fuerza presumible del enemigo, y todo cuanto contribuya á evitar recelos, interpretaciones y comentarios erróneos ó infundados. Si la columna ó pequeño destacamento tiene que dividirse en trozos que hayan de concurrir á un punto, es indispensable enterar de lo más preciso á cada comandante. En estos casos nada ilustra ni esclarece tanto como un ligero *cróquis.* Y no es grande el trabajo. Cualquier *sargento* hace en muy poco tiempo tres ó cuatro copias en papel ó tela

trasparente del *plano* del estado mayor, en aquella parte que convenga para la marcha; apuntando los caminos que lleven los demas trozos, y los arroyos, barrancos, ventas ó *accidentes* principales que interesen directamente. Hoy, que al subir á un wagon de ferro-carril, hasta el viajero «de tercera» consulta su *mapa*, ya es tiempo de perderles el miedo y familiarizarse con unas cuantas líneas sobre el papel, que abrevian y explican mejor que las palabras. Para *calcar* en un papel trasparente con lápiz ó la pluma del tintero, no se necesita mucho tiempo, ni grande habilidad. Para consultar el *calco*, se usará el mismo medio que para consultar el reloj, y respecto al modo de *orientarse*, en el cap. X se indica la regla y su fundamento.

Los *guías* son indispensables en *marchas de noche;* irán á pié y bien vigilados. El principal, cuyo puesto es al lado del comandante y á la cabeza de la columna, podrá ir á caballo; pero sujeto el brazo ó el cuerpo con una cuerda, cuyo extremo llevará un sargento ó el corneta de órdenes para impedir que se escape ó se duerma. Tambien son necesarios algunos ayudantes ú ordenanzas listos de caballería, para recorrer *al paso* los *flancos* de la columna, cerciorarse de que no se abren claros y venir á dar parte al comandante en caso de haber alguno. Esto indica que una parte de la columna ha perdido la huella ó se ha quedado atascada. El comandante manda *alto general;* pues si la cabeza sigue marchando sin él y el guía, podria extraviarse tambien. La voz de *alto* corre por las compañías, ó más bien la llevan los ordenanzas á caballo; pero sin trotar ni galopar.

Sabido es que el *silencio* ha de ser profundo en toda marcha de noche; las voces de mando muy bajas; se prohibe el más pequeño murmullo; nadie fuma, y hasta se amarran las cantimploras, fiambreras, los sables en caballería y todo lo que pueda sonar ó descubrir. Mas si á pesar de todas las precauciones, la columna se corta, los soldados se desunen y extravían y la confusion crece, no hay otro medio que tocar

la corneta y áun las bandas, encender fósforos ú hogueras, y hacer disparos ó tirar cohetes.

Ya que no se pueda hacer la marcha de un tiron, los *altos* no deben ser frecuentes. A poco que duren, el soldado se deja vencer del sueño, se entumece con el frio; el de caballería echa pié á tierra, se tiende con las riendas en la mano y se duerme, escapándosele el caballo; á todos les cuesta trabajo volver á emprender la marcha y entrar en fila. Para mandar el alto, mejor que correr la voz es, como se ha dicho, que lo avisen por el flanco ordenanzas á pié ó á caballo: así todos saben que no es un tropiezo de los que anteceden. Muchas veces sinó, el tropiezo ó accidente se toma por un *alto:* algunos soldados se separan; la columna sigue, y si el enemigo rastrea, son hombres perdidos. De todos modos, el *alto* debe ser corto: diez ó doce minutos, y se evita que el soldado se tienda. Cuando hay que prolongarlo, se avisa para evitar inquietud y «motivo de conversacion.» Para ponerse en marcha, el aviso corre de la cola hácia la cabeza, á fin de que la columna no se alargue, como sucederia viniendo inversamente de la cabeza á la cola.

Este ha de ser el principal cuidado del comandante: llevar su tropa *unida*. Diez bajas de dia por el fuego enemigo, no hacen el efecto de un hombre que se echa de ménos por la noche. Hay que tener muy en cuenta lo que en el ánimo más sereno influye la oscuridad y lo misterioso de una empresa desconocida, que nunca se calculará muy fácil, cuando se acomete por medios desusados. La vigilancia del comandante, tomando cierto aire agasajador y paternal, es lo que más *confianza* infunde y lo que casi siempre aleja el *pánico*.

En el capítulo VI de las *Sorpresas*, que generalmente requieren marchas rápidas y peligrosas de noche, se advierte que no haya *vanguardia* ni *retaguardia*, ni mucho ménos *flanqueo*. La razon es llana. Se flanquea de dia á larga distancia, para alejar al enemigo; pero de noche, cuando un hombre no puede separarse diez pasos, es imposible *flanqueo* ni

descubierta. Se suple marchando al *flanco* la oficialidad y las clases.

Al vadear un riachuelo deben redoblarse las precauciones. Como importa mucho que la tropa no marche *de noche* con la ropa mojada, se avisará si es necesario, y se verá si hay tiempo de quitarse los pantalones y el calzado. Los zapadores que vayan, arreglan en un momento las *rampas* de entrada y salida. (V. cap. VII.) Unos cuantos se dedican á levantar los hombres ó acémilas que caigan. La caballería siempre pasa la última, para no entorpecer ni inutilizar el *vado*. La cabeza, despues de pasar, sigue marchando largo tiempo; y un cordon de ordenanzas y oficiales, sirven de *jalones* indicadores á los que van saliendo del vado.

Si como, alguna vez sucede, (singularmente á *partidas sueltas* (V. cap. IV), despues de una penosa *marcha de noche*, hay que *emboscarse* ú ocultarse durante el dia, el comandante y los oficiales mantendrán el espíritu y el «buen humor» de la tropa; y como no será posible encender fuegos, habrán ántes acreditado su prevision y solicitud al racionarla, para salir de modo que el soldado descanse lo posible y se reponga.

El encuentro con el enemigo en una marcha nocturna es realmente temible y peligroso. Hay que darse cuenta de las cosas sin exageracion en ningun sentido. Se debe retardar todo lo posible el momento de romper el fuego; y para ello aconsejan los prácticos que se mande estrechar distancias, poner las armas en tierra, y sentarse con profundo silencio: los oficiales y sargentos recorriendo los flancos harán cumplir esto rigorosamente. Contando con la quietud de su tropa, el comandante podrá hacer salir *descubridores* poco á poco, y tomar las disposiciones más convenientes para «aceptar ó rehusar el combate.» Quizá los descubridores, si son diestros, podrán armar un lazo al enemigo, fingiendo estar cortados ó perdidos..... pero es inútil detenerse en recordar todo lo que un combate nocturno puede tener de expuesto y desastroso.

El mariscal Bugeaud en sus «Instrucciones prácticas» dice con su profundo conocimiento de la *guerra* y de los *hombres:* «Una tropa asaltada durante la noche ó sorprendida y desordenada de cualquier manera, está siempre bajo una influencia *moral* deplorable, á la que es preciso sustraerla cuanto antes. El mejor modo de lograrlo, de hacer pasar á nuestro lado las ventajas morales, es tomar la ofensiva con las primeras tropas que se tengan á la mano. Al punto, el órden y la confianza se restablecen detrás, y el enemigo por lo tanto va perdiendo la seguridad con que venia.»

8. Advertencias generales.

Como la índole de este manual ó libro de memorias es puramente práctica, y no permite teorías y discusiones sino hechos, datos, preceptos expresados con sencillez y claridad, no parece inoportuno resumir al final de este importante capítulo de *marchas*, algunas reglas generales ya admitidas.

En la guerra el combate es el objeto, y la marcha el medio. Casi siempre las malas marchas preludian combates desgraciados. Hablar, pues, de marchas es hacer una exposicion casi completa del arte de la guerra.

Toda tropa en campaña ha de estar apercibida para cuanto se le mande: y como todo exije marchar, para la marcha es para lo que ha de estar preparada en cualqpier momento.

Conviene dividir una gran masa de tropas en varias columnas, porque marchando en una muy larga por un solo camino, se está realmente ménos concentrado, aunque las tropas se sigan sin interrupcion. Ademas se facilita el despliegue, el acantonamiento y el aprovisionamiento. Atendiendo á la lentitud y embarazos inevitables en todo despliegue, sólo se debe proceder á él, en marcha, con una necesidad verdaderamente reconocida.

Miéntras un cuerpo de tropas, que lleve las tres armas marche léjos del enemigo, pueden formarse columnas inde-

pendientes de infantería, caballería y artillería. Esto hace la marcha más rápida y ménos fatigosa, puesto que cada arma puede conservar la velocidad del paso que le sea más cómodo.

Para evitar equivocaciones y vaguedades en el enlace de columnas colaterales, conviene dar la órden precisa no á las dos sino á aquella en que no vaya el cuartel general de la division ó del cuerpo de ejército, para que tome por sí sola las disposiciones de enlace.

Toda órden de marcha debe indicar el término de ella, que puede ser el enemigo ó un punto geográfico. En este segundo caso es importante fijar si es la cola ó la cabeza de la columna (siendo ésta larga) la que ha de llegar á la hora que se fije.

Los mapas exactos, el hábito de orientarse y de conocer los signos convencionales, pueden en muchos casos dispensar de las noticias de los habitantes ó comprobarlas. Además de los mapas y planos se deben distribuir con profusion documentos estadísticos sobre el número de habitantes, producto de la comarca, cantidad de ganado, etc.

Toda tropa que marcha contra el enemigo debe preparar y cubrir sus movimientos por destacamentos escalonados al rededor de la fraccion principal ó grueso; pero la conexion entre ellos es variable, pues si bien el primer escalon que encuentra el enemigo debe estar á bastante distancia del grueso, para dar tiempo á éste de prepararse al combate, en cambio el grueso debe estar bastante próximo á los escalones sucesivos para poder socorrerlos y reforzarlos á tiempo.

Este fraccionamiento de la columna debe estar dispuesto de antemano, porque el largo alcance de la artillería actual impide las antiguas maniobras preparatorias, y exije que el pase del órden de marcha al de combate, es decir, el despliegue, sea breve y rápido. Es tambien indispensable que los distintos trozos, al encaminarse al enemigo, guarden entre sí distancias convenientes para moverse y obrar con holgura, mantener

comunicacion y apoyo mútuo, y sobre todo reunirse con celeridad.

La disposicion de marcha de una tropa se funda, en que los diversos elementos de la columna se sucedan por el órden que deban ir tomando en el combate, para obrar siempre por esfuerzos progresivos. Así, todo se calcula y combina con el propósito de que cada uno de estos elementos pueda desplegar con la mayor rapidez, es decir, desencajonar por el camino más corto y con la formacion que más favorezca su seguridad y su accion. Y por eso tambien se tiene en cuenta, que los trozos de una columna disminuyan de la cabeza á la cola en razon directa de la proximidad del enemigo, porque el actual armamento obliga á ofrecer tanto menor blanco cuanto menor sea su distancia.

Hoy la cabeza de una columna en marcha puede empeñar el combate con seguridad, porque lleva en sí misma medios suficientes para contener al enemigo, miéntras van llegando las tropas que le siguen y que progresivamente irán reforzándola y sosteniéndola.

Un cuerpo de tropas que marche detrás y por el mismo camino que otro, debe llevar en cabeza su artillería y su caballería, puesto que estas dos armas son las que pueden llegar más pronto para reforzar al cuerpo que marcha delante. Así marcharán tambien más cómodamente que si fuesen interpoladas con la infantería.

En la moderna nomenclatura se comprende bajo la denominacion de tren de combate, los caballos de mano, las acémilas y aquellos carros que siguen inmediatamente á las tropas en las marchas y en el combate, para proporcionar el primer surtido, la primera renovacion, que tanto ellas como los diferentes servicios deben tener siempre á la mano. El tren regimental comprende lo que las tropas necesitan para la vida diaria, es decir, los bagajes que tienen á su disposicion los cuarteles generales, los cuerpos, las baterías, etc.

Conviene distinguir entre el órden y la órden de marcha.

El primero, esto es, el arreglo, el cuadro, la disposicion general ó normal, puede recibir á cada momento las imprevistas é inevitables modificaciones que las circunstancias impongan. Es evidente que las instrucciones especiales á los principales jefes deben acentuar y explicar claramente el objeto de la operacion, para que aquellos se penetren y nunca estén indecisos sobre las resoluciones que en su respectiva esfera de mando deban tomar.

La órden de ponerse materialmente en movimiento, de echar á andar, es diferente de las instrucciones especiales reservadas á los principales jefes. En ciertos casos ambas pueden juntarse en el mismo papel; pero en general, para evitar indiscreciones, convendrá que vayan por separado. El órden, la disposicion general de marcha debe saberla todo el mundo; pero la órden de marcha, es decir, la hora, la direccion, el objeto y otros incidentes, sólo será necesario confiarlos á un reducido número de personas; á los generales, á los comandantes de columna ó destacamento, y en caso necesario á los jefes de cuerpo ó de unidad.

Para que nada se descuide ó desatienda, en una órden de marcha, se debe tener preparado de antemano un cuadro sistemático, que comprenda todos los puntos y que se va completando, á medida que la experiencia señala los vacíos ó lagunas que conviene llenar. Sin este cuadro conmemorativo la memoria más fiel podia olvidar algo esencial. En la guerra hay siempre una preocupacion del momento que domina á todas las demás; y no conviene fiar á la memoria los detalles. Contribuye efectivamente á la simplificacion, al buen método, y evita repeticiones y omisiones, redactar las órdenes de marcha con sujecion á una pauta ó formulario inalterable en cuanto se pueda. Las órdenes de marcha deben ir aumentando en precision y prolijidad, á medida que descienden por la escala gerárquica. Deberán reproducir al márgen la parte del órden general que directamente interese; pero nunca contendrán más que lo que haya de ser puntual-

mente ejecutado. Al fijar la hora, se entenderá que no es aquella en que la tropa deba salir de su canton ó campamento, sino la hora precisa en que cada fraccion debe entrar en la columna, y mejor aún, el momento en que deba pasar por el punto inicial del movimiento.

En vez del antiguo punto de reunion, en masa concentrada al lado de la carretera ántes de emprender la marcha, es preferible que el estado mayor establezca sobre la misma carretera un punto, visible y conocido, de referencia, por el cual hayan de pasar todas las tropas á la hora que se les designe, para ir ocupando su lugar en la columna. Por esta razon, en vez de tocar diana general, lo más conveniente es dar el toque escalonado para las diferentes unidades, segun el órden que se haya indicado al jefe de cada cuerpo; al cual se le prohibe anticipar, fuera de un límite razonable, la formacion de su tropa en el respectivo punto de reunion. Despues de la diana siempre se dejará tiempo, si es posible, para que el soldado haga la sopa.

Esta hora del pase por el punto inicial, la determina con toda la fijeza posible el comandante de la columna para los principales trozos en que ésta se divida. El general de division fija las horas para las brigadas, la artillería divisionaria, la caballería, las ambulaciones, la compañía de parque móvil, la impedimenta en general. La brigada, á su vez, fijará la hora para cada cuerpo que la componga. Entre los varios pormenores que debe esclarecer la órden de marcha, uno muy principal es determinar con precision los carros ó bagajes autorizados para interpolarse con las tropas en las columnas. El fundamento para poner en marcha sin embarazo ni fatigosa anticipacion una tropa numerosa, es el cálculo prévio y exacto de la extension de camino que cubre y del tiempo que tarda en desfilar ó recorrerlo: tambien se necesita el conocimiento anterior del camino trasversal, que cada unidad tenga que andar para llegar oportunamente al punto inicial.

En teoria, una tropa en marcha por el flanco debe ocupar el mismo espacio que en línea de batalla: pero un cúmulo de circunstancias inevitables, como el piso, la hora, el clima, la temperatura, la fatiga de la tropa produce alargamientos y tropiezos que sólo puede remediar ó disminuir en cada caso la constante observacion y el cálculo, fundado en la práctica, del comandante de la columna. A él, pues, corresponde darse cuenta del alargamiento de su tropa, por observaciones atentas y contínuas en los primeros dias, y modificar segun ellas su disposicion de marcha, tendiendo á disminuir la longitud de la columna, pero sin cerrar tanto los intervalos que pierda su elasticidad.

El alargamiento, producido por la pérdida de las distancias, aumenta en razon directa del efectivo de la columna y de la duracion de la marcha. Si los diversos elementos de aquella marchasen cerrando los unos detras de los otros, las detenciones, los tropiezos, las variaciones de aire, trascenderian de un extremo al otro, agravándose y multiplicándose. Si, por el contrario, la columna se fracciona en cierto número de grupos separados y marchando por su cuenta, estos inconvenientes desaparecerán. Es, pues, preciso aceptar el principio fundamental de fraccionar las columnas en grupos, dejando entre ellos espacios tales, que el alargamiento producido en cada uno, entre dos altos sucesivos, no influya en el siguiente. Así en lugar de tener una columna rígida, contínua, sujeta á los encontrones de todos, se tendrán grupos eslabonados que marchen aisladamente, sin fatiga, con órden, más en la mano de los jefes, más fáciles de desplegar en caso de combate. Con la supresion de fatigas inútiles para el soldado, debida al fraccionamiento, tan cómodamente marchará el último grupo como el primero: y sabidas son las penalidades que en jornadas largas sufrian ántes las colas de las columnas.

Los reglamentos franceses admiten que, durante los 50 minutos de marcha en cada hora, el alargamiento puede alcan-

zar $^1/_4$ y aún $^1/_3$ de la longitud normal de la columna para infantería y caballería, $^1/_4$ para artillería y $^1/_2$ para los parques, trenes y convoyes. Los alemanes sólo admiten $^1/_4$ que evidentemente es muy poco. Los italianos, tambien $^1/_4$.

En general, para regularizar ó atenuar los alargamientos, puede procederse de dos modos: fraccionar la columna en grupos de regimiento, es decir, 1000m á 1100m, separando estos grupos por distancias uniformes de 700m, que representan la distancia reglamentaria más el espacio dejado para el alargamiento: en vez de los 700m, si el paso de la infantería es muy uniforme, puede tomarse el de tiempo de 10 minutos, es decir, que cada cabeza de grupo rompa la marcha 10 minutos despues que la cola del precedente. El proyecto francés para el servicio de campaña, que estaba en estudio en 1880, admite el uso á voluntad de los dos sistemas. En uno y otro se corta la marcha por altos horarios sucesivos de 10 minutos, descansando cada grupo despues de andar durante 50 minutos. El otro medio para compensar el alargamiento consiste en fraccionar la columna por unidades sueltas, batallon, escuadron y batería; separar estos grupos por distancias iguales al alargamiento (elemento variable que en cada caso y tropa debe determinar la experiencia), y en fin, cortar la marcha por altos horarios simultáneos de 10 minutos, despues de 50 de marcha efectiva. El comandante de la columna se limita á hacer conocer la hora del primer alto horario; pero bien se ve que este segundo procedimiento exije relojes exactamente arreglados por la hora del cuartel general.

En principio, sólo debe hacerse un alto largo ó central, ademas de los horarios, cuando la duracion de la marcha pasa de seis horas, es decir, cuando el trayecto exceda de 22 kilómetros. Siempre se hace bajo la proteccion de la vanguardia, que toma préviamente posiciones; y se elije con preferencia lugar abrigado del sol y de los vientos frios ó destemplados, y á proximidad de fuentes, arroyos ó pozos. La duracion del alto central para la cabeza suele ser de una

hora y vencida ordinariamente más de la mitad de la jornada. Militares experimentados aconsejan que la jornada se haga siempre de un tiron en el verano y en climas cálidos. Realmente, no produce el descanso que se pretende el sestear en las horas centrales del dia: el excesivo calor, los insectos, la preparacion para la otra mitad del camino quitan á este reposo su primera condicion, que es ser largo y completo. Vale más, por consiguiente, madrugar mucho y concluir la jornada á las diez ó las once de la mañana.

En el alto central sólo circunstancias extraordinarias pueden justificar la necesidad de cerrar en masa una larga columna: sobre todo si ha de proseguir la marcha en el mismo órden que traia. No hay para qué fatigar las tropas sin necesidad. Despues del alto grande los itinerarios pasan á vanguardia y tambien los rancheros. En el último alto, siempre que sea posible, se distribuirá el servicio avanzado, el de policía y provisiones, á fin de no molestar al soldado con nuevas órdenes cuando ya está en descanso y ha dejado su mochila y armas.

En movimientos de grandes masas hay que calcular con suma exactitud las pérdidas de tiempo ocasionadas por el paso de los desfiladeros y el cruzamiento de las columnas, so pena de que fracase la operacion mejor combinada. Para los cruzamientos, al estado mayor corresponde prevenirlos, determinando cuál columna debe pasar la primera y á qué hora dejará su cola libre el punto de cruce, para que la cabeza de la otra llegue sin pérdida de tiempo. De todos modos, siempre se dejan oficiales ú ordenanzas en los puntos de bifurcacion, para indicar á los que vienen detrás la direccion que se sigue. En cruzamientos imprevistos, la regla general es que la infantería tenga prioridad ó precedencia sobre los institutos montados; y en general las columnas de combatientes sobre las de material y bagajes, tomándola estas entre sí, segun sean de municiones, parques y víveres. Ninguna tropa debe ser cortada por otra en su marcha, y cuando se encuentren dos en

confluencia ó encrucijada, la última que llegue es la que debe detenerse hasta que concluya de pasar la que viene andando por el camino principal. Siempre que se encuentren en un mismo camino tropas, gentes y vinientes, el reglamento previene que, si la anchura lo permite, ambas apoyen á su derecha para darse recíprocamente la izquierda.

9. Campamentos.

La voz *campo* en la milicia es tan genérica, que además de ciertas expresiones actuales como *campo de asamblea*, *campo de batalla*, *campo de tiro* y otras, significó antiguamente *ejército de operaciones*. Mexía, Avila y Zúñiga, Mendoza, todos los clásicos del siglo XVI, casi nunca dicen *ejército*, sino *campo*. Hoy todavía se dice de un oficial que «procede del campo carlista» ó que «se pasó al campo enemigo.»

Aquí se usa la palabra *campo* solamente en el sentido de lugar despoblado, en que se *establece* por corto tiempo un *ejército* ó *tropa* cualquiera. Suelen confundirse las dos voces campo y campamento; pero, mirándolo bien, no deben ser sinónimas. *Campo* tiene algo de más genérico que *campamento;* abraza el establecimiento de las tropas en *barracas*, bajo *tiendas* y *al raso* ó *al vivac*. *Campamento* parece indicar más bien los dos primeros modos.

Sutilizando algo, tal vez *campamento* envuelve cierta condicion pasajera, de tránsito, cierta referencia á detalles de ordenacion, de acomodamiento de las tropas en *líneas*, segun lo que hasta hoy se ha venido llamando *castrametacion;* la colocacion sistemática de las tiendas, de las guardias, de las cocinas. Es decir, en un *campo*, tal como hoy se entiende, en una *posicion* ocupada por un ejército, puede haber varios *campamentos* de diferentes cuerpos ó tropas, llamando así al espacio circunscrito que cubra cada uno con sus *tiendas*, *barracas* ó *vivacs*. Marmont dice terminantemente: «Los *campamentos* son para reposar las tropas ó para satisfacer sus ne-

cesidades, de ningun modo para combatir.» En efecto, nunca se dice *campamento*, sino *campo atrincherado* ó *permanente*.

Sea como quiera, el ramo del *arte de la guerra*, que entiende especialmente en *disponer el campamento*, llámese con palabras latinas *castrametacion*, ó con palabras griegas *estratopedia*, tenia en lo antiguo un interés que hoy ha perdido, por el modo de «hacer la guerra;» quedando refundido en la *táctica*, y en su parte especial de *marchas* ó *logística* (si se acepta la denominacion de Jomini) cuando el campo es *de marcha*, y en la parte de *posiciones*, cuando el campo es *de combate* próximo.

Desde el abultado volúmen que sobre el *arte de campar* publicó en 1800 D. Vicente Ferraz, no sabemos que haya aparecido cosa nueva. Y realmente no hace falta. Los célebres campos judíos, griegos y romanos de que trata preferentemente aquel libro, no tienen importancia de actualidad, sino de erudicion: como la encontrará el que la busque, original, en las copiosas descripciones y reglas de Polibio, Vejecio y Justo Lipsio. La disposicion del *frente de banderas* y de las *tiendas* es atencion muy secundaria, que deben prescribir los reglamentos; pues distan bastante las voluminosas *cañoneras* y *marquesinas* de la reducida *tienda-abrigo* usada en Africa. Por regla general, una tropa *campa* ó *vivaquea* en su órden natural *de batalla* ó *de combate;* y no son rigorosamente necesarios aquellos preliminares ni trazados, ni el aparato de jalones, piquetes, banderolas y cuerdas de otros tiempos. (V. Dicc. Mil., art. *Campo.*)

Cuando el *campamento* pasa á ser verdadero *campo*, esto es, deja de ser un accidente de marcha, para convertirse en *operacion de guerra*, entónces entra en el dominio de la estrategia, de la táctica, de la fortificacion, y no hay para qué crear nuevas palabras. Reducida así la *castrametacion* á meros detalles de *logística*, de que cuidan los oficiales de

estado mayor, no creemos que merezca el antiguo aprecio y extension que en los programas de estudio se les daba. Es curioso, pero nada más, saber por Homero cómo Agamenon y Ulises establecieron sus campamentos, ó dónde colocaba Moisés su tabernáculo, ó hácia qué lado ponian los romanos la puerta pretoria ó la decumana: en el dia las *posiciones*, extensas generalmente, que se llaman *campos* exigen lo primero ser «croquiseadas» por los procedimientos de la *topografía* (V. cap. X) y estudiadas detenidamente bajo el punto de vista que la «conveniencia,» la *estrategia* ó la *táctica* impongan en «cada caso particular.»

Parece pues oportuno, y á la par más breve, respecto á esta materia de campos y campamentos, detenerse en algunos pormenores de *vivac y acantonamiento*, como accidente de *marcha*, refundiendo luego con más holgura y generalidad las ideas principales en el capítulo de *Posiciones*.

10. Vivac.

Por *vivac* se entiende el campamento de una tropa al *raso* sin barracas ó grandes tiendas, y en rigor sin abrigo de ningun género. Se *vivaquea*, generalmente, en las marchas de maniobra, en las persecuciones, en las retiradas: siempre que se está muy cerca del enemigo y muy próximo á combatir, ó cuando no hay habitacion inmediata al punto en que se quiere descansar y pernoctar.

Si se tiene en cuenta que la fatiga diezma las tropas más que las balas, es ocioso advertir que debe economizarse el *vivac* en lo posible, y, siendo inevitable, procurar la mayor comodidad. Así, pues, las condiciones *higiénicas y topográficas* han de combinarse, en cuanto se pueda, con las exigencias *tácticas*. Aquellas prescriben en todo campo y vivac *agua* potable próxima y abundante; *leña* para ranchos y hogueras; facilidad para conduccion y distribucion de víveres; paja, forrajes; *suelo* seco de suyo con alguna pendiente para que

no lo encharque la lluvia; *exposicion* saludable y abrigada; *aire* que no esté inficionado con emanaciones pútridas de pantanos ó arrozales. Además el *vivac*, á pesar de su índole eventual y pasajera, procura cumplir con ciertas condiciones comunes, como se dirá más adelante, á toda *posicion*; ser inaccesible ó difícil de acceso para el enemigo, y de fácil desembocadura contra él; ocupar *terreno dominante*, que permita ver sin ser visto, etc. Si por andar un poco más se consigue todo esto, no se debe vacilar en prolongar algo la marcha.

Cuando el enemigo lo permite, el oficial de estado mayor que va con la vanguardia de la *columna*, ó el que se haya habilitado para suplirle, sea ó no facultativo, se adelanta con pequeña escolta y con los ayudantes, algunos sargentos y los furrieles de las compañías ó cuerpos. Al *comandante de la columna* toca decidir, segun el *objeto*, si han de adelantarse las guardias de prevencion, más escolta ó más tropa para ocupar préviamente algun pueblo, posicion ó avenida que interese. En un caso ya se ha dicho que podrán predominar las condiciones de comodidad ó de higiene, en otro habrá que subordinarlas ó sacrificarlas á lo más importante, que es la táctica. Pero de todos modos, las órdenes del *comandante* deben ser previsoras, rápidas y precisas en cuanto concierne á todas las menudencias de raciones, leña, forraje, abrevaderos, cocinas, hornos, si son necesarios.

La *instalacion* ha de ser á la vez pronta y ordenada. Al llegar cada cuerpo ya debe tener su lugar fijo, invariable; pues nada molesta tanto como tener á las tropas formadas largo tiempo, ó andar vacilando y con los trastos al hombro de aquí para allá, despues de una marcha forzada y fatigosa. Antes era de fórmula campar rigorosamente en *órden de batalla:* tenia por lo tanto gran importancia señalar el *frente de banderas* y trazar las *calles de tiendas* exactamente perpendiculares y equidistantes. En un *gran campo* de alguna permanencia, bien se ve que estos preparativos son convenientes y

muy recomendables; pero en esos grandes campos hay de sobra oficiales facultativos, singularmente de estado mayor é ingenieros, que saben hacerlos con todo primor científico, usando instrumentos y fórmulas sencillas; mas en el *vivac*, generalmente de una noche, y de una pequeña *columna* ó *destacamento*, pronto se calcula el espacio necesario, multiplicando simplemente el *frente* por el *fondo* de los cuerpos, y pronto se miden las distancias á pasos. La lanza sirve de jalon, la bayoneta en caso de piquete; y para nada se necesitan aparatos ni cuerda de trazar. Un *vivac* no tiene que ser bonito ni ofrecer «visualidad» con sus calles tiradas á cordel. Lo principal es acomodarse al *terreno* y al *órden de combate* en unos casos, al *de marcha* en otros: ya segun se traia, ya tambien, y es lo mejor, segun se piense emprender á la madrugada siguiente. El *frente*, pues, se establece en esta direccion, y en el acto mismo de instalarse se prepara ya la desembocadura, es decir, la salida fácil de las tropas en formacion. Si las mieses están altas y no pueden respetarse, se avisa al pueblo de que dependan, y si no acude, las *forrajea* la tropa. Muchas veces se necesita poner salvaguardias, centinelas, guardias ó puestos formales, en caserías, almacenes próximos ó en las fuentes y abrevaderos no abundantes, para evitar desórdenes.

Por lo demás, «no hay regla fija para la colocacion de las tropas;» puesto que no la hay tampoco en *marcha* ni en *combate*. Hoy convendrá el cuadro, y mañana las columnas paralelas; la caballería unas veces detrás, otras delante. Como el vivac se reduce á hacer alto fuera del camino, formar pabellones y encender unas cuantas hogueras, nunca pueden exigir mucho cálculo ni meditacion. Son, pues, inútiles esas tablas de distancias que traen los libros, y cualquier abanderado «saca la cuenta» de lo que ocupa su batallon. Lo que importa es distribuir á cada uno su tarea y su papel, de modo que el *reposo* sea inmediato, completo, absoluto.

Para esto es indispensable nombrar y establecer con tino

el *servicio avanzado*, del cual trata extensamente el capítulo que sigue.

La infantería pronto está acomodada. Formados pabellones, enciende hogueras: en diez minutos guisa el arroz, y en cinco se lo come. Ella tambien se ingenia para procurarse algun abrigo improvisado contra el viento ó el temporal, si no lleva las pequeñas tiendas africanas, con las cuales hace varias combinaciones. Napoleon I detestaba, y con razon, las de su tiempo, y dice así en una de sus máximas: «Las tiendas no son sanas: es mejor el *vivac* para el soldado, porque duerme con los piés al fuego, que seca pronto el suelo en que se acuesta; unas tablas ó un poco de paja le abrigan del viento. Sin embargo, la tienda es necesaria para los jefes, que tienen que escribir ó consultar el mapa: es preciso, pues, dársela á los oficiales de aquel grado y prohibirles que duerman en las casas. Las tiendas son objeto de observacion para el estado mayor enemigo: le ofrecen datos sobre vuestra fuerza y posicion; pero un ejército formado en dos ó tres líneas de vivacs, no deja percibir de léjos más que una humareda que el enemigo confunde con los vapores de la atmósfera y le impide contar el número de fuegos.»

La caballería en *vivac* no tiene tan fácil y pronto acomodo como la infantería: el ganado pierde mucho si se repite, y con más razon, por consiguiente, debe evitarse, alojándola en pueblos siempre que se pueda. Lo primero es sujetar bien los caballos para que no alarmen ó incomoden de noche, soltándose á cada instante. Los franceses de Africa prefieren el sistema de cuerdas de 20 á 25 metros tendidas á flor de tierra entre dos ó cuatro pequeños piquetes, á las cuales se traba el caballo por una mano. Los piquetes deben estar bien clavados, sin que sobresalga la cabeza, para que el animal no se lastime al echarse ó revolcarse. Los anchos capotes de la caballería permiten hacer con uno tendido sobre las carabinas

en pabellon, una media tienda, que siempre cubre á tres ó cuatro hombres, echados juntos, hasta la mitad del cuerpo. Una manta y paja por debajo, los capotes restantes por encima, y la silla por almohada, completan la habitacion. La *tienda-abrigo,* sabido es que nació hácia el año 1834 espontáneamente de las ingeniosas combinaciones que los zuavos franceses empezaron á dar en Africa, primero á sus turbantes, y luego á los primitivos *sacos de campamento.* Siempre la necesidad fué madre de la industria.

La artillería, especialmente los grandes parques, exigen cuidado y holgura en la colocacion, para atalajar y enganchar con rapidez y sin desórden. Tanto la caballería como la artillería deben prevenir que no haya tropiezo imprevisto al formar de pronto en la oscuridad de la noche.

Como el *vivac* presupone proximidad del enemigo, al levantarlo redobla su vigilancia y su firmeza el *cordon avanzado.* Es tambien frecuente «entretener los fuegos,» para lo cual se queda una partida de caballería que puede incorporarse velozmente á la columna. La pronta y fácil salida de las tropas del vivac ya se advirtió que debe estar prevista y preparada desde el acto de instalarse.

II. Acantonamientos.

Se entiende por *acantonamiento* la accion de establecer las tropas por poco tiempo en pueblos grandes ó pequeños, aldeas ó caserías, alojándolas en las casas. Estos pueblos ó lugares de *acantonamiento* se llaman *cantones,* y están generalmente agrupados en pequeña extension de territorio. Su mayor ó menor distancia la determinan en general la proximidad del enemigo, la fertilidad ó riqueza del país y la duracion ú objeto del acantonamiento. Un ejército de 30.000 hombres, por ejemplo, ha de poder reunirse ó concentrarse en

una jornada; por consiguiente, no debe extenderse más de ocho ó diez leguas.

Unas veces las tropas *acantonadas* se distribuyen á razon de cierto número de individuos por casa ú hogar, en el que reciben solamente los auxilios de ordenanza. Otras, por excepcion, los soldados alojados, que nunca exceden de tres ó cuatro por hogar, reciben del patron los víveres. Otras, en fin, las tropas se distribuyen en las casas particulares y en los edificios públicos por *unidades de fuerza*, secciones, compañías, batallones enteros, en cuyo caso el propietario solamente da el techado y la *administracion* cuida de racionarlas.

El *acantonamiento* es determinado por varios motivos. Al prevenir ó declarar la guerra, al abrir la campaña, para verificar la primera reunion ó *concentracion* de las tropas destinadas al ejército *de operaciones*, ó al ejército *de observacion*, si se trata de vigilar una provincia ó territorio fronterizo.

En el curso de la guerra, singularmente despues de algunos dias de marcha continua ó *forzada* y de duro *vivac*, conviene tambien *acantonar* las tropas por pocos dias á fin de darles indispensable descanso. Los *cantones* en este caso, por tener enfrente al enemigo, deben estar muy cercanos y conexos para «tener las tropas en la mano.» El habitante sufre mayor número de alojados, pero en cambio dura ménos la molestia. La interrupcion de las *operaciones vivas* por cualquier causa, por negociaciones de treguas ó de armisticio, es motivo de *acantonamiento*. Una gran batalla, un combate muy sangriento obliga muchas veces á acantonarse para reorganizar, refrescar, reposar las tropas, para esperar socorros y refuerzos.

En el siglo pasado se suspendian generalmente las hostilidades en el rigor de las dos estaciones, singularmente en la de invierno. De aquí la frase técnica *tomar cuarteles de invierno*. Hoy nada detiene: ni el frio excesivo, ni el calor; pero, mirándolo imparcialmente, tiene algo de cruel. Guerrear en lo crudo del invierno, puede ocasionar la ruina y la disolu-

cion de un *ejército*, si no se cuida con gran solicitud de su *asistencia*, si no se multiplican los recursos para hacer más soportable la fatiga. Verdaderamente hay casos que no permiten los *cuarteles de invierno*. Desde luégo estando á la defensiva contra un enemigo que «no quiere descansar:» ó á la inversa, cuando el contrario está abatido y se vea probabilidad de aniquilarle; cuando urja penetrar hasta el corazon de la conquista, para obligar á una paz más pronta, ó porque haya inteligencias que aprovechar; en fin, cuando por otras causas no convenga «perder tiempo.» Tambien se *acantona* un ejército para sujetar un país conquistado, *ocupándolo militarmente*.

En general un *acantonamiento*, si bien no puede satisfacer rigorosamente á todas las condiciones que, como se verá más adelante, debe reunir una *posicion militar*, tiene que aproximarse en lo posible al *órden* que hemos llamado *inicial* de batalla, y establecerse al abrigo de obstáculos naturales; montañas, rios, desfiladeros, ó suplirlos sinó con el arte por medio de las *fortificaciones pasajeras*. Si lo que cubre es un rio, necesita puentes militares; si terreno inculto, caminos; de todos modos, *comunicaciones* fáciles y seguras que permitan circular, reunirse sobre los puntos importantes ó convenientes de la *línea de defensa*, y al mismo tiempo *desembocar* cuando se quiera y como se quiera sobre el enemigo. Es por demás advertir que al frente de la *línea* ó *zona* de *acantonamiento* siempre debe escogerse un terreno, ó verdadera y desahogada *posicion*, en que las tropas puedan concentrarse para esperar ó recibir al enemigo, sin que éste las tome *de flanco* al venir de sus cantones respectivos, y mucho ménos *de revés* para cortarlas ó envolverlas. La facilidad y seguridad tan recomendadas en las *comunicaciones* interiores, bien se ve que son indispensables para evitar trastornos y desórdenes en maniobras ó concentraciones de noche. Ordinariamente en todo pueblo hay una plaza, la más central y espaciosa, llamada *de alarma* ó reunion, y en cada canton se fijan los límites exte-

riores, que no pueden rebasar los soldados bajo las penas reglamentarias.

Además de estos preceptos *tácticos* y *topográficos*, el cuartel general, al disponer un acantonamiento, tiene en cuenta consideraciones de otro género que pueden llamarse *estadísticas*, respecto á los recursos locales para el *alojamiento* y *subsistencia*. Al decir en la definicion que el *acantonamiento* no debe ser de duracion muy larga, se advierte implícitamente que es algo ocasionado á que decaiga la *moral* y se relaje quizá la *disciplina*; por lo cual es necesario variar contínuamente los *cantones* de las tropas, para que no les tomen apego.

El *reconocimiento* preliminar y la buena disposicion de un gran *acantonamiento* es uno de los más importantes servicios del cuerpo especial de estado mayor. Entran en él, como se ha visto, condiciones estratégicas y tácticas, morales, políticas, estadísticas, de higiene, de comodidad y seguridad. La reparticion ó distribucion material y calculada de cada trozo del ejército y de cada unidad en su *canton* respectivo, toma en algunos ejércitos extranjeros el nombre técnico, y expresivo por cierto, de *dislocacion*. El estado mayor, en vista del mapa, del censo y de las relaciones de las autoridades locales, hace la *dislocacion* en tablas y estados que entrega á los jefes de las tropas para evitar aglomeraciones y desórden.

Los oficiales de ingenieros, secundados por los de las armas generales más inteligentes ó aficionados, tambien toman parte muy principal en el *acantonamiento*; pues de ordinario se *atrincheran* algunos pueblos ó aldeas, y se levantan en despoblado ligeras *obras de campaña*. Para este caso, en que el ingeniero, por tener otras atenciones, confia gran parte de la ejecucion al oficial de infantería, es para el que principalmente se incluye en esta obra el capítulo IX, con algunos recuerdos, definiciones y apuntes muy someros sobre la *fortificacion de campaña*.

El *servicio avanzado*, de que se tratará con bastante porme-

nor, tiene en el *acantonamiento* aplicacion importante. La *seguridad*, bien se comprende que es lo primero; pero se echa de ver que el servicio avanzado, en la extension generalmente vasta de los *cantones*, no puede tener el carácter, ni la misma «disposicion material» que en un reducido *campamento* ó *vivac*. El *cordon* extremo de centinelas y avanzadas, so pena de fatigar excesiva é inútilmente por la gran fuerza necesaria, no puede tener la «continuidad» que en el último caso se recomienda.—Aquí, como siempre, á la aplicacion de toda regla *general* y sistemática debe presidir el criterio, la apreciacion justa, exacta y oportuna de las condiciones principales ó esenciales en cada caso particular. Por ejemplo: el enemigo puede estar tan cerca, tan encima, que las tropas duerman vestidas, la caballería tenga sillas puestas y la artillería esté atalajada. En ese caso se manda tener luz en cada casa; hay siempre establecido sistema de señales; todo está apercibido: basta por consiguiente con *patrullas* en redondo, con *avanzadillas* que avisen. Por abierto y despejado que el terreno sea, hay en todo caso puntos característicos, avenidas precisas que indican la colocacion de las *avanzadas* y de sus correspondientes *sostenes*. En tal lugar convendrá cubrir la infantería con algun *atrincheramiento* ó *tala de árboles*; en tal otro, á la inversa, allanar un obstáculo, echar un puentecillo sobre algun barranco, para que la *patrulla* ó *gran guardia* de caballería pueda salir á la *descubierta*, ó al encuentro del que se acerque. En algunas partes, por el peligro de los flancos ó quizá de la espalda, más bien habrá que atender á ellos que al frente. El *cordon avanzado* tiene por objeto saber del enemigo, dificultarle el acceso y contenerle el tiempo «estrictamente necesario» para que las tropas se armen, se reunan y se dispongan al combate. Satisfaciendo esas condiciones, poco importa la forma y manera. Si aquí conviene un *puesto* fijo, allí convendrá uno *volante*. En un campanario, en un castillejo que domine una extensa planicie, claro es que basta un hombre, todo lo más con un au-

teojo. Por regla general, hoy los *puestos avanzados* tienen que adelantarse á distancia mucho mayor que la admitida antiguamente. Cuanto más se adelanten, más fuertes han de ser, y más cuidado y vigilancia necesitan para no dejarse cortar. —Al entrar en advertencias de este género, enojosas quizá por lo que han de repetirse en el curso de esta obra, guia el buen deseo de evitar que ciertas «reglas generales» se tomen rígida y absolutamente al pié de la letra. Decir regla «general» es decir que hay «excepcion:» y lo que hace dificultoso el *arte de la guerra* es cabalmente el abundar más en excepciones que en reglas.

Por la misma razon son inútiles las consideraciones muy difusas sobre el ataque y defensa de un *acantonamiento* cuya disposicion puede variar al infinito. Siempre que el *servicio avanzado* se cubra con tino y puntualidad, la llegada del enemigo será conocida con tiempo, y las tropas, saliendo velozmente de sus cantones, *toman posicion* y se disponen al combate en el espacio, ó en la *posicion* escrupulosamente *reconocida* que más arriba se indicó. Pero no es lo frecuente que el enemigo haga «de pronto» una irrupcion en masa; más bien intentará *sorpresas* y *encamisadas*, para incomodar y aburrir.

En ese caso el *comandante del canton* atacado no debe empeñarse en acudir al sitio indicado para la *concentracion*, ni apresurarse á evacuar el pueblo, con objeto de reunirse por retaguardia al *grueso* de las fuerzas. Debe defenderse con teson. Si el pueblo está *atrincherado*, en el capítulo IX se encontrarán para ello algunas advertencias prácticas; pero aunque el canton esté *abierto*, la defensa debe ser vigorosa y «anticipadamente estudiada.» Lo mejor es encastillarse en las casas y tirar por las cercas y ventanas: así no hay duda de que todo el que ande por la calle es enemigo. La caballería se recoge á una plaza ó extremo del pueblo, y procura acuchillar, si ve ocasion. La artillería, estando, generalmente, aparcada fuera del pueblo, cuando es pequeño, corre indu-

dablemente grave riesgo. No viendo muy determinada y expedita su *accion* en el *combate*, vale más que en el primer momento se ponga en cobro, tomando la direccion de los primeros refuerzos que acudan, y con los cuales podrá volver escoltada.

El *comandante de un canton* no debe dejarse aturdir por el estrépito formidable, ni por el silencio misterioso y amenazador de que opuestamente se vale el enemigo que intenta la *sorpresa*. Se defiende con serenidad y procura resistir, sin molestar ó importunar al resto del ejército; pero ante un enemigo muy superior, ó en virtud de órdenes y señales, tal vez tendrá que *evacuar el canton*. Nunca lo hará sin dejar bien puesto el *honor de las armas*, combatiendo bravamente en retirada, como en el capítulo III se previene para una tropa ó destacamento especial de *retaguardia*.

El ataque por *sorpresa* (V. cap. VI), indicado siempre como favorable contra un *canton*, ó se envuelve, repetimos, en silencio cauteloso, ó procura sembrar el desórden y mantener la incertidumbre con amagos ruidosos y falsas arremetidas por todas partes. La caballería, si el terreno la favorece, se encarga de inquietar y llamar la atencion de los cantones contiguos, miéntras la columna compacta de verdadero ataque obra rápidamente sobre la línea de retirada, para cortarla ó amenazarla por lo ménos.

Si el ataque es formal y con fuerza numerosa, ó bien si la *sorpresa* aborta, y el enemigo encuentra espacio y oportunidad para tomar posicion, el *combate* entra ya en la regla general del capítulo V.

CAPÍTULO IV.

SERVICIO AVANZADO.

1. Ideas generales.—2. Fuerza y colocacion de los puestos.—3. Comandante de avanzada.—4. Centinelas.—5. Patrullas.—6. Retén.—7. Descubierta.—8. Partidas sueltas.—9. Espías.—10. Guías.—11. Desertores.—12. Parlamentarios.—13. Guerrilleros.

1. Ideas generales.

Bajo el nombre genérico de *servicio avanzado*, se comprende en la guerra el conjunto sistemático de disposiciones y precauciones, encaminadas á rodearse por todos lados de una seguridad perfecta, fundada en una vigilancia continua.

Este importantísimo y delicado servicio, tan indispensable á todo un ejército como á su más pequeña fraccion, ya esté en reposo ó en movimiento, se ejecuta por medio de *puestos avanzados* (que implican idea de estacion) ó con más latitud *avanzadas;* y de *rondas, patrullas, descubiertas, partidas sueltas* de reconocimiento, registro ú observacion.

En general *avanzadas* ó *puestos avanzados* envuelven todo lo que se irá sucesivamente explicando con los nombres técnicos de *grandes guardias; retenes, sostenes* ó *piquetes; avanzadas, avanzadillas, centinelas, escuchas.*

Antes de entrar en pormenores, irremediablemente difusos, conviene exponer, en abstracto y con toda generalidad, la índole y objeto del *servicio avanzado de campaña*.

Dos son sus fines principales y condiciones precisas: «cubrir y observar,» ó si se quiere más desleido:

1.° Mantener inalterable el reposo del ejército, ó de la tropa, evitándole fatiga y sorpresa: repeliendo al enemigo si avanza, ó teniéndole en jaque el tiempo necesario para que el ejército se aperciba, tome las armas y se disponga al combate.

2.° Atalayar, registrar, observar, vigilar al enemigo cuando está inmediato; y procurar cuando se presenta, *reconocerle* bien, es decir, formarse idea exacta de su fuerza, posicion, movimientos é intenciones.

Existiendo perfecta analogía entre las *avanzadas* de un cuerpo en *estacion* ó reposo y en *movimiento*, marcha ó maniobra, á entrambos casos son aplicables las siguientes consideraciones generales.

La organizacion y disposicion en globo del *servicio avanzado* es atencion primordial del estado mayor; porque exigiendo, como todo en la guerra, conjunto, unidad y relacion armónica, él es quien mejor la puede imprimir y mantener; pero todos los múltiples detalles del *servicio avanzado* que envuelven discernimiento, fatiga y peligro á la vez, se ejecutan exclusivamente por las dos *armas generales*, infantería y caballería.—Y aquí es de notar, cómo se verifica de suyo ese enlace y correlacion de todos los diferentes *servicios* en campaña; ese contínuo y recíproco cambio de aptitudes, necesidades y medios de compensarlas y satisfacerlas. Si el estado mayor dispone «en general» los *puestos avanzados*, porque en él radican los más fidedignos datos de fuerzas, distancias y accidentes en grande del terreno; á ese mismo estado mayor vuelve á subir por medio de las *avanzadas* un caudal precioso de detalles y noticias, que él luego confronta y depura;

llenando, por decirlo así, los innumerables huecos del gran cuadro que tiene constantemente á la vista, para la marcha de las operaciones y la más acertada direccion de la guerra.

Sea por las menudencias, que efectivamente constituyen el *servicio avanzado;* sea porque la ejecucion material se encomiende á los oficiales subalternos y clases de tropa; su teoría en unos libros se expone como «accesoria» con cierta desdeñosa concision; al paso que en otros manuales ó catecismos, con la intencion laudable de ser «prácticos,» se busca la claridad en lo minucioso, en lo difuso; se amontonan ejemplos nunca sucedidos, con recetas inútiles ó triviales; se expone la doctrina, como á los niños, por preguntas y respuestas; y se ahoga esta importante materia bajo un cúmulo de vulgaridades, so color de que así conviene para hacerla inteligible.

Este sistema de meter las cosas con cuchara, como vulgarmente se dice, fuera de la descortesía de suponer tan obtuso al lector, contribuye á rebajar la alta importancia de una parte del *servicio de campaña*, que, por lo general, lo imprescindible, lo diaria, tiene que ser atendida y entendida por todas las clases en relativa proporcion.

Cabalmente el *servicio avanzado* es el que más excluye la rutina reglamentaria, la indolencia que se pretende cubrir con la letra escrita, el amaneramiento pedantesco, tan grato al hombre más inclinado naturalmente á la inercia que á la accion. En el *servicio de avanzadas* todo es razonado, lógico, práctico: sus reglas son pocas, y sus aplicaciones infinitas; en él no basta mandar, sino entender lo que se manda; y requiere en todos, ya manden, ya obedezcan, especial aptitud, sereno juicio, robustez corporal, actividad incansable, valor, atencion sostenida, perseverancia que raye en tenacidad.

Nada como el *servicio avanzado* pone en relieve la extension que en las clases jóvenes y subalternas pueda alcanzar la educacion militar; nada promueve y estimula tanto ese

varonil sentimiento de la «individualidad propia,» cuando, dentro del círculo de la obediencia y del arte, se mueve espontánea, suelta, responsable; nada aguza tanto el ingénio y la sagacidad, fortalece el espíritu, revela cualidades ignoradas; nada, en fin, como el *servicio avanzado* crea y desarrolla los hábitos de discernimiento y responsabilidad, la fecundidad de recursos, la seguridad y costumbre de bastarse á sí mismo. ¡Excelente escuela de los jóvenes oficiales para obedecer y mandar, para despuntar y ascender! Tal vez con 20 ó 30 hombres se haga á todo el ejército un servicio señalado.

En los ejércitos del dia especialmente, sus grandes masas, su increible movilidad, y el alcance y manejo de las nuevas armas, imponen al *servicio avanzado* pauta más ancha y ménos uniforme. En el siglo pasado, por falta de organizacion y de estados mayores; por el distinto sistema de reemplazo; por el método, que hoy nos parece imposible, de generales y brigadieres de dia; aquello era un laberinto de *avanzadas* y *puestos* sin cohesion, pegados al *grueso* de las tropas; sacados los hombres individualmente de distintos regimientos y compañías; y lo que realmente asombra, más con objeto de contener á los desertores propios, que los conatos, agresiones y reconocimientos del enemigo. No es, pues, doctrina admisible por completo en nuestros tiempos, la que exponen algunos reglamentos y tratados militares de larga fecha. La antigua y más señalada diferencia entre las tropas de línea y ligeras, prescribia que sola y exclusivamente á estas últimas se encomendase el *servicio avanzado*. Hoy que la guerra toda es rápida y móvil; que se instruye más y se economiza ménos, y se trata con equidad al soldado, el *servicio de avanzadas* es general y obligatorio, por más que en algunos otros especiales se usen con razonada preferencia las tropas ligeras. Si estas son buenas y llenan cumplidamente los deberes de su instituto, razon mayor para no abusar de ellas continuamente en fatigas y peligros de toda especie.

El *servicio avanzado* tiene el inconveniente de no poder ser aprendido, ni ejercitado sino incompletamente en tiempo de paz. Por más que se pretenda fingir en simulacros, en ellos falta el principal estímulo y resorte: el peligro. Se aprenderán fórmulas ó ceremonias, pero no la esencia.

Como queda dicho, «la disposicion en globo» de las *avanzadas* parte del estado mayor de la brigada ó division. Conocedor del «terreno y del enemigo,» da ordinariamente, en direccion de éste, á la *línea avanzada* una forma más ó ménos regular, pero que generalmente se aproxima al semicírculo, ó, segun la expresion vulgar, «en abanico.»

Los jefes de cuerpo, ó *unidad* independiente, destacan desde luégo la parte proporcional de sus tropas que los reglamentos prevengan; y unas veces distribuyen y colocan por sí los puestos, otras aguardan, segun las órdenes, la llegada del oficial de estado mayor. La brevedad y la costumbre hacen que el oficial de infantería ó caballería establezca provisionalmente las *avanzadas*, sometidas luégo á la rectificacion general, indispensable para la trabazon y concierto entre todas las brigadas y divisiones.

Naturalmente, los *acantonamientos*, *campos atrincherados*, ó *posiciones* de alguna permanencia, requieren, como queda dicho, mayor desarrollo, inteligencia y perfeccion en el *servicio avanzado*, que el *vivac* pasajero de una marcha; pero siempre existe una correlacion manifiesta, una visible circulacion y enlace entre el último *escucha* y el *cuartel general*.

2. Fuerza y colocacion de los puestos.

La distribucion y colocacion «material» de los *puestos avanzados*, si admite algunas reglas, tienen que ser muy generales. Un cuerpo de tropas, que constituya *vanguardia*, no sólo cubre el frente, sino que rebasa un poco por los flancos del

ejército que está detrás. A veces necesita destinar al *servicio avanzado* hasta una tercera parte de su efectivo. No es, como bien se comprende, la multitud ni la aglomeracion de *puestos*, sino su previsora y acertada «disposicion,» lo que da fuerza real á un *cordon avanzado;* y además, si todos han de estar de pié y sufrir la fatiga, se frustra el primer objeto, que es descansar en la vigilancia de pocos. Se tenderá, pues, á que la gente de servicio relativamente, no exceda de una sexta parte del total. Esta tropa se raciona la primera.

Por regla general, el servicio avanzado se cubre hoy por infantería y caballería, mezcladas en variables proporciones que determina «la manera de guerrear del enemigo» y la naturaleza y estructura del *terreno*. Alguna vez *las avanzadas* tienen artillería, ya como señal de alarma ó guardando la embocadura de un estrecho desfiladero, tal como un puente. Antes las *grandes guardias* eran reglamentería y exclusivamente de caballería. Como el jinete descubre más y corre más, la razon dicta que cuando la infantería supla en terreno quebrado á la caballería (preferente en llano), su fuerza duplique y triplique la de esta última.

Las distancias antiguamente prescritas, tanto de los *puestos* entre sí, como de la circunferencia, que entre todos forman, al centro, sufren hoy notables modificaciones por la mayor movilidad y agilidad militar, y por el superior alcance de las armas. No puede fijarse, como ántes, guarismo encerrado entre 300 ó 600 pasos. Hay que buscar en cada caso concreto «la razon y motivo» que la determine ó aconseje. Lo que se pretende es «cubrir y observar.» Lo que importa, que el enemigo no pueda «deslizarse» impunemente; y al mismo tiempo atalayar, acechar, «ver sin ser visto.» La conexion y contacto material es indispensable, para que la *línea avanzada* vibre toda, si así puede decirse, al menor sacudimiento. Por otra parte, para guardarse bien, hay que irse léjos; puesto que las *avanzadas* han de dar tiempo, batiéndose, á que el cuerpo á

quien cubren se prepare y disponga, no siempre á «combatir,» sino, como advierte juiciosamente Bugeaud, «á esquivar tambien el combate,» si asi conviniese. Por ejemplo, si el grueso de la fuerza que han de cubrir las avanzadas, por su masa numérica ú otras causas, necesita veinte á treinta minutos para tomar las armas, montar á caballo y disponerse al combate, claro es que necesita el aviso con estos treinta minutos de antelacion; los *comandantes de puesto* necesitarán á su vez otro tanto tiempo para *reconocer* al enemigo, esto es, darse cuenta exacta y trasmitirla, por medio de partes sucesivos y reiterados, de la «fuerza, especie é intento» del enemigo; tienen, pues, que distar del cuerpo central de veinte á sesenta minutos, es decir, de 1.500m hasta 5.000m; quizá más en llanura; ménos, en país quebrado, ó cuando retenes escalonados, atrincheramientos y emboscadas obliguen al enemigo á avanzar con recelo y circunspeccion. De todos modos, aquí se ve en pequeño una aplicacion oportuna del «cálculo de tiempo y de distancias» tan necesario en la guerra.

Todo cuerpo considerable, con extenso frente, tiene que guardarse de modo que siempre pueda hacer su concentracion en el punto que le convenga; delante ó detrás, á izquierda ó á derecha, para aceptar ó para rehusar el combate, segun las circunstancias y proyectos; tiene por lo tanto que moverse con cierta holgura y con perfecta seguridad detrás de sus *avanzadas*. Tan relacionadas deben estar con su *grueso* ó *núcleo;* tan perfectamente lo han de cubrir y hacer inabordable, impenetrable, que se formula siempre metafóricamente esta idea, al decir que deben ser la «atmósfera, la nube, la cortina del ejército.» La palabra *cordon avanzado,* que es la generalmente usada, envuelve la idea primordial de continuidad ó de muy corta interrupcion.

En terreno muy despejado, los *puestos principales* ó *grandes guardias* son naturalmente de caballería; en el fragoso y quebrado, de infantería; en el misto, mistas; por consiguiente, y en general, las exclusivas de infantería siempre deben lle-

var, si están distantes, algunos jinetes para destacar ó largar *avanzadilla* en algun punto útil y lejano, para pequeñas *patrullas*, ó de todos modos, para llevar partes y avisos con más rapidez. Las *grandes guardias* de caballería exclusiva se acercan más, como es lógico, al enemigo.

Nunca debe presidir á la *disposicion de un cordon avanzado* el confiar en la «negligencia ó descuido» del contrario, sino en la «vigilancia» propia.—La *línea de puestos*, que debe considerarse como un todo contínuo, obedece á un movimiento de esparcimiento y concentracion, determinado por causas á veces puramente atmosféricas, como la niebla, la nieve espesa, la tempestad, y singularmente por la noche. En ella, ni el enemigo es tan temible (particularmente con su caballería) ni los centinelas descubren á tanta distancia; el *cordon*, pues, se encoge, so pena de intercalar *puestos* que le den más perfecta continuidad. De dia, y con despacio, es cuando se «estudia» y determina esta nueva colocacion nocturna á retaguardia. Sin necesidad de estos motivos, con el solo de engañar ó desorientar al enemigo, basta para que convenga variar la *colocacion relativa*. Requiere, pues, el *cordon* flexibilidad, elasticidad y, tomado en conjunto, una variedad grande en los *puestos* ó elementos que lo componen. Este, por estar en un llano raso, será una simple *guerrilla* con su correspondiente reserva; aquél, que guarda una avenida, ha tenido á mano árboles, que dispone en forma de *tala*, carretas que vuelca, cuerdas, alambres con que hace un enrejado por la noche, paisanos que le ayudan á cavar una *trinchera* ó *cortadura;* aquel otro, que está en una venta, ó ermita, ó molino, les abre unas cuantas *aspilleras*, y los convierte en *fortines* ó *reductos*, etc.

En resúmen, la disposicion en conjunto y el guarismo de fuerza de un *cordon avanzado* compete, repetimos, al estado mayor; la distribucion «local» de los *puestos* á los jefes principales de cuerpo; la *fuerza* de cada uno depende del número aproximado de *centinelas* y *patrullas* que deba dar, de su dis-

tancia al *grueso*, de la resistencia que se le encargue; la *colocacion* material la corrige y modifica su propio comandante, arreglándose á las instrucciones especiales en cada caso, y sobre todo al *reconocimiento* prolijo *del terreno*.

Un *sistema avanzado* ordinariamente lo constituyen: una línea extrema en forma curva, con la convexidad hácia el enemigo, compuesta de *centinelas y escuchas*, voz castiza esta última que expresa bien centinela muy avanzado y especialmente «de noche;» la segunda línea, de *grandes guardias*, concéntrica y más recogida que la primera; otra tercera línea, más interna, formada por gruesos *piquetes* (como los llama la Ordenanza), *retenes* ó *puestos de apoyo* y *sostén*, necesarios cuando se está en *contacto* material con el enemigo y se recela un ataque. El objeto de los piquetes ó *retenes* es recoger los *puestos* anteriores que sobre ellos se repliegan batidos, y avanzar contra el enemigo. Por entre esta ancha línea ó, mejor dicho, por esta ancha «faja avanzada» circulan constantemente *patrullas*, para mantener la vigilancia y las relaciones entre todos los *puestos*.

Esta red, cuando está hábilmente dispuesta, obtiene con poca gente el doble resultado: de ejercer sobre el enemigo una observacion de todos los instantes, y de enlazar los diferentes trozos de un ejército, de modo que en caso de ataque se comuniquen y apoyen mútuamente.

3. Comandante de avanzada.

Recibidas las instrucciones (ó la consigna si es relevo) el *comandante de un puesto* se cerciora del «estado» de su *tropa* y escrupulosamente del de las *armas*, inculcando de paso la importancia del *servicio* que se le confia. *Reconoce* detenidamente *su puesto* bajo dos aspectos: hácia el interior, para mantener siempre su comunicacion expedita, rápida y segura con el *puesto principal* que tenga á la espalda; hácia el exterior, para saber los caminos que vienen del enemigo y,

calculando tiempo, distancias y «tropiezos,» decidir aproximadamente lo que aquel tardará en llegar, y preparar su resistencia presumible. Desde luégo todo obstáculo que al enemigo se oponga, es beneficioso: buscará, pues, el modo de utilizar los que haya, y de aumentarlos de una manera pronta, sencilla y artificial; atrincherándose «formalmente» sólo cuando sus instrucciones se lo prescriban.—En el capítulo IX, que trata de la *fortificacion de campaña*, se dan, como lugar más propio, ligeras advertencias para este caso.

El *comandante* «hará por sí todo,» delegando lo ménos que pueda en sus subalternos. Al instalarse él colocará las *avanzadillas* y hasta los *centinelas:* hablando con este motivo amistosa y familiarmente á su tropa de las obligaciones «individuales» que esta clase de servicio impone; de lo convenientes y saludables que son ciertas *formalidades*, aunque parezcan ceremonias; de la confianza que el ejército deposita en los que guardan su reposo; todo en el lenguaje que más pueda cautivar la atencion del soldado, y fijándole en la memoria por medio de ejemplos ó de cuentos picantes y oportunos, aquellos puntos que en cada caso merezcan preferencia.

La *disposicion* más general que suele darse á una *gran guardia*, es la que se ve en la figura 1, lámina 1, que se ofrece, no como tipo invariable al que siempre haya de ajustarse, sino como medio de hacer aquí más perceptible y rápida la explicacion.

La fuerza para la faccion ordinaria de veinticuatro horas, se divide en tres cuartos ó trozos: uno que da los centinelas y avanzadillas *A* y *B;* otro *C*, vigilante; el tercero *D*, de descanso. La estacion, el terreno, la fatiga, las «circunstancias» en fin, determinan el modo y horas de recíproco relevo.

La figura 2 representa, como ejemplo, otra *disposicion* de las innumerables que se pueden adoptar sobre un rio. (Véase el cap. VII.) Las *avanzadillas A* pasan á la otra orilla; la *gran guardia* es *B* (que quizá tenga alguna pieza de artillería); el *retén* ó *sostén C* destaca *avanzadillas* ¡para asegurar de léjos

sus flancos. Constantes *patrullas* recorren serpenteando todo el círculo del *puesto*.

Las reglas generales para la «instalacion local» de todo *puesto avanzado* son: no tener delante una arboleda, un pueblo, mieses altas, que puedan ocultar la aproximacion del enemigo; buscar alturas que dominen y descubran, ó ermitas, ventas, alquerías; no situarse «materialmente» sobre los caminos ó avenidas, sino al lado, detrás de vallados, setos, cercas, tapias; ó si se guarda un rio, en molinos, puentes, cañaverales, vados, barcas (que se cuida de recoger), etcétera. Siempre por condicion primera y constante: «el acceso difícil y la retirada segura.»

Debe desechar el *comandante de un puesto avanzado* la preocupacion y afan, casi inevitables, de atender con cierto egoismo «á su propia seguridad:» el *puesto* no es más que la parte elemental de un conjunto, con el cual ha de estar relacionado: depende, pues, de los colaterales, sobre cuya situacion le darán las necesarias noticias su jefe principal ó el oficial de estado mayor de su brigada.

El interés primordial de toda *avanzada* de ver y descubrir al enemigo, debe aplicarlo simultánea é inversamente á no ser ella vista ni descubierta. En cuanto sea dable suprimirá las hogueras, que dan sueño y pereza, y como puntos de mira que son de noche, y señal que revela su presencia. En un espacio completamente raso tendrá que estar la avanzada, por duro que sea, sin abrigo y sin fuego. En la imposibilidad de pasar sin él, se hace la hoguera en alguna hondonada y los soldados van por tandas á calentarse; teniendo siempre á mano agua ó tierra para apagarla en el acto. Como en la guerra de todo se ha de sacar partido, áun de lo desfavorable, alguna vez la hoguera servirá de telégrafo para hacer señales convenidas con el *puesto principal*, ocultando su luz cierto número de veces ó por más ó ménos tiempo; y hasta de ardid pueden servir en otros casos, poniéndolas solas en-

tre dos centinelas que cuiden de atizarlas: la *partida* enemiga que de noche se deslice, evitándolas con cautela, irá á dar cabalmente con el *escucha* inmediato.

El *comandante de avanzada* no puede dar un instante de reposo á su cuerpo ni á su espíritu. En los breves ratos en que pueda recogerse en sí mismo, reflexionará sobre todos los extremos que abraza su faccion. Para él las palabras *vanguardia* y *retaguardia, izquierda* y *derecha* son puramente convencionales; un enemigo ágil y osado «viene por todas partes.» Confiar en la «distancia» es expuesto, hoy que se multiplican los ferrocarriles, y las marchas en general son más rápidas y vigorosas. Además que muchas veces un enemigo «inquieto» no intenta *sorpresas* por obtener gran resultado, sino por insultar, molestar, aburrir la paciencia, singularmente en tiempos cubiertos, de nieblas, nevadas ó tempestades. Las *patrullas* y *partidas sueltas* enemigas dedicadas exclusivamente á romper y perturbar un *cordon avanzado*, y como se dice vulgarmente, á no dejarle vivir, siempre se componen de gente lista, dura, incansable, que regularmente hace alarde de audacia, de travesura y hasta de buen humor.

En suma, el *comandante de avanzada*, persuadido de que «la confianza engrendra el descuido,» tiene que erigir en principio «la desconfianza.» Desconfianza de todo: del enemigo que tiene enfrente, de la tropa que le obedece, de sus «propios sentidos» que tambien le pueden engañar. Debe desechar él mismo esa vulgaridad perniciosa de que se «muestra miedo» por cubrirse y ocultarse; y desvanecer en su tropa, si es bisoña, esa contínua exageracion que toma las guerrillas por columnas, los tiros sueltos por descargas. Alejará del *puesto* los paisanos, cantineras ó vivanderos extraños, que son ordinariamente espías; pero utilizándolos, si conviene, para adquirir ó comprobar noticias que puedan interesarle sobre el *terreno* y el *enemigo*. Como regularmente lo primero que éste busca, si está inmediato, es confusion y desórden, lo que de-

be oponerse es vigilancia, silencio, mesura, y ese aire paciente de fria serenidad que desconcierta.

«Cubrir y observar» son las dos ideas simultáneas y principales. El *comandante* y su *tropa* observan «todo;» áun aquello que en apariencia no tenga relacion con su servicio. Dicho se está que han de notarse los toques, los movimientos del enemigo; pero la *observacion* perspicaz va más allá y se ayuda con meros *indicios*. En ellos, traidos por varios caminos y comprobándose recíprocamente, un oficial sagaz ó experto lee casi tan claro como si el enemigo se lo dijese. Cada uno en su escala debe saber notarlos ó recogerlos. Luégo en el cuartel general se juntan, coordinan y aprovechan.

Si bien se mira, no es sólo el *servicio avanzado* ó el de *reconocimiento*, es el *arte* mismo *de la guerra* el que se funda sobre *indicios*, probabilidades, inducciones, hipótesis que á veces en el crisol de un gran talento, le hacen aparecer como dotado de adivinacion. El enemigo cuida de ocultar sus proyectos, sus planes, sus movimientos; hay, pues, que mantener la vista fija sobre él, para no perder uno solo de los *indicios* que, ya suelto, ya combinado con otros, puede ser una completa «revelacion.»

En las altas regiones de la *política militar* y de la *estrategia*, los *indicios* vienen de «elevado espionaje,» de la diplomacia, del gobierno; y son en general alianzas, tratados, almacenes, puntos de concentracion y asamblea, composicion del ejército, interés político del enemigo, etc.; pero en el círculo, más estrecho, de las *operaciones* y del *servicio de campaña*, los indicios «suben,» digámoslo así, desde la *avanzadilla* y *patrulla* hasta el *cuartel general*. Es evidente que para recogerlos, y tambien para trasmitirlos, nada puede suplir á la sagacidad natural; pero ciertas pequeñeces, aunque parezcan frívolas, pueden refrescar la memoria y estimular la atencion.

Por ejemplo: el color y hechura del uniforme;—el número del regimiento en los botones, chapas, etc., perdidas.—La

disposicion y clase de tiendas y barracas,—el número de centinelas,—el modo de hacer el servicio,—la frecuencia, la direccion y la fuerza de rondas, patrullas, partidas.—Los uniformes nuevos que indican á veces refuerzos,— el acopio de faginas, vigas, maderas, escalas, barcas, si se recela sitio de plaza.—Hasta las nubes de polvo: la caballería levanta polvareda muy alta, pero leve; la infantería baja y espesa; los trenes y artillería término medio en altura, pero aún más espesa que las otras dos.—Si el polvo avanza, es quizá que llegan refuerzos; si se aleja, que se retiran; ó tambien si se incendian barracas, si se oye el rodar de cañones por los puentes.—La extension y disposicion de las hogueras,—el modo de estar pisada la yerba, etc., etc.

En marcha:—profundidad, frente, rectitud de las columnas;—clase de las tropas, velocidad, direccion, altura de la polvareda;—reflejos;—número de flanqueadores.

Cuando se persigue:—la pista de hombres, caballos, ganados, acémilas: si son naturales, revueltas, en disposicion invariable;—los carriles de carruajes;—los puntos de alto, si son muy inmediatos;—si va dejando material estropeado,—si los cadáveres de caballos están flacos, tienen muermo;—si rastro de sangre ó tumbas recientes,—si algunas indican jefes;—si hay devastacion ó casas quemadas;—si quedan restos de bueyes, carneros comidos,—si los fuegos tienen ceniza reciente;—si hay puentes rotos;—si el paisanaje está triste, encolerizado, satisfecho, etc., etc.

El *comandante de avanzada* «observa» para «trasmitir» el resultado de su observacion por medio de *avisos* y *partes* oportunos. En ellos revela un oficial su espíritu militar, es decir, sereno, sagaz y previsor. Los partes, en general, van á su jefe superior ó inmediato; pero en casos apremiantes y extraordinarios se da duplicado y simultáneo á aquel y al jefe de la brigada ó division. Conviene así cuando importa ganar tiempo y evitar trámites, en que el aviso puede perder claridad ó lucidez. Los *partes* son verbales, en la imposibilidad

absoluta de darlos por escrito: para esto último siempre se debe ir prevenido. El tiempo que se tarda en enterar á un ordenanza por listo que sea, sobra para escribir unas cuantas palabras con el lápiz de la cartera, sin fórmula de cumplido y á manera de telégrama. De todos modos, en las guerras futuras ha de jugar mucho la *telegrafía militar*, facilitando grandemente el *servicio avanzado*. Antes de dar un parte alarmante se aguarda á que madure la primera impresion; pero si hay que rectificar se hace en seguida. Todo parte debe indicar su «procedencia,» especificando si es testimonio ocular, relacion de desertor, confidente ó viajero. Cuando el enemigo se echa encima, los partes se reiteran al compás que arrecia el peligro. Exige parte inmediato la desercion de un soldado, que obliga á cambiar en el acto la contraseña y á redoblar la vigilancia.

La *faccion en servicio avanzado* tiene su duracion habitual de veinticuatro horas, que algunas veces se reduce á la mitad. El relevo se verifica al amanecer, ó al anochecer. Recomienda lo segundo la consideracion de que en las primeras horas de la noche la gente está más despierta; pero tiene en su pró el amanecer la circunstancia de ser esta hora la predilecta de las *sorpresas*, por el mayor cansancio del soldado, y prolongando algo el relevo, los *puestos* se duplican en esta hora crítica, apoyando mejor la *descubierta*. Al volver ésta, se retira la avanzada saliente de faccion, y la entrante despliega y se extiende por la posicion, siempre más ámplia, que se ocupa durante el dia.

En los momentos de *levantarse el campo* dobla su vigilancia el *cordon avanzado:* cada puesto espera inmóvil á que vengan á recogerlo, y por lo regular todos juntos forman la retaguardia al incorporarse á la columna en marcha.

Respecto á reglas *de combate*, las que técnica y racionalmente se pueden dar en un libro, esparcidas andan por este en casi todos sus capítulos. Lo que «moralmente» necesita

un *oficial avanzado* es valor, atencion y obediencia; recordar la Ordenanza, y «entender bien» las instrucciones particulares que reciba. Al tímido, al modesto, podrá asustarle la inmensa responsabilidad que en ciertos casos contrae; pero pronto, reflexionando con serenidad, verá que no hay situacion, por crítica que sea, que no la dominen al fin la energía y la voluntad. Por ejemplo: al recibir «la órden absoluta de conservar su puesto á todo coste,» y recordar el terrible laconismo del artículo 21, título XVII, tratado 2.º, la primera sensacion será penosa. Pero justamente esa misma órden fulminante le advierte la «importancia» de aquel *puesto*, que es quizá el *eje* de una *maniobra*, de una *operacion*; por consiguiente en él estará fija la vista del General, de su Estado Mayor, del ejército entero; sobre él se acumularán *sostenes*, se dirigirán *refuerzos*, se combinarán *maniobras*. Su *comandante*, pues, dista mucho, de «estar solo, ni abandonado.»— ¿Qué es el puesto? ¿Un desfiladero, un puente? El enemigo, por lo mismo, no puede desplegar ni aglomerar su tropa; miéntras llega el socorro, con las tablas, con un carro se levanta una barricada.....

Regla general: una *avanzada* jamás se retira ante fuerza inferior ó igual; si la superioridad del enemigo obliga, se replegará, perdiendo terreno lentamente, como previene el reglamento. La direccion siempre se toma hácia el flanco de la *gran guardia* ó *sostén* que venga en su auxilio, y que necesita el frente despejado para recibir al enemigo ó avanzar contra él.

El combate de noche exige extrema circunspeccion. Una simple *alarma* puede turbar el reposo de un campo, y tomar las proporciones de una *sorpresa*. Al primer aviso, el comandante con algunos hombres va «en persona» al punto donde lo dió el centinela. Si en efecto, el enemigo avanza con ímpetu, se repliega sobre el *puesto de sostén*. Si por falta de vigilancia y precaucion, el enemigo le corta, le sorprende cayendo como el rayo, no le queda otro camino honroso de

parar la falta que «abrirse paso» y buscar á toda costa el medio de volver á incorporarse.

4. Centinelas.

Sobre la línea extrema de *centinelas* y *escuchas* viene á descansar, en último resultado, toda la vigilancia de un *cordon de avanzadas*. Importa, pues, que cumplan su deber, no sólo con serenidad y fervor, sino con «inteligencia.» Si bien se debe inculcar al soldado lo que tiene de solemne y responsable su faccion, no hay que abultárselo, ni realmente se necesita. El peligro bien se ve: lo que interesa es que sepa prevenirlo.

No crece la seguridad de una *avanzada* por poner muy espesos los centinelas: se necesita colocarlos con discernimiento, y combinarlos bien con el servicio de *rondas* y *patrullas*. En ciertos puntos, como un puentecillo, vado, choza, pequeño barranco, no se coloca centinela sino *avanzadilla* de un cabo y cuatro hombres, para que uno corra desde luégo á avisar; otro despues, si es necesario, á confirmar ó rectificar, y el cabo con los restantes queda observando el tiempo que pueda. Veces habrá en que convenga buscar un hombre ágil para que se suba á la copa de un árbol y dé los avisos á otro ú otros dos que queden al pié. Lo comun es apostar los *centinelas* en alturas, sentados ó echados al pié de un árbol, vallado, breña, etc. Es, como bien se comprende, sumamente irregular y variada en casos la *colocacion de centinelas*.

La regla general es que se vean bien de dia y se oigan, si es posible, de noche los dos contiguos; y que todos, si no precisamente la *avanzada*, vean y oigan la *avanzadilla* que los provee. La distancia admitida antiguamente, por término medio, era de 300 á 600 pasos. De 800 á 1.000 metros no se oye bien el fuego. Hay que evitar principalmente que la caballería los coja; y cubrirlos en lo posible, atendiendo á que, con las armas de hoy, á enorme distancia un tirador detrás

de una mata puede fusilar friamente. Cuando un obstáculo, pequeño ó grande, puede cubrir á un enemigo suelto que apunte, hay que dejarlo, ó muy afuera ó incluirlo dentro del *cordon*. Nadie ha de poder deslizarse por entre dos centinelas contiguos.

En algunos casos se pondrán *sencillos*, y en lo general *dobles*. Hay en este segundo el inconveniente de que se distraigan por trabar conversacion, lo que se les prohibe severamente; pero lo compensan las ventajas. El campo de *observacion* para la vista fija de un hombre atento, no pasa de un ángulo recto: dos, por consiguiente, perfilados, ó dándose un poco la espalda, observan por completo el semicírculo visual. Ya que no por esta razon, siempre convienen las parejas ó centinelas *dobles*, para que, mientras uno está firme, el otro circule, llegue hasta el contiguo, lleve avisos, conduzca al puesto desertores ó paisanos; y, en fin, con dos hombres es más fácil evitar ciertas alucinaciones y terrores pánicos. De noche, y en casos de gran lluvia, niebla ó nevada, siempre *dobles;* aunque debe contarse conque el enemigo tambien sufre por su parte los mismos efectos; de noche no puede andar á través de los campos; tiene, pues, que venir por las sendas y éstas son las que principalmente se guardan. Cada *puesto* adopta ciertas señales para entenderse el *centinela* con los inmediatos y con su respectiva *avanzadilla*, y contraseñas particulares para las *rondas* y *patrullas*, como levantar, abrir y cerrar la mano, dar tantos golpes con ella en cierta parte del fusil ó vestuario.

El *centinela* debe «registrar» todo lo que alcance con la vista de dia, fijándose bien en ciertos objetos, para darse cuenta de ellos á fin de que por la noche no le asusten, ni le alarmen. Generalmente de noche se observa, mejor que en la altura, al pié ó en la falda, para que los objetos se destaquen sobre el cielo. El oido de noche sirve más que los ojos; aplicado á tierra, percibe el ruido á larga distancia, y siente claro el desfile de la caballería, ó el de la artillería por una car-

retera ó por un puente. Tanto en estos casos, como en el de oir relinchos, ladridos, carruajes, pisadas, el *escucha* avisa á su cabo, y bien cerciorados, se da parte al comandante. No porque haya producido alarmas ridículas una acémila suelta que pasta tranquilamente, debe dejarse de avisar. Ridículo podrá ser de dia alarmarse ó fijarse en la polvareda que levante una yeguada ó una manada de carneros; pero entre ellos puede muy bien venir una pequeña *partida* enemiga. No hay *indicio* ni incidente despreciable, y así se le hace entender al *centinela*. De «todo» debe dar á su cabo aviso pronto y sin comentario. En la consigna, que no conviene muy difusa y que debe repetir con claridad el centinela, se le reitera siempre esta advertencia.

El enemigo puede llegar de varios modos: ó á la carrera impetuosa, ó silencioso y rastreando. Cuando no hay medio ni tiempo de avisar, el centinela dispara y se corre hácia un flanco, para no cubrir el fuego que pueda hacer la *avanzadilla* ó el *puesto principal* que se adelante al encuentro.

El centinela detiene á razonable distancia, y segun la consigna, á todo el que quiera cruzar la línea «hácia dentro ó hácia afuera.» A todo *militar* sin órden ó pase le hará volver; al *paisano*, avisará al cabo para que lo lléve al comandante del puesto; al *desertor* enemigo, le hará ante todo que arroje al suelo sus armas; al *parlamentario*, que vuelva la espalda, miéntras llega el *comandante del puesto*, que es quien le debe recibir. Los centinelas guardarán siempre silencio, sin entrar en ninguna clase de «interrogatorios» que sólo pertenecen á sus superiores. Para evitarlos, los alemanes ponen puestos especiales que llaman *de exámen*, porque efectivamente en ellos son examinados los transeuntes.

El *relevo* suele ser convencional, segun el clima y la estacion; debe siempre procurarse que medie una hora lo ménos de reposo ántes y despues de la faccion.

5. Patrullas.

Las *patrullas* tienen por objeto recorrer, vigilar y animar á los *centinelas avanzados*, circulando constantemente por entre ellos; «registrar» con detencion todo el espacio cubierto por las *avanzadas*, explorando tambien el que puedan en direccion del enemigo; «reconocer» un objeto, y establecer comunicacion y cambio de noticias entre dos *puestos* contiguos. Con tropas bien amaestradas en el *servicio de patrullas*, en algun caso quizá se puedan suprimir los *centinelas*. La *fuerza* de las *patrullas* varía desde dos á cuatro hombres con un cabo, hasta veinte con un subalterno. Por excepcion puede llegar á treinta. Cuando el *terreno* lo indica, y la necesidad exige andar mucho y pronto, las *patrullas* son de caballería. Pero en general su verdadero objeto de «vigilar, registrar y observar,» prescribe que sean de infantería, para marchar con suma cautela, silencio y lentitud; haciendo frecuentes altos, aplicando el oido; serpenteando, ocultándose, emboscándose; evitando todo ruido que anuncie su presencia ó revele su fuerza. La *disposicion* ordinaria de las *patrullas* es en la forma dispersa que representa, como ejemplo, la figura 3, lámina I. Supuesta de treinta hombres, *A* es el oficial, *B* el sargento, *C*, *C* los cabos.

La *patrulla* se diferencia esencialmente de la *ronda* y de la *descubierta*. Su *circulacion* es constante: en cuanto una vuelve al puesto, otra sale en el acto; si la fuerza de aquél lo permite, salen dos á un tiempo en direccion cruzada. Las *grandes guardias* son las que ordinariamente proveen las *patrullas;* pero si aquellas no tienen fuerza bastante las da el piquete ó *retén*: de éste salen por lo regular las *grandes patrullas* de 20 á 30 hombres, cuando se consideran necesarias.

Por regla general, una patrulla «no combate.» Sería inútil con tan corta fuerza: lo más, si encuentra otra enemiga no muy superior y «se atreve con ella,» cierra á la bayoneta si-

lenciosamente y la hace prisionera; á un hombre suelto le debe cortar. Pero si topa súbitamente con el enemigo, y éste viene en fuerza, se desliza á toda prisa, se embosca, se agazapa; envía en el acto aviso con un hombre, permanece observando el tiempo que pueda, y sale, cuando tenga ocasion, dispersándose por diferentes atajos ó veredas para llevar cuanto ántes noticia de lo que haya visto al *puesto* que la destaca, ó al inmediato, si lo tiene más cerca. Si, á pesar de todas sus precauciones, cae en un lazo, y en poder del enemigo muy superior, y que naturalmente avanzará cauteloso, «tampoco se bate:» dispara en el acto y grita con todas sus fuerzas, por más que el enemigo la amenace ó, como ha sucedido alguna vez, le ofrezca dinero en la mano ó recompensar largamente su silencio. Algun rasgo de esta abnegacion de mártir cita la historia, que no pierde en sublimidad porque haya pasado en el oscuro rincon de una pequeña avanzada.

La *patrulla* exige siempre una fórmula, aunque poco ceremoniosa, de reconocimiento por parte de los *centinelas;* pues podria sorprenderlos el enemigo, disfrazado con el vestuario mismo de la *patrulla* que hubiese ántes cogido. Por eso conviene en cada puesto, como quedo dicho, una *contraseña* peculiar y convencional, como toser, dar cierto número convenido de golpes con las manos ó en la cartuchera, en el fusil.

6. Retén.

Detrás del *cordon* interior de las *grandes guardias*, y á la competente distancia, está «dispuesto siempre á combatir» con las armas en pabellon y la mochila al pié (ó con las sillas y brida puestas en caballería) una tropa, bastante numerosa, que sirve de apoyo, de *sostén*, de *reserva* á todo el *sistema avanzado*. Se le llama indiferentemente *retén*, *sostén* ó *piquete*. La primera denominacion es más castellana y usual.

El modo de sacar y nombrar la fuerza para este servicio, y el de formar y componer el retén, varían segun las órdenes

y reglamentos. El «objeto» del *retén* es el de toda *reserva;* dar calor, apoyo y seguridad á las *grandes guardias* ó *puestos principales* que tiene delante. Esto determina la *colocacion* variable del *retén*, que siempre ocupará un lugar central, á cubierto si es posible, y fuera de la direccion que al replegarse tomen las *grandes guardias*, para que no cubran ni entorpezcan su fuego y su avance. La «accion» del retén es siempre vigorosa, como la de toda *reserva*, y se ejerce singularmente en el caso de venir casi revuelto el enemigo con un *puesto* atropellado y arrollado.

En el *retén* vienen á confluir, por su respetable fuerza y su situacion central, los hilos ó las mallas, si puede decirse, de la *red avanzada*. Toda ella mantiene con él comunicacion contínua, rápida y expedita. Si es necesario, el retén da fuertes *patrullas;* y ordenanzas suyos están fijos en la *gran guardia* para traerle avisos ó partes. Por todo ello ocupará un paraje á la mitad próximamente de la distancia entre las *avanzadas extremas* y el *cuerpo* de tropas á quien todos cubren; pero no siempre será dable ese arreglo simétrico y normal. Muchas veces deberá atender cuidadosamente á sus flancos, si no los tiene apoyados en el *terreno*, con *patrullas* móviles, con *avanzadillas* fijas, que impiden al enemigo emprendedor, despues de rota por fuerza ó ardid la línea extrema, llegar á envolverle ó cortarle. La resistencia, tenaz ó hábil, del *retén* es la que ha de evitar en algun caso la confusion en la brigada ó cuerpo principal; y en todos ha de proteger el repliegue ordenado de los *puestos* pequeños y grandes.

7. Descubierta.

La significacion de esta voz técnica puede decirse que es varia por la forma, si bien única por el fondo de lo que quiere expresar. *Avanzada* siempre indica un *puesto*, una *tropa firme* que vigila «á pié quieto:» *descubierta* es una «avanzada que marcha al frente.» En el servicio especial de *vanguardia*,

ya se dijo, que la *descubierta* constituye, en parte ó en todo, lo que se llama *extrema vanguardia*.—Por otro lado, *descubierta* es el nombre reglamentario, y muy propio, de la pequeña tropa que al romper el dia sale, lo mismo de un *campo* que de una *fortaleza*, á descubrir, reconocer, registrar los alrededores en un radio muy corto. En un *puesto avanzado* la *descubierta* es una *patrulla* grande que al amanecer rebasa el *cordon* y llega, si puede, hasta el del enemigo; «batiendo el terreno» para que avancen con seguridad á establecerse los centinelas y avanzadillas durante el dia.—Por extension, es *descubierta* en campaña la pequeña tropa que «limpia el frente,» es decir, que tiene por destino ahuyentar partidas, aventar emboscadas, evitar sorpresas y adquirir noticias ó, como ántes se decia en castellano, «tomar lengua.»

Bajo esta acepcion «general» se apuntan aquí algunas ideas, que completan las más principales sobre el *servicio avanzado* en conjunto y sobre el especial de *vanguardia*, ya explicado en el capítulo anterior.

La fuerza de la descubierta siempre suele ser pequeña; un subalterno con quince ó veinte hombres. Los que la componen toman nombre peculiar: «corredores ó escaramuzadores» antiguamente; *batidores*, *exploradores*, *descubridores* en el dia. Su *disposicion* normal es la indicada para las *patrullas*. Este *servicio* exige en el soldado raso robustez, cierta sagacidad y mucho deseo de «hacerlo bien.» Efectivamente: para *descubrir* hay que trepar á los puntos culminantes, y desde allí, por señal convenida, avisar que no hay novedad, ó que venga á enterarse de la que haya el sargento ó el oficial. Por punto general, siempre hay que andar y desandar camino. Los *descubridores* van por *parejas;* miéntras el uno avanza cautelosamente á registrar lo que parezca sospechoso, el otro aguarda sin perderle de vista. Al llegar á un punto en que crezca el recelo, miéntras los descubridores registran y exploran, el *grueso* de la *descubierta* hace alto, y todos especialmente tienen la vista fija en ellos para ver las señales.

Si un *descubridor* desaparece, se busca á toda costa su paradero. En una encrucijada, los descubridores entran hasta cierta distancia por los varios caminos que allí se crucen, y el oficial los espera hasta que vuelvan con la noticia que hayan recogido en tal venta ó casería, de tal pastor ó arriero que han encontrado. En un barranco ó pequeño desfiladero, se va entrando uno á uno con la condicion de no perderse de vista, de que no se interrumpa la continuidad: el *comandante* á retaguardia, encarga, como siempre, que se retarde el hacer fuego miéntras se puedan entender por señas. Lo que importa es pasar cuanto ántes y establecerse á la salida. —En una aldea ó barriada, se coge y pregunta al primer paisano que se encuentra en el campo, con él entra en el pueblo una pareja, que habla con el alcalde y se encarama, si no hay riesgo, al campanario, á un palomar, á lo más alto: miéntras unas parejas van entrando por la calle principal, otras dan la vuelta por las tapias y cercas, y confluyendo á su vez por el extremo opuesto, viene al fin la *descubierta* á reunirse en la plaza. La *disciplina* se pone de relieve en este servicio: pues ni el soldado debe preferir la taberna ó las mozas á lo que importa, ni entrarse por las casas á maltratar al paisano. Si la moral y la ordenanza no lo reprobasen, el mismo «interés propio» recomienda que se eviten excesos y tropelías. El paisano, hosco siempre ante el soldado, si recela mal trato, huye ó miente; respetado, no es tan esquivo; gratificado, suele tener expansion y hasta llega á «inventar.»—Análogamente, en un bosque pequeño ó matorral, se rodea, se cruza, y basta explorar una faja de 200 á 300 pasos para espantar ó aventar *emboscadas*.

Al ejecutar todo esto, como se ve, no hay que pensar en batirse, ni mucho ménos: lo que se debe cuidar es de «no ser cogido.» Si el enemigo se echa encima de improviso, fuego y replegarse. Por regla general: atacar si es inferior, defenderse si es igual, escapar si es superior. Al avistar una *patrulla* enemiga, es de presumir que no andará sola. Lo primero,

avisar; despues, ver si se la puede coger, no por lo que ella valga, si no por las noticias que pueda dar. Echarse al suelo, esconderse, dejarla pasar, cortarla, siempre al arma blanca; si todo esto no es posible y el caso aprieta, descarga cerrada como aviso á la *columna*. La *descubierta* vigilará á los *guías*, si los necesita, pues muchas veces por miedo extravían intencionalmente, cuando se les pide la direccion exacta y más corta al enemigo.

En este rudo servicio es indispensable la buena «ojeada militar» en cuanto á valuar *distancias*, apreciar el *terreno* y determinar á primera vista la *fuerza*, *especie* y *movimientos* del enemigo.

El *reconocimiento* análogo y constante que se hace sobre los *flancos* de toda *tropa en marcha*, pierde, como ya se dijo, el nombre de *descubierta* para tomar el de *flanqueo*. Por regla general, el *flanqueo* es más pasivo relativamente: se despega ménos de la *columna*. Los batidores ó descubridores, que por el flanco se convierten en *flanqueadores*, trepan y marchan siempre por las alturas inmediatas, y procuran no dejar interpuesto un obstáculo, como pequeño monte, riachuelo ó pantano. Es evidente, por lo demás, que al temerse un ataque ó al iniciarse de pronto una *maniobra de flanco* la *guerrilla* que va por éste queda trasformada de hecho en *descubierta*.

Lo mismo sucede á la pequeña *partida* que forma la extrema *retaguardia* y cuyo papel es inverso. Miéntras se marcha *de frente*, cuida de recoger rezagados, de que no se deslicen *partidas* enemigas y de mantener su distancia proporcional, para no quedar cortada, ni tardar mucho en incorporarse, ni exigir continuo socorro por verse comprometida. Su vigilancia tiene que ser activa, justamente por el mayor efecto que tiene un ataque inopinado por la espalda. Marchando en *retirada*, crece su importancia, por consiguiente su *fuerza;* y este servicio, como se indicó, es aún más duro y meritorio que el ordinario de *vanguardia*.

8. Partidas sueltas.

Cuando una *patrulla* ó *descubierta* se desprende, por decirlo así, de un *cordon avanzado*, obrando ya con cierta soltura é independencia, pierde carácter y nombre para tomar el de *partida suelta* de observacion ó reconocimiento. A fin de evitar en lo posible las repeticiones, que en esta clase de manuales hacen enojosa la lectura, se engloban en el presente artículo bajo esta rúbrica de *partida suelta* algunas indicaciones, sueltas tambien, pero interesantes como complemento del *servicio avanzado*, y preliminar del de *destacamentos* y *reconocimientos*, tal como debe abrazarlos en toda su generalidad el oficial de fila.

Por *partida suelta* se entiende un *pequeño destacamento*, y tan pequeño, que su fuerza ordinaria la constituyen desde 15 hasta 30 hombres al mando de un oficial, con un par de sargentos. Su destino es sumamente vario; sus instrucciones complejas; su *faccion* ó *servicio* dura desde algunas horas ó dias, hasta semanas y meses. Unas veces va la *partida suelta* con el encargo principal de adquirir noticias, reconocer y observar «en general;» otras lleva órden más concreta de «registrar» y darse cuenta de un objeto exclusivo, como un paso preciso, un vado, un puente, un bosque. Una *partida suelta* se nombra para romper la línea enemiga y abrir paso á un correo, á un pliego, á una pequeña cantidad de municiones para una plaza sitiada; otra *partida*, al contrario, cuida de interceptar correos y despachos, de cortar ó perturbar las comunicaciones de los cuerpos de un ejército, de la plaza que se intenta sitiar; de apoderarse quizá «por golpe de mano» de un general ó personaje enemigo. Por último, la comision más frecuente de una *partida suelta* tiene gran vaguedad y latitud: es hacer *incursiones* y *correrías;* acosar con tenacidad los flancos y retaguardia del enemigo; serpentear por entre sus cuerpos y avanzadas; coger prisioneros, rezagados ó extraviados;

aventar y anular otras *partidas* de su misma especie, que llegan á hacerse insufribles; destruir algun almacen ó depósito lejano, y ejercer, en suma, por todos los medios posibles una accion continua, no precisamente de terror, sino de inquietud, de molestia sobre el ejército y el país enemigo, por la misma razon de no ofrecer bulto á los golpes de la cólera, de ser, digámoslo así, invisible, impalpable.

A pesar de tanta variedad, la *fuerza* y la *composicion* de una *partida suelta* suele ser constante. Los hombres, «voluntarios casi siempre,» sacados de los cuerpos, tienen que reunir las condiciones extremas del *soldado ligero*. No basta que sean ágiles, robustos, infatigables: no basta que tengan la subordinacion, el aplomo, la firmeza que con el tiempo se adquiere en la fila; para ser buen *soldado de partida* se requiere instinto, travesura, sagacidad; la aficion á la guerra por la guerra; y si la guerra es *arte*, casi pudiera decirse la aficion noble, desinteresada del verdadero «artista.»

Si tan extrañas condiciones necesita la gente, puede inferirse las que ha de reunir el que la mande. A esa bravura, que suele llamarse «nocturna,» porque no necesita luz ni espectadores, tiene que juntar la cautela recelosa, el hábito constante de prever, discernir y «sacar partido de todo;» la costumbre de obrar solo; el tacto con la gente campesina, y esa moralidad severa y razonada que impide entregarse al menor exceso, aunque sea, como suele acontecer en la guerra, por justo desquite y compensacion de insoportables fatigas y privaciones.

Porque debe entenderse que hay gran distancia entre el *comandante de partida suelta*, tal como aquí se va explicando, y el *cabecilla* de una *partida franca*, ó *partidario*, ó *guerrillero*, de quien se hablará más adelante. Aquel es un oficial, y un *buen oficial*, del ejército, que desempeña una «comision del servicio ordinario de campaña,» dependiente siempre del ejército, de la Ordenanza y de sus jefes, sin romper los

vínculos sagrados de la disciplina y del honor caballeresco. Y tanto es así, que el oficial *comandante de partida suelta* tiene regularmente el honor de recibir su «comision» del mismo General en jefe, ó del jefe de estado mayor; va siempre provisto de un pasaporte, firmado por el segundo; y se le confían á veces crecidas sumas, preciosos documentos, importantes secretos verbales.

Por precaucion, si tiene que dispersar su tropa ó destacar ordenanzas, se le entregan algunos pases y salvo-conductos en blanco.

Entre sus condiciones especiales debe contar, si es posible, el *oficial de partida* la de hablar la lengua ó dialecto del país; y añadir á una vista perspicaz el hábito de calcular tiempos y distancias. Un anteojo, una cartera con recado de escribir, un mapa, un reloj, excelentes armas y bastantes monedas en el cinto son accesorios casi indispensables. En cambio, se debe prohibir á la tropa, no sólo aquello que exceda del moral, sino expresamente llevar dinero ú objetos de valor. La *partida suelta* ha de justificar el adjetivo, soltándose moral y materialmente para todo género de lances y aventuras.

Esta misma variedad de lances impide poder prevenirlos todos con reglas teóricas, como pretenden algunos libros. La primera que suele darse, es que la *partida suelta* mantenga su conexion con el cuerpo que la destaca; lo cual no será siempre posible, y casos habrá en que, porque este se mueva ó por extraviarse aquella, y sufrir viva persecucion, tenga que acogerse á una *plaza* ó *puesto fortificado*, dando luégo gran rodeo para incorporarse. Por eso á una *partida* el tiempo no le importa, á ménos de tener órdenes fijas en contra; «volver sana y salva» con las noticias ó resultados pedidos, es su principal cuidado. Bueno es y muy esencial, sin embargo, conocer el camino que haya de tomar cuando se ponga en movimiento su brigada, division ó cuerpo principal. Como la *partida suelta* debe excusar en cuanto pueda los *guias*, no

sólo el comandante, sino los soldados, han de tener facilidad para *orientarse*, singularmente de noche, es decir, para referirse á los cuatro puntos llamados «cardinales» en el cielo, y así no extraviarse. (V. sobre esto el cap. X.)

La *partida suelta* huye, en principio, de poblado y de grandes vías de comunicacion: molesta poco al paisanaje; evita en lo posible forzar á que le sirva de *guia* ó ayuda, y procura sonsacar las noticias y datos que le interesen, valiéndose de la astucia, excusando el mal trato, y, si no acierta á ganarse las voluntades, inspirando respeto con alguna invencion ó amenaza, fingiendo ser la *extrema vanguardia* de numerosa tropa que viene detrás.

Pero, si bien la *partida suelta* evita lugares frecuentados, y nunca se detiene mucho en uno mismo, porque su fuerza y su interés están en el secreto y movilidad; en cambio, busca, detiene, interroga á los viajeros, á los arrieros, pastores y gente de campo que puedan ilustrarla con sus respuestas. Para envolver entre las preguntas generales aquellas que más importen en cada caso, hay una especie de formulario. Es natural, por ejemplo, empezar preguntando al paisano de dónde viene y á dónde va;—cómo está el camino;—dónde el enemigo;—si está acantonado ó acampado;—con qué fuerzas;—con qué armas;—dónde sus avanzadas;—si es fácil atravesar por ellas;—cómo se llama el general;—si hay trabajos de fortificacion y en ellos emplea paisanos;—si abundan las raciones y el dinero, ó si esquilman y merodean y maltratan;—si salen partidas, y si son fuertes, y hácia dónde, etc. Es evidente, á pesar de lo dicho, que si el paisano por la direccion que lleve, por su modo equívoco de contestar, por su apariencia ú otras razones, inspira sospechas, la seguridad propia aconseja y autoriza que se le detenga, sin mal trato, el tiempo necesario hasta que las circunstancias varíen. Tal, que se finge palurdo, revela en la finura de sus palabras, de su acento, de sus manos, de su camisa, de su porte, que es algo más: quizá, un oficial enemigo disfrazado.

En tales casos debe remitirse ó llevarse al individuo, con la seguridad posible, al *cuartel general* como debe hacerse con ciertos *prisioneros* ó *desertores*.

En esta interminable materia de «observacion general» nada hay inútil, nada despreciable: la crítica, la sagacidad, la maña dan más resultados que la fuerza ó la violencia. Un simple *indicio* pone en camino de un *descubrimiento;* y como el enemigo por su parte usa de medios análogos y quizá más desusados, nada está fuera de lo contingente y presumible. La serenidad de espíritu; la despreocupacion absoluta del peligro personal, la seguridad en sí mismo dejan el ánimo libre para juzgar con exactitud, dando á cada caso el «valor real» que su importancia le asigne. El hombre que sólo piensa en que no le cojan, no tiene bastante tiempo para discurrir. Y, sin embargo, mucha atencion hay que prestar á este último punto. Por eso se recomienda dormir al raso, no acercarse á pueblo ó vivienda sino con gran cautela y desconfianza, aunque ofrezcan apariencia habitual y tranquila; enviar parejas sueltas y hasta disfrazar soldados; registrar todo bosque, subir á toda altura; y hacerse en fin, como queda dicho, impalpable, á fuerza de movilidad calculada y de artificiosa conducta.

Su *pequeña tropa* no es allí la escuadra táctica que va tranquilamente al ejercicio en dos filas y encajonada entre dos sargentos ó guías; es la reunion de «auxiliares» que cooperan al éxito de su *comision*, de la cual deben estar individualmente imbuidos en la parte que les concierne, y cuya aptitud natural (ya probada en el hecho de ser escogidos) debe desarrollar, instruyéndolos, sobre la manera de observar, de reconocer, de registrar, de orientarse, de apreciar distancias con ciertos fenómenos ópticos y frecuentes; de escapar, de agazaparse, en una palabra, de «servir bien.» El contínuo recuerdo de la importancia de la comision, de las leyes «variables» de la *guerra*, pero «inmutables» del *deber* y de la *disciplina*, logrará, más que el castigo imposible por entónces,

refrenar en el soldado los malos instintos que pueda despertarle lo suelto y desembarazado de este servicio.

Por sabidos no nos extenderemos en ciertos detalles, sobrado minuciosos en otros manuales, sobre el modo de «conducir la tropa.» En algunos, por ejemplo, se lee, que no se deje nunca una encrucijada sin escudriñar y asegurar; que se disperse la gente, y luego por sendas «convergentes» se vuelva á concentrar..... Realmente, no se comprende que con veinte hombres se pueda entrar en grandes *flanqueos*, ni *maniobras*: harto se hará con ir unido y vigilante, sin meterse en esparcimientos, que siempre dan por resultado extraviarse. —La *partida suelta*, repetimos, no es la *descubierta*, que lleva detrás de sí una *vanguardia* y un ejército; no es tampoco la *gavilla de guerrilleros* en la cual, enterrando la carabina, cada uno tira por su lado y se va á su casa ó á la del amigo: es *tropa organizada* que á las pocas horas, á los pocos dias, da en su campamento estrecha cuenta de su *conducta* y de su *comision*.

Así, el *comandante* apunta en forma de *diario* aquello que no deba olvidar en su *informe*, si es verbal, ó que debe formar la base de su *memoria*, si se la piden por escrito.

Cuando su encargo exclusivo es *reconocer*, y dar cuenta, por consiguiente, de un paso ú objeto preciso, de un desfiladero, de un puente, de un puesto; entra ya en la órbita de lo que se llama *reconocimiento*, para lo cual se dan indicaciones en el cap. X. Entónces algunas medidas, un ligero *cróquis*, ciertas apreciaciones «pertinentes y oportunas» completan y encarecen el trabajo. La rapidez suele ser condicion precisa. En *comision* de esta especie tampoco hay que pensar en lucirse batiéndose ni trayendo prisioneros, como no sean de mucha cuenta.

Y por la inversa, tal suele ser á veces la carencia de noticias en el *cuartel general*, que envia una *partida suelta* para hacer prisioneros y adquirirlas por su medio. Cuando se va, por decirlo así, «á caza de prisioneros,» no basta uno solo.

que puede ser un imbécil: se ha de procurar coger unos cuantos: se necesita, pues, arrollar y rendir un *puesto*, hacer una *sorpresa*, armar una *emboscada*, dar un *golpe de mano*. Si se presentan los necesarios al jefe de estado mayor, sin que hayan costado un cartucho, tanto mejor.

Pero distinta conducta hay que seguir si la *partida suelta* va en busca de otra ú otras análogas, con que el enemigo infesta al *país*, entorpece las *comunicaciones* y aburre las *avanzadas*. Puede este servicio tomar las proporciones de un duelo á muerte. Se trata de «limpiar, de exterminar:» aquí, por consiguiente, la victoria será del que más pueda, es decir, del que más valga y más sepa; aquí ya no hay que economizar nada.» Ingenio para buscar sin dejarse coger; piernas para andar y desandar, aparecer y desaparecer, paciencia y tino para esperar la ocasion; «corazon,» en fin, para aprovecharla. Ciertos *golpes*, de estos pequeños, cuando se logran contra una *partida enemiga*, que llega á tomar fama y sonar por su audacia y fechorías, tienen eco satisfactorio en ambos ejércitos, cuyo espíritu respectivamente se halaga y mortifica, y dan al oficial afortunado crédito con sus jefes y motivo de justa recompensa.

No siempre, ciertamente, premia la fortuna el valor y el buen deseo. Quizá sin el menor descuido, al atravesar una llanura, un grueso destacamento de caballería enemiga envuelva y corte á la pequeña *partida suelta*..... Si el fuego no le contiene, ni hay tiempo de recogerse á las breñas, á edificio inmediato, el comandante se bate hasta morir, como en ancho y tumultuoso campo de batalla: que su ejército, aunque no lo presencie, inscribirá su nombre en los anales de su gloria. Cuando la Ordenanza dice que el Oficial «en los lances dudosos debe elegir el partido más digno de su espíritu y honor» (art. 9.°, tít. XVII, trat. 2) es porque efectivamente, el talento y el valor parece que se amenguan queriendo darles reglas.

En las operaciones preliminares, y generalmente lentas, que requiere el *sitio* de una gran *plaza fuerte*, las *partidas sueltas* tienen tambien ocasion de importantes y señalados servicios, que se prestan más por la inmovilidad del objetivo, á reglas é instrucciones poco variables, y que pueden darse claramente por escrito. Al *acordonar una plaza*, lo esencial está en observar la guarnicion, sus relevos, sus refuerzos, sus convoyes, sus requisiciones, sus preparativos: y todo ello, como previsto y acompasado, por la índole de todo *sitio*, admite en la ejecucion mayores garantías de acierto, sin excluir las de peligro. Si la guarnicion en sus *reconocimientos* ó un cuerpo respetable se aproxima á la *partida*, ésta cede prudentemente el puesto, se repliega, se esconde; pero con la intencion de volver á ocuparlo y más avanzado, si puede, en cuanto el sitiado vuelva la espalda.—Mayores explicaciones sobre esta importante materia de *sitios de plaza* se encuentran en el capítulo IX.

Por último, el caso más frecuente y general de la *partida suelta* es la *observacion* continua, sostenida del *ejército* enemigo ó de un *cuerpo* importante de sus tropas. Aquí la *partida suelta* se convierte, valga la expresion, en una mosca, en un insecto pegado tenazmente á la *columna* enemiga, en campo, en marcha, en vivac. Para *observar* una tropa, campada ó en posicion, hay que acercarse de noche y apostarse al amanecer en una altura que domine. Allí se procura examinar, no sólo el campo, sino el movimiento que emprenda el enemigo. Emprendido, la partida se agarra, se constituye *al flanco* en «observatorio ambulante» examinando la *composicion* de la columna; su órden de marcha; las armas, la artillería, los parques, si deja rezagados, etc. Como el enemigo, en cuanto perciba que lleva tan incómodo testigo, procurará alejarlo, aunque alguna *patrulla* igual ó inferior se ofrezca inocentemente á ser cogida prisionera, no debe intentarse por no «dar ruido.» Si es caballería superior, correr á una

viña, á un seto, á un barranco; si infantería, á una venta, á una ermita, desde donde se pueda, segun la expresion vulgar, plantarse en firme. Quizá esta actitud enfrie un poco y corte los vuelos á la *descubierta* ó *patrulla* enemiga.

Evidentemente la *columna* enemiga cargará su *flanqueo* por el lado que más recele; y como á la *partida observadora* lo que le tiene cuenta es «no despegarse,» pasará resueltamente al otro flanco..... ¿Cómo? atravesando el camino; y si no puede, todo tiene remedio: aprieta el paso y da la vuelta por la extrema vanguardia enemiga. En este flanqueo «invertido» y pertinaz, que pudiera llamarse *contraflanqueo*, muchos obstáculos materiales harán difícil la marcha: no hay más remedio que vencerlos. La columna enemiga, es claro que pasará los rios cómodamente por sus puentes: la *partida suelta* tendrá que buscar, agua arriba ó agua á abajo, un *vado*, una *barca*, la *presa* de un molino. En tales tropiezos, todas las reglas se resumen y compendian en la palabra familiar y expresiva «buscárselas.»

Esta *comision* prescribe de suyo que el *comandante* dé continuos avisos y partes, por el telégrafo permanente ó de campaña; por ordenanzas montados si los puede llevar; por sus propios soldados disfrazados; por paisanos, en fin, si son amigos; por todo conducto que ofrezca seguridad y rapidez. Pero ha de tener en cuenta que en materia de noticias, lo insignificante y repetido fastidia; lo tardío da mal concepto: es, pues, necesario criterio y oportunidad; reiterar los partes, cuando la importancia crezca; callar, cuando continúa sin alteracion lo ya participado. Siempre se encabeza el aviso con la hora exacta y el lugar, determinándolo con la posible precision. Si se puede remitir algun desertor ó extraviado que valga la pena, nunca dejará de agradecerse en el cuartel general.

La *partida suelta*, cuando encuentra en su excursion algun *parlamentario*, le guia y acompaña hasta la primera *avanzada*, en muestra de cortesía; pero guarda durante el

viaje profundo silencio, por más que incite á la conversacion la «afabilidad» del oficial enemigo.

Conviene deshacer el error vulgar, de que para los varios extremos tocados someramente aquí, son preferibles las *partidas francas* ó *guerrilleros*. En su artículo propio al final de este capítulo, se apuntan otras razones de más alta importancia y alcance. Por regla general, mira más por su propia persona, que por el bien comun, todo aquel que no pertenece á las filas de un *ejército organizado*, y no está por consiguiente sujeto con los fuertes y nobles lazos de la disciplina, del deber, del honor: y por otra parte, no se comprende cómo pueda darse cuenta á sí mismo, ni darla á los demás, de ciertas cosas, aquel que «no las suele entender» por mucho que las mire. El mando de una *partida suelta*, en el sentido que le hemos dado, verdaderamente *militar*, sólo puede confiarse, repetimos, á un buen oficial con excelente tropa, y da ocasion á grandes riesgos, señalados servicios y envidiable lucimiento.

9. Espías.

Bajo este nombre, ó el más decoroso de *confidente*, se comprenden los individuos de diferentes clases sociales y «extraños al ejército» que por oficio, y por lucro generalmente, observan, atisban y dan cuenta de los movimientos y sucesos, y hasta de los planes, proyectos ó intenciones del enemigo. Por bajo y repugnante que como oficio sea, no sólo hay que admitirlo en un ejército, sino, lo que es más, premiarlo y fomentarlo del único modo posible: con pródigas remuneraciones en dinero. Por oposicion, el *espía*, como traidor, ó al ménos delator de profesion, y considerado por consiguiente «fuera de la ley y del derecho de gentes,» está expuesto si es cogido á malos tratos, y á la última pena con sólo identificar su persona, segun las leyes penales de la ordenanza.

En las guerras civiles y nacionales suele haberlos, de ambos sexos y de elevada condicion social, que hacen en el fondo servicio de *espías*, no por vil interés, sino por espíritu ardiente de partido y tambien por laudable patriotismo. Algunas mujeres singularmente pueden prestar inmensos servicios. Veces hay en que algun paisano se convierte en espía, más por miedo que por codicia, si se le amenaza fuertemente; pero este es punto de moral dudosa y no muy recomendable. Los informes son más apreciables y naturalmente más costosos, cuanto más elevado, inteligente ó instruido es el espía. En general, estos agentes pagados se reclutan voluntariamente entre vivanderos, guardas, buhoneros, posaderos, contrabandistas y descontentos de mala ralea. La mayor parte de los *espías* suelen ser *dobles*, y lejos de rechazarlos, muchas veces la habilidad los puede utilizar. En este ruin negocio, el único y poderoso resorte es el dinero, pues la severidad tiene sus límites y sus contras, áun en el caso de una doblez ó traicion manifiesta. Es un ramo de verdadera corrupcion en el que no deben detener escrúpulos. La *guerra* lo autoriza «en el gabinete,» como autoriza «en el campo» una *emboscada*, que en el fondo puede tener algo de asesinato.—Y sobre todo, el *espionaje* no es más ó ménos útil, y por consiguiente discutible: es en la guerra necesario, forzoso, indispensable. Ahorra fatigas, peligrosos reconocimientos y combates, proporcionando datos que saldrian más caros por otros medios. Con razon se dice que los *espías* son los verdaderos «ojos de un ejército.» Un general no fundará un *plan* sobre el dicho de un espía; pero el de varios, que no se conozcan entre sí, y se confronte y compruebe satisfactoriamente, puede ofrecer segura base al cálculo y combinacion de las *operaciones*. Los *ardides*, las *emboscadas*, las atrevidas empresas de los *guerrilleros* siempre se fundan en un activo y seguro *espionaje*.

Este importante servicio radica siempre en la seccion más secreta y reservada del estado mayor. El oficial de fila rara

vez tiene que entenderse con ciertos *espías* de alta esfera, como empleados del gobierno enemigo y mujeres tramoyistas; pero en el *servicio avanzado*, con todas sus imprevistas y múltiples incidencias, en el de *vanguardia* y *descubierta*, en el de *reconocimientos* y *destacamentos*, suele tener frecuente trato con *espías*. Buscar, educar, y emplear con tino esta clase de gente, que, para ser apta y útil, por fuerza ha de rebosar de astucia, socarronería y doblez, no es tarea que admita reglas escritas; ni pueden formularse las precauciones exquisitas que requiere el trato íntimo y confidencial con personas generalmente abyectas y codiciosas. Lo principal, y no muy fácil, es asegurarse de su fidelidad por medio de alguna prenda que los sujete. Siempre deben ser varios y entre sí desconocidos, para poder confrontar y comprobar sus avisos. Se les trata con gran misterio, disimulo y alejamiento; tanto, que alguna vez se les maltrata y atropella aparentemente, y con su consentimiento, para disipar sospechas de vecinos ó deudos. Se les va probando y «educando» poco á poco, dándoles gradualmente encargos de más importancia. Por regla general, el *espía* «no debe comprender su objeto:» hay, pues, que emplear en la conversacion el usual artificio de resbalar sobre lo que más importe; fijando aparente curiosidad en lo que ménos convenga. Tino y paciencia se necesita para lograr que, entre un diluvio de preguntas inútiles y tortuosas, ó de vulgaridades insípidas, «suelte» el espía lo que se desea saber con interés y urgencia. Al mismo tiempo hay que cuidar de que no se «escapen» en la conversacion más datos de los precisos sobre la situacion propia; y áun hacer que se revelan, pero truncados y falsos, para que, si el *espía* es *doble*, embrolle y desoriente al enemigo.

10. Guías.

En el capítulo I se indicó la utilidad de los *guías militares:* aquí sólo se apuntan algunas reflexiones sobre los *paisanos*

que, forzosa ó voluntariamente, guian efectivamente la *marcha*, ó en general, los *movimientos* de una tropa. Ordinariamente los mejores son los cazadores de oficio, contrabandistas ó mercaderes ambulantes, que «crucen y conozcan en todos sentidos» el país. En el *servicio avanzado*, en el de *vanguardia* y *descubierta*, y en toda *marcha de noche* y *de maniobra* son indispensables los *guías:* no puede haber sin ellos *ardid*, *estratagema*, *sorpresa* ni *emboscada*; y en una derrota ó *dispersion*, bien se comprende que pueden ser salvadores, indicando senderos, trochas y atajos ocultos. El oficial tratará á los *guías*, como debe tratar á todo el mundo, con afabilidad y buen modo. Cuando se tiene la fuerza tan inmediata y visible, hay cierta delicadeza y cortesía, que siempre se agradece, en no hacer alarde de ella á cada paso con arrebatos de cólera, bravatas y guapezas. Más se logra con recompensas, que con amenazas; y por un principio de equidad, debe evitarse el terror y la molestia posible al inofensivo paisano, á quien se arranca de su hogar y se distrae de sus quehaceres. Puede suceder tambien que la idea de venganza, tan sabrosa en los campesinos violentados, supere al temor; por eso es regla muchas veces llevar el *guía* hasta más allá de donde se necesita, pues al punto que se suelte se convertirá en *espía* por desquite y represalia. Lo que al guía más le interesa, es dejar cuanto ántes una compañía para él nada agradable y bastante peligrosa; por consiguiente la «evasion,» especialmente de noche, es su tendencia y su conato; no hay más remedio, pues, que echarle una cuerda á la cintura, cuyo extremo lleva un sargento, y ponerle á cada lado un soldado que no le quite la vista de encima. Realmente, si se rompe el fuego es lastimosa la situacion del pobre *guía*, forzado á presenciar el combate; pero, deplorándolo y todo, se le echa un nudo más á la cuerda, y si es preciso se le aproxima á la sien la boca de un fusil, para recordarle que su bala está más cerca aún que las del enemigo. En país hostil y desafecto el *guía*, aunque no le cueste gran trabajo servir, pre-

tende aparecer forzado; por lo que consiente y hasta pide (como se dijo del *espía*) que le aten y amenacen para sincerarse á la vuelta y evitar que sus convecinos duden y le reciban mal.

II. Desertores.

Tan sabidas y practicadas son las añagazas de los *desertores fingidos*, que una *avanzada* debe siempre prevenirse contra ellas. Estando Cárlos V ante los célebres muros de Metz (para él tan fatales), y no sabiendo cómo introducir en la plaza, gallarda y vigorosamente defendida por el duque de Guisa, dos *espías* españoles, tomó el arbitrio, para dar al ardid más colorido, de hacerles saltar las trincheras. y miéntras los falsos tránsfugas corrian desaforados, enviarles, como se decia entónces, «una buena rociada de arcabucería sin pelota.»

Los *desertores* ó *pasados* de buena fé suelen presentarse sin armas; pero si las traen, lo primero que el *centinela avanzado* les intima es que las tiren al suelo; y cuando el grupo ó peloton de desertores sea crecido, la avanzada redoblará su precaucion. Se repite, ni el *centinela*, ni su *avanzadilla*, deben entrar en conversacion con los *desertores* enemigos, sino enviarlos derechos al oficial que mande el *puesto*, y á quien compete interrogarlos con la intencion, interés ó latitud que convenga. Generalmente el interrogatorio no es muy fecundo en resultados. Desde luego, es sospechosa, ó no muy respetable, la verdad en boca de quien comete un gravísimo delito militar; y naturalmente el desertor miente ó exajera por hacerse más aceptable. Para él todo en su ejército «va perdido.» ¡Qué no ha de estar perdido para el que perdió su honra! Por lo demas, las preguntas son óbvias: su nombre,—su país,—su regimiento,—su coronel,—su general,—la fuerza de su cuerpo,—la de su brigada,—la de su division ó ejército,—su situacion, en campo ó acantonado;—si hay pagas, raciones, enfermos;—si reina confianza;—si hay preparativos, etc. Los *desertores* se envian de la *avanzada* al *retén* y

de éste al *cuartel general*, por si sus noticias merecen ser sabidas.

12. Parlamentarios.

Recibe este nombre todo *oficial* que sale del *campo* encargado de una *comision*, verdadera ó ficticia, *para el enemigo*. La mision ó pretexto puede ser: entrar en conferencias, tratos, negociaciones, convenios, capitulaciones, armisticios, canjes de prisioneros ó heridos, suspension de armas para recogerlos, ó para enterrar los muertos; llevar pliegos ó dinero para prisioneros; averiguar el paradero de algun oficial, etc. La persona del *parlamentario*, sagrada é inviolable por las *leyes de la guerra*, se reviste de cierta solemnidad diplomática y se rodea de conocidas formalidades. Como es natural, siempre se escoge para *parlamentario* al oficial de alguna nombradía, listo, enérgico, discreto; cuyo buen porte, atentos modales, brillante uniforme y excelentes armas, causen en el campo enemigo impresion ventajosa. Debe entender la lengua que allí se hable; pero se le recomienda expresamente no usarla, si como es frecuente en estas comisiones, va envuelto el deseo de husmear algo interesante en el cuartel general enemigo. Necesariamente habrá más reserva, si le oyen hablar su mismo idioma. Esta treta de convertir al *parlamentario* en *espía* sin riesgo y al amparo de la ley, hay que confesar que no es del mejor género; y puede ser ocasionada á faltas de respeto y de decoro. Bueno es que la sagacidad y el ardid penetren hasta donde puedan; pero ya que la guerra es de suyo resbaladiza y tan propensa á desmanes, conviene, por encarnizada que sea, prevenir y evitar incidentes brutales que lleguen á rayar en el asesinato ó la alevosía. Este proceder, si degenera en costumbre, engendra en el enemigo suspicaz el recelo natural de ser espiado á mansalva, el temor de que haya ó nazca alguna connivencia ó inteligencia en su propio estado mayor; y sea por estas causas justas, ó por ser poco amigo de conferencias, de trampanto-

jos y de «perder el tiempo,» el resultado suele ser cerrarse á la banda y no admitir *parlamentario* alguno. Si así lo manifiesta con la debida antelacion, usa de un derecho perfecto, que le autoriza á no recibir y hasta «hacer fuego,» en caso de obstinacion, si á las tres intimaciones no se retira, al parlamentario que posteriormente se presente.—Está de más advertir que enviar *parlamentario* en el *campo de batalla*, y en lo más caliente de la refriega «de la cual se lleva lo peor,» es simplemente una inocentada. El que gana está muy atareado y algo sordo para entrar en pláticas que le detengan: tambien suele estar ciego para distinguir entre el humo trapos blancos.

Por lo demás y fuera de estos casos, el oficial *parlamentario* debe ser bien acogido y hasta festejado. Es costumbre consagrada que lleve visible una cinta ó pañuelo blanco, y le acompañe un corneta ó trompeta que tambien goza de inmunidad. En el trayecto al *real enemigo*, le acompañan ordenanzas ó una pequeña escolta, para librarle de algun mal encuentro ó contratiempo con desertores ó merodeadores mal intencionados. La *patrulla* ó *partida suelta* que le encuentre tiene el deber de dirigirle y acompañarle, por el camino más corto y con silencio profundo y cortés, á la *avanzada* más próxima. Así se evita que, so pretexto de extravío, si se le deja ir solo, ruede el *parlamentario* más de lo que pueda convenir. Al avistar al primer *centinela*, el parlamentario agita su pañuelo ó su trompeta toca llamada. A la señal ó aviso del centinela, que le manda hacer alto y volver la espalda á él y á su gente, echando pié á tierra, el cabo ó sargento de la *avanzadilla* con el *oficial del puesto* sale á recibirle. Si la comision se reduce á entregar un pliego, se toma: se le da su competente recibo y se le despide. No hay que advertir que entre tanto el centinela y todos andan con ojo avizor sobre la *escolta* ú *ordenanzas* que esperan. Si el *parlamentario*, en virtud de las órdenes que exhibirá, pretende ser conducido

al *cuartel general*, se le hará despedir en el acto su comitiva, ménos el trompeta, á la cual se le dará guia ó soldados que la saquen, por el camino más breve, del círculo de accion del *puesto*.—Conviene recordar, entre paréntesis, que ese trompeta «autorizado por la ley» ha sido en algun caso un oficial de estado mayor ó de ingenieros, que ha medido ó reconocido lo que á él le importaba.—Se introducirá al *parlamentario* en la avanzada, y allí esperará la vuelta del ordenanza, que el comandante habrá enviado al jefe superior del *retén* avisando la llegada y pidiendo permiso para recibirle. Llegado éste, es de fórmula vendar los ojos al parlamentario y á su escudero ó trompeta, y llevados al retén, allí esperan definitivamente las órdenes del general sobre el modo de ser conducidos á su presencia.

13. Guerrilleros.

Por mucha imparcialidad, por mucho pulso con que quiera tocarse en España la cuestion de *guerrilleros* bajo el punto de vista puramente *militar* y *técnico*, es imposible no rozar algunas preocupaciones nacionales, si se han de limitar, como conviene, ciertas exageraciones ó apreciaciones sobrado entusiastas de la «opinion pública,» que pueden trascender con detrimento grave á la «opinion militar.»

Lo más prudente seria suprimir este artículo; pero ni su alta importancia permite tan medrosa resolucion; ni, porque el asunto sea espinoso, conviene dejar á oscuras al lector. En el desgraciado dia en que se levanten *guerrillas* españolas, que no puede ser sino aquel en que el extranjero pise el territorio patrio, ó la guerra civil lo incendie, el *guerrillero* estará en «contacto exterior» con el *ejército regular* y organizado; y en relacion por consiguiente más inmediata con el *cordon avanzado* que lo cubre, con las *patrullas*, *descubiertas*, *partidas* ó *destacamentos*. Es, pues, este artículo complemento indispensable del extenso capítulo que comprende el *servicio*

avanzado; y bajo este aspecto «militar y concreto» se emiten algunas consideraciones, que no pecarán de inoportunas, por más que de propósito se hagan algo «abstractas.» Al tratar en el artículo 8 de las *partidas sueltas*, se resbaló deliberadamente sobre este asunto similar, pero escabroso, que merece sério y detenido exámen.

Negar, las generaciones que suceden á la de 1808, la utilidad, la importancia, la gloria de las *partidas guerrilleras*, expresion de bravura y patriotismo en un pueblo justamente irritado, sería una falta de sentimiento y de tacto; una rebeldía inútil contra la historia; una profanacion abominable de laurales frescos aún, y que nunca se marchitarán, porque á los militares incumbe más que á nadie regarlos con profunda y asídua veneracion.

La *partida guerrillera* «en su buen sentido,» la engendrada por una chispa de noble cólera nacional que cae en el corazon de un buen patriota, tiene su razon de ser; cabe holgada y perfectamente en la «organizacion activa de una defensa nacional,» y juega sin tropiezo en la esfera de los *ejércitos regulares de operaciones* de algunos países. No en todos: pues ahí están Inglaterra y Francia, por ejemplo, que desconocen las *guerrillas:* así como Suiza, en otro sentido, tan celosa de su independencia, desconoce el *ejército permanente.*

El buen guerrillero—¿quién lo duda?—es el perpétuo vigilante alrededor de un *ejército* formal *de operaciones;* es, si pudiera decirse, la linterna sorda con que el *general en jefe* penetra la densa oscuridad en que se envuelve su cauteloso adversario.

La *guerrilla* «militarizada y obediente,» corta en fuerza y en pretensiones, bajo la mano férrea de un hombre de bien, economiza al *ejército*, que le sirva de núcleo, muchas *partidas*, muchos *destacamentos* por regla general peligrosos. Ella corta pequeños convoyes; intercepta pliegos y correos; coge, si es preciso, generales; incendia y guarda pequeños depósi-

tos, fábricas, polvorines, cajas, tesorerías; lleva y trae noticias; hace y libra prisioneros; toma rehenes y represalias; mantiene limpias ciertas comunicaciones; inquieta, insulta, «punza» al enemigo por donde ménos se guarda, etc., etc. El guerrillero con cierta disciplina y desinterés; el amigo de los pueblos; el protector de los débiles; el libertador, el bienvenido en todas partes, tiene un espía en cada muchacho, un abogado en cada mujer y en cada cura, un escondrijo en cada cueva, una ciudadela en cada cumbre. ¿Para qué necesita guías, si todos los de su partida lo son, si nadie conoce su país mejor que él mismo? ¿Para qué vituallas, ni municiones, si él consume tan pocas, que con arrimarse á una puerta, el ama de la casa se las da ó se las «fabrica?» El guerrillero de tipo caballeresco, el que al empuñar la carabina contrae en aras de la patria votos solemnes y casi militares de abnegacion, de integridad, de respeto constante á la moral y «de guardar sólo para el enemigo sus odios, sus cóleras ó sus venganzas;» ese hombre duro, vigilante, valeroso, se consagra con determinada vocacion á una vida de insufrible aspereza, que cada instante puede venir á cortar la cuchilla del verdugo. Porque para él son implacables, pero justas, las leyes de la guerra. Él las sabe; para él la ley es estar «fuera de la ley.» Si aceptó el contrato, si prefirió dar suelta y expansion á su valor y patriotismo, en vez de encajonarlo entre las filas y sujetarlo á la Ordenanza, sabido tiene su fin, el triste dia en que la dispersion no sea posible, ni el socorro esté á la vista, ni el refugio á la mano.

Con razon, pues, el tipo del perfecto *guerrillero*, se imprime tan gallardo en nuestra imaginacion meridional. ¿Quién no conoce y respeta el nombre de Cereceda, Vallejo y Bracamonte en la guerra de Sucesion, de Sanchez, Mina y Palarea en la de la Independencia? El pueblo, en sus capas inferiores, está condenado á pensar poco, y en justa compensacion á sentir más: no le deis á estudiar la *guerrilla* en los macizos volúmenes de Decker ó Davidoff: él no la siente, sino á través

del romance callejero, á través tambien de las odas de Gallego y de Quintana.

Sensible es descender de estas alturas de poesía y entusiasmo, en que respira anchamente todo pecho noble para venir al terreno árido y escueto de la ciencia. En él—hay que confesarlo—la *guerrilla* pierde mucho de su importancia.

Desde luego, el guerrillero no existe sino en país amigo, en país propio; es más, en país «fuertemente estimulado por el vivo y noble sentimiento de independencia y nacionalidad.» (El guerrillero de guerra civil, no hay para qué mentarlo, sino para deplorar su existencia histórica y conjurar por siempre su reaparicion). Queda, pues, circunscrito el *guerrillero* á un solo caso de guerra, importante sí, pero exclusivo: la *guerra nacional*. ¿Forma la *guerrilla* parte integrante del *ejército regular?* No: su esencia cabalmente se lo veda, por eso es *guerrilla*; si no tomaria el nombre, las funciones y servicio de las tropas semi-regulares que con el nombre de *francas ó movilizadas* «levanta un gobierno» al estallar la guerra. Por consiguiente la *guerrilla* por su propia índole, desprendida del ejército, y de su organismo, y administracion militar; teniendo que vivir y campear por sí, necesariamente ha de ser de poca *fuerza*, debe asimilarse á la *partida suelta* (como se considera en las páginas anteriores). Con ella bien se ve que nada puede emprenderse que sea decisivo, ni muy importante. Y si el *guerrillero* cae en la tentacion de engrosar su *partida*, queriendo acometer empresas mayores, hay una completa inversion de ideas, en vez de reclutar poca gente, buena, fiel, afecta, dura, conocida; al revés, tiene que buscar mucha y mala. El *guerrillero* no debe tener en rigor más que un segundo y le basta, sin galones ni entorchados; creciendo mucho su *tropa* ya necesita *oficiales;* ¿y de qué los forma? quizá del desecho del ejército permanente. Este mayor número de bocas necesita víveres; ¿quién

los dá? Si la *administracion militar* y el general en jefe y todo su estado mayor con sus profundos estudios y ensayos en la paz, tiemblan, y con razon, cuando se plantea este temeroso problema de guerra, ¿qué puede hacer un hombre, por capaz que sea, sin aquella instruccion prévia y sin autoridad tan extensa y legítima? De ahí puede muy bien nacer violencia, ilegalidad, desórden, requisicion arbitraria, y por inevitable consecuencia, enajenacion del cariño del país. Desde este punto pierde el *guerrillero* su primera y esencial condicion, que es la adhesion, el afecto del paisanaje. ¿No se cita, en la guerra misma de la Independencia, alguna comarca que prefirió el amparo y la tutela del francés?—Ciñéndose al arte solamente, ¿opera la guerrilla muy adherida ó pegada al ejército? Entonces lo mismo ve y sabe la *guerrilla* que sus propias *avanzadas* y *descubiertas*. Es vulgar la preocupacion de que, así como todo *guerrillero* ha de ser irremisiblemente embrion ó crisálida de *gran general*, nada puede suplir á la *guerrilla* en el *servicio avanzado*. A los ojos del soldado (que siempre lo hace mejor) su inconexion, su inconsistencia, su misma vaporosidad, si así pudiera decirse, le perjudican; ningun *jefe de vanguardia* se creerá muy seguro por «tener delante un guerrillero,» más bien se verá comprometido: allí se necesita tenacidad inteligente, no audacia sola y tal vez ignorante. Además ¿no es condicion esencial tambien de la *guerrilla* el no parar, el no establecerse, vagar siempre, como se ha dicho, vaporosa, incoercible? Por más que pretenda la guerrilla, no está en su manera de ser la condensacion, el conjunto, el órden, la verdadera «perseverancia militar.» Su accion es intermitente, por relámpagos, por correrías, algaras y rebatos. Salgan bien ó mal, á la guarida volando, al barranco, al monte. ¿Y qué se hace un general en jefe, en caso de multiplicarse desmedidamente las *guerrillas* en torno suyo, con esta especie de meteoros, de fuegos fátuos, que nunca han de obrar ó caer, por ley de su existencia, sino de una manera imprevista, inaudita, que se aparte de todo lo

sabido y presumible, de todo cálculo y prevision? ¿Las organiza, las ata, las sujeta? ya no son *guerrillas.*

Basta para llamar la atencion del oficial sobre un asunto digno de meditacion, que, si bien no resiste al razonamiento frio y científico, toma algun volúmen y consistencia en el extravío, hasta cierto punto laudable por lo patriótico, de la opinion pública. Ese contínuo recordar la fecha inmortal del Dos de Mayo; esa credulidad popular en la accion *militar* de las *guerrillas;* esa conviccion general, lisonjera pero lamentable, de que para una invasion (que Dios aleje) es insuficiente el *ejército organizado*, inútil toda prevision, puesto que no hay más remedio que el «levantamiento en masa» frenético, dislocado, perturbador: todo eso que el militar oye, y quizá aplaude como buen español, no ya en columnas de periódicos, sino en los bancos del Parlamento; mirado fria y desapasionadamente desde la altura del verdadero *arte militar*, sin que se interponga la nube de incienso que sube del altar de la patria, quizá puede conducir á confiar demasiado en nuestra propia fuerza; á abultar desmedidamente nuestros *medios defensivos*, algo escasos por desgracia; á adormecer una prevision razonable que los quiera fomentar y organizar con tino, con tiempo, sin dispendios; y á fiar quizá en un dia nefasto á la vuelta de un dado, si no la independencia, la prosperidad nacional á tan duras penas alcanzada.— Todavía, si este fuera lugar propio, pudieran analizarse bajo otro aspecto los inconvenientes superiores á las ventajas, de ese estímulo constante al *guerrillismo* en un pueblo fogoso que, al parecer, no acierta á constituirse de una vez, quizá por tener desde su orígen ese vicio orgánico tan inoculado en las venas, que se le achaca haberlo trasmitido á los pueblos americanos que engendró. La materia es grave, ciertamente: aquí se toca de pasada, porque entraña soluciones de *organizacion militar*, hoy más que nunca importantes; y que al subir en años y en grado, debe el jóven oficial tener ya preparadas y maduras al calor de estudiosa reflexion.

CAPÍTULO V.

BATALLAS Y COMBATES.

BATALLA. 1. Definicion.—Consideraciones.—Máximas.—Preceptos.—2. Orden paralelo y oblícuo.—COMBATE. 3. Disposicion preparatoria.—4. Accion y efecto de las armas.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—5. Posiciones.—6. Ofensiva y defensiva.—Punto-llave.—Movimiento envolvente.—7. Retirada y persecucion.—8. Conclusiones.

La voz *batalla*, más casi que el actual significado *táctico* de pelea y combate, ha tenido hasta muy entrado el siglo XVIII el *orgánico* de agregacion, de centro, masa principal y compacta, *grueso* de un ejército; *cuerpo de batalla* se dice todavía, por oposicion á *tropa suelta*, como vanguardia ó retaguardia, como alas ó cuernos, que tambien se decía en aquellos tiempos.—Hoy *batalla* es un gran combate, una accion de guerra ordenada con mucha preparacion y precisamente *campal* ó en campo abierto, en que toman parte dos *ejércitos enteros*, ó por lo ménos sus *cuerpos principales* mandados «personalmente» por sus *generales en jefe*, que van á

buscar una ventaja proporcional á un grande esfuerzo. El nombre de *batalla*, cuando se da á una accion de guerra, envuelve siempre algo de importante, solemne y decisivo. No es condicion forzosa que hayan de jugar las *tres* armas, como vulgarmente se dice; puesto que un ejército ó los dos pueden carecer de alguna de ellas: lo que científicamente determina esta denominacion es el *plan* anterior; las *operaciones estratégicas;* las maniobras prévias y calculadas; la *concentracion* de todas las fuerzas; la *preparacion general* de este acto, sin duda alguna el más importante de la *guerra*. Respecto á lo *decisivo*, no siempre los hechos concuerdan con los intentos del hombre: y en varias batallas *decisivas* se ha cantado el *Te-Deum* por ambas partes. Como quiera que sea, si aquí, por pura mencion, se intercala este artículo sobre tan vasto asunto, es más bien porque parecería extraña omision no consagrarle algunas reflexiones.

Al oficial general le importa más que al particular la *teoría*, si es que la hay, *de las batallas;* pero pudiera añadirse todavía que no es en ella, que no es en las «batallas escritas ó descritas aisladamente» donde el oficial estudioso puede encontrar mayor raudal de inmediata y provechosa doctrina. Si sólo se estudian los partes ó boletines oficiales, sabido es que tales documentos no son muy apreciables por la veracidad; si ésta se busca en relaciones históricas, tambien cuesta trabajo encontrarla muchas veces entre la envidia, la lisonja ó la ignorancia. Por ejemplo, la batalla de Marengo parece que debia ser un tipo clásico de *batallas campales*; sin embargo, los franceses dicen que de ella se hicieron tres relaciones oficiales tan inexactas, tan contradictorias, que ni el mismo Bonaparte pudo decir cuál era la mejor. Esa batalla campal, decisiva, gloriosa tampoco puede servir de tipo, de modelo, de ejemplar para estudio. Oigamos sobre ello lo que dice uno de los más aventajados discípulos del primer emperador francés: «El enemigo ataca, la batalla de Marengo tiene

lugar; disputada con tenacidad, parece perdida á las cinco de la tarde, cuando llega al campo la division destacada sobre Novi. El general Desaix, que la mandaba, la detuvo cuerdamente al oir el cañon de batalla; para esperar órdenes vuelve atrás, y aún llega á tiempo para servir de reserva; y la batalla es ganada, aunque sólo 27.000 hombres hayan podido combatir, y 22.000 se hayan visto forzados á soportar ellos solos todo el peso de la batalla. Así nuestras fuerzas empeñadas no ascendieron en esta ocasion más que á las dos terceras partes de las del enemigo, y en poco estuvo que no fuese más de la mitad. Hermosa victoria sin duda, cuyos resultados fueron inmensos; pero seria peligroso tomar por modelo las combinaciones estratégicas que la produjeron: la batalla debió haberse perdido, en razon de la superioridad de las fuerzas, y de los medios que tenia el enemigo contra nosotros. Si hay victorias posibles bajo estas condiciones, preciso es no contar demasiado con ellas.» (*Marmont*, Esp. des inst. mil., pág. 149.) Medio siglo despues, otro general francés dice sobre la batalla de Marengo: «La concepcion general, reproduccion de la de Annibal, es perfectamente lógica; debe venir á parar en un choque decisivo sobre la region superior del Po, y en efecto, sucede como se habia previsto. En lo concerniente á la batalla, desenlace forzoso de la combinacion de conjunto, Bonaparte, que la aguarda, que la busca, se desvia de los principios verdaderos: dispersa sus fuerzas, sin posibilidad de concentrarlas á tiempo, y la batalla de Marengo está perdida. La llegada de Desaix y la imprudencia de los austriacos permiten recomenzar la accion, en buenas condiciones esta vez, y el éxito la corona. La jornada se resume en las célebres palabras de Desaix: «La batalla está perdida; pero no son más que las tres de la tarde; aún tenemos tiempo de ganar otra.» Tal es la verdad: un error de cálculo estuvo á punto de comprometer, ya que no de perder totalmente, una campaña perfectamente combinada.» (*Lewal*, XIII, La science de la guerre, pág. 20).

Si el *arte de la guerra* en su conjunto se presta tan poco á las *reglas;* si, como dice el mismo Jomini, que pretende dictarlas, es «un drama apasionado,» júzguese qué reglas podrán caber en el desenlace, ordinariamente fortuito de este *drama*. Positivamente el estudio exclusivo de las *batallas escritas*, y mucho más el de las *pintadas* con la imaginacion, como la celebrada en tiempos de Jacquinot de Presle, es mal camino de enseñanza ó aprendizaje: no habrá dos quizá, aunque reñidas en el mismo *terreno*, que hayan reunido, no iguales, ni áun análogas condiciones respecto á las *tropas*, á las *armas*, á los *generales*. Los datos, casi siempre son vagos, falsos, erróneos; y mal se puede sobre ellos fundar «sistema» ni establecer principios.

Más bien que en la conducta de una *accion de guerra*, se debe seguir cuidadosamente en la historia á los grandes capitanes, «antes y despues de la refriega,» en el curso entero de una campaña, en la «preparacion y en el aprovechamiento» de la *batalla*. Por regla general la historia nos muestra á los hombres prudentes que han dirigido ejércitos, comenzando por tantear y foguear, así el suyo como el contrario, con breves escaramuzas, con pequeños combates, antes de venir á *batalla campal* y echar á un golpe de dados su propia reputacion, y, lo que es más caro para una conciencia recta, la gloria y la existencia de su ejército, y quizá de su patria. Es evidente que en pequeñas acciones parciales, en combates de puestos, en tiroteos pasajeros con masas dóciles y manejables, la influencia del «azar» ha de ser tanto ménos sensible, cuanto más previsor sea el talento, mayor la pericia táctica, más experta y vigorosa la mano del general en jefe. Este cuerdo principio de tanteo y de reconocimiento, esta regla prudente de dilatar, de esquivar, de aplazar esas grandes y temerosas *batallas*, hasta reunir en pro todas las garantías y condiciones humanamente posibles de éxito y victoria, están recomendadas desde la antigüedad por los grandes hombres que han tenido ocasion de pasar por estos momentos

supremos que preceden al choque material y decisivo de dos *grandes ejércitos*.

Sabido es el precepto de César de fiar más en la maña que en la fuerza, en la habilidad que en la espada: *Consilio pótius quam gladio superare*. El mismo Napoleon I, el rayo de las batallas, inculca en todas ocasiones esa máxima saludable, que no siempre respetó.

Entre estos dos nombres inmortales, que se alzan como dos hitos seculares en el campo de la historia, bien puede intercalarse otro más grato á nuestros oidos españoles, el de Gonzalo de Córdova, verdadero restaurador del *arte militar*.

Para el que haya estudiado las célebres campañas del Gran Capitan, ocioso es encarecer la sagacidad penetrante, el tino maravilloso, la tenaz perseverancia con que, luchando á brazo partido con la fortuna, supo *preparar* sus victorias de Cerinola y del Garellano. Allí se ve la batalla ordenada con preparacion; aquella es la verdadera *batalla estratégica*, segun decimos hoy, la batalla calculada, prevista, forzosa; no el choque brutal y ciego de dos masas errantes; no su encuentro inesperado y casual, sino el desenlace lógico, inevitable de una situacion militar creada y sostenida por esfuerzos, desusados hoy, de ardidoso cálculo, de inflexible disciplina, de marcial y varonil entereza.

Si la obra notable que con el título *De re militari* publicó Diego de Salazar en 1536 es, como bien puede ser, reflejo de aquellos luminosos pensamientos, en el resúmen de máximas con que termina, encontramos algunas como las siguientes:

«Aquel que será más vigilante en la guerra á observar las astucias del enemigo, y sufrirá más el trabajo para ejercitar su gente, en ménos peligros incurrirá y más esperanza tendrá de la victoria.—No traigas jamás tus guerreros á dar la batalla, si primero no estás seguro de sus corazones.....—Mejor es vencer al enemigo con la hambre que con el hierro.—Saber en la guerra conocer la ocasion y tomarla, aprovecha más que ninguna otra cosa.—La disciplina puede más que el

furor.—Mejor es en el ordenar de la batalla, reservar más ayuda tras la primera frente, que, por hacer recia la vanguardia, enflaquecer el resto.—Difícil es de vencer el Capitan que sabe conocer sus fuerzas y las de los enemigos.—Más vale la virtud de los guerreros que la muchedumbre de ellos.—Las cosas nuevas y repentinas espantan los ejércitos.—Haced á vuestro ejército platicar (practicar) y conocer á vuestros enemigos nuevos con pequeñas peleas, ántes que vengais con ellos á la batalla principal.—El Capitan que sigue con desórden al enemigo, despues de roto, no busca sino tornar de victorioso vencido.—El Capitan que confia más en los caballeros que en los infantes, ó en los infantes que en los caballeros, se concorde con el sitio (se adapte al terreno).—Mudad partido, cuando conociéredes que el enemigo está proveido contra el que teneis pensado.—A los accidentes repentinos con dificultad se da remedio, y á los pensados con facilidad.—Haced que vuestro enemigo no sepa de qué manera ordenais vuestro ejército para la batalla; y despues, cuando la ordeneis, haced que el segundo batallon (la segunda línea) pueda recibir al primero, y el tercero á entrambos los primeros.—En la batalla ó en la pelea no hagais que una escuadra (un cuerpo) haga otra cosa de la que primero habeis ordenado, si no quereis hacer desórden: salvo en un trance muy conocido, ventajoso ó necesitado.—El buen Capitan no viene jamás á dar batalla si la necesidad no le apremia, ó la ocasion no le llama.....»

En estos sanos principios se nutrian, á mediados del siglo XVI, los Albas y sus tenientes; á últimos los Fuentes y Farnesios. Esta doctrina estaba en todas partes: en el campo y en el gabinete, en los hombres y en los libros. Por comprobacion, sea lícito trascribir literal otro texto de una obra que, muchos años despues (1567), refleja el espíritu de aquel pequeño y memorable ejército que el Duque de Alba llevó á Flándes con admiracion de la Europa.

«El dar batalla campal en escuadrones formados, cuanto fuere posible se debe excusar, especialmente defendiendo, y estando el poder del que defiende junto; porque si el enemigo vence, gana más de lo que pretende, y el vencido con dificultad puede rehacerse; por eso se deben sentar todos los medios que puede haber, ántes de poner en discrimen (riesgo, contingencia) de batalla la victoria; pero cuando ya fuere forzosa ó necesaria, será grandísima parte para vencer, tener muy bien consideradas las cosas que siguen.»

«El número y calidad de los enemigos; los géneros de las armas; la destreza de los unos y de los otros en ellas; la experiencia de haber combatido muchas ó pocas veces. La confianza con que están los amigos y vienen los enemigos; las fuerzas, aliento y tolerancia de todos; el tiempo, el dia, la hora, el lugar, la forma de los escuadrones; el número de ellos; cuales naciones ú ordenanzas de gente á pié ó á caballo son más feroces y robustas, para oponerlas á las que fueren de los enemigos. Cómo irán mejor los pertrechos y artillería para ofender; la manera de comenzar y proceder en las batallas; de recoger los suyos, si fueren rotos, y de ejecutar los enemigos rompidos, sin peligro que se rehagan y revuelvan.»

«Son infinitas las cosas y circunstancias que en especie se podrian decir sobre las dichas, que por la brevedad se quedan para mejor oportunidad. Pero de todas debe el generalísimo tener noticia, y mayor experiencia que otro alguno de los que le han de obedecer. Pues es claro que si no acierta á mandar, no está en mano del que obedece enmendar los yerros que se pueden seguir: que en la guerra inmediatamente se sigue el castigo, etc.» *(Londoño.* Disc. militar, fol. 29.)

Todavía en el siglo pasado el juicioso marqués de Santa Cruz, recomendando al general de un ejército que procure, al tomar el mando, acreditar cuanto ántes sus cualidades para adquirir crédito y prestigio, añade los siguientes párrafos:

«Sentado el principio de que el entrar desde luego en alguna operacion, contribuye á los créditos del general y de su ejército, falta averiguar las excepciones y circunstancias que deben servir de luz á esta regla peligrosa por ancha; pudiendo perderse en ella como quien viaja de noche en países llanos, y pareciéndole todo buen camino, se extravía fácilmente del término de su jornada, si no observa ciertas señales para guiarse al meditado paraje.»

«Sea, pues, la primera advertencia para el principio de la guerra entrar sólo en aquellas operaciones, que aunque no sean de la mayor importancia, den una razonable seguridad del buen suceso; porque así como las primeras acciones, saliendo felices, acreditan al jefe, animan al ejército y se extienden á que su impresion disimule cualquier posterior defecto; del propio modo aconteciendo infaustas, quedan intimadas las tropas, despreciado el jefe y orgullosos los enemigos.» *(Reflex. mil.*, lib. 4, cap. IV.)

Por último, el más ardiente y afortunado batallador de los tiempos modernos se expresa así:

«Las batallas no deben darse si no se tienen de antemano setenta probabilidades favorables de vencer: tampoco se debe empeñar batalla, sino cuando ya no queda recurso ni lance que esperar, puesto que la suerte de una batalla siempre es de suyo dudosa; pero una vez resuelta se debe vencer ó morir.»

«Con un ejército inferior en número, inferior en caballería y artillería es menester evitar una batalla general; suplir el número por la rapidez de las marchas; la escasez de artillería por la naturaleza de las maniobras; la inferioridad en caballería por la buena eleccion de las posiciones. En semejante situacion la *moral del soldado entra por mucho.*»

«Dáos todas las probabilidades de éxito, cuando proyecteis empeñar una gran batalla: sobre todo si os las habe's con un gran capitan, porque si llegais á ser batido, por más que

esteis en medio de vuestros almacenes y de vuestras plazas fuertes, ¡ay del vencido!» *(Napoleon I.* Máximas).

En el dia, los preceptos *tácticos* que rigen en esta espinosa materia de las grandes *batallas*, son los que á principio de nuestro siglo dejaron establecidos y consagrados las grandes victorias napoleónicas. El emperador francés se ha complacido en repetirlos y condensarlos en las varias obras que corren bajo su nombre, por ejemplo, en *Las Cases* (t. VII, página 243), donde dice: «El arte consistia en hacer converger sobre un mismo punto un gran número de fuegos; empeñada una vez la refriega, el que tenia la destreza de hacer llegar súbitamente, y á despecho del enemigo, sobre uno de sus puntos una masa imprevista de artilleria, estaba seguro de arrollarlo todo: he aquí su gran secreto y su gran táctica.»

Esta presencia «inopinada» de una masa enorme y convergente de artillería, que, segun la expresion gráfica de Víctor Hugo, tenia en la mano «como una pistola,» era, como atrás dijimos, lo que el mismo Napoleon llamaba en su lenguaje pintoresco *un événement*, un acontecimiento. Nadie, en efecto, disputará al emperador francés el instinto feliz, la habilidad envidiable y oportuna en el manejo de las *reservas*, en producir el *événement* á su debida sazon y sobre el punto conveniente y decisivo.

Consignemos en apoyo la delicada observacion de un filosófico escritor: «En ninguna parte mejor que en las batallas se echa de ver el enlace y la semejanza de la fortificacion con la táctica.»

«Una línea de batalla debe considerarse como una plaza de guerra, que tiene sus puntos fuertes, débiles y decisivos, segun el valor absoluto de las obras ó el que estas adquieren por las armas y el terreno: así como no hay precision de atacar la circunferencia entera de un recinto fortificado para enseñorearse de él, sino de dos ó tres salientes; tampoco hay que forzar sobre toda la extension de su frente una línea de

batalla; lo que importa es *batirla en brecha*, como un muro; lanzarse sobre las partes desunidas, dislocadas y destrabadas, deshacerlas en detalle. Examínense las batallas napoleónicas, y se verá en todas seguido este principio luminoso, combinado con el oportuno empleo de grandes masas de artillería para abrir enérgicamente la brecha, y grandes masas de caballería é infantería para envolver y deshacer los trozos dislocados.» (*Luis Blanc.* Discursos.)

Es constante que Napoleon I sucumbió, más que por el uso repetido, por el «abuso» creciente de sus teorías y de sus medios ejecutivos. Aquellas y estos han sido, son y serán verdaderos, miéntras no rebasen los linderos de la conveniencia y de la cordura. Su atrevida manera de preparar, de ganar y sobre todo de *ejecutar la victoria* (como dicen nuestros clásicos), esto es, de aprovecharla, de *perseguir* al enemigo roto sin tregua ni descanso; su intuicion *estratégica* sobre el mapa; su ojeada *táctica* sobre el campo de batalla; su valor personal, ardiente en los principios, impasible, estóico más tarde, cualidades son que rara vez han visto juntas las pasadas generaciones, y difícilmente verán las venideras.

La tension excesiva que se empeñó en dar á lo que él, en su soberbia, creia simple «máquina» con inerte sumision á sus caprichos, le llevó á Leipsick, á Waterlóo, á Santa Elena, justa compensacion que dió la Providencia á la Europa conturbada.

2. Orden paralelo y oblícuo.

La definicion de la voz *batalla* quedaria incompleta, si no comprendiese alguna explicacion sobre lo que en táctica se entiende por *órden de batalla*.

En el dia reina tambien alguna indecision sobre el significado de esta frase. Algunos usan como más clara y expresiva la locucion *órden de combate*, y uno de los últimos escritos del anciano Jomini se titula: «Disposicion de las tropas para

el combate.» Efectivamente, *órden de batalla* implica algun resto del órden inicial, de la disposicion sistemática, del arreglo invariable que en el siglo pasado solia darse á un ejército al abrir una campaña, como si fueran las de una máquina de hierro, destinadas á jugar y engranar en sitio inmutable y con movimiento uniforme en el trascurso de una guerra. En aquellos tiempos en que un ejército tardaba por lo ménos veinte y cuatro horas en tomar el *órden de batalla*, y quedaba como clavado al suelo con sus *dos líneas*, sin el menor movimiento, por temor de descomponerlas; en aquellas batallas ceremoniosas, como la de Fontenoy, en que la guardia francesa saludando con el sombrero invitaba cortés á la guardia inglesa á que hiciese la primera descarga; cuando un batallon en columna con distancias, para desplegar al frente, hacia alto, formaba en batalla (irremisiblemente por la izquierda para dejar la derecha en cabeza) y luego emprendia la célebre conversion todo de una pieza; en tales circunstancias, con tales preocupaciones, no es de extrañar que el *órden de batalla* tuviese algo de solemne y mucho de complicado. ¿Quién entonces hubiera tenido el atrevimiento de llevar la *izquierda en cabeza*, de interpolar un batallon de la guardia real con otro de línea, ó de posponer un capitan de granaderos á otro de fusileros?

Pero hoy, que se han desatado, ó cortado si se quiere, todos los nudos que embrollaban y ataban la *táctica* antigua, ó lineal ó procesional, se ha proclamado que no hay tal *órden de batalla:* lo que hay, como arriba decimos, es formacion, disposicion de las tropas en ó para el combate; sobreentendido que nunca puede ser reglamentaria, ni calcada y estereotípica, sino prescrita por las circunstancias «de cualquier género,» *morales, tácticas, topográficas,* á las cuales únicamente se ajusta la voluntad del jefe supremo.

En rigor, la cuestion es meramente de palabras: dígase *órden de batalla* ú *órden de combate*, la idea en el fondo es la misma; conviene, sin embargo, cuando las ideas se alteran y

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE HUESCA

modifican tan radicalmente, cambiar á la vez el tecnicismo, como divorciándose de lo pasado y confirmando su abolicion. La *tradicion*, tan conveniente y respetable en otros ramos del *arte militar*, es imposible, desastrosa, inconcebible en *táctica*. ¿Sería cuerdo volver hoy á las antiguas marchas procesionales á lo largo de la línea de batalla y á un kilómetro del enemigo, en *órden de batalla* á su vez, como si dijéramos, cubriendo la carrera? ¿Hemos de dejar hoy nuestros fusiles de retrocarga por los arcabuces que ganaron la batalla de Pavía? Conviene no confundir esto de las *tradiciones*, con la preocupacion, la indolencia y la *rutina*.

Quede, pues, enhorabuena *órden de batalla* para significar en *táctica general* ó *superior* la disposicion, la colocacion—que alguna ha de haber—inicial, normal, habitual, ceremonial, como quiera llamarse, de las tropas; más aún, del *ejército de operaciones*, tal como sale organizado en el papel de las oficinas del Ministerio de la Guerra; y llámese *órden*, formacion, disposicion *de combate* á la que toma este ejército el dia de batalla, para *combatir* efectivamente.

En su orígen, el *órden paralelo* lo sería exactamente en su sentido geométrico. Antes de la invencion de la pólvora, sabido es que el éxito de una *batalla* generalmente, más que á la combinacion, á las maniobras y al terreno, se fiaba al valor y á la destreza personal del soldado. Casos se citan en que se igualó y terraplenó con antelacion el *campo de batalla* para dos grandes ejércitos, como pudiera hacerse con la liza ó el palenque preparado en la Edad media para un torneo ó para un duelo judicial. Y en verdad ciertas batallas antiguas no eran otra cosa que la suma ó conjunto de combates ó peleas *singulares*, individuales, que presuponian en el *órden de batalla* un perfecto paralelismo.

Hoy, sin implicar exactitud geométrica, el *órden paralelo* quiere decir que dos ejércitos pueden abordarse, chocar, trabar combate á la vez sobre *todos* los puntos de sus *frentes* respectivos. El *órden paralelo* es más bien una disposicion de

equilibrio, de reparticion igual, de colocacion homóloga (como dicen los geómetras) en ambos contendientes: claro es que en tal órden, estrictamente *paralelo*, á no intervenir superioridad de número ó ventaja de terreno, la victoria, si no al azar, será siempre debida al valor, á la esgrima, ó á las armas, á la destreza «puramente individual» del soldado. Pero se comprende tambien que con nuestras armas de proyeccion, con nuestra moderna movilidad, el *órden paralelo* no puede ser más que momentáneo, aunque hubiese empeño en mantenerlo, á los principios de la *accion*. El espectáculo de dos grandes ejércitos desplegados chocando á un tiempo en todo su frente no puede ya repetirse en nuestros tiempos; lo impide la extension misma de nuestras líneas y el largo terreno que ocupan. Trabada la refriega, el *órden paralelo* empezará forzosamente á trastornarse; se romperá pronto el equilibrio. El que tenga *superioridad*, por número ó por valor, rebasará, por ejemplo, las alas del contrario, en cuyo caso éste se replegará sobre su centro, para romper el del enemigo y batir á su vez las alas dislocadas, ó caer con ligereza sobre una de ellas..... De todos modos, el *órden paralelo* pronto quedará convertido en *órden oblícuo*.

Definamos éste con toda amplitud. Por *órden oblícuo* no ha de entenderse al pié de la letra la simple «inclinacion en las alineaciones» *de los frentes de batalla:* la idea de *órden oblícuo*, en su más lata generalidad, abraza toda combinacion táctica que tienda á producir esfuerzo sobre uno ó dos puntos de la línea contraria, con superioridad de accion sobre ellos. Para constituir *órden oblícuo,* es indispensable que haya una maniobra ó série de movimientos que desarreglen el órden inicial ó habitual, con el intento preconcebido de chocar ó embestir con *superioridad visible* en un punto señalado del frente enemigo. Todavía con mayor extension, y en la region más elevada de ideas que hoy llamamos estrategia, *órden oblícuo* es la derogacion, el rompimiento del órden de batalla

primordial; cuyo objeto, cuyo efecto sea procurar á un ejército inferior probabilidades de éxito contra otro más numeroso, materialmente más fuerte.

Para decirlo de una vez y en una palabra, el *órden oblícuo es el arte de la guerra.*

Y no hay exageracion en expresarse así. ¿Qué es el *arte de la guerra*, segun la definicion más moderna y admitida? *Lograr superioridad sobre el punto decisivo.* Esto es aplicable lo mismo al vasto *teatro de operaciones*, que al reducido *campo de batalla.* Pues bien: en el momento que se trate de llevar la fuerza y la superioridad sobre un punto más bien que sobre otro; de fundar y justificar esa preferencia; de someterse á un principio; de imaginar un ardid; de preparar una combinacion; de rehusar por un lado, miéntras se amaga por otro; en el momento, decimos, en que hay *arte*, combinacion, artificio, sea el que fuere, para burlar al más fuerte, para esquivar el choche brutal y *paralelo* en todo nuestro frente, para fiar la victoria á otros elementos que el natural y primitivo de la fuerza material, en ese momento se toma, ó mejor, se hace *órden oblícuo.* Esta locucion en el dia caracteriza, aunque con extrema vaguedad, un conjunto «de ideas, operaciones y maniobras,» al que preside la parte *moral*, y que busca siempre por caminos de infinita y desconocida variedad el resultado único de «acumular fuerza sobre el punto que se cree *decisivo*,» tanto en el curso de la *guerra*, como en el trance de la *batalla.*

En ésta, lo mismo que en aquella, puede relativamente manifestarse de muchos modos la potencia moral, el *órden oblícuo*, sin necesidad de *alineacion*, de *formacion oblícua* en muchos casos.

Si quisiéramos apurar la materia, casi pudiera decirse que el *órden oblícuo*, con esta moderna latitud, no es en rigor órden *táctico.* Su esencia, su índole, su fuerza están en los movimientos, maniobras y estratagemas envolventes; en las marchas rápidas y ocultas; en los ardides, emboscadas y sor-

presas; en todo cuanto reuna condiciones de calculado, artificioso, nuevo, imprevisto, audaz, inopinado.

Evidentemente, el que se bata en la proporcion de seis contra uno no necesita pensar mucho en el órden *paralelo*, ni en el órden *oblicuo*, ni en el *arte de la guerra*. El *órden oblícuo* se acomoda á los ejércitos pequeños, vigorosos, bravos, maniobreros, animados por un espíritu, más que belicoso, *militar*. Requiere iniciativa, voluntad, secreto, combinacion, empuje, movilidad, tino, oportunidad sobre todo. El *órden oblícuo* envuelve hoy todo lo que se quiere expresar con esta concisa locucion: «acertado empleo de las reservas.»

No entraremos, pues, en más detalles, ni pormenores, ni mucho ménos en «describir una batalla.» En el momento que á las batallas, en el papel, se apliquen las líneas y los ángulos, se podrá caer en deplorables extravíos.

Vejecio explica siete órdenes de batalla, Jomini diez. ¿Por qué detenerse en esos dos números, cuando con abrir ó cerrar un poco los ángulos se puede llegar al infinito? ¿Qué se busca en una *batalla?* La *victoria*. Esta se consigue de dos modos: arremetiendo de frente y á lo que salga, como D. Quijote á los molinos de viento; ó pensando, engañando, doblando, tanteando, envolviendo: órden *paralelo* y órden *oblicuo*.

Las infinitas «variedades» de este último se condensan en dos ó tres á lo más: Desde luego en el dia no será posible repetir aquello de rebasar ó desbordar un ala, corriéndose *en procesion* por la línea de batalla como en los tiempos de la guerra de Sucesion. Descontando este *órden oblícuo* por lo inocente, queda: 1.°, atacar las dos alas; 2.°, el centro; 3.°, el centro y un ala; el sistema favorito de Napoleon en Wagram, Bautzen, Eylau, Moskowa, Ligny. Pero bien se ve que todo ataque *doble* mal se aviene con la *inferioridad* numérica, y que en todo gran movimiento *envolvente* se corre el peligro de quedar envuelto ó cortado.

COMBATES.

3.—Disposicion preparatoria.—Moral.—Reflexiones.

Basta lo dicho acerca de las *grandes batallas;* y puesto que en el dia, por lo numeroso de los ejércitos, el largo alcance de las armas y la enorme extension de su frente desplegado, una *batalla* campal casi puede decirse que es la reunion ó conjunto de varios *combates parciales;* dediquemos á estos más detenidas y concretas consideraciones.

De todos modos, así como las *batallas* interesan más directamente á los generales, los *combates*, pequeños ó grandes, importan al oficial, sea jefe ó subalterno. El *comandante* de un *destacamento*, de una *vanguardia*, de una *tropa suelta*, sea la que fuere; el *jefe natural* de la *unidad* táctica, batallon, escuadron ó batería, aunque obre embebido en brigada; el simple *subalterno*, en fila y en guerrilla; todos, y cada uno en su puesto, son actores principales en el *combate*, á todos concierne el difícil cargo de animar, dirigir y contener al soldado.

La *moral*—en la que nunca será sobrada la insistencia—es un aumento de potencia, un acrecimiento de autoridad en el jefe hábil para sostenerla, escitarla y utilizarla; mas como por su índole incierta y filosófica, el asunto se sustrae á todo código y reglamento, hay que tratarlo en forma de razonamiento y de consejo.

La fuerza moral del soldado, es decir, la opinion que él tiene de sí mismo, de sus jefes y de la situacion que ha de afrontar, positivamente no suple ni equivale á la inteligencia del que manda ni á las reglas del arte; pero las secunda y favorece. En la guerra el soldado tiene la vista fija siempre en el oficial. Si en la marcha, en el vivac oye quejas y murmuraciones; escucha críticas acerbas; percibe síntomas de can-

sancio, aburrimiento, y flojedad en sus jefes; al punto las comenta y las abulta. Inconscientemente se va desligando del deber; sobreviene la negligencia, alentada por la tolerancia; y lo que empezó por leve falta, toma vuelos, llegando á veces (contra la voluntad de todos) al olvido de leyes y respetos, á la indisciplina, á la insubordinacion, al motin.

El remedio á tan grave enfermedad moral consiste en el porte y trato ordinario de la oficialidad, donde siempre están en gran mayoria los hombres discretos y reposados, insensibles en apariencia y hasta risueños á las fatigas y privaciones, afables sin familiaridad con el soldado, solícitos por su bien estar, pero exigentes, enérgicos, inexorables en la *disciplina*. Con ellos, sin duda alguna, el soldado irá siempre adonde le manden.

Todo ello se extrema en el *combate*, el acto más sério de la vida militar. Pero cabalmente en el acto de combatir el soldado acepta con mayor docilidad el yugo de una voluntad superior, si en ella reconoce tino y energia; el mero instinto le impele hácia el que «sabe y puede» más que él, hácia el que le conserva y le salva: y cuando éste le increpa y le empuja en el peligro, logra trasmitirle los férvidos impulsos del patriotismo y del honor, de la ambicion y de la gloria.

En el que dirige una accion de guerra, con mando superior, vienen á reunirse en síntesis, á confluir en foco todas las condiciones y cualidades. Desde luego la primera es la seguridad, la confianza en sí mismo y tambien en los demás: de aquí la distribucion, que pudiera llamarse, del trabajo, en la forma que la Ordenanza recomienda, siempre gerárquica y escalonada. Para abrazar el conjunto de una situacion, hay que desprenderse de ciertos detalles ó pormenores; nunca sobra el tiempo para desperdiciarlo en nimiedades: y bastante abrumadora es la responsabilidad que incumbe al jefe superior, para añadir codicioso y absorber tambien la de sus tenientes. Si no acierta á refrenar su impaciencia; si se ahoga en pequeñeces; si pretende satisfacer todas las hipótesis,

todos los caprichos, la accion de mando pierde unidad y fijeza. El principio militar y filosófico, de que nunca el superior se sustituya en los detalles de ejecucion á sus inferiores, adquiere en el *combate* mayor inviolabilidad. Es lamentable error el de ciertos jefes oficiosos que en todo se entrometen, que todo lo han de hacer ellos mismos, por temor de que padezca su autoridad: sin conocer que lo que realmente la desprestigia y anula es la suspicacia irrazonada, la presencia inútil, el aburrimiento, ya que no el agravio que al inferior se causa. Cuando se entorpece ó se anula una rueda intermedia evidentemente se perturba el juego, se pierde fuerza, se descompone la máquina.

Las disposiciones, las advertencias de un jefe en combate son de tal importancia, que forzosamente absorben todas sus facultades intelectuales: y la importancia crece, á medida que el mando se eleva. Al jefe, pues, libertad de exámen, de reflexion, de resolucion: á los demás, la parte de iniciativa que legal y razonablemente les quepa. Toda operacion ó maniobra, en grande y en pequeño, es un problema cuyo planteo y solucion incumbe al jefe: para la ejecucion da sus órdenes ó instrucciones; pero dadas á los respectivos subordinados, hay que dejar á cada uno que las cumpla segun su capacidad ó sus medios: si no los tiene, culpa será del mismo jefe que lo ignora. Naturalmente el mismo jefe ha de «vigilar» la ejecucion de lo que manda; pero no debe intervenir, sino cuando ve que no se ha comprendido la órden, ó que puede comprometerse el resultado.

Como todo está compensado en la vida, si bien un generalísimo, al frente de gruesos cuerpos de ejército, asume inmensa responsabilidad, en cambio tiene más tiempo para reflexionar y lugartenientes expertos y consumados. El general divisionario en el dia tiene que ser todo accion y movimiento. El comandante de batallon es casi un general antiguo de brigada. Si este comandante se entromete á mandar personalmente la compañía más avanzada, pierde entretanto el

mando y la direccion de las otras; y si el general divisionario cayese en el mismo defecto, aún sería más censurable. Ya se entiende que habrá excepciones en ciertos momentos críticos del combate, en que, no sólo es lícito, sino muy recomendable arrastrar con el ejemplo pequeñas fracciones; pero tambien se entiende, que tales actos de vigor han de ser más frecuentes en el alférez y el capitan que en el coronel y el general.

Consejos son estos ciertamente de difícil observancia. Al campo de ejercicios y simulacro es imposible darle identidad perfecta con el campo de batalla; y en aquel, donde deben adquirirse las prácticas de éste, es donde cabalmente los jefes, por temor á la crítica, por noble afan de lucir se ceban más en los detalles, y donde se ve á los generales, en la línea extrema de tiradores, lanzando como Júpiter sus rayos en forma de ayudantes y ordenanzas.

De todo ello se deduce, que las órdenes ó instrucciones en el *combate* deben ser claras, precisas, concisas; que el jefe superior nunca debe desviarse para trasmitirlas del órden gerárquico, y dejar que cumplan con holgura su circulacion escalonada.

Generalmente se recomienda el secreto en toda operacion de guerra, ó por lo ménos la tardía revelacion del *plan;* pero disponiéndose al *combate,* no sólo es inútil andarse en misterios, sino que conviene alguna expansion con las tropas. Ya debe suponerse que aquí no se trata de esas arengas oratorias, que nunca han salido de los labios de los grandes caudillos, sino de la pluma laboriosa y literaria de sus historiadores y panegiristas. «Hablar á las tropas,» es simplemente conversar con ellas, mostrándoles el jefe semblante afable donde nunca pueda leerse recelo, perplejidad ni indecision. En las pocas pero expresivas palabras que dirija, cabe sin embargo el más difícil de los artificios, que es hacerlas parecer francas, espontáneas y naturales, á pesar del cúmulo de

atenciones y cuidados que en aquellos instantes asedian y preocupan al hombre más experto y mejor organizado. Al anunciar que está enfrente el enemigo; al enumerar con aire de franqueza y «en lenguaje comprensible al soldado» las ventajas de la propia *fuerza* y *posicion*, las garantías por consiguiente de éxito probable, nunca debe caerse en bravatas ó exageraciones de mal gusto. No ha de trasparentar la duda, ni mucho ménos el miedo al adversario; pero deprimirle y despreciarle demasiado, fuera de lo impropio, quizá produzca resultados negativos. Si, defendiendo un puesto, se hace creer al soldado que pondrá en fuga al enemigo á la primera descarga, y léjos de eso, avanza este imperturbable, lo natural es una reaccion de desaliento áun en el más bravo; si, atacando, se anuncia sériamente que se le llevará de calle, al primer tropiezo el soldado reflexiona y se echa á conjeturar si el enemigo habrá recibido refuerzos, ó su jefe comete un desacierto.—Con el soldado español no se corre peligro alguno en decirle lisa y llanamente la verdad. Por otra parte, con ciertos jefes y capitanes veteranos, no sólo es conveniente, es necesario deponer el aire misterioso y reservado al *entrar en combate*, dándoles la conveniente y justa participacion en la parte del *plan* que á cada uno concierna, para que así la estudien y comprendan mejor. La observacion que alguno hiciere, movido por un celo evidente y recomendable, no debe desoirse por sistema; tal vez ilustre un punto oscuro ó revele una imprevision. Es inútil la afectada rigidez con hombres leales y probados, de cuya abnegacion y obediencia se tiene seguridad perfecta.

En la guerra, como juiciosamente dice Verdy du Vernois, hay un tropiezo, más temible aún que la indisciplina, á la cual siempre puede poner coto un jefe enérgico: hay la equivocacion, el aturdimiento, el azar que entorpecen y perjudican la estricta ejecucion de lo que se manda. En toda trasmision de órdenes juegan tres personas: el que la da, el que la lleva y el que la recibe. Al comunicarla, el jefe puede muy

bien no explicarse con la debida claridad, olvidar algun detalle por creerlo innecesario ó sobreentendido, cambiar involuntariamente algun nombre propio. El mensajero tambien puede por su parte no entender ó no comprender bien lo que se le encarga; con la prisa procurará grabarse por el momento las palabras en la memoria, pero á los pocos minutos de galope, es muy posible que vayan tomando otro giro, y que, sin perder en el fondo su verdadero sentido, las exprese á su manera, y dé al conjunto de la órden que trasmite una significacion muy diferente. En fin, el que recibe la órden algunas veces la comprende mal y la ejecuta al revés. Todo ello sin contar, que siempre se necesita tiempo para la trasmision, y que en el intermedio las circunstancias han podido variar.

Es más difícil de lo que generalmente se cree, expedir y distribuir órdenes: constituye un ramo del *mando*, en el que es menester ejercitarse con atencion, si se han de evitar equivocaciones y accidentes lamentables. Lo mejor es escribir; pero en el *combate* no es factible, sino para grandes masas, como cuerpos de ejército. Cuando hay poca distancia ó camino que recorrer del jefe al inferior, cuando aquel se encuentra en medio del torbellino de la accion, sus órdenes, que tienen que llegar con rapidez, solo pueden ser trasmitidas verbalmente. En estas órdenes verbales, es recomendable la costumbre de hacer repetir en alta voz la órden dada, ántes que el ayudante ó el ordenanza se aleje.

Vigilar la ejecucion de las órdenes es fácil miéntras el jefe puede seguir á las tropas con la mirada; pero si se le ocultan, ó se empeñan lejos, no puede esperar con certeza, por precisas que hayan sido sus instrucciones, partes enviados á tiempo y con satisfactoria exactitud. La refriega que emprende una tropa absorbe naturalmente toda su atencion, y rara vez se ocupa del comandante superior, si no está con ella ó á la vista. Esta es una verdad de experiencia, y por lo tanto hay que prevenir en lo posible las consecuencias desastrosas

que suelen resultar. Lo mejor es, habiendo tiempo, enviar oficiales especialmente encargados de ver si los movimientos prescritos están en plena y exacta ejecucion á distancias muy largas. Estos oficiales pueden agregarse en permanencia á ciertos trozos ó fracciones de tropa con el exclusivo encargo de celar la ejecucion de las órdenes y dar cuenta de los sucesos.

Como á los oficiales que componen el cuartel general divisionario incumbe particularmente este delicado servicio, poderoso auxilio del mando, se recordarán algunas advertencias.

Aunque al oficial del cuerpo de estado mayor concierne principalmente la comunicacion y distribucion de órdenes, todos, durante el combate, deben ofrecer al general el concurso de su inteligencia y de su celo, para tenerle al corriente de la situacion y facilitarle los medios de tomar las disposiciones convenientes. Puesto que el superior no puede estar en todas partes, ni debe cambiar de lugar sino lo ménos posible, el oficial de estado mayor debe separarse de cuando en cuando segun lo exijan las circunstancias; pero sin hacer muy largas sus ausencias, y por supuesto siempre con la vénia anticipada.

Por otra parte, para el reconocimiento del terreno, singularmente en caso de avance y ofensiva, el tiempo escasea para que un solo individuo pueda ver por sus propios ojos la extension, hoy relativamente considerable, que la simple division necesita: las tropas, á medida que van llegando, tienen que recibir órdenes inmediatas, y es imposible tomar disposiciones acertadas sin tener por lo ménos alguna idea de la configuracion del terreno.

En estos diferentes casos, el jefe de una tropa algo numerosa necesita oficiales de su confianza, que se trasladen á los diversos puntos á donde no pueda acudir personalmente, para que vean y observen por él, recogiendo, sin necesidad

de prévias instrucciones, cuantos datos y noticias puedan, bajo cualquier aspecto, concurrir á secundar y facilitar la accion del mando superior. No basta en el buen oficial de estado mayor ó ayudante de campo, limitarse á comprender la situacion de la tropa á que esté afecto: debe abarcar en conjunto y darse cuenta de las diferentes fases y caractéres del combate y del terreno. Sólo una instruccion profunda, y en continuado ejercicio, pueden dar la aptitud necesaria al oficial de estado mayor divisionario, obligado forzosamente á no perder de vista el conjunto, y á estar contínuamente alejándose del punto que le permite abrazarlo. Por eso, cada vez que regresa al cuartel general, lo primero que debe hacer es informarse de lo ocurrido durante su ausencia.

Por lo demás las órdenes, instrucciones ó disposiciones para un *combate* no pueden darse con mucha antelacion, sino en el caso de *defensiva* ó de llevar largo tiempo en *contacto* inmediato con el enemigo. De todos modos sólo podrán abrazar generalidades como las siguientes: Manifestar lo que se sepa y convenga decir del enemigo.—Indicar el objeto general que se propone conseguir el jefe superior.—Especificar bien el juego y papel de la division, de cada brigada, de cada batallon, si es necesario.—Señalar, en cuanto se pueda, la formacion que debe adoptarse en primera ó segunda línea y en las reservas.—Indicar el ataque directo y los movimientos correlativos de flanco y envolventes, señalando la posicion de las tropas cercanas y el concurso que de ellas se puede esperar.—Fijar con precision el *objetivo* asignado á cada cuerpo ó fraccion. Por ejemplo, tal batallon atacará la cresta y despues la ermita de..... hasta el camino de..... y estará sostenido el camino de la derecha por..... á la izquierda por.....—Mencionar aquellos puntos en que las diversas tropas empeñadas en el frente de combate deben procurar reunirse.—Desembocaduras hácia el enemigo asignadas á cada fraccion. Horas y minutos en que los escalones de cabeza deben aparecer en los

puntos prescritos.—Colocaciones sucesivas de las ambulancias y columnas de municiones, que se habrán hecho avanzar á proximidad del campo de batalla.—Línea que no deberán rebasar las cabezas de los convoyes y trenes regimentales. Colocacion de los convoyes, parques de artillería é ingenieros y tropas sueltas.—Estaciones de ferro-carril ó puntos de evacuacion y hospitales afectos. Lugares en que se podrán encontrar carros de requisicion para acelerar las evacuaciones.—Situacion de los cuarteles generales de la division y del cuerpo de ejército, con indicacion si es posible de las estaciones telegráficas abiertas, para acelerar la trasmision de las órdenes y de los partes.

Preparacion táctica.

En el combate moderno la preparacion *táctica* ó material tiene procedimientos bastante diferentes de los empleados hasta hace diez años. Segun la vieja doctrina, la *vanguardia* se empleaba como telon ó biombo, como máscara protectora, miéntras el grueso del ejército maniobraba para *tomar posicion*. Esto implicaba la idea de que la vanguardia retrocediese cuando la *línea de batalla* quedaba formada. Actualmente se considera inútil y peligroso cualquier movimiento retrógrado al empeñar un *combate:* produce impresion moral desfavorable y hace perder tiempo y terreno. Estas mismas razones son las que tambien, más en pequeño, prescriben mantener la *línea de tiradores*, ántes considerada como vanguardia del batallon, que cubria su despliegue y se retiraba cuando éste entraba en fuego. Hoy, con la creciente importancia de las *posiciones*, se estatuye que nunca se abandone el terreno ocupado para reconquistarlo otra vez penosamente, y se reconoce el peligro de los movimientos voluntarios de retroceso. Por eso en las últimas guerras la *vanguardia,* sin perder su accion protectora ó cubridora, ha venido á constituir realmente el primer *escalon de comba-*

te, manteniéndose firme hasta que las demás tropas llegan sucesivamente á reforzarla.

Esta modificacion entraña otras muy graves: ántes el comandante del *grueso* podia tomar reposadamente disposiciones diversas ó independientes de las de su *vanguardia;* pero hoy, á la inversa, tiene que conformarse á estas y por consiguiente adelantarse en persona. Lewal está en desacuerdo con los tratadistas alemanes, respecto á la denominacion de *tropas de seguridad,* que ellos dan á la vanguardia: sostiene calorosamente que ella empeña la accion; los refuerzos sucesivos la desarrollan; el frente se completa á medida que las tropas llegan; y en vez de estar encargada de seguridad ni de proteccion, hace desde luego papel no sólo esencialmente activo, sino á veces tambien decisivo. (Tact. de comb., pág. 373.)

La regla novísima es, pues, echar adelante las dos terceras partes de la artillería, ponerla en batería detrás de la vanguardia y romper el fuego en el acto; lanzar tambien adelante, y tan lejos como se pueda, si ya no lo está, las tres cuartas partes de la caballería, para inquietar y sobre todo observar atentamente al enemigo; romper las grandes columnas de marcha por brigadas, batallones y compañías, con arreglo á las prescripciones del reglamento táctico de cada arma. Esto es claro y preciso.

Mas para esta *preparacion* en tan pocas palabras explicada; para esta ruptura, ó fraccionamiento, ó diseminacion de la gruesa *columna de marcha* en otras, tan pequeñas que bajan hasta la de compañía, bien se comprende que si han de reinar órden, concierto y rapidez, forzoso es que las tácticas *elementales* den procedimientos fáciles y seguros, y que en los campos de ejercicio y simulacro hayan adquirido las tropas cierto hábito de un órden preparatorio de combate bien sabido por todos y fácil de tomar sin fatiga ni confusion. Por lo expuesto se ve que, en resúmen, el órden preparatorio de combate viene á ser casi siempre el órden definitivo.

4. Accion y efecto de las armas.

Infantería.

El renacimiento del *arte militar* tuvo lugar por la propagacion de la pólvora y la preponderancia de la infantería en los ejércitos. Durante los siglos XVI y XVII, los memorables *tercios* españoles dieron en Flandes, en Italia, en Africa, en el mundo entero, la ley ó norma táctica: y ni entónces las poderosas naciones que los combatian, ni hoy el mundo militar se atreve á cercenar á nuestra infantería la fama imperecedera y legítima que debe á su singular aptitud de ataque y resistencia; á sus increibles dotes de paciente docilidad, de constancia y dureza en la fatiga; á sus especiales y casi opuestas condiciones de soltura, solidez, agilidad y bravura. España es, «por confesion de extraños,» la tierra clásica de la moderna *infantería*. Ella constituye hoy el nervio de todos los ejércitos permanentes. Es el arma de fondo, la primera materia, la más abundante y barata, la más fácil de reclutar, mantener, educar, instruir y formar. La infantería sirve para todo: es el arma de todas las ocasiones, de todos los lances, de todos los terrenos, de todos los climas, de todas las estaciones, de todas las horas del dia y de la noche. Con ella sola se acomete cualquier empresa; sus pocas necesidades son al punto satisfechas; con su armamento uniforme, su equipo sencillo, su táctica flexible, todos los movimientos son rápidos, claros, expeditos. La infantería tiene evidente superioridad *táctica* por su triple accion de fuego, choque y resistencia: tiene, como más numerosa, superioridad *orgánica*, y de ella se extraen hombres para obreros, para ayudar en servicios técnicos, para todas las pequeñas industrias de un ejército, que, abriendo las operaciones de una campaña, se trasforma en una verdadera colonia móvil, en una gran tribu

errante. A la infantería incumbe el principal papel, casi exclusivo, en la guerra de *sitios y posiciones*, en la guerra *de montaña*, en todo ataque y defensa de *puestos*. Ella empieza las batallas; engruesa las escaramuzas; cubre gran parte del *servicio avanzado*; combate entre la niebla y la oscuridad de la noche, esquivando ó acometiendo á las otras armas, á las que tambien resiste en pleno dia y en todas circunstancias, á las que siempre sirve de apoyo y proteccion.

Todo esto es innegable. Pero en manera alguna debe deducir el oficial de infantería ideas vanas de absoluta superioridad y aislamiento; pretensiones de avasallar; ni mucho ménos, bajo el manto falaz del espíritu de cuerpo ó «de arma,» mantener vivas esas eternas y pueriles cuestiones ó rencillas de «primacía y precedencia,» propias de tiempos que ya pasaron; y que por fútiles que sean en «el cuerpo de guardia,» pueden ser perjudiciales y hasta desastrosas en «el campo de batalla.» La *infantería* es parte integrante y la más principal, pero parte y no el todo de un *ejército* bien *constituido:* á ella le incumben, es cierto, el deber y el honor de preparar, ayudar, proteger, cubrir, asegurar, acrecentar la *accion* y los *efectos* de la caballería y artillería; pero de estas dos armas—que no son *accesorias* por más que se diga—recibe á su vez la *infantería* mútuo auxilio, proteccion y aumento de valor. Es verdad que en país quebrado ó montuoso y en llanuras hoy con su fuego, la *infantería* puede contrarestar á la caballería; es verdad que detrás de un monton de tierra, y en campo raso, puede esquivar la artillería; pero ¿de qué sirve una victoria, si no se aprovecha? ¿Qué hace la *infantería*, despues de rota al enemigo su línea de batalla, sin rápidos jinetes que concluyan de desbaratarla y emprendan sangrienta *persecucion*, complemento indispensable de la victoria? ¿Por dónde han abordado la línea enemiga las *columnas de ataque*, sino por el camino que la han trazado y por la brecha material que abrieron las granadas, la metralla de una artillería, serena en el peligro, certera en su fuego, rápi-

da y audaz en sus maniobras? La *infantería*, por más que pueda escalar el cielo, no hace figura muy airosa, ella sola, sin *artillería* ni *ingenieros*, ante los profundos fosos y las altas escarpas de una *plaza fuerte*..... Se citan estos casos como prueba de la reciprocidad de *accion* y de *servicio*, de la conexion íntima y, si pudiera decirse, de la «confraternidad táctica» que deben reinar en las *tres armas*, para formar un *ejército*, en paz y en guerra, un *todo* trabado, compacto, armónico, disciplinado, y capaz por consiguiente de esos esfuerzos inauditos, que reuniendo en una todas las fuerzas y todas las voluntades, producen increibles resultados y memorables hechos.

A este principio fecundo de mutualidad, de unidad, de *composicion*, se obedece en todas las páginas de este libro, cuya forma causará quizá alguna extrañeza por lo desusada. Aunque dirigido especialmente al jóven *Oficial de infantería*, sería comprender muy mal su instruccion y su provecho, vendarle los ojos para hacerle oir una especie de himno exclusivo en honor del «arma.» Efectivamente, lo primero que debe conocer á fondo el oficial es su arma *propia;* pero no lo logrará sino á medias, ignorando por sistema, rutina ó preocupacion cómo las otras la atacan, cómo de ellas se defiende, y qué fuerza y apoyo da ó quita su reunion y separacion. Manuales hay, sin embargo, en que se trata de un arma *sola* como si no hubiera más en el mundo. En el dia no es admisible ese sistema, que como lisonja es vano, como doctrina, perjudicial. El *arte de la guerra* no se puede dominar, sino como todo se domina, alzándose sobre la vulgaridad: el Capitan hoy, mañana será Jefe, algun dia Oficial *general*, y mal podrá tener la «generalidad» de conocimientos y aptitudes, que el nombre mismo indica, si no comienza desde muy temprano á estudiar y comprender ese *todo* que le rodea, y del cual naturalmente empieza por formar parte mínima, pero esencial é integrante.

Casos se cuentan—muy raros por supuesto—de acometer la infantería á la caballería. César lo hizo en Farsalia; los españoles lo hemos hecho, y los ingleses y los prusianos, y en general cualquiera infantería *consistente* y excitada por el triunfo. ¿Quién dice que en lo futuro, con el nuevo fusil, no puedan repetirse? Pero de todos modos estos ejemplos agresivos deben considerarse, por ahora, como anómalos y extraordinarios. La «accion normal» de la *infantería* contra caballería siempre será *defensiva;* lo mejor, por de contado, es *utilizar el terreno* y la *fortificacion*, poner obstáculo intermedio. Antes áun en llanura rasa los *cuadros* eran la fórmula. Tan instintiva y lógica es esta disposicion táctica, que lo mismo la usaron los griegos contra los persas, que los romanos contra los partos, que los franceses y nosotros contra los árabes. Afortunadamente el *cuadro único* de la táctica vigente llena todas las condiciones exigidas á este género de formacion. Con él es imposible aturdimiento, ni vacilacion; pero lo importante, y no muy fácil por las circunstancias, es mantener sangre fria, órden y silencio en las filas. Antes se aconsejaba (en los libros) tirar poco y bien: hoy parece más cuerdo, con las nuevas armas, tirar todo lo que se pueda. Evidentemente hay probabilidades, no de victoria, sino de salvacion en una buena infantería cargada por la caballería «sola.» Pero —y aquí sobrevienen las anteriores consideraciones—si esta *caballería*, como puede y debe ser, maniobra en combinacion y fraternidad con *infantería* (en una retirada, por ejemplo), ¿qué hará la *infantería sola* en su cuadro? Y si, como casi siempre sucede y debe suceder, la *caballería* maniobra conjuntamente con *artillería*, ¿qué recurso le queda á la pobre *infantería sola*?—Morir..... hecha pedazos, batida en brecha, como los memorables tercios de Rocroi en 1643.

En el dia tiende á borrarse como en España en toda Europa, la antigua, y últimamente convencional, distincion entre la infantería de *línea* y *ligera*, que en resumidas cuentas ve-

nia á consistir en el color de los vivos, blancos ó amarillos. En ciertos países, como dijimos de Austria, en que hay visible diferencia de aptitud física entre el soldado croata y el tirolés, las varias *especies de infantería* son comprensibles; no así en Francia, que todavía conservaba en 1870 *granaderos* con gorra de pelo, y «*tirailleurs, chasseurs* y *voltigeurs.*»

A la infantería *de línea*, en los tiempos de la táctica apelmazada y napoleónica, en que todo era columna cerrada, masa y conjunto, no se le exigia mucho individualmente, sino las condiciones colectivas de firmeza, solidez y serenidad. En aquellos tiempos de Austerlitz y Waterlóo, continuados por los rusos en Alma é Inkerman, no se concebia que la *unidad-batallon* ni mucho ménos la *unidad-compañía* tuviesen pretensiones de formar *columna* por sí. La *columna* solia ser más gruesa y respetable, como que entraban por elementos, á manera de escuadras hoy, los batallones y los regimientos enteros. En tamaña exageracion de robustez, la «individualidad,» no ya del individuo, sino de la *unidad táctica* elemental, y áun de la *brigada* por completo, quedaba materialmente ahogada, perdida; allí no habia más horizonte que el de la visera del chacó, ni más obligacion que el tacto de codos y cerrar el hueco producido por la bala de cañon. No era, pues, necesario en la infantería *de línea* constantemente encajonada entre sus guías y oficiales buscar iniciativa, soltura, agilidad ni inteligencia. Hoy es todo lo contrario.

Orden abierto y disperso.

Hasta hace pocos años corrian como sentenciosas, ó por lo ménos como agudas, aquellas sabidas expresiones: «la bala es loca, la bayoneta cuerda;» «el fusil no es más que el mango de la bayoneta,» y otras varias dirigidas á mantener la preferencia del *arma blanca* sobre el *fuego* de la infantería. Sea porque aquellas frases saliesen de labios del Mariscal de Sajonia ó de Souvarow, de Napoleon ó de Blücher; sea por-

que sonasen bien en las filas francesas, tan idólatras de la bravura y del arrojo ciego, lo cierto es que hasta hace poco persistian como «máximas,» á pesar de innumerables descalabros ó escarmientos; y, con la ligereza algo presuntuosa, genial en nuestros vecinos, se complacian en repetir: «la baïonnette, c'est une arme française.» Todavía en 1866, la célebre alocucion del feldzeugmeister austriaco Benedek, que al abrir la campaña, profetizaba desdeñosamente á sus tropas la «ventaja infalible de la bayoneta sobre el fusil de aguja,» vino á confirmar lo expuesto que es, en *guerra* y en *táctica*, ceder á preocupaciones ó negarse á olvidar reglas y principios anticuados.

En 1793, con el *fusil de chispa*, con su escasa y diseminada artillería, las columnas republicanas francesas bien podian avanzar incólumes, tras de su densa nube de guerrillas, contra *líneas* rígidas, casi inmóviles, formadas de hombres pesados y torpes en el manejo del arma. Más adelante, las tropas inglesas empezaron á demostrar cruelmente lo que valía el *fuego*, con armas que hoy, comparativamente, ya se pueden llamar imperfectas. Los rifles, la introduccion de las cápsulas y de las rayas vinieron años despues confirmando la sospecha de no ser ya tan *decisiva* la bayoneta; ó al ménos de no poder continuar el uso tan frecuente y ensalzado.

Es curioso comprobar, con la historia en la mano, la inmensa fuerza de inercia, de rozamiento, de anulacion que la rutina, decorada á veces con el respetable nombre de tradicion, opone en todos tiempos al curso natural de los sucesos, al advenimiento de los hechos, á la introduccion de las modificaciones ó perfecciones que ellos de suyo imperiosamente determinan.

El órden *abierto* ó *extenso*, el adelgazamiento de la *formacion*, parece que debió estar indicado, ó más bien impuesto, desde que la bala atravesó la coraza ya en el siglo XV, ó por lo ménos, desde principios del XVI, en que la artillería fran-

cesa destrozó la infantería suiza en Marignano, y la arcabucería española barrió la caballería y la artillería francesas en Pavía. En esta última jornada, bajo varios aspectos memorable, quedó sancionado, con la sancion de la experiencia, de la victoria, eso que hoy llamamos órden *delgado, abierto, disperso*.

No quisiéramos que en esta afirmacion, puramente técnica, se trasparentase el patriotismo; y lo probaríamos, si los límites de esta obrilla no nos vedasen largas consideraciones que aplazamos para nuestra *Historia militar* inédita. No podemos sin embargo resistir la tentacion de trascribir la cita que el francés Guichard hace de otro francés, Brantôme, en el notable «Curso de Arte militar» que sirve de texto en la escuela de aplicacion de artillería é ingenieros; y la dejaremos hasta con su anticuada ortografía, para que no pierda su rancio sabor: «Quinze cents arquebusiers espagnols des plus adroicts, des plus pratiquéz, ruséz, et surtout des plus ingambes et dispos, sans ordre aucun s'estendoient par escadres par tout le Camp, donnant des tours, et fesant des voltes deçà, delà, d'une part et d'autre, avecque une grande vitesse; et ainsi ils trompoient la furie des chevaux.»

Nadie hizo caso. La máquina oficial, el «reglamento» siguió mirando hácia atrás, hácia el sólido esguízaro, hácia la falange macedónica. Los descendientes de los certeros *tiradores* de Pavía y de San Quintin seguian revoloteando por toda concesion en torno del macizo escuadron de picas, como en los siglos XVI y XVII se siguió llamando á la densa *columna* de hombres apretados codo con codo y pecho con espalda. El *cañon* seguia haciendo de las suyas en Cerisola (1544), en Rocroi (1643), en Lens (1648), en Fleurus (1690): nada importaba. El reglamento seguia inexorable: bastante cedia, bajando á regañadientes de las diez y seis filas griegas á ocho, á cuatro y, en fin, con general asombro, á tres en 1703, gracias á la poderosa iniciativa del célebre Vauban, pensador á fuer de ingeniero. Todo el siglo XVIII corrió con sus *tres filas* reglamentarias, entre lamentos de despedida

á la *pica* y discusiones sobre el *órden profundo*, como puede verse en el extenso artículo que á la *táctica* hemos dedicado en el *Diccionario militar*. Viene nuestro siglo XIX, tras la Revolucion francesa que hace tabla rasa; con Napoleon I, que hace «lo que quiere;» y la *táctica* cada vez más apelmazada, el órden más *denso;* las célebres *columnas* de Wagram son guerrillas comparadas con las de Waterlóo.

Indudablemente aquí hay algo más que rutina y apego á lo pasado. Si en España se pudiese ya llamar las cosas por su nombre; si en materias militares se pudiese sin peligro mezclar esas otras que se tienen por políticas ó civiles (con horror de algunos veteranos), este humilde manual se atreveria á indicar que en *táctica*, como en todo aquello en que entra el *hombre* con su humanidad, entran por mucho elementos que pudieran llamarse biológicos, filosóficos, psicológicos. Mas siendo peligrosas las incursiones por tan resbaladizos terrenos, apelaremos á la permitida estratagema de tirar por tabla y hacer hablar á otros. Por ejemplo, el escritor más reputado en Francia dice textualmente traducido:

«¡Cosa extraña! Napoleon I no comprendió el porvenir del *órden disperso*, ó más bien lo desdeñó, porque no lo necesitaba. Esta disposicion de combate era cabalmente contraria á su carácter absoluto: toda iniciativa le disgustaba y jamás la toleró. En Bassano, en Marengo, en Arcola por ejemplo, á pesar de lo reducido de sus ejércitos, la direccion se le habia escapado de entre las manos durante la batalla. Vió en la generalizacion del empleo de los tiradores la imposibilidad de dirigir personal y exclusivamente las acciones; temió la tendencia que tomarian las diversas fracciones del ejército á disgregarse unas de otras; y para evitar este inconveniente, suprimió de plano la cosa en vez de buscarle remedio. Por eso prefirió siempre las *masas*, con obediencia pasiva, al desarrollo de las facultades individuales. Aniquilando todas las voluntades, la suya subsistía sola: él era así el motor único, y nadie despues de él era nada. Ahogó toda iniciativa

en sus lugartenientes, y con mayor razon en los oficiales superiores. La historia nos enseña cuán grande fué su falta, y él mismo la reconoció despues de sus reveses.»

«En tiempos de su prosperidad obró contrariamente á los principios que más tarde proclamó. Se obstinó en reducir el empleo del órden disperso; y, con pretexto de regularizar la accion de los tiradores, los suprimió casi del todo. Entonces se cayó en las líneas llenas, las columnas profundas y macizas; se procedió por masas, y la habilidad en las disposiciones estratégicas del combate, parte en que Napoleon sobresalía, compensó el defecto de las disposiciones tácticas, parte en la cual siempre se mostró mediano (mediocre). Despues del primer imperio subsistió esta errónea tradicion. Los tiradores en grandes bandas asustaron siempre á los espíritus clásicos. Vieron un grave peligro en esta especie de desbandada, obrando sin reglas, sin principios, sin direccion, conduciendo irremediablemente al desórden; y la proscribieron formalmente, sin ocuparse en buscar los medios de utilizarla imprimiendo regularidad.» (*Lewal.* Tact. de comb., pág. 133.) ¿No se siente latir en las anteriores líneas algo que no es *táctico* y mucho que es otra cosa? Con la desaparicion del órden denso y cerrado desaparecen ideas, desaparecen principios, incompatibles ya con la organizacion militar, con el régimen social.

Afortunadamente en 1884 no hay que esforzar el razonamiento; el camino está andado, la solucion admitida. El mismo autor que se acaba de citar sostiene, sin peligro, la formacion habitual en una sola fila, clara, esponjosa, que admita interpolaciones, la guerrilla normal, el órden disperso. Desde 1870 los *reglamentos tácticos* de toda Europa han pasado por esa, que algunos llamarán derogacion, humillacion.

Aunque esté aceptada, no huelgan algunas consideraciones que la remachen. El *órden disperso* no procede del capricho ó de la moda. Si el *fuego* es hoy el más poderoso elemento de

combate, lo racional y lógico es buscar disposiciones tácticas que aumenten su *efecto* sobre el enemigo y sustraigan del que este cause. Lo primero se logra poniendo en juego el mayor número de fusiles y cañones, en eficaces condiciones de precision y alcance; lo segundo, aclarando la línea extrema de combate sin que pierda cohesion y fortaleza. El órden reglamentario actual da la holgura indispensable al tirador para usar con provecho su arma; le permite utilizar el terreno y buscar abrigo próximo; le da iniciativa, soltura y agilidad para los saltos de avance, los empujes vigorosos en coyunturas imprevistas, que pasan como el relámpago; y, sobre todo, en conjunto permite extender la línea de fuego, con tendencia creciente sobre las alas del enemigo, tanto para desbordarlas, como para garantir y asegurar las propias.

Nada de esto seria posible ó fácil con el órden *cerrado* y *compacto* á la antigua. Repetimos: el órden disperso está hecho, segun la frase sacramental; los tiradores son elemento muy poderoso, muy esencial de combate, y no accesorio como tiempos atrás. Dado el asunto por indiscutible, por inconcuso, basta de estériles lamentaciones, de anacrónicas censuras, de rutinarias resistencias. Ahora el varonil empeño y la provechosa tarea es ordenar el desórden, regularizar lo irregular, encauzar lo que se desborda. El Marqués del Duero, hace 30 años y á través de formidables obstáculos, señaló el hito, dió el ejemplo.

¡Que el órden disperso tiene defectos! ¿Y qué no los tiene en lo humano? Efectivamente el guerrillon, el enjambre, el individualismo pugnan con las ideas «admitidas;» parece que llevan directamente á la indisciplina, á la confusion, al caos; no se comprende cómo se podrá mantener las tropas en la mano, ejercer la autoridad, señalar la direccion, ejecutar la combinacion; no se alcanza cómo se podrá evitar el derroche de municiones, la mezcla de unidades, y sobre todo, en el trance supremo de la derrota, la dispersion verdadera, incoercible, sin dique ni freno.

No hay que asustarse. La *disciplina* no varía porque la *formacion de combate* sea compacta ó dispersa: sus resortes, si están bien templados, bien manejados, juegan en todos los tiempos, en todas las *tácticas*. Despertar, avivar la individualidad del soldado no es peligroso, si á la par y en creciente proporcion, se eleva la autoridad *moral* y *técnica* del sargento y del oficial. La cuestion en suma—grave siempre—es acertar con nuevos rumbos para la *educacion militar*.

Fuegos.

El fuego es en el dia el único medio de accion de la *infantería*, así en la *preparacion*, como en la *ejecucion* y hasta en la *decision* del combate; puesto que el asalto, la carga, es decir, el combate cuerpo á cuerpo no viene á ser más que el resultado del efecto producido anteriormente por el fuego. Cuando se da el asalto, la *posicion* está ya moralmente tomada, si es que no ha sido realmente abandonada. De aquí se deduce que, para obtener superioridad sobre el adversario, la *infantería*, lo mismo que la *artillería*, tiene que adquirir *superioridad de fuegos*.

La *eficacia* del fuego depende, por una parte, de las condiciones *balísticas* del arma; y por otra del *empleo* que de ella se haga, tanto por el soldado que la maneja individualmente, como por el oficial y los jefes que dirijan el fuego en conjunto. El moderno fusil de retrocarga, que constituye el armamento de la infantería en todas las potencias de Europa, reune las condiciones que se deben exigir en un arma de guerra. Suprimido el viento y centrado exactamente el proyectil, la *precision* y el *alcance* son mucho mayores, y, por consecuencia de las mayores velocidades y de la adopcion de los pequeños calibres, se obtienen *trayectorias* muy rasantes á pequeñas distancias. Esto permite simplificar notablemente las *reglas de tiro*; puesto que cuanto mayor sea la *tension* de la trayectoria, mayores serán las *zonas peligrosas*, y menor por

tanto la influencia de los errores en la puntería. La disminucion del *calibre* permite tambien aprovechar la *rapidez* del tiro, que es una de las principales ventajas del sistema de *retrocarga;* puesto que podrán llevarse mayores dotaciones para hacer frente al mayor consumo.

El fusil moderno, de uno ú otro sistema, ofrece en todas las naciones bastante precision á las mayores distancias; se ensucia poco; se limpia fácilmente; el mecanismo es sencillo, sólido y seguro; es fácil de armar y desarmar; el retroceso es soportable; su peso no es excesivo, y el centro de gravedad está situado de manera que el soldado puede manejarlo bien como arma de fuego, y como arma blanca, ofensiva ó defensiva, cuando se usa la bayoneta.

Estas condiciones balísticas, que pueden resumirse en dos, *tension de la trayectoria* y *precision*, son peculiares del *sistema* de armamento; pero pueden modificarse por el procedimiento de *puntería* y por la destreza del tirador. En cuanto á lo primero, es indudable que apuntando siempre al pié del blanco, como aconsejan los reglamentos prusianos, se disminuye la flecha de la trayectoria, es decir, se hace en conjunto el tiro más rasante, y por lo tanto más preciso. Por otra parte el pié del blanco, tratándose de tropas, se determina mucho mejor que el punto medio ó la cintura del hombre. En cada sistema de armamento, su *precision* peculiar, que en cada caso y á cada distancia se mide por los desvios probables del disparo, determina una distancia, desde la cual el tiro aislado deja de ser *eficaz*. A partir de esta distancia, que oscila hoy, segun la magnitud del blanco, entre 600m y 800m, no se puede continuar el fuego individual á discrecion del soldado; y si se quiere aprovechar las excelentes propiedades del arma actual, es preciso recurrir al fuego colectivo, por reunion de grupos y masas, á la voz ó señal precisa de los oficiales, y que, para resumir en una locucion genérica, se denomina por muchos «fuego á grandes distancias.» Teniendo en cuenta de una parte la dificultad de mandar y ma-

nejar á la voz un grupo muy numeroso, y de otra la necesidad de producir grandes efectos, concentrando el fuego de bastantes tiradores, se admite generalmente que este fuego de grupos debe hacerse por secciones.

Las ventajas de este fuego de salvas, que dicen los franceses, y nosotros por *descargas* son evidentes: basta una palabra para indicarlo á los tiradores; como nadie dispara sino á la voz de mando, el fuego cesa instantáneamente y no se gastan más municiones que las prescritas; todos los proyectiles van dirigidos al punto designado; el humo que producen las descargas se disipa durante las pausas, que pueden variar á voluntad del jefe; á cada instante puede cambiarse de blanco y de alza; la caida simultánea de muchos proyectiles permite observar y rectificar el tiro, cuando no hay otros medios de apreciar las distancias. como lo hace la artillería, es decir, por la observacion de los puntos de caida; en fin, es sin duda alguna el que más facilita lo que se llama ya técnicamente la *disciplina del fuego*. Pero no se debe exagerar la utilidad de este fuego á grandes distancias, hasta el extremo, como algunos proponen, de dar al soldado un alza suplementaria para tirar hasta 2500m: todas las experiencias concuerdan en que el fuego de grandes grupos pierde casi toda su *eficacia* entre 1000m y 1200m contra tropas desplegadas ó dispersas, y entre 1400m á 1500m contra pequeñas columnas; y como los fuegos ineficaces debilitan la moral de la tropa que los ejecuta, á la par que envalentonan al adversario; y sobre todo sería peligroso, por obtener un resultado insignificante á gran distancia, exponerse á que falten municiones para el combate próximo, para el momento *decisivo* en que ha de ser el fuego más fulminante, la distancia de 1500m debe considerarse por hoy como el límite superior del fuego de la infantería.

El fuego por *descargas* exige gran serenidad, tanto en los oficiales que lo dirijan, como en los soldados que lo ejecuten; exige tambien cierta concentracion en la fuerza que no puede

admitirse á la proximidad del enemigo; es absolutamente impracticable á pequeñas distancias; el ruido y la emocion de la lucha no permiten entender ni cumplir las órdenes de los oficiales. En el ataque próximo, el soldado se ocupa solamente en procurarse un abrigo en el terreno para avanzar á saltos; las filas se dislocan; las unidades se confunden; los escalones se convierten en enjambres, y el fuego *á discrecion* es el único posible en esta circunstancia, en que hay que dejar al soldado completa libertad y soltura para el acto vigoroso del choque material. Si, pues, este fuego á discrecion se impone á pequeña distancia, en vez de proscribirlo en los reglamentos, lo que se debe es procurar que no se separe demasiado de la direccion de los oficiales, que no degenere en tiroteo desordenado, ruinoso para las municiones. Se necesitan pausas, que en la ofensiva están indicadas naturalmente por los saltos del avance; pero que en todo caso la *disciplina del fuego* debe tener medios de producir, si se basa en anteriores y repetidos ejercicios, porque es sabido que nada puede improvisarse en el *campo de batalla*.

Los numerosos tratadistas que en estos últimos años discuten, con profundidad y hasta difusion, esta materia de los *fuegos*, tan propicia á disquisiciones en los polígonos de ejercicio y cuyas verdaderas soluciones sólo han de venir del campo de batalla, mencionan como fuego provechoso para la infantería los tiros *indirectos*, que comprenden el *de sumersion* para batir, á la manera de la artillería, tropas ocultas detrás de un atrincheramiento ó abrigo; y el tiro *inclinado*, para barrer con la rama descendente de la trayectoria la cuesta ó falda posterior de las colinas ó pequeñas alturas, á cuyo amparo cree tener el enemigo sus masas sustraidas al fuego *directo*.

Estos fuegos podrán ser de alguna utilidad en ciertos casos: en el ataque de atrincheramientos, y para quebrantar y atemorizar, desde muy lejos, reservas, escuadrones ó baterías abrigadas tras de una cresta ú ondulacion del terreno. Pero,

en general, la infantería debe tirar siempre á blancos visibles no á ciegas sobre objetos imaginarios ó supuestos: tiene ya bastante que hacer para conseguir buen resultado en el tiro *directo*, sin meterse en los honduras del tiro *indirecto*, de suyo efectivamente tan seductor en teoría, pintado en las láminas de un libro, como inseguro en el revuelto campo de batalla. Tampoco será allí muy practicable el fuego individual con limitacion de cartuchos prescrito en algunos reglamentos. Exigir de los tiradores diseminados que lleven cuenta matemática de los cartuchos que gasten, en lo más caliente de la refriega y en lo más récio del peligro, es una perfeccion ilusoria, no muy compatible al parecer con los movimientos inevitables del corazon humano. A decir toda la verdad, la infantería no podrá usar más que dos clases de fuego: el de descargas, á la voz del comandante, y el fuego á discrecion en guerrilla.

El primero cuando se emplea á grandes distancias, no puede proponerse (porque la precision de las armas no lo permite) batir un punto ó un objeto determinado, sino una *zona* del terreno en que se mueva ó maniobre el enemigo. La dispersion natural de los disparos no es por lo tanto signo de ineficacia; y hasta en ciertos casos será conveniente abrir el haz de aquellos, empleando varias alzas, para extender la *zona peligrosa* y cubrir de proyectiles, no sólo el terreno que ocupan las fuerzas enemigas, sino el que tienen que atravesar en su avance ó retirada.

De todos modos estos fuegos no se sostienen durante largo tiempo: se trata de obtener con ellos un efecto repentino ó intermitente; pero no tan continuado, que se consuman gran parte de las municiones á grandes distancias, olvidando que el éxito *decisivo* dependerá siempre del combate próximo; y que si es ventajoso molestar al enemigo desde el momento que se le divisa, es tambien, no ya ventajoso, sino absolutamente indispensable reservarse la aptitud de continuar la lucha con mayor vigor á pequeñas distancias. Por esto la base

primordial de esta clase de tiro es, como queda dicho, la *disciplina del fuego*, que, conservando la direccion en manos de los oficiales, permite regular el consumo de cartuchos segun la importancia de los efectos que puedan obtenerse.

Caballería.

Ordinariamente se llaman armas accesorias ó auxiliares la caballería y la artillería: no porque sea usual, deja de ser algo inexacta esa calificacion. Rigorosamente hablando, accesorio es lo no «esencial:» y si esto lo constituyese hoy exclusivamente el hombre á pié armado con fusil, no cabe duda en que todo lo demás es «accesorio.» Pero el ejército moderno se compone de algo más, de mucho más que de hombres con fusiles; y puede llegarse, usando ciertas palabras sin correctivo, á bastardear ó pervertir las ideas. Positivamente, la caballería no es arma tan «esencial, tan general» como la infantería; pero esta hoy no puede en buena organizacion pasarse sin ella, y la caballería es, como arma táctica, principal é importantísima. Sabido es que en la antigüedad singularmente, y luego en la edad media, constituyó el nervio y fondo de los ejércitos y de los pueblos armados, como partos, tártaros, escitas, númidas, bárbaros, árabes; pero áun modernamente, Napoleon I asienta en sus memorias que 20.000 caballos y 120 piezas equivalen á un ejército ordinario y completo de 60.000 hombres. El mismo deplora amargamente lo incompleto y estéril de sus últimas victorias, por la inferioridad de su caballería; al paso que la enorme masa que presentaron los aliados, era la que daba fuerza y trabazon al círculo de hierro que fué estrechando el radio, y concluyendo con todos los recursos de su talento y de su desesperacion. (V. Dicc. Mil. art. *Caballería.*)

Desde luego hay que confesar que la *caballería*, relativamente á la infantería, es arma complicada, costosa; pero lo complicado y caro de una cosa no prescribe que haya de ser

supérflua. Hoy mismo, sin ir más adelante, los ferro-carriles, aunque costosos, no son por cierto «accesorios;» las armas rayadas y de retrocarga ó cargadas por la culata, objetos de lujo hace pocos años, no son hoy auxiliares en un *ejército constituido*. Que la *caballería* moderna, como la *artillería*, como la *fortificacion*, como la *marina*, sean costosas, está fuera de duda; pero que la perfeccion simultánea de «las cuatro» indica el alto grado de la civilizacion de un pueblo, no hay para qué demostrarlo.

La caballería es un arma realmente delicada y de minuciosos pormenores: para ella es cuestion capital la reunion de ínfimos detalles, de montura, herraje, forraje y cuidado diario; por él y porque el caballo necesita descansar de noche, no madruga tanto como la infantería; por todo ello, la caballería se destruye muy diseminada en *puestos*, ó cuando sufre mucho la intemperie en el *vivac*. Es verdad tambien que su fundamento y su alimento es la *remonta*, que debe elegir y educar bien sus jinetes, y que no sólo necesita para obrar la inspiracion y la ojeada militar de un buen jefe suyo, la luz del dia, y hasta el buen temporal, sino que su *accion táctica* está frecuentemente limitada por los varios accidentes del *terreno*. No solamente necesita ante sí ancho espacio, llano y despejado, para tomar impulso y velocidad, chocar y revolverse, sino que cualquier tropiezo la detiene: un riachuelo, un camino hondo y fangoso, un pedregal, una tierra con labor profunda, una zanja, un atrincheramiento por flojo que sea. En *guerra de montaña* su importancia mengua: su número relativo decrece por lo tanto; mas no por eso excluye su notoria é indispensable utilidad.

La primera idea que despierta instintivamente la *caballería*, y que formulaba por completo la irregular de los antiguos, es un no sé qué de bravío, de emprendedor, de instantáneo: una sensacion de torbellino revuelto y polvoroso. No se con-

cibe ciertamente la caballería defendiéndose: el fuego, la repulsion, la quietud, la *defensiva* es excepcion: para ella siempre el ataque, el choque, la carga, la ofensiva.

Al revés en la *infantería* se percibe siempre algo lento, maduro, mesurado. Entre las dos ideas, casi simultáneas en caballería, de la agresion y de la fuga, nace en la infantería y crece una idea fuerte, resuelta, de resistencia, de tenacidad, de reiteracion. Pero por esto cabalmente ambas armas se armonizan y completan mútuamente en los ejércitos bien constituidos y organizados.

La caballería—dejando por ahora su antigua y principal accion—ayuda y completa á la infantería *divisionaria* en el servicio avanzado, en patrullas y descubiertas; en difíciles maniobras de vanguardia, flanqueo y retaguardia; en escaramuzas, reconocimientos, destacamentos, escoltas de generales, de socorros, convoyes y forrajes. Siempre la caballería vela contra toda tentativa por los flancos expuestos de la infantería; siempre la costea y cubre; siempre refuerza sus alas cuando están mal apoyadas al terreno. Al primer síntoma de flojedad y confusion en las filas revueltas y mermadas de la infantería, ella se arroja delante; traba escaramuza, caracolea en tiradores, ó carga á fondo; pero de todos modos atrae el fuego y la atencion del enemigo, y al calor de su bravura toma respiro y vigor para rehacerse la infantería fatigada ó rota.

Por otra parte, la *accion táctica* de la caballería en tal manera depende del armamento y de la *especie* y *calidad* de la infantería, que hoy, á consecuencia de las pasmosas mejoras del fusil y del cañon, los militares pensadores, reconociendo que es imposible obrar con sujecion á las leyes tácticas de principios del siglo, andan asaz embarazados y perplejos para prescribir, ó mejor dicho, para adivinar las inevitables modificaciones que podrán convenir.

Positivamente, ante el armamento actual, podria decirse que

el jinete vuelve á encontrarse en situacion muy análoga á la del caballero con armadura ante el imperfecto arcabuz del siglo XV; la guerra de Italia y las más recientes de Alemania y Francia han modificado radicalmente las ideas napoleónicas de *masas* enormes y exclusivas para todo: masas de caballería; masas, ó mejor falanjes macedónicas, para infantería. No parece que con el cañon y el fusil de hoy puedan volver á repetirse, en iguales condiciones, las brillantes cargas de Kellermann, Poniatowsky y Murat: y por otra parte la actual carabina de retrocarga, tan fácil de manejar á caballo, permite á la caballería volver á usar el fuego, como los *reitres* y *ferreruelos* del siglo XVI.

En tal perplejidad, la prudencia aconseja huir en lo futuro de dos extremos; ni desmenuzar la caballería en *turmas* romanas, como el duque de Alba ó Gustavo Adolfo, ni repetir las enormidades de Luis XIV ó del primer imperio francés.

La caballería hoy parece que debe ser esencialmente *divisionaria*, con pequeño cuerpo de *reserva*; contar á la *artillería* como parte integrante suya, y mantener con la *infantería* una intimidad, una ligazon *táctica*, tan cultivada en el campo de asamblea y de batalla, que no pueda ya repetirse un pánico, ni oirse jamás el vergonzoso «nos cortan» por falta de costumbre de sentir á retaguardia las sonoras y polvorosas maniobras de los escuadrones propios.

Todo lo absoluto y escolástico está reñido con la *guerra*, de suyo vária y circunstancial. Eso de dividir las *batallas* en actos como una tragedia clásica, con su coro de exposicion en las guerrillas, el enredo de la fábula con la artillería é infantería, y luego un desenlace en que la caballería concluye con todo, como D. Quijote con el retablo de maese Pedro, es amanerar las cosas y exponerse á inculcar principios falsos, de los que forzosamente se desprenden reglas infecundas, inexactas é inaplicables.

Por eso no conviene fijar ni estatuir como «doctrina» que la accion de la caballería sea *única* y *resolvente*, segun dicen

algunos libros muy modernos y muy celebrados. En rigor no es ella sola la que obtiene, sino la que decide y completa la victoria. La artillería trastorna y conmueve; la infantería rompe y desbarata; la caballería dispersa, acuchilla, coge prisioneros. Ahora y ántes esa *accion* ú oficio de la caballería es *múltiple* é indefinible. En la guerra de nuestros dias, tan rápida y activa, la accion constante y general de la caballería es por excelencia *exploradora*, descubridora, limpiadora, si se permite la voz, de los extensos *frentes*, de los profundos *flancos* del ejército moderno, al cual debe proteger, envolver y penetrar, á la manera que la atmósfera envuelve á la tierra. En el drama no clásico, sino romántico y descabellado del *combate*, la caballería, en pocos minutos, puede cargar en densa muralla ó en dispersos tiradores; despejar el paso de una columna; convoyar, cubrir y estar á la defensa de una artillería maniobrera y atrevida, que busque á vanguardia accion más mortífera sobre el frente enemigo. Lo de la accion siempre *final* y *resolvente* presupone una victoria infalible, á cuya idea es peligroso aficionarse: la caballería no siempre que se lanza resuelve ó vence; y lo que debe prevenirse es que no pierda la cohesion, la fuerza de resorte en la maniobra, que debe serle habitual, de retirada divergente y presurosa, para eludir cuanto antes el fuego enemigo. Conviene imbuir en la caballería, con la idea abstracta dél *choque* único, la más usual y práctica de *escalonamiento*, de reiteracion. Todo en esta arma es efectivamente veloz y arrebatado: «la caballería es un arma de inspiracion,» dijo Guibert; pero todo tambien es relativo, y dentro del torbellino de sus maniobras cabe, para el Jefe sereno y amaestrado, cierta ojeada, cierto aplomo, cierta mesura que no están reñidos con la agilidad y el valor.

Entre la «incertidumbre táctica» que hoy reina en lo concerniente á *caballería*, se observa una tendencia marcada á no dejarle sólo el arma blanca, como elemento ofensivo, volviéndole la de fuego, como para darle alguna accion defensi-

va, y en cierto modo aptitud de repeler y contener. Tambien se ve la tendencia á la reduccion de sus antiguos *institutos*. En las potencias del Norte la caballería se divide en sus tres distintas y naturales agrupaciones: *gruesa*, *ligera* é *irregular*, lo cual permite clasificar su *servicio*, y en esto se funda su excelencia, más quizá que en la calidad y el número. Napoleon I queria cuatro especies: exploradores (éclaireurs), caballería ligera, dragones y coraceros. Realmente no se alcanza qué distincion cabe entre las dos especies primeras; tampoco se comprenden hoy los dragones, ni ménos se entiende en qué podian apoyarse los franceses para mantener eso que llaman caballería *mista* ó *de línea*, entre su caballería pesada, gruesa ó *de reserva* y su caballería *ligera*; ostentando seis institutos, al parecer diferentes, y que en el hecho son tres, con nombres duplicados, á saber: carabineros, coraceros, dragones, lanceros, cazadores y húsares. Los dos primeros constituyen la caballería *gruesa* ó *de reserva*; los dos segundos esa otra caballería llamada *de línea*, sin saber por qué, y los dos terceros la *ligera*.

No parando mientes sobre que la coraza sea dorada ó blanca, ó en que el chacó sea chaskas, basta racionalmente con las dos especies ó institutos de *gruesa* y *ligera*, cuya diferencia en España tambien podria declararse convencional. Por condiciones, que deploramos, de nuestra raza caballar, y por consiguiente de la poblacion ecuestre, no ha sido posible cumplir esas reglas, hasta aquí tenidas por «clásicas,» en este ramo de organizacion. Pero tal es, repetimos, la irresolucion en que oscila todo lo relativo á esta arma principal, que en una obra publicada sobre ella en 1866, por un entendido oficial, se lee lo siguiente: «Examinados rápidamente los *institutos* vemos que no hay razon que justifique su existencia. El arma principal de la caballería es el caballo, su cualidad poderosa la velocidad. Cuanto más ligeros sean, más brevemente pasarán el espacio de fuego, y por lo tanto ménos pérdidas sufrirán, ó lo que es lo mismo, llegarán más intactos

al enemigo. La caballería no combate *sola;* combinada con la artillería forman un precioso conjunto, tanto mejor cuanto mayores sean las cualidades de ambas. El fuego ocasiona el desórden: las armas blancas hacen pagar caros los efectos de aquel. No hay más que *una sola clase de caballería:* la que combate en órden cerrado y abierto llevando una arma blanca y otra de fuego.» (*D. G. Guzman.* Est. sobre la org. y táct. de cab., pág 9.)

Esto, que calificamos de radical en la primera edicion, ha sido luego confirmado con valentía por el escritor que goza indisputable autoridad en el ejército francés. Así dice terminando largo razonamiento: «La unidad de armamento traerá forzosamente la unificacion de la caballería. Este resultado es de desear; y no han de pasar muchos años sin que desaparezcan todas esas categorías inútiles y complicadas. Se llegará á una caballería única, como á una infantería única ó á una artillería única. Los admiradores de uniformes, los aficionados á variedades tendrán grave pesadumbre; pero resultando bajo todos aspectos la sencillez en lugar de la actual complicacion, habrá ventaja manifiesta para todos.»

«La diversidad de *especies* en caballería es una cuestion sin el menor interés para la *táctica*: á esta no le importan los nombres ni los vestuarios de los regimientos: no puede admitir más que una sola y única caballería, en la que todos los elementos sean propios para ejecutar el mismo servicio, para afrontar todas las eventualidades. Para la *táctica* lo mismo son las variedades de caballería que las variedades de infantería ó de artillería, y las condena por igual á todas como viciosas en la guerra. Así como la lógica proscribe los zuavos y los cazadores á pié; así como no admite regimientos de artillería á caballo; distintos de la artillería montada, así tampoco puede admitir coraceros, dragones, cazadores y húsares. No es precisamente el nombre lo que ella reprueba, sino la diferencia de servicio ó de especialidad que estos nombres pretenden consagrar.»

«La unificacion de la caballería es un principio inconcuso. La práctica nos va empujando cada dia á su realizacion, y, á pesar de las resistencias que la rutina oponga, se hará sin duda alguna.» *(Lewal.* Tact. de comb., pág. 327.)

En el combate ordinariamente la caballería se escalona en las alas y en el centro siempre que el terreno le permita maniobrar y combatir. Como allí su principal destino es la *carga* y el amago, no debe estar muy léjos del punto que ha de atacar ó amenazar; pero como su golpe es momentáneo y su marcha tan veloz, conviene no lanzarla sino en el instante preciso, manteniéndola á cubierto en lo posible. No es indispensable para sus *cargas* un terreno tan llano que sea liso y raso: no es tampoco el efecto y resultado de esas cargas tan pasmoso como la imaginacion supone. A la caballería maniobrera y bien mandada, más que la *llanura* perfecta, le conviene un *terreno misto* con suaves ondulaciones, cuestas y cañadas anchas, que permitan su imprevista ocultacion y aparicion.

Generalmente se le encomienda rebasar, doblar una ala del enemigo; envolverla, si es posible, *en combinacion* casi siempre con las otras armas. Un ataque contra el centro de una línea, donde los fuegos convergen y se cruzan, se comprende que sería desastroso. Como un escuadron, por más que se quiera, no es un cuerpo inerte y sólido, al lanzarse á la carga debe conservar la posible adherencia, y no perder su fuerza de conjunto y de choque: por eso conviene ante todo el frente despejado y descubierto, sin zanjas, arroyos muy encajonados, caminos hondos, pantanos ú otros obstáculos engañosos; por eso tambien debe tomar los aires de modo gradual y progresivo, y guardar el máximo de su «fuerza acumulada» ó de su «velocidad adquirida» para cuando esté al verdadero *alcance* de la tropa á que cargue. Todo ataque ha de ser vigoroso, y sino más vale no intentarlo; toda *carga* ha de ser corta y rápida.

El principio, general en la guerra, de no defenderse pasivamente ó «á pié quieto,» es fundamental en caballería, que nunca debe *recibir* la carga enemiga. Lo mejor es salir al encuentro; de todos modos si la enemiga es más fuerte, siempre hay que moverse para retroceder y maniobrar. Si fuera permitida una locucion muy familiar, pero muy expresiva, diriamos que el precepto de «no poner toda la carne en el asador» tan vulgar y tan poco obedecido en la *guerra*, tiene en la *caballería de combate* su más perfecta aplicacion. En todos los casos, ya cargue para *romper* la infantería enemiga; ya para *perseguirla* y acuchillarla despues de rota, impidiendo la accion de las *reservas;* ya convoye y proteja la infantería y la artillería propias, nunca la *caballería* debe empeñar ni comprometer *todos* sus escuadrones á la vez. En medio de su revuelto torbellino cabe, repetimos, escalonamiento, reiteracion. Un buen comandante no es un jugador ciego que todo lo arriesgue á la vuelta de un dado; ni un cuerpo de caballería, aunque pequeño, es una bagatela tan fácil de reemplazar para exponerlo sin discernimiento.

Las nuevas armas imponen al jinete mayor discrecion y aplomo. En vez de cerrar los ojos al cargar, convendrá abrirlos mucho; preparar con artillería; cubrir con tiradores, que al fin siempre tapan y marean algo con el humo, y el polvo, y el caracoleo. La caballería procura siempre, más que cargar de frente sorprender á la infantería «in-fraganti» al maniobrar, sobre todo cuando no tiene los flancos apoyados; á la artillería, ya se supone que nunca debe presentarle gratuitamente su extenso blanco. De frente le bastan tiradores, y la *carga* realmente se dirige oblícua, escalonada, y en lo posible cautelosa, contra los sostenes y reservas que guarden la batería. Los tres elementos de éxito en la caballería son órden, celeridad y valor.

Esto se escribió en 1867. A pesar de los catorce años trascurridos «la incertidumbre táctica» sigue reinando. Y sin

duda proviene del doble encargo que la caballería en todos tiempos ha tenido: la *exploracion* y el *combate*. Segun la balanza se incline á uno de los platillos, surgen teorías, desenvueltas unas en ligeros opúsculos y otras en pesados volúmenes. Los alemanes, engreidos con las inauditas aventuras del hulano legendario en 1870, sueñan con cuerpos de caballería *independiente* y *exploradora*, lanzada como tromba á 50 kilómetros á vanguardia. Ella cubre con denso velo al ejército, que tranquilamente viene detrás; penetra con agudas puntas en el territorio, y hasta en las intenciones del enemigo; recoge datos y noticias auténticas; recoge tambien pingües requisiciones; destruye ó restablece puentes y ferrocarriles; mantiene constante y pegajoso contacto..... Pero nunca se recuerda paralelamente, que las hazañas de 1870 en Francia no son para repetidas, y que allí mismo bastó que algunos «francs-tireurs» brotasen en el ejército del Loira, para que el hulano y la punta exploradora se replegasen más que de prisa. De todos modos nadie dejará el campo libre, como entonces los franceses; y á la exploracion, es evidente que se ha de poner la exploracion; lo cual complica. De aquí clasificaciones fantásticas y sutiles: la exploracion *estratégica*, que sólo concierne al general en jefe; la seguridad *táctica* que pertenece á los generales divisionarios. Por lo tanto dos especies de caballería, independiente y dependiente; dos institutos separados; pero sin definirlos, ni señalar el límite que los separa; puesto que no es posible trazar esa raya donde concluye la exploracion estratégica y comienza la seguridad táctica.

Todo ello demuestra que la «incertidumbre» continúa. Y es realmente de notar que, mientras en 1881 se dan por definitiva y satisfactoriamente resueltas las cuestiones *tácticas* de infantería y artillería, disten mucho de estarlo las referentes á caballería. Quizá contribuya en algo la fuerza de inercia, ya que no de resistencia, que esta arma opone en algunos países á los nuevos y deslucidos esfuerzos que se le piden. En Francia, por ejemplo, la oposicion es manifiesta:

al ménos así lo da á entender la violencia sarcástica con que Lewal la increpa. Sirvan de muestra los siguientes párrafos textualmente traducidos: «La caballería francesa es la que muestra mayor desvío por las modificaciones que en su servicio han venido á ser indispensables; es el arma que se agarra (se cramponne) con más tenacidad á la rutina, á las leyendas del pasado. Asombrada, con justicia, de las glorias de otros tiempos se complace en contemplarlos, y nada encuentra mejor. Podría decirse que está más dispuesta á retroceder hácia las rígidas formaciones de Federico, que á marchar por el nuevo camino que han abierto Stuart y Stoneman. No es esto decir que la caballería no reconozca las nuevas obligaciones que se le imponen; bien sabe que, tarde ó temprano, tendrá que conformarse; pero lo retarda cuanto puede. Recela que una trasformacion venga á ser para ella una decadencia (amoindrissement); aprension quimérica, pero, aunque fuera real, nada hay que deba detener. Cuando se mira en conjunto el interés general de un ejército, naturalmente se eclipsa el interés particular de un arma. Es incontestable que en la guerra actual ha crecido notablemente la importancia de la artillería en el combate, al paso que la de la caballería ha disminuido; pero esta disminucion está en gran parte compensada con el servicio de exploracion y las pequeñas operaciones: dos ramos de la guerra que han tomado grande extension y tienden á desarrollarse más.»

«El papel de la caballería no disminuye como importancia; creo que viene á ser más considerable que ántes; sino que cambia esencialmente de naturaleza. Hasta aquí la caballería sólo ha tenido en mientes el *combate*, y excepcionalmente se ha dedicado á la *exploracion;* y al presente es cabalmente la inversa lo que se debe hacer. El dominio principal, esencial, importante de la caballería ya no es el campo de batalla: no le está cerrado indudablemente; en él aparecerá todavía haciendo siempre buenos servicios, pero no figurará ya en él sino de un modo secundario y accesorio.»

«En la grande obra del combate hay lugar honroso para todos; cada uno puede prestar meritorios servicios sin que nadie pueda pretender el principal papel. Este toca sin disputa á la infantería; el segundo á la artillería; el tercero solamente es el lote de la caballería. Estas diferencias están en la naturaleza misma de las cosas; y forzoso es aceptarlas, so pena de quedar en falso: cualquier otra pretension daría por resultado desviar en mal sentido la táctica de combate. El ejército, y singularmente los jinetes, deben aceptar estas modificaciones indispensables: realmente nada tienen de mortificantes para un arma que representa lo más la sétima parte de la infantería. Parece que estas observaciones fundadas á la vez en la lógica y en los hechos no debieran ser discutidas, pero lo son, y por eso insisto. Nuestros «cavaliers» franceses se desviven en sostener, contra la evidencia, que el papel de la caballería en el combate es el mismo de otros tiempos, y que el mismo seguirá en el porvenir; por consiguiente preconizan la conservacion de las grandes masas, las formaciones compactas, la independencia de accion. Todos los demás escritores, tanto en el extranjero como en Francia, opinan por unanimidad lo contrario.»

«En el campo de batalla la artillería es compañera forzosa de la infantería; su accion por ella y para ella es, digámoslo así, incesante; no se las puede separar en la refriega; no se concibe que puedan presentarse ante el enemigo la una sin la otra. Nada semejante existe para la caballería. Sin desconocer los servicios que puede prestar y las ventajas que con derecho se deben obtener de su presencia, se comprende sin embargo que es posible pasar sin caballería, al ménos durante la batalla (sic). Su mision, como instrumento de combate, es puramente accesoria, accidental y muy limitada: el crecimiento de la artillería, la adopcion de nueva táctica para la infantería, una instruccion del tiro más desarrollada, una vigilancia más completa de los movimientos del enemigo, un empleo más extenso del tiro convergente en artille-

ría, harán las cargas de caballería cada vez ménos posibles en el porvenir. La experiencia ha demostrado que áun contra infantería en retirada las cargas son impotentes.....»

«Me guardaré muy bien de proscribir la carga; creo que todavía podrá ejecutarse alguna vez, aunque rara. Si, pues, la carga ha venido á ser excepcion; si la accion del combate en la caballería tiende á trasformarse en servicio de exploracion, áun en el calor de la lucha; forzoso es concluir que la accion de la caballería ha menguado, y ha de menguar más todavía, como instrumento de combate. Los hechos contemporáneos lo comprueban de una manera convincente: ellos estatuyen, si, que es imposible hacer una campaña sin caballería, pero que se puede muy bien reñir una batalla sin su concurso. Borny (14 agosto 1870) y Saint-Privat (18 agosto 1870) son buenos ejemplos.»

El autor sigue disertando con su habitual vehemencia sobre el embarazo y la inutilidad de las grandes masas de caballería, singularmente las de Napoleon en Rusia, y continúa: «La razon y la práctica concuerdan para condenar las gruesas masas de caballería tanto en el servicio de *exploracion* como en *combate*..... Supérfluo es seguir una discusion ya sin objeto. Que oficiales de caballería, rezagados en la contemplacion interesante de otra época, desdeñen comprender que los tiempos han cambiado mucho desde Seydlitz y Murat; que todavía sueñen en grandes acumulaciones de caballos, en cuerpos de 12.000 jinetes, ningun inconveniente trae, y permitido es el gusto por esta arqueología ecuestre (sic); pero cuando se trata del sistema de guerra venidero, del establecimiento de la táctica futura, ya no hay para qué ocuparse de estas tradiciones, ni de estas leyendas que oscurecen las cuestiones y falsean los principios.» *(Lewal.* Tactique de combat, pág. 297-301.)

No tenemos la autoridad, ni la acometividad, digámoslo así, del general francés; ni tampoco sabemos con certeza si

la caballería española tiene poética aficion á la «arqueología ecuestre.» Algo dió que hacer al ilustre reformador, al fogoso marqués del Duero; y recientemente algo se puede recelar todavía, cuando en las conferencias ó instrucciones dirigidas por el Director general del arma á los coroneles, y que los periódicos han divulgado, se encuentran párrafos como los siguientes, entresacados de la que lleva fecha de 8 Setiembre 1880.

«Se necesita, en efecto, mucha abnegacion y convicciones muy profundas para sostener el pendon que la mayoría de los doctos y el coro inmenso de las muchedumbres califican de rutinario y de ignorante.»

«Yo mismo pongo el pié con recelo en este terreno al empezar á disertar con V. SS. en esta conferencia, como indiqué en mi última, sobre el carácter y la mision de la caballería en los ejércitos y en las guerras modernas.»

.....

«En cuanto á la caballería, que como elemento de accion colectiva en el combate, ni puede preparar ni ménos realizar su accion sin descubrirse por completo, ni consiste en su rápida acometida, sin que la estorben ó embaracen auxiliares que la precedan, no siendo de la naturaleza de su propio instituto, dicho se está que, la evidencia de que cada fusil de la tropa que es objeto de su agresion, puede aprovechar cuando ménos tres disparos certeros en su voluminosa masa, parece probar la esterilidad de su sacrificio. Habia, pues, que darse á pensar en otra aplicacion para esta arma, que nadie, sin embargo, se ha atrevido á considerar anulada.»

.....

«Si á esto se agrega el éxito estéril y sangriento de las principales cargas de la caballería francesa en esta campaña, contra la artillería prusiana, posesionada ésta y servida con acierto y precision admirable, tendremos ya completo el cuadro en que las ideas reformistas de actualidad nos dibujan la caballería del porvenir.»

«No más caballería de línea; no más cuerpos de lanceros; no más cargas en masa ni al arma blanca; todos cazadores, exploradores diestros, tiradores infalibles, zapadores activos, oficiales geógrafos, economistas, astrónomos é ingenieros de circunstancias y jefes que resuman y sometan diariamente al estado mayor del cuerpo de donde han sido destacados, el boceto del campo y del ejército enemigo, de donde se deduzca fácilmente todo aquello á que conviene proceder.»

.....

«Yo espero que no impresionará á V. SS. demasiado la fuerza de estos colores, en que he procurado reflejar la exageracion de los reformistas, que por modelarnos á la perfeccion, se obstinan en fundirnos en los moldes de su optimismo. No puede negarse que es grandemente ventajosa la aptitud con que quieren caracterizarnos; que ni el saber estorba á nadie, ni el servir para todo puede ser nunca una negacion para los ejércitos en la guerra, fatalmente forzados á bastarse á sí mismos; pero es necesario reflexionar para que el afan legítimo de progresar no nos conduzca al absurdo.»

.....

«¿Qué elemento de accion puede decidir, y sobre todo aprovechar el éxito más que una arrolladora carga de caballería? ¿Se concibe la persecucion activa de un cuerpo de tropas que se retira: se puede proteger eficazmente esa misma retirada ni áun con la mejor infantería y artillería del mundo, sin esos retrocesos ofensivos que sólo la caballería puede ejecutar, acuchillando de improviso á la tropa que le va á los alcances desordenada con la confianza de la superioridad ó el entusiasmo de la victoria, y volviendo á desaparecer como una nube en cuanto ha repelido la agresion ó llegado á tropezar con la resistencia en que se ha convertido, á impulso de su iniciativa, el acometimiento que la acosaba? ¿Puede bastar para estos trances y llenar cumplidamente su mision en los combates esa caballería disuelta que explora, que entretiene á los tiradores enemigos con el fuego de sus

carabinas, que interrumpe comunicaciones y sorprende convoyes mal protegidos, alarmando siempre aunque no intimide con su presencia, y prestando en este concepto importantísimos servicios al ejército que auxilia, pero sin conciencia siquiera de su aptitud, sin espíritu, sin hábito y sin condiciones de fuerza colectiva; sin derecho de accion, ni voz ni voto, si así puede decirse, en la ocasion importante, en la peripecia decisiva del combate?»

.....

«Estimo, por mi parte, señores coroneles, como el más importante de los servicios que podemos prestar al ejército y á nuestro país, el de que no olvidemos el pasado al realizarse la transicion de lo presente á lo futuro.»

.....

«Cuando todos nuestros reclutas ingresen en las filas sabiendo leer y escribir y teniendo siquiera algunas nociones de aritmética y de la geografía y constitucion nacional, podremos ampliar su educacion hasta donde hoy la llevan los ejércitos de los países que encuentran todo esto adelantado; pero mientras tanto, sin perjuicio de aprovechar en lo posible el adelanto de los conocimientos que constituyen la ciencia de nuestra profesion, conservemos la fé en el empuje de nuestros escuadrones que, en esas cargas sucesivas en que el turbion del polvo oscurece la atmósfera, la tierra parece retemblar al galope de los caballos, y el estruendo de los hierros que chocan, las voces de mando y las detonaciones del fuego auxiliar ó enemigo, dan el efecto asombroso de una tromba á la accion de nuestras columnas de ataque, pueden, á pesar del fusil nuevo y de la nueva artillería, salvar un dia de la desgracia al ejército y al país, y coronar de gloria las banderas de la patria.—*Antonio Lopez de Letona.*»

Entre dos opiniones tan opuestas, tan autorizadas, este modesto libro no tiene pretensiones de arbitraje: se lo cede al lector.

Artillería.

La artillería en su nacimiento sólo sirvió para defender inmóvil los muros de las fortalezas. Arrastrada más tarde enfrente de ellos, y luego, con gran trabajo, al campo de batalla, debió ser efectivamente ineficaz y embarazosa. Sin embargo, ya en el mismo siglo XVI consta la rara habilidad y soltura con que, para aquel tiempo, sabian manejarla nuestros *tercios* inmortales; en el XVII, le dió Gustavo Adolfo movilidad perfecta *de campaña*; en el XVIII, no contento Federico II de Prusia, inventó las baterías *á caballo*, ó como en España se dijo, *artillería volante*, que jugó con los escuadrones maniobreros del célebre Seydlitz. Parece imposible, despues de esto, que hombres del talento de Guibert y de Darçon, y otros muchos copiándolos, se hayan obstinado en sostener y propagar la semejanza perfecta, respecto á ineficacia y embarazo de la *moderna artillería* con las toscas é inocentes *máquinas* de *proyeccion* ó *tiro* anteriores á la invencion de la pólvora. (V. Dicc. Mil., art. *Máquinas antiguas.)* Y sin embargo, á tal extremo conduce la exageracion del espíritu doctrinario. Guibert llama desdeñosamente á la artillería «accesorio útil é importante para las otras dos armas.» Darçon, y muchos con él, sostiene textualmente que «la excesiva multiplicacion de la artillería es signo inequívoco de decadencia militar.» De aquí lo que todavía se escribe hoy: «á malas tropas, mucha *artillería* y mucha *fortificacion*.» ¡Vulgaridad lamentable! Las malas tropas, con todo lo que se les añada serán peores.—Se citan estos dos autores del siglo pasado, á quienes nadie ha logrado aventajar en lucidez para la exposicion de doctrina, con objeto de que el oficial, ejerciendo crítica, sepa discernir la *doctrina* buena de la mala, ó de la que sin ser uno ni otro, es quizá peor por lo añeja. Napoleon I se dejó de reglas y de escrúpulos doctrinarios, declaró resueltamente á la *artillería* el arma superior, y todos sabemos los

prodigios que hizo entre sus manos hábiles este elemento de guerra formidable. (V. Dicc. Mil., art. *Artillería*, y Bibl. Mil., pág. 934.)

Hasta hace poco en la *composicion* de un ejército la regla teórica, invariable, asignaba—sin decir por qué—una pieza *de batalla* á cada mil hombres; luégo se ha ido subiendo á dos, á tres; en las últimas guerras el conjunto pasa de cinco (en el movimiento de Orléans á Vendôme (1870) iban diez por batallon), y es de temer que en las futuras no se detendrá la progresion. La *artillería*, pues, *de batalla* se entiende, arma principal, indispensable en buena *organizacion* y en buena *táctica*, conservando su terrible accion demoledora, cuando concentra sus fuegos, se esparce en sueltas ymanejables *baterías* hasta por los más pequeños miembros de la organizacion *divisionaria*. En todos tiempos la *division*, como primer elemento táctico, ha llevado afecta su artillería peculiar; hoy no sólo la division, sino la *vanguardia*, la *brigada*, el *destacamento* móvil y suelto, no pueden prescindir de llevar consigo algunas *bocas de fuego*. Así la artillería *moderna* tiende por lógica é irresistible consecuencia, á plegarse y asimilarse, á estrechar más su conexion *táctica* con las otras dos armas; y si por una parte el oficial facultativo tiene que recorrer todos los grados de aptitud, desde el mando de una seccion, afecta al destacamento de unas cuantas compañías, hasta el conjunto de artillería que juega en un gran campo de batalla, tambien á su vez los jefes y oficiales de las otras armas tienen que familiarizarse con esta nueva compañera, que «hoy va con ellos á todas partes,» y cuyas propiedades *tácticas* les deben ser conocidas, ya que no algunos de sus principales atributos y condiciones *técnicas*.

La *artillería* hoy tiene que movilizarse como todo; casi debe aceptar como la caballería, dentro de su mismo *instituto* ligero ó *de batalla*, la clasificacion de línea y ligera para expresar con exactitud sus dos clases de *servicio* con las *tropas*. Sin duda alguna la artillería siempre es algo embarazosa re-

lativamente á las otras armas: la necesidad de *municiones*, la conservacion prudente de un *material* costoso y delicado, el cuidado constante del *ganado* hacen más cortas las marchas y entorpecen algo la agilidad y soltura maniobrera. Pero en el dia, fuera de que ese *material* es más ligero, más duro y más perfecto, preciso es romper con la mezquindad pasada y convencerse de que el *material* no ha de economizarse, cuando el *hombre*, que vale más, no se economiza en ningun extremo de fatiga ni peligro. En tiempos pasados en que los capitanes eran «propietarios» de sus compañías, como de una finca, se cita el caso de uno de corazas (como entonces se llamaban los coraceros), que no cargaba sino al trote corto, por no estropear su ganado, es decir, su propia hacienda. Hoy se lanzan los escuadrones como en Balaklava y Wissemburgo, quizá con excesivo desprendimiento. Con la *artillería* sucederá lo mismo. Desde Federico ha dejado de ser igual en importancia moral la pérdida de una bandera y de un cañon: en las guerras del primer imperio francés quedó abolida esa preocupacion; en las venideras se cogerán y perderán *piezas* como si fueran fusiles, y *armones* como si fueran cartucheras. No hay que deducir de esto que la artillería pueda ir, ni obrar nunca *sola:* todo lo contrario. Las otras dos armas tienen que poner más esmero, más interés en cuidarla con verdadero compañerismo táctico, y hasta si se quiere por un deber de gratitud. La *artillería* es su apoyo constante: ella aleja, contiene, rechaza al enemigo; ella le impide que desemboque por puntos dados. Todo movimiento ofensivo de las dos armas lo prepara, lo preteje, lo asegura.

La *artillería* refuerza con su presencia los puntos débiles; sin ella no es posible ó fácil atacar ni defender puestos atrincherados; pasar rios, echando puentes á viva fuerza; allanar ciertos obstáculos, derribar muros, abrir brechas. La artillería á pié se aviene y maniobra perfectamente con la infantería; le abre paso, le «abre brecha» en la línea enemiga, y le deja que gane una *posicion*, tenaz pero inútilmente dis-

putada por un defensor ya hecho pedazos. En retirada, mezclada entre los batallones, sostiene y proteje la maniobra *escalonada*: vigoriza, da confianza, por el efecto visible de circunspeccion, prudencia y respeto que causa en el contrario. La artillería *montada*, y más aún la de *á caballo*, completa á la *caballería* dando exactitud á la metáfora que la llama «huracan.» Como él, efectivamente, corren aquí y acullá ambas armas juntas entre densa polvareda; á veces tambien empeñan gruesa y pasajera escaramuza; pero, hallado el *punto-llave* ó decisivo, pronto la artillería fulminando lo indica á los ágiles batallones ó escuadrones que se precipitan casi seguros á la carga. Si despues de la victoria, algun *cuadro* ó grupo de sólida y consistente infantería repele tenaz á los escuadrones, no tardará en llegar y batirlo en brecha la artillería, dando á la infantería ocasion de mayor gloria, pero arrebatándole la última esperanza. Nadie, pues, negará á la *artillería de batalla* importancia propia, esencial, peculiar. En el combate, el «secreto» de Napoleon es hoy bien público: producir, como él decia, un acontecimiento *(un événement)*, hacer llegar y *concentrar* de un modo imprevisto una masa enorme sobre el punto dado.—En *sitios de plazas*, no hay que hablar; segun la expresion del mismo conquistador, que se complacia en usarlas pintorescas y sentenciosas, un *sitio* es simplemente un *combate de artillería*.

Apuntemos algunas ideas y principios de organizacion y táctica de *artillería de campaña* de los que más interés ó novedad pueden ofrecer al oficial de las armas generales.

La artillería *montada* ó *de línea* constituye el fuste, por decirlo así, en todos los ejércitos europeos. Atendiendo á las variables condiciones del *combate*, generalmente se admiten dos calibres; uno de 9 y otro de 8 c/m. La tendencia en Alemania y Austria es asignar el primero á piezas relativamente pesadas, dejando el segundo, por más ligero, para la artillería *á caballo*. Este último instituto que, por lo visto, no logra

prevalecer ó aclimatarse en España, por obstáculos sin duda de presupuesto, se reputa desde los tiempos de Federico II como indispensable auxiliar de la *caballería*, y mucho más actualmente, obrando ésta en fracciones independientes para el *contacto* y *exploracion* como extrema *vanguardia*. En esta artillería á caballo no importa que la *potencia* sea escasa, siempre que su *movilidad* se adapte á la de la caballería á que va afecta, para concentrar sus fuegos con la rapidez que exige lo fugaz y pasajero de las «situaciones de combate» en aquella arma realmente vertiginosa.

En compensacion de la falta, al parecer irremediable, de artillería á caballo, tenemos la de montaña, sin rival en el mundo. No hay en esto infatuacion de patriotismo, puesto que comisiones extranjeras han venido á estudiarla y copiarla. Y nada en rigor tiene de extraño, si se considera que las especiales y características condiciones de nuestras últimas guerras han forzado á contraer la atencion sobre este utilísimo y fatigoso instituto, que reune en grado extremo la agilidad y la soltura; que no ofrece el menor embarazo; que se adapta, modesto y paciente, á todas las circunstancias, á todos los terrenos. Complemento indispensable en todos los ejércitos, en toda clase de guerra, su utilidad, como el nombre lo dice, es indiscutible en la de montaña; pero áun en grandes operaciones, en batallas campales, en combates regulares es elemento dúctil y adecuado para combinarse estrechamente con nuestra ágil *infantería*. Esto prescribe á la artillería de montaña organizacion habitual en pequeñas agrupaciones. En la última guerra la batería normal ó reglamentaria de seis piezas se encontraba casi excesiva: para las pequeñas y móviles columnas de tres ó cuatro batallones, generalmente bastaba con cuatro y áun con dos; pero ocioso es añadir que la *dotacion* en general siempre ha de someterse á la clase de enemigo y de *terreno*. En tal ocasion podrá ser embarazosa; en tal otra un par de piezas y un par de granadas evitan algaradas y tiroteos de partidillas faccio-

sas, ó abren puertas de aldeas y castillejos en que estas se refugian.

La artillería de un *ejército de operaciones* se divide en dos trozos: la *divisionaria* que forma parte integrante, inseparable, de cada division y la *de cuerpo* de ejército, ántes llamada *de reserva*, independiente de las divisiones y reunida en la mano del general comandante. Esta organizacion, sancionada por la guerra de 1870, está admitida en todos los ejércitos como la más acertada combinacion de la artillería con las otras armas; puesto que, conservando intacta la *division*, como unidad de combate, para que en toda ocasion disponga de sus elementos propios, permite al mando superior producir, cuando le convenga, un efecto de acumulacion por el empleo repentino y fulminante de una gran masa de artillería. Así, por una parte se afirma, se estrecha la íntima conexion táctica de la artillería con la infantería; por otra se facilita el empleo aislado para obtener un gran efecto.

El reciente cambio de nombre de la artillería *de reserva* por artillería *de cuerpo* no es vana cuestion de palabras: responde al principio dominante de no guardar artillería alguna *en reserva* ni áun siquiera en la *defensiva*, salvo raras excepciones: toda entra en fuego desde el principio del combate, para aniquilar la del contrario, es decir, el más firme apoyo y sostén del despliegue enemigo. Por lo demás, esta artillería *de cuerpo* sólo difiere de la *divisionaria* en que forma un solo grupo á las órdenes directas del comandante general de artillería del cuerpo de ejército, y por lo tanto del general comandante superior, mientras la divisionaria está, por decirlo así, algo independiente del mando de aquel, pues sólo obedece al general comandante de la *division* á que está afecta. El resultado que se busca en la distribucion y colocacion, tanto de la artillería divisionaria como de la de cuerpo (que generalmente se intercala entre las dos divisiones, sirviendo de lazo comun), es obtener una combinacion íntima de todas

las armas sobre la misma ó varias líneas, formando un todo armónico y homogéneo.

La proporcion de artillería con los ejércitos de operaciones ha ido aumentando, como se dijo, con el numeroso efectivo de las otras armas y con los pasmosos adelantos *técnicos* de estos últimos años. Hoy no se admite otra limitacion que la de no caber «materialmente» en la *línea de combate*: se lleva cuanta pueda emplearse con provecho. Evidentemente han de influir la clase de *guerra* y de *enemigo*, las condiciones del *terreno;* pero, en igualdad de circunstancias, siempre llevará ventaja el que tenga más y mejor artillería. En Alemania el cómputo es de 4 *baterías* de á 6 piezas por cada *division* y 6 baterías por *cuerpo de ejército*, lo que suma 84 piezas por 25 batallones; en Francia la artillería llamada tambien de cuerpo de ejército (ántes de reserva) se eleva á 9 baterías; de modo que en total sube á 102 piezas la dotacion para unos 25 batallones de infantería y dos regimientos de caballería. La artillería *divisionaria* se compone exclusivamente de baterías *montadas*, más bien ligeras que pesadas, si, como sucede en España, hay de las dos clases en los regimientos montados.

La gran complicacion de la táctica moderna estriba en las *municiones*, y la artillería tiene á su cargo este importante servicio para todas las armas. Las nuevas columnas de municiones ó, segun reglamento, compañías de *parque móvil*, se reclutan sobre los cuadros de reserva de los regimientos de artillería. Los enormes consumos que causa la rapidez del tiro exigen, además del repuesto que el soldado lleve en su mochila y las baterías en sus carros, grandes renovaciones, con organizacion adecuada para seguir constantemente á las tropas en vivas operaciones, mantenerse á la mano y municionarlas en el mismo campo de batalla.

Partiendo de la organizacion *divisionaria*, que es la fundamental, como se dijo en la pág. 25, debe asignarse á cada division una compañía de parque móvil con municiones de *in-*

fantería, formando una reserva igual por lo ménos al repuesto que consigo lleve el soldado, y otra compañía tambien de parque móvil de municiones de *artillería* con otra dotacion de reserva. El cuerpo de ejército, además de sus compañías propias para la artillería llamada *de cuerpo*, llevará otro parque móvil con un segundo de reserva de municiones de infantería y artillería, del que se surtirán los divisionarios. En fin, el parque móvil del cuerpo de ejército se abastecerá con los grandes convoyes y depósitos, que marchan ó están á retaguardia del ejército.

Es de advertir que en el acto del *combate* las baterías no exponen al fuego enemigo todos sus elementos. La *batería de combate* la forman las piezas con sus armones y solamente dos carros de municiones, constituyendo la que avanza desde luego á la línea extrema, quedando en reserva los cuatro carros restantes, con los bagajes, carros de seccion, personal y ganado auxiliar. Estas reservas parciales siguen á cierta distancia á su respectiva batería de maniobra, y se establecen á 400m ó 500m detrás, procurando ponerse á cubierto, pero siempre en aptitud de alimentar el primer *escalon de municiones*, formado por los dos carros avanzados que tambien se quedan á unos 50m detrás de las piezas. Las reservas se surten á su vez de las compañías de parque móvil que avanzan hasta ponerse en contacto con ellas.

Actualmente (1881) la artillería de campaña dispara *proyectiles* de tres clases: la *granada ordinaria*, el más usual, bastante eficaz hasta 2.500m contra los obstáculos habituales del campo de batalla, contra blancos fijos é inertes, que exigen efecto de choque y explosion, tropas en órden cerrado, columnas, pueblos; el *shrapnell* (V. Dicc. mil.), que el reglamento llama *granada de metralla*, y con preferencia se emplea contra objetos móviles, cuando por la extension del blanco, por la dispersion de las tropas, se quiere ensanchar la es-

fera de accion de los proyectiles. Superior á la ordinaria en ciertos casos esta granada de metralla es de tiro más embarazoso y lento, por la dificultad de observar el punto de explosion y por la doble graduacion, para ser certero, del alza y de la espoleta llamada de tiempos; en fin, el *bote de metralla*, exclusivamente usado á ménos de 500m en apurados casos de extremo peligro, en que la batería tiene que defenderse á sí propia.

El empleo *táctico* de la artillería no ha sufrido cambio que pueda llamarse radical ó de fondo, sino las modificaciones que le han impuesto el mayor poderío de sus *fuegos*, y á la vez los nuevos procedimientos de las otras armas, singularmente de la infantería, hoy, como ántes, como siempre, directora ó reguladora del *combate*. Desde luego la artillería lo preludia y entabla; apoya á la vanguardia; ocupa los puntos importantes, cuya posesion convenga, tanto para cubrir y proteger el *despliegue* propio como para entorpecer y dificultar el contrario. Desde este primero y crítico momento la artillería empieza á dar muestras de tranquilo cálculo, de estóica abnegacion. Atrae sobre sí misma el fuego de la enemiga, para facilitar el avance de la infantería, para entretener la accion á distancias que no alcanzan las armas portátiles. Tira indistintamente, segun conviene, sobre las *tropas* ó sobre las *baterías* enemigas; porque hoy tambien está, y con razon, abolida la añeja prohibicion de contrabatir: y en efecto, si la artillería contraria es, como debe, el principal «apoyo,» contra ella cabalmente se debe dirigir el principal esfuerzo.

Al iniciarse, pues, un combate ofensivo, no bien se señala la presencia del enemigo, la artillería afecta á la *vanguardia* avanza resueltamente y *toma posicion*, mientras la vanguardia pasa del órden de marcha al de combate, procurando avanzar bajo su proteccion cuando convenga. Si la vanguardia no puede adelantar más, porque el enemigo la contiene, entónces la artillería aún sigue avanzando hasta colocarse á

su altura. Esto naturalmente supone que el enemigo habrá descubierto una artillería superior á la de vanguardia; y es indispensable, para que esta no sea destruida, reforzarla progresiva y rápidamente con las demás baterías de la division, entablándose por lo tanto una lucha, un verdadero duelo, entre las dos artillerías, mientras *despliega* el grueso de las fuerzas.

En el curso y desarrollo del combate á la artillería corresponde, como siempre, perturbar, debilitar, desorganizar resistencias de todo género: concurriendo especialmente á ciertos episodios, como ataque y defensa de pueblos, de puestos atrincherados, pasos de rios y desfiladeros, etc. Por eso es inútil, y acaso perjudicial, fijar en los libros á priori la «distribucion» de la artillería en la *línea de combate* y su accion conjugada con las otras armas. La ordenacion del conjunto pertenece por reglamento al general comandante superior de todas ellas: dentro ya de la situacion general que él designe, los jefes naturales ó facultativos determinan, con libre iniciativa, las condiciones puramente locales y técnicas, tan variables en cada caso concreto de ejecucion. Esto es lo lógico y por consiguiente lo disciplinario. Afortunadamente ya están lejos los tiempos, arriba mencionados, en que la artillería, considerada como estorbo por su complicado y embarazoso manejo, aparecia, con cierta solemnidad ceremoniosa, en determinados momentos del combate: hoy íntimamente ligada con las tropas juega en todos, desde el primero al último: sus jefes no tienen, como ántes, que andar ofreciendo sus servicios. Al contrario, quizá se ve ya sobrado solicitada por las otras armas que siempre la encuentran dispuesta á preparar, apoyar y completar sus esfuerzos, compartiendo sus riesgos y sus triunfos. La infantería no aguanta con paciencia el alejamiento y el silencio de su artillería: y es menester, sobre todo al principio del combate, saber resistir á su continua excitacion.

La combinacion y enlace de la *artillería* con la *infantería*,

á la vez que sólida, debe ser flexible para subordinarse alternativa y respectivamente la una á la otra. La regla fundamental es obtener el máximo efecto por la suma de todos los esfuerzos. Si desde el principio la artillería no saca ventaja visible sobre la enemiga, la infantería nada puede hacer por sí.

La artillería debe obrar siempre por concentracion, mejor dicho, por *convergencia* de sus fuegos; pues, como advierte Verdy du Vernois, concentrar el fuego de todas las baterías en un mismo objeto no es lo mismo que reunir todas las piezas en una misma posicion. Efectivamente, está bien proscrito dispersar la artillería por *piezas* sueltas, ni áun por *secciones* de dos: la *unidad de combate* siempre debe ser la *batería* entera, aunque en ciertos casos puedan agruparse hasta tres y cuatro. Por lo demás este empleo en masa es antiguo y usado desde Leuthen, Wagram, Friedland, Katzbach y Waterlóo. En 1870 se ha perfeccionado. En Wörth más de 100 piezas juntas hicieron inhabitable la meseta de Fröschweiler y achicharraron á los franceses en su fuga á Reichsoffen; en Sedan no hay que hablar.

Cuando se recomienda á la artillería que siga y se ajuste á los movimientos de las tropas que apoya, no se entiende que vaya literalmente pegada: la *eficacia* de su tiro á gran distancia le deja cierta latitud en sus movimientos propios, lo que naturalmente implica que ha de ser móvil, maniobrera y más dificultad en mandarla. Ya no basta ponerse en batería y tirar bien: hay que moverse.

Cuando obra en combinacion é íntimo enlace con otras fuerzas no necesita escolta especial: toda tropa adyacente tiene el deber de protegerla y defenderla en caso de gran peligro. Obrando lejos ó aisladamente, necesita alguna escolta ó sosten de infantería ó caballería, singularmente la de montaña y á caballo. El *alcance*, la *certeza* de su tiro hacen improbable, casi imposible el ataque de frente y al descubierto contra una batería, y en las últimas guerras no ha necesita-

do sosten especial. La artillería debe afrontar el peligro y llevar su abnegacion hasta el sacrificio en los momentos supremos de un combate; pero no debe exponerse con precipitacion y aturdimiento, perdiendo su primera condicion de superioridad, que es el *alcance* de su tiro. Ordinariamente no se pondrá á ménos de 1000m de infantería enemiga que esté «intacta.» Por ahora se estima conveniente la distancia de 2000m para *desmontar* la artillería enemiga; y mas allá de 3000m el tiro ya se tiene por incierto ó ineficaz; pues ni con anteojo se aprecia bien el efecto del proyectil en las tropas enemigas, sobre todo si el humo no es prontamente disipado por el viento.

Cuando el combate va llegando al momento crítico ó decisivo de inminente desenlace, la artillería dirige su fuego sobre el punto que el comandante en jefe indica como probable para el choque definitivo. Los oficiales observan atentamente la marcha de los sucesos y los movimientos de las tropas, á fin de que, si el fuego de las piezas les molesta, se pueda suspenderlo á tiempo, ó cambiar su direccion tomando otros blancos en baterías ó reservas enemigas. De todos modos, al iniciar ó acentuar la infantería su movimiento para la carga, la artillería se asocia, aviva su fuego y avanza resueltamente hasta 800 y 700m, entrando en la zona peligrosa de la fusilería, para proteger eficazmente á las tropas en los dos sentidos «moral y material,» para cubrirlas si son rechazadas, y amparar su reunion conteniendo el avance del enemigo victorioso. Es evidente que si el éxito del ataque se funda en la sorpresa del enemigo, desorientado y aturdido, la artillería no ha de revelar con su fuego prematuro lo que se proyecte. Su accion, en este caso, poco eficaz podrá ser por el corto tiempo de que dispondrá. Si el asalto es afortunado, la artillería avanza, ocupa y asegura la *posicion* conquistada; y mientras las tropas asaltantes descansan y se rehacen, ó relevan con otras de segunda y tercera línea, la defienden contra el enemigo si vuelve, ó le persiguen con el fuego en su derrota.

En la *defensa*, la artillería, que se establece en los puntos más adecuados para ver y batir el terreno, enfilando el acceso del adversario, no suele ocuparlos todos desde el principio, sino que en gran parte permanece detrás y á cubierto hasta que aquel presente fuerzas imponentes dentro del alcance eficaz del cañon, 2500 á 3000m. La parte más pequeña se destina á contener el avance de la vanguardia enemiga y proteger el repliegue de las avanzadas propias. Sucesivamente irá entrando en combate casi toda; pero reservando siempre alguna para resistir el asalto, á proximidad ó en los mismos puntos atacados; para tirar, sin hacer caso de la artillería contraria, siempre sobre la tropa enemiga, haciéndole costoso, imposible el paso, por rápido que sea, de la última zona.

Si la infantería se ve obligada á abandonar la posicion, la artillería se sostendrá hasta el último extremo, hasta que reciba órden expresa de retirarse. Su empeño único ha de ser rechazar, contener al vencedor para que el vencido se rehaga, y en último extremo amargarle á aquel el triunfo con metrallazo á quemaropa. La pérdida de las piezas ya se ha dicho que no deshonra; más bien es glorioso timbre para la artillería que se sacrifica por sus compañeros.—En general, y en campo de batalla abierto, la artillería, que siempre avanza á los aires más vivos, debe inversamente iniciar la retirada siempre al paso, por razones análogas á las que prohiben retirar ó relevar las baterías en lo más vivo del fuego. Cuanto más precipitada y desordenadamente se retire la infantería, mayor debe ser el aplomo y firmeza de la artillería para no aumentar la confusion y hacer inevitable el desastre.

Posiciones.

Algunos definen con tal generalidad la palabra *posicion*, que llaman así á cualquier *terreno* en que un ejército ó tropa se detiene para descansar, campar, vivaquear y combatir. Otros restringen algo, teniendo por *posicion* «todo lugar ocu-

pado por una tropa que se dispone á iniciar ó sostener un ataque.» En el dia el significado es aún más concreto, y se debe entender por *posicion* «aquel terreno muy circunscrito, que ofrece á un ejército, cuerpo ó tropa cualquiera, facilidad y garantía de combatir con ventaja, aunque inferior en número.» Es de advertir que hay diferencia, determinada por la respectiva magnitud, entre *posicion* y *puesto*.

Puesto que el *combate*, en general, puede tener carácter ofensivo ó defensivo, y tambien uno y otro alternativamente; la *posicion* podrá ser, segun los casos, *ofensiva*, *defensiva* y mista, si participa de entrambos caractéres. Y puesto que sobre ella se ha de *maniobrar* y *combatir*, una *posicion* no es otra cosa que «un *campo de batalla* escogido y preparado con más ó ménos arte y antelacion.»

Examinemos sus principales condiciones. La primera, indudablemente, es que su capacidad, sus dimensiones sean proporcionadas á la tropa que la ha de ocupar y defender. Sería inútil y embarazoso emplear una fuerza numérica superior á la necesaria; y por otra parte, una inferior comprometeria el éxito de la operacion.

La extension, variable en cada caso, del *frente de una posicion*, naturalmente ha de estar determinada por la del *frente de batalla* de las tropas; así como la *profundidad* dependerá de la *disposicion de combate* que se les dé. Si ésta es, como ordinariamente se supone en teoría, de dos líneas con una reserva, una simple multiplicacion basta para saber el espacio ó superficie rectangular indispensable. Pero ha de tenerse en cuenta la estructura del *terreno*, si es mayor el número de *líneas* que se deben escalonar, y tambien que detrás de la *reserva* se necesita anchura y desahogo para los parques, ambulancias, trenes y equipajes. En guerra de montaña, donde cabalmente juegan más las *posiciones*, un ejército entero se ve forzado á estrecharse y condensarse en algunas, que son la quinta ó la sexta parte á veces del espacio que el

mismo número de hombres necesita para estar holgado en una llanura. En *posicion ofensiva*, tambien ese espacio podrá ser menor relativamente, atendiendo á que el ataque siempre recoge más las tropas.

La *dominacion*, es decir, la altura ó relieve sobre el terreno adyacente, conviene á toda *posicion*. El fuego es eficaz, y se descubre mejor al que ataca; pero esta elevacion ha de tener su límite: si es excesiva, los fuegos en vez de *rasantes*, son *fijantes*, y por lo tanto ménos temibles. No son, pues, en todos casos las altas cumbres con rápidas pendientes las más preferibles: bastan en general declives y laderas suaves y tendidas, ó mesetas y resaltos en forma de gradería.

Toda *posicion*, para merecer este nombre, supone *obstáculos* naturales y artificiales que la circunscriben, que constituyen sus elementos y condiciones tácticas. Con los obstáculos se cubre y apoya el defensor, con ellos entorpece y dificulta el acceso al enemigo; pero tambien aquí se debe huir cuerdamente de la exageracion; y no por buscar á toda costa lo «inaccesible y lo inexpugnable» en absoluto, caer en un encerramiento *pasivo*, inerte, que quite á la defensa el carácter *activo* que nunca debe perder; impidiendo la reaccion ofensiva, la capacidad de atacar, de tomar desquite en el instante en que se logre una pequeña ventaja ó se presente coyuntura favorable.

Por eso no siempre son buenos esos *obstáculos naturales*, que pueden llamarse completos ó impracticables, como lagunas, grandes pantanos, altos escarpes, que forman «barrera material,» tanto para el defensor como para el agresor: en general se prefieren otros obstáculos más practicables; bosques, barrancos, aldeas, que las tropas pueden guarnecer y ocupar, haciéndolos valer con su defensa y acrecentando su importancia por los medios artificiales é ingeniosos que procura el arte de la fortificacion. En las montañas, la naturaleza presenta variadas combinaciones; pero en las llanuras mismas un riachuelo encajonado, charcas, canales, que determinen

puntos precisos de paso, que impidan el despliegue del que ataca, que le obliguen á desfilar, á desembocar con estrechez, á presentar columnas profundas que la artillería destroce, son *obstáculos* que un buen *táctico* aprovecha grandemente.

Comprendemos que no es muy fácil esa reunion de dos condiciones casi contradictorias: *acceso* difícil y *salida* cómoda; obstáculo para el agresor y facilidad para el defensor; mas no porque el precepto sea de ejecucion laboriosa se ha de atenuar, ni ménos omitir en un libro de arte. Importantes consideraciones para esclarecer este punto se desarrollan, como lugar más á propósito, en el capítulo IX que trata de la *fortificacion de campaña*, destinada principalmente «á suplir la insuficiencia natural» de un *puesto* ó *posicion*. En él se verá cómo este problema, realmente difícil, puede tener solucion satisfactoria; y para allí se aplaza, por evitar prolija repeticion, cuanto concierne á la relacion íntima que existe entre la *fortificacion* y las *posiciones*, puesto que á entrambas sirve la *táctica* de lazo y nudo. Napoleon I dice en una de sus máximas: «En guerra de marchas y maniobras, para esquivar una batalla contra un ejército superior, es preciso atrincherarse todas las noches y siempre situarse sobre el pié de una buena defensiva. Las *posiciones naturales* que ordinariamente se encuentran, no pueden sin los socorros del *arte* poner un ejército al abrigo de la superioridad del contrario más numeroso.»

En toda *posicion* se distinguen el *frente* y los *flancos;* porque aquél y éstos están señalados por esos obstáculos naturales, ó artificialmente realzados. Pero se comprende bien que ninguno de ellos, como caserías ó bosques, ha de ocultar y favorecer los movimientos del que ataque; y que todos, pequeños ó grandes, deben estar *bajo el cañon defensor*. Su mayor alcance hoy hace triplicar ó cuadruplicar ciertas distancias y dimensiones, que se daban como «fijas» en libros didácticos no muy añejos. Se tiene por buena y bien acondicionada

la *posicion defensiva* que presenta en su frente configuracion favorable para la concentracion de fuego sobre los puntos principales ó presumibles de ataque, para barrer con la artillería los pasos estrechos y forzosos. Por eso se buscan líneas ondulosas ó, si pudiera decirse, festoneadas con algunos *entrantes* y *salientes* alternativos, que forman hasta cierto punto *baluartes*, *caponeras* naturales con largas *cortinas* intermedias (véase el capítulo citado), que constituyan en fin una fortificacion *natural*, aproximada en lo posible á la fortificacion *artificial* trazada por la mano del hombre.

Y combatiremos de paso una preocupacion, que no por ser muy general, tiene razonable fundamento. En cuanto se dice *posicion*, mayormente cuando la fortificacion interviene, parece ya que sólo ha de jugar en ella la infantería, ó, lo más, artillería. *Posicion*, repetimos, quiere decir *campo de batalla preparado*, y sería por cierto extraña preparacion *táctica*, la que anulase ó vedase el empleo de una de las tres armas. Así, pues, la caballería, léjos de estar excluida, juega y mucho, en el ataque y defensa de ciertas posiciones: hay por consiguiente que dejarle desembocaduras y espacios por donde salir, cargar y replegarse. El principio fundamental que rige en la eleccion, mejora y acertado empleo de una *posicion* es, no sólo la «circulacion» holgada y segura, sino la «colocacion» acertada y provechosa de las *tres armas*, de modo que se combinen y se apoyen; que tengan capacidad para desarrollar su máximo efecto, que no se aglomeren y embaracen, y sobre todo, que no se divorcien ó incomuniquen. La *táctica* no se estudia para aplicar sus reglas en la pradera lisa de un campo de instruccion, sino en los imprevistos accidentes de un *campo de batalla;* y los que en él la han ejercitado no la acusan por cierto de esa aparente «facilidad» que en aquel otro tiene. Con frecuencia se ha visto en el ataque y defensa de *posiciones*, tropas en forzosa inactividad, presenciando impasibles la derrota y el degüello de sus compañeras, por un accidente que las incomunica, por una impre-

vision al disponerlas, por un error de cálculo. Es, pues, necesaria la recomendacion, la insistencia sobre este principio táctico de conexion y enlace de las *tres armas*, singularmente cuando se combinen en una *posicion* con ciertos recursos de la *fortificacion de campaña*.

La seguridad, el eficaz apoyo de los *flancos*, merece tambien atencion escrupulosa. Si no hay buenos obstáculos naturales, rios, precipicios, pueblos, se acude á los *atrincheramientos;* y si no es posible tampoco, á los escalones, á la artillería bien establecida con ancho campo de tiro. Para que un *flanco* esté sólidamente cubierto, es preciso que los obstáculos se extiendan bastante en direccion lateral, á fin de que el enemigo no pueda envolverlo, á ménos de grandes circuitos y movimientos peligrosos por lo largos y excéntricos. Es comun fijar la atencion en el *frente* de la posicion y no en los *flancos*, dejando, como técnicamente se dice, las alas en el aire: el remedio no es fácil en llanuras; pero á toda costa hay que buscarlo ante un enemigo que sepa maniobrar.

Si hácia el exterior, esto es, hácia el enemigo, la *posicion ofensiva*, y áun la *defensiva*, por pasiva ó encastillada que sea, debe tener *comunicaciones* fáciles y seguras, mucho más deben serlo las interiores; ya corran paralelas al frente de la posicion, para ligar lateralmente los diferentes cuerpos y campamentos; ya perpendiculares tambien, para la debida conexion de las varias líneas de batalla en sentido de la profundidad. Entre estas últimas, hay que prevenir y cuidar y cubrir con preferencia la *línea* ó camino de *retirada*. Geométricamente, el mejor modo de asegurarla es hacerla perpendicular al frente, casi siempre extenso, de la *posicion*. Cuanto más se aparte de esta direccion perpendicular y central, más peligros ofrecerá la *línea de retirada;* y será de todo punto inadmisible la que obligue á correrse sobre la prolongacion de un flanco, singularmente en terreno llano y descubierto. Si una *marcha de flanco* en la ofensiva está reprobada (como

se ha visto en el cap. III), calcúlese el desastre de una retirada al ser violentamente desalojado de una posicion.

Se recomienda, en general, para elegir y establecer *posiciones*, los terrenos algo movidos y variados, de esos que se llaman ondulados, entrecortados ó mistos, que si no son buenos en conjunto para grandes ejércitos, tienen singular utilidad y provecho para pequeñas tropas y destacamentos. Excluida, pues, en principio la uniformidad y la monotonía, toda *posicion* tendrá de suyo variedad de puntos débiles y fuertes, vulnerables y seguros. Los *débiles* serán, en general, los *salientes*, las alas, los de fácil acceso, los que estén *dominados*, los que tengan delante algo que oculte al enemigo y favorezca su avance, su ofensiva. Los *fuertes* serán, á la inversa, aquellos más *entrantes*, más *dominantes*, más inaccesibles, y toda localidad, como bosque ó pueblo, útilmente ocupado ó atrincherado por el defensor.

Entre estos varios *puntos* de una *posicion*, irremisiblemente hay uno que, por su importancia relativa, descuella sobre los demas, y de cuya posesion suele depender la toma ó conquista de la *posicion* entera. Ese punto singular, característico, decisivo, toma el nombre técnico y expresivo de *llave de la posicion*. Sobre él se acumulan los esfuerzos; sobre él se disputa sangrientamente la victoria; en él se desenreda el *nudo* del *combate*.

Una *posicion* se toma por algunas horas, pero con más frecuencia por algunos dias; y en este caso encierra un *campo*, *campamento* ó *vivac* de los que quedan mencionados en el capítulo III. Puesto que predomina rigorosa y exclusivamente la *táctica*, á sus reglas tienen que subordinarse las condiciones higiénicas y las consideraciones estadísticas de agua, leña, paja, buen aire, buena exposicion al sol, suelo seco, etc. Sin embargo, deben conciliarse en lo posible, y muy especialmente la abundancia de los tres primeros é indispensables elementos.

Respecto al *servicio avanzado*, que se explicó en el cap. IV,

debe naturalmente cubrirse con gran puntualidad; pero conviene evitar fatiga inútil á la tropa con excesivo número de *puestos*. Los oficiales prácticos y conocedores del *terreno* saben economizarlos sin desatender la seguridad.

A ménos de entrar aquí en largas consideraciones y detalles de geografía física ó geología, no es posible detenerse en analizar las *posiciones* bajo el punto de vista *topográfico* ó *del terreno*. Algunas indicaciones se encontrarán en el capítulo IX, que trata de los *reconocimientos;* y otras, puesto que las verdaderas *posiciones*, para columnas pequeñas y destacamentos, donde abundan y se aprovechan es en las montañas, en el capítulo VIII, que á ellas se refiere, tendrán más oportuna cabida y desarrollo.

El que defiende una posicion suple la debilidad de ciertos puntos, dobla la fuerza de otros con *talas*, *espaldones*, *reductos*, *cortaduras*, *trincheras* y otros recursos improvisados. A poco que la espectativa ó la ocupacion se prolongue, un jefe activo (como siempre debe suponerse), va mejorando y aumentando sus *obras*, hasta el punto de encontrarse sin pretenderlo, con que la simple *posicion natural* se ha convertido por su «habilidad» en un *campo atrincherado*, con el cual no contaba el enemigo.

Y advertirá de paso el oficial de infantería, que el desarrollo de *obras* y *trabajos* que esto presupone, no lo han de hacer, miéntras él los mira, los pocos ingenieros, si los lleva, de su columna ó destacamento: todo el mundo tiene que arrimar el hombro, poner manos á la obra, y puesto que á todos ha de alcanzar su parte relativa de responsabilidad y de gloria, á todos alcanza proporcionalmente el deber de conocer con antelacion algunos rudimentos sencillísimos.

Si á pesar de su energía, el defensor empieza á evacuar puntos débiles, la direccion del repliegue es naturalmente al *punto-llave*, ó digámoslo así, á la ciudadela, al *reducto de seguridad*, al último refugio; y en este movimiento retrógrado,

muy propenso al desórden y á la indisciplina, es donde el oficial acredita su serenidad y sus dotes de mando. Allí se concentran los esfuerzos; allí acuden las reservas; y la fortuna veleidosa recompensa muchas veces la «terquedad» cuando es valerosa é inteligente. Si tal sucede, sería notable ingratitud á sus favores contentarse con la estéril satisfaccion de ver que se aleja el enemigo: aunque la táctica no lo prescribiese, la venganza, muy justa, aconseja perseguirle, acosarle.

El que intenta apoderarse de la *posicion*, razonablemente ha de suponerse que es muy superior en fuerza al que la defiende, y que lleva las tres armas: artillería para iniciar y entablar el ataque de lejos y de cerca; infantería para decidir; caballería para completar y perseguir. Debe suponerse tambien que sabe algo acerca de la *posicion* por medio de *reconocimientos*. Llevará por consiguiente un *plan* que poner en ejecucion. Ese *plan*, donde mejor se estudia y se combina, es sobre un *plano* de la *posicion* codiciada, ó por lo ménos sobre un *cróquis;* pero aunque no los tenga, que es lo más frecuente, ciertas consideraciones generales ofrecen puntos de apoyo al razonamiento y al cálculo.

Es absurdo, y hasta criminal, tomar una posicion *á viva fuerza* por el mero «capricho» de ocuparla. Algo ha de haber que interese detrás de esa posicion; quizá cubra una *línea* importante *de comunicacion* ó *de defensa;* por consiguiente, el apoderarse de la posicion es para *cortar la línea*. A esto, pues, tenderá el *plan*. Y cuanta ménos sangre y ménos esfuerzos cueste, más recomendable será la ejecucion. El ataque se dirige en consecuencia, no á batir, en el sentido de exterminar (pues no ha de suponerse en el agresor tan excesiva superioridad), sino á *desalojar*, á echar al enemigo de allí. Si pudiera conseguirse sin una baja, tanto mejor. Luego, ántes de empeñar un combate formal y sangriento, el buen táctico reconocerá, amagará, *maniobrará*; miéntras tanto irá corrigiendo y madurando su *plan*. Pero los ataques «falsos» son más fá-

ciles de prescribir que de ejecutar: para que logren su objeto, y engañen al enemigo, es indispensable que se alejen y que éste, llevando y distrayendo sus fuerzas, no tenga tiempo de concentrarlas sobre el ataque «verdadero.» Y tan audaz ó listo puede andar, que hasta se interponga y bata en detalle algun trozo muy desprendido del agresor. Hay, pues, que ser cauto, y llevar la prudencia al extremo de pensar en la *retirada*, y en el modo de cubrirla con la *reserva*, ántes del momento de romper el *ataque*, para que la desgracia no coja desprevenido. Por eso importa mucho el tino en la eleccion de los medios *tácticos*. En la pluralidad de los casos está proscrita la antigua *columna* espesa y larga: por torpe que sea la artillería defensora, pronto dará cuenta de ella; las pequeñas y convergentes, á distancia de despliegue, tal vez convengan si se tiene seguridad de su «exacta concurrencia» porque no haya obstáculos ó se interponga el enemigo; pero el órden de ataque por excelencia será el *de escalones*.

Entre el aparente desórden de amagos, demostraciones y tentativas, el momento oportuno del *ataque* es, para el comandante, cuando adquiere la certeza de que el defensor engañado ha debilitado ó desguarnecido el punto importante. En terreno descubierto el ataque formal y verdadero se inicia con un fuego terrible y concentrado de artillería que, descubierta de improviso, apaga el de la defensa con la lluvia de sus proyectiles. Si el terreno impide esta poderosa concentracion, ó las piezas, por ejemplo, tienen que tirar de abajo á arriba, hay que sustituirla con una nube de certeros tiradores que logren igual efecto, haciendo materialmente «inhabitable» el punto escogido.

Pero el defensor no olvidará por su parte el precepto arriba indicado; y probablemente, cuando la tropa asaltante á mitad de camino avance con vigoroso impulso, una batería, hasta entonces callada y escondida vomitará sobre ella la metralla. Contra la eventualidad formidable de este crítico momento la *táctica* no tiene recursos, ni remedio. Hay que bus-

carlos en la esfera *moral* y elevada de la *disciplina* y del *honor*. Los jefes y oficiales no los encontrarán en las inspiraciones del arte, sino en las de su propio corazon. Con ademan firme y voz serena tienen que recordar al soldado su deber, inflamar su valor, y hacerle comprender que el menor peligro está en salvar á paso ligero y la cabeza baja la corta distancia que resta; que la vacilacion es fatal; el alto, más costoso; el retroceso, imposible. Sea la que fuere la *formacion* en que se avance, nunca ha de variarse en aquel instante, ni el jefe principal, por aturdimiento ó quiza por alarde inoportuno de serenidad, debe mandar bajo el terrible fuego del enemigo *evoluciones* intempestivas.

Si á pesar de todo el ataque es rechazado, al comandante en jefe concierne tener previsto el más acertado empleo de refuerzos y reservas.

6. Ofensiva y defensiva.

En la guerra, desde las grandes *operaciones*, hasta los más pequeños *combates*, se procura á toda costa tener *iniciativa*, ó, lo que viene á ser igual, *tomar la ofensiva*. Esto exalta el valor propio y desorienta, perturba, desconcierta, derrota moral y anticipadamente al enemigo. Ir en busca suya en vez de aguardarle, invadir su terreno; anticiparse á ocuparle sus posiciones; estorbar su concentracion; cortarle sus comunicaciones; batirles sus destacamentos; cercenarle sus vituallas; establecer, en fin, una *superioridad* científica y *moral* probada con hechos, indudablemente es ventajoso y recomendable. Pero bien se ve cuán difícil será lograrlo sin *superioridad numérica* ó, por lo ménos, sin esa otra superioridad que da la *calidad* ó el entusiasmo de las tropas, la clase de *terreno*, el *talento* del jefe.

Aunque se interrumpa en cierto modo el órden minucioso y práctico de ideas que vamos desenvolviendo, no es dable

prescindir, por lo importantes, de ciertas reflexiones y generalidades sobre la *ofensiva* y la *defensiva*. Definamos ambas palabras, invocando primero, como de costumbre, una autoridad—la de Jomini. Dice este autor:

«Una vez resuelta la guerra, la primera cosa que hay que decidir es si ha de ser *ofensiva* ó *defensiva;* por lo tanto conviene definir bien lo que se entiende por estas palabras.»

«La *ofensiva* se presenta bajo muchos aspectos: si se dirige contra un gran Estado y abraza todo él ó una gran parte, se dice entonces una *invasion;* si se aplica sólo al ataque de una provincia ó de una línea de defensa más ó ménos limitada, será una *guerra ofensiva ordinaria;* y en fin, si sólo es un ataque contra una *posicion* cualquiera del ejército enemigo y circunscrita á un solo punto, se llama *iniciativa de movimientos.*» Y el autor añade por nota al pié de la página: «Esta distincion parecerá demasiado sutil; pero yo la creo justa, sin darle gran valor; pues es indudable que se puede tomar la iniciativa de un ataque por media hora, aunque siguiendo en general un sistema defensivo.» (*Comp.*, tomo I, cap. 3.°, artículo 16, pág. 150.)

Puesto que el autor no le da «gran valor,» seguiremos su ejemplo, y sólo ponemos éste (como algun otro que pusimos en el capítulo II, dedicado á la *estrategia*) para mostrar hasta donde puede llevar la manía de complicar las nociones más sencillas.

La voz *ofensiva* se usa como adjetivo y sustantivo. Como adjetivo, califica la guerra, la campaña, la accion. Pero, tomada en sustantivo, ya expresa «con más generalidad» iniciativa de movimiento, idea de agresion, de ataque: por eso se dice *tomar la ofensiva*, que es buscar al adversario para batirle, bien sea por creerse uno mismo *más fuerte* en número, en saber, en valor; bien por querer aprovechar una *ocasion* favorable.

Una guerra, un sistema *defensivo* puede tener incidentes,

reacciones, momentos *ofensivos*, permaneciendo no obstante *á la defensiva*, no tomando por esto *la ofensiva*. Es evidente, repetimos, que toda *ofensiva* impone y desconcierta al enemigo; sin embargo, tan temeraria y descabellada puede ser, que á veces le convendrá dejar que se hagan «profundas» ó extensas las *líneas estratégicas de operaciones* ó de invasion, como á los rusos en 1812 contra Napoleon I. Sin estas grandes excepciones, la *ofensiva* razonable, la *iniciativa* rápida y audaz es siempre recomendable y posible en *estrategia*. El que espera tiene que estar prevenido por todos lados; y esta situacion indecisa le debilita ó le aturde, porque ignora dónde va á recibir el golpe. Esta condicion cabalmente hace que la *ofensiva* no sea hoy tan provechosa en *táctica*, ni tan recomendable siempre en el *combate;* pues descubierto al instante el movimiento *ofensivo*, pronto y fácil es el remedio, sabiendo *maniobrar* y siendo cauto en la prevencion y uso de las *reservas*. Conviene, por lo tanto, distinguir el *sistema ofensivo*, como medio, y como fin ú objeto; como accidente, y como fondo, carácter ó esencia de la *guerra*.

A veces, efectivamente, una *campaña* es *ofensiva* en medio de una *guerra defensiva;* sin que por ello cambie la índole, el carácter general de esta guerra.

Así tambien hay momentos y periodos puramente de *defensa* en una guerra, cuya índole por eso no deja de ser *ofensiva*.

Puede definirse como *ofensiva* la guerra, que no podria parecer ventajosamente terminada, miéntras que no se conserve todo ó parte del país ocupado á consecuencia de la *invasion* ó *agresion*, que es naturalmente la compañera natural é inmediata. Por último, la definicion siguiente de un autor moderno es á nuestro juicio la más exacta:

«Se dice que la *guerra* es *ofensiva*, cuando, estando bien asegurada la propia conservacion, se maniobra con el objeto de destruir al enemigo; y *defensiva*, cuando, estando en peligro la propia conservacion, se maniobra con el objeto de

sostenerla, compensando las fuerzas hasta poder tomar la ofensiva.»

Estar á la defensiva se dice, cuando se evita la presencia del enemigo, por creerse más débil ó por querer sacar mayores ventajas, esperándole sobre un *teatro* ó *terreno* estudiado y preparado de antemano.

La *defensiva* en general tiene por objeto ganar tiempo, allegar recursos y refuerzos; hacer, como vulgarmente se dice, la bola de nieve; aprovechar coyunturas, evitando golpes contundentes y decisivos, concentrando sus fuerzas para acudir por los radios. La buena *defensiva* rechaza el sistema desparramado ó *de cordon*: al contrario, procura que el agresor se extienda y disemine, porque entónces el defensor *concentrado* es realmente *superior*.

En la *defensiva* juegan con provecho la *fortificacion* natural y artificial; las *montañas*, las *posiciones*, las *plazas*, los *atrincheramientos*. Se acude á los *ardides* y *estratagemas*, y sobre todo á las *maniobras* calculadas, para distraer, turbar y fatigar al enemigo. Pero bien entendido, que estas *maniobras defensivas*, por complicadas ó cautelosas, por grandes ó pequeñas que sean, siempre han de tener un *objeto*, por decirlo así, *ofensivo*, al cual se va con resolucion; pues, si bien se mira, más que de la *táctica*, depende quizá el éxito de la *habilidad* del que manda y del *valor* y *resistencia* de los que obedecen.

Respecto á la propiedad del lenguaje técnico, no puede haber sinonimia ni confusion entre las dos palabras *defensiva* y *defensa*, tomadas como sustantivos. Un ejército *está á la defensiva*, no está *á la defensa* (como no se quiera sobreentender «de un país»): un cuerpo, una division de ese ejército, como accidente en medio de una operacion ofensiva, *defiende* un puente, una posicion, una plaza. La diferencia es visible, por la diferente magnitud de los objetos: la *defensa* es un acto puramente concreto y material por medio de las armas y del

combate; la *defensiva* es un estado teórico ó abstracto, nominal, distintivo. *Defensiva* no deberia usarse propiamente sino en grande, en estrategia: *defensa*, en táctica. Se dice: *estar á la defensiva*; pero no *estar*, sino *tomar la ofensiva.*

Contra algunos libros *de arte*, que andan en manos de todos, conviene insistir en esto de la *defensa* y *defensiva*, para advertir lo que hay de falso y peligroso en deslumbrar, en cebar, si puede decirse, á la juventud con esas *ofensivas*, con esas *puntas* locas y arrebatadas en *estrategia;* con esas *cargas* y *ataques* descabellados en *táctica*, que la fortuna veleidosa corona alguna vez, pero muchas castiga severamente.

¿Quién, al estudiar la atrevida concentracion de Napoleon sobre Ulma, no admira atónito la iniciativa, el poder de combinacion, el tino para detalles de aquella voluntad ofensiva? Pues, veámosle ocho años despues, defendiendo su trono, su patria, ante aquella *invasion* fria, convergente, geométrica, saltando como un leon en la jaula, contra aquel círculo de hierro, que se estrechaba infaliblemente á cada etapa; y, agotado su talento ante aquella *ofensiva* brutal, abrumadora (y ántes por él tan encomiada), no encontrar en su desesperacion otro recurso que pedir con grito de agonia más hombres á su patria exhausta, más carne para el cañon *ofensivo.*

Lo primero que se exige al tirador de esgrima en la sala de armas, la primera idea, innata en el hombre, de *conservacion* propia ¿se ha de olvidar cabalmente donde más se necesita, *en la guerra?*

¿Qué fundamento tiene—y más entre españoles—ese aforismo de que «el que se defiende está ya vencido á medias?»

¿Es bochornoso acaso defenderse, por ser *inferior* en número, en recursos? Creemos que pueden aceptarse sin rubor *defensivas* que producen resultados como los del Garellano, Pavía, Mühlberg, Gemmingen y Bailén.

La *defensiva* con soldados españoles nada tiene de enervante y ocasionado, siempre que se les diga claramente que

á la defensiva están. El atrevido resorte del célebre caudillo carlista en 1834 al enseñar adrede á sus bisoños batallones el imponente desfile de las columnas cristinas, prueba como un hecho, que no es petulancia sostener que la *defensiva* es propia y característica de España. Porque en esta tierra no es la *defensiva* absoluta, amilanada, pasiva, cubridora, infecunda: es el cálculo sesudo del ánimo sereno, que juzga imposible «por entónces» y descabellado el ataque; pero que, juzgando al mismo tiempo «imposible» siempre la derrota total, no perdida nunca la causa que defiende, huye, cede, evita; mas, como el antiguo partho, disparando al huir su temida flecha; como el peon de la edad media contra el armado caballero, buscando con la punta del chuzo el falso de la armadura; teniendo, en fin, la vista fija constantemente sobre el enemigo superior, para aprovechar su ignorancia, su desvanecimiento ó su fatiga.

El historiador francés Roseeuw de Sainte Hilaire lo ha dicho en concisa frase: «L'Espagne, c'est le génie de la resistance.» Y *resistir* encamina á vencer. Para *atacar* se necesita *valor*, no hay duda: para *resistir* se necesita algo más que valor, se necesita *fortaleza*.

Inculcaremos de paso lo desventajoso del sistema de abultar las glorias y callar los reveses; de engrandecer la *ofensiva* y achicar la *defensiva*; de hacer la apoteósis de la fuerza brutal que abruma y arrolla más que vence, y no enaltecer la fé, la constancia, el patriotismo, siquiera no los premie la fortuna; la confianza propia, el destello de dignidad varonil y de legítimo orgullo, que impulsa á aceptar un *duelo* con más probabilidades de morir que de vencer. Pero, dejando la parte moral, para dar militarmente á nuestro voto todo su peso, no leamos siempre en «catecismo extraño;» estudiémonos ántes á nosotros mismos; veamos bien el papel importante y malamente desdeñado que el terreno y la fortificacion hacen en la guerra, singularmente cuando ésta es *nacional*; ampliemos con perseverante prudencia y prevision nuestros recursos:

ensanchemos sin miedo la *educacion militar* y entónces veremos, con mucha más claridad que en la guerra de la Independencia, que, en resúmen, *defensiva* se reduce á lo contrario de *ofensiva;* que una y otra son «accidentes» muchas veces alternativos, y de ningun modo estados constitutivos, inalterables. Que el considerarlas aisladas, desunidas, independientes desquicia el *arte*; confunde sus principios, llevando por un lado la *ofensiva* por caminos de aventura quijotesca, y descarriándose por otro la *defensiva* acobardada, sin esperanza de salvacion, de *reaccion ofensiva*.

Apuntemos ejemplos. Ese mismo movimiento ofensivo y convergente de Napoleon sobre Ulma, que acabamos de mencionar con la admiracion conque siempre lo mencionará la historia, ¿hubiera sido tan completo, tan victorioso, si el buen Mack hubiera tenido un poco más de seso ó de corazon? La batalla de Magenta ¿fué realmente perdida ó simplemente «dejada» por los austriacos doctrinarios, porque teóricamente «debia» estar perdida?

No demos á las palabras más valor del que tienen; y así como los físicos dicen con razon que no hay frio, sino «ausencia de calórico,» pudiera decirse que *defensiva* es «que no hay *ofensiva* razonable por el momento.»

Un cuerpo de tropas, contra el que vienen otros tres enemigos, iguales á él cada uno en fuerza, está «inicialmente» *á la defensiva*. Si la hace *pasiva* hasta el extremo; si permanece quieto, ofrece á las *tres líneas* un punto fijo de interseccion invariable, como rectas tiradas con la regla sobre el mapa; y positivamente aquel cuerpo está en la relacion de 1 : 3, que es la cuenta que se echaria Mack, y por la cual hay que rendirse; pero el cuerpo atacado se mueve: sólo con esto, falta, desaparece ya el *punto de encuentro* de las *tres líneas*, ó llámese *vértice objetivo;* y si por hábiles maniobras suyas, ó por torpezas y tropiezos de *combinacion*, los que atacan no llegan á juntarse, y léjos de eso se encuentran interpuesto al *defensor*, puede muy bien éste derrotar *uno á uno* á los *tres*

que le acometen. La primera campaña de Bonaparte en Italia, de todos sabida y admirada, se fundó en este principio, trivial, como todos los de la guerra, cuando se ve escrito en el papel; pero de dificultad incalculable en el terreno. Su aplicacion afortunada valió al jóven general republicano su primera corona de laurel, que ya presagiaba convertirse en otra de oro, quizá ménos fulgente.

Recapitulando, y en vez de definir aisladamente la *defensiva*, dejemos sentado y repetido: que uno de los árduos problemas de la guerra, tanto en *operaciones* como en *batallas* y *combates*, es «pasar con tino y oportunidad de la defensiva á la ofensiva y reciprocamente.»

Para aplicar estos principios generales al acto concreto de la pelea, se debe tener presente que hoy el *ataque*, si bien implica superioridad moral, tiene poca ventaja material: miéntras que, inversamente, la *defensa* equilibra su inferioridad inicial ó moral con ventajas incontestables. El ataque, fuera de la superioridad numérica, tiene que recurrir á la convergencia de fuegos; á los amagos, diversiones y demostraciones; á buscar siempre caminos oblícuos ó sesgados sobre los flancos, sobre la espalda, desenfilándose en lo posible. El ataque *directo* ó de frente contra el enemigo *en posicion* es hoy tan temerario, que casi se considera imposible.

Y, sin embargo, la regla es «atacar,» tomar iniciativa ó delantera, avanzar, ganar terreno; pero á condicion de conservar tenazmente lo que se va ganando; es decir, de «defender» con brío las posiciones sucesivamente conquistadas. La defensa, por su parte, aguarda coyuntura propicia para una reaccion ofensiva que se llama *contraataque*. Luego en uno y otro se engranan y entremezclan de manera imprevista, instantánea, la ofensiva-defensiva y la defensiva-ofensiva; el combate es una sucesion de agresiones y resistencias; luego la táctica absoluta, positiva ó elemental debe dar medios ó disposiciones que se presten indiferente y alternativamente á las dos eventualidades.

En algun caso la resistencia inerte ó pasiva puede, como lo demuestran las últimas guerras, alcanzar el éxito aniquilando materialmente al agresor con la precision y rapidez de sus fuegos; pero ordinariamente el defensor tiene en contra suya lo limitado del espacio, que el agresor cubre de proyectiles, la divergencia inevitable de los fuegos, que el otro concentra poderosamente y le compensa la desventaja de marchar al descubierto.

7. Punto-llave.

Tanto en la *ofensiva* como en la *defensiva* general, tanto para el que ataca como para el que defiende en cada empresa particular, y lo mismo (guardada proporcion) en grandes *operaciones* que en pequeños *combates*, hay siempre un punto importante, característico, *decisivo*, porque efectivamente decide la victoria su conquista, ocupacion ó posesion. En las definiciones de *estrategia* del capítulo II queda indicado lo que bajo este aspecto basta para el objeto de este libro. En *táctica*, y especialmente en el *combate*, ese punto singular y decisivo, que en rigor deberia ser conocido, adivinado por el último subalterno, toma, segun se dijo, el nombre técnico de *punto-llave* ó simplemente *llave*. (En algun libro mal traducido se dice *clave*, pero ésta es la de un arco ó la de un pliego en cifra.)

No es fácil definir bien lo que es *llave*, así como tampoco lo suele ser encontrarla en una *posicion*, ó en un *campo de batalla*. Llave tienen, repetimos, la defensa y el ataque. En un atrincheramiento, en una posicion, el *punto-llave* suele ser material y visible: es, en general, la parte más débil por naturaleza ó arte, y tambien la más vulnerable, desguarnecida ó descubierta. En campo abierto hay llave, allí donde se note un gran error ó desacierto en la *disposicion* ó *colocacion* de las *tropas*. Desde el momento en que el agresor marca un punto de ataque con obstinado empeño, aquel es *llave* para

el que se defiende: allí está el *nudo del combate*. Pero, como arriba se advirtió al hablar de la *defensiva* en *táctica*, muy cándido ó petulante será el agresor que desde luego y gratuitamente revele su intencion ofensiva. Pronto acudirá al remedio el defensor. Por eso, aunque la *llave* esté visible, de relieve, que se coja con la mano, por decirlo así, un militar hábil y experto hace que no la ve ó que no la quiere; finge que tantea y reconoce; se va por otro lado; simula ataques falsos; aparenta calor en otro punto, y miéntras tanto arregla sus preparativos para el ataque real y verdadero, para producir en el momento crítico el *acontecimiento* que recomienda Napoleon. Ciertas columnas que ostensiblemente se disponen á caer sobre tal punto, no sueñan en eso: esperan la señal de estar dispuestas otras tropas, cubiertas por el terreno ó por guerrillas. Dada aquella, giran de pronto y concurren velozmente á romper juntas por el *punto-llave*.

Mas, como esta *acumulacion de fuerza*, por rápida que sea, tiene que enflaquecer el resto de la *línea*, la habilidad suprema está en contener al enemigo con el mínimo de fuerza en los puntos que no importan, y sobre los que él llevó el máximo de la suya. Se sobreentiende que al decir «se acumulan tropas» sobre el punto-llave, no es amontonarlas para que se estorben y quizá se anulen. Pocas no bastan: muchas embarazan; ahí está, pues, la *destreza táctica*, lo que se llama *manejar las tropas*, que es conocerlas, comprender su *accion* combinada; y tambien, si el caso apura ó no van de buena gana, *saber llevarlas*, esto es, saber ponerse á la cabeza, empujar y romper á todo trance con obstinacion, con terquedad. En la *guerra*, y mucho más en el *combate*, tan malo es darse demasiado pronto por vencedor, como por vencido. Este es el motivo de recomendarse aquí con tanta insistencia el órden escalonado, reiterativo, repetidor. Es dicho vulgar y muy exacto, que «vence quien guarda la última reserva.»

Movimiento envolvente.

Por escasas que sean las fuerzas contendientes, un *combate* presenta diversidad de episodios, peripecias y caractéres. Un batallon ataca un bosque, otro un pueblo; éste trepa á una colina, aquél se enreda entre viñedos y olivares; se necesita forzar un puente, un vado; á la inversa, hay que negar al enemigo todo acceso. Y todo ello, simultáneo, confuso, tiene que clasificarse y ordenarse en la mente del que dirige la *accion de guerra*, pequeña ó grande. Pero ya se comprende que para esto, que se llama desarrollo ó juego del combate, ninguna regla pueden dar los libros, á ménos de tomar por tales inútiles palabrerías ó dudosas recetas. A los *reglamentos tácticos* compete en todo caso extenderse en consideraciones, que aquí estarian fuera de lugar.

Apuntaremos sin embargo algunas, principiando por la que más ha de llamar la atencion. En el *combate moderno* se debe *moniobrar* lo ménos posible. Y como siempre es bueno clavetear ciertos principios, aquí están textuales las palabras del general Lewal, en su *Tactique de combat*, pág. 407: «La condicion de las tropas muy maniobreras ha perdido tambien mucho de su importancia, al ménos en el sentido que antiguamente se le daba; puesto que las nuevas exigencias de la guerra se oponen precisamente á las maniobras. La *movilidad* es más que nunca indispensable, mientras que la *ciencia evolucionaria*, tan preciada en otros tiempos, está en completa decadencia. Cuantas ménos maniobras se hagan en el combate, mejor. El ideal es no hacer ninguna (sic.) Esto proviene evidentemente de la doble necesidad de «defenderse» en el ataque y «atacar» en la defensa; y por consiguiente de no tener más que una sola *formacion de combate.*» Advirtamos de paso, que este último y radical concepto, el de una táctica «positiva,» absoluta, uniforme es el sueño, la pesadilla del ilustre general francés, á la que consagra, en largos y repe-

tidos escritos, todo el vigor de su profundo talento, y todo el brillo de su fogosa fantasía. Por supuesto se debe tener sobreentendido, que la *ciencia evolucionaria* aquí flagelada es aquella misma que este libro menciona en la pág. 68 y otras.

Y puesto que tenemos abierto el libro del célebre profesor tomaremos, salteando en varios pasajes, saludables advertencias sobre un asunto muy en boga comprendido bajo la rúbrica de amagos, diversiones, demostraciones y movimientos flanqueantes ó *envolventes*.

Es un principio reconocido, que todo ataque, para ser fructuoso, debe comprender por lo ménos dos esfuerzos, uno contra el *frente* y otro contra el *flanco* de la *posicion*. Esta necesidad de obrar contra los flancos de la defensa, y la superioridad numérica que debe suponerse al agresor, imprimen al ataque una tendencia *envolvente*: tendencia, no más, porque nunca se logrará envolver literalmente ó cercar al enemigo. Rara vez se le hará formar un semicírculo: lo ordinario será un arco, un ángulo más ó ménos grande. No ha de olvidarse que en una batalla cada *posicion* enemiga está más ó ménos enlazada con la inmediata; por consiguiente es difícil y á veces imposible «deslizarse» entre dos, sin exponerse á ser *enfilado* ó tomado *de revés*. Lo mismo sucederia si los flancos del enemigo estuviesen protegidos por *escalones* á retaguardia: las *alas* del *ataque* tambien se ofrecerian á la enfilada con visible desventaja. Se ve, pues, que si bien es recomendable la agresion contra los *flancos*, la operacion será por lo regular muy limitada, reduciéndose á un ligero saliente de la *línea de combate* en ciertos puntos.

En general el movimiento envolvente no se ejecuta sino estirando el frente más que el del adversario; cayendo sobre su *flanco* extremo y corriéndose por su espalda para envolverlo en parte. Como esta maniobra no es practicable sino en las *alas*, ó en un punto central cuando se haya abierto un gran boquete, bien se ve que no puede constituir forma ge-

neral y obligatoria de ataque sino meramente una excepcion.

El ruido que en estos últimos años se hace sobre esto del *movimiento envolvente*, produce la idea errónea de que ha venido á ser la forma usual del *ataque*, y como una disposicion normal de *táctica*. Sin duda alguna se empleará contra todo *flanco* descubierto; pero no tiene más que dos una *línea de batalla*. Hay por lo tanto que combatir en toda la extension del *frente* y atacar muchos puntos sin poderlos flanquear, rebasar ó envolver. Esta es la verdad: y la táctica «positiva» no se puede divorciar de la realidad de los hechos.

Se ha querido, singularmente allende el Rhin, ver en esta situacion una accion táctica particular, á la que se ha llamado *demostrativa*, pretendiendo que había teórica y prácticamente una diferencia entre la *ofensiva* y la *demostrativa*, de donde resultaban dos «maneras de combatir.» Esto es un error como principio y un embrollo inútil en la aplicacion. La *demostracion*, como su nombre lo dice, es un *ataque* en el sentido completo de la palabra: su sola diferencia con la *ofensiva* verdadera es que se ejecuta con poca fuerza y sin intencion de llevarla muy á fondo: tiene por objeto engañar al enemigo é inmovilizarlo por el recelo constante de un asalto. La demostracion no producirá el efecto que se propone, sino remedando perfectamente un *ataque*, siendo en realidad un ataque verdadero: si no tuviese este carácter, fácilmente descubriria el enemigo la ficcion y no haria el menor caso. La demostracion no tiene razon de ser, sino con caractéres serios: es una ofensiva limitada y no una operacion especial; por consiguiente todas las reglas de aquella le son aplicables.

No se puede repetir ó multiplicar las *demostraciones*, porque hacen perder gente; no siempre tampoco se está en el caso de ejecutarlas; las agresiones del enemigo se oponen algunas veces. Circunstancias habrá en que los dos contendientes se mantengan igualmente en «espectativa,» limitándose á observarse mútuamente. Esta pausa, que diversas razones

pueden imponer, debe ser un tiempo de reposo para la mayor parte de las tropas. Se ha dado á este período de espera ó de temporizacion el nombre de combate *flojo*, *rastrero*, calificacion completamente errónea. La lucha que afloja ó se arrastra, fatiga y desmoraliza al soldado por la esterilidad de los resultados; gasta fuerza sin producir nada. Nunca, pues, debe caerse en esta especie de «atonía del combate» en que se agita y se sufre sin objeto, y se evitará sobre todo emplear una expresion equívoca, que se presta á una interpretacion desfavorable.

En ciertos puntos, á ciertas horas, el combate pierde su intensidad. Conviene entónces disminuir el número de tiradores; poner al abrigo la mayor parte de la gente, y darle descanso; miéntras que se vela con cuidado sobre la línea activa para evitar una sorpresa. Atacar, defenderse, reposar: fuera de estas tres alternativas no hay nada, sino situaciones híbridas que siempre se deben evitar. La *temporizacion*, muchas veces necesaria, se manifiesta en tres formas: demostracion, defensiva, reposo: pero se excluirá siempre el combate flojo ó lánguido, que nada significa, á nada conduce y tiene muchas probabilidades de fracasar. Toda tropa expuesta al peligro debe hacer un papel activo: es el solo medio de mantener su *moral*. Cuando no se obra, es menester abrigarse y descansar. Grande habilidad y poderoso medio de éxito es saber economizar y áun restaurar las fuerzas del soldado con algunos instantes oportunos de reposo. No siempre se da á este importante objeto la atencion que merece: se fatiga inútilmente á los hombres, y luego ya no se les encuentra para los últimos y vigorosos golpes de la jornada.

Para que la recomendable combinacion de los dos ataques *de frente y de flanco* tenga buen éxito, es necesario que el movimiento destinado á envolver al adversario esté todo el tiempo posible oculto á sus miradas, ó bien es menester ocuparle y entretenerle sobre su frente para retenerle hasta que el ataque de flanco produzca su efecto: pero en este últi-

mo concepto frecuentemente se va demasiado lejos: se cree en general que no se puede «contener» al enemigo sino con *ataques* más ó ménos enérgicos sobre toda la extension del *frente*, y éste no siempre es el caso con grandes masas. Basta, las más de las veces, que las tropas estén prontas y apercibidas para el ataque á una gran proximidad del enemigo; porque si éste está *desplegado*, ya no le es posible en manera alguna esquivar el combate. La batalla de Gravelotte y Saint-Privat, el 18 de agosto de 1870, ofrece en este órden de ideas, tanto en las disposiciones de conjunto como en los detalles, enseñanzas que merecen profunda meditacion.

No es posible prever con exactitud los límites á que debe circunscribirse el *movimiento envolvente* á ménos que se trate de un combate en pequeña escala, ó que el terreno despejado permita descubrir á lo lejos; y se debe tener en cuenta que las masas obren concertadamente. En Gravelotte la intencion era retener al enemigo sobre su frente, hasta que el ala izquierda de los alemanes pudiese envolver el flanco derecho del ejército francés; pero el gran cuartel general se equivocó, creyendo que la posicion enemiga no se extendia más que hasta Amanvillers, y en realidad se prolongaba más alla de Saint-Privat, y más tarde hasta Roncourt.

Además es necesario fijar con precision un punto muy visible, para que las tropas que ejecutan un movimiento envolvente no se alejen demasiado. El enemigo puede, en el intérvalo, haber tomado sus medidas á fin de parar el golpe: quizá haya prolongado su *ala* amenazada ó *escalonado* detrás sus *reservas*: entónces viene la tentacion de alargar ó ensanchar desmesuradamente el círculo que debe encerrar al enemigo, y muchas veces la fuerza numérica no es suficiente.

7. Retirada y persecucion

Suponiendo ya decidida la suerte de las armas y llegado el desenlace, uno de los combatientes inicia la *retirada*, y cor-

relativamente el otro la *persecucion*. Contentarse con vivaquear en el *campo de batalla*, es victoria estéril. Poco puede añadirse sobre estas dos importantes y opuestas maniobras á lo expuesto en el capítulo III, págs. 87-92. En la *disposicion preparatoria* debe estar prevenido este desdichado y peligroso trance. Es regla general no empeñarse en evoluciones inoportunas, en rehacer siquiera bajo el fuego del enemigo tropas rotas y desordenadas: vale más dejar que ellas se sustraigan presurosas, y ganen pronto el espacio preciso para ponerse en salvo. El jefe que, marchando á su cabeza al avanzar, queda á retaguardia al retroceder, debe seguir el movimiento; dejar pasar los primeros instantes del terror; aprovechar el pliegue ó accidente del terreno que á su paso encuentre; y mostrar, segun convenga reprenderlas, castigarlas ó animarlas, esa energía que se trasmite hasta el más débil, esa voluntad que logra imponerse á despecho de todas las contrariedades. Si al entrar en combate es recomendable la sobriedad de palabras, más convendrá todavía en un movimiento retrógrado y forzosamente desordenado y descompuesto. A veces un agudo epigrama, una expresion enérgica, un simple recuerdo, una furiosa interjeccion, logran detener, rehacer, *volver al combate* tropas fugitivas y sordas en apariencia á la imperiosa voz del honor y del deber. La historia conserva dichos breves y oportunos de maravilloso efecto. Por ejemplo: el del general inglés, que al ver venir despavorido al comandante de su caballería atropellada, le sale al encuentro, diciéndole con exquisita cortesía: «Milord, vais equivocado, el enemigo está allí,» ó el de Federico de Prusia, que viendo á sus escuadrones reacios en repetir por cuarta vez una carga sangrienta, que en las tres arremetidas anteriores los habia dejado en cuadro, se arroja al frente, y con airada voz les grita: «¿Qué es esto? ¡pensais vivir eternamente!»

La historia tambien nos dice que con tropas españolas es más fácil y frecuente de lo que parece, esto de recobrar una *ofensiva* repentina y vigorosa en medio de un retroceso precipitado.

Poniéndonos ahora de parte del que *persigue*, del que «ejecuta la victoria,» lo que debe aconsejarse es refrenar el ímpetu y la impaciencia. Si la *retirada* exige calma en lo posible y sangre fria, tambien son necesarias y provechosas en la *persecucion*. Desde luégo la tropa de infantería ó caballería que *ha decidido la accion* con su ataque ó carga victoriosa, no debe ir más allá: léjos de esparcirse y diseminarse, debe rehacer en el acto su formacion, descansar, tomar actitud previsora y defensiva, consolidando la *posicion* conquistada y dejar la persecucion á la *reserva*, á un *destacamento especial* más fresco, y en que predomine la caballería para anticiparse velozmente por el *flanco* y *cortar la retirada*. Recuérdese lo dicho en el capítulo II, pág. 62. Aunque ciertos preceptos rara vez se cumplan en la práctica, no por eso deben omitirse, cuando el provecho es manifiesto. En el *perseguir* puede pecarse por «defecto» y por «exceso.» Miéntras algo resista y quede en pié, no conviene entusiasmarse, ni entretenerse en hacer prisioneros, ni botin: lo que importa es romper, desconcertar, arrollar, desbaratar, cortar, dislocar; si esto se consigue, todo lo cogerán las reservas ó tropas que vengan detrás. Hasta en la *persecucion* misma, operacion ó maniobra que al parecer ménos tacto y cautela requiere, el *arte* recomienda y prescribe pulso, método, saber. La artillería, á la cual fia su salvacion el que se retira, debe ser lo que codicie con más ahinco el perseguidor.

8. Conclusiones.

De todo lo expuesto se deducen las siguientas conclusiones, que se agruparán sin órden y á manera de índice, para que puedan ser más fácilmente consultadas y retenidas, como principios generales y absolutos que, no refiriéndose á posicion, localidad ni situacion particular, son aplicables á todas las eventualidades.

Para la exposicion de la doctrina, pero no porque en la rea-

lidad tengan exacta aplicacion, distinguen los libros tres fases, períodos ó momentos característicos del combate: la preparacion, que implica el reconocimiento y tanteo del enemigo; el desarrollo ó ejecucion del ataque y defensa; la carga ó asalto decisivo, con la retirada y persecucion correlativa.

Lo mismo en grande que en pequeño, nunca se deben calcar, acomodar servilmente los movimientos propios sobre los que haga el enemigo: la habilidad es, á la inversa, imponerle la manera de obrar.

Combinar siempre el ataque y la defensa; es decir, ofensiva en los movimientos, y defensiva en los altos ó posiciones. Cada unidad, pequeña ó grande, debe procurar cuando ataque ocupar puntos de resistencia; y cuando se defienda, desembocaduras ó salidas de reaccion y contraataque.

La lógica y la práctica demuestran que los principios fundamentales son los mismos para el ataque y para la defensa. Por consiguiente, las mismas formaciones elementales pueden servir para uno y otro caso, viniéndose á parar en la unidad de táctica.

Cuando se dice que todas las tropas y todas la armas «se tengan en la mano,» que nunca pierdan conexion y enlace, no es que estén codo con codo, no es amontonarlas sin concierto: lejos de eso, es extenderlas y adaptarlas al terreno de modo que, sin perder la necesaria comunicacion, tengan holgado juego y accion expedita. Algunos claros en el órden de combate, que ántes asustaban á los tácticos, no son hoy tan peligrosos y comprometidos, ya por el mayor alcance de las armas, ya por la mayor agilidad y movilidad de las tropas.

No entablar ataque con un arma sola, sino con el concurso y concierto de las tres.

Es principio absoluto y obligatorio en todo ataque, sea el que fuere, que comprenda dos esfuerzos á lo ménos; uno contra el frente y otro contra el flanco de la posicion, y si ser pudiese sobre la espalda.

Desarrollar el frente todo lo posible, con tendencia constan-

te al ataque envolvente; pero concentrar los esfuerzos hácia un solo objetivo, y sobre este punto hacer concurrir todos los fuegos; abrumar al adversario con superioridad numérica en el punto decisivo, y llamarle la atencion y entretenerle sobre otros puntos con fuerzas más cortas.

El ataque de frente consistirá ordinariamente en avanzar poco á poco á una distancia tal del enemigo, que la superioridad del fuego y la superioridad moral, ya adquiridas, vengan á ser irresistibles.

Establecerse por ardid, por sorpresa, por rapidez en aquellos puntos en que el enemigo no pueda sin grave perjuicio tolerar vuestra presencia, principio tan fundamental de estrategia en el teatro de operaciones, como de táctica en el campo de batalla.

Evitar siempre la lucha á gran distancia y avanzar resueltamente contra el adversario. Ir ganando terreno poco á poco, hasta acercarse (unos 300 á 400 metros): intentar entonces un esfuerzo decisivo con el choque.

Nunca exponer las tropas al fuego sin necesidad; pero en caso de utilidad evidente no vacilar en avanzar por terreno descubierto.

Mantener inalterable en cuanto se pueda la disposicion normal ó inicial del ataque. Encubrir astutamente la preparacion de los esfuerzos decisivos, y llevarlos á cabo por sorpresa.

Hacer cargar la caballería con el contraataque de infantería, no emplear la caballería sola en la resistencia.

Indicar siempre los puntos de reunion en que el jefe limita el movimiento.

Conservar el individualismo de las compañías; mantener el órden normal, y aprovechar toda circunstancia y coyuntura para reunir la gente y hacerla entrar en formacion.

Atacar siempre con vigor, rapidez y sobre todo tenacidad. Aunque ménos frecuente, no está hoy proscrito el ataque á la bayoneta, la carga, el asalto (que en rigor nunca ha sido más que un movimiento ofensivo ejecutado con audacia). Lo que

se recomienda en él es mayor tino y circunspeccion, más preparacion con artillería, más combinacion con caballería; en fin, que sea más perfecto, es decir, más oportuno, más corto, más vigoroso. Sustraer ó abrigar de la accion del fuego las tropas destinadas á reserva hasta el momento crítico de su empleo. Los parques, trenes, ambulancias, lo que en general se llama impedimenta se sitúan detrás de la reserva.

No basta sostener constantemente las tropas empeñadas; es menester hacerlo de manera que ellas lo conozcan al avanzar; el soldado debe saber quién viene detras de él.

Para los saltos adelante, aprovechar el humo, una pausa ó flojedad en el fuego del enemigo, el efecto producido por una descarga.

La experiencia permite estatuir, que en los límites extremos del alcance del fusil conviene formar en órden muy delgado; mientras que á distancias muy pequeñas, hay cierta ventaja en reducir el frente y aumentar el fondo de la formacion.

La profundidad del órden no aumenta la intensidad del fuego ni la del choque. Una columna, por densa ó cerrada que sea, no hace efecto mayor que una línea ó formacion delgada. Esta opinion ya la sostuvieron en su tiempo Jomini y Bugeaud. Las subdivisiones sucesivas y escalonadas en profundidad no ejercen influencia ó accion material: sirven sólo para sostener la moral de las que van delante, sin que para esto sea necesario que estén muy próximas.

Todo ataque debe proceder por escalones sucesivos; en cuanto se conquiste una buena posicion á vanguardia, todos los elementos de atrás deben correr á reforzarla y consolidarla. Los puntos que es menester ocupar y mantener á todo coste, se deben poner rápidamente en estado de defensa, constituyendo así los anillos ó eslabones de una cadena sujeta al terreno.

No exigir esfuerzos muy prolongados á la misma tropa; dejarla ocupar y organizar un punto caramente conquistado, y echar delante otra fraccion ó trozo.

Nunca dejar tropas inactivas sufriendo la accion del fuego. Evitar refriegas lánguidas y rastreras: en el campo de batalla no hay más que tres situaciones, atacar, defenderse ó descansar. Así como los sacrificios son recomendables y gloriosos, cuando su necesidad es manifiesta para alcanzar la victoria, son censurables cuando son inútiles. Las pérdidas, las bajas paralizan el ímpetu: bajo la intensidad de ciertos fuegos los más bravos se detienen ó cejan; luégo atenuar las pérdidas, es asegurarse un elemento de éxito.

Mirada en conjunto, la disposicion de combate tiene tres aspectos: la extension del frente, la profundidad del órden y su direccion. Con el efectivo numeroso de nuestros ejércitos se necesita largo tiempo para ordenar y desplegar grandes masas empeñadas en una direccion: difícil es cambiarla, y en contacto con el enemigo casi imposible.

No deben abrirse los fuegos de salva ó descargas sino contra blancos extensos, columnas de infantería, reservas, baterías y hasta densas líneas de tiradores; aprovechando sobre todo los momentos en que estos blancos aparezcan súbitamente al descubierto. Emplear alzas combinadas para batir una zona ó faja de terreno, no los blancos exclusivamente.

Ocupar cuanto ántes con artillería ciertos puntos importantes ó característicos del campo de batalla, para maniobrar bajo su proteccion. Todo movimiento debe ser preparado y apoyado por la artillería. El resultado del duelo de artillería influye decisivamente en el resultado final del combate. Cuando la infantería haya desplegado, la artillería debe avanzar con ella á una posicion más próxima (1800m), para concluir de quebrantar la artillería contraria y empezar á preparar el ataque decisivo, dirigiendo sus tiros sobre los puntos en que se haya de ejecutar aquel.

En la eleccion de posiciones, la artillería atenderá más que á la seguridad de las baterías, á la eficacia del fuego; y en la ofensiva á la libertad de movimientos en todos sentidos; si bien presidiendo la idea de permanecer el mayor tiempo po-

sible en la misma posicion, hasta que se emprende el ataque decisivo, en cuyo momento las baterías deben avanzar para acompañar y apoyar de cerca á la infantería de ataque.

En las grandes batallas puede emplearse con provecho la artillería á caballo, para entrener al enemigo en la preparacion del combate, miéntras se verifica el despliegue, cambiando á menudo de posicion y apareciendo tan pronto en un punto como en otro: retirada luego á los flancos, protegerá estos y molestará los del adversario, acechando, con la caballería, la ocasion en que esta arma pueda intervenir en la lucha: por último, en la persecucion ó retirada, por su extrema ligereza, es la que mejor se presta para forzar la persecucion ó cubrir la retirada, facilitando la accion de la caballería propia é impidiendo la de la enemiga.

La habilidad táctica de la defensa tambien consiste en ocultar sus disposiciones preparatorias; en colocar la infantería á cubierto en lo posible, la artillería en los puntos donde juegue con más eficacia y ménos riesgo, la caballería perfectamente abrigada y con fácil desembocadura.

Limitar, atajar los progresos del agresor afortunado y conservar la posibilidad de contraataque, de reaccion ofensiva, la garantía ó seguridad contra movimientos envolventes.

El defensor debe ocupar puntos importantes ó característicos, considerando los intérvalos entre ellos como valles protegidos por fuegos cruzados; por consiguiente dar á los frentes de defensa toda la extension posible, buscando largas líneas rectas, sin salientes muy agudos. En otras palabras: extender la defensa cuanto más lejos se pueda por delante del frente de la posicion.

Poner en juego cuantos fusiles y cañones se pueda. Disponer los fuegos por pisos. Flanquear los salientes con fuegos laterales ú otros que vengan de la espalda. Flanquear tambien con cuidado las posiciones adyacentes.

Utilizar cuantos recursos ofrezca el terreno; mejorarlos, crear obstáculos y abrigos artificiales. Además de trincheras-

abrigos, que no sólo oculten las tropas á la vista del enemigo sino que las pongan á cubierto de sus fuegos, es preciso levantar, en puntos convenientes, espaldones con foso interior, de manera que puedan ejecutarse fuegos de salva por fracciones (sostenes y reservas) en órden cerrado.

Nunca defensa pasiva ó absoluta: combinacion constante de la ofensiva con la resistencia sucesiva y creciente. Buscar localidades, puestos, posiciones favorables; ocuparlas y reforzarlas con trabajos de fortificacion rápida. Hacer fuego vivo; pero abandonar sin vacilacion el papel pasivo y tomar resueltamente la ofensiva en el momento oportuno.

En toda posicion defensiva puede hacerse el frente inaccesible á poca costa: la debilidad suele estar en los flancos, y contra ellos dirigirá sus esfuerzos el agresor. Conservar prudentemente un razonable trozo de fuerzas disponibles, para guardar los flancos y disponer contraataques. En defensa puramente pasiva apoyar los flancos en obstáculos insuperables. Robustecer de todos modos el flanco más debil con fortificacion. Llevar allí reservas. Formar las tropas en escalones.

Puesto que hoy se puede extender y adelgazar la línea, dejando claros ó huecos, para acumular en otra parte fuerzas suficientes; tambien se puede, con más seguridad que ántes, dejar parte de la tropa en una posicion que esté fuertemente ocupada, miéntras se hace un movimiento envolvente con el resto del ejército.

No concentrar ni amontonar muchas tropas en el interior de las posiciones. No ocupar edificios batidos por el cañon enemigo. Conservar las fuerzas de apoyo á la espalda y sobre los flancos de la posicion, hasta el momento del asalto.

Despues de un asalto, salga bien ó mal, ejecutar siempre una reaccion ofensiva.

Fijeza de la artillería en la resistencia. Convergencia de fuego sobre los ataques.

Resistir con extrema tenacidad, sin abandonar la posicion sino cuando esté efectivamente rebasada y envuelta.

Buscar siempre efectos de sorpresa ya por los fuegos, ya por reacciones ofensivas ó contraataques.

Maniobrar en escalones tanto para proteger las alas como para emprender la retirada. Evitar en los movimientos retrógrados los aires vivos.

Nunca reunirse á la espalda ante una carga de caballería, ni exceder el agrupamiento por seccion.

No permanecer mucho tiempo dentro de los reductos ó abrigos interiores: operar prontamente la retirada.

No abandonar en masa posiciones buenas y caramente conquistadas, para buscar otras de condiciones más inciertas. Si es forzoso evacuar, conviene, puesto que en marcha no hay fuego, entretenerlo con algunas fracciones mientras se ejecuta el movimiento.

CAPÍTULO VI.

DESTACAMENTOS.

1. Advertencias y reglas generales.—2. Convoyes.—3. Sorpresas y emboscadas.

La voz *destacamento* se aplica en general á toda *tropa*, más ó ménos numerosa, segregada por poco tiempo de su masa, unidad ó núcleo *táctico* y *orgánico* para un fin cualquiera del servicio. Tan lato es efectivamente el sentido, que un batallon en guarnicion *destaca* una compañía; y en *táctica superior*, una division *destaca* un regimiento; como en *estrategia* un ejército *destaca* una brigada ó una division entera, para hacer una punta, una diversion, un falso ataque, un movimiento envolvente ó simulado. Estos *grandes destacamentos* suelen traer más inconvenientes que ventajas. Debilitan el ejército y pueden quedar á su vez envueltos y cortados; por lo que es preciso pesar con madurez si valdrá más moverse con todas las fuerzas reunidas, que exponerse á perder una parte de ellas, ó estar privado de las mismas por más tiempo del calculado, si el enemigo las ataja y las aleja. Conocida es la máxima de Napoleon I: «no hagais destacamentos en vísperas de una batalla.» De todos modos, estas *grandes operaciones* siem-

pre están á cargo de un oficial general; y aquí sólo se trata de esas otras más pequeñas y frecuentes, encomendadas á un oficial particular y que no salen de la esfera de la *táctica superior*.

El objeto y destino de un *destacamento* pueden tener suma variedad. Por ejemplo: atacar ó escoltar *convoyes*, ya de víveres ó municiones, ya de heridos ó prisioneros que embarazan; armar ó ahuyentar *emboscadas* y *lazos*, hacer *reconocimientos* y observar en general, *sorprender* un pequeño cuerpo de tropas ó un *puesto* del enemigo, hacer lo que se llama una *demostracion*, ó tentar un ataque falso, asegurar un *paso* preciso para el ejército propio, atacar, guardar ó defender *puestos atrincherados;* talar, castigar una comarca hostil ó desafecta, imponer y cobrar *contribuciones de guerra;* cubrir un gran *forraje*, formar, establecer y guardar grandes *almacenes* y depósitos; *perseguir* al enemigo derrotado; proteger, ó cubrir, ó asegurar la *retirada* propia, como division especial *de retaguardia*.

Todos estos destinos y encargos, al fin, son determinados y concretos; pero en la guerra de nuestros dias, en que los grandes ejércitos, para vivir y moverse con cierta soltura, tienen que fraccionarse en grandes *cuerpos* y *columnas*, el papel de los *destacamentos* es todavía más importante, más vario, más indeterminado, ménos sujeto á reglas, cuando tienen que mantener, como los anillos de una cadena, constante enlace y *contacto* entre esos trozos de un ejército; y como éste, por su misma masa, no puede entrar en ciertas operaciones de guerra, que, por lo relativamente pequeñas, se ha convenido en llamar *secundarias*, á los *destacamentos* se da el encargo vago, y por lo tanto espinoso, de hostigar, inquietar, aburrir y lastimar por todos los medios posibles al enemigo.

Los grandes ejércitos modernos quieren—y es justo—producir efectos proporcionales á su enorme *masa* y á su creciente *movilidad:* se reservan, pues, con cierta majestad, que siempre impone alguna lentitud ceremoniosa, venir á terrible

y decisiva *batalla*, en que se juega de un envite la existencia misma, no sólo del ejército, sino del pais que defiende. Son por consiguiente inevitables los *destacamentos* para esas pequeñas empresas y servicios que se dejan enumerados, los cuales unas veces sirven, si pudiera decirse, de prólogo y otras de entreacto, al «apasionado drama,» como Jomini llama á la guerra.

Un *destacamento* se compone de tropas de un arma sola; generalmente de dos, y algunas veces de las tres; de las cuatro si se agregan ingenieros. Puede ser por consiguiente una *division* en miniatura. A dos ó tres batallones siempre se suele dar caballería ligera y un par de piezas. El mando se encarga á un oficial inteligente, activo, experto, conocedor del enemigo y del terreno, de esos que francamente muestran la «honrada ambicion» que la Ordenanza recomienda, de merecer y distinguirse. Muchos generales célebres han dado á conocer su nombre oscuro todavía, y se han abierto el camino del ascenso y de la gloria por su habilidad y fortuna en el mando de *pequeños destacamentos*. Aunque estos cuerpos sueltos obren siempre en la esfera de accion del principal, pues por eso se llaman *destacados* y no *separados*; aunque giren ligados, por decirlo así, á puntos fijos, siempre queda ancho campo al jefe que los manda y á la tropa que los compone para lucir ingénio, valor, sagacidad y resistencia.—Una *composicion* adecuada al *objeto* es indispensable.

En el siglo pasado, en que tan diferentes eran la organizacion de un ejército y el modo de manejarlo y de «hacer la guerra,» habia la perniciosa costumbre, hoy abolida, de entresacar para un *destacamento* hombres sueltos de muchas compañías, con lo que se hacía difícil, si no imposible, mantener la estricta *disciplina* que estas operaciones requieren, por lo mismo que son tan ocasionadas á relajarla. Sólo, pues, en raros casos dejarán de ir compañías, escuadrones, *unidades* completas y mandadas por sus jefes naturales. Un coman-

dante de batallon, por ejemplo, marcha, no sólo con la mitad del suyo, sino con «fuerza menor» si tal se dispone por conveniencia del servicio. Cuando ciertas compañías ó fracciones están empleadas en otro, se las releva porque se considera preferente el *de destacamento*.

Tambien ántes la artillería, que muchas veces «servia de estorbo,» se manejaba con excesivo pulso y parsimonia. Era «contra fórmula» darla á un *pequeño destacamento*, porque «la podia perder:» en el dia, que no importa tanto perder una ó muchas piezas, si con anticipacion ó posterioridad se «cobra gloriosamente su precio,» muchas veces la necesita un destacamento para allanar un obstáculo, para atacar ó defender un *puesto*, un *paso*. A veces un batallon entero no hace el efecto de un buen metrallazo, seguido de la carga de unos cuantos húsares audaces. *Pasos* que no pueden abrir cientos de fusiles, pronto los deja expeditos un cañon; y moralmente la concurrencia de esta arma no sólo da seguridad y decoro, imponiendo cierto respeto al enemigo y al país en que se opera, sino que vigoriza al mismo destacamento en sus condiciones ofensivas y defensivas, dándole conjunto, firmeza y solidez. Convendrá, pues, en muchos casos la artillería, ligera en el sentido que aquí se da á la palabra, es decir, desnuda y desprovista de toda rutina, preocupacion y formalidad, de toda traba y embarazo, con excelente material, cumplidos atalajes, duro ganado, sirvientes listos y un oficial ligero tambien; esto es, activo, perseverante, audaz, con prudencia unas veces, con temeridad las más. La «guerra en grande» de nuestros dias proscribe con razon la mezcla ó amalgama de las tres armas, como se entendia en tiempo de Alejandro Farnesio, Gustavo Adolfo y Turena; pero la guerra de destacamento, la «guerra en pequeño» (como se debe traducir *petite guerre, kleine Krieg*) prescribe, al contrario, mezcla y fusion; no sólo para mayor efecto material y táctico, sino para suavizar el excesivo ó quisquilloso espíritu de cuerpo; para estrechar el compañerismo; para dar al oficial y al soldado ejemplo práctico y es-

cuela, donde ver lo correlativos y solidarios que son, y deben ser los distintos elementos del ejército.

Arreglada en el cuartel general la *composicion* de un *destacamento*, en la que lógicamente debe intervenir el oficial que lo ha de mandar, éste recuerda las instrucciones generales de la Ordenanza y recibe las «especiales» de su cometido.

En pro del servicio, de la reputacion de las armas y de la suya propia, que va á poner á prueba, el oficial *comandante de un destacamento* procurará, dentro por supuesto de las fórmulas respetuosas, que estas instrucciones, escritas siempre que se pueda, sean claras, explícitas, concretas. Ellas han de ser base y luz de sus disposiciones; ellas tambien, á su vuelta, servirán de comprobacion y testimonio de su conducta. En esta materia, algo escabrosa, de instrucciones, surgen á menudo compromisos, que ningun reglamento puede prevenir ni resolver; y que únicamente evita y esclarece el buen sentido y el recíproco deseo del mejor acierto. Un *comandante de destacamento* seguro de sí mismo, y de sus recursos personales, con hábitos de iniciativa y de mando, curtido á las vicisitudes de la guerra, dirá para sí que le «atan las manos» ciertas instrucciones menudas y prolijas, que otro oficial, más corto, más tímido, más bisoño encontrará todavía insuficientes, abstractas ó incompletas.

La manera de dar ó redactar «instrucciones especiales» no es la menor, entre las dotes militares de un general, y entre las facultativas que señalan al buen oficial de estado mayor. La regla general, pero de pura apreciacion, es distinguir bien lo esencial de lo accesorio.—En un *convoy*, por ejemplo, dicho se está que lo importante es llevarlo con felicidad á donde se designe; pero en la *defensa* de un *puesto* ó pueblo atrincherado, importa saber si se ha de defender á todo coste ó por un número fijo y determinado de horas; si se ha de evacuar, si se ha de incendiar.—Cuando se va á impedir el *paso de un rio*, y al llegar el *destacamento* se encuentra con que el

enemigo lo pasó ya, es preciso que sepa si ha de retroceder, ó entablar *maniobras* para esperar, ó correrse por un flanco, etc., etc.—Aun en el caso más vago y arbitrario de *correr* y *talar* un territorio, de exigir *contribuciones* ó *requisiciones*, ó, como antes se decia, de *forrajear en seco*, es forzoso fijar, en cuanto sea dable, los límites, entre los que pueda desenvolverse la responsabilidad, la actividad y el celo de un *jefe de destacamento*. Por más que en estos casos reciba «carta blanca,» él obrará con prudencia, haciéndose las suposiciones ó hipótesis que su criterio le sugiera, para evitar en lo posible compromisos por exceso ó por defecto.

Por lo demas, pretender instrucciones para el modo general de obrar y «manejarse» técnica ó tácticamente, en *atrincheramientos*, *marchas* ó *combates*, acreditará en el oficial poco estudio preventivo, escasa expedicion y soltura, no mucho empeño de señalarse y ascender. En lo que sí es lícita alguna exigencia es en datos y noticias pertinentes ó indispensables para su encargo. Buenos mapas, itinerarios, y datos estadísticos; fieles confidentes, guías seguros; metálico, raciones nunca deben escasear para un comandante de destacamento. Pero él, á su vez, procurará llevar muy poca ó ninguna *impedimenta:* tanto que muchas veces le será permitido dejar las mochilas. Fuera de las pocas raciones y municiones y de los útiles de ingenieros que pueda necesitar; su pequeña *columna*, que no irá regularmente por llanuras, sino por vericuetos, ha de ser literalmente *volante*, *ligera* y nada puede admitir que le dé peso ó cuidado, ni le quite agilidad y vigor.

El *comandante de un destacamento* debe evitar dos extremos: ni creer, con presuncion ó fatuidad, que su encargo es fácil, pues el enemigo se cuidará de probarle cruelmente lo contrario; ni dar tampoco á su empresa proporciones gigantescas y decisivas, ó si quiere decirse, *estratégicas*. Sentado queda que la esencia y propiedad característica de un *destacamento* es no rebasar el círculo limitado y modesto, pero fe-

cundo y práctico, de la *táctica superior:* dentro de él le sobran medios y ocasiones para acreditar celo y aptitud. No piense, pues, en combates decisivos, ni en maniobras complicadas, ni en «grandes combinaciones,» ni áun en la ofensiva tan brillante y seductora. El oficial cuerdo bien comprende lo que se puede hacer con un par de batallones y unos cuantos caballos, los cuales más que para cargar á fondo, se le dan para el servicio de observacion y avanzado, de *patrullas* y *descubiertas*. Su *teatro de guerra* compensa lo poco que tendrá de extenso, con lo que le sobrará de fragoso y desconocido; en él puede que se encuentre atónito con que no le sirven, ó son falsos muchos preceptos que haya leido en los libros sobre la *táctica* y la *geografía física*. Su inferioridad numérica, la sujecion á ciertos puntos le impone el deber constante de suplir la fuerza material con la movilidad, con la astucia y la estratagema. La mayoría de sus *combates*, que en rigor serán *choques*, donde jugarán las guerrillas mucho más que la bayoneta, no tendrán por resultado probable vencer, sino retirarse ó ser socorrido. Toda su *ofensiva* se reducirá probablemente á *emboscadas* y *sorpresas;* y áun en la *defensiva*, excepto raros casos, sus mismas instrucciones le prevendrán quizá que, en vez de una defensa numantina, procure conciliar dos extremos no muy fáciles: sostenerse todo lo posible y salvar su tropa. No siempre la *defensa de un puesto*, para ser buena y honrosa, bajo el doble punto de vista del arte y del valor, exige que su guarnicion quede enterrada en los escombros. (Véase el art. 20, tít. 17, tratado 2.º de la Ordenanza.)

Mirando así las cosas con detenimiento y entusiasmo, que no están reñidos, el *jefe de destacamento* evitará muchos escollos; y entre ellos, el muy frecuente de señorear más terreno del que humanamente puede; de estirar excesivamente su tropa; de querer cubrir todo y «estar en todas partes» con lo que regularmente se logra no cubrir nada, ni mantenerse con solidez en ninguna. Este sistema, llamado antiguamente

de cordon, está proscrito, no por la *táctica*, sino por el sentido comun. Fuera de que el *cordon*, como su nombre lo indica, pronto se rompe y en ninguna parte ofrece resistencia, tiene el inconveniente *moral* de debilitar, acobardar y desmoralizar la tropa, acostumbrándola á huir y llevar siempre la peor parte. El primer cuidado en un destacamento es conservar cabalmente la *disciplina*, y, sobre todo, la *moral* ó *espíritu del soldado*. Claro es que la disposicion *en cordon*, ó diseminada, será sin embargo indispensable en algunos casos, con poca fuerza y en *guerra de montaña*, como en las líneas célebres del general Córdova en la guerra civil, ó en la de la Independencia, cuando tenian los franceses que mantener expeditas sus *comunicaciones*, ó sujeto y refrenado un territorio dispuesto siempre á devorarlos.

Se debe meditar profundamente sobre las muchas analogías y semejanzas; pero tambien sobre las enormes diferencias y distinciones, que el *arte* y la razon establecen entre el mando de una gran *masa divisionaria* y el manejo de un *pequeño destacamento*. Todo en este último es relativamente tan microscópico, que hasta ciertas ideas se invierten ó modifican. Un *gran cuerpo* muchas veces se ve forzado á presentar ó aceptar batalla á su pesar; el *destacamento*, que ordinariamente se destina á observar, elude todo empeño premeditado, en que el enemigo es más fuerte. Solo cuando ve la suya, la aprovecha. En la *batalla* con *grandes masas* se tiende á disolver, á destruir, á exterminar; un *destacamento* en el *choque*, bastante hará, trabajando bien, con reducir, con debilitar y repeler la fuerza enemiga. La *retirada*, que desmoraliza un *gran cuerpo* y tantas veces se convierte en desastre, es en el *destacamento* maniobra frecuente y cosuetudinaria, que ni trae deshonra, ni descomposicion, ni gran perjuicio. La *emboscada* que está vedada á las *grandes masas* por su mismo volúmen, es, como hoy se dice, la «especialidad» de los *destacamentos*. Un *cuerpo de ejército*, sólo para racionarse, tiene que pensarlo mucho

antes de moverse: un *destacamento* vive, come, marcha, serpentea y se desliza por todas partes.

Queda, pues, demostrado que el comandante de un destacamento, si bien tácticamente debe mirarlo, segun queda dicho, como una *pequeña* brigada ó division, evita desde luego el lujo ordinario de preparativos y disposiciones; se arregla sin estrépito, se concentra en sí mismo y explora si su espíritu es capaz de responsabilidad, fecundo en recursos y expedito en soluciones; calla su encargo; revista y raciona la gente; no abruma con exigencias; se contenta con lo que le dan, y apresura el momento de marchar á la cabeza de su tropa. Con la corneta le basta para mover su reducido ejército.

En tiempos no muy lejanos, la defectuosa organizacion de campaña hacía muchas veces estériles los destacamentos, ya por lo mal definido de las categorías entre los oficiales, ya por las rencillas y discordias que nacian de los inconsiderados privilegios y exenciones concedidos á ciertas tropas. Hoy puede decirse que el mal se ha desarraigado. La gerarguía está visiblemente escalonada. Si el *objeto* del *destacamento* es puramente *facultativo* ó *técnico*, el mando se da por lo regular á un oficial del cuerpo á que el *servicio* corresponda; si *grandes reconocimientos*, al de estado mayor; si *atrincheramientos*, al de ingenieros. En caso de juntarse dos con la misma graduacion, la antigüedad precede segun las disposiciones y reglamentos vigentes. En atencion á que pueden ir oficiales de alta graduacion, que no se conozcan entre sí por su distinta procedencia, es prudente al nombrar el *comandante* indicar tambien, para evitar cuestiones, quién le ha de suceder en caso de accidente.

Si en un destacamento compuesto de fracciones de varios cuerpos, una de ellas viene á quedarse sin su jefe natural, el mando puede encargarse á un oficial de otro regimiento, pero regularmente de la misma brigada.

En caso de encontrarse y juntarse dos ó más destacamen-

tos en «lugar abierto,» donde no hubiese tropas establecidas, el mando se arregla (miéntras dura la reunion) como si no formasen más que uno solo; pero con la condicion expresa de no impedir el comandante *accidental* á los otros que sigan su servicio y cumplan sus respectivas órdenes.

Si el destacamento entra en un «*puesto* ocupado y guarnecido» por otras tropas, el *comandante* de aquel queda durante su permanencia, y bajo el punto de vista disciplinario y de autoridad local, á las órdenes del que *mande el puesto*, aunque sea de inferior graduacion; pero tambien sobreentendiéndose que en ningun caso ni bajo pretexto alguno, puede este último retener el todo, ni parte del destacamento, cuando salga del *puesto*.

Por regla general, siendo el *mando de un destacamento* esencialmente supremo é independiente, el jefe tiene todas las atribuciones y responsabilidades de *jefe de cuerpo*, en disciplina, policía y servicio. Al volver, él es quien da cuenta al brigadier ó general que le haya destacado. (Art. 57, tít. 17, tratado 2 de la Ordenanza.)

En el *servicio de destacamento* es donde debe reinar verdadero compañerismo entre las diversas *armas* é *institutos*. No hay tiempo de sobra para perderlo en disputas de precedencia, eterno é insustancial alimento, en guarnicion, de espíritus superficiales. Cada uno pone de su parte cuanto puede. Tan censurable es en el oficial de ingenieros reventar la infantería en trabajos de fortificacion ó de gastador, como en el jefe de aquella negar al otro su fuerza con sutilezas, ó corregirle la plana, ó desanimar al soldado con su ejemplo y con sus dichos. El oficial de caballería permitirá, cuando convenga, que el infante monte en grupa; y no repugnará que sus caballos acarreen faginas ó materiales, cuando no tengan otra cosa que hacer. La artillería, que en la guerra futura siempre acompañará á un destacamento por corto que sea, debe penetrarse del variado y flexible papel que allí le toca, des-

prendiéndose de ciertas fórmulas respetables ó necesarias en su táctica y servicio ordinario. No será exigente con la infantería; pero ésta, por su parte, lejos de abandonarla á sí propia, debe esmerarse en escoltarla y ayudarla en todo con el interés de buen camarada. Para combinar estas menudencias, necesita el *comandante del destacamento* carácter enérgico y conciliador á la par; recordando siempre que al volver ha de dar estrecha cuenta y que, respecto á tropas que no son suyas, le conviene evitar disgustos con los jefes naturales, cuando reciben hombres ó caballos extenuados y vestuario destruido sin necesidad. Por lo mismo que su mando, aunque independiente, es eventual y pasajero, no debe hacerlo «arbitrario.» Sujétese á sus instrucciones; y, no por verse libre, se deje guiar en todo por su interés egoista, aunque sea noble, sino por el del «cuerpo principal» que lo *destaca*. —Cabalmente, esta condicion verdaderamente militar y disciplinaria, esta abnegacion conque el militar de oficio pospone siempre su interés personal, es, como dijimos, lo que más caracteriza y distingue á la pequeña *tropa suelta*, página 152 de la partida *franca* ó *guerrillera*, por más que entrambas hagan un servicio aparentemente igual.

Al romper la marcha, abre siempre el *comandante* un *diario de operaciones* en que va apuntando ordenadamente los sucesos, sean combates, bajas, noticias, órdenes, itinerarios, partes, etc., con la mayor claridad y concision. Este documento, firmado para mayor autenticidad (en algun raro pasaje que convenga) por los oficiales que hayan intervenido, es indispensable á la vuelta para explicar y comprobar su comportamiento.

La mayor parte de los *destacamentos* se hacen con fin secreto. Guardarlo religiosamente, es deber del *comandante;* pero en esto, como en todo, hay excepciones. Nada más secreto que una *sorpresa*, y sin embargo forzoso es «poner en el secreto» á los subalternos y sargentos de confianza que

han de dirigir las diferentes secciones. Lo mejor es retardarlo cuanto se pueda, y guardar las instrucciones y consejos, si es posible, para el alto y preparacion que siempre suele hacerse á la inmediacion del lugar donde se va á dar el golpe.

Casos hay en que será útil el conocido *ardid* que puede llamarse del «secreto á voces.» Al atravesar una comarca desafecta, en que se sabe que todo sér viviente es un *espía*, puede convenir fingirse preocupado y misterioso, y en un paraje público, como una posada, celebrar «secretamente» un consejo numeroso en que se discuta con calor cualquiera operacion que no sea la intentada. No faltará quien, por ganar dinero ó hacerse el interesante, averiguará lo que pasa ó quizá escuchará entre tantos, y llevará el cuento al enemigo.

El comandante de un destacamento debe persuadirse de que nada crecen la energía y la severidad con la afectacion de una tiesura pedantesca. La Ordenanza recomienda al grado más inferior de la escala gerárquica, al cabo de escuadra, que sea «afable en lo que pueda.» Cuando lleve á sus órdenes oficiales acreditados ó facultativos, por mucho que disten en graduacion, no se desdeñe de consultarlos en los casos *técnicos* de su respectiva especialidad; y en general no desoiga, porque salga de labios del soldado, tal cual ocurrencia ingeniosa y picaresca de esas que menudean entre filas. Esto no atenúa en modo alguno la severa y justa prohibicion de la Ordenanza sobre toda junta ó *consejo de guerra* (art. 56, título 17, trat. 2). Consultar «individualmente» es muy distinto: ¿no se consulta á los confidentes, á los prácticos y á los guías?

Sobre la manera, puramente *táctica*, de conducir y manejar su tropa (singularmente si es de las tres armas), pocas reglas teóricas pueden darse al comandante, por más que abunden en lengua extranjera voluminosos libros con sendas láminas de colores. Sus marchas regularmente no se sujetan á etapas, ni á preceptos ó fórmulas de *logística*. Unas veces

tendrá que dejar una excelente carretera y tomar una senda de cabras casi paralela; otras, para desorientar, emprenderá la jornada con rumbo diametralmente opuesto y, desandando luego á paso largo, aparecerá en otro punto inmediato al de partida. Un trozo de camino lo podrá andar en carros; otro, tendrá que montar los infantes cansados; en el dia se usará el ferrocarril entre dos estaciones que convengan.

Sobre este punto de *marchas*, advertido queda en el capítulo III que casi es excusada toda explicacion para tropas españolas. Desde el tiempo de los cartagineses y romanos, que es el primero militarmente conocido en el país, nadie ha disputado al español la preferencia en marchar bien y mucho; mas quizá debe recomendarse no hacer «esfuerzo extraordinario» sino cuando una evidente necesidad lo imponga.

Por lo demás, ciertas reglas en *marcha* y *combate*, fuera de las que abraza el capítulo V, de puro sabidas son triviales.—Ni extenderse con extremo, ni hacerse, como vulgarmente se dice, un ovillo.—La tropa, la caballería especialmente, siempre en la mano.—No establecer hipótesis sobre faltas «presumibles» del enemigo: si las comete, se le «castiga en el acto,» aprovechándolas.—Si en terreno montañoso y quebrado la infantería va en guerrilla y la caballería en reserva, en llano al revés.—Si hay que cruzar una gran extension perfectamente despejada, y recorrida á menudo por buena caballería enemiga, no será razonable fiarse en la propia muy inferior, y que no logrará más que comprometer la infantería. Vale más aguardar cautamente la noche, y salvar de un tiron el llano peligroso.

Nada de «grandes combinaciones» ni de inútiles terquedades. A un *cuerpo de ejército* le podrán acaso importar las *grandes posiciones*: á un destacamento las pequeñas, los *puestos;* por eso acude más frecuentemente á los inagotables recursos de la *fortificacion de campaña*. En la generalidad de sus *choques* ó *encuentros* inevitables, el destacamento no tiene

más remedio que bastarse á sí mismo; no siempre habrá cerca sostenes ni refuerzos. La *retirada* debe en todos los casos iniciarse á tiempo; en ella servirán de mucho sus caballos ligeros, su escasa artillería. La noche, el desfiladero son los puertos de salvacion. La conocida disposicion en abanico ó semicírculo favorece la desaparicion oportuna del centro ó de las alas; y una vez dentro, la artillería usa, si puede, la metralla en el fondo de la cañada; todos los demás cortan puentecillos, ruedan peñascos, dejan atravesados los carros sin ruedas..... El enemigo echará sus cuentas, y probablemente no tendrá el capricho de perder tiempo y gente. En campo abierto, ántes que rendirse, un destacamento se abre paso á la desesperada. La caballería se arroja, y en general rompe: la infantería es quien la paga, pero es acto recomendable de compañerismo en la caballería, no salvarse hasta tentar el último esfuerzo para desenredar en lo pósible á su infantería.

En resúmen: el *comandante de un destacamento* debe estudiar y usar aprovechadamente el *terreno;* apoyar sus alas, no dejar obstáculos al frente, no dejarse enfilar; utilizar las cejas y accidentes, para ocultar su inferioridad numérica; no estirar ni diseminar, ni apelotonar su tropa; guardar siempre sostenes y reservas; mantener conexion y enlace; no dejar sin proteccion, ni enfilada su artillería; no situar la caballería detrás de un obstáculo que le embarace salir de pronto; practicar rigorosamente el *servicio avanzado*, sin rutina; reconocer y observar sin dejarse atrás encrucijadas, puentes, desfiladeros.

En manuales como el presente, que tienen por condicion primera abrazar mucho en poco espacio, y tratar todo por consiguiente de una manera sucinta y compendiosa; si bien son admisibles algunas repeticiones, á fin de inculcar más la doctrina, deben evitarse duplicaciones inútiles y pormenores muy desleidos.—*Conducir un destacamento* algo crecido, es,

para el oficial *particular* (pero de la clase ya de jefe como es frecuente) una *operacion secundaria* que requiere el conocimiento de lo que hoy decimos *arte de la guerra en pequeño*. A él justamente se dedican todas las páginas de este libro; y en ellas se encontrarán esparcidas (recorriendo el índice por capítulos y el alfabético) las reglas, datos ó reflexiones que en cada caso convengan.

Desde luego, si el *destacamento* es de tan corta fuerza que degenera en *partida suelta*, el capítulo IV hace ver la diferencia en el servicio.—¿Hay que *cubrir* ó *pasar* un *rio?* del capítulo VII se extraerá lo conveniente.—¿Hay que *atrincherarse?* el capítulo IX es de consulta.—Por último, si va á *reconocimiento*, en el X se apuntan las breves nociones compatibles con el objeto de esta obra, y destinadas nada más á llamar la atencion del oficial de las armas generales sobre este importante ramo del *servicio de campaña*. En todos se evita siempre adrede, para dejarles cierta elasticidad, fijar fuerza numérica, y ejemplos ó casos muy concretos que con la pretension de muy «prácticos,» no dejan holgura ni camino al raciocinio individual. La tarea sería interminable si hubiera de satisfacerse á las innumerables combinaciones que hacerse pueden con la *fuerza*, el *terreno* y las *circunstancias* de todo género. Fijados los límites extremos, no es cosa de hacer capítulo separado para cuando el *destacamento* es de cuatro compañías, ó de seis, ó de doce.

Mas, como en ninguna otra parte mejor que aquí pueden intercalarse, cerraremos estas advertencias generales con las siguientes.

La moderna organizacion de la *administracion militar* hace que hoy sea ménos frecuente enviar *destacamentos* con el objeto exclusivo de «exigir contribuciones» ó hacer lo que técnicamente llaman algunos *forraje en seco*, esto es, reunir, por medio de *requisicion*, víveres ó forrajes en comarcas, amigas ó enemigas, alejadas del ejército. Este encargo ofrece oca-

sion al oficial de mostrar más bien que cualidades tácticas, cierto tino en el mando que, sin excluir la energía, la temple con la equidad, el buen modo y una severa integridad. No será dable evitar conminaciones duras, ejecuciones violentas, rehenes, multas y otras medidas coercitivas, para activar el cobro, y el cumplimiento de su encargo; pero miéntras el país no manifieste su descontento por medio de una fermentacion amenazante y con hechos criminales que comprometan «la seguridad de las tropas,» estas, que siempre deben observar estricta disciplina, no se permitirán excesos producidos por impaciencia, ni mucho ménos represalias que no se hayan ordenado por el jefe «único y responsable.»

Esta comision, en país amigo, casi es más difícil y escabrosa que en el enemigo: en este, al fin, no hay que contemporizar, ni respetar otros fueros que los generales de la humanidad y de la guerra. Mas, como el enemigo no dejará probablemente que la *requisicion* en su propio territorio se haga con perfecta tranquilidad y sosiego, lo que importa (como en el caso más breve de un antiguo *forraje)*, es «despachar pronto,» para no verse enredado entre detalles administrativos y embarazosos convoyes, cuando haya que maniobrar.

De todos modos el perfecto conocimiento del país; la severa disciplina; el buen modo, en lo posible; el órden y método; las noticias seguras sobre el enemigo; la exactitud minuciosa en el servicio avanzado, son elementos heterogéneos que deben combinarse para obrar con garantías de acierto. La operacion—á ménos de llevar el *destacamento* gran fuerza, en cuyo caso excederá su mando del de un oficial particular—rara vez podrá ser simultánea y habrá que ir de pueblo en pueblo. Una gran parte del mecanismo incumbe á las clases de cabos y sargentos, para la reparticion de papeletas, apremios y recorrer pronto con pequeñas partidas caserías que suelen estar diseminadas y distantes. El *comandante*, que habrá sondeado el espíritu del país, nunca olvidará las precauciones reglamentarias de seguridad, llevándolas (aunque

aquel no fuese abiertamente hostil) al extremo de poder hacer uso de la fuerza en cualquier instante. El *honor de las armas* ante todo. Él sólo intimida y produce un respeto saludable, que facilita y abrevia esta clase de enojosas operaciones. Cuando entra la conviccion de que no hay medio sino ceder, pronto se rinde el paisanaje, sin apelar á morosidades, intentonas, ni maquinaciones inútiles.

Así, pues, el *comandante* mostrará su fuerza con cierto aparato algun tanto imponente, y si se quiere teatral, para que éntre bien por los ojos la posibilidad de hacer efectivas esas atroces, pero indispensables amenazas de incendiar y fusilar, si no viene lo pedido en el plazo fijado. La tropa estará convenientemente dispuesta y escalonada para poner cuanto ántes en cobro y perfecta seguridad las remesas parciales, evitando la aglomeracion embarazosa y la conduccion difícil de grandes convoyes y rebaños. El *comandante* cuidará de cubrir su responsabilidad personal recogiendo los recibos y certificaciones, y *contentas* de quien corresponda, para entregarlos á su vuelta con la memoria y estados en que resumirá el resultado de su comision. Las de esta especie, por salir de la esfera puramente *táctica*, suelen compensar lo que tienen de espinoso con el mayor crédito que dan al oficial, como hombre de expedicion, de integridad y de energía.

Convoyes.

Bajo el nombre genérico de *convoy* se comprende una «operacion de guerra» de las más delicadas y peligrosas. La conduccion de víveres, municiones, caudales, vestuario, pertrechos, heridos ó prisioneros no constituye por sí sola *convoy*, sino *trasporte* ó *conducta*, cuando tiene lugar fuera de la *zona estratégica de operaciones*, esto es, fuera del círculo de accion del enemigo. Aun en tiempo de paz es evidente que el *trasporte* de dinero ó de pólvora, en cantidad crecida, exige ciertas precauciones; pero el *convoy*, definido así como «opera-

cion de guerra,» y como caso particular é importante de lo que se llama *destacamento*, prescribe reglas *estratégicas* de oportunidad y conveniencia; reglas *tácticas* de conduccion y defensa, reglas *logísticas*, como algunos dicen, para significar los pormenores de *itinerario* y *marcha*.

Todo *socorro* de plaza sitiada ó bloqueada presupone *convoy*, y presupone tambien combate. En los tres últimos siglos puede decirse que esta operacion del *socorro* era inevitable, por la índole ó carácter de la guerra llamada expresivamente *de sitios* ó *posiciones*. En nuestro siglo tambien durante la guerra civil, el avituallar las plazas de Solsona, Gandesa, Morella, constituia una *operacion* sangrienta y embarazosa. Como allí, en muchos casos toma parte en un *convoy* todo un *ejército de operaciones;* pero las tropas exclusivamente destinadas al órden, arreglo y defensa «inmediata» de la columna compuesta de carros y acémilas, es la que toma el nombre técnico de *escolta*.

La Ordenanza dedica los artículos 27-39, del título XVII, tratado 2, á este importante servicio de campaña, cuya dificultad se encarece en aquella prudente advertencia que dice: «Los varios casos que pueden ocurrir en la marcha de un convoy imposibilitan el dar para cada uno reglas particulares: es preciso fiar las providencias á la inteligencia del oficial encargado de su escolta, que conocerá por dónde pueden venir los accidentes en su marcha; pero éste hallará siempre alguna luz y auxilio en las instrucciones siguientes.....»

En este manual, más que añadir otras nuevas, se intenta glosar ó desenvolver las de la Ordenanza, para que se fije profundamente la atencion. Y el asunto por cierto lo merece.

Escoltar un convoy es empresa fatigosa, en la que muchos buenos oficiales han quedado desairados. Concurren á dificultarla, más casi que la proximidad ó la audacia del enemigo, otras varias causas; como la *extension del convoy*, lo pesado de la marcha, el mal estado del camino, lo flojo del ga-

nado, las malas condiciones de los carros y la peor voluntad de los que los guian.

En el dia crece la importancia de este asunto con el enorme efectivo de los ejércitos, el aumento de sus necesidades y la manera rápida y completa con que hay que satisfacerlas. En activas operaciones, es imposible que un gran cuerpo de tropas lleve entre sus filas grandes repuestos de municiones de boca y guerra, trenes de sitio y de puentes, inmenso bagaje y, lo que en general se comprende en la expresiva palabra *impedimenta*. Uno de los ramos y no el ménos importante del *arte moderno* es el que entiende en disponerla y escalonarla de modo que ni las masas *combatientes* se encuentren embarazadas en sus *maniobras* ni dejen de estar abastecidas con rapidez y oportunidad.

Para satisfacer á esta doble condicion se organizan las líneas de etapas como ligeramente se indicó en la pág. 53, y en el organismo del *cuartel general* entra ya un nuevo agente inspector y regulador de este múltiple y entrelazado servicio.

La «fuerza y composicion» de la *escolta de un convoy* dependen naturalmente de la naturaleza é importancia de éste, del riesgo presumible, de las condiciones y extension del trayecto.

Si el *convoy* es exclusivo de municiones, requiere *escolta* más crecida, para que pueda alejar y prevenir mejor los incidentes del combate.

Lo llano y descubierto ó lo quebrado y montuoso del país determinan la proporcion de la caballería en la *escolta*, que nunca debe llevar por principal *objeto* arrollar ó perseguir, sino cubrir, flanquear y proteger á distancia la marcha.

Por regla general debe agregarse una seccion de zapadores, y en su defecto de soldados ó paisanos con útiles: tanto para allanar en el acto obstáculos locales, como para levantarlos si la defensa lo requiere (V. cap. IX). Un simple hoyo ó cortadura, la voladura de una alcantarilla pueden producir detenciones y trastornos: al paso que en el momento del *com-*

bate, puede traer ventajas incalculables una *trinchera* rápidamente abierta, una *tala* de árboles, una ligera *barricada*.

Si no es posible disponer de carros y ganado de repuesto, convendrá por lo ménos contar con cuerdas, espeques, cábrias, crics y algunas piezas sueltas, como ejes, lanzas, ruedas, que, en manos de obreros militares ó civiles, abreviarán las recomposiciones en el acto.

Organizado ya el convoy, por la autoridad militar con la cooperacion que corresponda á la administracion, artillería ó ingenieros, se nombra el *comandante de la escolta*, que siempre debe ser un oficial acreditado por su tino, valor, serenidad y experiencia. Basta reflexionar un poco sobre la índole de este servicio complicado, deslucido y fatigoso, para comprender que en la *tropa de escolta* y en su *jefe* debe sobresalir, más que el arrojo impaciente y desordenado, un espíritu tranquilo, previsor y vigilante; una paciencia sistemática para luchar, más quizá que con los ardides del enemigo, con los de los propios conductores, indóciles por su mismo oficio, y deseosos de sacudir el yugo de la disciplina, á que pasajeramente tienen que someterse.

Consecuente al principio fundamental en la milicia, que resume siempre en uno solo el mando y la responsabilidad, el *comandante de la escolta* de un convoy tiene plena autoridad, no sólo sobre las tropas de todas armas que la compongan, sino sobre los individuos militares y civiles que se agreguen. Y tanto es así, que por más que entre estos últimos los hubiera de mayor graduacion ó autoridad, ninguno podrá ejercerla, sino por delegacion ó consentimiento del jefe de la escolta, pudiendo éste á su vez disponer desde luégo, en interés del servicio, de los que le fueren iguales ó inferiores.

Por lo demás, se deja entender que si el *convoy* es exclusivo de municiones ó pertrechos, correspondientes á la artillería ó ingenieros, á oficiales de estos cuerpos se encargará el mando de la *escolta;* pero aunque así no suceda, el *coman-*

dante, en cuanto lo considere oportuno, puede consultar el parecer «facultativo» de aquellos, respecto á pormenores de la marcha, de los altos, del mecanismo de aparcar, ó atrincherarse y defenderse.

El art. 28 de la Ordenanza encarga expresamente, que el *comandante de la escolta* «se haga instruir muy puntualmente por el jefe que lo destaca de los puestos que ocupe el enemigo y su fuerza, para comprobar las noticias que más interesen su seguridad, con partidas que fiará á oficiales de su entera satisfaccion y los informes del paisanaje que encontrare.»

Efectivamente, si en toda operacion de guerra son indispensables los datos, que en campaña se comprenden bajo el nombre de *reconocimientos* (V. cap. X), en ninguna quizá más que en un *convoy:* y el jefe, en cumplimiento de la Ordenanza, debe, no sólo ampliar, sino «comprobar» los que le facilite el estado mayor.

Para disminuir en lo posible las complicaciones que suelen acumularse en caso de desgracia, las instrucciones especiales que reciba el comandante de un convoy, deben ser siempre por escrito y sumamente detalladas. Por ellas se enterará del valor relativo de los objetos que se le confian; podrá distribuir su *convoy* como luégo se dirá, en secciones de los más análogos; y en el desesperado trance de la derrota, en que la vacilacion es lo más funesto, tendrá de antemano sabido y resuelto cuál es la parte del convoy que puede sacrificar, y cuál la que interesa salvar á toda costa. En un caso, por ejemplo, serán las municiones; en otro podrán ser víveres ó efectos de hospital; en lo general será el metálico lo más importante.

Recibidas «las instrucciones especiales,» el jefe de un convoy sobre nadie puede ya declinar la responsabilidad de su encargo; y para llevarlo á feliz término debe concentrar todo el esfuerzo de su voluntad y de su talento.

Conveniente será, aunque no muy fácil, procurar el secre-

to, como en toda operacion de guerra, y, segun el texto del artículo 29, «reservar con sumo cuidado el dia y hora de la marcha del convoy, y anticiparlo siempre á la que el público haya conjeturado.»

Por regla general, todo convoy algo considerable tiene que ser dividido en trozos ó secciones de objetos y medios de trasporte análogos, bajo la inmediata vigilancia de oficiales subalternos ó sargentos, que con escaso número de soldados listos, lleven numerados los carrros ó acémilas, cuiden inflexiblemente del órden y de las distancias, y celen sobre todo con rigor la conducta de los carreteros y arrieros. Aquí nace, pues, lógicamente un principio fijo para la «distribucion» preliminar de la *escolta*. El enemigo temible y constante de un convoy es el «desórden.» Para evitarlo, para esta parte, si puede decirse, de policía (que naturalmente se encargaría á la guardia civil, si la hubiese), se escoge el número de hombres conveniente y proporcional, que queda fijo durante la expedicion, é independiente de la fuerza activa y principal de la escolta. Al segundo jefe compete este cuidado de policía y vigilancia.

El *comandante del convoy*, al proceder con tino y cuidado en esta distribucion, debe tender á dar á su *columna* cierto órden, ó si pudiera decirse, cierta «forma tácticamente articulada,» imitando, en lo posible, la que toman los carruajes de la artillería. Por teórica que parezca esta «regla» hay que practicarla; pues sale de los límites razonables querer conducir sin ella, y en una «columna sin distancias» 300 malos carros, que ocupan más de dos leguas.

Respecto á la distribucion de los efectos, es imposible asignar anticipadamente el órden; pues nadie mejor que el jefe del convoy podrá determinar dónde debe colocar lo más importante ó precioso. Tal vez podrá ir en el centro; tal otra convendrá llevarlo en la extrema vanguardia. Ordinariamente van en ella las municiones y el metálico; siguen luego los víveres; dejando el último lugar al vestuario, efectos y

pertrechos militares. Cuando van coches con oficiales sueltos ó familias civiles, forman un trozo ó brigada particular é independiente, dentro de la cual toman el órden gerárquico. Por último, los carruajes ó acémilas de cantineros, vivanderos y mercaderes forman la cola del convoy.

Una vez señalado el órden, lo importante es que no se altere; que el convoy no se alargue, ni mucho ménos rompa su continuidad; que cada cual atienda á su deber; que reine silencio, y que los soldados sueltos no se suban en los carros, ni pongan en ellos su mochila ó fusil.

Segun previene el artículo 30 «en caso de romperse ó descomponerse algun carro del convoy, cuya habilitacion pueda detener la marcha, se deberá luégo repartir su carga en los demás para abreviarla: bajo pena de rigoroso castigo al carruajero ó arriero que repugne el peso ni disposicion de la parte que le toque.»—Lo primero es sacar fuera del camino el carruaje estropeado; si puede componerse entra en la cola; si no, se reparte la carga, y el ganado pasa á reforzar el tiro que lo necesite.

Siempre que la anchura del camino lo permita, los carros deben marchar en dos hileras. Los conductores á pié en el puesto que acostumbren, y obedientes á las órdenes de los sargentos y soldados vigilantes.

Considerado el *convoy*, en cuanto es posible, como una *columna* de tropas en marcha, aunque más embarazosa y tarda en maniobrar, ó tomar medidas de defensa, el comandante aplicará á este caso particular las disposiciones generales que se enumeran en el capítulo III de *Marchas*, y especialmente en el IV de *Servicio avanzado*, adaptándolas á las circunstancias, segun la proximidad del enemigo, su fuerza, «género y modo de combatir,» y sobre todo segun los accidentes del camino y del terreno adyacente.

Naturalmente distribuirá la *escolta*, como de costumbre, en los tres trozos elementales y tácticos de *vanguardia, centro* y

retaguardia, cuya fuerza proporcional será variable; pero quedando siempre el grueso, ó la más importante, bajo sus órdenes inmediatas. En terreno despejado, este trozo principal suele marchar por los lados del camino á la altura del centro del convoy; en caso contrario, se sitúa á la cabeza ó á la cola, segun la que se considere más expuesta al ataque del enemigo. La Ordenanza, con su sistemática prevision, al aconsejar esta disposicion normal ó comun regla para la *escolta* en su artículo 36, tiene cuidado de añadir: «pero segun el caso y circunstancias podrá variarla como responsable de las resultas.» El asunto, con efecto, es discutible en teoría. Hay quien aconseja renunciar al sistema de ir pegado al convoy, y dejándolo aparcado, «limpiar» antes de ponerlo en marcha, el trozo de camino que haya de recorrer en la jornada. Se funda esta opinion moderna, en que mejor podrá «obrar y combatir» la *escolta* suelta, que con el embarazo del *convoy*. Esta regla que, como todas en la guerra, tendrá su aplicacion alguna vez, no puede hacerse general. El que ataca un convoy, si pudiera cogerlo sin combate, se daria por satisfecho: buen cuidado tendrá por consiguiente de no dejarse ver, ni mucho ménos batir, por la *escolta suelta* que avanza limpiando ó despejando: y miéntras ella adelanta, él retrocederá, buscando medio de coger el *convoy aparcado*. De todos modos, este sistema requiere doble fuerza de *escolta*, y siempre tienen más aplicacion las reglas siguientes, segun el método ordinario, es decir, no perdiendo de vista el convoy.

La seccion ó trozo de vanguardia, que ordinariamente lleva caballería y zapadores, debe salir y marchar con antelacion suficiente y calculada para allanar los obstáculos, reparar los malos pasos, ensanchar angosturas. A ella toca tambien hacer lo que se previene en el servicio de *descubierta* (V. cap. III y IV) atalayando desde las alturas y registrando los bosques, aldeas y desfiladeros; reconocer y preparar al fin el terreno más conveniente para hacer alto, vivac ó defensa.

El comandante de la vanguardia, ó *partida batidora*, como dice la Ordenanza, pondrá singular atencion en no perder la comunicacion y enlace con el *grueso* de la escolta y con su jefe: á cuyo fin mantendrá siempre un cordon de soldados sueltos de caballería, por medio de los cuales trasmitirá sus partes y observaciones, y á su vez recibirá las órdenes superiores.

Cuando se teme la aparicion del enemigo sobre la *cabeza* del convoy, la vanguardia ó descubierta se apodera y estaciona en todos los desfiladeros, alturas ó posiciones, en que el enemigo pueda presentar tropas ú obstáculos materiales. Al llegar el grueso ó trozo principal de la escolta, la releva y deja, si es necesario, una fraccion, que va siendo relevada sucesivamente por las pequeñas secciones de vigilancia arriba indicadas: las cuales no la dejan hasta que todo el convoy ha desfilado, y áun algo despues, si así lo juzga oportuno el comandante.

Si, á la inversa, el peligro amenaza por retaguardia, la partida encargada de cubrirla observa reglas análogas, ligándose al grueso tambien por medio de soldados de caballería. En caso de apuro la retaguardia llevará los elementos necesarios para minar, volar puentes ó alcantarillas del camino, hacer cortaduras, despeñar rocas, atravesar árboles y carros sin ruedas; oponer, en fin, todo género de obstáculos al avance del enemigo. (V. cap. IX.)

Pero, más generalmente, el peligro de un convoy está en los *flancos*. Por poco que el terreno se ondule ó quiebre, y el camino tome recodos, pendientes y desfiladeros, la *defensa*, y hasta la simple *marcha* del convoy se dificulta. Entónces, bien se comprende que no requieren gran fuerza las *partidas* de vanguardia y retaguardia. El *grueso* ó *centro* de la *escolta* es el que, con su contínua movilidad, y en muchos casos sin fraccionarse, debe cubrir el convoy, adelantándose cuando convenga, ocupando ciertas *posiciones* antes que á ellas llegue la cabeza del convoy, y estacionando en ellas hasta que haya desfilado del todo.

Esta simple y rápida mencion de casos «probables,» demuestra la obligacion indispensable en el *jefe de un convoy*, de adquirir, como queda dicho, un conocimiento perfecto y necesariamente «anticipado» del *terreno* y del *enemigo;* de llevar *guías* muy prácticos y *confidencias* seguras.

Tan larga puede ser la línea del convoy, y tal el riesgo que corra por la fuerza y proximidad del enemigo en ciertos *pasos*, que convenga, para no comprometerlo en conjunto, cortarlo ó dislocarlo en *trozos* sueltos é independientes, que puedan reunirse despues de salvado el trecho peligroso. Excusado es advertir que en este caso, la totalidad casi de la *escolta* marcha con la primera division ó trozo, ocupa la *posicion* por donde es presumible que desemboque el enemigo, se establece tácticamente, se cubre con guerrillas y avanzadas y sólo se retira con lentitud, cuando el convoy entero ha desfilado y ganado suficiente delantera.

Por lo demás, las «reglas de marcha» son las generales. Cada hora debe hacerse un pequeño alto, para que el ganado descanse ó beba, que las distancias se cierren, y los atalajes se arreglen ó compongan. No deben hacerse largos descansos, y esos exclusivamente en lugares bien registrados y reconocidos; aunque se tenga la certeza de que el enemigo está léjos. No se desatalaja el ganado; y el *servicio avanzado* continúa con escrupulosidad.

Por la noche se *aparca* en disposicion de precaverse del incendio y del ataque, franco ó cauteloso, del enemigo. En general debe preferirse el despoblado, singularmente si el país es enemigo ó poco afecto. *Aparcar*, como dicen los artilleros y pontoneros, es formar las secciones de carruajes en varias filas, con intervalo variable y con las varas ó lanzas en la misma direccion. Entre cada fila queda el claro necesario para que el ganado circule y se enganche con holgura y presteza.

En la prevision de un ataque, la formacion instintiva desde la más remota antigüedad, es el *cuadro* con la zaga del carruaje al exterior y el ganado en el centro.

Al romper la marcha, para evitar siempre molestias inútiles, no se debe atalajar ni enganchar con excesiva anticipacion; sino cada division ó trozo del convoy, á medida que le toca ponerse en camino. El órden en los abrevaderos y cantinas, en los fuegos y en el servicio avanzado es el prescrito para todo vivac. (V. cap. III.)

Apuntadas someramente estas usuales advertencias de órden y precaucion, conviene indicar algunas de inevitable generalidad para la *defensa de un convoy*. Desde luégo quien mejor se defiende es aquel que sabe y conoce, no sólo los medios comunes y ordinarios de *ataque*, sino los «peculiares del enemigo á quien espera.»

Importa, pues, ante todo que el *jefe de un convoy* conozca—lo volvemos á repetir—á la par que el *terreno* y el *país*, el *enemigo* que le ataca. No pueden ser idénticas las disposiciones que se tomen contra un cuerpo *franco* ó de guerrilleros, y las que exija el ataque más metódico, pero tambien más temible, de una tropa *regular*. Aunque parezca exageracion, debe añadirse que no sólo hay que reconocer y conocer al enemigo, sino penetrar, adivinar sus intentos. El peligro que aturde, por lo vago é indeterminado, se conjura friamente cuando toma forma real y concreta. La sagacidad y el raciocinio ejercitado sobre indicios y confidencias, producen á veces, como ya dijimos, efectos de verdadera adivinacion.

La primera preocupacion que debe desechar el jefe de un convoy es la de querer vencer, ó castigar, ó *batir* al enemigo. No es ese su *objeto*, ni su deber. Lo es conducir su *convoy* intacto y pronto al punto que se le haya designado. La *escolta*, pues, tiene por encargo cubrir y proteger el convoy; «ahuyentar,» pero no precisamente «batir» al enemigo. La Ordenanza con su expresivo lenguaje está terminante en el artículo 34; «y en caso de no poder evitar el combate»—dice, lo cual presupone claramente que debe evitarse—«elegirá el

terreno, etc., y atendiendo—nótese bien—con preferencia á todo á la libertad de su espalda.» Esta expresa recomendacion caracteriza magistralmente la idea fundamental de la *defensa de un convoy*.

Se debe, pues, evitar el combate; se debe esquivar literalmente al enemigo. «Si conteniendo al enemigo (sin esperanza de continuar su marcha por la direccion que llevase), pudiese el convoy tomar otro rumbo que lo salve, lo reflexionará quien lo mande.» (Art. 37.)—Esto es explícito.

Pero si el enemigo, por superioridad de fuerza ó por otra causa, se anticipa ocupando una angostura, un desfiladero, una *posicion* dominante; si manifiesta resolucion de atacar formalmente y *cortar el convoy*, entónces el jefe, no sólo acepta el combate, sino que á veces, «segun las circunstancias,» toma la iniciativa y acomete. Así lo prescribe la Ordenanza en su artículo 36. «En caso de ser atacado y de no hallar paraje ventajoso para refugiarse, ó de no tener tiempo para ello, sólo le quedan que tomar dos partidos: el uno es el juntar su tropa y marchar intrépidamente al enemigo; el otro, formar sus carros ó cargas en cuadro ó círculo, abrigar su gente de ellos y hacer allí la más vigorosa defensa.»

El primer medio será generalmente preferible. Si se «ahuyenta» al enemigo, está logrado el objeto. Y en este caso, el *jefe de un convoy* no debe caer en la tentacion de *perseguir;* quizá la fuga del enemigo sea una simple estratagema, para atraerlo á una *emboscada*.

Cuando la suerte de las armas es contraria, no hay más remedio que retirarse al abrigo material del convoy, formando con él un *atrincheramiento*, ó rigorosamente una *barricada*. Este remedio, sin embargo, que invariablemente se propone en los libros, no tendrá frecuente aplicacion en la práctica. El enemigo, naturalmente, elegirá un «accidente» del camino; y no es presumible, por lo tanto, que haya á los lados espacio suficiente ó cómodo para *formar el cuadro* con las cargas ó carros. No son tampoco los momentos de turbacion de

una *retirada* los más á propósito para «hacer evoluciones,» digámoslo así, con carreteros y arrieros, á quienes quizá convenga el triunfo del enemigo, y con él la libertad y el desórden. En fin, dado que el *cuadro* haya podido formarse con prontitud y facilidad, y que el enemigo desista ante lo tenaz de la defensa, la nueva dificultad y embarazo para volver el convoy á su *órden de marcha*, hará perder tiempo y desaprovechar los momentos preciosos de vacilacion del enemigo, para alejarse de él con rapidez.

En la mayoría de los casos, el *cuadro* vendrá á reducirse á estrechar bien las distancias y apiñar los carros sobre el mismo camino, volviendo el ganado para que quede cubierto con los carruajes, y utilizando como *troneras* sus intervalos, para contener con vivo y certero fuego al enemigo. Aunque no sea «costumbre,» se ve cuánta ventaja podrá dar el apoyo eficaz de algunas piezas de artillería como parte integrante de la *escolta*. En estos momentos críticos el jefe no debe olvidar que su perdicion es segura, si disemina su tropa con exceso y no conserva á la mano una *reserva* proporcional de gente resuelta, con la que quizá pueda en una coyuntura favorable tomar empuje ofensivo.

Si á pesar de todos los esfuerzos, el enemigo lleva lo mejor de la pelea, debe el jefe probar, si es posible, salvar una parte del convoy. Esta debe contener los objetos preferentes que, como se dijo, pueden ser el metálico y las municiones; y entre los víveres que se dejen á merced del enemigo, debe cuidarse que caigan primero en sus manos los carros ó cargas de vino y bebidas espirituosas.

Por último, cuando la escolta, con su tenacidad, con sus bajas, «deja cubierto el honor de las armas» y la responsabilidad del *comandante;* cuando no queda esperanza de socorro, ni posibilidad de salvacion, se debe, ántes que entregar el convoy al enemigo, ponerle fuego, matar el ganado, y con resolucion vigorosa (que á veces corona la fortuna) abrirse paso á través del vencedor.

Este caso extremo, sin embargo, no suele ser frecuente. El enemigo para *cortar el convoy*, tambien tiene que hacer por su parte un *destacamento*, sufre dilaciones y bajas; y ante la serena firmeza de la *escolta*, es natural que pese friamente lo que gana y lo que pierde.

Ordinariamente el *ataque de un convoy* se encomienda á *guerrilleros* del país, ágiles y prácticos, pero que no suelen tener gran consistencia; ó se confía á la caballería ligera, si el terreno lo permite, como más apta para correr y amagar; para insultar con molesto tiroteo, que inutilice el ganado y embrolle la columna; para desaparecer y aparecer de repente á la entrada de un desfiladero, donde se embosca y dejando pasar una parte del convoy, trata de arrebatar lo que pueda.

Reglas análogas presiden á la *conduccion* de enfermos y heridos. En esta mision que, por lo humanitaria, tiene cierto carácter sagrado, hay que someterse á las indicaciones de los oficiales de *sanidad*, tanto en la organizacion del convoy, como en la duracion de los altos y descansos; proporcionarse agua en los pueblos de tránsito, y subordinar, en fin, todos los actos al principio de evitar, en cuanto sea posible, las molestias de todo género.

Mayor complicacion aún tiene escoltar una *cuerda de prisioneros*. En consecuencia de lo arriba expuesto, lo primero es «forzar la marcha,» para llegar á un pueblo y encerrarlos en la iglesia, ó edificio más propio para fortificarse y defenderse; si forzosamente hay que hacer alto para batirse, se les obliga bajo pena de muerte á permanecer tendidos é inmóviles el tiempo que fuere necesario. Es ocioso añadir que la moral y las leyes de la guerra proscriben el mal trato y el despojo de los prisioneros, ó medidas crueles y vejatorias que no estén impuestas por la necesidad. Pero durante el *combate* puede surgir una eventualidad de terrible embarazo: en la evidencia de que los prisioneros van á ser libertados por el enemigo, ¿se debe asesinarlos? Difícil es la respuesta,

por los varios incidentes que pueden sobrevenir en este triste momento. Un libro no puede darla; pero de fijo será negativa si se deja al ánimo caballeresco del buen militar.

La *escolta de convoyes* en barcas por rios y canales tiene que sujetarse á las reglas especiales que impone este medio de trasporte. Con él no es posible la fuga, ni la variacion de camino, ni la formacion y defensa en cuadro; sin embargo, las esclusas, molinos y demás obras y edificios, convenientemente guarnecidos y fortificados, ofrecen puntos de apoyo sucesivos.

En general la proteccion del convoy se logrará mejor con pequeñas patrullas que sigan por las orillas. A la inversa, para atacar conviene entorpecer ó impedir préviamente, el paso tendiendo algun obstáculo; pero si sólo se quiere molestar y retardar, bastarán pequeñas partidas con incesante tiroteo á favor de recodos y alturas.

Los ferrocarriles jugarán en las guerras futuras, modificando, no sólo los grandes movimientos llamados *estratégicos*, sino las *operaciones secundarias*. Así como en el dia se abren, en los tratados del arte de la guerra, «capítulos aparte» para las maniobras sobre *rios y montañas*, así en lo sucesivo se abrirá uno, quizá más importante y extenso, para los movimientos, maniobras y combates sobre ferrocarriles. Servirán de sólido asiento á tan ardua materia los Reglamentos que están en preparacion (1881) para los servicios de guarnicion y de campaña, y singularmente el ya mencionado en la página 100 para trasportes.

Sorpresas. Emboscadas.

Por *ardid, lazo* y *estratagema* se entiende en general toda operacion ó empresa de guerra, ordinariamente «en pequeño,» cuyo cálculo y proyecto se funda y establece sobre el error en que está, ó se quiere hacer caer al enemigo, y so-

bre la impresion repentina de terror que entorpece la accion de sus medios ofensivos. Hay pues, como se ve, mucha diferencia en «la forma y magnitud,» pero bien poca en el «fondo» entre lo *estratégico* y lo *estratagémico*, ó como algunos dicen *estratagemático*. El *ardid*, palabra castiza, breve y expresiva, que deberia ser más usada, compendia, si bien se mira, un «modo de hacer la guerra» avaro de medios y de sangre propia, pero pródigo de ingenio, sagacidad y sutileza. El *ardid* no excluye, más bien prescribe, el valor y la audacia. Lo prueba, que al nacer esta voz, puramente militar, en los orígenes del habla castellana, estábamos en plena reconquista sobre los árabes: y no solamente *ardit*, como puede verse en las Siete Partidas, indicaba una *expedicion ó algara* cautelosa y meditada, sino que «ardido y ardidoso» eran entónces calificativos lisonjeros para el hombre de guerra, como hoy lo son bravo y resuelto.

En el estudio de aquella *reconquista* y en el de otras brillantes y tenaces guerras más recientes, que tan alto elevan el blason de España, lo que seduce, lo que asombra es la inmensa desproporcion de los «resultados,» con los «medios materiales» puestos en juego para alcanzarlos. Y en efecto, si se ha de establecer el equilibrio entre dos fuerzas desiguales; si se ha de inclinar la balanza del lado contrario á la superioridad numérica; allí, donde está lo más pequeño, lo más pobre, lo más débil, no hay remedio, se tiene que echar en el platillo mucho *ardid*, mucho ingenio práctico, mucho valor.

Desde Frontino han aparecido bastantes libros militares exclusivamente dedicados á explicar y narrar *ardides* y *estratagemas*. Hoy son ilegibles: unos por lo cándido, otros, al revés, por lo perverso. Envenenar las aguas, romper capitulaciones, cambiar banderas y otros actos de esta índole, sean ó no *estratagemas*, están hoy proscritos por las leyes más suaves de la guerra, y mucho más «caballerescas» que en los tiempos de la «caballería.» Ellas autorizan los dos de que

únicamente se trata en este capítulo: las *sorpresas* y *emboscadas*. Ambas son *operaciones* muy *secundarias* en la guerra moderna, que ordinariamente se confian á la pequeña tropa ó *destacamento* mandado por un oficial particular de más ó ménos graduacion.

Sorpresa es caer de repente sobre el enemigo quieto y descuidado, sin darle tiempo á ponerse en defensa. Evidentemente, el mejor modo de «evitar sorpresas» es saber «cómo se hacen;» por lo tanto sólo se hablará aquí en sentido activo; y de las reglas generales para «obrar,» se deducirán virtualmente las convenientes para «oponerse,» que en rigor pueden resumirse en una: *vigilancia*.

El cálculo y proyecto, ó *plan* de una sorpresa, si ha de tener algun fundamento y probabilidades de éxito, requiere la reunion precisa de varios datos y condiciones. Se necesita tener ante todo noticias exactas y confidencias seguras sobre el «estado» del enemigo, es decir, sobre su disciplina relajada, su vigor enervado, su mal espíritu, su negligencia en los pormenores del servicio, la incapacidad ó abandono de los jefes; el descontento, en fin, la tibieza, el descuido, la indolencia de todos.—Por el contrario, es fácil á veces sorprender á un enemigo, en el mismo dia de su victoria, si, demasiado envanecido, se duerme sobre sus laurales. O tambien, por ejemplo, en un pueblo atrincherado, despues de una gran fiesta ó romería popular, en la cual haya tenido la inadvertencia de tomar parte y de hacer, como es natural, excesivas libaciones. Además de esta parte *moral*, hay que tener en cuenta la posicion *táctica* de la tropa ó puesto enemigo; la seguridad y conocimiento de los caminos que á ella conduzcan, la clase de territorio y de poblacion que se ha de atravesar; porque bien se ve, que si el país es hostil ó no muy amigo, una larga y forzada marcha, por lo mismo que se debe hacer *secreta*, llamará la atencion de quien ménos se recele, que pronto se anticipará á prevenir al enemigo.

Se necesita, pues, para intentar una *sorpresa* noticias seguras, datos verídicos, indicios claros, buenos mapas, buenos guías, buenos espías, mucho tino, bastante fortuna y alguna costumbre de habérselas con lo imprevisto y azaroso.— La sorpresa se envuelve en el misterio y confía en la audacia.

El tiempo más favorecedor de las *sorpresas* es el cubierto y tempestuoso, el extremado en frio y calor; las horas más propicias, las de la noche cercanas á la madrugada: si bien en países cálidos pueden ser las del centro del dia ó de la siesta.

El *objeto* de una sorpresa es variable: la pequeña *partida suelta* va contra un *puesto avanzado* (V. cap. IV), sólo por coger prisioneros ó alarmar un *campo*; una tropa mayor intenta exterminar á un guerrillero y su *partida*, que incomodan demasiado; destruir un depósito mal guardado, ó al revés, tomar un *puesto* y conservarlo; en fin, un *destacamento* algo crecido, y por lo tanto con dos armas ó con las tres, puede ya pensar en alguna empresa séria contra *campos, cantones* y hasta grandes *fortalezas*.

Tan varia como el *objeto* de la sorpresa y como el *terreno* en que se haya de obrar, es por consiguiente la *fuerza* y *composicion* de la tropa que la intente. Y no sirven aquí cálculos proporcionales con la *fuerza* enemiga: sorpresas se citan, en que un puñado de hombres se ha burlado de un *ejército*; y por compensacion, otras en que, á fuerzas casi iguales, el sorprendedor ha venido á ser el sorprendido, volviendo á su campo en vergonzosa fuga, no sólo con el descrédito, que siempre tiene algo de ridículo, sino con dolorosa pérdida material.

La sorpresa, teniendo por condicion primera la rapidez de la marcha, parece exigir caballería; pero si cruza por terreno algo quebrado en marcha forzada ó de noche, no puede ir sin infantería. La caballería es indispensable para amagar, aturdir, envolver, cortar, coger y guardar prisioneros, distribuir órdenes: á la infantería por su parte le corresponde siem-

pre el honor del ataque principal y vigoroso. Todo se reduce en último caso á que la infantería en algunos trechos monte á la grupa. Pero si hay que destruir algun obstáculo, tiene que ir la artillería: muy poca y á la ligera, por supuesto, sin carros y con las municiones solas del armon. Si hay que derribar solamente puertas ó estacadas, convendrá contar con algunos de los medios indicados en el capítulo IX. En lo que no cabe duda es en que la tropa, sea el que fuere su número ó especie, debe ser escogida, andadora, serena, disciplinada y nunca «más de la precisa.» Generalmente se recomienda que no vayan hombres que tosan ni caballos con el vicio de relinchar. Tambien debe tenerse en cuenta la lengua que hable el enemigo, y áun la del país que se atraviese; porque si al «quién vive» se ha de responder, como es costumbre, «desertores» ó entrar de cualquier modo en pláticas, sería curioso por cierto querer engañar en lengua extraña. Se necesitan, pues, intérpretes.

Los *guias* y *espías* son el alma de una sorpresa. Guias, deben ir varios: no sólo para la marcha, sino que dividiéndose ordinariamente la tropa en varias secciones al sorprender, cada una debe llevar su guía, so pena de extravío ó de retardo en una operacion que estriba en la perfecta «coincidencia» de muchas condiciones. Los espías, naturalmente si son los que han traido las noticias, tienen que acompañar tambien especialmente contra *puestos* y pueblos *atrincherados*, en que puedan haber anudado alguna trama ó inteligencia— Adviértase de paso, que estas complicaciones con vecindario de pueblos, hacen abortar el noventa y nueve por ciento de las *sorpresas*. En toda conjuracion se ofrece mucho; pero en cumplir está la dificultad.

Ya que no se necesite la artillería ó artificios ántes indicados, por lo ménos contra puntos fuertes se necesitarán escalas, hachas, cuerdas, clavos para cañones, barras ú otros útiles.

Corriente la expedicion, el *comandante* debe llevar formu-

lado su *plan* sin más consultas ni vacilaciones; pero se entiende que ese plan tendrá alguna elasticidad y acomodo para ciertas contingencias presumibles, aunque no todas puedan preverse; pues decir *sorpresa* es poco ménos que decir «azar.» Él sabrá bien á lo que va: si ha de conservar ó abandonar el puesto enemigo; si este recibirá refuerzos, y en cuánto tiempo; si ha de hacer prisioneros ó no; si ha de saquear y castigar al pueblo, ó sólo exigir contribucion de guerra; y, sobre todo, si la empresa aborta, saber cómo y por dónde ha de emprender su *retirada* segura: pues al ménos, ya que no se salga airoso, que no se pierda más que el tiempo. Ordinariamente las grandes *sorpresas* á un *canton*, ó gran cuerpo de tropas, se dan al romper el dia, para que la primera luz, en caso de victoria, deje jugar las *tres armas* y asegurarla por completo. La *marcha* siempre es de un tiron: si se hace largo descanso, la cosa se enfria y se complica. En el «cálculo de tiempo» nunca debe olvidarse que de noche, por más que se haga, siempre se anda ménos.

El *intento* de una sorpresa casi siempre debe ignorarlo, no sólo el enemigo, sino tambien el campo propio y áun la misma tropa preparada; por lo tanto se necesita combinar artificialmente la salida de ésta del campamento. Por ejemplo, el *comandante* nombrado hace que se va con licencia, ó se finge enfermo; la tropa, al mando de otro jefe, marcha en direccion opuesta hasta cierta distancia convenida; los guías se van presentando citados en distintos puntos, etc.

La base de una *sorpresa* es el descuido del enemigo, el cual generalmente es producido por suponer lejano el peligro. Estará, pues, casi siempre lejos el *puesto* que se intenta sorprender; la marcha será *forzada*, y en ella hay que observar órden, silencio y todas las reglas de una marcha *nocturna* y *secreta*, segun quedan explicadas en los varios artículos del capítulo III.

Tanto por esta condicion fundamental del *secreto*, como por no ser generalmente muy numerosa la tropa, se suele supri-

mir en la marcha toda precaucion de descubierta, vanguardia y flanqueo, marchando unido en un solo grupo. Pero si la expedicion se compusiese de varios trozos, que hubieran de acudir desde puntos distintos por caminos trasversales, hay que cuidar de poner acordes los relojes de los respectivos *comandantes* para el cálculo de tiempo, y vigilar mucho á los *guías*.

Llegado el destacamento á la inmediacion del punto en que ha de dar el golpe, es regla general hacer alto en algun lugar «cubierto:» en un bosque, pliegue del terreno, ó edificio aislado, cuyos moradores estén en la trama, ó en caso contrario puedan ser rigorosamente incomunicados. Allí el *comandante* mientras da ligero descanso á su tropa, explica rápida y claramente los pormenores de la empresa; distribuye la gente en los trozos que convenga; da á cada jefe sus instrucciones particulares; fija bien el sentido de las diversas señales y contraseñales que hayan de hacerse, y, por último, se coloca la tropa sobre el uniforme, si fuese necesario, un distintivo bien visible, para no confundirse con el enemigo en las tinieblas de la noche.

En los siglos XVI y XVII, aunque no se conocia el uniforme de nuestros tiempos, el coselete, el yelmo y demas armas defensivas producian casi mayor uniformidad; y era costumbre en los tercios españoles, terribles en las sorpresas nocturnas, ponerse la camisa por encima de las armas. De aquí la voz *encamisada* por ataque nocturno, no sólo usual, sino técnica en aquella incomparable milicia. Por una *encamisada*, al alborear la mañana del 24 de febrero de 1525, principió la célebre batalla de Pavía; y cuentan—tal era el extremo apuro y miseria—que algun soldado, por no tener camisa, tapó su armadura con papel blanco. En la primera guerra civil, todavía la sorpresa de Ubeda y Castril en 1837 fué verdadera *encamisada*, puesto que se llevó la camisa sobre el capote. Sea el que fuere, un «distintivo» es indispensable para la refriega nocturna, así como una contraseña breve y clara.

Puesto que la *sorpresa* se funda en la súbita impresion de terror pánico que sufre el enemigo, se ha de tender á producirla abultando la fuerza; por lo cual el ataque se simula sobre muchos puntos, siempre los más fuertes, con grande estruendo algunas veces de cornetas, fuego y vocería, miéntras que el grueso de la tropa carga en silencio á la bayoneta por el punto más débil ó vulnerable. Otras veces, por el contrario, si hay inteligencias dentro y algun traidor es el que da paso, todo estriba en el silencio, hasta que se dé la señal; y la tropa se aprieta, para salvar cuanto antes el rastrillo ó puente levadizo que el oro y la traicion le hayan abierto.

En el capítulo IX se explica, con los detalles que este corto volúmen permite, la marcha ulterior y probable de una sorpresa de *puesto* ó *pueblo atrincherado*.

Sólo, pues, se repite aquí, que con más facilidad se sorprende un *canton*, que un *campamento* ó un *vivac*, en el que ordinariamente no suele pretenderse más que causar alarma y desórden. Por flojamente que se haga el *servicio avanzado* en estos últimos, siempre es un gran tropiezo; y apoderarse sin ruido de una simple *avanzada*, puede ser más difícil que sorprender una *plaza fuerte*. Así, unas veces se apela al medio de disfrazar soldados con el uniforme enemigo, ó fingirse desertores ó parlamentarios con su escolta: cualquiera añagaza en fin que permita á un corto número de hombres «determinados» arrollar al arma blanca la *avanzadilla*, y hasta la *gran guardia* si es posible, haciéndola «toda» prisionera.

Otras veces se procede más despacio. Arrastrándose un par de hombres resueltos por entre los surcos y las yerbas, sorprenden uno ó dos centinelas, arrojándose de pronto y cosiéndolos á bayonetazos. Abierto el paso, y con señal de advertencia, como silbido ó canto de ave nocturna, avanza más gente, repite la *sorpresa* en la *avanzadilla* ó puesto intermedio, y así procura envolver la *gran guardia*. Tratándose de un *vivac*, bien se comprende que todo ha de ser rastrero y silencioso: en cuanto suene un tiro la *sorpresa* aborta: ya no es sorpre-

sa, es combate, *ataque á la bayoneta*. El *comandante*, segun sus instrucciones, segun tambien su *fuerza* y *objeto*, determinará si ha de seguir adelante ó retirarse. En este último caso, no debe retardar el toque ó señal, especialmente contra un *vivac*, dispersando su tropa, que ya debe ir enterada, para ganar á toda prisa un punto lejano y bien marcado de reunion.

En *canton ó pueblo abierto*, si el tiro descubre cuando se esté muy cerca ó ya dentro, es probable que convenga proseguir, lanzar la caballería en ruidosas galopadas por las calles, y ver el partido que se puede sacar del mismo desórden. De todos modos, en combates de noche y por las calles, lo más seguro, lo que más impone es la bayoneta: con el tiroteo se pueden matar quizá más soldados propios que enemigos. En estos casos lo recomendable es andar listo; dislocar, embrollar, impedir la formacion de la tropa sorprendida; y sobre todo que acudan reservas y socorros inmediatos. Si se encuentra alguna ya formada y en ademan de resistir, no hay más remedio que cerrar los ojos y arremeter con ella hasta desbaratarla. Segun la gráfica expresion de un general, no se debe en este caso pasar como una «flecha,» sino entrar premioso y destrozando como una «cuña.»

La caballería y la artillería cuando están acantonadas (véase cap. III) se prestan más á la sorpresa nocturna: y una vez roto con felicidad el *cordon avanzado*, el éxito es seguro casi siempre.

Por último, se puede hacer una sorpresa «estando cerca» por el método opuesto al explicado; en vez de sigilosos preparativos y rápida ejecucion, emplear por muchos dias y con reiteracion contínuas y ruidosas alarmas, insultos, amagos. El enemigo, cansado y aburrido, es posible que se descuide cabalmente al recibir el golpe verdadero.

Emboscadas.

La *emboscada* es en el fondo una sorpresa: sino que este segundo nombre se aplica técnicamente contra una tropa á pié quieto, y el primero contra la que está en marcha ó movimiento. *Emboscada* es el ardid ó estratagema que consiste en ocultarse con anticipacion al paso del enemigo, para acometerle descuidado y con ventaja. Por supuesto, *emboscada* se llama tambien al «paraje» en que la emboscada se arma, y á la «tropa» misma que se *embosca*. Como lo mejor para esto suele ser un bosque, de ahí el nombre. Pero tambien se arman *emboscadas* en cercas, vallados, hondonadas, zanjas, cejas, cañadas, desfiladeros, sembrados altos, arcos de puente, edificios; en cualquier lugar que cubra y oculte; dejando expedito el paso para «caer de improviso» sobre el enemigo, ó para ponerse en salvo, si la empresa aborta.

El efecto que más se busca en la *emboscada*, es el de la «accion moral:» la impresion exagerada de terror súbito, que, embargando al enemigo, le impide apreciar la fuerza inferior que le acomete.

El *objeto*, en general, de las *emboscadas* suele ser cortar convoyes ó grandes trenes; caer sobre un cuerpo de caballería; interceptar correos y escoltas; deshacerse de partidas incómodas ó guerrilleros; hacer prisioneros que den luz y cuyas revelaciones puedan desconcertar un plan..... Por lo demás, bien se comprende que la emboscada es imposible contra un gran cuerpo de tropas que se guarde medianamente. Es negocio casi exclusivo y predilecto de *patrullas* y *partidas*, como las del capítulo IV.

Análogamente á las *sorpresas*, lo primero que se necesita es saber «cuándo, por dónde y cómo» marcha el enemigo; pues él es quien da la pauta con su descuido, su clase de tropas, su indisciplina, su mal modo de marchar y el mayor

ó menor afecto del paisanaje. Si este es muy amigo, el mejor lugar de una emboscada es cabalmente un pueblo; pero si no lo fuese, mucho tino y cautela se necesitan para que el paisanaje, por más que se le oculte, no llegue á percibir y aventar la emboscada. En general, el paraje mejor será siempre el ménos sospechoso, el más «inocente» en apariencia. Estas reglas de precaucion y ocultacion, á pesar de ser el fundamento de la cosa, hay que dejarlas á la perspicacia del oficial. Él es quien podrá juzgar si el transeunte pasa de buena fé, ó si tiene trazas de ir á contar lo que ha visto. Hacerle retroceder no será bastante, porque sabrá dar la vuelta: mejor, por si acaso, es detenerle. Está demás advertir que ni se fuma, ni se habla, ni se produce el menor ruido, esperando la señal del vigía y la del *jefe* con paciencia y atencion. Emboscadas ha habido de bastante duracion, por ejemplo, la inolvidable de Mina en 1811, contra los franceses en Salinas de Leniz, que duró dos dias nada ménos, y por la «paciencia» de 2.000 hombres se logró.

Tampoco es dable fijar reglas para la «colocacion» de una emboscada. Siempre lo que se busca es coger al enemigo en ese instante de descuido y de «debilidad táctica,» en que marcha «arrastrando» con poco frente y mucho fondo. La caballería, por su rapidez, puede dejar un ancho espacio, siendo llano, entre la emboscada y el enemigo; pero la infantería tiene que estar materialmente encima para hacer su descarga á quemaropa.

La *caballería* suele caer con más frecuencia en emboscadas, por fiarse en el caballo; la *artillería* es perdida, si no lleva *escolta* suficiente. Un camino á media ladera, que va cortando cañadas trasversales, es expuesto á emboscadas tan desastrosas como la de Ateca en la guerra civil, en que cayeron, sin saber cómo, excelentes tropas del ejército liberal. Y tal puede ser la disposicion del terreno, que permita reiterar y escalonar las *emboscadas;* pues se citan casos de haberse descuidado y dado por seguro, despues de salir de

una, y caer acto continuo en otra, como queda atrás indicado para las *sorpresas*.

Lo más frecuente es colocar la tropa emboscada á los dos lados del camino, cuidando de que las diferentes secciones estén alternadas para que no se hagan fuego unas á otras. Parece que, repartiendo la emboscada en dos ó más trozos, que caigan simultáneos sobre el enemigo con gran vocería y estrépito, se logrará mejor el intento de aturdir y aumentar el *pánico:* otras veces, sin embargo, en el recodo de un camino, al esperar á una tropa que vuelva descuidada á su *canton*, valdrá más cargar en silencio á la bayoneta, y en órden compacto á la *vanguardia*, para que se repliegue y desordene el resto, ó bien dejarla pasar y cortarla. Pero esto último ha de mirarse bien; porque la vanguardia puede volver sobre sí, cargar á su vez y coger en medio á la *emboscada*.

Si se lleva alguna pieza de artillería, debe estar establecida y apuntada de modo que *enfile* el mayor trozo posible de camino. La *caballería* impide, por la cabeza y por la cola, que la columna enemiga avance, ni retroceda, ni se disperse. La *infantería*, singularmente de noche, no debe hacer más que la primera descarga general y usar en seguida el arma blanca.

En cuanto el enemigo confuso y embrollado rinda las armas, hay que sacar á toda prisa del camino los prisioneros, carros y botin, y enviarlos en varios trozos y direcciones á lugar seguro.

Si, por el contrario, la emboscada aborta, la retirada tambien ha de ser rápida y dispersa: el enemigo quedará perplejo y receloso de si le tenderán otro *lazo*. En ambos casos la rapidez es indispensable.

Cuando el golpe se da contra caballería sola, se ha de tirar con preferencia á los caballos, es decir, á desmontar el mayor número de jinetes. A los que queden se les grita «pié á tierra;» y mientras unos apuntan, como ya debe estar con-

venido, otros recogen presurosamente las armas y los caballos, que cuanto ántes se sacan fuera de camino.

Por *lazo* se entiende más bien la estratagema ó emboscada que se tiende ó prepara al enemigo en el trascurso de un *combate:* y singularmente en la *retirada*, cuando se cuenta, más que sobre su descuido, sobre la audacia irreflexiva que suele producir la embriaguez de la victoria. Este *ardid* de la fuga simulada, de la torpeza cometida á sabiendas, de fingirse atolondrado, para atraer á un enemigo petulante y baladron, es tan antiguo como la guerra: y sin embargo siempre puede salir bien, acomodando la forma á las circunstancias. Un soldado que se hace el extraviado, siempre excita ganas de cogerle: si «sabe huir,» sirve, por decirlo así, de cebo, y es posible que una tropa entera caiga en el *lazo*, que casi pudiera llamarse ratonera.—Aparentar que se «evacua» un pueblo; quedarse oculto á la inmediacion; dejar que llegue y «se instale» el enemigo confiado, y entrar luego acuchillando, es tambien uno de tantos *ardides* que, no por ser muy usados y conocidos, dejan de tener contínua y provechosa aplicacion.

En resúmen, como dice un autor aleman, en esta clase de empresas se debe calcular y atribuir una tercera parte á la fuerza y astucia, otra tercera al descuido enemigo, y la restante á lo imprevisto.—Esparcir noticias y rumores falsos, aparentar preparativos y convoyes, amagar plazas fuertes, falsificar pliegos y partes, valerse de espías dobles, de oficiales disfrazados, etc., etc., entran ya en un género de *ardides* que nada tienen de *táctico*, y sobre los cuales no cabe explicacion. Convendrá, sin embargo, tener presente que la excesiva repeticion de estratagemas, lazos y emboscadas «sangrientas,» si bien es útil para foguear y aguerrir tropas bisoñas, puede influir mucho en el *carácter* de la *guerra*, dándole un tinte, que suele pasar de cruel á feroz, por lo difícil que es contener la tendencia á las *represalias*.

CAPÍTULO VII.

MANIOBRAS SOBRE RIOS.

1. Ofensiva y defensiva en general.—2. Defensiva.—Guarda de un rio.—3. Defensa de un puente.—4. Paso de un rio á viva fuerza.—5. Puentes de circunstancias ó del momento.—6. Precauciones para el paso de un puente.—7. Paso por vados, en barcas, á nado, sobre el hielo.

1. Ofensiva y defensiva en general.

No entran en el plan de esta obra, ni en la reducida dimension de este capítulo, las *grandes operaciones estratégicas* sobre un rio. Sólo se tocan, por inevitables, ciertos principios generales, abrazando luégo con más detencion muchos pormenores que ya conciernen directamente al oficial, cuando está encargado, con un *destacamento* más ó ménos fuerte, y de *flanco* ó de *vanguardia*, bien de *guardar* un rio; bien, por la inversa, de *pasarlo* ó de *preparar* oportunamente *el paso* de un gran cuerpo que maniobre detrás; bien de *cubrir una retirada*, como destacamento especial de extrema *retaguardia*.—Se advierte que para dejar aqui más rápida y desembarazada la explicacion, evitando en lo posible las repeti-

ciones, se han agrupado en el cap. X y último, como lugar más propio, los incidentes relativos á *geografía física* y *topografía*, que siempre envuelve el *reconocimiento de un rio*, preliminar indispensable de toda *maniobra* sobre él con cualquier objeto.

Un rio, en general, entra en la guerra como elemento ó medio *defensivo*. Si es ancho, rápido y profundo, retarda y entorpece la *ofensiva* del contrario; cubre el frente, apoya un flanco de un ejército y le sirve á la vez de *línea de defensa* y *de comunicacion*.

Pero nunca debe considerarse un rio como *obstáculo* absoluto, infranqueable. Napoleon I asienta esta máxima: «Las fronteras de los Estados son grandes rios, ó cordilleras, ó desiertos. De todos estos obstáculos que se oponen á la marcha de un ejército, el más difícil de salvar es el desierto; vienen luego las montañas, y los rios, por anchos que sean, no ocupan sino el tercer lugar.»

La *maniobra*, es decir, la defensa ó el ataque sobre un rio puede ser general ó parcial, segun se refiera respectivamente á un largo trozo de su curso ó á una localidad muy circunscrita.

En este último caso, algunas condiciones *topográficas* son comunes y provechosas á entrambos. Por ejemplo: que la direccion de la corriente tome en grande una figura curva ó semicircular, cuya convexidad esté vuelta hácia el enemigo, tal como se indica en la figura 4, lámina I. Entónces, un cuerpo de tropas *A* que intente atacar ó defender, puede tomar una posicion intermedia, próximamente hácia el centro del arco ó gran semicírculo que describe el rio, á media ó quizá una jornada, segun la importancia de este obstáculo cubridor. Esta situacion central bien se ve que es conveniente y amenazadora contra todos los puntos del semicírculo; lo mismo para el agresor que para el defensor, para el que quiera echar un puente que para el que trata de impedirlo.

Pero llegado ya el momento de construir este puente, de *pasar el rio* y de jugar, por consiguiente, las armas *en combate* sobre su misma orilla, entónces ya, en aquel reducido trozo en que tenga lugar la disputa ó el combate, es evidente que la ventaja estará de parte del que pueda acumular y cruzar más fuegos sobre la orilla opuesta, y sobre el punto ya fijo y determinado de *paso*: por lo tanto, un pequeño recodo, inverso ahora á la gran curva anterior, es decir, con la concavidad hácia el enemigo, como el que la misma figura 4 indica en *C*, es lo que preferirá, por su provecho respectivo, tanto el que echa el puente como el que lo quiere impedir.

Hoy, con el mayor alcance de las armas, han variado notablemente muchas dimensiones y distancias que hace pocos años se consideraban inmutables al tratar del *paso de los rios*. En general, si lo que siempre conviene es hacer concurrir (como en todo ataque) una gran cantidad de fuegos sobre un punto dado, lo más imprevista é impunemente que se pueda, el que disponga de una orilla dominante y cubierta contra la opuesta baja y descubierta, ese es el que llevará la ventaja, ya ataque ó ya defienda. El que esté en lo bajo y descubierto mal podrá acercarse á la orilla sin grave pérdida.

2. Defensiva.—Guarda de un rio.

Defender, ó mejor dicho, «guardar y vigilar un rio» es operacion difícil y embarazosa para el pequeño *destacamento* que aquí se supone.

El objeto siempre es obligar al enemigo á suspender ó embarazar y retardar, por lo ménos miéntras llegan refuerzos, su operacion ofensiva; ó ganar tiempo, si se cubre una retirada; ó preparar en fin el desarrollo de ulteriores combinaciones.

Como toda defensa, la de un rio puede tener dos caractéres: *activo* ó *pasivo*.—El primero lo determina el ocupar ambas orillas; estar, como hoy se dice, *á caballo* sobre el rio;

tener puestos y *cabezas de puente* sobre la orilla enemiga; facilidad, en una palabra, de «pasar de la defensiva á la ofensiva,» pudiendo *desembocar* cuando convenga.—El carácter *pasivo* lo da el no ser dueño más que de una orilla; y estar, por consiguiente, reducido á no mantener más que alguna pequeña *avanzada*, muy comprometida, en la orilla enemiga; habiendo destruido, ó preparado la destruccion (como se explicará en el capítulo IX) de todos los *puentes* y *pasos* permanentes.—La *guarda* tambien puede ser más ó ménos directa, es decir, más ó ménos próxima al agua, segun se intente, oponerse *á viva fuerza* al paso material, á la construccion del puente enemigo; ó bien se le quiera dejar pasar, para caer de flanco sobre sus columnas.

De todos modos, el oficial que recibe este difícil y fatigoso encargo, principia, como se ha dicho, por hacer un *reconocimiento*, con arreglo al capítulo X. El sistema de diseminacion ó de *cordon*, que se proscribe en varias páginas de este libro, es aquí tan ineficaz como siempre. Querer estar en todas partes, es no estar en ninguna. No sabiendo, ni presumiendo siquiera, por dónde el enemigo intentará el *paso*, lo mejor, es decir, lo razonable consiste en ocupar con el *grueso* de su tropa una «posicion central á retaguardia» en un nudo de caminos, en una colina á una legua, á media, segun diste del rio el grueso del ejército ó su gran vanguardia; de cuya posicion, como radios, se destaquen *puestos avanzados* fijos, en corto número, y *patrullas* muy móviles, cruzándose en constante, y rápida comunicacion.

El mérito y la utilidad de este *servicio* consisten principalmente, no en andar corriendo atolondrado por la orilla del rio, sino en descubrir y fijar al primer vistazo, con tino, con instinto, con eso que se llama *ojeada militar*, cuáles, entre ciertos *puntos característicos* del rio, serán los que con más probabilidad escogerán los ingenieros enemigos. Esto es más fácil, ciertamente, de recomendar que de hacer; pero si el

oficial en su imaginacion se pone en lugar de aquellos, y tiene los conocimientos *técnicos* necesarios para atacar bien, no hay duda que pronto sabrá encontrar, como en la esgrima, el quite ó la parada.

Por ejemplo: el recodo ó ángulo entrante, siempre, como se acaba de decir, lo buscará el enemigo para *cruzar fuegos*; el espacio en que se agrupan huertas, plantíos y casas á propósito para ocultar los inevitables preparativos del *paso*, las isletas, los vados, etc. Por consiguiente, sin quitar la vista un instante de esos pocos puntos *característicos* ó *peligrosos*, el resto se guardará con pequeñas *patrullas* de caballería y de infantería al mando de cabos ó sargentos. Esto, como se ve, no es más que una aplicacion, algo extensa, del *servicio avanzado* tal como se explicó en el capítulo IV; por lo tanto su fundamento es la *vigilancia*. Ella busca activamente noticias, *indicios*, y el criterio luego los tamiza, los comprueba. Algo más que indicio es ver en la orilla enemiga aparecer un grupo, perfectamente distinto con el anteojo, de oficiales que por el uniforme son de estado mayor y de ingenieros, que miran, miden y *reconocen*: todavía es más fuerte, no el indicio, el hecho de ver con toda claridad desembocar el *tren de puentes* con sus pontoneros, aparcar y disponerse; pues bien, todo ello puede que no valga la pena de alarmar con un parte. El oficial sabe que en la guerra, cuando más se *maniobra*, y se amaga, y se finge, es al *pasar un rio*: quizá, pues, al volver la cabeza todo aquel aparato haya desaparecido; y en aquella misma noche irá el tren á toda prisa á otro punto, donde ya estará todo preparado para recibirlo.

Segun las instrucciones especiales del cuartel general, ó se destruirán desde luego los *puentes permanentes* y *vados*, ó bien se dejarán aquellos minados y estos últimos cubiertos con algun *atrincheramiento*. Siempre se recogen á la orilla propia, aunque no se inutilicen, las barcas de tránsito ó pesca.

El *espionaje* tiene que ser muy activo, sobre todo cuando

no se puede hacer pasar el rio á *partidas sueltas*, como las que se citan en el capítulo IV.

Al oficial le interesa con preferencia «calcular bien el tiempo y las distancias,» para que sus partes y avisos lleguen oportunamente al cuerpo principal que le ha destacado, no para que impida con su fuerza el *paso* á un enemigo, que naturalmente será superior á su propio ejército en el hecho de atacar, sino para tenerle al corriente de lo que pasa. Lo que importa es no rendirse á la fatiga, precursora del descuido; que la caballería no quite las sillas; que la artillería, que siempre llevará, no desatalaje. Sabido es que la artillería, y mucho más la moderna, es arma pricipal en la *defensa de un rio*, tanto como en su *ataque*.

Por lo demás, la disposicion de sus *grandes guardias* ó *puestos* principales, *avanzadillas*, *patrullas* y *centinelas* tiene que guardar grande analogía con la explicada en el mencionado cap. IV del *servicio avanzado*, cuyas consideraciones y reglas son, repetimos, exactamente aplicables. La *línea extrema*, de que allí se habló, está aquí determinada y fija por la *orilla del rio*; las grandes guardias y principales puestos, siempre más atrás, vigilan los puntos que se han llamado *característicos* ó *peligrosos*; el grueso del destacamento, muy á retaguardia en su posicion céntrica (que tal vez convenga fortificar ligeramente ó cubrir con algun reducto, tala ó simple trinchera), mantiene constante comunicacion con sus puestos por medio de patrullas y ordenanzas y con el cuerpo principal de quien depende. Las *patrullas* conviene que sean lo ménos de seis hombres. En caso de alarma verdadera, el cabo envía tres *partes*: uno á la gran guardia ó puesto fijo que le haya enviado á patrullar; otro al jefe principal del gran puesto de sostén, y otro directamente al general en jefe ó jefe de estado mayor general, si la cosa lo merece.—Y aquí se echa de ver lo imprescindible de cierta instruccion general y anterior en las *clases de tropa* en campaña, y lo claras que han de ser en cada caso del servicio las instrucciones parti-

culares y consignas que den tanto el *jefe* como el *oficial* subalterno. Los partes se reiteran, si la novedad en efecto toma cuerpo. Se avisó, por ejemplo, la aparicion de algunos oficiales de ingenieros, á tal hora, tantos minutos, en tal lugar, al poco rato; que se descubren tiradores, los cuales van guarneciendo la orilla; luégo, que varios oficiales de artillería tantean y miden sin recelo, porque no descubren la patrulla ó el puesto; por último, que en tal punto de la orilla, á tal hora bien precisa empiezan verdaderos preparativos para *echar un puente.*

Aquí cesa, si no tiene otras órdenes, la accion puramente «observadora y pasiva» del oficial destinado á *vigilar* ó *guardar* un rio, y entra el período de la verdadera *defensa* y del combate.

Si el enemigo, como es costumbre, intenta arrojar lo primero á la otra orilla *descubiertas* de caballería á nado, cazadores en balsas ó en las primeras *compuertas de embarque* que arman los pontoneros (y que son dos cuerpos flotantes unidos por un trozo de tablero) el oficial rompe el fuego; concentra sus puestos, hace adelantar el *sostén* y entra en accion: ó al contrario (si tales son sus instrucciones) se repliega silencioso sobre el cuerpo principal. Tal vez el general haya dispuesto, no sólo permitir la *construccion del puente* para caer en masa sobre el enemigo en el momento difícil de pasar por él sus tropas; sino dejar que tome tierra la vanguardia entera, y por una maniobra que á veces ha coronado el éxito, cortar atrevidamente la embarazada columna, en el momento crítico de estar comprometida por la mitad en su estrecho desfiladero.

En el caso de entablarse el combate desde luégo, las reglas de *defensa* se deducen de las del *ataque* indicadas más adelante. El agresor abocará, por punto general, una masa de artillería para barrer, limpiar la otra orilla y proteger el trabajo de sus *pontoneros.* A éstos, pues, en primer lugar es á quien

se debe impedir el trabajo á toda costa, haciendo converger sobre ellos una granizada de proyectiles. La artillería que tendrá el destacamento, rompe en el acto un vivo fuego de metralla; la que sucesivamente vayan trayendo el sostén y los primeros refuerzos que llegan, se va distribuyendo contra la enemiga á lo largo de la orilla; quizá más atrás, en alguna línea *dominante* de colinas, tirando contra los grupos de pontoneros y de tiradores.

Las reservas de caballería avanzan á buen aire; y la infantería del cuerpo principal, para ganar tiempo, usa el ferrocarril, si lo hay; monta á la grupa, corre, si es preciso, en carros de antemano prevenidos, al que ya se puede llamar *campo de batalla*, y sobre el cual no hay en adelante más voz ni mando que el del General comandante, al cual no nos es lícito seguir en la modesta esfera de este libro.

3. Defensa de un puente.

Son varias las condiciones que pueden dar lugar á la defensa de un puente. Este puede ser *permanente* ó *militar*, atrincherado ó no; y la defensa misma puede tener índole *activa*, esto es, que tienda á preparar un *paso del rio* en reaccion ofensiva; ó, por la inversa, el carácter *pasivo* de una accion momentánea, y limitada á entretener y ganar tiempo para concentrar una operacion ó *cubrir una retirada*.

Supongamos este último caso, el más frecuente y difícil para un *destacamento*, y sin que el puente esté *atrincherado*.— No hay para qué encarecer nuevamente despues de lo explicado en los capítulos II y V todo lo que ésta tiene de árduo, sangriento y propenso al desórden, en presencia del enemigo engreido con su victoria.

Si el puente que se ha de pasar es *permanente* y ancho, de hierro ó sillería, la operacion para el ejército en fuga será más ordenada; pero á expensas de otro inconveniente grave, cual

es el tiempo y la mayor dificultad para *volarlo* ó *destruirlo*. Un *puente militar flotante* hace, en verdad, penoso y largo el *paso*, siempre atropellado en la derrota, singularmente á los carros y caballos; pero en compensacion se *repliega* en el acto, por medio de una simple conversion, ó se incendia, se destruye, se echa á pique en rápidos instantes.

El *comandante de un destacamento* que cubre esta retirada presurosa, tiene que desplegar, al encontrar un rio detrás de sí, tino, serenidad y grandes dotes tácticas para manejar y situar su tropa aprovechando *los accidentes del terreno*. En general, la parte de ella de su mayor confianza, la que compone su *reserva* se anticipará corriendo á *ocupar el puente*. Unas veces convendrá «situarse delante» tomando posicion, atrincherándose rápidamente en caserías ó pueblos, improvisando quizá en minutos una *cabeza de puente;* otras veces, si la ribera es abierta y despejada, y lo opuesta cortada, cubierta y dominante, no cabe duda en «situarse detrás» del puente, que se defiende como un *desfiladero* (V. capítulo VIII). Sería en ciertos casos muy arriesgado no hacerlo así, y quedar *cortado* ó ser batido de flanco en el acto material de pasar por el puente.

Por regla general, aplicable á toda tropa que se repliega sobre otra, cuidará el destacamento, al estar ya cerca del puente, de dejar libre y desembarazado el frente y la accion de la *reserva* anticipadamente apostada en él, y mucho más la de su artillería, que es el ancla de salvacion.

Si no logra con un vivo fuego detener al enemigo, ella es la que primero pasa el puente y se establece al otro lado; en pos va la caballería, y la última la infantería con su guerrilla extrema. Si el rio, por ejemplo, tuviese un *vado* próximo al puente, á la caballería que lo puede utilizar, es á quien entónces incumbe cubrir y sostener vigorosamente la extrema retaguardia.

Una vez pasado el rio, la caballería y la artillería que la acompañe, se rehacen y sitúan próximas á la salida del puen-

te; para tomar de flanco al enemigo, si lo pasa como suele suceder, casi revuelto con la extrema retaguardia.

El puente, si está minado, *vuela;* si es militar se *repliega* ó *destruye*. Cuando la salvacion del ejército ó del destacamento imperiosamente lo exige, no hay más remedio que dejar en la orilla abandonada algunos valientes, que buscarán su salvacion en una balsa, en un vado ó nadando si no hay otro recurso.

El *comandante*, concluido este acto de su sangriento drama, puesto ya el obstáculo por medio, no desmaya, ni se apresura á incorporarse al grueso fugitivo de su ejército. Al contrario, que éste marche cuanto pueda y logre poner grande espacio entre el enemigo, para rehacerse lo más léjos posible. Para eso queda él allí: para ganar minutos, horas, que todas son de salvacion, y el ejército se las pagará en gratitud: quizá cuando se crea ya perdido, sin esperanza, sin remedio, una division restaurada no muy léjos, desechado el pánico, racionada, fresca, venga á asomar sus guerrillas y sus piezas, y traerle..... ¡quién sabe! la victoria.

Por eso, porque nada hay imposible en la suerte y vicisitudes del *combate*, el comandante anima y conforta á su tropa con su ejemplo; y aunque en su interior reconozca ya llegado el trance á toda la extremidad del peligro y de la fatiga, le anuncia con tranquilo semblante, que entónces es cabalmente para los bravos «el momento de principiar.»

Cuando hay *cabeza de puente* construida de antemano, la *defensa* es simplemente la de un *puesto atrincherado* (V. capítulo IX) que se incendia y destruye al abandonarlo. A su abrigo las tropas van pasando lenta y ordenadamente á la otra orilla. Los últimos defensores, que naturalmente no serán los más flojos, prenden fuego, vuelan los *hornillos* y *fogatas*, disputan á palmos y al arma blanca el *parapeto* y el *terraplen interior* de la obra, y no habiendo ya puente, saltan

como pueden en las últimas barcas ó balsas, que tambien destruyen al pisar la otra orilla. La artillería convenientemente apostada hace un fuego nutrido y convergente sobre la *gola* de la *cabeza de puente* abandonada.

4. Paso de un rio á viva fuerza.

Es evidente que las *maniobras ofensivas* sobre un rio, que el *ataque y paso á viva fuerza* tienen, como toda iniciativa en la guerra, ventaja incuestionable sobre la *defensa*. Caben en aquellas los ardides y estratagemas, las demostraciones, las sorpresas para mantener en contínua perplejidad é incertidumbre al defensor, extendido sobre una línea larga en general, y que le inducen á *falsas maniobras*, á desguarnecer cabalmente en el momento crítico el punto vulnerable y escogido.

Pero como el defensor sabrá por su parte todo esto, es menester, para no desperdiciar la ventaja, que el agresor tenga ó se procure exactas noticias sobre la ordenacion general de la defensa; sobre su vigilancia; sobre la colocacion más ó ménos atinada de *avanzadas, sostenes y reservas*.

El que ataca, lo mismo que el que defiende, hace, volvemos á repetir, un prolijo *reconocimiento* para fundar su eleccion y determinacion del *punto de paso*. Este, fuera de las condiciones locales apuntadas de ser entrante, cubierto, dominante, etc., ha de cumplir con otra muy principal, que es señorear en lo posible la *línea de retirada* del defensor, sin que él comprometa la suya propia.

Análogo interés al de la defensa tiene el ataque en saber lo que le importa. Así, tambien en busca de noticias destaca *partidas*, patrullas, que de paso recogen barcas, maderas, útiles, materiales, obreros y cuanto requiere la *construccion de un puente;* registran las orillas, los bosques, los islotes, los puestos del defensor, y *reconocen* sus *cabezas de puente*.

El *paso ofensivo* de un rio tiene dos caractéres marcados y distintos: el de ardid, estratagema ó *sorpresa*, y el abierto, franco, *á viva fuerza*.

El primero resume todas las precauciones y medios tortuosos que implica esta operacion cautelosa. El éxito ya se sabe que estriba en la sagacidad, la diligencia y el secreto; las probabilidades para intentarlo están en las seguridades de la desmoralizacion, flaqueza, indolencia ó descuido del contrario. No hay necesidad de recomendar un modo de obrar, cuando con él se consigue el resultado con el mínimo esfuerzo y la mínima pérdida. Es, sin género de duda, la *sorpresa* preferible al paso *á viva fuerza*. De consiguiente: actividad, disimulo, concentracion, ataques y preparativos falsos, que desorienten y distraigan: luégo, para construir el puente de noche, destreza, silencio, órden en el trabajar y al pasar; de modo que al romper el dia ya se esté *en masa* al otro lado.

A veces un raro modo de «sorprender» es echar el puente en el punto tenido por desfavorable, y que por lo tanto desatiende el enemigo. Trabajan más los pontoneros; pero sufren ménos ellos y las tropas.

No siempre, sin embargo, las cosas se disponen para poder hacerse bien y pronto. Urge el tiempo; el enemigo no se deja engañar; hay una localidad excelente; se tiene superioridad en artillería, confianza en las tropas de ingenieros: se resuelve, pues, el *paso á viva fuerza*, arrostrando de frente todos los riesgos y dificultades.

Un grueso *destacamento* ó la *vanguardia* entera del ejército, se encarga especialmente de ejecutar el «pormenor» de esta atrevida operacion. Con aquella van los *pontoneros* y los *trenes*, que *aparcan* lo más cerca posible de la orilla, para evitar el porte á hombros largo trecho de su pesado y voluminoso material.

Agua arriba ó agua abajo, cerca ó lejos, vadeando, á nado ó como fuere, es preliminar indispensable que algunas compañías, á pié y á caballo, pasen á la orilla enemiga para dis-

traer y hostilizar. La artillería de la vanguardia, la divisionaria, la de cuerpo de ejército, toda la que haya, viene á *coronar la orilla* propia y concentrar sus fuegos, principalmente, sobre el punto de la opuesta en que ha de caer el puente, y tambien sobre las baterías, puestos ú obras del defensor.

Si el puente se echa en un recodo entrante, la ventaja *táctica*, ya dicha, de concentrar ó cruzar fuegos, es apreciable, positiva; pero en compensacion, la tarea *técnica* y *especial* del *pontonero* se alarga y complica, porque en esos *recodos* justamente la orilla propia se suele escarpar demasiado; en la de enfrente, la profundidad del rio mengua mucho, y hay necesidad de concluir el puente con *caballetes* ú otros apoyos fijos, á larga distancia del último ponton que puede flotar.

No son de este lugar los pormenores *técnicos* de la *construccion del puente*. Los ingenieros saben buscar un trecho de corriente encajonada; evitar confluencias cercanas, que aumenten el caudal y la velocidad, que oculten los brulotes enemigos; aprovechar isletas que ahorren, cubran y protejan el trabajo; hacerlo por trozos ó *compuertas*, etc. Ellos escogen, si están bien amaestrados, las sombras de la noche para construir, ó á lo ménos para allegar y disponer su complicado material; no temen la niebla, el vendabal, la lluvia, si les libra un poco de la otra lluvia peor de balas enemigas; y echan, no sólo un puente, sino dos ó tres de distintas clases, siempre convenientes y para un gran ejército necesarios.

Construido el puente, la infantería de vanguardia con poca artillería y caballería, es la que primero pasa y despliega, aprovechando los *accidentes* de la otra orilla. Este momento de la operacion es el más crítico, con un adversario cauteloso y tenaz. Las *baterías* protectoras desde la orilla propia deben estar prontas á recoger y sostener la retirada de la vanguardia, que puede muy bien ir al rio de cabeza y malograr quizá todo lo que se llevaba ya ganado. Aun suponiendo felici-

dad completa y el *paso* concluido, no hay que descansar un instante: es indispensable organizar, en el acto, el *ataque* ó la *persecucion* vigorosa del enemigo, que naturalmente consagrará todo su esfuerzo vengativo á interponerse y destruir de algun modo el *puente*, cuya atrevida construccion no pudo ó no acertó á impedir.

Si se *toma posicion* en vez de *maniobrar* ó *perseguir*, no podrá tener más que dos direcciones el *órden de batalla:* paralelo, ó perpendicular al rio. No hay duda que el primero cubrirá el *puente*, pero las alas «quedan en el aire:» el segundo apoya una, y en caso de volver el enemigo con refuerzo, permite mejor el *paso en retirada*. En cambio, si queda dueño el contrario del terreno agua-arriba podrá enviar brulotes, máquinas infernales ó aparatos destructores contra el puente.

Lo mejor, pues, tanto al echar un puente *á viva fuerza*, como al apoderarse de otro permanente ó establecido por el enemigo, es, en cuanto se pasa, cubrirlo con una *cabeza de puente* rápidamente levantada con *obras de campaña*, de las que se indican en el cap. IX.

5. Puentes de circunstancias ó del momento.

Los ingenieros tienen grandes *trenes de puentes* de varias clases, rodados y á lomo ó de montaña, en cuyo manejo se ejercitan largamente durante la paz; aquí, por lo tanto, sólo se trata de ciertos *puentecillos de campaña*, llamados para distinguirse, *de circunstancias ó del momento*, y construidos rápidamente por una *partida*, por un *destacamento* que no lleve tropas de ingenieros, ó las lleve en tan corto número y sin sus elementos reglamentarios, que sea preciso contentarse con los recursos que pueda haber á la mano.

Fuera de que casi siempre se sacan *obreros* de las armas generales, para ayudar á la construccion de un gran puente, y el oficial de infantería que va mandándolos no debe ser completamente extraño á lo que hagan; nunca está demás te-

ner sabidas algunas ideas generales, que recordadas á tiempo, y mejoradas quizá por las circunstancias, puedan sacar de un lance crítico.

Los *puentes* llamados *militares*, por oposicion á los civiles ó *permanentes*, se agrupan en tres clases generales, segun sus apoyos son *fijos*, como pilotes y caballetes (figs. 10, 21, 25, lámina I), ó *flotantes*, como pontones, balsas, ó tambien porque no constituyan «línea continua entre ambas orillas,» en cuyo caso, como las barcas y almadías con fiador ó maroma, se llaman *volantes* (figs. 26, 27, lám. I).

Una *columna*, ó pequeño *destacamento*, ve muchas veces interrumpida su marcha por una rambla ó cañada, convertida de pronto en torrente á causa de un violento aguacero; el remedio es fácil, rodando algunas peñas y formando *pasaderas*, por las cuales se va saltando. Es un puente rudimental que tiene pilas ó *estribos* y le falta el *piso*.

Una arroyada, quebrada ó barranco muy estrecho y profundo, se salva fácilmente por el medio que indican bien claro las figuras 5 y 11 de la lámina I.—Que tambien puede aplicarse á la reparacion de un arco *volado* en un gran puente *permanente*. La cuestion en ambos casos se reduce á que dos ó tres *viguetas* ó vigas de la longitud necesaria (que si no las hay á mano se sacan del edificio más próximo) se apoyen en la orilla ó borde opuesto. Por ellas pueden ya pasar los hombres necesarios para abreviar la *maniobra* por ambos lados.

La figura 5, lámina I, indica el medio más óbvio: la viga *A B* se sujeta fuertemente á un *avantren C*, y ademas con cuerdas gruesas muchos hombres dirigen y retienen el extremo *B*, hasta que haya avanzado lo necesario para dejarlo caer en *D*. A falta de avantren, y no permitiendo tampoco la gran profundidad, como en la figura 11, apoyar una viga verticalmente para pasar otra horizontal, se amarra esta última, como se ve en *A B*, á otra *C D*, de manera que el punto *C* de amarre no diste mucho, unos 0m,5 del centro de gravedad, ó

lo que es lo mismo para el caso, del medio de *A B*. La amarradura naturalmente es floja para que permita algun juego. El extremo *D* de la viga *C D* se sujeta por medio de una grapa ó gancho, ó de un lazo sinó, á la cuerda fuerte *D E*, que á su vez está amarrada al grueso piquete *E*. Empujando la viga *A B*, con el cuidado de sujetar y dirigir desde *A* con cuerdas largas el extremo *B*, las líneas de puntos de la figura hacen ver claramente el movimiento, por el cual dicho extremo vendrá á apoyarse en *F* en la otra orilla. Si la viga es larga y hace flexion se la sostiene por abajo con estacas, ó por arriba como muestra la figura 9. Si al contrario, es muy corta, se empalman otras y aseguran como en la figura 21.—Muchas veces ni este procedimiento ni el anterior del avantren serán necesarios. Bastará empalmar la viga con otra para darle contrapeso hácia atrás, sujetar el extremo que avanza, y empujarla ó hacerla correr sobre rodillos, es decir, sobre troncos rollizos algo torneados.

En riachuelos estrechos y de poca profundidad, una *partida* ó pequeño destacamento echa un árbol con sus ramas, reteniéndolo por el tronco y dejando que la corriente lo apuntale; si no basta, dos ó tres hombres, que pasan á nado, hacen lo mismo en la otra orilla, y los árboles, por sí, se apuntalan y aseguran mútuamente. Si todavía no basta, dos árboles grandes y uno más pequeño completan el sistema.

En *corrientes* cuya profundidad no pase de 1m se pueden hacer con carros del tren ó del país, varias combinaciones para salvar grandes anchuras. La de 12 ó 14m no requiere más que un carro de dos ruedas perpendicular á la corriente, sobre cuyo eje se arma un pequeño aparato ó *caballete* en que asienten las *viguetas* que van desde las orillas. Por regla general, estas se acomodan en lo posible, colocando un gran madero sujeto con fuertes estacas, imitando lo que los pontoneros llaman *cuerpo muerto*. Dos ó tres carros fuertes de cuatro ruedas en direccion de la corriente, espaciados entre sí lo que tengan de tiro las *viguetas* de que se disponga, pue-

den constituir un *puente* en forma y bastante largo, en que los carros son los *estribos*. A la inversa, los carros pueden colocarse perpendiculares á la corriente, como indica la figura 14. Si las ruedas se hunden por lo fangoso del lecho, se calzan con tablones.

Los puentes de *pilotes*, en que los *apoyos* están formados por filas de grandes estacas clavadas al hilo del agua, son muy sólidos, resisten á corrientes impetuosas; pero tienen el inconveniente de exigir madera de grande escuadría ó dimensiones, mucho tiempo, auxilio de barca ó balsa para la construccion, y sobre todo el manejo de un grueso *martinete* para hincar lentamente los *pilotes* á golpes repetidos. Esta última parte, sin embargo, cuando el *lecho* lo permite, todavía se puede facilitar sustituyendo al golpe del martinete la accion de vaiven de dos largas cuerdas que obligan á la punta del pilote (mantenido vertical por otras cuerdas ó *vientos*) á ir barrenando el suelo; pero si el procedimiento del *martinete* es laborioso, éste le excede en mucho, y entrando con desigualdad los *pilotes*, no ofrece gran seguridad para el paso, especialmente de artillería.

Más que los pilotes son socorridos los *caballetes*, que reunen solidez y facilidad de construccion «en seco.» Para unos $1\frac{1}{2}^{m}$ de ancho basta un buen *caballete*, que puede servir á profundidades de 2^{m} y á corrientes de $1^{m},5$. Esta simple y conocida armazon, que bien clara indica la fig. 25, lámina I en A, B y C, se reduce al madero ó gruesa viga llamada *cumbrera*, que puede dejarse rolliza sin escuadrear del todo; cuatro piés ó *montantes* más delgados; dos *travesaños* inferiores, dos superiores y cuatro *tornapuntas* que sujetan y consolidan. Diez hombres con un sargento, ó un par de maestros carreteros de un pueblo, *arman un caballete* en dos horas. La distancia entre los caballetes puede ser de 1^{m} ó más segun el *tiro* ó largo de las viguetas. Se van haciendo *tramos*, esto es, echando sucesivamente caballetes al agua como se ve en

la figura. Una pequeña *balsa de maniobra*, representada en *D*, *D'* facilita la operacion. Los *caballetes*, en verdad, para que no queden cojos y sienten bien requieren el *sondeo del lecho*, conocer el *perfil* ó *seccion trasversal* del rio, para cortar y acomodar los piés á sus desigualdades: siendo fangoso, se calzan con tablones para que no se entierren. En ambas orillas se arregla bien el *cuerpo muerto M*, dejándolo horizontal como las *cumbreras*. El piso ó *tablero* del puente, cuando no hay tablones para cubrir las viguetas, se suple con *faginas* en una ó dos capas, ó con *zarzos* (V. cap. IX) y tierra encima. La falta de clavazon, se suple tambien con clavijas de madera más dura.

Todos estos puentes requieren bastante madera, especialmente para las *viguetas* largas que forman la armazon del tablero. Si la madera falta ó no está cerca, no hay más remedio que sacarla de las casas más inmediatas, quitándola de los techos y los suelos.

Todavía se simplifica el *caballete* dándole la forma rústica de las figs. 8, 10, 12, lám. I, que no necesita más que palos muy largos, pero delgados, y cuerdas, ó en último apuro «mimbres» para ligaduras.

Un canal, una acequia, un riachuelo encajonado no necesita más que puentes tan sencillos como los que se representan, y ellos mismos se explican, en las figs. 13 y 22, lám. I.

Las *de cuerdas*, imitando, ó por mejor decir, que dieron modelo á los colgados de hierro, tan en moda antes como desairados hoy, quizá sirvan, siendo muy cortos y momentáneos, y cuidando de evitar el *balance;* si hay á mano por supuesto la materia primera y quien la sepa manejar, es decir, que entienda de *nudos* y *amarraduras*.

En ciertos rios de bordes encharcados, en arroyos pantanosos, terrenos de fango, tremedales, trampales, turberas, charcas, lagunas grandes, lo indicado son los *cestones* (véase capítulo IX). Si sólo ha de pasar infantería, basta con que

tengan la dimension usual y reglamentaria. Si son bajos, se aumenta la altura y proporcionalmente el diámetro á 1m ó 1m,5, segun el agua, el ancho de vía y si han de pasar artillería ó grandes pesos. Cada *apoyo* lo constituye una fila de *cestones*, rellenos de cascajo ó de tierra con grava bien apisonada. Las viguetas de uno á otro apoyo se fijan en *durmientes*, se atan con vencejos, que así llaman los zapadores á la ligadura de mimbres y áun de cuerda tosca. Si no hay tablones para el *piso*, se cubren las viguetas con *faginas* hechas á la par que los *cestones*.

Por último, en rios y puentes grandes y pequeños, el artificio más simple, el elemento más usual es la *balsa*.

Por *balsa*, en general, se entiende la reunion de pequeños cuerpos *flotantes*, sujetos con listones ó ligaduras. La *balsa* puede ser de troncos como la *D* en la fig. 25, de ramaje (cestones ó faginas), de toneles, de cajones, de pellejos..... de cualquier cosa que á mucho volúmen pese poco, y por lo tanto *flote* bien. Las más usadas de troncos, llamadas *almadías* sirven para todo: bien de *apoyos* á *puente fijo*, ó bien constituyen por sí solas un *puente volante*, con maroma ó *fiador* tendido de una orilla á otra, como se ve en la fig. 26, ó sujeto en el centro del rio á una ancla ó pilote, como en la figura 27.

La *balsa* nunca se va á pique; cala poco; soporta el peso que se quiera; se construye en el agua misma, en algun remanso de poca corriente, donde no hay más que ir juntando y sujetando las maderas por las cabezas; y lejos de escuadrear los árboles (entre los cuales siempre son mejores los de madera blanca), se les deja la corteza para que floten más. La *balsa* es mejor cuanto más larga y estrecha: ménos de 10 ó 12m cabecea, no tiene estabilidad. Si los maderos no llegan, se empalman. Los troncos se van colocando alternativamente con el grueso agua arriba y agua abajo, para que el centro *de gravedad* coincida con el de *figura*, y tambien para que no

quede hueco entre ellos; pues, aunque parezca inexacto, la experiencia ha demostrado que si se separan algo, á fin de que el agua pase por en medio, se logra el efecto contrario, que es oponer mayor resistencia á la corriente.

A la *balsa* rectangular ó cuadrilonga se le hace siempre la *cabeza* ó lado menor, agua arriba, en figura de *tajamar* ó ángulo saliente, y el lado opuesto á la inversa en entrante ó *cola de golondrina*, como se ve en la *D*, fig. 25.

La *balsa* que constituye *puente volante*, es decir, que atraviesa el rio sujeta á una maroma ó *fiador* tirante entre ambas orillas (fig. 26), tiene una figura especial de rombo, cuyo ángulo de cabeza ha de ser precisamente de 54 á 55 grados; así, un lado va al hilo y el otro recibe el empuje de la corriente, que por sí sola hace mover la balsa. Esta es la mejor disposicion; porque si va suelta, y movida con *remo* ó *bichero*, deriva mucho y nunca remonta bien la corriente.

En pasos de rio *á viva fuerza* llevan las balsas artillería, dándoles la fuerza necesaria con dos, tres, cinco órdenes ó *tongadas* de troncos superpuestos. *Balsas* hubo tambien con seis órdenes, y con *parapetos* de tablones y *troneras*, donde la tropa iba haciendo fuego á manera de *reductos* ó *blockhaus flotantes*, y tan perfectas llegó á hacerlas Cárlos XII de Suecia, al pasar el Sund en 1718, que el parapeto de uno de los lados con juegos de visagras, á modo de *puente levadizo*, caia sobre la orilla, y daba paso á la guarnicion encerrada, que salia á la bayoneta y debia ser respetable: 500 hombres y 2 piezas de á 18 en cada balsa.

Las de *ramaje, cestones, faginas, zarzos*, flotan más de lo que á primera vista parece. Naturalmente las mejores son las de *toneles, cajones embreados* y *pellejos;* pero en un *paso á viva fuerza*, ya puede calcularse el estrago que en ellas harán las balas.

En dos ó tres toneles con un remo pasa un subalterno, ó un sargento, á *reconocer* la orilla opuesta, á *sondar* cuando se necesite.

Los pellejos, por más que se haga, siempre se deshinchan. Si no los hay, pueden suplirse con las pieles frescas de las reses vacunas muertas para el rancho, guardándolas con sal, y dándoles con brea, en todo caso hácia el lomo, que es lo más poroso. Se cortan círculos de 1m á 1m,70, cuyo borde ó circunferencia se reune y sujeta bien á un pedazo de sauco, al que se quita la médula, á una caña ó canuto, á cualquier pedazo de tubo que haga el efecto. Se sopla con fuelle, se tapa con un pedazo de cuero, se pone hácia arriba esta boca ó tubo, y las primeras horas cada piel soporta 130 kilógramos. Al dia siguiente, ni la mitad. En fin, se hacen *flotantes* con lo que se ocurra ó se pueda, por ejemplo, con haces de ramas ó sarmientos envueltos en telas impermeables.

En todo puente de alguna importancia se empieza, para el debido cálculo y proporcion, por medir la anchura del rio y su profundidad con la sonda en la misma direccion, para obtener un *perfil* del cáuce ó álveo trasversalmente, que por eso se llama *seccion trasversal*. Puede verse para esto el cap. X.

La direccion ó *eje* del puente fijo es siempre perpendicular (por ser la más corta) á entrambas orillas; y se marca en la propia, alineando dos jalones que quedan clavados.

Deben arreglarse las *rampas* suaves de entrada y salida, y cuidar de la solidez de los *cuerpos muertos* y *tramos* primeros, en que el *tablero* del puente se une á las orillas.

Respecto á «resistencia» siempre conviene dar la máxima posible. Muchas veces por un mal puentecillo tiene que desfilar en derrota, ó avanzar rápidamente, un gran cuerpo de tropas. Y debe tenerse presente, que si en un metro cuadrado caben por término medio tres hombres en columna compacta, en el desórden de una fuga se apiñan hasta seis en el mismo metro cuadrado, con un peso de 300 kilógramos. A tres hombres juntos se atribuye un peso medio de 125 á 150 kilógramos. Un caballo montado pesa unos 390 kilógramos y ocupa 3m cuadrados. Una pieza ordinaria 2.150 kilógramos y

15m cuadrados. Se vé, pues, que el máximo de peso lo produce la infantería muy apelotonada.

6. Precauciones para el paso de un puente.

El oficial de guardia en un *puente*, y en general todo militar que por él transite, además de las instrucciones particulares que para cada caso den los ingenieros, debe saber en globo ciertas reglas generales sobre el *paso*. Nunca los *puentes militares*, por estables y concluidos que parezcan, pueden tener la solidez de los *permanentes* de piedra ó hierro: son por consiguiente indispensables grandes precauciones para evitar desgracias y hasta catástrofes, que no han dejado de ser frecuentes.

Sobre todo, en retirada y en derrota un puente es un peligroso *desfiladero*, cuyo paso requiere el mayor órden; donde la confusion retarda el desfile, y, por querer pasar muy de prisa, lo que se logra es ir despacio y á veces ir al agua.

Cuando se han establecido varios puentes, uno se reserva exclusivamente para la infantería, y otro ú otros para la caballería, artillería y carruajes; no permitiendo nunca que por el mismo puente pase un *columna mista* de las tres armas. Si el movimiento de tropas es en los dos sentidos, se cuida de señalar un puente *de ida* y otro *de vuelta*, para que de ningun modo se puedan cruzar dos columnas.

Al entrar la infantería en un puente rompe el paso; marcha de á dos ó de á cuatro, segun los ingenieros determinen por la solidez que hayan dado al puente; nunca tocan las bandas, ni las músicas, por evitar los grandes balances y trepidacion que produce el paso acompasado; además de perjudicar á la estabilidad del puente flotante, puede llegar á derribar hombres ó caballos, aunque por esta razon siempre se ponen guarda-lados.

Entre las compañías se dejan algunos pasos de intervalo, y entre los batallones mucho mayor, casi la extension mis-

ma de su frente en batalla; de este modo, sin interrumpir el paso, disminuyen los balances y el puente recobra su quietud y estabilidad. Si durante el tránsito ocurriese algun desórden ó avería, en el acto se suspende, impidiendo la entrada de nuevas tropas hasta que se haya reparado.

La caballería, por seguridad suya y del puente, echa pié á tierra y lleva el caballo del diestro, porque generalmente se asustan cuando el pavimento del puente se conmueve y toman el trote, se plantan ó se defienden, con lo que llegan á desunir los tablones. Solamente los tronquistas de los carruajes tienen que pasar necesariamente á caballo. Para evitar retardos y tropiezos, la caballería no monta en cuanto sale del puente, sino un gran trecho más allá.

Los carruajes pasan uno á uno; precisamente por el medio y con grandes intervalos de á 20 pasos lo ménos: aunque se oigan crujir los tablones, viguetas ú otras partes del puente, en vez de detenerlos, se arrea y castiga al ganado para llegar pronto á la otra orilla. Mas si, por accidente irremediable, el carruaje se atasca, su carga se tira en el acto á las barcas ó pontones más próximos, se desengancha y se vuelca prontamente al rio.

Todo ganado, especialmente el vacuno, se pasa por grupos de pocas cabezas, al cuidado de un hombre que las haga ir de prisa, impidiendo que se apelotonen ó que se arrojen al rio, como lo hacen con frecuencia, prefiriendo nadar, por el susto que les da el tablero vacilante del puente.

En los grandes siempre tienen los pontoneros avanzadillas de vigilancia á un kilómetro agua arriba, para avisar ó estorbar el paso de cuerpos flotantes ó incendiarios con que el enemigo pretenda destruir el puente.

7. Paso por vados.

Para buscar y *reconocer* un *vado* desconocido, ó que no quieran enseñar los habitantes del país, se baja por el rio en

una barca ó pequeña *balsa*, la cual lleve sujeta y pendiente una *sonda* (una cuerda con una bala) que éntre en el agua hasta la profundidad de un metro. Cuando la sonda toque el fondo se hace alto, y se buscan otros puntos en todas direcciones; porque frecuentemente los *vados* no son perpendiculares, sino oblícuos á la direccion de la corriente. Tambien se puede encargar este *reconocimiento* á unos cuantos soldados buenos nadadores, ó á una fila de lanceros, tendida á lo largo de la orilla, que van avanzando y sondando cuidadosamente con las lanzas, evitando que los caballos dejen de hacer pié.

Reconocida la longitud, anchura, calidad y direccion del *vado*, se fija ésta con dos filas de piquetes ó pilotes, en los cuales se hacen marcas á la superficie del agua para conocer las crecidas.

Cuando las aguas están bajas, y se nota que la corriente pasa con rapidez por entre dos bancos de arena, es probable que allí exista un vado.

En las montañas los vados suelen estar impracticables por grandes peñas; en los terrenos arenosos el fondo es generalmente de cascajo muy fino y de arena menuda; este fondo es peligroso porque se ahonda con el paso, especialmente de la caballería. Mejor es el de *grava* mediana, que se encuentra en las llanuras cultivas.

No hay que fiar mucho en la «fijeza» de los vados. Con abrir las esclusas ó compuertas de un molino, ó sangrar un rio agua arriba, se tiene á veces un *vado* que ántes no existia; pero en cambio, una crecida repentina por un chaparron de verano, no sólo cambia la situacion del vado sino que lo hace desaparecer. El paso muy frecuente ó desordenado los destruye; por consiguiente, se ve que nunca se debe contar con un vado como medio «seguro y permanente» de *comunicacion* entre dos cuerpos de tropas. Un vado cerca de un puente echado por los ingenieros, siempre es útil para activar el paso de la caballería ó trenes.

La profundidad para el paso de la infantería no debe exceder, ni áun llegar á 1m; para la caballería 1m,24; para la artillería 0m,80; para los carros 0m,70, á ménos que no importe que la carga se moje, en cuyo caso pueden pasar hasta con 1m,30. Por regla general, se debe facilitar y acomodar las dos pendientes de entrada y salida y consolidar ó hacer llano y firme el fondo, si se necesita, con faginas rellenas de piedras. Estas faginas ó bien sacos, cajones, toneles llenos de piedras, arena ó grava, sirven para elevar un poco el piso ó fondo de un vado, que en algun pequeño trozo tenga hoyos ó mayor profundidad.

Ordinariamente la infantería pasa primero; luego la artillería, y el tren ó bagajes; la última, la caballería. Al pasar los soldados de infantería, se perfilan un poco, retirando el hombro de agua arriba; fijan la vista en el punto de la orilla por donde han de salir, para evitar el mareo; se agarran de la mano y no dejan hueco entre sí, sino la suficiente distancia entre las secciones. El fusil y la cartuchera se ponen, si es necesario, sobre la mochila. Agua abajo siempre debe haber botes, balsas, ó una fila de jinetes, ó de gruesos pilotes clavados, por cuyas cabezas pasa una maroma, de la que cuelgan muchas cuerdas cortas para agarrarse. Agua arriba hay que situar á veces escuadrones enteros para romper la fuerza de la corriente. Otras, el vado se estropea y los infantes concluyen por pasar á la grupa.

Se debe evitar en lo posible el *paso por vados* á la *infantería*. Puede alterar la salud; siempre se molesta y desanima la tropa al verse mojada, y sobre todo las armas y municiones. Un enemigo listo podrá aprovechar la coyuntura, echándose sobre las primeras fuerzas que pasen. Algo se corrige pasando algunos infantes á la grupa ó en carros del país si es posible.

La *guarda* y *defensa* de un *vado* suele ser servicio pesado y deslucido. Donde hay un vado casi siempre hay otros cerca, por los cuales el enemigo rodea y envuelve. Más vale inutilizarlos y contentarse con la simple *observacion*. Si fuese for-

zoso defenderlos, se consideran como *puentes*, con la diferencia de que no admiten *cabeza* en la otra orilla, sino que se defienden desde la propia.

Para destruir é inutilizar un vado se abren zanjas al través, esparciendo á los lados la arena ó grava que produzcan. Al perder pié el enemigo, no puede ménos de sufrir el efecto moral, y aunque el material sea poco, se detendrá receloso. Tambien desaparece un vado si se aumenta el volúmen de las aguas haciendo diques, soltando compuertas. En ninguna otra parte mejor que en un vado, tiene aplicacion el género de obstáculos, que con el nombre de *defensas accesorias*, se indican en el capítulo IX *abrojos, piquetes, arados, trillos, mantas, viñas, talas*, sobre todo si se añaden algunas ligeras *obras de campaña*.

Para *guardar un rio* de bastante anchura y cuya profundidad media sea de 1m,50 á 2m, es preciso romper ó inutilizar cuidadosamente los vados, y á veces no bastando esto, construir ligeros *atrincheramientos* enfrente de los puntos más peligrosos, que suelen ser los que ofrecen recodo saliente hácia el enemigo. La disposicion ordinaria de estas pequeñas *obras* se reduce á una simple *trinchera* ó zanja, para cubrir á los tiradores y que la puedan saltar cuando convenga, con aberturas para que salga la caballería y una *flecha, luneta, blockhaus*, etc., avanzada segun la importancia del caso, y el tiempo y brazos disponibles.

Paso en barcas.

En rios anchos y navegables, ocurre muchas veces que un destacamento de vanguardia tiene que atravesarlos en varias barcadas. La *barca* ó *ponton* determina por su capacidad la fuerza que deba pasar. El soldado se sienta en los bancos y atiende á preservar de la humedad su arma y municiones. Se facilita el embarco y desembarco, arreglando la orilla con un ligero *muelle* ó con unos cuantos tablones.

Los pontoneros, como ántes se dijo, llaman *compuertas de embarque* á un trozo de *puente militar*, esto es, á dos *pontones* unidos con sus correspondientes *viguetas* y *tablero*, que se mueve de una orilla á otra con ayuda del *remo* ó del *bichero*. En los grandes pasos, estas *compuertas* son las que llevan á la otra orilla las primeras tropas.

Paso á nado.

Se citan casos, no muy frecuentes, de grandes cuerpos de tropas que han pasado rios á nado. Es más comun en los pequeños *destacamentos* de infantería ó caballería, en la generalidad de su servicio, especialmente cuando se intenta un *golpe de mano;* ó se necesita arrojar alguna fuerza enemiga que quiere embarazar la construccion de un puente; ó se quieran traer barcas y otros materiales á propósito para esta construccion y que estén en la otra orilla.

De todos modos, para pasar un rio *á nado* lo primero es buscar un paraje en que no sean escarpadas las orillas, ni muy rápida la *corriente*. Por supuesto, nunca «se lucha contra ella» al atravesar el rio, sino que se cede á su accion. La caballería entra á cierta distancia «agua arriba» del punto de la orilla á que quiera abordar, y en columna cerrada, con extenso frente, á fin de resistir mejor al impulso del agua y sostenerse mútuamente hombres y caballos. Si no por esta razon, siempre hay que hacerlo para abordar con más fuerza á la otra orilla y atacar con mayor vigor cuando el enemigo está presente. Entre las columnas, sin embargo, quedan intervalos de trecho en trecho, para no impedir enteramente el paso del agua.

La caballería si tiene alguna costumbre y buenos caballos, pasa un rio á nado perfectamente. Aconsejan algunos que el primer caballo se lleve con el pico algo torcido hácia la corriente; la cabeza del que sigue tambien algo vuelta se le hace descansar sobre la silla del primero y así de los demas. Los

caballos flojos ó viciosos se dejan los últimos. El jinete al entrar en el agua debe levantar hácia atrás las piernas todo lo posible, inclinar por consiguiente el cuerpo adelante; coger con la mano derecha un puñado de crines, y sostener con la izquierda las riendas, levantando la cabeza del caballo para que vea bien la orilla opuesta, animándole si se cansa. Generalmente en los pasos á nado de la caballería, como los caballos aunque nadan bien sumergen la grupa, deben proporcionarse botes, barcas ó balsas, y en ese caso en ellas van los jinetes con las monturas, grupas, armas, llevando del ronzal á los caballos que atraviesan á nado. Cuando se hace un desembarco, muchas veces se dejan sueltos los caballos, que por su instinto nadan hácia la orilla, singularmente si en algun punto visible de ella se colocan algunos otros, á fin de que los vean los que van nadando.

Para la infantería el paso á nado siempre es mucho más fatigoso. Se hará lo posible porque el vestuario de los nadadores vaya en barcas ó pequeñas balsas, que ellos mismos tambien podrán ir empujando. Tambien convendrá, cuando se pueda, que lleven individualmente un arma ligera, una lanza en la mano, un sable entre los dientes, un pequeño revólver y algun cartucho en el morrion bien sujeto con un pañuelo ó las carrilleras. En estos lances siempre hay que contar con que la superioridad *moral* que da la audacia, compensa la inferioridad de las armas y del número. Los cinturones llamados de salvamento, de goma ú otras materias, usados en las escuelas de natacion, no hay duda que pueden tener gran utilidad.

Paso sobre el hielo.

En España no es comun helarse los rios; pero como el oficial español puede hacer la guerra en otros paises y otros climas, debe saber que el hielo necesita una consistencia de 0m,09 á 0m,1 para infantería con filas abiertas, y por peque-

ñas secciones (dejando siempre un intervalo doble de su frente) y áun para piezas muy ligeras; 0m,13 á 0m,16 para artillería de batalla más gruesa, y 0m,27 á 0m,30 para grandes pesos.

Desde luégo se comprende todo lo que tiene de eventual confiar el paso de una tropa crecida al hielo, es decir, á la *temperatura* que suba ó baje un par de grados. Si á esto se añade que la tropa venga *perseguida*, el más pequeño desórden y el aglomerarse en algun punto rompe la capa de hielo, por gruesa que sea, y puede ocasionar una catástrofe.

Los proyectiles de la artillería francesa ocasionaron la de una columna austriaca en la célebre batalla de Austerlitz, rompiendo la espesa capa de hielo sobre la que confiadamente marchaba.

Conviene cubrir el sitio de paso con tablas ó lijeras capas de paja, tierra, ó estiércol para que no haya peligro de que los caballos rompan el hielo, y tambien para que el peso se reparta en mayor extension superficial. Se aumenta el espesor del hielo, cubriéndolo con paja larga ó ramaje menudo, ó clavando «agua abajo» tablones con piquetes para que rebalsen un poco el agua y se hiele más pronto.

Por supuesto las piezas de artillería no pasan rodando, sino á brazo en trineo ó rastra, que se improvisa poniendo debajo de cada rueda un fuerte tablon y calzándolas con cuñas.

La presion de lo que primero pasa produce fuertes y alarmantes chasquidos; pero no hay recelo miéntras el agua no brote por las grietas.

CAPÍTULO VIII.

OPERACIONES EN MONTAÑAS.

1. Consideraciones. — Textos.— 2. Diferentes casos. — 3. General y tropas.— 4. Telégrafos.—Señales.—5. Defensa. Reparticion de las fuerzas. Posiciones. Contraataque. Fortificacion.—6. Ataque.—7. Desfiladeros.

No existe—y seria utilísimo por cierto—un tratado especial y completo sobre la *guerra de montaña*. Cabalmente en esta especie de guerra, en que tanto escasean y se contradicen los preceptos, es donde más se necesita y desarrolla la «individualidad del oficial particular,» y donde, por obrar independiente con más frecuencia, convendria ilustrar y ayudar su celo con reglas seguras, prácticas y en lo posible generales; pero no pudiendo aquí entrarse en largas ni profundas consideraciones, se suplirá el vacío, quizá forzoso, que en esta parte ofrecen los tratados, con algunos textos de grande autoridad, y con rápidas indicaciones *tácticas*, en armonía con las *topográficas* y *geológicas* que se apuntan en el capítulo X de los *Reconocimientos*, como lugar más adecuado.

Trascribiremos textual, por vía de definicion, el siguiente párrafo de un elegante autor español:

«La guerra de montaña es casi siempre la guerra del débil contra el fuerte. No es un resultado, es un medio; no es un problema que se resuelve, es un problema que se plantea: no es el drama completo de una guerra, es la introduccion ó un episodio de ella; porque, ó bien se reduce la lucha á que un corto ejército cierre el paso de las montañas á un enemigo poderoso, ó es una naciente insurreccion que para crecer y propagarse necesita guarecerse en las escabrosidades de una sierra hasta que pueda esgrimir sus armas en campo abierto.»

«De un modo ó de otro, la guerra consiste en el empeño por parte de uno de los ejércitos de hacer bajar á la llanura á su enemigo; y por éste, en no bajar hasta que, por haber crecido su fuerza ó por haber perdido la suya el contrario en combates parciales, sea superior á él en campo raso. No es por consiguiente una guerra de grandes batallas ni movimientos generales; porque ni el terreno lo permite, ni uno de los dos adversarios lo consiente: sino que es una combinacion de pequeñas maniobras, ardides, sorpresas, rápidas marchas y choques aislados, todos independientes al parecer, pero todos subordinados á un plan general; porque si no la campaña seria interminable y los hechos se compensarian unos con otros.» *(Villamartin.)*

Estando tan fresca la memoria de nuestra guerra civil de los siete años, no hay para qué insistir sobre las graves dificultades de la *guerra de montaña*. Basta recordar aquellos cambios y vacilaciones de *plan*, aquellas impaciencias y lentitudes, aquellos desastres por ambas partes, para comprender todo lo que envuelve de imprevisto, de anómalo y sangriento. Porque debe recordarse tambien como enseñanza, que algunos generales y jefes de los dos bandos, que sufrieron desaires de la fortuna, traian su envidiable reputacion de las célebres guerras de la Independencia y de América.

Con razon dice Rocquancourt: «La guerra de montaña es la escuela por excelencia de la guerra en grande; pero ésta no enseña siempre lo que en aquella conviene hacer.»

En tan árduo asunto lo natural es acudir al maestro de los maestros; pero rebuscando entre las máximas de Napoleon I, esparcidas en las memorias que se le atribuyen, sólo se encuentra alguna regla tan vaga como esta: En las montañas hay por todas partes un gran número de posiciones muy fuertes de suyo, que debe uno guardarse mucho de atacar. La índole de esta clase de guerra, consiste en ocupar campos al flanco ó á la espalda de los del enemigo, que no le dejan sino la alternativa de evacuar sus posiciones sin combate para tomar otras más atrás, ó de salir de ellas para atacaros. En guerra de montaña, el que ataca lleva desventaja. Áun en guerra ofensiva, el arte estriba en no empeñar más que combates defensivos, obligando al enemigo á ser agresor. (*Coment.* T. I, pág. 57.)

Esto, como se ve, nada resuelve. Pero indudablemente el gran estratégico miraba con supremo desdén, ó no tenia grande aficion á las montañas. Al ménos así puede deducirse de los siguientes párrafos textuales:

«Los países de montañas dependen de las llanuras que los alimentan, y no tienen influencia sobre ella sino en tanto que están al alcance de sus cañones.»

«Una línea de operaciones nunca debe pasar por un país de montañas: 1.° porque en ellas no se puede vivir; 2.° porque á cada paso se encuentran desfiladeros que sería menester ocupar con fortalezas; 3.° porque la marcha es lenta y difícil; 4.° porque columnas de valientes pueden ser detenidas, vencidas, derrotadas por paisanos desarrapados que sueltan el arado; 5.° porque la índole de la guerra de montaña es nunca atacar; áun cuando se vaya en son de conquista, se debe uno abrir camino por maniobras de posicion que no dejen otra alternativa al enemigo que atacar él mismo ó retroceder; 6.° en fin, porque una línea de operaciones debe servir para la retirada, ¿y cómo pensar en retirarse por gargantas, desfiladeros y precipicios?»

«Hacer esfuerzos sobrenaturales para atravesar montañas

inaccesibles y encontrarse otra vez en medio de precipicios, desfiladeros y peñascos, sin otra perspectiva que tener por mucho tiempo los mismos obstáculos que salvar, las mismas fatigas que sufrir; con nueva inquietud á cada marcha por los malos pasos que se dejan atrás; estar cada dia más en peligro de morirse de hambre, y todo esto cuando se puede obrar de otra manera: es pura gana de gozar con las dificultades y luchar contra gigantes; es obrar sin sentido comun, y por lo tanto contra el espíritu del arte de la guerra.» (*Coment.* T. III, págs. 464 y 465.)

Los franceses consideran al Duque de Rohan, que combatió contra la casa de Austria en el siglo XVII, como el primer escritor y general moderno que ha dado y aplicado algunos preceptos útiles. Este francés erige en principio capital «la posesion de las cumbres.» Pero otro francés de últimos del siglo pasado, Lecourbe, tenido tambien por maestro en su país, prescribe al contrario «marchas hábiles por los valles» ocupando las desembocaduras. Tenemos pues los dos extremos.

Dice Luis Blanc en su discurso VIII: «Primeramente se dió una importancia exagerada á la posesion de las cordilleras más elevadas; pero la vista de grandes ejércitos con todas armas maniobrando sobre ellas, junto con las reflexiones de la ciencia, ha hecho conocer que en los valles es donde se defiende y se domina la parte montañosa de los países, estratégicamente considerados.»

Si acudimos á Jomini, que tiene la pretension de dar reglas para todo, nos deja sumidos en mayor incertidumbre.

Por ejemplo, respecto á esta cuestion capital de ocupar *valles* ó *alturas*, dice textualmente en su compendio: «Mucho tiempo hace que se duda si la posesion de las montañas hace dueño de los valles, ó si debe suceder al contrario. El archiduque Cárlos, juez ilustrado y competente, se inclina al segundo extremo, y ha demostrado que el valle del Danubio

era la llave de la Alemania meridional. Sin embargo, es menester convenir en que todo depende en esta clase de cuestiones de las fuerzas relativas y de las disposiciones del país.»

«En el estudio de los hechos es donde se puede reconocer cuán vanas son las teorías de detalle (sic), y asegurar que una voluntad firme y heróica puede más especialmente en la guerra de montaña que todos los preceptos del mundo. En vista de semejantes lecciones me atreveré á decir que una de las principales reglas de esta guerra es *no aventurarse en los valles sin asegurarse de las alturas*, máxima sencilla, que ningun capitan de cazadores debe ignorar.»

«Algunos escritores han presentado las altas montañas como otras tantas murallas de la China, inaccesibles á todo el mundo: al paso que tratando Napoleon de los Alpes Réticos, decia que un ejército debia pasar por donde un hombre pudiese pasar á pié.»

«Algunos generales, no ménos experimentados que él en la guerra de montaña, han tenido sin duda la misma opinion, proclamando la gran dificultad que hay en dirigir en ellos una guerra defensiva, á no reunir las ventajas de un levantamiento en masa de las poblaciones á los recursos de un ejército regular; el primero para guardar las cimas y acosar al enemigo; y el segundo para presentarle batalla en los puntos decisivos de reunion de los grandes valles.»

«Al censurar estas contradicciones—continúa el mismo Jomini—no lo hacemos por espíritu de murmuracion, sino únicamente de mostrar á nuestros lectores, que lejos de haberse llevado el arte á sus últimos límites, quedan todavía muchos puntos que discutir.»

Y tantos.—Oigamos otra autoridad competente y contemporánea. «La guerra de montaña no es la que ménos alteraciones ha sufrido, como consecuencia de las nuevas armas de fuego; ninguna regla fija se puede establecer en un punto importante, en un punto cardinal, digámoslo así, esto es, si se ha de obrar de los *valles* á las *divisorias*, ó de estas á aque-

llas. Naturalmente, y como regla general, se establecia que para dominar las divisorias era necesario ocupar los valles; en estos están las grandes poblaciones y todos los recursos de la comarca; hoy la regla para estas operaciones la da sola y exclusivamente la topografía del país. Por regla general, para dominar los valles, en nuestra zona del Norte, es necesario ocupar las divisorias, porque aquellos suelen ser tan estrechos, que si el enemigo ocupa las divisorias, cruza sobre nosotros sus fuegos y hace insostenible la posicion; pero si por la anchura del valle, aquellos son ineficaces, ocupando éste se domina el país, sus productos y sus riquezas. (*Ruiz Dana.* Estudios sobre la guerra civil, pág. 155.)

Despues del general español citemos á un austriaco, tambien contemporáneo: «En tiempos pasados se daba excesiva importancia á la posesion de los macizos montañosos donde nacen los rios, y cuyos grandes valles contienen las líneas de operaciones ó los objetivos principales. Así como en táctica se considera tomada una posicion, cuando se ha ocupado la altura que constituye su punto-llave, y queda asegurada la posesion de un valle cuando las tropas se han hecho dueñas de las alturas que le rodean, así tambien se admitia generalmente que, en estrategia, de la posesion de las montañas dependia la de la llanura.»

«Esta falsa idea indujo á tomar posiciones muy peligrosas en los que se llaman nudos de montañas, en las cimas principales, y á adoptar el sistema de cordon que tantas veces produjo desastres vergonzosos. Numerosos descalabros y los progresos de la estrategia hicieron triunfar la opinion contraria, y se vino á establecer que la posesion de la llanura daba la de las montañas.»

«Mirada la cuestion bajo su verdadero aspecto, es completamente ociosa: en la guerra, las operaciones no son en efecto decisivas, sino en aquellos puntos en que se empeñan las fuerzas principales, es decir, en los que se riñe la batalla decisiva. Estratégicamente la naturaleza y la forma de terreno

nunca tienen influencia decisiva. Verdad es que pueden influir y modificar profundamente las operaciones; pero las leyes generales que rigen el empleo y manejo de las tropas siempre serán las mismas: la fuerza sola, nada más que la fuerza es la que decide el éxito. Tambien es por lo tanto falso pretender que el que es dueño de la llanura lo sea de la montaña.»

«Si los movimientos del adversario obligan á maniobrar con el grueso de las fuerzas en un país de montaña, y en él se pierde una batalla decisiva, del mismo golpe se perderá, por lo comun, la posesion de la llanura.» (*Kuhn.* Der Gebirgskrieg, pág. 4.)

Esto, aunque escéptico y desconsolador, es científicamente verdadero: «la fuerza sola, nada más que la fuerza es la que decide del éxito» en llanuras y en montañas.

*

Para que en éstas todo se presente dudoso y contradictorio, hasta la *defensiva* tiene sus escollos, y está muy lejos, en ciertos casos, de esa ventaja incondicional y absoluta que el raciocinio y la teoría le atribuyen. En efecto, dice Jomini: «Nada puede demostrar mejor la dificultad de la *defensa estratégica* de las montañas, que el embarazo que se experimenta al querer dar, no ya reglas, sino consejos á un general á quien se haya cometido este encargo. Si no se tratase más que de la defensa de un solo frente determinado de operaciones, de poca extension y formado por cuatro ó cinco valles ó rádios, convergentes hácia el nudo central de ellos á dos ó tres marchas cortas de la cima de la cordillera, no hay duda en que sería más fácil esta defensa. Bastaria entónces recomendar la construccion de un buen fuerte sobre cada uno de estos rádios, en el punto más estrecho y más difícil de flanquear, y colocar bajo la proteccion de estos fuertes algunas brigadas de infantería para disputar el paso; entre tanto que una reserva de la mitad de un ejército, apostada en este nudo central de la reunion de los valles, estuviese en disposicion, o de sostener las vanguardias más amenazadas,

ó de caer en masa sobre el atacante, cuando quisiese desembocar teniendo todas las columnas reunidas para recibirle. Agregando á esto unas buenas instrucciones á los jefes de estas vanguardias, tanto para señalarles el punto de reunion, tan luego como la línea se rompiese, cuanto para prevenirles continuasen obrando en las montañas sobre los flancos del enemigo, se podria creer entónces invencible por los infinitos obstáculos que las localidades presentan al invasor. Pero, cuando á los lados de este frente de operaciones se hallan otros más ó ménos semejantes á derecha é izquierda; cuando se trata de defender á un tiempo todos estos frentes, sopena de ver caer rendido á la primera aproximacion del enemigo, el que se hubiese descuidado, entónces varía la tésis, se aumenta el embarazo del defensor á medida que se aumenta la extension de la línea de defensa, y aparece el sistema de los cordones con todos sus riesgos sin que sea fácil adoptar otro.»

«Parece que los hechos históricos prueban, que si los países de altas montañas son favorables á la *defensa táctica*, no lo son igualmente á la *estratégica*, que, obligando á diseminarse, debe buscar un remedio á este inconveniente, aumentando su movilidad con el fin de pasar frecuente y fácilmente á la ofensiva.»

Recordará el lector que, al definir en el capítulo V la *ofensiva* y la *defensiva*, procuramos establecer alguna distincion entre las dos voces *defensiva* y *defensa*. Jomini en este último párrafo la pone de relieve. La *defensiva* en grande, en conjunto, ó lo que es lo mismo, la *defensa estratégica* no es tan favorable en las montañas como la *defensa táctica*, es decir, local, parcial, sucesiva de las fuertes *posiciones* que en ellas abundan.

Un general, muy conocido por lo profundo y sentencioso de su lenguaje, dijo, no hace muchos años, que se podia perder una campaña ganando todas las acciones. Contínua y triste aplicacion suele tener este dicho á la *guerra de montaña*, tanto por parte del defensor como del agresor.

Cerraremos estas largas trascripciones, que son evidentemente necesarias para imprimir autoridad en materia tan árdua y compleja, con los siguientes párrafos en que el mismo Jomini resume las principales condiciones y embarazos de la guerra de montaña.

«Podria decir tambien que en esta guerra, más que en cualquiera otra, se debe tratar de hacerla á las comunicaciones del enemigo; en fin, que en estos países escabrosos, buenas bases temporales, ó líneas de defensa, establecidas en el centro de las grandes confluencias y cubiertas con reservas estratégicas, unidas á una gran movilidad y frecuentes ataques ofensivos, serán los mejores medios para defender el país.»

«No es posible, sin embargo, terminar este artículo sin hacer observar que los países de montañas son particularmente favorables á la defensiva, cuando la guerra es verdaderamente nacional, y las poblaciones sublevadas defienden tenazmente sus hogares con el entusiasmo que presta una causa justa: entónces cada paso que da el invasor le cuesta los mayores sacrificios. Mas para que el triunfo corone la lucha, es necesario siempre que las poblaciones estén sostenidas por un ejército disciplinado, más ó ménos numeroso, sin cuyo apoyo pronto sucumbirán los valientes habitantes, como los héroes de Stanz y del Tirol.»

Y concluye:

«Seria un absurdo pretender dictar preceptos fijos, para complicaciones que se multiplican á lo infinito por las localidades, los recursos del arte, el estado de las poblaciones y el de los ejércitos. La historia..... pero la historia escrita con discernimiento y bien presentada, he aquí la verdadera *escuela de la guerra de montaña.*»

«La relacion de la campaña de 1799 por el archiduque Cárlos, la de la misma que he publicado en mi Historia crítica de las Guerras de la Revolucion, la de los Grisones por Segur y Mateo Dumas, la de Cataluña por Saint-Cyr y Suchet, la campaña del duque de Rohan en la Valtelina y el

paso de los Alpes por Gaillard, en su Historia de Francisco I, son excelentes guías para el estudio.»

Recientemente el General Kuhn, en su mencionada obra *Der Gebirgskrieg*, publicada en Viena en 1870 y que tenemos á la vista al corregir este capítulo, cita como ejemplos y modelos, fuera de los suyos personales en el Tirol en 1866, el paso del desfiladero de Susa por Alejandro de Macedonia, el de las Cordilleras en América por el general San Martin y, sobre todo encarecimiento, la defensa de los Pirineos orientales por el general Ricardos en 1793. Y efectivamente, bien podemos los españoles, sin salir de casa, estudiar y aprender la guerra de montañas. Descendiendo por nuestros anales desde Covadonga, en todas épocas sobran enseñanzas y doctrinas; singularmente en nuestro mismo siglo, con su guerra de la Independencia, y sus tres civiles de 1823, 1833 y 1873; pero cabalmente de estas últimas, las más provechosas, es de las que todavía no es posible obtener la «historia escrita con discernimiento y bien presentada» como Jomini la quiere.—El lector comprenderá de sobra las razones que en esta obrilla vedan hasta la menor alusion.

Todo lo expuesto concurre á demostrar que la carencia, que al principio deplorábamos, de un *tratado especial* bien hecho sobre este difícil ramo del *arte de la guerra*, quizá provenga de la imposibilidad de compilarlo. Tan varias son efectivamente las condiciones de esta especie de *guerra*, bajo los dos aspectos ofensivo y defensivo. Desde luego no hay en la superficie del globo dos países ó comarcas montañosas de fisonomía y *estructura* parecida, de rasgos y accidentes, no idénticos, sino semejantes. El deseo de esclarecer y confirmar esta idea, nos ha movido á incluir algunas consideraciones *geológicas* en el capítulo X de *Reconocimientos*, que podrán parecer extrañas, que son indudablemente ligeras; pero de ningun modo inoportunas, dada la índole de esta obra, y su propósito de llamar la atencion con preferencia sobre aquellos

puntos más importantes á que debe consagrar su estudio el oficial.

Es evidente que en las montañas, mucho más que en las llanuras, abundan las *posiciones naturales*, tanto como las *comunicaciones* generalmente escasean. De aquí podria deducir el espíritu imprevisor ó ligero que son, si no inútiles, muy embarazosas por lo ménos las dos armas de caballería y artillería, y de todo punto excusados los recursos de la *fortificacion de campaña*. ¿A qué fortificar lo que la naturaleza ha hecho fuerte? Y sin embargo, por una de esas aparentes contradicciones que erizan y dificultan el estudio y la práctica del *arte*, no se abrirá un libro juicioso, áun de aquellos que ántes estaban destinados por sistema á desvirtuar la *fortificacion*, que no recomienden el uso de ella contínuo, indispensable en la *guerra de montaña*. Las consideraciones que encabezan y terminan el capítulo IX, tienden á robustecer este fecundo principio.

En llanuras, visiblemente, no es tan fácil cortar y envolver á un ejército de 100.000 hombres, que no lo quiera permitir. Todo se reduce á *cambiar de frente*. Pero en montañas, estos cambios son por todo extremo difíciles y ocasionados: no hay espacio para maniobrar y desenvolverse; y se necesitan además *ejes*, puntos fijos, que no pueden ser constituidos, como en lo llano, por grandes masas de tropas.

Tambien se abulta y pondera en demasía la escasez de *comunicaciones*, mucho menor desde principios del siglo presente. Si el defensor, á quien ha de suponerse notable inferioridad numérica, desdeña, por indolencia ó por sistema, los recursos de la fortificacion, si prudentemente no convierte en puestos las posiciones, ¿cómo ha de cubrir, ó si pudiera decirse, tapar los boquetes, los nudos de valles y cumbres, los puntos vulnerables, por donde asoma, y ha de entrar al fin, la punta de la espada agresora?

2. Diferentes casos.

En las combinaciones de la guerra un *país de montaña* puede presentarse bajo aspectos muy diversos: constituyendo el *teatro* completo de esta guerra, ó formando una *zona* ó parte de él; y en ambos casos toda la superficie puede ser *montañosa* ó parte solamente áspera, montuosa ó quebrada; ó en fin formar las montañas un cerco, una línea ó *cordillera* estrecha, salvada lo cual entra un ejército en extensas y fértiles llanuras.

En este último caso, la cuestion queda reducida en el fondo á un *desfiladero* de paso más ó ménos largo y penoso, á un obstáculo pasajero que, vencido, presenta ventajas más bien que perjuicio al ejército que ha logrado superarlo. En efecto, llevada la guerra á la llanura, puede considerarse la estrecha cordillera que se acaba de pasar como una especie de *base* eventual, sobre la que es posible replegarse y hallar un abrigo momentáneo; pero siempre teniendo muy en cuenta no dejar que el enemigo se anticipe en el caso forzoso de retirada.

Con dominar solamente la cresta de la cordillera, ya el defensor no puede saber lo que pasa al otro lado; las cabezas de columna le parecerán ejércitos; se verá obligado á dejar libre el paso, retrocediendo; ó si se empeña en defender todas las avenidas, se expone á que su línea sea rota en algun punto por el enemigo superior, que rebasará y tomará *de revés* los otros. El *ataque*, en este caso concreto de estrecha *cordillera*, tiene regla estatuida: amagar por varios puntos y pasar con el trozo más grueso, ya en una sola columna, ya en varias muy próximas entre sí y con facilidad de reunirse.

El *ataque* siempre lleva ventaja estratégica: rompe, corta y envuelve. La compensacion que puede encontrar la *defensa* es la limitacion de las comunicaciones del vencedor á su espalda. Si la cordillera es muy estrecha, lo mejor en muchos

casos será no dejar en las cumbres más que destacamentos ó puestos avanzados, y reunir las fuerzas principales en algun punto ventajoso, para caer sobre el flanco del enemigo que sale de las montañas; y si se logra batirlo, puede hacérsele desastrosa la retirada por un solo camino, naturalmente obstruido con parques é impedimenta.

Cuando el *teatro de la guerra* tiene solamente una pequeña comarca montañosa, aunque obren en ésta pequeños cuerpos *destacados*, para observar desde las cumbres, protejer un flanco propio ó amenazar el del enemigo, la campaña naturalmente desarrollará su principal accion en terrenos adecuados para grandes masas. Este caso no puede considerarse incluido en la *guerra de montaña* propiamente dicha. Fuera de aquellas en que, por servir de líneas estratégicas *de defensa*, sea necesario atacar y forzar las zonas montañosas por el ejército entero de operaciones, raro es que los países de montaña se tomen como *teatro* de una guerra en grande; y áun así, los combates decisivos siempre tienen lugar en los valles bajos, cultivados y surcados por numerosas comunicaciones.

Si la *zona* montañosa forma barrera estratégica, atravesada por la línea principal de operaciones; si apoya una de las alas; sobre todo, si forma saliente, á manera de baluarte ó flecha, sobre el *frente* estratégico de un *teatro de operaciones*, dividiendo este último en dos partes ó sectores distintos, ya la cosa crece en importancia: y es evidente que la adquiere total, cuando ya no se trata de simples *zonas* secundarias ó accesorias, sino que el *teatro* entero de la guerra sea verdadero *país de montaña*, en cuyo caso todo adquiere mayor gravedad y complicacion.

Jomini ha dicho, en una de las citas anteriores, que se puede asegurar que una voluntad firme y heróica puede más

especialmente en la guerra de montaña que todos los preceptos del mundo. Indudablemente en esta guerra el juego de la *ofensiva* y de la *defensiva* adquiere tension tal, que para triunfar necesita el *general* un espíritu vivo y penetrante que todo lo calcule y lo prevea, una energía excepcional; y sus tropas tambien perseverancia y tenacidad, adquiridas por adecuados ejercicios. Todo comandante de columna ó cuerpo que opere en montaña debe obrar por su cuenta muchas veces, porque el jefe superior del ejército no podrá indicarle cada uno de los movimientos que deba ejecutar: basta que se le noticie oportunamente las *operaciones* proyectadas por dicho ejército, dejándole casi siempre en completa libertad de accion.

Es por lo tanto, aunque no sea muy alta su categoría, un pequeño general en jefe y debe reunir, en debida proporcion, todas las condiciones que exige un mando independiente. Debe ser por temperamento emprendedor, verdadero hombre de accion, con espontánea inclinacion á la ofensiva y, si bien tenaz y enérgico para dar cima á sus planes, juntar á la vez elasticidad y discrecion para variarlos á medida de las circunstancias. No le basta ser experto en los accidentes que caracterizan la guerra de montaña; debe comprender tambien los preceptos generales de la guerra en grande, para armonizar y encuadrar sus pequeñas operaciones con el conjunto y apreciar la oportunidad del momento en que su intervencion sea más eficaz.

La excesiva prudencia que raya en timidez, ó el poco teson al poner por obra los proyectos, suelen enervar y embotar las más perspicuas facultades: en las montañas cabalmente, movimientos que en teoría parecen impracticables, son los que el éxito corona por lo sorprendente de los resultados. La indecision, la tardanza en adoptar cambios que las circunstancias imponen, hace muchas veces perder tanto tiempo, que suele acabarse la luz del dia, ántes de terminar una operacion que hubiera debido durar pocas horas. Por

lo demás, ocioso es añadir á esta reunion de cualidades morales el vigor físico, indispensable para soportar fatigas y penalidades.

Respecto á las *tropas*, sabido es que la infantería, en montaña como en todas partes constituye el arma principal, y mejor aún si está compuesta de montañeses ejercitados; pero es absurdo, como atrás queda dicho, suprimir una oportuna dotacion de caballería. Desde luego el servicio avanzado, esto es, la *exploracion*, el reconocimiento, las noticias sólo ella lo puede llenar; y tendrá utilidad indiscutible para los combates en valles anchos ó cuando convenga desembocar de las montañas y bajar á las llanuras adyacentes. Aun en el riñon de paises muy quebrados la caballería, bien manejada, encontrará ocasiones brillantes de sembrar el terror y el pánico en las columnas enemigas, comprometidas en los valles, cayendo con movimientos rápidos é imprevistos por los flancos y retaguardia. Y entiéndase que si se acepta este principio, no basta un escaso efectivo de caballería; porque pronto se agotaría por las fatigas de correspondencia y patrulla, mucho más penosas que en el llano. Y tampoco basta que pertenezca al instituto llamado ligero: es preciso además que en tiempo de paz se haya ejercitado para que el pié de los caballos se vaya haciendo al suelo pedregoso y á la lentitud indispensable para subir y bajar cuestas. De la artillería nada hay que decir, despues de lo manifestado en el cap. V, pág. 235 y los ingenieros, como se verá, tambien tienen múltiple y laborioso cometido.

En general no se debe esperar la ruptura de las hostilidades, sino tener las tropas de todas armas adiestradas de antemano con largos ejercicios en el estio. No sólo los viajeros, los mismos montañeses, despues de larga residencia en el llano, se sienten entorpecidos y en las primeras marchas sin sus antiguas fuerzas. A estos ejercicios de paz debe dárseles completo desarrollo bajo el aspecto intelectual, tanto para

que los jefes se habitúen al mando y direccion, como para que los subalternos adquieran la práctica necesaria en esta clase de guerra, abundante, más que ninguna otra en ocasiones y lances para obrar con independencia. Unos y otros adquirirán la *ojeada* rápida, la apreciacion exacta de las *distancias* y del *tiempo* necesario para recorrerlas: cualidad importantísima, porque las *columnas* no llegarán en el momento oportuno á los puntos designados de reunion ó concentracion sino precede un cálculo exactísimo. No hay que fiarse de los datos y apreciaciones de los «montañeses» ni sobre ellas se puede basar plan seguro. La vista engaña; parece que en diez minutos se puede bajar á un valle, y luego se tardan dos y tres horas.

Pocos servicios se pueden esperar de tropas que, aunque muy ejercitadas en llanuras, no hayan hecho el aprendizaje especial en las montañas; y al contrario, las tropas sistemáticamente preparadas para esta guerra, no sólo desempeñarán más fácilmente su servicio, soportando increibles fatigas, sino que adquirirán la ligereza y agilidad necesarias para precipitarse en la llanura, como furioso torrente, y en el momento oportuno retirarse con prudencia y habilidad al abrigo de la montaña, cuando pase la ocasion ó arrecie el peligro.—Entre las potencias militares, Austria siempre ha mirado con predileccion este asunto; y recientemente Italia, además de sus antiguos *bersaglieri*, ha creado compañías especiales con el nombre de *alpinas*, por estar exclusivamente destinadas á la guarda de los Alpes.

Tambien la cuestion de *vestuario* reviste cierta importancia: no debe oprimir las rodillas, ni la cintura, ni el cuello; por consiguiente, pantalon ancho, sujeto por debajo de la rodilla, y supresion de cinturon y corbatin; que nada pese sobre la cintura, ni ménos oprima el pecho, sino sobre los hombros y espalda. Lo mejor es adoptar el traje de cada país. En todo caso, la blusa ó guerrera llena todas las condiciones porque permite llevar abrigo interior y, combinada con la

manta, es suficiente para resistir las inclemencias del tiempo. Reducir cuanto se pueda la mochila: basta que en ella quepa una muda de repuesto y la racion. Como á los oficiales no se ha de dar carro para el equipaje, lo que no se pueda llevar á lomo lo llevarán los asistentes. El calzado es lo principal: se necesitan dos pares de zapatos, con ancho tacon y suela que sobresalga bien claveteada.

4. Telégrafos.—Señales.—Comunicaciones.

En la guerrra de montaña es de la mayor importancia el servicio de informaciones y noticias, lo que exige además del ordinario de *exploracion* y *reconocimiento*, que se establecerá segun los principios reglamentarios y sancionados por la experiencia, un buen sistema de comunicacion rápida y segura por medio de señales, telégrafos, ordenanzas y propios ó correos.

Como señales pueden emplearse las ahumadas, los cañonazos, los petardos y los cohetes de diversas clases. Las primeras no sirven en tiempo de niebla y lluvia; y tienen el inconveniente de confundirse con hogueras de pastores ó leñadores, que podrian dar lugar á alarmas intempestivas. Los cañonazos y petardos deben preferirse, haciendo uso, en los puntos á que el cañon no tenga acceso, de barrenos abiertos en las rocas. Estas señales no pueden servir más que para dar la alarma para advertir una novedad, el avance ó la retirada del enemigo, la direccion de su marcha; para más completas y detalladas noticias es indispensable el telégrafo.

Las redes telegráficas deben establecerse de modo, que sus mallas comprendan aquellos puntos de interseccion ó en que se crucen líneas de maniobra con las de operaciones. Si llegan hasta el perímetro más avanzado, los pequeños puestos sólo deben comunicarse con sus respectivos sostenes, cuyos comandantes apreciarán el valor ó el interés de la noticia antes de trasmitirla al interior.

Mas, á pesar del sistema telegráfico ó telefónico, es conveniente y casi siempre indispensable un buen servicio de peatones ágiles ú ordenanzas montados, con partes escritos y detallados. Esto además es forzoso cuando no se tenga perfecta confianza en el paisanaje, que por malignidad pueda interrumpir la comunicacion telegráfica.

La telegrafía óptica, usada por una seccion militar y especial de *señales*, tiene gran aplicacion, como se vió en la guerra de Secesion de los Estados Unidos, donde hoy forma cuerpo permanente, y cuya organizacion está en España perfeccionada por el de ingenieros. Con estas señales, que unen las *avanzadas* y *puestos* con las *reservas*, y singularmente las *columnas* destacadas y laterales con el *grueso*, se puede en todas circunstancias, y hasta en el mismo acto del *combate*, obtener toda la unidad y seguridad apetecibles.

Aunque el general comandante, por el espionaje y exploracion, esté enterado de los intentos y maniobras del enemigo; aunque tenga préviamente estudiado el modo de combatirle y hasta de flanquearle y envolverle; todo será inútil, si no dispone de caminos adecuados, mejorando los existentes ó «abriendo de nuevo» los que parezcan evidentemente necesarios. Esto pugna con la regla, por algunos admitida, de que en guerra de montaña lo principal es impedir á toda costa el *acceso*, y por consiguiente conservar el menor número de comunicaciones, sin tener en cuenta que los malos caminos no logran en muchos casos detener al enemigo, pero en todos embarazan la *defensa*, que ha de recurrir á la *ofensiva*, si ha de obtener resultados decisivos.

En el dia, por las grandes roturaciones y los progresos de la agricultura, van perdiendo las montañas su antigua y temible aspereza. En las regiones más altas no suele haber bosques sino grandes pastizales, con pendientes no muy agrias y practicables por lo tanto sin caminos abiertos.

De todos modos las carreteras ó buenos caminos que, léjos

de perjudicar á la defensa, le proporcionen grandes ventajas, no deberán destruirse: bastará cortarlos y hacerlos impracticables al enemigo; pero siempre de modo que, oponiendo á éste gran dificultad, pueda repararlos el defensor rápidamente en el momento que le convenga tomar la ofensiva. Sobre todo deberá barrear los caminos laterales, por los que el enemigo podria intentar un ataque de flanco ó envolvente, tomando tambien precauciones para impedir que se deslice por entre los puestos de observacion avanzada.

5. Defensa.

A pesar del embarazo que, como se ha visto en la pág. 258, experimenta el mismo Jomini al querer dar, «no ya reglas, sino consejos» á un general á quien se haya encargado la *defensa de montañas,* intentaremos aquí compendiar en breve y ordenada exposicion lo que en el dia se tiene por más acertado y provechoso.

Dijo Clausewitz: «Conservar es siempre más fácil que conquistar: de donde se deduce que, á igualdad de medios, la defensa es más fácil que el ataque. Y contribuye á la facilidad de conservar, que todo el tiempo que el enemigo pierda, todo lo que olvide ó descuide viene en provecho del defensor. La forma defensiva es, pues, en la guerra la más fuerte, la ofensiva la más débil.» Si en los tiempos del ilustre escritor prusiano esto era verdad, calcúlese el valor que en el dia tendrá esta afirmacion, algo absoluta, con las nuevas armas y los nuevos procedimientos que han creado. Aplicada á la *guerra de montaña* es de todo punto indiscutible.

Se cuentan efectivamente entre las ventajas de la *defensa:* preparar de antemano las líneas más influyentes para el juego de las reservas sobre el punto amenazado; tomar la ofensiva, si hay coyuntura; hacerlas pasar al valle atacado desde otro lateral, cayendo sobre el flanco y espalda y cortando las comunicaciones del enemigo. Tambien se cuenta la facilidad

de aprovisionar, ó más castizo, *avituallar;* porque si los almacenes y las distribuciones se hacen con tino, las reacciones ofensivas del defensor pueden encomendarse á tropas satisfechas y vigorosas.

Pero en cambio, hay que reconocer en la defensa graves inconvenientes. Desde luego tener que vigilar accesos, que cada dia van siendo más frecuentes por los progresos de la civilizacion. A cada boquete que se tapa, se abre otro nuevo: y esta misma abundancia, que permite al agresor multiplicar sus amagos, dificulta conocer á tiempo el verdadero ataque. De ahí la adopcion de ideas, planes y procedimientos erróneos, que conducen al desastroso *sistema de cordon*, es decir, á guardarlo todo, á impedir el acceso por todas partes, á entablar en fin la *defensa absoluta* sobre la frontera ó perímetro extremo.

Esta disposicion obliga á dar á los puestos más avanzados desproporcionada fuerza, quedando por consiguiente muy poca ó ninguna para formar *reservas centrales*, sin cuya intervencion nada puede ser *decisivo*; pues aunque deslumbre la defensa tenaz y gloriosa de alguno de esos pequeños *puestos*, como generalmente concluye por ser tomado, no ejerce decisiva influencia sobre la *operacion* en conjunto.

El cordon muy extenso aumenta las dificultades del aprovisionamiento. En terreno muy fragoso, expone sin necesidad las tropas á los rigores del clima, sobre todo si se prolonga la indecision del enemigo en el ataque. Contra la defensa muy dispersa el agresor sale de sus cantones fresco y bien alimentado, fuerza el *punto-llave*, ó que él cree tal, ya de frente ó por estratagema; y el *cordon defensivo* se encuentra roto de golpe, sin reservas suficientes para repararlo y ante una *ofensiva* enérgica con imposibilidad absoluta de reunir sus fuerzas.

Mas por huir del cordon, no debe caerse en el extremo opuesto de una exagerada concentracion de fuerzas, dejando la línea extrema guarnecida por pequeños puestos, que no

puedan detener al enemigo y sean arrollados con tal precipitacion, que no lleguen á tiempo las reservas.

Ya quedó anteriormente advertido, que no son en las altas montañas las *posiciones* tenidas por «inatacables,» destinadas generalmente á una defensa inerte y absoluta, las preferibles para el *combate*. Basta ocuparlas con pequeña fuerza, puesto que ellas tienen la intrínseca suficiente para detener al agresor todo el tiempo que necesiten las reservas para acudir y caer sobre él, ya forzosamente tan quebrantado por sus ataques infructuosos, que hasta podrán tomar la ofensiva.

Ordinariamente se atribuye exagerada importancia á los llamados «nudos de montañas.» Si el nudo fuese al mismo tiempo el único punto de paso, se comprende que, á pesar de la dificultad de *provisiones*, del defecto de abrigos, etc., en él se apostase el grueso de las tropas. Pero como siempre hay, ya que no muy cerca, al ménos en el perímetro del *frente estratégico* del macizo montañoso que se quiere defender, otros varios pasos, resulta que la *posicion* casi siempre podrá ser rebasada ó envuelta. No hay, pues, ventaja alguna en apostar el grueso de las fuerzas en nudo de montañas. Por poca energía que el agresor despliegue, se expone la defensa á una verdadera catástrofe.

Por otra parte, en las máximas alturas las grandes masas de tropas no pueden vivir ni abrigarse; muchas veces no tendrán agua ni leña; por todo lo cual están expuestas á influencias climatéricas que las debilitarán y diezmarán ántes que el enemigo emprenda su ataque. «Solamente dan importancia á la ocupacion y á la posesion de los nudos de montañas aquellos que no las conocen, ni comprenden la clase de guerra que en ellas se hace, ó que no tienen sobre el asunto más que ideas adquiridas en su gabinete de estudio.» Así lo dice el general Kuhn.

Reparticion de las fuerzas.

Para defender un pais de montaña es indispensable, como queda repetido, recurrir al empleo combinado de la *ofensiva* y la *defensiva*: para lograrlo hay que dividir las fuerzas generalmente en tres *líneas*, ó más bien fajas, una detrás de otra, como en el *servicio avanzado*, como en la *guarda de un rio*, como en todo *combate* en general. La primera, destinada á «observar» al enemigo y tambien oponerle cuando ataque la mayor resistencia posible. Claro es, por consiguiente, que no basta formarla con pequeños *puestos*, que fácilmente sean rechazados y rebasados: es preciso, al contrario, colocar en ella tropas suficientes y bien situadas para mantenerle en jaque. La línea extrema se conformará á las reglas generales del *servicio avanzado;* pero como en las montañas se agravan las penalidades por el suelo y por el clima, debe reducirse el efectivo á lo estrictamente necesario.

En segunda línea y á distancia variable de la primera, deben apostarse los primeros apoyos, sostenes ó *reservas*, que algunos denominan *tácticas*, por oposicion á las segundas reservas, más lejanas y en tercera línea, que llaman *estratégicas*. Aceptando los dos adjetivos contra nuestra voluntad (recuérdese lo expuesto en las páginas 36, 47 y otras) y sólo por dar muestra de docilidad en acomodarnos á la moderna fraseología, diremos que á estas primeras reservas inmediatas ó tácticas incumbe amortiguar en lo posible el primer choque del enemigo, obligándole á desplegar sus fuerzas y permitiendo por consiguiente reconocer con certeza si el ataque es verdadero ó falso. La colocacion, pues, de las *reservas tácticas*, está indicada en los puntos importantes de los valles, en las cercanías de los desfiladeros y de los puntos de paso en general.

Como tambien se dificultan los *relevos* y las *provisiones*, porque á veces distancias, que apreciadas en el aire parecen

cortas, se aumentan con grandes rodeos, aún se recomienda más la economía de gente y el tino en la colocacion de los *puestos* exteriores, que sólo deben ocupar ó cubrir puntos de manifiesta importancia y probable utilidad. Naturalmente, á medida que el terreno es más fragoso y ménos practicable, podrán disminuirse más los puestos, que ocuparán de ordinario posiciones más altas, más dominantes, con mayores y más extensas vistas.

Siempre que el defensor cuente con bandas ó partidas naturales del país, deberá emplearlas preferentemente en el servicio de *avanzada*, puesto que estos montañeses conocerán perfectamente su propio suelo y tendrán interés en defenderlo. Sin embargo, no debe confiarse por entero este servicio á gentes que, sin instruccion militar, sin experiencia de la guerra y expuestas de suyo á alarmas infundadas, podrian abandonar prematuramente en caso de ataque ciertos puntos principales. Conviene pues, alternar, intercalar en los puestos más importantes fuerzas del ejército regular. De todos modos los partidarios ó guerrilleros (si reunen las condiciones de la página 469) serán siempre un poderoso auxilio, que permitirá economizar las fuerzas del ejército y tenerlas más concentradas para tomar en momento oportuno la ofensiva.

Consistiendo el papel de las reservas tácticas en resistir y embotar el primer ímpetu del ataque del adversario, deteniéndole para dar tiempo á la llegada de las reservas estratégicas, ó para ejecutar las maniobras preparatorias de un golpe decisivo, el comandante de la reserva táctica no debe perdonar medio de entorpecer el progreso y el avance, ya multiplicando los obstáculos artificiales, ya aprovechando los naturales, haciendo frente al adversario en puntos relativamente fuertes preparados al efecto, y tentando, cuando sea posible, reacciones ofensivas.

Para ocupar ó guarnecer las dos primeras *líneas*, se empleará generalmente el tercio ó la mitad del efectivo total de las tropas, si se quiere que las reservas *tácticas* llenen com-

pletamente su encargo. Aumentando esta proporcion, se debilitarian las reservas *estratégicas*, apostadas más atrás, y se vendria insensiblemente á caer en el sistema de cordon siempre inadmisible.

En la disposicion y fuerza de las reservas tácticas no debe entrar la menor rutina ni amaneramiento. Si, por ejemplo, un punto es ménos peligroso, bien porque no se le puede atacar sino atravesando una zona neutral, bien porque detrás de él haya una poblacion hostil fácil de fanatizar y sublevar, claro es que no necesita ser muy reforzado. En cuanto la posicion ó los intentos del enemigo sean claramente conocidos; en cuanto haya evidencia de que algunos puntos de la defensa corren ménos peligro, desde luégo se los debe debilitar y áun desguarnecer.

Para que la defensa pueda emprender con probabilidades de éxito reacciones ó movimientos *ofensivos*, las *reservas estratégicas* deben componerse de dos tercios ó por lo ménos de la mitad de las fuerzas, y comprender tropas de todas armas. Si han de conservar libertad de accion, no deben estar demasiado próximas á las reservas *tácticas;* al contrario, bastante detrás en los puntos de confluencia de las *líneas de operaciones*. La distancia no debe sin embargo exagerarse hasta el punto que las reservas tácticas puedan ser cortadas, batidas y destruidas ántes que las estratégicas puedan llegar. En cada caso determinarán esta distancia las fuerzas respectivas del agresor y el defensor, la configuracion del terreno y la mayor ó menor facilidad de avituallarse.

Cuando las montañas formen circo al rededor de un valle, de modo que todas la *líneas de operaciones* vayan á concurrir á un solo punto, es evidente que en este punto, ó en su proximidad, deberán situarse las *reservas estratégicas*. Pero si este punto central está muy lejano de la primera *línea* de defensa, conviene distribuirlas en las líneas interiores *de comunicacion* ó *de maniobra* que corten trasversalmente las de

operaciones. Así las tropas pueden vivir, alojarse, alimentarse más cómodamente, y ejecutar tambien con mayor holgura y rapidez los movimientos y maniobras necesarias.

Cuando las líneas de operaciones, en vez de reunirse en un punto, desembocan sobre una *línea de defensa* (un valle importante por ejemplo), las reservas estratégicas se distribuirán en dicha línea, ocupando el grueso de las fuerzas el punto más importante. Pero si la línea de defensa está muy lejos de la primera barrera formada por las montañas, y delante de ella hay otras varias líneas de maniobra, en estas se apostarán las reservas estratégicas.

Sobre todo cuando los movimientos del enemigo dejen adivinar que el ataque se dirigirá contra un solo punto, deberá ocuparse con las reservas estratégicas una línea de maniobra que, aunque secundaria, por estar en direccion del ataque enemigo, pueda tomarse accidentalmente por línea de defensa.

En principio, y puesto que las *reservas estratégicas* están destinadas á una accion casi siempre *ofensiva*, rara vez deberán combatir á la defensiva, ni esperar el ataque en *posiciones* preparadas de antemano.

Posiciones.

Por lo expuesto en los primeros párrafos de este capítulo, no volveremos á tocar la cuestion de valles y cumbres, de *thalwegs* y *divisorias;* pero bajo la rúbrica de posiciones *en montaña* no serán sobradas algunas consideraciones generales, comprensibles sin auxilio de figuras que en estos casos más embrollan que esclarecen.

Abundan efectivamente en las comarcas montañosas las *posiciones*, singularmente *defensivas*, que reunen la doble cualidad de *dominacion* y *dificultad de acceso;* mas á pesar de los bosques, torrentes, barrancos y quebradas que ordinariamente cubren las alas, no se olvide que rara es la *posicion*

en montaña que no puede ser circuida, envuelta ó amenazada por un enemigo tenaz y emprendedor, valiéndose de senderos ó caminos laterales más ó ménos insuperables, y desconocidos á veces hasta de los mismos habitantes del país. No hay, pues, que dar al adjetivo *inexpugnable* un valor absoluto.

Esa misma dificultad de acceso impone casi siempre á la *defensa* el carácter *pasivo*, tan favorito del militar indolente; todo el que no lo sea procurará, por lo tanto, modificarlo en lo posible, quedándose en razonable aptitud de desplegar alguna *ofensiva* en caso de ventaja.

Las posiciones de montaña están, como se ha visto, en los *valles* y en las *cumbres*. Ordinariamente, el *grueso* de la fuerza ocupa el *fondo*, ó como algunos llaman la *solera* del valle: mientras que pequeños destacamentos observan desde los puntos culminantes. Pero tambien se advirtió que no debe excluirse la combinacion inversa en ciertos países montañosos, en los que las comunicaciones principales ó más fáciles corren á lo largo de las cumbres.

En los valles ú hondonadas, la *posicion defensiva* puede tener una direccion perpendicular á la *corriente de agua* que determine su *fondo*, ó por el contrario paralela, desenvolviéndose á lo largo de la falda, ó, como técnicamente se dice, *á media ladera*. La primera cierra efectivamente el paso; pero algo cercena esta ventaja el inconveniente de la *dominacion* de los flancos en ambas vertientes, y la interrupcion, á veces grande, que la corriente de agua ocasiona en el centro. De aquí la necesidad imprescindible de ocupar las dos alturas. Por lo demás, esta especie de *posicion* entra en la de los *desfiladeros*, á los cuales por su importancia se destina á continuacion artículo separado.

Aun dentro de este primer caso, de ocupar trasversalmente el valle, puede haber dos situaciones opuestas: una dando frente al nacimiento ó *cabecera* del valle; otra, á la inversa, dándolo á su *desembocadura*. La primera suele ser desventa-

josa, porque los contrafuertes ó cuestas del pié de la montaña, en que generalmente se colocan las tropas, casi siempre están *dominadas* por las posiciones del enemigo. Este, al bajar de la cabecera siendo dueño del círculo de alturas, puede fácilmente envolver y flanquear. Algo se remedia tan grave inconveniente, adoptando para los *flancos* (que se procurará adelantar todo lo posible) una formacion *escalonada*, cubierta por talas ú otros obstáculos.

Si el defensor del valle apoya uno de sus flancos en un arroyo ó torrente, ordinariamente muy encajonado, deberá vigilar el lecho con suma atencion, no sólo cuando venga seco, sino aunque traiga mucha agua. Nunca dejará de ocupar la márgen opuesta; porque si se desdeñan por nimias ciertas precauciones, una columna enemiga quizá logre deslizarse por el lecho del torrente, casi siempre practicable, y tomar al defensor de flanco y de revés.

Generalmente las buenas posiciones con el frente á la *cabecera* del valle, no se encuentran sino en aquellos parajes en que otros valles y cañadas laterales ó secundarias vienen á confluir en el valle principal, sirviendo en cierto modo como de foso á aquellas posiciones. En este caso la pendiente de la montaña, sobre la cual se establece el defensor, es rápida hácia el enemigo; las comunicaciones por lo general están lejos, y á veces no conducen sino á la cabecera del valle inmediato; y entonces se pueden cortar estos caminos, lo que obligará al adversario á movimientos muy excéntricos, en los que perderá mucho tiempo, elemento esencial en la defensa relativa.

Entre las desventajas de estas posiciones en el fondo de un valle, la mayor es que casi siempre hay que ponerse á caballo sobre la corriente de agua central, y por grande que sea el número de puentes ó pasos que se establezcan, difícil será remediar el defecto. Conviene, pues, renunciar á tales posiciones sobre todo en valles algo anchos; porque es marchar á un descalabro inevitable, sin conseguir el resultado que se bus-

ca, que es detener, inmovilizar al adversario el mayor tiempo posible. Mejor será en tales casos retirarse desde luégo, y retroceder al punto más próximo en que el valle se estreche.

Las posiciones en el fondo del valle con el frente á la *desembocadura*, tienen por lo regular la ventaja de ser dominantes, porque tanto la solera del valle como las alturas que la circundan van gradualmente subiendo á medida que se remonta á la cabecera. Siempre conviene proteger los flancos con formaciones escalonadas á vanguardia; aunque bien se comprende que los movimientos *envolventes* del enemigo han de aumentar en dificultad y en amplitud, puesto que á medida que suba, la montaña vendrá á ser más escarpada é inaccesible.

Las posiciones que hemos dicho *á media ladera* con un valle que corra paralelo al frente se pueden considerar como inatacables de frente, porque el enemigo, expuesto al fuego dominante del defensor, está obligado primeramente á pasar el rio ó arroyo que corre por delante del frente, y cuando lo ha logrado, le queda que asaltar cuestas escarpadas y fuertemente guarnecidas. Por poca resistencia que se oponga, bien se ve que logrará rechazar todos los asaltos causando al enemigo pérdidas enormes. Solo, pues, con *ataques de flanco* se pueden forzar tales posiciones ó bien por medio de un *movimiento envolvente* se logrará que las evacue el defensor. Y como la ejecucion de un movimiento envolvente cuesta mucho tiempo, y el tiempo repetimos, es factor muy principal en la defensa, se puede concluir con seguridad que estas posiciones á media ladera son las que ofrecen más ventajas en país de montañas.

Los movimientos envolventes y de flanco son fáciles de contrarestar, y el encargo de prevenirlos y entorpecerlos puede darse al paisanaje, que guardará los pasos difíciles sin gran esfuerzo.

Las posiciones sobre una *cumbre* donde se reunan dos ó más valles necesitan, tanto en la defensa como en el ataque, fuerza relativamente considerable. La primera se guardará bien de abandonar con flojedad los puertos ó pasos, y apostará desde luego la *reserva táctica* en ellos mismos, lo más cerca posible del borde de la vertiente que mira al enemigo, y que se reforzará con trincheras, talas, etc. A la vez estas *posiciones* dan la ventaja al defensor de tomar la ofensiva, cuando le parezca oportuno, y llevar la guerra al territorio enemigo.

Respecto á las *cumbres* ó alturas, se comprende que las reglas para su eleccion, ocupacion y defensa han de variar segun su respectivo *perfil* (así se llama un corte imaginario ó seccion trasversal de la montaña); segun la mayor ó menor pendiente de las faldas ó *laderas*, y segun tambien la naturaleza cubierta ó rasa y la estructura del suelo que las forme. Este ángulo de inclinacion ó declive, es decir, el que la vertiente forma con el plano horizontal, determina sensibles diferencias. El de 45 grados, ó mitad del ángulo recto, se considera «técnicamente» como inaccesible ó impracticable; el de 42 grados, en terreno arenisco, es el límite casi para el cazador suelto; el de 35 es muy difícil todavía; el de 15 lo es para acémilas cargadas; el de 7 á 8 se considera como máximo para carruajes. De manera que puede llamarse declive, ó pendiente, ó rampa suave la que varía entre 8 y 15 grados; fuerte ó agria, desde 30 á 40.

Aquella favorece el fuego *rasante* y la reaccion ofensiva contra el que ataca: esta última perjudica bajo ambos aspectos. Visiblemente la primera, más casi que *defensiva*, está indicada como *posicion ofensiva*: mientras que la segunda, por lo que embaraza y dificulta los movimientos agresivos, convida á la defensa *pasiva* y absoluta. Por eso el sistema de alturas con alternativa de pendientes, con resaltos ó rellanos, bermas y escalones, da á la *posicion* un carácter *misto*, que concilia ventajosamente los dos extremos.

La de pendiente muy suave y descubierta (de 8 á 15 grados) se ocupa, ó técnicamente, se *corona*, disponiendo el grueso de la infantería á 40 ó 50 pasos lo más de la *cresta militar*, como suele llamarse á la *arista* ó línea, no muy marcada, de encuentro del plano de la *pendiente* con el de la *cumbre*, cima ó meseta. Sobre ella se establece la artillería, destinada á barrer con fuego *rasante* la rampa de subida. Mas, por suave y lisa que ésta sea, siempre tendrá algunos árboles, matas, hoyos y asperezas que utilizarán los buenos tiradores. Estos, al avanzar el enemigo, cuidan de replegarse por los flancos, para dejar libre el frente á la infantería de la cima que, despues de hechas sus descargas, bajará probablemente cargando á la bayoneta. Si lo hace, los tiradores y partidas francas no pierden la ocasion de acosar por el flanco al enemigo rechazado.

Como todo se compensa, en pendientes ásperas y escarpadas, que hacen el fuego de fusil y de cañon algo ineficaz por lo *fijante*, permiten en cambio al defensor echar á rodar troncos y peñascos contra el que va subiendo trabajosamente; y quizá ruede este mismo tambien, si al tocar la cumbre codiciada tiene corazon el defensor para usar bien la bayoneta y hasta la culata. Es, pues, el ataque de semejante *posicion* rudo y sangriento: el éxito depende en gran parte del arrojo individual del soldado, excitado por «el ejemplo del oficial.»

Entre estos dos casos extremos, que forman límite, la naturaleza da á las *posiciones* de montaña combinaciones de infinita variedad que seria prolijo describir.

Si un gran *rellano* corta la *pendiente* en dos, la defensa lo utiliza, dividiendo tambien su fuerza en dos trozos. Pero cuidando mucho de la *comunicacion*, para que al evacuar el escalon bajo, no sólo sea pronta y segura la *retirada*, sobre todo de la artillería que se hubiese establecido, sino que el frente quede al punto despejado, para la accion de las tropas, desde la *cresta* superior. Esta defensa escalonada hace el ataque más difícil y costoso, en el hecho de hacerlo doble.

Para evitarlo, debe el agresor, en cuanto se apodera del primer escalon ó resalto, procurar á toda costa que su tropa, sin descansar ni detenerse, siga la huella del fugitivo, para mezclarse con él, si es posible, y desordenar la defensa superior.

Contraataque.

Para que tenga buen éxito una reaccion ofensiva contra un enemigo que ha penetrado en un valle, es primera condicion reunir en el punto en que se efectúe superioridad numérica muy señalada, sobre todo cuando se dirija contra la cabecera del valle, porque la posicion dominante del adversario aumenta en este caso la potencia de su ataque. Por consiguiente no habrá probabilidades de éxito sino cuando el agresor disemine sus fuerzas ó cuando, por querer observar al pié de la letra ó exagerar el principio de concentracion, olvida ocupar los valles laterales. En este caso el defensor podrá usar las reservas tácticas que en ellos tenga apostadas, para atacar de flanco y á la vez envolver las fuerzas enemigas del valle principal.

Al ejecutar un contraataque, el defensor en las montañas tiene desde luego ventajas incontestables, y en la generalidad de los casos puede contar con resultados positivos y fáciles. Miéntras que la reserva *táctica*, las trincheras y otros obstáculos detienen y entorpecen el movimiento impulsivo, la reserva *estratégica*, aprovechando la posicion avanzada de una de las *líneas de maniobra*, va por un valle lateral y cae sobre el principal llevándoselo todo de flanco y de revés.

En ninguna parte mejor que en las montañas tienen los *movimientos envolventes* una influencia tan poderosa y decisiva. Ordinariamente el que se ve envuelto no dispone más que de una sola línea de retirada. La confusion que se produce á retaguardia en las reservas y convoyes se propaga rápidamente á las tropas. Cuanto más enérgico sea el ataque

y mayor por lo tanto la confusion, más se amilana y sobrecoje el soldado y el desórden cunde por todas partes.

Aunque fracase el contraataque, siempre tiene el defensor su retirada segura por la misma línea de maniobra lateral que ha seguido en su movimiento ofensivo y en la cual naturalmente encontrará excelentes posiciones de flanco. De modo que si le persigue el agresor, todavía puede el que se defiende escapar por una atrevida marcha nocturna y sacarle gran delantera sobre las líneas de defensa estratégicas situadas más atrás.

Evidentemente es necesario para esto enérgico teson.

El defensor podrá tomar audazmente la *ofensiva*, siempre que opere por su cuenta, ó que las fuerzas principales estén concentradas en su mano, ó en fin cuando el grueso del ejército de que forma parte avance resueltamente. Fuera de estos casos no será prudente extender muy allá la persecucion del enemigo derrotado, ni abusar ciegamente de la victoria. De todos modos siempre tiene el recurso de hostigar y aburrirle con algaras y rebatos contínuos, con agudas y repetidas puntas, que le debiliten y le obliguen á segregar del grueso de su ejército fuerzas considerables.

Fortificacion.

Puesto que en el capítulo siguiente se ha de tratar con extension este importante asunto, bastarán someras indicaciones.

Desde luégo en las montañas deben fortificarse con preferencia los puntos *centrales* que deban ocupar las *reservas estratégicas*, y que, como arriba se dijo, naturalmente serán las intersecciones de las líneas *de operaciones* con las *de maniobra*. Estas fortificaciones son indispensables para asegurar la posesion de dichos puntos importantes, cuando sean abandonados por las reservas estratégicas, al marchar contra el agresor directa ó indirectamente, sin cuidado por la retirada.

Estando generalmente los principales puntos estratégicos *dominados* por alturas próximas, su fortificacion debe ser algo extensa, tomando en algun caso el carácter de *campo atrincherado*. Pero debe huirse de la desproporcion entre el provecho y los gastos y fatigas, estudiando con detencion y estableciendo con tino los pequeños *fuertes* de la circunferencia; dejando para cuando los sucesos revelen su marcha, la construccion del *núcleo* ó fuerte central, que en circunstancias dadas, podrá llegar á constituir una verdadera *plaza* semipermanente, ó como otros dicen, *del momento*.

Muchas veces no será necesario construir este núcleo. Cuando en su proximidad no exista ninguna ciudad ni establecimiento importante, bastará para completar el sistema defensivo un fuerte central á manera de ciudadela ó reducto interior. Así deberá hacerse, cuando la posicion defensiva principal se escoja delante de una cordillera, con objeto de señorear el valle y las llanuras que se extienden á sus piés.

La configuracion, la extension y la relacion *estratégica* del terreno montañoso con los *teatros de operaciones* adyacentes, permitirán determinar el número de los frentes estratégicos, y si bastará en estos fortificar un solo punto central ó será preciso fortificar varios por la direccion de la línea de operaciones y la gravitacion hácia el interior del país.

Los puntos de las *líneas de operaciones* que merecen fortificacion más robusta ó *permanente*, son los estrechos *desfiladeros* que pueden fácilmente cortarse ó taparse; cuyo sostenimiento permita al defensor tomar la ofensiva, y que si cayesen en poder del agresor, aunque los guarnezca con débil fuerza, impedirian reacciones posteriores. Por lo demás, bien se comprende que, si el objeto es meramente cortar la línea de operaciones, basta dar á la fortificacion traza puramente defensiva, así como que permita la ofensiva, si ésta entra en las miras del defensor. En este último caso están, como se advirtió, los puntos de encuentro de las líneas de operaciones con las de maniobra.

Tambien deberán fortificarse como *desfiladeros* esos puestos y estrechas gargantas que den paso de unos valles á otros; y cuya posesion es de la mayor importancia para la ejecucion de los movimientos *de flanco* sobre las columnas del agresor, empeñadas y comprometidas en los valles.

Respondiendo al carácter general de la defensa en la montaña, que es defensa ofensiva, las fortificaciones indudablemente deben tambien prestarse á la *ofensiva*. Por la dificultad de la desenfilada en un terreno fragoso é irregular contra los terribles efectos de la artillería, sólo deberán fortificarse puntos que no puedan ser batidos de cerca por esta arma temible. Cuando tal condicion no pueda cumplirse, deberán emplearse blindajes y modernos procedimientos cubridores, como blockhaus, cúpulas y torres giratorias de hierro, abriendo en las rocas los alojamientos para la guarnicion, almacenes y repuestos, de manera que la magistral sobresalga poco del terreno.

Con la cuestion de *fortificaciones* visiblemente se enlaza la de *vituallas*, importantísima y capital en las montañas, donde no se puede recargar con un peso excesivo al soldado, que necesita todas sus fuerzas para vencer las dificultades ordinarias de la marcha en terreno áspero y fragoso: tampoco se puede contar con los escasos recursos de las aldeas y masías.

El abastecimiento de víveres y municiones tendrá que hacerse por convoyes que sigan á las columnas combatientes; pero contando siempre con numerosos y bien provistos almacenes en los puntos estratégicos más importantes. Además de los almacenes principales en la *base* y *linea* de maniobra, se establecerán otros depósitos anejos en ciertos puntos de interseccion de aquellas con las líneas de operaciones, no muy distantes entre sí y con preferencia en las obras de fortificacion permanente.

Así los fuertes de montaña no deben abastecerse exclusivamente para su *guarnicion* en el tiempo calculado de resis-

tencia, sino tambien para surtir de víveres y municiones á las *columnas* que operen en su proximidad. De manera que la magnitud ó capacidad de los fuertes dependerá, además de su objeto y destino, y de la configuracion del terreno, de la cantidad de *municiones* de boca y guerra que en ellos deban conservarse.

La guarnicion será lo más pequeña posible, para no mermar demasiado el efectivo de las tropas de operaciones: bastarán en general 40 ó 50 hombres; en compensacion mucha y poderosa artillería y elegir para guarnecer los fuertes, certeros tiradores. La eleccion de los comandantes ó gobernadores es de la mayor importancia, por lo que su carácter, valor y pericia pueden influir en la defensa. No se debe admitir en los fuertes soldados extraviados ó derrotados: porque el principal peligro de aquellos será, más que el bombardeo, el bloqueo y el hambre.

6. Ataque.

Despues de las extensas consideraciones sobre la defensa, se pueden acortar las referentes al ataque; puesto que para anular y vencer aquella, forzosamente se ha de amoldar á las disposiciones que en cada caso tome.

Citemos otra vez á Jomini: «La ofensiva contra un país de montañas presenta tambien una doble hipótesis: ¿se dirigirá contra un cerco de montañas que terminan en un vasto teatro de llanuras, ó acaso más bien contra un teatro particular enteramente montañoso?»

«En el primer caso sólo un precepto hay que seguir: que es el de amagar en toda la periferia de la frontera para obligar al enemigo á extender su defensiva, y forzar despues el paso por el punto decisivo que mejores resultados ofrezca. Este es un cordon débil en número, pero fuerte por las localidades que se trata de romper, y si es forzado por un solo punto lo es por toda la línea..... »

«Cuando se consideran las dificultades tácticas de una guerra de montañas y las inmensas ventajas que al parecer presentan á la defensa, se podria mirar como una maniobra la más temeraria, reunir un ejército numeroso en una sola masa para penetrar por un solo valle, y se tendria una tendencia á dividirla tambien en tantas columnas como valles practicables hubiese. Esto es, en mi sentir, una de las más peligrosas ilusiones que se pueden formar: no hay más que ver la suerte que tuvieron las columnas de Championnet en la batalla de Fossano para asegurarse de ello. Si hay cinco ó seis caminos practicables sobre el frente amenazado de invasion, es necesario inquietarlos todos para pasar la cordillera en dos masas á lo más y aún así, que los valles que deben recorrer no estén en direccion divergente, porque sufrirán un golpe, por poco que el enemigo esté dispuesto á recibirlas cuando desemboquen. El más seguro sistema es, al parecer, el que siguió Napoleon en el paso de San Bernardo: formó en el centro la masa más fuerte con dos divisiones de derecha é izquierda por el Montcenis y el Simplon, para dividir la atencion del enemigo y flanquear la marcha.»

«La invasion de los países que no solamente están cercados de montañas, sino que su interior ofrece tambien una série continuada de ella, es más larga y difícil que aquella en que se puede esperar un desenlace inmediato por medio de una batalla decisiva en la llanura; porque no encontrándose casi nunca en ellos campos de batalla en que se puedan desplegar grandes masas, la guerra se reduce á combates parciales. Allí seria acaso imprudente penetrar sobre un solo punto por un valle estrecho y profundo, cuyas entradas podria cerrar el enemigo y poner al ejército que penetrase, en una falsa posicion; pero se puede efectuar formando alas por dos ó tres líneas laterales cuyas salidas no estén separadas por grandes distancias, combinando las marchas de modo que se salga al punto de reunion de los valles con corta di-

ferencia al mismo tiempo, teniendo cuidado de expulsar al enemigo de todos los contrafuertes que lo separasen entre sí.»

En montañas, más que en llanuras, son fecundos para el ataque los resultados de una enérgica iniciativa. Pero es preciso ocultarla engañando al enemigo con falsos movimientos.

Así ántes que el defensor se haya dado cuenta y haya podido ejecutar las necesarias contramaniobras, el agresor podrá precipitarse como un torrente desde los altos á los valles, ocupando la reunion de dos ó más de estos.

Aun en el caso de que el ataque, partiendo de la llanura quiera penetrar en alguno de los valles que en ella desembocan, se podrá preparar este ataque ocupando las alturas que bordean el valle procurando apoderarse de éste haciendo avanzar cada una de las dos alas formada en escalones.

En compensacion de las incontestables ventajas que un *ataque* brioso tiene sobre la defensa *pasiva*, hay que tener en cuenta graves inconvenientes. No poder marchar por caminos abiertos y practicables, ó aunque los haya, vencer y allanar los obstáculos artificiales con que el enemigo los habrá cortado, para hacer la marcha tarda y dificultosa. Si para evitarlos se toman senderos extraviados aumentarán los obstáculos naturales, y se necesitará un gran vigor para no perder de vista el *objetivo* final.

Exigiendo la guerra de montaña una tension extraordinaria de todas las facultades intelectuales, morales y físicas, naturalmente ocurren debilidades parciales que pueden aumentar el desfallecimiento, cuando se quieran tomar con actos de vigor *posiciones* ventajosas y bien defendidas. El ataque de frente causará pérdidas enormes: el de flanco sólo podrá encomendarse á pequeños destacamentos que nunca ejercerán influencia decisiva en el combate. Si, para evitarlo, se envian gruesas columnas, necesitarán grandes esfuerzos, marcharán con lentitud y darán tiempo al defensor para lanzar sus reservas con oportunidad.

Siendo las montañas generalmente pobres no es posible la requisicion ó el sistema de vivir sobre el país, y crece la dificultad de provisiones si no se cuenta con almacenes fijos y móviles á retaguardia. Esta forzada dependencia embaraza y agarrota las operaciones, les quita rapidez y energía y las hace fatigosas, porque nunca se dispone sino de caminos detestables para carruajes y á veces para las acémilas. Estas nunca serán útiles más que para pequeñas tropas; pues si son grandes, formarán convoyes muy largos, incapaces de seguir los rápidos movimientos ofensivos. Esta dificultad de avituallarse, puesto que crece en razon directa del efectivo de las tropas, lo limita de suyo, y se ve que nunca podrá ser grande, sopena de verse inmediatamente paralizado por la imposibilidad de vivir.

Las dificultades de *despliegue* son manifiestas: es raro poder hacerlo con exactitud y empeñando en el tiempo oportuno la cantidad de tropas requerida para ejecutar el ataque. Miéntras que el defensor despliega á sus anchas en posicion escogida y preparada de antemano, dando á cada *arma* el lugar que más convenga á su accion; el que ataca tiene que avanzar en columnas profundas, que por los obstáculos de la marcha no llegarán con la debida convergencia ó concurrencia. De modo que no se puede aprovechar toda la ventaja de la superioridad numérica.

Agréguense las dificultades del *mando*, si hay que dar gran extension al frente de ataque y fraccionar mucho las fuerzas. El menor descuido en los preparativos, el más leve error en los cálculos para hacer concurrir á tiempo las columnas, puede dar lugar á un desastre parcial que haga abortar el plan general mejor combinado.

Es preciso por tanto determinar con matemática exactitud en las órdenes la marcha de cada columna, despues de bien examinados, los obstáculos que haya de vencer, y sobre todo fijar bien el punto hácia el que ha de dirigirse el verdadero ataque, cuando la vista no alcance á descubrirle.

El alejamiento de las diversas columnas y la dificultad de comunicaciones, hacen en muchos casos imposible la accion de un mando único. Cada una de las columnas debe por tanto comprender bien el cometido que le toca en el conjunto. Ocioso es añadir que el general en jefe ha de tener confianza en los comandantes de columnas: si estos no son vigorosos é inteligentes el ataque se malogra.

El mando superior ya no dispone de las columnas en cuanto salen de su mano: deberá pensar en todo con tiempo, puesto que luego será imposible corregir los errores del plan primitivo: faltas que en la llanura pudieran pasar como veniales, ó por lo ménos no traer consecuencias funestas, son orígen á veces en montaña de inconcebibles catástrofes.

Respecto á la *forma del ataque*, en montaña lo mismo que en llanura, no puede tener más que una de las tres consabidas; romper por el centro, envolver una ó las dos alas. En la primera, si el agresor, por amagos y demostraciones, ha conseguido aturdir, desorientar y diseminar y luégo arremete con impetu, no hay duda que el resultado será aún más completo que en el llano, y logrará coger prisionera la mayor parte de la fuerza defensora, dislocada y desmoralizada.

Si el ataque de frente es imposible hay que recurrir al medio de rebasar, flanquear y envolver una de las alas: movimiento, como se ha dicho, más difícil en montaña que en llanura, por no disponer de caminos adecuados en la direccion que se desea. Por último, para envolver á un tiempo las dos alas, se comprende que es necesario una gran superioridad numérica y áun así, verificar con mucho tino la concentracion de las diversas columnas; pues, por poco listo que ande el defensor, puede caer sobre alguna de ellas con fuerza relativamente mayor y producir por lo ménos sorpresa y perturbacion.

Resumiendo la escasa y oscura doctrina que de los libros, aunque sean buenos, puede exprimirse, resulta que en la

guerra de montaña, más que en otra alguna, al paso que se evite el ataque de frente contra ciertas posiciones y puestos, es recomendable la actividad maniobrera, la anticipacion, la prioridad, la iniciativa. La ventaja es siempre, no del que primero ataque, sino del que primero ocupe. Todo cuerpo de tropas que estacione mucho tiempo al descubierto, que se aglomere y estanque sobre un punto fijo en las montañas, cuanta mayor sea su fuerza y mayores, por consiguiente, sus necesidades, más inminente y segura tiene su disolucion y su ruina. Por más que á primera vista parezca lo contrario, ni áun la defensiva puede ser inerte, pasiva, absoluta.

La ofensiva, mucho ménos. Ya formen las montañas un simple obstáculo lineal ó barrera, que se deba salvar como largo desfiladero, para caer en el llano de la otra parte: ya constituyan el teatro de la guerra y el núcleo defensivo, la accion de la ofensiva debe ser eficaz, más aún que en las llanuras, por su energía por su iniciativa *estratégica*, si bien templada por gran mesura y circunspeccion *táctica* en las marchas, encuentros y combates. Si en la defensiva entra por mucho el *terreno*, la ofensiva requiere su exacto «conocimiento,» que no puede obtenerse sin contínuos, prolijos y acertados *reconocimientos*. Bien se ve que sin aquél y sin éstos, los amagos, las demostraciones, los falsos ataques y llamadas, tan recomendables para que el enemigo se esparza y desatienda los puntos codiciados, podrian llegar á ser una série de choques sin resultado, ó quizá una suma de sangrientos descalabros. Nada más frecuente, ni más censurable, en la guerra de montaña que la mania de tomar, y perder, y volver á tomar posiciones, dejándolas encharcadas de sangre, para estar al fin de la jornada peor que al principio, y quizá teniendo á la espalda más envalentonado al enemigo que ántes estaba al frente.

Si en la guerra de montaña influye con preferencia la estructura y naturaleza del *terreno*, no hay que desatender ideas

y elementos que se relacionan con la *organizacion* y con la *política*. Esta última, singularmente, acrecienta los embarazos al *constituir la guerra* y al proseguirla. Si unas veces conviene el sistema, hoy tan conocido en medicina, de «similia similibus,» ó de herir por los mismos filos, es decir, de contraguerrillas, de dispersion, de dislocacion; otras veces convendrá *localizar la guerra*, para establecer una *contravalacion* ó *bloqueo*, como hoy se dice, «hermético;» otras, en fin, obrar, como el ariete sobre una muralla, por golpes repetidos de una «masa» única y poderosa.

Demostrado hasta la evidencia cuán varia y complicada es la *guerra de montaña* en su esencia, todas las reglas que se quisieran deducir para sus *operaciones secundarias* y pormenores de ejecucion, forzosamente participarian de ese mismo carácter ambiguo y circunstancial. Ya se ha visto, por ejemplo, que nada es posible estatuir en absoluto sobre la conveniencia de la posesion separada de las *cumbres* y de los *valles*. Unos ú otros predominarán segun los casos; pero en todos su enlace es manifiesto, su correlacion visible, nunca se podrá maniobrar sino sobre entrambos á la vez. Aquí el *grueso* de la *columna* marchará por lo alto, y su gran *flanqueo* por lo bajo: allá, inversamente, patrullas, y áun fuertes *destacamentos de flanco*, cubrirán desde las cumbres el *grueso* que marche por el valle. Esta última será la disposicion más ordinaria. Segun tambien el espacio de que se disponga, la artillería con vivo cañoneo podrá apoyar un rápido despliegue, ó con más frecuencia, en valles encajonados, se tendrá que romper el ataque desde luego con las cabezas de columna. La índole de esta guerra prescribe *destacamentos*, amagos, *sorpresas* en la *ofensiva;* pero tambien á la *defensiva* le proporciona, en compensacion, continuas *estratagemas, lazos* y *emboscadas*. La inaccion es funesta; y tambien puede serlo la impaciencia, la inquietud atolondrada, el movimiento solo por moverse, sin *plan* y sin *objeto*. En llanura la vista va fija en la *vanguardia;* pasa por jefe cauto y previsor el que cuida de sus *flancos:*

todavía esto no basta en las *montañas*. Hay mucho que temer por la *retaguardia;* pero excusado es insistir respecto á lo desastroso de algunas *retiradas*, en el país, cuyos anales ilustran, en sus primeras y oscuras páginas, los nombres sagrados de Covadonga y Roncesvalles. De modo, que el movimiento es preciso, pero con exquisita precaucion, tanto en avance como en retirada. En esta última, especialmente, debe reinar íntima conexion entre todas las tropas del *valle*, de las *laderas*, de las *cumbres* para evitar grandes claros ó intersticios que pueda aprovechar el enemigo.

En la imposibilidad absoluta de defender, cubrir y tapar todos los pasos y accesos, la *defensiva* muestra su tino y prevision en discernir cuáles son los más *característicos*, sospechosos ó amenazantes. En los que se reunen y confluyen interiormente, ya se dijo que ha de situarse el *grueso* de las fuerzas, la gran reserva llamada estratégica: en los otros accesorios bastan reservas tácticas, *puestos* pequeños, bien atrincherados, con escasa guarnicion; muchas veces *avanzadas* y áun simples *avanzadillas* de aviso y alarma. En cuanto el agresor (á la manera que en el paso de un rio, véase cap. VII) señala y determina su verdadero *ataque*, todos los *puestos*, ya inútiles, se repliegan velozmente para no quedar cortados, y hostilizar incansables el *flanco* enemigo. Supuesto en el defensor minucioso *conocimiento del terreno*, casos habrá en que lejos de esperar *en posicion* al que le ataca, podrá salir á recibirlos con esa audacia que desconcierta al más templado. Se entiende que esto ha de ser dentro del *núcleo montañoso;* pues el que de las montañas baje al llano, ya sabe que le ha de esperar el enemigo en masa y concentrado al desembocar; por consiguiente ha de reunir á distancia conveniente las cabezas de sus columnas.

La interesante materia de este capítulo, que apenas dejamos desflorada en su abstracta generalidad, recibirá algun esclarecimiento confrontándolo con el V, destinado á Combates y Posiciones; bastan aquí estas ligeras indicaciones para

demostrar lo que únicamente nos proponíamos: la dificultad científica que ofrece la guerra de montaña en su direccion, es decir, en la parte elevada y *estratégica*, concerniente al comandante en jefe; la variedad de lances, realmente embarazosa y contradictoria, con que aturde y desespera á los que ejecutan; y como consecuencia, lo conveniente, lo indispensable no sólo del «estudio científico,» sino del ejercicio anticipado, para prevenir en lo posible las eventualidades de la práctica, en este ramo del arte, en que la «individualidad» se pone á prueba, desde el oficial subalterno hasta el coronel y el general.

Desfiladeros.

Desfiladero es voz técnica y propia de la milicia, que ha pasado, como otras varias, al lenguaje vulgar. En su sentido más lato, táctico y topográfico, se aplica á toda angostura, á todo paso estrecho, á cualquiera extension de terreno «oprimida ó dominada por dos obstáculos laterales,» y donde la tropa, al pasar, tiene que disminuir notablemente el frente de su formacion, tiene que *desfilar* ó marchar *en desfilada*, de donde procede el nombre.

Para el militar, por lo tanto, no es *desfiladero* solamente lo que por tal entiende el vulgo, es decir, un paso estrecho ó garganta entre dos montañas, sino tambien los vados, los puentes, los túneles, los caminos y carreteras sobre pantanos, entre bosques, entre una montaña y un rio, ó entre el caserío de una poblacion. En el país que cuenta en su variado territorio Termópilas como El Bruch, Pancorbo y Despeñaperros, las *maniobras en desfiladeros* tienen grave y especial interés.

Para entenderse, conviene distinguir los *desfiladeros* en largos y cortos. Los primeros son los que, excediendo mucho en longitud ó trayecto al alcance de las armas, se prolongan por algunas horas y hasta por algunos dias de marcha. Tales pueden ser los grandes valles y gargantas ó cal-

zadas á través de bosques, de terrenos pantanosos ó impracticables. En el otro grupo se cuentan puentes, vados, calles, y en general, pequeñas angosturas ó cañadas entre dos colinas. El *combate en las calles*, tal como se supone en el capítulo IX, es un ejemplo perfecto de operacion ó maniobra en *cortos desfiladeros*.

Esta maniobra sobre un desfiladero, en general, puede tener carácter *ofensivo* ó *defensivo*, es decir, se desaloja al enemigo para pasar, ó se defiende y mantiene para impedirle el paso. Como esto último es más frecuente, examinaremos con detencion algunos casos. La *ocupacion defensiva* de un desfiladero puede ser pasajera y momentánea, ó permanente y definitiva. La primera se ejecuta ordinariamente por una *retaguardia* que *cubre la retirada*. La segunda entra en la órbita de *operaciones secundarias*, en las que un cuerpo de tropas, ó gran *destacamento*, recibe órden terminante de conservar la posesion á toda costa y por tiempo indeterminado. En el fondo este es un caso particular de las *posiciones*, explicadas con generalidad en otros capítulos, y en el que entra como poderoso auxiliar la fortificacion de campaña. No nos detendremos, pues, en discutir al por menor las condiciones defensivas de cada *desfiladero*. Será excelente el constituido por dos bosques, en que se pueda *cruzar* fuegos y *atrincherarse;* y será muy desventajosa una calzada, ó diquè, ó viaducto entre dos grandes lagunas ó pantanos impracticables.

La ocupacion con objeto *ofensivo* tiene lugar para asegurar el paso de un ejército que avanza contra el enemigo. Concierne, por lo tanto, á la *vanguardia*. Construir una *cabeza de puente* (V. caps. VII y IX) es un ejemplo de *ocupacion ofensiva*.

Un *largo desfiladero* admite en general tres modos de *ocupacion defensiva:* estableciéndose delante, en el interior ó á la salida.

Una tropa que no disponga del tiempo ó medios necesarios para atrincherarse, toma delante de la entrada una disposi-

cion semicircular, apoyando las alas á retaguardia en los obstáculos locales que presente la *boca del desfiladero*. Por ejemplo; en un valle ó garganta las primeras alturas ó estribos; en un camino entre bosques, los primeros manchones y matorrales. En tal disposicion la artillería se distribuye donde esté más segura y obre mejor; donde cruce y acumule fuegos, sea en las alas ó en el centro. La caballería, siempre detrás, reunida y cubierta en lo posible, espía el momento de cargar *por el flanco* á la columna enemiga que avance. Bien se comprende que una *posicion* de este género lo mismo puede tomarla una *retaguardia* al cubrir retirada, que la *vanguardia* de una tropa en marcha ofensiva.

Y haremos aquí tambien una advertencia, repetida pero necesaria, sobre la diferencia que existe entre muchas operaciones de guerra evidentemente análogas y semejantes, segun se hagan, «en grande ó en pequeño,» con *ejércitos* pesados y numerosos ó con ágiles y cortos *destacamentos*. Sabido es que, para un gran *ejército*, se tiene por *posicion* mala ó defectuosa aquella que, con buen frente, tiene un *desfiladero* á la espalda. Napoleon I dice en una de sus máximas, en que con tanta frecuencia buscamos ilustracion y autoridad: «Es contrario á los usos de la guerra hacer entrar los parques y la artillería gruesa en un desfiladero, de cuya extremidad opuesta no se haya uno apoderado: en caso de retirada se embarazarán y son perdidos. Se les debe dejar en posicion con escolta conveniente hasta ser dueño de la desembocadura.» No hay para qué demostrar el inmenso desastre que á un *gran ejército* puede acarrear el verse rechazado, acorralado sobre la estrecha boca de un largo desfiladero. Pues esta operacion, que el *arte* proscribe en absoluto para los *ejércitos numerosos*, la encarga, sin que por eso pierda su peligro relativo, á pequeños cuerpos y *destacamentos*. De cualquier modo que se verifique, sea en defensiva, porque toda retirada es funesta; sea en ofensiva, porque el avance es dificultoso á causa de no

poder desplegar, el *paso de un desfiladero* nunca es fácil; pero la razon dicta que no hay comparacion entre la voluminosa *impedimenta* de un gran *ejército* y el escaso bagaje de un *destacamento ó columna volante*, que, para mayor movilidad, suele dejar al desprenderse del grueso todo lo que abulta y embaraza, incluyendo á veces hasta lo indispensable, como la mochila y la grupa.

En grande y en pequeño, es indudable que el defensor á la *entrada de un desfiladero* lleva implícitamente esa desventaja inicial y casi constante en la guerra del que espera y se defiende. No hay, pues, más remedio que suplir y compensar con *táctica* y *valor* lo desventajoso que la *maniobra* envuelve en sí. En ella justamente no hay eleccion de terreno: forzoso es acomodarse, clavarse al suelo. Irse muy adelante, es buscar voluntariamente el ser envuelto y cortado; es desatender el *objeto* esencial, que cabalmente estriba en que el enemigo no se anticipe y guarnezca ó corone la entrada. Más vale, cuando ya no se pueda resistir el empuje, iniciar á tiempo el retroceso, retirando despacio la artillería y el escaso bagaje que se lleve, y, miéntras una parte escogida corra á establecerse en el interior ó á la salida, verificar el repliegue con la calma y el órden posibles, comenzando por las alas ó por el centro, segun convenga. A la *extrema retaguardia* es á quien toca el peligroso honor de terminar la maniobra con felicidad, dando tiempo á que su tropa se aleje.

Pasemos al caso en que el *desfiladero* se defienda en el interior. Si se dispone de tiempo y medios para *atrincherarse*, la operacion puede ser lucida; y algo ayudarán para comprender lo que debe hacerse, los someros apuntes del capítulo IX y de la lámina II. Pero aunque no los haya, con utilizar bien la *estructura* natural del terreno, será posible detener ó embarazar al enemigo. Siempre que los *flancos* se apoyen en obstáculos realmente insuperables, como escarpes verticales

ó grandes lagunas, se tiene ya ganada la mitad de la partida; pero cuidando mucho de guardar, no sólo las alturas, sino los senderos que lateralmente desemboquen. Miéntras dura el *paso* ó la *ocupacion*, el servicio de *descubierta, exploracion* y *flanqueo* dobla en fatiga y dificultad. Un destacamento de tres batallones, por ejemplo, envia uno entero, con el que ordinariamente va el jefe superior en persona, á que se escalone y establezca, á que *corone* alturas y tape boquetes sospechosos. Si la ocupacion ó el paso es largo, hay que relevar á esta gente cansada y rendida de tanto trepar y bajar al cruzar barrancos trasversales. Como no puede haber *flanqueadores* ordinarios á larga distancia, y por el contrario se embeben, lo que resulta es un *flanqueo* peligroso, hecho «en grande escala» por toda la *columna* á la vez.

Naturalmente una *vanguardia en ofensiva* nunca tiene que pararse dentro de un desfiladero: quien tiene que hacerlo es la *retaguardia* que ántes dejamos acorralada contra la boca, ó el *destacamento* especial destinado exclusivamente á *mantener la posicion* por tiempo indeterminado. En ambos casos la artillería bien manejada, y sobre todo bien sostenida, puede hacer gran servicio en el *fondo* ó centro del *desfiladero* por angosto que sea; en resaltos y mesetas laterales, donde quizá podrá cubrirse fácilmente con ligeros *espaldones*, y sostenerse con diestros tiradores por arriba y por abajo.

Por último, una tropa en las mismas condiciones anteriores puede tener que defender, esto es, impedir la *salida* del desfiladero. Su disposicion entónces debe ser cóncava, es decir, en escalones con el centro retirado y las alas avanzadas, apoyadas en los obstáculos que ofrezca la *desembocadura*. En una garganta ó cañada serán las últimas alturas ó laderas; en un puente, las orillas del rio. La artillería, á medio tiro de distancia si es posible, *enfila* por el eje del desfiladero, arroja granadas de metralla contra el enemigo, que naturalmente estará aglomerado dentro. Sino, toma colocacion lateral para

cruzar fuegos sobre la salida. La caballería, bien se ve que ha de estar recogida hácia las alas, para cargar, siempre *de flanco*, á la primera columna que desemboque.

El ataque, ó *paso ofensivo* de un desfiladero, tiene, como es consiguiente, los tres casos inversos que para la defensa quedan mencionados. En el primero, cuando el defensor aguarda cubriendo la entrada en disposicion convexa ó semicircular, lo primero que indica la regla fundamental de todo ataque, es «no hacerlo de frente:» tantear, amagar, distraer, circunvalar, buscar sendas, entretener con tiroteo, miéntras una *reserva* cubierta se lance á paso largo y se apodere de la entrada. Si esto no es posible, y el terreno es descubierto, hay que empujar de frente. La artillería se encarga de abrir paso. Concentrada en una sola batería, avanza con resolucion hasta buen tiro y despeja ó *bate en brecha* la puerta del desfiladero. A su espalda, y mejor á un flanco, se dispone la tropa de ataque, que no se lanza sino á su debido tiempo. El terreno cubierto modifica esta maniobra, imponiendo más cautela y circunspeccion.

Si las piezas no pueden avanzar, ni obrar juntas y eficazmente como *batería de brecha*, hay que encargar la primera tarea á la infantería, que irá abriendo camino poco á poco á los artilleros, hasta ponerlos en las condiciones anteriores. Al refugiarse el defensor atropellado en el desfiladero, es cuando puede la artillería *enfilarlo* y utilizar sus granadas. En algun caso convendrá al vencedor entrar revuelto con él; pero si el desfiladero es corto, la prudencia aconseja no comprometer el grueso hasta que la *extrema vanguardia* estacione en la *desembocadura*. De todos modos, si es largo, las tropas entran escalonadas en lo posible.

Cuando el desfiladero está defendido en el interior por tropas serenas, que hayan tenido tiempo y habilidad para *establecerse* con prevision y solidez, el ataque es penoso, largo y sangriento. Con tales condiciones no hay que pensar razona-

blemente en ataque sério, sino lo más en amagos de flanco; y la embestida de frente, puesto que el despliegue es imposible, toda pesa sobre la *cabeza de la columna*. Algo podrá hacer la artillería del ataque; pero más hará de seguro la defensora, que si no ametralla de flanco á media ladera, enfila á la columna de la cabeza á la cola. La maniobra no puede ser más árdua. Si á toda costa los tiradores no procuran trepar ó amenazar el flanco, y distraer algo del centro ó fondo al enemigo, por mucho que se reiteren los ataques no se ve «teóricamente» probabilidad de éxito.

Pero más difícil es, si cabe, forzar la *salida de un desfiladero* contra un enemigo bien resuelto á impedirla, en la forma atrás explicada. Solamente una exigencia suprema, ineludible, ó una gran superioridad numérica, puede imponer á una tropa, por brava que sea, esta sangrienta prueba.

CAPÍTULO IX.

FORTIFICACION DE CAMPAÑA.

1. Consideraciones.—2. Reglas generales.—Nomenclatura.—3. Revestimiento.—4. Defensas accesorias.—5. Aplicaciones más usuales.—6. Ataque y defensa.—7. Demoliciones.—8. Combates en las calles.—9. Resúmen.—Sitios de plazas.

1. Consideraciones.

Suele definirse y entenderse la fortificacion «en general» de una manera tan incompleta ó inexacta, que las ideas se tuercen y resabian, contribuyendo quizá á mantener esa especie de indiferencia ó repulsion de algunos militares á este importante ramo del *arte de la guerra*. Para desvanecer en lo posible, para rectificar y esclarecer algunas opiniones erróneas que cunden en las filas y fuera de ellas, no es inoportuno exponer ciertas consideraciones generales, con la brevedad y sencillez que la índole de este libro impone al tratar las más árduas y espinosas doctrinas.

Ordinariamente se dice que la *fortificacion* tiene solamente por objeto: «cubrir y flanquear;» ó bien «ver sin ser visto y herir sin ser herido;» ó, en fin, «defender á pocos de mu-

chos.» Todo esto es limitado, exíguo. Por *fortificacion*—en toda su latitud—debe entenderse: «la mejora, preparacion ó modificacion del *terreno* para la *guerra*, que produzca, no sólo embarazo, entorpecimiento, retardo y aniquilamiento en la fuerza enemiga, sino ventaja, holgura y acrecentamiento en la propia.»

Admitida, con toda su abstracta vaguedad, esta definicion ámplia y fecunda, se ve que la *fortificacion* juega lo mismo hombre contra hombre, que ejército contra ejército, que nacion contra nacion. El círculo del significado técnico debe comprender, desde la *trinchera-abrigo*, desde la *cortadura* que hacen en minutos unos cuantos gastadores en vados, puentes ó desfiladeros, hasta los profundos fosos y robustas murallas de las *grandes plazas de guerra* en que se invierten siglos, talentos y tesoros. Esta *fortificacion en grande*, llamada *permanente*, está en todos los países, por lo complejo y costoso de su teoría y práctica, á cargo exclusivo de un cuerpo especial, que en todos ellos se distingue por la modestia excesiva que acompaña á su profundo saber. Quizá de aquí provenga que, no divulgándose y popularizándose en las filas, y en la sociedad misma, ciertos principios generales, despojados de su escabrosa tecnología, el oficial de las armas generales, áun con alta graduacion y larga experiencia, y el hombre político al llegar á ser hombre de estado, mantengan cierto recelo sistemático, cierto alejamiento de los más usuales y socorridos elementos del arte de *fortificar*. Fácil es demostrar todo lo que ese desden, y antagonismo en algunos, tiene de infundado y perjudicial.

Admitido que la fortificacion «en toda su generalidad» tiene por objeto y fundamento «modificar ventajosamente el terreno,» y dada á esta última palabra la significacion extensa del capítulo X, se ve que no puede existir sin la geostrategia, llamando así á la estrategia aplicada al suelo, sin la topografía, sin el conocimiento «anterior y razonado» de su estructura, de sus formas generales y locales, de su relieve y

accidentes. Pero si el *terreno* constituye la base, ó por decirlo así, la materia primera, ¿qué es la *fortificacion* sino la *ciencia de las posiciones*, base tambien y principio del *arte de la táctica?* Efectivamente: la *fortificacion* y la *táctica* se enlazan sin confundirse; se engranan sin entorpecerse; se completan mútuamente; marchan, crecen, juegan con el mismo fin, en el mismo teatro, con reglas casi idénticas por lo análogas.

Esta íntima y fecunda conexion, á pesar de ser tan clara como la luz y tan antigua como la guerra, dista bastante de estar universalmente reconocida. Y quizá estribe mucho en el sentido variable que las palabras tienen, cuanto más usuales y repetidas son. *Posicion* en la guerra, ¿es otra cosa—como atrás se dijo—que el terreno *tácticamente* escogido para aumentar «el efecto de las armas ó el valer de los hombres;» para dar mayor vigor, incremento y energía á lo que llamamos abstractamente *fuerza?* Miéntras que esta *posicion natural*, es decir, este *terreno*, la mano del hombre no lo modifique, terreno se queda más ó ménos utilizable, segun lo hizo la naturaleza; pero en cuanto suceda lo contrario, sea con sujecion á reglas, á instinto ó á lo que se quiera, la *posicion*, el nuevo *terreno artificial* se convierte de hecho en *fortificacion*.

No es de este lugar, y atenuaría la absoluta generalidad de estas ideas, entrar en sutiles y técnicas distinciones sobre la fortificacion *permanente* ó *pasajera*, perpendicular, atenazada, poligonal, etc., indispensables para el estudio de la *ciencia;* pero lo que se deja entender, sin necesidad de profundizarla, es que la *posicion*, modificada ó no por la mano inteligente del soldado, prescribe para ser tal, *defensa*, esto es, «presencia y accion del hombre sobre ella;» porque si no será simplemente *obstáculo*. Un puente ó un vado que se corta y se abandona, retardará y embarazará por sí sólo el movimiento agresivo de una tropa; pero es forzoso que este entorpeci-

miento éntre y juegue «en la esfera táctica del combate y de las armas,» para que pueda considerarse como *fortificacion*. La idea, pues, de *ataque* y *defensa*, de *combate*, ó en una palabra, de *maniobra*, es siempre implícita, correlativa, inseparable de *fortificacion*. Es indudable que en ella el obstáculo, «la dificultad de acceso» impone atencion preferente, pero de ningun modo única y exclusiva: favorecer, acrecentar, multiplicar el efecto de las armas, miéntras el enemigo vence la dificultad de acceso, es su fin más importante, fecundo y decisivo. Tal podrá ser esta dificultad, tal el artificio y «poder defensivo» de la *fortificacion*, que el enemigo fallezca y sucumba en su empresa desde luego; ó que, á consecuencia de graves pérdidas sufridas, no sólo se restablezca el equilibrio numérico y material, sino que se incline del lado del fortificador. Este entónces saldrá de su fortificacion; la abandonará como un escudo, como un *arma*, que ya no le es necesaria: así como cesa el fuego cuando quiere combatir al arma blanca, y proseguirá en otro *terreno* su movimiento y su victoria.

Un ejemplo todavía para mayor claridad. Pancorvo, Despeñaperros, tal como están hoy, son *posiciones:* una simple *cortadura*, la *cabeza de un puente*, la *voladura* de un arco, unos *reductos*, la «modificacion,» en fin, por la mano y la voluntad militar, los convierte en el acto en verdaderas *fortificaciones*, es decir, en terrenos, en posiciones fortificadas; pero sería un error llamar ni tener por *fortificacion* esos obstáculos, amparos ó entorpecimientos, si no hubiese precedido á su artificiosa disposicion y construccion la idea capital de una *defensa* más ó ménos inmediata y activa. De lo contrario, el embarazo, el obstáculo nunca puede entrar en el concepto de *fortificacion*, sino en el de otros medios de hacer daño, en que la guerra abunda, como cortar un convoy, interceptar un correo, quemar forrajes y talar territorios. Los rusos, en 1812, «modificando el terreno» en Moscow, y aniquilando á Napoleon I, no «fortificaban» seguramente.

Y aquí viene un raciocinio que se eslabona con el anterior: puesto que la fortificacion, ó sea la posicion militar modificada y mejorada, no tiene razon de ser sin tropas que la guarnezcan, cubran, maniobren y defiendan, la *fortificacion* no puede existir sin la *táctica*.

Y en efecto, no existe. Toda tentativa de alejamiento y divorcio entre la *fortificacion* y la *táctica* sólo puede conducir á lamentables extravíos, que el raciocinio advierte, que la historia comprueba; pero que, desgraciadamente, no corrigen ni escarmientan.

Queda, pues, establecido que la *fortificacion*, si no hija, es hermana menor de la *táctica*, en cuanto modifica y mejora el *terreno* que ésta conquista ó defiende. Consecuencia lógica es, que ni el ingeniero puede ignorar los fundamentos variables de la *táctica*, ni el oficial de fila dejar de saber algunos «rudimentos» de *fortificacion*.

Hay más. De los tres elementos constitutivos de la guerra, que son los *hombres*, las *armas* con que se baten y el *terreno* sobre que maniobran, los dos últimos, como materiales, son susceptibles de arte; pero adviértase bien, que en el momento en que el terreno sale de manos de la naturaleza ó del hombre civil para entrar en las del «hombre de guerra,» y éste, con sus *obras de fortificacion*, aumenta y multiplica su valor y condiciones *tácticas*, esto es, ofensivas y defensivas, el tal *terreno* podrá hacer veces de *arma:* ofrecerá un *arma nueva;* pues no cabe duda que una *tala*, una *trinchera*, un *foso*, un *muro*, que detiene largo tiempo al enemigo bajo el fuego mortífero de un batallon, es en rigor el fuego mismo de ese batallon «multiplicado» por dos, por cuatro, por diez; por un coeficiente ó multiplicador variable, que son los minutos ó el tiempo en que obra á mansalva sobre el enemigo á quien detiene. Pudiera decirse que dispone de un arma nueva, ó más perfecta, ó más mortífera: ó en fin, que «acrecienta y multiplica el valer y *efecto* de las suyas ordinarias.»

Hé aquí, pues, cómo la *fortificacion* tiene ó puede tener su más vasto, importante y esencial significado de *arma*. El de *arte* sólo conviene á la reunion de reglas dictadas por la observacion y el raciocinio, y antiguamente tambien por la preocupacion, la rutina y hasta por el capricho algunas veces.

Al oficial de fila se le recomienda en el capítulo V que, para estudiar con provecho el arma en que sirve, conozca ciertas propiedades generales y tácticas de las otras *dos*: y por lo dicho aquí, debe entenderse de las otras *tres*. Positivamente: dejando al ingeniero que cultive, con ayuda de otras ciencias, su estudio especial y profundo de la *fortificacion* como *arte*, el oficial de las armas generales no puede prescindir de tocarlo como *arma*, que debe conocer y saber usar. Porque si la *fortificacion* es *arma* necesita quien la maneje. La *fortificacion* sin *defensa* bien se ve que es incomprensible: sería el cañon sin artillero que lo sirva, la lanza sin jinete que la enristre. Si la fortificacion—esto es, el terreno preparado con el arte—requiere para convertirse en «elemento activo de guerra» la intervencion del hombre armado, es decir, de las *otras armas*, irremisiblemente tiene que sufrir, entre sus condiciones técnicas y estratégicas, las que le imponga la *táctica*, árbitra y reguladora de los movimientos de los hombres, de la eleccion y juego de sus armas, de la eleccion y aprovechamiento del *terreno* más favorable á ellos y á ellas.

Por lo demás, es de esperar que estas ideas, que nada tienen de nuevas ni mucho ménos de atrevidas, no servirán de alimento á esa cuestion eterna y estéril de «precedencia» entre la *táctica* y la *fortificacion*, que ha producido algun perjuicio más que el de perder tiempo y papel. Como todas, ó las más, esta cuestion proviene de no quererse entender.

La fortificacion—hay que confesarlo—sufre las oscilaciones é incertidumbres de otros varios ramos del *arte de la guerra*. El exajerado empeño que ántes se ponia en «construir» hoy lo ponen algunos en «demoler.» Desde las guerras napoleónicas que se dió en llamar nuevas, por oposicion á las

viejas ó anteriores de *sitios* y *puestos*, empezó á cundir, entre los que todo lo acogen sin exámen, un cisma peligroso. Algunos profetas, derribando los viejos ídolos, quieren hacer ver en lo que ántes era «escudo,» ahora techumbre que aplasta; en lo que antaño, y siempre, robustecia y amparaba, hoy lo que «enerva y embaraza;» en los muros torreados que sirvieron de cuna á algunos pueblos (como España), de reparo á muchos y de salvacion á «todos,» quieren hacer ver, repetimos, á los ejércitos tumbas entreabiertas, que los han de tragar sin esperanza ni gloria.

Lo singular es, que de los modernos adelantos de la *táctica* y de la *guerra*, y de la flexibilidad con que á ellos deba plegarse la *fortificacion* no sale, si se raciocina con criterio, ni el desmantelamiento atolondrado, que algunos proponen contra la *permanente*, ni la proscripcion que otros decretaban contra la *pasajera*.

Cabalmente, abriendo las máximas de Napoleon I, del que gratuitamente se supone «aborrecedor de la fortificacion» en su calidad de gran estratégico y batallador, se leen las siguientes:

«Las plazas fuertes son tan útiles para la guerra ofensiva, como para la defensiva. Es indudable que ellas por sí solas no pueden detener á un ejército; pero dan excelente medio de retardar, entorpecer, debilitar y molestar al enemigo vencedor.»

«Los que proscriben las líneas de circunvalacion y todos los auxilios que ofrece el arte del ingeniero, se privan voluntaria y gratuitamente de una fuerza y de un medio auxiliar que nunca son nocivos, casi siempre útiles y muchas veces indispensables.»

«Las fortificaciones de campaña son siempre útiles, nunca perjudiciales, si están bien entendidas.»

«En una guerra de marchas y maniobras, para esquivar una batalla contra un ejército superior, hay que atrincherarse todas las noches y situarse en buena defensiva. Las posi-

ciones naturales que ordinariamente se encuentran, no pueden abrigar sin el socorro del arte contra la superioridad de un ejército más numeroso.»

Es, en efecto, una vulgaridad insostenible, una verdadera blasfemia que la *fortificacion* bien entendida y oportunamente aplicada embarace, acobarde, ni enerve las tropas. Para suprimir la fortificacion en las guerras venideras, hay que suprimir lógicamente el *terreno*, las *posiciones* y hasta los lugares habitados, que ella cubre, mejora y defiende. Esas guerras tendrán lugar, sin duda, en la monótona llanura del desierto: y el *arte de la guerra* tendrá por progreso retroceder al estado en que lo conservan los beduinos, heredado de aquellas innumerables hordas asiáticas que chocaban sin más concierto que las olas encrespadas del Océano.

Si se acepta como exacto lo que expuesto queda, acerca de la fortificacion considerada como *arma;* si se reconoce su coexistencia, paralela ó subordinada (poco importa) con la *táctica*, y su influencia eterna, visible, sobre la *guerra*, fácil es discurrir con acierto y buscar estudio provechoso en la fortificacion como *arte*. Arte—segun Balmes y segun todos—es «el conjunto de reglas para hacer bien una cosa.» Si el oficial ha de cultivar con fé y esmero el *arte de la guerra*, y en él entra, como parte integrante é indefectible, *el* de la *fortificacion*, no es voluntario, sino forzoso que lo comprenda y use, en aquella proporcion sencilla y racional que le compete y que para nada se roza con las matemáticas, ni la arquitectura. Y no hay que desmayar por la inundacion, realmente aterradora, de opiniones, libros y *sistemas:* el arte de la guerra por entero, táctica, administracion, artillería, organizacion, todo sufre los embates de la impaciencia y de la ignorancia, las oleadas de la discusion, el mareo de la incertidumbre. Razon mayor para buscar la verdad entre los sofismas de unos cuantos estratégicos demoledores y batalladores decisivos, que quizá se fingen ateos para evitar las molestias

del estudio y meditacion. Hoy algunos todavía casi proscriben la *fortificacion* como *arte* y como *arma* inteligente, en nombre de ese principio que adora y preconiza el empuje ciego, el armamento general, la multitud numérica, la masa, la fuerza..... ¡Singular manera de aumentar *fuerza* desprenderse de lo que la da!

Es probable, sin embargo, que seguirá en lo porvenir siendo cierto y provechoso, lo que lo ha sido, desde las famosas líneas de contravalacion de Escipion ante Numancia hasta los atrincheramientos de nuestras últimas guerras. El «mover la tierra,» esa excelente y práctica *fortificacion* que se llama *pasajera, del momento, improvisada, rápida, expedita* que el ingeniero á veces «traza,» pero que la infantería «construye, ataca y defiende,» formará, en todas épocas, un ramo preferente de la *educacion militar,* y ofrecerá *en campaña* recursos inagotables al talento y al valor.

Repetimos—por temor de que se interpreten nuestras palabras—que el oficial de las armas generales ni puede, ni debe convertirse en ingeniero: y tan léjos estamos de pretender abrumarle con pesados in-fólios, que recomendaríamos, si tuviéramos autoridad, la expulsion de las bibliotecas, de aquella vieja fortificacion puramente *teórica,* que vive, ó quiere vivir por sí sola, sin dependencia, ni conexion con la *estrategia,* ni con la *táctica,* ni con la *topografía,* ni con la *guerra,* ni con la *política:* fortificacion cultivada antiguamente por hombres del estado civil y hasta del eclesiástico, que no presupone terrenos que la sustenten, ni soldados que la defiendan, ni ejércitos y pueblos con quien combinarse.

La fortificacion, tal como queda definida, puede ser *móvil, ofensiva,* por extraña que parezca esta palabra. ¿Qué son, si no, las humildes *trincheras* que se desenvuelven, culebrean, embisten y concluyen por tomar una *plaza fuerte* que prefiere estarse quieta?

La fortificacion, singularmente la de *campaña*, no es impracticable por costosa; no implica ideas absolutas de «defensa y conservacion,» ni acude siempre en auxilio de la «inferioridad numérica ó moral,» ni tampoco corrige la flojedad ó la cobardía. Las malas tropas, tan malas ó peores son detrás de *parapetos* que en campo raso. En la guerra nada hay absoluto: ni la «destruccion,» ni la «conservacion.» El que ataca procura «conservarse y cubrirse:» el que se defiende «se conserva ofendiendo.» Estas dos ideas gemelas de *ataque* y *defensa* son, como se ha dicho, inseparables, correlativas, solidarias, y á entrambas responde simultáneamente la *fortificacion* bien entendida.

En una profesion, como la nuestra, en que el primer voto es el desprecio constante de los riesgos; la bravura personal, y áun su apariencia sola, cubrirán siempre con espléndido manto de gloria muchos arranques punibles de impericia, imprudencia ó despecho: lamentable sería que esta calorosa recomendacion del *arte* y del *uso* de la *fortificacion* quedase tan estéril en resultados como las pragmáticas sobre el duelo; pero es conveniente llamar la atencion del jóven oficial con este preámbulo, excesivo quizá, hácia un ramo importante y descuidado del *arte de la guerra;* sobre el cual las siguientes brevísimas indicaciones sirven meramente como de índice no completo, para despertar, ya que no aficion, curiosidad; y que esta impulse á buscar, en los modernos tratados especiales, más extensa y provechosa instruccion.

2. Reglas generales.—Nomenclatura.

El *comandante de un puesto,* con arreglo á las instrucciones que reciba, debe concentrar su atencion en aumentar su fuerza, tanto facilitando su defensa, como disponiendo obstáculos que embaracen, retarden ó anulen el *acceso* y el *ataque* del enemigo. La *fortificacion de campaña* bien entendida llena ambos objetos.

Fortificar un puesto no es precisamente «construir obras,» sino aprovechar con tino y modificar con arte los accidentes y circunstancias locales, ya del *terreno,* ya de los *edificios,* ó de sus ruinas mismas.

Excusado es advertir, que sin el propósito y la «resolucion anticipada» de una *defensa* vigorosa, está demás acumular esfuerzos y recursos, así del *arte* como de la naturaleza. Por muchos obstáculos que se interpongan, si se dejan inertes ante un enemigo emprendedor, pronto los salvará y dará cuenta de la floja guarnicion del puesto.

Su jefe, pues, necesita sagacidad, sangre fria y buen discernimiento para emplear los recursos del arte y aprovechar los muchos que, en circunstancias críticas, atesoran «los hombres, las armas y el terreno.»

Lo primero de todo es *reconocer* este último con mirada serena y previsora. Si, por resultado del exámen en conjunto se cree conveniente construir una pequeña *obra de campaña,* véase bien ántes si bajo tal aspecto satisface á estas principales condiciones: responder al objeto *táctico* á que se le destine; ofrecer la extension ó espacio necesario para la obra que se proyecta; tener en sí los materiales ó medios indispensables para la construccion; presentar «acceso difícil y retirada fácil,» y por último no ser dominado.

Dominacion en el tecnicismo de ingenieros, vale tanto en general como «elevacion relativa de un lugar ó de una *obra* sobre otra.» Claro es que puede *dominarse* sólo con la vista, es decir, más lejos ó fuera del alcance de las armas; con el cañon y con el fusil; y tambien, segun la situacion, una obra es *dominada* de revés, ó por la espalda, de flanco y de frente. Cuando el ingeniero no es dueño de elegir punto para el *asiento* y construccion de una obra, y el suelo que se le fija sufre *dominaciones,* es decir, tiene cerca lo que tambien se llama *padrastros,* puntos *dominantes* y *peligrosos,* acude á los recursos que le da una parte de su ciencia que se llama *des-*

enfilada; pero el *comandante de un puesto* ni tiene que cultivar en teoría este ramo de geometría descriptiva, ni probablemente ocasion holgada de practicarlo. Bástele saber que debe evitar en lo posible la cercanía de peñas elevadas, cerros, campanarios, palomares, ermitas y áun árboles copudos. Unas veces convendrá demoler la ermita ó cortar los árboles: otras, será mejor dar un poco más de *relieve* á la *obra* ó construir algun *espaldon* ó *través*, es decir, un macizo interior de tierra, cestones ú otros materiales meramente para cubrir, ó mejor, tapar; otras quizá *ocupar* y *fortificar*, tambien con *defensas accesorias* y rápidas de hacer, como *talas*, el mismo punto dominante, guarneciéndolo con pequeña tropa de confianza que retarde lo posible el acceso del enemigo.

El terreno que circuye inmediatamente la obra debe quedar desde luego raso y despejado, segando yerbas altas y matorrales; demoliendo cercas y edificios; terraplenando quebradas, barrancos y hoyos que puedan ocultar.

Deben ser pesadas con detencion las ventajas é inconvenientes de construir la *obra de campaña* en una altura. Es verdad que favorece mucho á la defensa, ver al enemigo y tenerle bajo su fuego al subir por una ladera áspera y escarpada; es verdad que seduce la idea de echarlo á rodar con una *salida*, cuando sube ya sin aliento, jactancioso é imprevisor; pero debe tenerse en cuenta la desventaja del *fuego fijante*, es decir, de arriba abajo, sobre el *rasante*, que es á la inversa. Casos habrá en que no convenga *asentar la obra* en la misma arista, *cresta* ó borde de la altura, sino más atrás; ó quizá más adelante, en el principio de la falda y áun á media ladera.

La costumbre de ver, en los libros destinados á la teoría, las *obras de fortificacion* consideradas sobre un suelo no sólo llano, sino perfectamente liso y horizontal, embaraza y amanera en la práctica por empeñarse, tanto en dar una simetría inútil, como en nivelar y allanar lo que no se necesita.

La *traza*, es decir, las líneas principales de una *obra de campaña*, consideradas en su conjunto y en disposicion horizontal, y en general la línea llamada *magistral*, que, como su nombre lo dice, es la más importante de toda fortificacion, deben «plegarse y acomodarse» al *terreno*, por desigual y quebrado que sea.

Se procura, siempre que se pueda, que la *obra de campaña* tenga comunicacion expedita por la *gola* ó por la espalda, para facilitar tanto la retirada como la venida de socorro; pero bien se comprende que ha de ser con la condicion (no muy óbvia) de que lo fácil y practicable para el defensor sea impracticable para el enemigo.

Si el *puesto*, aunque *pasajero*, ha de tener alguna permanencia probable, un deber de humanidad aconseja contar con la salubridad del aire y del suelo. Pero en este, como en muchos casos, suelen andar reñidos el interés de la humanidad y el interés de la guerra. Las tercianas y otras enfermedades se desarrollan por la vecindad de riachuelos, pantanos y lagunas: y cabalmente la *fortificacion de campaña* incluye esos «acccidentes» como poderosos medios de defensa, cuando pueden ser utilizados.

Toda *obra de campaña* ha de ser proporcionada al número de brazos con que se cuente para construirla y, más singularmente, al de hombres que la hayan de defender y á la clase de sus armas. En caso de vacilacion, siempre es mejor pecar por defecto que por exceso, como es costumbre. Una *obra* demasiado extensa, en lo general nunca se acaba, y siempre resulta débil: miéntras que otro pequeña concentra el vigor de la defensa, permite el justo relevo de la gente y admite reservar la más fresca y descansada para los puntos y momentos peligrosos. Lo pequeño, sin embargo, tiene su límite, ya en atencion al estrago de los proyectiles modernos, ó ya porque convenga *abarracar* la tropa dentro, y quizá guardar algun pequeño *almacen* ó depósito.

Se advierte que se tenga en cuenta la *especie de armas*, porque si la *obra* ha de ser defendida por infantería sola, el cálculo ordinario para el desarrollo de la *línea de fuego* es de un metro lo más por fusil; pero si entra artillería, cada pieza necesita de seis á ocho metros lo ménos para que pueda servirse holgadamente, sin contar con los traveses y abrigos.

Toda *fortificacion* tiene que satisfacer á dos primarias condiciones: *cubrir y flanquear*. Lo primero se logra dando á los *muros* y *parapetos*, que por eso se llaman genéricamente *masas cubridoras*, las dimensiones competentes en *relieve* ó *altura* para no ser visto, y en *espesor* para que no sean *penetrados*.— El *flanqueo* se lograba hasta hace poco por la disposicion relativa y recíproca, en ángulos que se aproximan al recto, de las partes de la fortificacion que se llaman *frentes* ó *lados*. Uno de ellos *flanquea* al otro, cuando los proyectiles que desde el primero se disparan hieren de flanco al enemigo que ataca al segundo. Cada *frente*, por supuesto, debe tener su defensa peculiar y *directa*, para que el soldado no tenga que cuidarse más que de tirar «á su frente.»

Este principio y regla general del *flanqueo* es extensivo y aún más aplicable, cuando dispuestas en *línea* varias *obras de campaña* tienen que prestarse mútua defensa y apoyo, como en las figs. 43, 53. En este caso el verbo *flanquear* toma acepcion más lata: pues significa respecto á un *fuerte* «barrer, limpiar con sus fuegos» el frente de otro, siendo al mismo tiempo independientes, hasta el punto de que la pérdida de uno no cause la pérdida de los demás.

Estos principios, como se ve, no pueden ser fijos ni absolutos, puesto que están subordinados al *efecto* y *alcance*, variables hoy más que nunca, de las armas. Así, todas las «tablas de dimensiones» insertas en Manuales como el presente, se dice y con razon que «han envejecido» en el corto trascurso de quince años. Los enormes *alcances* y *penetraciones* de las armas de fuego actuales han hecho triplicar y cua-

druplicar casi todas las antiguas distancias y dimensiones, todas las antiguas *trazas* y *perfiles*, es decir, todas las formas de la fortificacion.

Sentadas estas generalidades, procede entrar con algun detenimiento en la *nomenclatura técnica* y razonada de las partes constituyentes de una *obra de campaña* «elemental y supuesta en terreno raso.»

Parapeto, A B C D E F (fig. 17, lám. I), es la masa de tierra extraida del *foso G H L M*, y levantada para resguardar y cubrir al soldado del fuego enemigo.

Por lo arriba dicho, su *altura* ó *relieve D S* y su grueso ó *espesor S T* tienen que ser correspondientes y proporcionales al *arma* que haya de batirlo y tambien á la talla del defensor. Si dentro de la *obra* proyectada ó, como los ingenieros dicen, en el *espacio interior*, tuviese por cualquier motivo que estar tropa á caballo ó construirse algun *barracon*, *abrigo* ó *tinglado*, que forzosamente deba estar cubierto; ó *dominar* algun punto cercano, bajo y hondo; ó no *dejarse dominar* por otro elevado y contiguo, la *altura D S* del *parapeto* queda lógicamente subordinada á esta condicion. Fuera de estos casos singulares, la *altura* ordinaria de un *parapeto* normal, es decir, lo que se levanta del suelo *X Z* la *cresta*, ó *línea de fuego*, ó *magistral* representada en *D* suele oscilar entre 2m y 2m,5, sin exceder en ningun caso de 4m. Un *parapeto* demasiado bajo, léjos de disminuir el temor del soldado, se lo aumenta, porque le deja desabrigado y descubierto, obligándole á agacharse. El *parapeto* alto con exceso requiere más tiempo y coste; hace el fuego ménos *rasante* y certero, y no defiende bien el *acceso al foso*.

El *espesor S T* del *parapeto* es aún más «variable» que su *altura*, por cuanto depende del «destino» de la obra y de las *armas* que la hayan de batir. En general, si se tiene seguridad de habérselas exclusivamente con fusilería, basta con 1m; si con antigua artillería de batalla, ya 2m; con la moderna,

no puede bajar el *espesor* de 3m; con ciertas piezas novísimas, de 6 á 8m.

Banqueta B C es la parte integrante del *parapeto*, dispuesta para que el soldado subido en ella *vea* la campaña y *dispare* sobre el enemigo. Ordinariamente se le daba 1m,5 de anchura para que la tropa estuviese en dos filas; con la recomendacion (que casi nunca se cumplia) de que la primera tirase y la segunda cargase. Con el actual armamento de tiro tan rápido, ya se comprende que son inútiles las dos filas, y que por lo tanto puede reducirse la anchura de la banqueta. Detrás de un muro ó tapia aspillerada, claro es que con un tablon basta. La banqueta se une al suelo *X A*, ó *terraplen interior* de la *obra*, por medio de una *rampa* de tierra ó *declivio* suave *A B*, para facilitar la subida y la circulacion; ó por medio de escalones ó gradas formadas si se quiere con *faginas*, ó *salchichones*, ó *sacos de tierra*, como en las figs. 20, 24, 30 y 31, lámina I.

La distancia *vertical* que media desde la *cresta del parapeto D* al piso ó *plano B C* de la *banqueta*, y que se llama técnicamente *altura de apoyo*, es «invariable» de 1m,3; puesto que la determina la condicion única de que el soldado «haga fuego sin encorvarse ni descubrirse mucho» por encima del *declivio superior D E* del parapeto; cuya «inclinacion» varía segun la *altura*, como es forzoso, para que el *plano de fuegos* bata el *borde del foso* ó de la *contraescarpa M*, pasando el tiro á 1m lo más por encima.

Berma F G es el pequeño resalto ó espacio, de 0m,5, que se deja con objeto de que las tierras que rueden del parapeto no lleguen á inutilizar y *cegar* el foso. Pero, viendo algunos que por evitar un mal se cae en otro peor, ofreciendo un escalon de subida al enemigo en el asalto, han suprimido, y con razon, la *berma* por innecesaria, como se ve en las figuras 19 y 20.

Aquí conviene distinguir las dos palabras *talud* y *declivio* que suelen considerarse como sinónimas hasta en libros técnicos.

Todo plano que no sea vertical ni horizontal, forma un ángulo con cada una de estas líneas. La costumbre prescribe que siempre se tome para «indicacion» el ángulo menor; y así cuando el plano como en *C D*, fig. 17, se acerca mucho á la vertical *D S*, se distingue con la palabra *talud;* y cuando, como en *A B* de la misma figura, el plano se acerca notablemente á la horizontal, se usa con preferencia la voz *declivio.* Es evidente que con el ángulo de 45 grados, ó próximamente, como en *E F* ó *G H*, lo mismo es *talud* que *declivio;* pero en fortificacion está convenido que á *D E* se le llame *declivio superior* del parapeto, ó tambien *plano de fuegos* y á *A B* declivio ó *rampa* de la *banqueta;* miéntras que al plano algo ó nada inclinado *D C*, se diga *talud interior* y al *E F talud exterior* del parapeto. De estos dos taludes, al *interior D C* se le hace vertical ó á plomo ó se le aproxima lo posible, conteniendo la tierra con *revestimientos;* y al *exterior E F* se le deja sin *revestir*, con la inclinacion que por sí adquieren las tierras; y que por eso se llama *talud natural.*

Foso G H L M, no hay que decir que es la excavacion que precede al *parapeto*, hecha con el doble objeto de dificultar el acceso, dando más *relieve* al parapeto, y de proporcionarse las tierras necesarias. Los ingenieros tienen fórmulas exactas, que en este manual no pueden hallar cabida, para buscar el necesario equilibrio entre la *excavacion* y el *relleno*, entre el *foso* y el *parapeto:* las cuales dan en toda construccion, militar ó civil, el *balance del desmonte* y *terraplen.*

Las dos paredes ó taludes *G H* y *M L*, que forman el *foso*, toman respectivamente el nombre de *escarpa* la *G H*, adyacente ó inmediata al parapeto; y el de *contraescarpa* la opuesta *M L.* Donde esta *contraescarpa* encuentra al terreno ó suelo se llama *arcen*, y hoy, más á la francesa, *borde del foso.* Y en

fin, el suelo *H L* se dice propiamente *fondo del foso*. Así como en el parapeto se llama *altura*, la que efectivamente tiene la *cresta D* sobre la superficie del terreno *X Z;* así tambien se llama *profundidad* la distancia vertical desde aquella al *fondo* del foso. Los dos taludes *G H* y *M L* de *escarpa* y *contraescarpa* así como el exterior *E F* del parapeto tienen su inclinacion variable y determinada por la «calidad de las tierras.» Será grande en las húmedas é inconsistentes: miéntras que en la dura y seca podrá cavarse la escarpa casi vertical. Cuando en medio del *foso* se hace, aunque no es comun en campaña, una pequeña zanja ó rígola para recoger las aguas, el foso tiene *cuneta*. No la necesita si es triangular, como en la fig. 28.

Ya porque sobren tierras, ya porque importe levantar ó realzar el *borde del foso*, á fin de que pueda «verse y batirse» desde la *cresta D*, las *obras de campaña* suelen tener (como las *permanentes)* un *glácis* ó *glásis M N O*, fig. 17, palabra francesa, que en el siglo pasado sustituyó á la italiana *espalto*, usada siempre por nuestros autores clásicos del siglo XVII. La *pendiente* ó inclinacion *N O* del *glásis* se relaciona con la del *declivio superior D E*. Unas veces porque falten tierras para el *glásis;* otras porque se quiera darle más extension ó pendiente, se abre en la *cola O del glásis* otro foso triangular *F G H*, como en la fig. 31, de poca profundidad, que, por su posicion, se llama *antefoso*.

Si la *cresta N* del *glásis*, en vez de apoyarse sobre el *borde del foso*, como en la fig. 17, se retira un poco, dejando el espacio *M P*, como en la fig. 30, para que desde él se pueda hacer fuego, ese espacio se llama *camino cubierto* en toda fortificacion *pasajera* y *permanente*. Los fuertes de las figs. 32 y 58 los tienen representados en *M, M, M*.

La condicion primera del *foso* es ofrecer *obstáculo:* por consiguiente, cuanto más ancho y profundo, ménos podrá saltarlo el enemigo. La relacion matemática que, como se ha dicho, busca el ingeniero entre el *desmonte* y el *terraplen* da con exactitud sus dimensiones. Aproximadamente vienen á ser

las del parapeto, contando con que la tierra que se excava, por mucho que luego se apisone, siempre abulta más que el hueco del foso abierto en el terreno.

Pero, ni el *comandante de un puesto* necesita saber con extension los fundamentos científicos de las fórmulas matemáticas que aquí se suprimen, ni suelen dar los tiempos *en campaña* á los mismos ingenieros holgura y descanso para ciertas delicadezas.

Al «conjunto» de *foso*, *parapeto* y *glásis*, es decir, á la figura 17 tal como está, se llama *perfil*. Este debe considerarse como «regulador, norma ó modelo;» pero de ningun modo como «tipo invariable,» al cual haya que ajustarse ciegamente. Por ejemplo: en el campo de batalla, en muchas circunstancias que requieren la aplicacion de una fortificacion de campaña, que hoy ya se va distinguiendo con los nombres de *rápida*, *improvisada*, no habrá tiempo, ó brazos, ó necesidad más que de una rápida excavacion ó zanja interior, con la tierra en monton á un lado, figs. 6, 7, 15, lám. I, ó con la tierra en medio de las dos zanjas, fig. 16. Esto es lo que «genéricamente» se llama *trinchera abrigo* y más breve y general *trinchera*. Por peligro, calidad del suelo ú otras razones, hay casos en que conviene hacer dos fosos, como en las figs. 30 y 31: uno *exterior*, que quizá no es dable concluir, y otro *interior*.

Unas veces «la calidad ó el espíritu de las tropas» aconsejan un *perfil* que pueda saltarse desde adentro, para «salir á la bayoneta» contra el que asalta; otras, á la inversa, será prudente «encastillarse» y faltarán obstáculos que interponer.

En tal localidad, por abundar en madera, se clavan simplemente dos filas de estacas, y con tablones se sujeta la tierra que se saca del foso. En tal otra, en que el suelo es de laboriosa ó imposible cava, y abundante en cambio de ramaje, el *parapeto* sin *foso* se convierte en simple *cestonada* ó *faginada*. Aquí, por haber grandes bodegas y pipería, los toneles

ahorran tiempo y trabajo; allí frescas praderías dan *tepes* excelentes; acullá la proximidad de un tejar hace más cómoda la construccion de un *muro*, que la de un *terraplen*.

En general: la forma y dimensiones de un *perfil* dependen de la naturaleza de las tierras, materiales y *revestimientos*; del ataque y resistencia presumibles; del tiempo dado para la construccion. Ordinariamente se tiende á dar grandes *espesores* para resistir la artillería; y lo que resulta es que no hay brazos, ni paciencia, ni tiempo para acabar el *atrincheramiento*. Vale más una simple *trinchera* rápidamente cavada en una noche, que emprender anchos *fosos* y *parapetos* para que se queden á la altura de *rodillera*, es decir, inservibles.

Estas indicaciones tienen por objeto «despreocupar,» desembarazar al jóven oficial de las armas generales, que no ha hecho grande estudio, de las trabas y rutinas que suelen imponer ciertos Manuales pedantescos erizados de cifras y reglas; inculcándole repetidamente que en campaña no ha de buscar excusa á su indolencia rutinaria en la «regla escrita» (que jamás alcanzará todos los casos posibles); sino acreditar esa viveza del espíritu despierto y fecundo, que encuentra soluciones y recursos en el lance más imprevisto.

Ni al oficial de fila, ni al ingeniero, le servirá de recomendacion que una *obra de campaña* sea bonita como la de un simulacro, ni que parezca, segun la expresion antigua, cortada en queso, por lo pulida y *perfilada*; sino que, por su *traza* inteligente, por su rápida *construccion* revele el «perfecto conocimiento del objeto, de las circunstancias, de las armas y del terreno.»

Ordinariamente la defensa de un *puesto* muy pequeño no cuenta con artillería; y si por su importancia la merece, es natural que de la construccion se encargue personalmente un ingeniero. Sólo, pues, se menciona, para completar la nomen-

elatura, que *barbeta*, figs. 52, 58, *RR* es la plataforma, la masa de tierra generalmente adosada á un *ángulo saliente*, más elevada que la *banqueta* para la infantería, y lo suficiente para que la boca del cañon juegue con mayor *campo de tiro* sobre el *declivio superior:* por eso se dice *tirar á barbeta.*—A la inversa, cuando como hoy, conviene «resguardar la pieza y sus sirvientes» se abren ó dejan en el *espesor del parapeto* huecos por donde entre la caña de la pieza que son *cañoneras* ó *troneras*, de ningun modo «embrasuras,» como dicen los malos traductores. Sus paredes laterales se llaman *caras*, que pueden ser *planas ó alabeadas;* el plano inclinado del fondo, *derrame; abertura interior*, la más estrecha del *talud interior*, y *exterior* la opuesta. La distancia vertical desde la abertura interior al suelo, *rodillera;* la línea imaginaria, que se supone pasar por el centro de ambas aberturas, *eje* ó *directriz*, que puede ser directa ú oblícua. Los tablones, con que á veces se cubre la abertura interior para resguardar al artillero miéntras carga, se llaman, como en la marina, *portas*. El macizo ó parte de *parapeto*, que no lleva *banqueta*, comprendido entre dos *cañoneras* contiguas es el *merlon*.

Conviene advertir que ya todo esto de *barbetas*, *cañoneras* y *merlones* va pasando de moda: contra la artillería actual se necesita abrigo más eficaz. Se tiende á que la pieza sólo esté expuesta en el rápido momento de apuntar y disparar, y que sus sirvientes se guarezcan en zanjas, traveses ó espaldones. Los increibles estragos de la novísima artillería, singularmente con su tiro *indirecto* y de *sumersion*, han hecho extensiva esta necesidad de cubrirse y abrigarse la guarnicion entera de un *fuerte de campaña*. Estos *abrigos* son unas veces espaldones, como el *A B C* de la fig. 20, lám. I, para preservarse de los cascos de granada; otras veces simples nichos, fig. 19, para dos ó tres hombres, hechos en el talud interior *A B* con tablones, cestones, zarzos ó faginas. Cuando las obras, por su importancia, han de sufrir mucho de la artillería enemiga, entónces ya los *abrigos* para la tropa son

verdaderos *blindajes*, dispuestos de innumerables maneras: en unos casos, formando habitacion en el centro de la obra; en otros, aprovechando la masa del parapeto, y á lo largo de él; en otros, finalmente, tomando formas como las que indican los perfiles 18, 23, 29 de la lám. I. Si en vez de madera se dispone de carriles, basta colocar dos capas cruzadas en ángulo recto y encima de ellas otras dos de fagina, cubiertas con un metro de tierra.

Concluiremos estos brevísimos apuntes sobre *perfiles*, advirtiendo que en las figuras agrupadas en la lám. I, con los números 6, 7, 15, 16, 17, 19, 20, 24, 30, 31, solamente se intenta dar una idea de su extrema variedad de forma, sin distraer la atencion con la que además introducen las respectivas dimensiones en cada caso, y áun dentro de la misma disposicion.

Bajo el aspecto horizontal, las *obras de campaña*, segun su diferente forma, disposicion ó *traza*, palabra más propia que *trazado*, toman varias denominaciones técnicas que importa no confundir.

La *flecha* es la obra más sencilla, puesto que se reduce, figura 32, lám. II, á dos líneas *A B* y *B C* muy cortas, que forman un ángulo *saliente A B C* más ó ménos «abierto.» Los dos lados *A B* y *B C* del ángulo se llaman *caras* de la *flecha*. Como se ve, nada puede haber más elemental, para cubrir ó cerrar un *puesto* ó *paso*, por ejemplo, el puente de la fig. 59, lám. II. Cuando las *caras* de la *flecha* toman grandes dimensiones, tanto en su longitud como en su *perfil;* por ejemplo, de 20m ó 30m á 80m ó 100m, cuando tiene artillería, y por consiguiente, más importancia, y en general, cuando entra como «elemento» en combinacion, figs. 37 y 38, entónces la *flecha,* cuya primera condicion es estar «aislada,» se convierte en *rediente*. La línea *M A B C D P*, figs. 37 y 38, es *línea de redientes*. Cuando estos *redientes*, como en la fig. 37, no están ligados por largos trozos rectos, adquieren aún mayores di-

mensiones; abren ó cierran más ó ménos sus ángulos *entrantes A, B, C, D,* y sus ángulos *salientes M, N, O, P, Q;* y toma la *magistral* una forma alternativa, entónces la línea es de *tenazas* ó *atenazada*. Pero si la magistral tiende á ser más uniforme, como en la fig. 39, y tanto los ángulos salientes *M, N, O, P, Q,* como los entrantes *A, B, C, D, E,* se aproximan á 90 grados; reinando gran desproporcion entre las caras pequeñas *A M, B N,* y las grandes *M B, N C,* ya la línea no es de tenazas, sino de *llares,* de *dientes de sierra.*

Si á la *flecha* y *rediente* se le «tronzan» á cierta distancia del *saliente*, y hácia dentro, las dos *caras A B,* y *B C,* como en la fig. 36, resulta, en general, un *baluarte* ó *forma abaluartada* más ó ménos «regular,» segun estén dispuestas sus partes con relacion al «eje de simetría,» es decir, á la línea *M N* figs. 32 y 36, que se llama *capital,* por «dividir en dos partes iguales» el *ángulo saliente A B C,* y señalar efectivamente la *direccion* de la *obra.* (V. Dicc. Mil., art. *Baluarte.)*

La costumbre, árbitra siempre en materias de lenguaje, ha establecido que el nombre de *baluarte,* aunque genérico, para toda *obra* de la traza mencionada, se reserve con especialidad para la *fortificacion permanente,* es decir, para las *plazas de guerra;* y en la de *campaña,* así como se ha dicho del *rediente,* sólo para la combinacion en largas líneas. La figura 40 representa en *A B C* una *línea abaluartada;* la figura 62 un *fuerte abaluartado.*—Los dos frentes *E F* y *H L* de esta última figura representan trazas ó disposiciones *poligonales,* preferidas hoy á las *atenazadas* y *abaluartadas.*

Cuando el *baluarte* está «aislado,» tiene pequeñas dimensiones en su *traza* y *perfil,* y cubre exclusivamente (como la *flecha*) un pequeño puesto, desfiladero ó puente, toma el nombre propio y técnico de *luneta,* fig. 60. Así, pues, la *flecha* y la *luneta* son las dos *obras* más simples y elementales del género que comprende las *abiertas por la gola,* es decir, por la espalda ó retaguardia.

Gola es el nombre técnico de la línea imaginaria, más bien del «espacio» que media, fig. 32, entre los puntos extremos *A* y *C* en la *flecha A B C; E* y *D*, fig. 36, en la *luneta E A B C D*. En esta última las partes *A B* y *B C* conservan el nombre de *caras;* pero las otras dos partes más pequeñas que se han tronzado, *A E* y *C D*, toman el genérico de *flancos*. El ángulo *B* es el *saliente*, los otros dos *A* y *C*, de las *caras* con los *flancos*, se llaman ángulos *de la espalda*.

Tanto en la *línea de redientes*, fig. 38, como en la de *baluartes*, fig. 40, como en el fuerte, fig. 62, la línea *A B ó C D*, que une dos obras elementales contiguas, se llama *cortina*. Esta denominacion es «universal ó genérica» en *fortificacion* antigua y moderna, *permanente* y *pasajera*, para toda larga línea ó miembro (ordinariamente recto y seguido) que «enlaza,» que liga, que pone en conexion dos *obras* ó partes correlativas ó conjugadas, más *salientes*, más importantes, y que recíprocamente se *flanquean*, se protegen, *cruzan sus fuegos*, figuras 40, 43, 45, lám. II.

La *traza abaluartada* admite, entre límites muy anchos, «variantes» en la abertura ó amplitud de sus *ángulos* y en la extension de sus *caras* y *flancos*. Por esa elasticidad, desde el siglo xv hasta muy entrado el presente, el *sistema abaluartado* (bastionado es galicismo intolerable) ha sido, no el preferido, sino el único y exclusivo de la *fortificacion permanente*. Hoy el *baluarte* pasó. Por más que lo defiendan algunos franceses rutinarios, la tendencia es á lo que se llama *poligonal*, á trasladar el flanqueo, que en aquel se hace desde los ángulos, al centro de extensas líneas rectas, por medio de grandes obras que toman el nombre genérico de *caponeras*, figuras 43, 53 y 62, frentes *E F*, *H L*. No pudiendo entrar más allá en estas explicaciones, basta con esta voz de alarma, para que el jóven oficial cuide de escoger con tino las obras de texto en esta materia, muy ocasionada, si no se siguen al dia sus progresos, á caer en lamentables anacronismos.

Las obras de campaña *abiertas por la gola* sólo pueden tener aplicacion oportuna cuando hay «seguridad por la espalda;» fuera de este caso, un *puesto* se guarda ó cubre generalmente con *obras cerradas.*

Estas, segun su objeto y dimensiones, segun tambien su *traza* y *perfil*, toman nombres «genéricos» de *reductos, fortines* y *fuertes.* La voz *reducto* envuelve la idea de una *obra cerrada* y muy ligera *de campaña*, «aislada, independiente, construida generalmente con tierra, de cuatro, cinco ó más caras; y cuya condicion característica era antiguamente no tener *flanqueo.*» Cuando el *reducto*, por su capacidad y por su disposicion más complicada, tiene traza análoga á las figuras 52, 58, 62 y 63, lám. II, se convierte en *fortin, fuerte.* La palabra *fortaleza* implica ideas de permanencia, solidez, perpetuidad: la de *castillo* de antigüedad, de edad media, de «construccion anterior al uso de la pólvora.»

La voz, todavía más genérica é indefinible, *atrincheramiento,* comprende desde la simple *trinchera-abrigo, barricada* de una bocacalle ó *cortadura* de un camino, hasta el conjunto inmenso de fortificaciones «de todo género» que suelen cubrir el campamento ó la posicion de un *ejército* entero. Aun en la *fortificacion permanente*, construida por el cuerpo de ingenieros en larga paz y con gran copia de recursos y ciencia, *campo atrincherado* envuelve la idea de un extenso desarrollo de *obras* «en forma próximamente circular» con una gran *fortaleza* ó *plaza* por «centro ó núcleo defensivo,» como hay algunas en Europa.

La discusion, y áun la simple nomenclatura, de las innumerables combinaciones y disposiciones que admiten las *líneas* y *ángulos* de una *obra*, ocupan extenso y preferente lugar en los tratados especiales. Muchas ciencias, y singularmente la *fortificacion*, suelen ahogarse, por la mala exposicion de la doctrina, en detalles minuciosos y á veces

pueriles de «tecnicismo.» En la *guerra*, más que en nada, importa fijarse en las «ideas» con preferencia á las «palabras:» y aquí es oportuno prevenir al oficial de las armas generales contra esa aparente escabrosidad que ofrece el importante estudio de la *fortificacion*, producida por la exagerada importancia que algunos autores, por lo comun no facultativos, suelen dar á las voces técnicas, para abultar nociones simples en el fondo y comprensibles para todo el mundo.

Por ejemplo: si á la *flecha A B C* de la fig. 32 se le corta ó mata el ángulo *saliente B*, para colocar una pieza de artillería *á barbeta*, ó proporcionarse fuegos en direccion de la *capital M N*, la nueva *cara F G* que resulta en la fig. 33 es un *chaflan;* el ángulo saliente *B* se *achaflana*, figs. 44, 56 y 57. Si por extension, en una obra más grande, pero de forma semejante, como la representada en la fig. 34 al *frente* ó *cara F G*, que en pequeño era *chaflan*, se le hace un *ángulo* ó *tronzadura* (no *brisura* como dicen los malos traductores de francés), aquel *frente* recto *F G* se *atenaza* como *F L G*, para obtener fuegos *cruzados* sobre el espacio *B F L G*, que puede importar. La *obra abierta A F L G C*, fig. 34, tomada en conjunto, se dice que está trazada *á cola de golondrina*. Si en vez de la simple *tenaza F L G* de esa fig. 34, se dispone un *frente abaluartado* como en la fig. 35, se tiene un *hornabeque*, en el cual ya las líneas rectas y más extensas *A F* y *G C* toman el nombre de *alas*. Una *flecha*, una *luneta*, construida delante como en *E*, toma, con relacion al *frente abaluartado F L P Q R G* la denominacion especial de *rebellin* ó *media luna*, segun su capacidad y *perfil*. Ese mismo *hornabeque*, si cubre el paso de un rio, entra en la denominacion genérica de *cabeza de puente*, como se llama «en conjunto,» (y haciendo abstraccion de pormenores de *traza)* á toda obra ú obras que «cubren y defienden un puente,» figs. 53, 57, 59 y 60, lám. II. Los pequeños *parapetos M* y *N* sin foso, porque no lo necesitan, puesto que sólo sirven para *flanquear*, se suelen llamar

espaldones. La 56 indica la guarda de un vado, segun se explicó en el capítulo VII.

Se ve, pues, que así como sucede con las importantes voces técnicas *estrategia* y *táctica*, ó con otras tan usuales como *batalla*, *accion* y *combate*, muchas veces no será fácil, ni tampoco necesario, definir con exactitud si una *obra abierta* es *flecha* ó *rediente*, si otra *cerrada* es *reducto* ó *fuerte*.

De todos modos, sobre el atinado empleo, rápida ejecucion y vigorosa defensa de estas *obras* debe concentrar su atencion el oficial de las armas generales á quien se le confia un *puesto*.

Así como es ociosa toda explicacion teórica sobre la conveniencia de tal ó cual *traza* en cada caso práctico y concreto; así tambien se suprimen por inútiles y enojosos aquí, largos detalles, y siempre «incompletos» en todo manual, sobre la *construccion* de una *obra*. La voluntad y el ingenio del oficial deben suplirlos. Se empieza por recomendar que el *trazado* de una obra en el suelo se haga con cuerdas, piquetes y jalones: el oficial desidioso excusará su indolencia con no encontrar *jalones*, aunque un «palo» se encuentre en cualquier parte. De poco sirve explicar la division de la gente en cuadrillas, tajos ó talleres, á razon de dos ó tres hombres por cada metro lineal de obra. De ménos utilidad sería aquí entrar en si son 14 ó 15 metros cúbicos lo que un hombre cava en 10 horas segun las tierras, y en los diferentes casos de moverlas con pala, espuerta ó carretones. Unas veces se dispondrá de paisanaje, en el que podrá haber hasta algun destajista de obras públicas diestro en mover tierras; otras, el *comandante de un puesto* no dispondrá más que de su tropa hambrienta, fatigada, temerosa del enemigo que la acecha.

Lo que en todas ocasiones y trances tiene oportuna y salvadora aplicacion, es el recuerdo de unos pocos *principios*, realmente fundamentales y generadores, que siempre se recomiendan por su pasmosa sencillez.

En todo *reducto* ú obra *cerrada* la principal condicion es, como se dicho, que tenga capacidad para la tropa que lo ha de defender. Una sencilla fórmula algebráica (que aquí nos hemos vedado por sistema) da el *lado* que segun los diferentes datos corresponde al reducto cuadrado. Hay que tener presente que á un hombre en el *parapeto* se le asigna 1m lineal. Para vivaquear en el *espacio interior* $^2/_3$ de metro cuadrado. A cada pieza 6m lineales sobre la magistral; 36 ó 40m cuadrados para ella dentro, con su armon y carro; á un pequeño repuesto para 3 ó 4 piezas, 12m á 15m cuadrados, etc. Estos datos naturalmente se modifican, si la tropa ha de tener dentro tiendas ó barracas, abrigos ó blindajes, si hay algun depósito especial, etc.

La entrada ó *puerta* de un *reducto* se hace generalmente en el frente ménos probable de ataque. De todos modos se cubre y refuerza ó con una *flecha* por fuera, como en la fig. 62, ó con un *través* por dentro. El *foso* se atraviesa por un *puente* que pueda hacerse *levadizo*, ó fácil de retirar; y la puerta es siempre un fuerte *rastrillo*, ó verja móvil de madera, por entre cuyas estacas se pueda hacer fuego. Las figs. 62 y 63 indican la *traza* que ántes solia darse con preferencia á *reductos* ó *fuertes* de alguna importancia. A su lado se han puesto la 52 y 58 por comparacion, escogidas entre la multitud de tipos hoy adoptados. Poca explicacion necesitan. La circuye un foso *F* con camino cubierto y glásis *M*. Tiene la 52 su entrada en *E*, y la 58 á los dos lados de *C* con su pequeño puente levadizo. En el espacio interior de entrambas hay abrigo ó edificio para la guarnicion. Varias rampas dan acceso á los parapetos y barbetas *R*, desenfilados por traveses *T*. Pasos subterráneos, señalados con líneas de puntos, bajan al parapeto exterior *N*, sólo para fusilería, á las caponeras *C*, que defienden ó flanquean el foso.

3. Revestimientos.

Por *revestimiento*, en general, se entiende todo medio, sea el que fuere, destinado á contener el empuje de las tierras de una *obra de fortificacion*. Estas, por mucho que se apisonen, tienden á tomar una caida que se llama su *talud natural*, más ó ménos inclinado segun su calidad y cohesion. Las incoherentes ó flojas, cuyo límite extremo es la arena pura, son las que mayor *talud* toman, es decir, las que más se ruedan ó derrumban. A la inversa, hay tierras fuertes con las que, bien apisonadas, no sólo se construyen muros ó tapias de certa (que por eso se llama *tapial* á esta construccion), sino edificios grandes que desafian á la intemperie y á los siglos. De modo que si la tierra de un *atrincheramiento* fuese tan fuerte, ó coherente, ó arcillosa, que ella por sí tomase la forma vertical sin derrumbarse, ninguna necesidad habria de *revestimiento*. Pero este caso no es frecuente, y tampoco lo es, en campaña, tener tiempo de sobra para ir apisonando mucho las tierras por capas delgadas ó tongadas como se construye el *tapial*: lo regular es que la tierra tome un *talud natural* próximo á 45°, ó lo que es lo mismo de 1 de base por 1 de altura, en el *parapeto* y de algo ménos, esto es, de 1 de base por 2 y áun por 3 de altura en el *foso*, tanto en la *contraescarpa* como en la *escarpa*. El *talud exterior E F*, fig. 17, del parapeto nunca se *reviste*; contra la artillería actual conviene la tierra floja y mullida; pero el *talud interior C D* casi siempre necesita *revestimiento*, porque, si se dejase la tierra suelta, impediria que el soldado se arrimase y se apoyase, como debe, á fin de no descubrirse más que lo indispensable para hacer fuego. Tambien es evidente que exigen *revestimiento* las *caras* de las *cañoneras*, las *rodilleras*, y en general las *entradas* de los *reductos* y aquellas partes como *rampas* de *barbetas*, etc., en que conviene contener las tierras, para que no embaracen el tránsito, ni ocupen tanto espacio.

El material más comun y adecuado para *revestir*, ó contener el empuje de las tierras es el ladrillo y la piedra. Es por demás decir que estos medios sólo podrán usarse en *atrincheramientos* de pueblos y algo grandes: en despoblado, imposible. Sin embargo, con alguna modificacion, todavía podrán ser aplicados en rasa campaña. En ella, segun la calidad del suelo, se ven cercas y chozas construidas con *piedra seca*, como su nombre lo dice, sin argamasa que la trabe; tambien se usa el *adobe*, nombre que se da al ladrillo sin cocer en el horno. Si entre la tropa ó paisanaje hay alguno que entienda en labores de tejar, y la tierra se presta, 8 ó 10.000 *adobes* se cortan en pocas horas, pero siempre, como es consiguiente, tardan en secarse.

En tierra de buenas praderías, con yerba corta, espesa, de mucha raiz entrelazada, suple al ladrillo y al adobe el *tepe*, es decir, el césped cortado en forma aproximada á ellos, ó mejor á una baldosa de 0m,25 á 0m,35. Un zapador con dos peones corta de 1.000 á 1.500 por dia. El procedimiento es sencillo: el zapador, como si arase, aprieta y dirige de corte una pala muy afilada de la cual van tirando sus dos ayudantes por medio de una cuerda atada al mango del útil, cerca del hierro. Antes, naturalmente, se ha segado ó guadañado la yerba á rapaterron, y el *tepe* siempre se coloca con ella hácia abajo en el *revestimiento*, que se construye por hiladas á soga y tizon como una pared cualquiera. En la jornada de diez horas de trabajo un zapador con un peon hace por reglamento unos 6m cuadrados de obra. Los *tepes* se aseguran con piquetes ó estacas muy pequeñas de 0m,3 de largo.

Tambien se hace sólo el *revestimiento* de *tapial*, amasando tierra, ni muy arenisca ni muy arcillosa, hasta que este barro tome la suficiente consistencia para no aplastarse y resistir al pison. Se va subiendo por tongadas y apisonando á la vez la capa de *revestimiento* y la tierra que se le adosa. Mu-

chas veces se siembra alguna yerba, que al brotar aumenta solidez.

La *fagina* es un haz de ramaje sujeto por ligaduras, que se llaman *vencejos*, de cuerda ó mimbres, y largo, para *revestir*, de 2 á 4m; grueso de 0m,22 á 0m,25, y que ordinariamente pesa 25 kilógramos. Se construye sobre tres caballetes, y si no los hay, en el suelo, apretando el ramaje con una cuerda gruesa llamada *braga*, que lleva en sus extremos lazadas, por donde entran y juegan dos palos gruesos ó palancas. La disposicion de las faginas en el *revestimiento* es por hiladas, que se mantienen sujetas por largos piquetes que las atraviesan y por otros más cortos llamados *de retenida*, fijos en el *espesor* y centro del parapeto, y en los que se ata la cuerda que retiene la *fagina* en su lugar.

El *salchichon* no es otra cosa que una *fagina* mucho más larga, 4 á 6m por 0m,3 de grueso, que generalmente no se usa más que en el revestimiento de *baterías;* y por la inversa la *fagina* muy corta que no llega á 1m pierde su nombre y se convierte en *fajo de zapa*.

El *zarzo* es un simple tejido «plano» de ramaje entrelazado en piquetes clavados de firme y espaciados entre sí 1m ó ménos; que se construye á medida que va subiendo el parapeto, ó despues de concluido. Necesita, como bien se comprende, *piquetes de retenida* y *ligaduras* de cuerda por arriba para que no se deshaga.

El *ceston* (y no *gavion*, palabra francesa innecesaria) es, como su nombre lo indica, una cesta grande, cilíndrica, sin fondo, tejida con ramaje como el zarzo entre 7 ú 8 piquetes, bien clavados en el suelo y en disposicion circular, que se mantienen durante la construccion (algo engorrosa) con ayuda de dos aros ó de una tabla circular con muescas, y tam-

bien ingeniándose como se pueda, sin ninguno de estos aparatos. El tamaño, por término medio, del ceston es: altura 0m,80 á 1m, diámetro interior 0m,48, exterior 0m,65, peso 25 á 30 kilógramos, cabe dentro 0m.157 cúbicos de tierra. Tres cestones juntos vienen á ocupar 2m de longitud. Las ramas ó varas mejores deben tener sobre 0m,01 de grueso y 3m á 4m de largo; y es preciso sujetarlas por ambas bases con cuerdas ó ligaduras del mismo ramaje, para que no se deshaga el tejido. El *ceston* necesita tres hombres y una hora de tiempo ó dos, y la mitad cuando hay útiles, aparejo y destreza. Por esto el *ceston* es «obra ya de zapador,» y los ingenieros mismos no lo suelen usar sino en trabajos formales de sitio, donde la tropa del arma establece talleres, con sujecion á sus reglamentos especiales, ó en *obras* tambien *de campaña*, de alguna importancia, que llevan *traveses* ó *repuestos*, de municiones, ó *abrigos blindados*. Donde hubiese muchas pipas ó toneles vacíos, ó bien cajones de empaque proporcionados, claro es que puede evitarse perder tiempo y paciencia con los *cestones*.

Los *sacos de tierra* ó *terreros* no necesitan explicacion; pero merecen indudablemente preferencia por la increible comodidad y facilidad de su empleo en *barricadas*, *baterías*, *espaldones*, *trincheras* y *obras* muy pequeñas en general. No hay más que echar la cuenta de lo que se tarda en coser un *saco* de unos 0m,65 de largo por 0m,33 de ancho; de lo que se tarda en llenarlo, atarle la boca y colocarlo. Los *sacos* de lona ó jerga fuerte pueden llevarse hechos, y no ocupan mucho volúmen vacíos. Con un poco de órden y tierra suelta bien cavada, sin terrones, el tiempo para llenarlos es cortísimo. Con 60 basta para un metro cúbico recien llenos, algunos más si la tierra «ha hecho asiento.» Al colocarlos se aprietan y achatan con el pison.

En una batería, por ejemplo, de 2m de altura y 5m de espesor en el *merlon*, el cálculo de los ingenieros es de 4.000 *sa-*

cos por pieza y 8 horas de trabajo. Por aquí se puede calcular la rapidez de un simple *espaldon* ó *barricada,* como los representados en la fig. 24, lám. I. Además, los sacos en todo *parapeto* tienen aplicacion cuando conviniese por el excesivo peligro formar sobre la *cresta* algunas *aspilleras* para tiradores que apunten despacio: dos sacos un poco separados y otro encima sujetándolos, dejan agujero y dan cierta tranquilidad.

Para concluir, se *reviste* «con lo que haya más á mano.» Si abunda la tablazon y la madera, es gran ventaja, no sólo para *revestimientos* que no necesitan explicacion, sinó para *rastrillos, estacadas, frisas, puentecillos, caponeras,* etc., y sobre todo para *tinglados, blindajes, barracas,* y *repuestos.*

Estos últimos, cuando hay artillería, son los pequeños almacenes ó polvorines en que se guardan las municiones. Sus dimensiones no pasan de 2m en cuadro y ménos de altura. Generalmente se aprovechan para ellos los grandes macizos de los *traveses* interiores, y se les pone entarimado para evitar la humedad, abriendo una pequeña regata en el suelo.

4. Defensas accesorias.

Bajo el nombre de *defensas accesorias,* el arte del ingeniero comprende una gran variedad de medios defensivos que, á pesar de su aparente sencillez, si están bien escogidos ó empleados, y sobre todo «valerosamente sostenidos,» pueden muy bien no ser «accesorios» sino muy ««esenciales.»

Las *estacadas, palizadas, palenques,* cuya descripcion es excusada, se plantan para cerrar las *golas* de las *obras abiertas;* para establecer pequeños *cubos* y *tambores* salientes que abriguen unos cuantos fusiles de *flanqueo;* para dificultar el salto al *camino cubierto,* y formar en él *traveses* y *abrigos;* para embarazar el paso del foso, cuando es grande, con *caponeras* (verdaderas jaulas, de donde les viene el nombre) y utilísimas para la guarda de los fosos ó parte de ellos que

ofrezcan *espacios muertos*, es decir, que no sean vistos desde el parapeto; para *cuerpos de guardia* ó *barracones* defensivos; en fin, para *reductos de seguridad* ó último refugio, dentro de las *obras* que por su importancia los requieran y por su capacidad los permitan.

Los *blockhaus* (*blok*, tronco, *haus*, casa en aleman), reductos de madera, puestos en moda por los franceses en sus primeras guerras de Argel, son facilísimos de hacer donde haya la materia primera y unos cuantos carpinteros de armar; fáciles tambien hasta de trasportarse con las piezas numeradas, como repetidas veces se ha hecho. La fig. 28 indica su perfil ordinario. Sobre vías férreas, y en sus estaciones, tambien se hacen con carriles en brevísimo tiempo. La combinacion de *blockhaus* con ligeras *obras de tierra*, con simples zanjas ó *trincheras*, puede dar increibles resultados.

Frisas son variedad de *palizadas* que no están verticales, sino inclinadas: alguna vez se ponen en la *berma*, ú otro punto en que se quiera dificultar la subida. La *frisa* es fija; está clavada en la tierra.—*El caballo de frisa*, que es móvil, se reduce á un tronco ó gruesa viga en la que se hincan estacas aguzadas, que se llaman y son púas bastante largas.

Abrojos, que son clavos ó pequeños y artificiosos aparatos de hierro en forma aproximada de pirámide triangular, por lo que, tirados al suelo, siempre presentan una punta hácia arriba; *mantas* ó tablones con gruesos clavos presentando la punta; *trillos* vueltos hácia arriba; *viñas* ó multitud de estaquitas aguzadas; espinas, zarzas, cambroneras de los que forman los setos y vallados de las heredades; *pozos de lobo*, grandes agujeros ú hoyos en el suelo, con una estaca puntiaguda en el fondo y tapados con ramaje y tierra; *inundaciones* artificiales por pequeños diques ó presas en los riachuelos; *cortaduras* ó zanjas ocultas en las sendas y caminos: todos estos

medios y otros análogos, que se omiten por evitar prolijidad, sirven, cada uno en su caso, y á pesar de su apariencia inofensiva, para detener, turbar, y por lo ménos dar recelo al enemigo. Pero entiéndase bien—repetimos—que no han de ofrecerse inertes como obstáculo, pues entónces todo es «cuestion de tiempo» para el que ataca; sino protegidos por un fuego vivo y certero, por una *salida* imprevista y briosa, que acabe de desconcertar y ahuyentar al enemigo.

La *tala de árboles* merece lugar preferente. Es una fila de ellos cortados por el pié, quitada la hojarasca, aguzadas las puntas de las ramas fuertes, y tendidos, con el tronco hácia adentro, que se sujeta al suelo con piquetes. ¿Qué medio más breve y expedito de cortar una carretera, un paseo? Los hechos prueban todo el partido que el valor puede sacar de una *tala* bien dispuesta, contra *caballería* desde luégo, y áun contra infantería ágil y tenaz. Alguna *tala* registra la historia que ha merecido los honores de la artillería; y no de frente, porque su efecto es casi nulo, sino de *enfilada* y *de rebote* contra el grueso de los troncos. Todavía la artillería se contraresta con *traveses* ó enterrando la tala en un *antefoso*, como el de la figura 31. Contra el incendio el único remedio es no dejar que se acerque el enemigo. Donde no haya árboles la tala se suple ventajosamente con el *alambrado*, que, como su nombre indica, es un entretegido de alambre grueso sujeto en las cabezas de estacas ó piquetes.

Entre estas *defensas accesorias* de la fortificacion de campaña, se cuenta como principal la mina por su doble efecto moral y material. Ya se entiende que al decir *mina* tiene muy poca semejanza con las de una *plaza permanente*, y para evitar toda comparacion, la *mina* en un *puesto atrincherado* toma el modesto nombre de *fogata*. Lo que se llama *fogata ordinaria* se reduce á un *hornillo*, ó más llanamente, un hoyo de 3m ó 4m de profundidad, donde se encierra una caja con pól-

vora, la cual se inflama (si no hay, como es probable, aparatos de electricidad) por el antiguo y conocido medio de la *salchicha*, que es lo que su nombre dice, una tira angosta 0m,02 á 0m,05 de tela cosida y rellena de pólvora, resguardada, cuando hay tiempo, dentro de una canal de tabla. Para que todo esté en carácter, la *salchicha* requiere un modo, tambien desusado ya por lo vestuto, la yesca. Dos pedazos iguales, uno llamado *fraile* (no se sabe por qué) el cual inflama la pólvora, y otro, más propiamente llamado *testigo*, que se conserva en la mano é indica el momento de la *explosion*, constituyen todo el «aparato.» Dentro de pocos años, áun en los *puestos atrincherados de campaña* será un objeto arqueológico esto de la *salchicha;* por lo cual no debe dejar el oficial de procurarse, por mera curiosidad, algunas noticias sobre las verdaderas maravillas que hoy producen los ingenieros con sus novísimos aparatos; y tambien sobre los progresos que vayan haciendo ciertas sustancias explosivas, *nitroglicerina*, *dinamita*, etc.

En vez de pólvora encajonada, unas cuantas bombas antiguas enterradas y dispuestas con precauciones, que no merecen indicarse por óbvias, constituyen la *fogata de bombas*, útil tambien para defender un *glásis*.

Por último, la *fogata pedrera* es lo más perfecto del género, sin gran complicacion. Tiene por objeto lanzar una lluvia de piedras contra la *columna de ataque*, á la cual forzosamente hay que «hacerla venir por donde esté la *fogata*,» sopena de perder el tiempo y el trabajo. La *fogata pedrera*, fig. 48, lámina II, es un hoyo en forma de medio embudo, cuyo *eje* está inclinado en la direccion del tiro, y en cuyo fondo se deposita un cajon lleno de pólvora, cubierto con un grueso tablon cuadrado, para despedir las piedras que sobre él se van ordenadamente amontonando.—Los ingenieros distinguen varias especies de *fogatas pedreras*, que aquí no hacen al caso. Todavía se simplifica la especie más sencilla, que es la indicada, sustituyendo la figura de embudo ó cónica con tres *caras planas*. La profundidad ordinaria del *centro de la pólvora*

bajo el suelo es de 1m,80 para la fogata, como suele decirse, «gran modelo.» Los *taludes* se cavan con el posible esmero y alrededor de la *boca* se apisona y maciza la tierra excavada, con objeto de producir hácia atrás una sobrecarga que, impidiendo la explosion por allí, determine el *tiro* de las piedras. Nueve ó diez horas, seis ú ocho hombres, cordel, escuadra, picos y palas necesita la construccion de esta *fogata*. La *salchicha* siempre requiere *canal* de madera, y ya, puestos á la obra, merece esta *fogata* siquiera cuerda *porta-fuego*, es decir, *mecha de estopin* envuelta en una cubierta impermeable. Con 25 kilógramos de pólvora se lanzan 3m cúbicos de piedras grandes, que cubren un espacio de 90m á 150m de largo y 20m á 50m de ancho. El tablon va á 50m ú 80m. El efecto, como se ve, no es despreciable. Las *fogatas* se colocan donde convengan: en un *foso* sin *flanqueo*, por ejemplo, en cuyo caso se hacen *rasantes*, es decir, que se inclina más hácia la horizontal la direccion del *eje* ó del *tiro*. No debe confundirse con *fogata rasa*, que es la que «oculta su presencia en el *glásis*» y no lleva por lo tanto, monton de tierra, ni la menor señal que la revele, como se ve en la fig. 48. Desde el tipo anterior, la *fogata* puede descender á las mínimas dimensiones de 1m profundidad de la pólvora y carga; 4 kilógramos de pólvora y 0m,3 cúbicos de piedras. Dos hombres la arreglan en cuatro horas. Es ocioso advertir que, si la tierra es mala y no sostiene los *taludes*, se *revisten* estos; y que si la *fogata* no ha de saltar en cuanto se construye, hay que tomar precauciones contra la humedad, embreando la caja de la pólvora y la *canal* de la *salchicha*.

Las *fogatas automáticas* ó *torpedos de campaña* son hornillos que se inflaman disponiendo el *cebo* de manera que estalle á una pequeña presion: esta puede obtenerse con un balancin que tire del *frictor* de un estopin moviéndose por el peso de un hombre y hallándose todo el sistema oculto y disimulado bajo una capa de tierra. El efecto de la explosion será imponente.

Las *minas proyectantes* ligeras, aún más aplicables en campaña, se disponen abriendo un prisma triangular en el terreno natural de la anchura misma del tablero, y aprovechando las laderas mejores cuya inclinacion sea de 45° que es la de la cabeza, figs. 46 y 47. Admiten igualmente como *proyectiles* y más bien que piedras, ladrillos, bombas y *barriles* cargados con *espoleta* para obtener una segunda explosion. Dos minadores ejecutan en 30 minutos una mina de esta especie, con carga de 6,60 kilógramos pólvora para lanzar á 300m un barril sunchado de hierro de peso de 100 kilógramos conteniendo 25 de pólvora.

5. Aplicaciones más usuales.

Caminos.

Cuando se aplican á un camino los principios generales de fortificacion, no se usa la expresion *fortificar*, sino *guardar* ó *cortar;* porque, en efecto, se corta materialmente, ó por lo ménos se procura «interrumpir la comunicacion, hacer difícil ó imposible el paso.» Excusado es advertir que una carretera ó camino cualquiera, que atraviesa una comarca llana, no es susceptible de *cortadura* ni *defensa*; seria, segun la locucion vulgar, poner puertas al campo. Se sobreentiende, pues, al decir *camino,* que es algun trozo importante de él que constituya *paso preciso,* desfiladero, esto es, que marche por hondos barrancos, entre dos montañas altas, por medio de un grande y espeso bosque, ó á través de pantanos extensos ó impracticables en forma de dique ó calzada. (V. capítulo VIII).

La primera idea que ocurre es hacer una *cortadura*, esto es, un *foso* con su *parapeto* segun el *perfil normal* de la figura 17, etc.; pero basta reflexionar que la voz *desfiladero* implica idea de angostura, para convencerse de que el frente de la cortadura daria fuegos despreciables para detener una

columna enemiga; y que los *flanqueadores* de ella, buscando sendas laterales, pronto «envolverian la cortadura por la espalda.» Repetir ó escalonar las *cortaduras simples* sobre el eje del camino, sólo produciria en el enemigo alguna pérdida de tiempo con la repeticion del mismo género de ataque. Multiplicar *obstáculos* y *defensas accesorias* como *pozos de lobo, talas* ó *estacadas,* si no están «vivificadas» ó defendidas, como queda dicho, por un fuego nutrido, tampoco serán de gran provecho: una sola pieza de montaña barrerá pronto el obstáculo.

Resulta, pues, que para *cortar* y *defender* un camino (dos ideas, se repite, solidarias y correlativas) no es forzoso siempre cortarlo «materialmente» con una zanja ó *inutilizarlo* en varios trozos; sino preparar á los costados *obras de campaña* que, cumpliendo con la primera condicion de *cubrir* al defensor, proporcionen una espesa faja de *fuegos cruzados* ó acumulados ó concentrados, por entre la cual no pueda atravesar el enemigo. Dicho se está, que si al «peligro» se añade la «fatiga,» ó si este peligro con ella se dobla y se prolonga, se llena cumplidamente el objeto de toda *fortificacion.*—Asi, volar ciertas alcantarillas, ó puentes, ó viaductos; derrumbar peñascos; cortar «literalmente» algun trozo con *zanjas* y *talas* siempre que el enemigo tenga que emprender la reparacion ó allanamiento «bajo el fuego» certero del defensor, no puede ménos de ser ventajoso; y en rigor no perjudicial, puesto que impone tropiezos y detenciones, siempre que no se tenga (como ordinariamente debe tenerse) la idea ulterior de acosar al enemigo escarmentado, y áun de «avanzar contra su retaguardia» resueltamente, si se retira en desórden. En este cambio de fortuna, que el defensor ha de mirar como posible, los *obstáculos* muy acumulados llegarian á embarazar la persecucion.

Al discurrir sobre estas materias conviene evitar dos escollos: uno generalizar con sobrada vaguedad; otro caer, por huir de ella, en una prolijidad enfadosa, con el afan de pin-

tar figuras y dar recetas ó reglas para «todos» los casos probables y concretos. En la defensa de un desfiladero hay que atender con preferencia á evitar las dominaciones, ó, como dicen los ingenieros, á *desenfilarse*. No estriba el remedio en dar grandes *relieves* ó excesiva altura á las *crestas*, sino en *trazar* con tino y tantear bien las *magistrales*. Cuando hay que plegarlas y adaptarlas á una cuesta ó falda de montaña, de donde deriva el expresivo verbo *faldear*, la magistral, de *llares* ó *dientes de sierra* fig. 39, con alguna *obra* mayor interpolada, está recomendada como especial.

La mayor ó menor anchura del *desfiladero;* la naturaleza del terreno que lo forme; el juego presumible de la artillería por ambas partes; el valor ó importancia *táctica* que se dé á su posesion, determinan las reglas variables, tanto de conducta como técnicas, que en cada caso particular han de regir.

Despues de leido el cap. VIII, ¿quién puede decidir «en teoría» si las *obras,* para defender un *desfiladero,* se han de construir á la entrada, hácia el centro ó en la salida?

Al decir *desfiladero*, no debe formarse la idea absoluta de un paso único: suele haber sendas laterales que, si no se guardan, hacen inútil el trabajo principal. Las Termópilas, que siempre vienen á la memoria como tipo inmortal, tuvieron su «senda,» funesta para Leónidas y sus valientes.

La defensa de caminos que atraviesan extensos pantanos no es frecuente. Sin embargo, el oficial estudioso encontrará lecciones y ejemplos admirables en la historia de nuestras célebres guerras de Flándes (1567-1609).

Puentes.

Un puente permanente se defiende con medios que varian segun las circunstancias y localidades. Cuando el camino ó caminos que confluyan sean carreteras en terraplen ó calzadas con firme alto y grandes taludes, bastará muchas veces

una simple *cortadura* para detener artillería, y caballería, y quizá infantería. Si el camino tiene árboles, no hay que decir que lo mejor es una *tala*, protegida si es necesario por un *glásis* contra la artillería, ó suplida con *caballos de frisa*. Cuando es completamente llano el acceso, tiene que ser contínuo el *atrincheramiento*, ligando los caminos y apoyándose en las orillas del rio. Aquí pueden tener oportuno empleo las *estacadas*, singularmente si cerca del puente hay edificios que se pueden utilizar, y por consiguiente basta cerrar algun espacio.

En el caso de no haber obstáculo alguno natural, ó de requerirse una defensa más séria, en vez de simples *tambores* ó *palizadas* se recurre á *obras de tierra* que toman, por su importancia y objeto, el nombre genérico de *cabezas de puente*. La *traza* y *perfil* de estos *atrincheramientos* adoptan formas varias, como queda dicho anteriormente al citar las figs. 53, 57, 59 y 60.

Respecto á los vados, sobra con lo expuesto en el capítulo VII y con mirar la fig. 56.

Bosques.

En un monte ó bosque, salta á la vista que los elementos materiales de defensa son la tierra y la madera. Un oficial que cuente con esa ojeada serena, perspicaz, inteligente, que no se enreda ni embrolla en detalles ínfimos, y que discierne al punto lo que es preferente, puede hacerse «inexpugnable» en un bosque, desafiando á numerosa artillería.

Se guarnece el perímetro y principales avenidas con *tiradores*, que tengan sendos *sostenes* y *reservas*, las cuales se cubren con *talas*. La artillería, abrigada con ligeros *espaldones* de tierra, *flanquea* las partes salientes y *barre* los caminos. El grueso de la tropa ocupa una posicion central, cubriéndose con *talas* por frente y flancos. Las encrucijadas de sendas ó caminos son los puntos á propósito para pequeños *atrincheramientos de tierra*. El espacio que media entre la circunferen-

cia y la posicion central se disputa á palmos. Si hay claros, todavía pueden aprovecharse por algunos caballos ligeros, oportunamente emboscados, y hasta por algunas piezas sueltas.

Edificios.

Ordinariamente el *comandante de un puesto* no será dueño de elegir el edificio en que se ha de «hacer fuerte,» pues quizá sea único: un molino, una venta, un santuario. Pero si lo fuese, escogerá el que cumpla con el mayor número de estas condiciones: estar situado en el punto más á propósito para el objeto á que la tropa ó puesto se destina; dominar y no ser dominado; acceso difícil y retirada segura; contener en sí mismo materiales para la defensa; ofrecer capacidad para la tropa que lo ha de defender; que no requiera para quedar en estado de defensa ni más tiempo que el fijado, ni más medios que los que haya á la mano; que tenga paredes sólidas y que se flanqueen recíprocamente.

Puede suceder que el edificio, un monasterio por ejemplo, sea demasiado vasto para ser fortificado por entero: lo primero entónces es estudiar qué parte ha de utilizarse y cuál demolerse, para emplear en aquella los materiales. A la inversa, un edificio muy viejo y ruinoso no hay que pensar en fortificarlo, si no se quiere que á los primeros tiros aplaste al defensor.

Las paredes ordinarias de ladrillo y de tapial bien hecho, y con suficiente espesor, son excelentes para abrir *troneras* ó *aspilleras* que constituyen el «fundamento de la defensa.»

Reconocido minuciosamente el edificio, el oficial forma su proyecto mental y va distribuyendo su tropa y el paisanaje que tenga, con lentitud y discernimiento. Lo primero es *aislar* el edificio, arrasando sin piedad lo que estorbe, inclusas las cercas ó anejos que no convengan y las alamedas que puedan ocultar tropas, y que servirán, cortadas, para la defensa. Los montones de heno, paja, leña, estiércol se recogen ó se in-

cendian. Desembarazado el exterior, una parte de la tropa, cava, si es oportuno, un foso alrededor de todo el edificio, ó por lo ménos delante de las puertas y rejas bajas, para evitar que el enemigo se acerque á incendiarlas. Sólo debe quedar una puerta practicable: las demás se condenan por dentro con grandes travesaños empotrados en las paredes, con estiércol, con tierra, con muros formales de ladrillo, aspillerándolas por supuesto. Si sobre las puertas y rejas hay ventanas, en ella se construyen *ladroneras* ó *matacanes*, imitando los de las murallas antiguas, voladizos de madera, que permiten arrojar sobre las cabezas del enemigo agrupado al pié ladrillos, plomo derretido, agua hirviendo, arena candente.

La puerta única que se deja se cubre ordinariamente con un *tambor*, el cual proporciona tambien flanqueo para aquella fachada. Al muro exterior se le abren *aspilleras* de arriba abajo en todos los pisos; y si lo permite la altura de los techos, con dos y áun tres órdenes de ellas: uno cerca del suelo, y otro con *banquetas* como los andamios de albañil para enlucir. En las ventanas *condenadas* se abren en la madera las *troneras*, y se cuida de rellenar el hueco con tierra y tablones ó colchones. En el balcon *volado* se arma una especie de mirador con tablas y, levantando el piso, queda convertido en *matacan*. Se levantan y amontonan los ladrillos ó tablas del pavimento, y se hacen pequeños agujeros por todo él, para imposibilitar al enemigo la permanencia en el piso inferior. Se cortan todas las escaleras, y la comunicacion se establece por escalas de mano que puedan retirarse. Se taladran tambien los tabiques interiores que convengan, para disputar al enemigo las habitaciones á palmos. Las esquinas de una casa siempre quedan débiles por falta de *flanqueo:* es preciso, para remediarlo, acudir á los *tambores* ó á los *matacanes* bastante *volados*, que permitan un par de *troneras* laterales, ó á las *aspilleras* taladradas oblícuamente en la pared y muy juntas hácia la esquina.

Disponiendo de «tiempo y medios» se ciñe todo el edificio

á la distancia conveniente con un *atrincheramiento* de perfil normal (fig. 17), ó por lo ménos se disponen *flechas avanzadas*, que se ligan con *estacadas*, con *trincheras* para obtener una primera línea ó *recinto*, al que sirve el edificio de núcleo, ciudadela ó *reducto de seguridad*.

Todas estas prevenciones bastan cuando son sólo contra fusilería; pero bien se ve que contra el cañon son insuficientes. Puede acontecer sin embargo, por lo pequeño del calibre de las piezas de batalla ó de montaña y por la sólida construccion del edificio, que, sin rebasar los límites de la prudencia, convenga fortificarlo. En este caso la tarea se complica, y es necesario acopio de fuertes vigas para reforzar y apuntalar interiormente la casa. Amenazando proyectiles *incendiarios*, es forzoso desmontar el tejado; retirar toda la madera de su armadura que se utiliza en puntales, y *blindar* el techo plano que queda, es decir, colocar horizontalmente gruesas vigas hasta de $0^m,3$ de escuadría y ménos de 5^m de tiro ó longitud á $0^m,15$ de intervalo; encima dos capas de *faginas* ó *salchichones* ó *ramaje* y una capa de tierra ó estiércol de $0^m,80$ á 1^m de espesor. Son indispensables grandes precauciones y preparativos contra el incendio.

Entre los edificios susceptibles de defensa podrán convenir las iglesias, que generalmente no están dominadas, tienen adyacente el cementerio, y las pocas casas que estén inmediatas, dan con su demolicion, materiales para la defensa. En muchas forma su planta una cruz; lo que proporciona *flanqueo*, evitando la construccion exterior de *tambores*. Las paredes suelen tener excesivo espesor para dejarse taladrar con *troneras*, pero hay que multiplicarlas á toda costa; pues en ellas, como se ha dicho, consiste lo «principal de la defensa.» En cambio muchas iglesias pueden recibir dentro y resistir artillería. Las reglas generales de fortificacion son las mismas que quedan apuntadas; y pueden aplicarse más favorablemente, por ofrecer la nave principal espacio desahogado y el coro, la sacristía, las tribunas *cortadas* y *aspilleradas*,

medios de prolongar la defensa haciéndola «sucesiva y á palmos.» La torre se considera siempre como ciudadela extrema, que supieron bravamente utilizar Cenicero y otros pueblos en la guerra civil.

Al par de la iglesia, muchos pueblos, en España singularmente, conservan, en mejor ó peor estado, *castillos* de la edad media que no es difícil «habilitar para la defensa» disponiendo de algunos albañiles, y sobre todo de maderas que se recogen si no de las casas en el pueblo inmediato. La dura mamposteria de estos castillejos proporciona siempre un excelente núcleo ó *reducto interior* que, ceñido y cubierto con ligeras *obras de tierra*, puede constituir un conjunto respetable. Su situacion, siempre dominante en un cerro, su difícil acceso, los restos á veces de *barbacanas* exteriores ó *falsabragas* se recomiendan con preferencia. Tal vez perjudique lo escarpado para los fuegos; pero con poco trabajo se añaden «á media ladera» *trincherones*, que bien entendidos forman excelente *camino cubierto* con fuegos *rasantes*. Si estas *obras avanzadas* se alejasen mucho, las mismas sendas en zig-zag, los *palenques*, las *estacadas*, las *caponeras* aseguran y cubren la comunicacion con la cima.

Pueblos pequeños.

La frecuencia con que hay que «poner en estado de defensa» una aldea ó lugarcillo abierto, impone algunas veces al oficial de las armas generales la obligacion de hacerlo sin direccion, consulta ni auxilio de ingenieros. Y la dificultad de apuntar reglas que sean útiles por lo «generales,» crece aquí en proporcion de la inmensa variedad con que se presentan y combinan los datos del problema. Unas veces se *fortifica* ó *atrinchera* un pueblo sólo para los rápidos y azarosos momentos de una *batalla*, en la cual juega como *punto-llave*, se pierde y se gana su posesion alternativamente, y á las pocas horas la pobre aldea suele dejar de existir entre el saqueo y

el incendio. Otras veces, á la inversa, un mísero lugarcillo principia por un *puesto* que se «pone al abrigo de un golpe de mano;» se convierte luego en *canton;* en punto de *etapa;* recibe tropas, depósitos, almacenes; ensancha sus *recintos*, se acumulan *obras de defensa,* y como sucedió en la primera guerra civil, conserva «durante siete años» importancia, no sólo *táctica* sino *estratégica*, constituyendo una verdadera *fortaleza,* que roba quizá su preeminencia y sus derechos á una gran *plaza fuerte* y permanente no lejana. Tal pueblecillo se *atrinchera* para poner en seguro un convoy, un almacen; tal otro para cubrir un campo, un canton; para atalayar una posicion enemiga, para bloquear una plaza fuerte, para servir de núcleo y guarida á un *guerrillero.*—Siendo, pues, tan distantes los límites, las consideraciones siguientes se referirán al inferior, es decir, al caso en que la aldea es un puesto momentáneo y pasajero.

Los principios generales, llamados así por tener comun aplicacion á lo pequeño y á lo grande, deben repetirse para que se inculquen bien. Buena situacion, despejada, no dominada; extension proporcionada al tiempo, medios y tropas; caserío agrupado, para constituir *recinto;* algun edificio sólido, para *último reducto* ó ciudadela; dificultad de ser incendiado; avenidas difíciles para el enemigo, y comunicacion segura con el ejército que haya de socorrer... todas estas condiciones ha de reunir «al primer golpe de vista» el pueblo que se intente poner en estado de defensa.

Naturalmente, si encierra vecindario algo crecido, complica y allana mucho la cuestion que sea enemigo ó amigo. Si hay que entrar en son de combate, ó por lo ménos bajo un pié de recelo y desconfianza, la tarea se agrava, y el *comandante del puesto* ha de comenzar proveyendo con sagacidad y discernimiento «á su propia seguridad.» No estará de más hacer salir á los afueras al alcalde y al cura, so color de saber noticias y tantear el espíritu. Estos rehenes aseguran de una embos-

cada, pueden refrenar alguna impaciencia del paisanaje y evitar conflictos ó embarazos en la entrada y ocupacion. Dudoso es que el buen modo y la conducta afable logren suavicar la antipatía ó la hostilidad; ni áun templar el espíritu siempre desconfiado y socarron de la gente campesina: forzoso será, por más que duela, recurrir á medidas coercitivas y vejatorias, que se explicarán en un bando y que se mantendrán con severidad. La entrega de armas, la visita domiciliaria, el registro de cuanto éntre y salga, la requisicion de víveres, la prision de sospechosos ó rehenes, el escarmiento ejemplar de algun atrevido, la suspension de ferias, mercados, romerías..... son medidas, aunque violentas, inevitables y autorizadas por «el derecho de la guerra,» que en este extremo es simplemente el de la «defensa propia.» Casos habrá en que será indispensable echar fuera parte del vecindario y *bocas inútiles;* en otros, por la inversa, convendrá impedir con rigorosa pena que nadie salga. Sea como quiera, el comandante exigirá en el acto datos *estadísticos* indispensables, como el número de habitantes, el de hombres útiles, el de artesanos, albañiles, carreteros, etc., la cantidad de víveres y forrajes, los carros y caballerías.

Decidida, «pronta y resueltamente,» la *conducta* que deba seguir en estos asuntos gubernativos, administrativos y de pura apreciacion, el comandante del puesto hará un *reconocimiento* prolijo de la localidad. Nada es más sencillo, ni abrevia tanto, como llevar en la mano la cartera y el lápiz para hacer un *cróquis á ojo*, sin la menor medicion, de las principales entradas y caminos, las manzanas, las cercas. Una corta estacion en el campanario, para el oficial acostumbrado á *mirar militarmente* las cosas, prepara el *esqueleto* del *cróquis*, que luego se va rellenando y concluyendo al recorrer despacio el pueblo, primero por su *perímetro exterior* ó *ronda*, y luego, haciendo repetidas entradas y salidas de la plaza, que generalmente está en el centro, hácia las tapias de la

circunferencia. Miéntras que en una cuartilla de papel va retocando y completando su *cróquis*, en las pequeñas hojas de la cartera apunta nombres de personas ó cosas que debe retener: órdenes y encargos que va dando, sin premura ni atropello, tanto á sus propios subalternos, como al alcalde, al cura y á los principales prácticos del pueblo, de quienes se hará seguir irremisiblemente en la primera visita ó *reconocimiento*.

Por inmediato resultado de éste, se tomará la determinacion de *atrincherar* el pueblo «por entero, ó sólo una parte.» De aquí, por consiguiente, las primeras órdenes y disposiciones para despejar la *zona táctica* (y como los ingenieros muy bien dicen, *polémica*), esto es, los contornos á la distancia conveniente; y como medida correlativa, tapiar, obstruir, barricar las bocacalles extremas. Al paso que esto ejecuta una seccion de su gente, oportunamente repartida en cuadrillas, con subalternos y sargentos, otra seccion se dedica á mandar á preparar la defensa de la *casa-fuerte*, corral atrincherado, fábrica, iglesia, castillo, destinado á *reducto interior*, central ó no, segun se pueda; pero cuyas *comunicaciones* con el *recinto* han de quedar seguras y expeditas. Una fuerza proporcional, la tercera parte ordinariamente de su tropa, que «no deja las armas de la mano,» ocupa desde luego este *punto* ó *edificio* y constituye en permanencia «la guardia del principal.» Allí se empieza por acomodar y guardar las municiones de boca y guerra, los útiles, los rehenes ó presas; allí establece el *comandante* su residencia y sus oficinas; allí funciona, por decirlo así, la nueva vitalidad militar.

En interés y ventaja del servicio, el *comandante* cuidará de distribuirlo con equidad y acierto entre su tropa: tanto el de fatiga como el de peligro; y es hasta cierto punto lógico recargar el primero al paisanaje para que la tropa descanse cuando el *combate* es inminente. Muchas veces el penoso servicio de *escucha* ó *atalaya*, conducir materiales ó buscarlos, mejor que el soldado lo hará el aldeano, práctico en los atajos y veredas, y en ciertas labores campestres que requieren

maña ó costumbre. Pero cabalmente las omnímodas facultades con que está revestido el *jefe de un puesto*, le imponen el deber moral y caballeresco de no abusar, ó por mejor decir, de usarlas en pró de la disciplina de su tropa, algo ocasionada á relajarse. La elevacion y firmeza de carácter, la integridad y rectitud de conducta, la robustez corporal para la fatiga, la desconfianza constante bajo la apariencia de una seguridad jovial y con igualdad de humor; la sagacidad, la prevision y una vigilancia incansable que «ahogue al nacer» el menor conato de impaciencia, la laxitud, de indisciplina, son las cualidades con que un *jefe de puesto* arrostra las imprevistas complicaciones de su difícil cargo; previene, esquiva, resuelve los conflictos; ensancha su reputacion militar y justifica la recompensa.

Por lo demás, las pocas reglas puramente técnicas de *fortificacion* que para casos tan varios pueden darse, apuntadas quedan en los párrafos anteriores. A nada conduce pintar en láminas pueblos fantásticos con sendas fortificaciones aún más ideales.

Regularmente un pueblo siempre suele estar cerca de una corriente de agua pequeña ó grande. Se mirará si hay que cortar los puentes, ó reconstruirlos, ó guardarlos ó establecer otros *de circunstancias* como los indicados en el capítulo VII. Aunque salga un poco de su esfera, todavia puede el oficial examinar el partido que el riachuelo ofrezca para la defensa, rebalsando las aguas y produciendo *inundaciones*. Sin entrar en estudios de hidráulica, se concibe que unas cuantas vigas y *zarzos* adosadas á un puentecillo; algunas peñas ó *sacos de tierra* en un caz ó acequia, pueden determinar una subida en el nivel del agua y que, quizá con ayuda de algun molinero, pueden llegar á hacerse «voluntarias» estas subidas y bajadas; remedando sin esclusas, con rústicos artificios, lo que los ingenieros llaman *maniobras de agua*. Ninguna nocion de hidráulica tenía seguramente el célebre *Hernan Tello Porto-*

carrero, gobernador de Amiens, cuya plaza, despues de ganada con aquella estratagema «de las nueces» sin igual en la historia por lo afortunada y atrevida, sostuvo en 1597 más de siete meses contra todo el poder de la Francia: y sin embargo, á este incomparable soldado, de ingenio tan peregrino como indómito en valor, es á quien la historia atribuye la *invencion*, ó el primer uso en los tiempos modernos, de esas *maniobras de agua*, hoy tan conocidas y perfeccionadas para la defensa de grandes fortalezas.

Un *pueblo atrincherado* todo lo tiene que temer de la moderna artillería. Si las casas pajizas predominan, difícil es el remedio; si son pocas, podrán cubrirse con tierra fresca, y lo mejor será destecharlas; providencia dura que tambien deberá tomarse, para aprovechar las maderas, con casas que, sin ser de paja, parezcan viejas ó ruinosas. Los grandes almiares ó montones de paja y heno en las eras, si hay tiempo se recogen, si no se queman ó destruyen.

Por desgracia, en nuestros tiempos el arte de levantar *barricadas* va siendo cultivado de sobra y conocido. Las *barricadas*, pues, formarán el *fondo del atrincheramiento*. Al paso que se tapian y condenan las puertas falsas de corrales y jardines, y áun de la calle, si sobran; se *atroneran* las fachadas, se horadan las medianerías para establecer comunicaciones, y se aplica en grande respecto á las «manzanas» lo que en pequeño se ha dicho ántes para un solo edificio. Hasta dónde se puede llevar la *defensa interior* de un pueblo *abierto*, el mundo lo sabe con asombro desde que Zaragoza lo enseñó en 1809.

A veces para establecer comunicacion de una acera á otra, más que *puentes* y *caponeras*, que podrian perjudicar entorpeciendo la circulacion ó el fuego de la artillería defensora, convendrá un paso *subterráneo* por las bodegas. Si hay en el puesto artillería, su colocacion requiere seguridad, *campo de tiro*, buena enfilada y metralla en calles largas; si caballería, su lugar es la plaza, donde suele haber mesones y paradores. En el alojamiento de la tropa, se procurará que concuerden la

necesidad «preferente» de la defensa con la de comodidad y descanso. La humanidad prescribe habilitar desde luégo un local seguro para los enfermos y heridos: dedicando mujeres ó ancianos, si tienen voluntad, al servicio sanitario que, como todos, debe estar previsoramente organizado.

Porque el ataque se retarde ó aplace, el *comandante de un puesto* no aflojará un punto en brío, atencion y vigilancia. Su idea fija ha de ser «aumentar y perfeccionar sus defensas:» tal vez en el instante en que recibe una órden tranquilizadora, una *confidencia* de que el enemigo se aleja, la primera granada, cayendo á sus piés, le hará renunciar á toda esperanza de descanso.

Tambien debe ser cauto en el sentido contrario de abultar el peligro. Para la gente del campo el enemigo siempe «está encima» aunque diste jornadas; y no se ha de turbar el ánimo, ni suspender los trabajos, porque una partidilla suelta se obstine en tirotear desde léjos. Al campesino, interesado en deshacerse cuanto ántes de un huésped incómodo, le sobran ardides y cautelas para dar cuidado al militar más curtido.

No son por cierto momentos muy holgados para discutir, como el ingeniero en su gabinete de paz, la *traza del recinto* de una aldea; pero en toda traza *dentellada*, *atenazada* ó de *salientes* y *entrantes* alternativos, hay que evitar cuidadosamente los *sectores indefensos* en las *capitales;* y sobre todo en los entrantes, los *espacios muertos*, como se llaman técnicamente aquellos á los que no llega la vista, ni la bala del defensor. El buen cazador, al atacar agazapado, tiene un instinto singular para reconocerlos y adivinarlos. La noticia del hallazgo pronto cunde y ¡cuántas veces la guarnicion de un pueblo se aglomera atolondrada, para sostener un punto batido con furor; miéntras por la espalda asalta impune y silenciosa una columna de ataque! Esto recomienda al *comandante* que no se contente con mirar sus obras «desde dentro;» sino que las examine «por fuera,» si es posible. En rigor, la bue-

na *defensa* presupone el conocimiento anterior de todos los medios y estratagemas de *ataque*.

Nunca por ahorrar fatiga, deje de poner en planta un proyecto visiblemente acertado y ventajoso: nunca se deje seducir por escarpados donde no se sube «ni á gatas,» por rios «sin vado,» por pantanos «sin fondo.» Escarpado era el célebre *castillo de Morella* en la noche horrible de enero de 1838, y el increible arrojo de un tránsfuga, que aturdió á un oficial de guardia pusilánime, hizo al carlista dueño de una *plaza* ante cuyos muros se desperdició luégo la sangre de muchos valientes. Aníbal atravesó pantanos que los romanos tenian por impracticables; y por esa misma creencia Coligny perdió á San Quintin. En esta materia de rios y pantanos «la mejor sonda es la desconfianza;» y en general para la defensa de un puesto, como vamos á ver en el artículo siguiente, de poco sirve la inteligencia, si no se emplea con vigorosa voluntad.

6. Ataque y defensa.

Un puesto, un pueblo se fortifica en campaña para conservarlo y defenderlo. La «vigilancia» libra de sorpresas, y el «valor» rechaza los ataques; pero si algun saber y discernimiento no presiden, ni la vigilancia, ni el valor mismo bastan para la buena *defensa de un puesto*. La vigilancia, cuando se ejerce con tino, cuando el inferior adquiere la certeza y conviccion de que ni por un instante escapa de ella, se trasmite al punto y se eslabona, que es lo que importa. Si la tropa se ve bien atrincherada, tiende siempre al descuido, suprime formalidades y concluye por no acordarse del peligro. El *comandante de un puesto* debe ser inflexible en el cumplimiento religioso de las formalidades y ceremonias de Ordenanza. La noche es exclusiva del jefe de un puesto atrincherado, hasta muy entrado el dia en que puede descansar algunas horas; pero ni en el sueño, ni en nada debe ser sistemático. Por lo demás, las reglas del *servicio* son las mismas que en el *de*

plaza y el *avanzado*, segun los casos, procurando fatigar lo ménos que pueda á su tropa.

El *jefe del puesto* debe entablar conversaciones instructivas con sus subalternos, sargentos y soldados, en que explique, sin afectacion, esas menudencias á veces salvadoras, como el modo de guarnecer el parapeto; de hacer fuego con utilidad; de distinguir el ataque verdadero del falso; de repeler un asalto ó escalada; de usar el arma blanca; de tirar las granadas de mano; de defender una brecha; de hacer salidas impetuosas; de servir ó inutilizar una pieza de artillería; de colocar los pequeños hornillos ó fogatas; de defender un foso. Sobre todo, en edificios y pueblos atrincherados, el modo de usar las ventanas, las troneras, los tambores, los matacanes, los diferentes pisos de una casa; la manera y oportunidad de arrojar piedras, ceniza, agua hirviendo; tapar boquetes, recogerse al fuerte principal; son pormenores al parecer triviales, pero que merecen ensayos y ejercicios. Tambien la *nomenclatura técnica* de los elementos más importantes debe propagarse, porque da al lenguaje brevedad y precision.

Tal vez si el enemigo y las circunstancias lo permiten al examinar, como se ha recomendado, su puesto «por fuera,» pueda hasta hacer por sí un pequeño *simulacro* de ataque y defensa. Esto da ocasion al jefe de cerciorarse de su obra, y al mismo tiempo imbuir á su tropa más seguridad; pues, si está bien hecha y el soldado toca la dificultad, por ejemplo, de trepar por el parapeto, aprovechará el ensayo para inspirar gran confianza en la excelencia de su *fortificacion*, en la dificultad de ser tomada por poca voluntad que el defensor muestre. Ciertas instrucciones importantes deben consignarse por escrito y hasta repartir copias. La conversacion que sobre estos puntos y pormenores no gire, en los ratos de descanso, el comandante hará que tienda á despertar ideas varoniles, ponderando lo que el general y el ejército aplaudirán, si el *puesto* hace una defensa heróica.

Cuando el peligro arrecie y el *ataque formal* se aproxime y

se entable, es cuando el *comandante* hace resaltar todas sus dotes militares. Dará parte al general de quien dependa; á los jefes de puestos y tropas inmediatas; recorrerá su *recinto;* exhortará á su tropa, mostrando, en la inalterable serenidad de sus disposiciones y áun de su semblante, la seguridad en el éxito, la confianza en todos y en sí propio. Su resolucion—por más que luégo los sucesos la modifiquen—ha de ser defenderse hasta el último extremo. A veces los minutos que se prolongue una defensa vigorosa, son salvadores para un ejército.

La dificultad, demostrada en el cap. V, de dar reglas para cualquiera *accion de guerra*, aumenta visiblemente para la *defensa activa* de un puesto atrincherado. El comandante se atendrá estrictamente á las órdenes que para el caso tenga. Si es de «conservarlo á todo coste..... *lo hará*» como dice la Ordenanza con su bello y terrible laconismo; si es de retirarse, procurará retardar el momento; y en fin, en los casos dudosos, usando tambien las inimitables palabras de la Ordenanza, «tomará el partido más digno de su espíritu y honor.» (Art. 9, tít. XVII, trat. 2.)

En general, toda *defensa*, aparte su vigor y tenacidad, tiene, segun hemos repetido, un carácter propio que la distingue en *pasiva* ó *activa*. Aquella es sostener con firmeza los obstáculos y parapetos; la segunda envuelve la idea de *salir*, dejar su abrigo y tomar, en algun momento, la *ofensiva*. Una *salida* vigorosa é inesperada siempre causa efecto moral en el que ataca; y se citan defensas que han frustrado un *asalto*, con el amago atrevido de una *salida* por el flanco de la *columna de ataque*, la cual se ha detenido sorprendida ante semejante audacia.

El comandante, si embargo, debe andarse con prudencia y prevision en esto de determinar y verificar *salidas*. Por regla general, si han de ser provechosas, deben llevar mucha fuerza para cargar siempre al arma blanca, ser mandadas por un oficial de confianza que sepa templar la bravura con

la prudencia; dependen de momentos críticos y pasajeros; de señales, avisos y órdenes bien combinadas; de preparativos bien dispuestos para proteger su retirada: todo esto hace que las *salidas* no sean á veces convenientes ó factibles en un pequeño *puesto atrincherado*. En un edificio, desde luégo son imposibles; en un pueblo, cuyo vecindario es desafecto, pueden ser peligrosas; de todos modos la guarnicion de un puesto pequeño no suele contar tanta fuerza numérica, que pueda desprenderse de una gran parte y arriesgarla á quedar en poder del enemigo.

La *defensa* puede mostrar tal pertinacia, que el agresor escarmentado en sus primeros *insultos* y *ataques á viva fuerza*, resuelva cautamente encomendar la victoria al tiempo, á la estratagema, á la artillería. Este cambio de conducta suele inspirar recelos y temores á la guarnicion del puesto, entibiando su ardor; y el comandante debe prevenirlo, convenciendo á su tropa de que en el enemigo aquello es «puro miedo» y que en el caso extremo de *batir en brecha*, todo se reduce á taparla. Así, en cuanto la artillería señale el punto en que se va á *establecer* y el de la obra que intenta batir, el comandante dispone la construccion de una *cortadura* ó *través* interior, en que la tropa se interesa mucho, porque bien claro ve el objeto y la ventaja. La defensa de una *brecha*, ó *portillo*, como se decia en castellano, con una inmensa hoguera preparada de antemano detrás, ha sido eficacísima en algunos casos, como el de Morella en el sitio de 1838.

La artillería defensora, si la hubiese, debe economizar sus proyectiles, á no ser contra el *establecimiento* de una *batería* enemiga. La metralla es la que ha de diezmar las columnas de *ataque* ó de *asalto*. Siempre se ha de recomendar tirar más bien bajo que alto, por el mayor efecto moral que produce ver caer muchos proyectiles en el espacio que se va á recorrer.

El *comandante* de un *puesto atrincherado* desechará siempre

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

con arrogancia ó cortesía, segun vengan, las primeras *intimaciones* y amenazas que el enemigo no dejará de hacerle, para evitar las pérdidas y contingencias del ataque. Si, atenido siempre á sus instrucciones, juzga llegado el triste momento de *capitular*, espere siempre á que el enemigo lo proponga: que no dejará de hacerlo, si ha probado la bravura del defensor. Los pormenores y ceremonias de una capitulacion honrosa no necesitan explicacion por lo conocidos: siempre es útil el cambio preliminar de *rehenes*, y lo que no debe olvidar el *comandante* es que no tiene otros derechos ni atribuciones que las que le da su cargo, esto es, que sólo puede estipular salir él y su tropa con honores ó quedar prisionero; pero de ningun modo intercalar en los artículos de la *capitulacion* cláusulas ó condiciones referentes á otras tropas, aunque sean de su mando, que no estén dentro del *puesto atrincherado;* y mucho ménos, por consiguiente, condiciones que puedan afectar al ejército de que dependa, y á la marcha, direccion, carácter ó política de la guerra. La redaccion del documento ha de ser por todo extremo clara y precisa para evitar contestaciones, que pueden luégo ocasionar actos de vandalismo y represalias.

El diario verídico de operaciones que el comandante procurará llevar, si es posible, ilustrará á la autoridad de quien dependa sobre la conducta é incidentes de la ocupacion, de la fortificacion y de la defensa.

El oficial particular suele estar encargado con más frecuencia del *ataque* de un *puesto atrincherado*, que de su *defensa*, sin intervencion de oficiales de ingenieros. Por esto, y porque los trances de una *defensa* se acomodan y subordinan al género, conducta y recursos del *ataque*, conviene apuntar sobre este último, ligeras consideraciones que completarán en cierto modo las anteriores.

Lo primero, en el encargado del *ataque*, es penetrarse de las órdenes é instrucciones que reciba. Hasta en la obedien-

cia puramente militar y pasiva, se requiere criterio, oportunidad y discrecion. Desgraciadamente el ingenio suele emplearse en criticar y satirizar las instrucciones superiores, dadas muchas veces sin datos seguros, porque «no los hay,» desde puntos lejanos, y entre el torbellino de apremiantes atenciones. El ingenio, si la naturaleza ha sido pródiga con el oficial, debe emplearlo noblemente, sin rebasar nunca la esfera de su grado ni pretender saber más que el superior, en «adivinarle» si así puede decirse; en «ejecutar por completo» su pensamiento, apenas bosquejado muchas veces en escrito, en la palabra, hasta en el gesto.—Recuérdese lo advertido en el capítulo VI.

Así el oficial sabrá, por ejemplo, si el puesto que le mandan atacar ha de ser *desmantelado, arrasado* ó *mantenido;* pues en cada uno de estos casos varía esencialmente el carácter y la disposicion del *ataque*. Tendrá en cuenta la clase, las armas y el espíritu de la tropa que se le confía. Evidentemente no ha de manejar lo mismo ágiles é inquietos cazadores, que metódicos y reflexivos ingenieros. Le importa saber con antelacion, por lo que pueden influir en sus disposiciones *tácticas* de ataque, ciertos detalles íntimos y puramente morales, sobre la nacion, costumbres, índole militar, éstado y espíritu de la tropa defensora, singularmente sobre el carácter y antecedentes de su *jefe*. Él, como se ha dicho, es la piedra angular de la *defensa*. Unas veces su genio colérico habrá enconado los ánimos ya desafectos del vecindario de un pueblo, que podrá ofrecer una cooperacion traidora. Otras veces su conducta viciosa y descuidada aumentará la indisciplina y flojedad de su tropa. Incidentes políticos, pasiones de localidad, hábilmente explotadas, pueden ofrecer alguna veta de negociacion.

Por regla fundamental é indeclinable, toda *operacion* de *guerra* pequeña ó grande y sea cualquiera su objeto, no ha de entablarse *á viva fuerza*, hasta despues de explorados los caminos tortuosos de la estratagema, de las maniobras, de la

industria (como generalmente se dice, por oposicion á *fuerza).*

Estos preciosos é indispensables datos, emanados del cuartel general, se confrontan y completan con el *espionaje.* Algunos hay vagos y sólo presumibles, que tambien interesan, como la distancia á que está el *puesto atrincherado* del ejército á quien cubre, si este ejército le dará socorro, y si sus *comunicaciones* son fáciles de cortar; operacion primordial, por si el ataque degenera en verdadero *cerco* ó *sitio* formal. En resúmen, así como el que defiende recorre las hipótesis más probables del ataque, así el que lo emprende analiza y pesa en teoría, y en mero supuesto, los datos y condiciones más verosímiles.

Bajo el punto de vista técnico y práctico, el *ataque* de un *puesto atrincherado* exige, sin excusa, un prolijo *reconocimiento* preliminar. Comprende: el terreno que sirve de asiento á la fortificacion, con su calidad, estructura, contornos, dominaciones, avenidas; su facilidad para establecer campamento, proporcionar agua, ramaje y *material de sitio,* si el ataque llega á tomar este carácter. Un ataque siempre se abre con tiroteo, *insultos* á las obras, es decir, tentativas fingidas de tomarlas sin darles importancia, y provocaciones á la escaramuza: estos movimientos, rápidos, variables, desconcertados, se aprovechan para *reconocer* de cerca y *tantear,* no sólo la *fortificacion,* sino la *gente* que está dentro. En aquellas se estudia alrededor la *traza,* el *relieve,* los *materiales,* la *dominacion,* el *flanqueo;* en la guarnicion se observa si hay aplomo, puntería ó precipitacion y aturdimiento. Unas aspilleras silenciosas, un parapeto sin coronar, y sobre el cual asome inofensivo el anteojo del comandante, da á veces más cuidado que horribles descargas fuera de alcance, ó gritos y provocaciones valentonas.

Sobre los detalles anteriores, regularmente sólo los espías ó militares disfrazados pueden dar cuenta de si hay *reducto de seguridad,* cortaduras, minas, víveres, municiones, pertrechos suficientes. En la guerra civil ha sucedido tener el ene-

migo confidentes dentro de un puesto, que le avisaban de todo en las barbas de la guarnicion, por medio de luces y señales telegráficas.

Muy torpe ó descuidado ha de ser el comandante de un puesto atrincherado que se lo deje tomar por *sorpresa*; pero como en la guerra todo es posible, convendrá en ciertos casos suponer éste, aunque sea remoto. Una marcha rápida y forzada, de noche ó entre niebla, puede preparar la sorpresa: bosques ó barrancos inmediatos, y sobre todo *inteligencias dentro*, podrán lograrla.

Más frecuente es el medio de atacar por *escalada*, que en rigor participa algo de sorpresa. Es un error vulgar el creer que para esta clase de ataque, reducido en general á *escalar* y trepar por donde cada uno pueda, es suficiente el valor individual, impetuoso, desordenado. Basta abrir la historia del ejército francés, que hace gala excesiva de esa brillante cualidad, conocida universalmente con el nombre de «furia francesa,» para convencerse de que no debe á ella sola sus envidiables triunfos, sino terribles descalabros, que nunca, sin embargo, le han servido de saludable escarmiento. Tanto puede lo que llamamos carácter nacional, ó manera de ser de cada pueblo. Es singular que, por opuesto camino, tambien la «sangre fria» inglesa tenga la pretension de sobresalir y áun de metodizar la *escalada*. Obras hay (como la del coronel de ingenieros Jebb) en que detenidamente se explica el número y dimensiones de las escalas; la manera regular y acompasada de conducirlas y arrimarlas. Se conoce que la costumbre de habérselas con las estacadas y débiles atrincheramientos en la India, les ha hecho olvidar los horribles escarmientos de España y otras partes de Europa.

En el ataque de *escalada*, ó, como algunos dicen con intolerable galicismo, en el *ataque brusco*, predomina sin duda alguna el valor; pero «no se coge el fruto,» si no lo dirige la oportunidad y el tino.

Una *sorpresa abortada*, por cualquier causa, degenera regularmente en *escalada;* dando este nombre, por extension «aunque no haya *escalas*,» á la arremetida briosa, general y un tanto vengativa, con que se pretende acobardar y acuchillar la guarnicion de un fuerte.

Por descabellada que parezca ó sea esta operacion no carece de algunas reglas generales, además de las que largamente se citan en el capítulo VI de las sorpresas. Principiando por las *escalas*, es curioso ver en la historia la gran mayoría de las *escaladas* fracasar por «ser las escalas cortas;» parece imposible esa ignorancia constante de la medida que cabalmente es más indispensable. El arbitrio tan óbvio y sencillo en apariencia, de atar con cuerdas dos *escalas*, y hacer una, sus dificultades tendrá, cuando nunca se ocurre ó sale bien. En teoría se presume que no es el momento supremo de una *escalada*, para ocuparse en algo que exija minuciosa detencion. Por consiguiente, lo que no se lleve perfectamente acomodado y hecho, excusado es pensar luégo en recomponerlo. Los autores disertan á su placer sobre las *escalas* y mecanismos para alargarlas. Impreso tenemos á la vista el consejo de usarlas de viento, es decir, que se arman soplando..... (cualquiera puede leerlo en *Maizeroi*); ó el de ponerlas cuidadosamente cojines y fieltros, para que no suenen al arrimarlas al muro, ó el de usarlas de cuerda ó dobles y angulares para que suban dos hombres á un tiempo. Estos detalles pueden llegar á ser ridículos dictados desde un gabinete y asoma la risa al apuntarlos.

Lo que sí merece estudiarse muy de antemano, es la distribucion y disposicion de la gente. El eterno principio de «no comprometerla toda de golpe,» es decir, quedar con un cuarto ó tercio de *reserva*, y el de distraer el ataque *verdadero* con otro ú otros *simulados*, tienen aquí más que en caso alguno perfecta y fecunda aplicacion. Hay, pues, razon técnica para la division normal en *tres* trozos, *cuatro* quizá, si, por la disposicion del *puesto atrincherado*, conviene cortar el paso al

socorro que amenazase. No cabe distincion sutil entre las *especies* de tropa que deben asignarse á las tres ó cuatro secciones. Todas deben ser buenas. La bola rueda, y á lo mejor el ataque *falso* se convierte, sin advertirlo, en *verdadero;* y la *reserva,* al avanzar para cubrir y recoger á los fugitivos, es al fin la que trepa por los parapetos.—Dada la señal, no hay más que encomendar el éxito á la fortuna y al valor.

Si éste es coronado por aquella, y el que ataca logra hacer pié en algun punto del *recinto* fortificado, necesarias son tambien algunas precauciones para no perder lo ganado. Ante todo, en ningun momento es más necesario, y por desgracia más difícil, mantener la tropa en disciplina y obediencia, sin desbandarse por el cebo del saqueo en un pueblo ó por el simple flujo de hombrear y curiosear en un *reducto* escueto. Basta indicar someramente los cuidados primeros á que irremisiblemente hay que atender, y los numerosos grupos en que la tropa vencedora tiene que esparcirse al mando de buenos subalternos ó sargentos.

Alojarse en el muro, es decir, mantenerse, establecerse en el punto ganado; ayudar á los que atacan y suben; abrir la puerta ó paso por donde haya de entrar la tropa de *reserva* (ó la caballería, si la hubiese); recorrer y enseñorearse del recinto y obras; aventar las minas, fogatas ó torpedos; buscar directamente la persona del *comandante del puesto,* para desbaratar más la defensa quitándole unidad; apoderarse y alojarse en los cuerpos de guardia, y traveses de los almacenes, del repuesto de municiones, de las plazuelas, si es lugar; cortar el paso y atacar al *reducto de seguridad,* fuerte ó ciudadela; envolver á los fugitivos; custodiar prisioneros; arrestar habitantes principales..... todas estas atenciones son simultáneas. Júzguese ahora, si el jefe que ha de proveer en el acto á todas, y sus subalternos á dos ó tres juntas, necesitan aplomo y serenidad; y si la tropa debe dar muestra de rígida disciplina, de activa é inteligente obediencia. El retardo de

un minuto; la equivocacion de una calle; el menor accidente fortuito, pueden dejar incompleto ó estéril un hecho de armas glorioso.

Por demás es advertir que, entre ellos, el más lamentable sería la muerte del que todo lo dirige; pero no es lógico ciertamente prescribir que «economice» su persona el que tiene cabalmente que «multiplicarla» para acudir á todas partes; y exponerla, singularmente, para llevar al peligro la seccion de su tropa que vacile en arrostrarlo. A pesar del secreto, como siempre advertimos, de una operacion militar, máxime de esta especie, la prudencia aconseja que el primer jefe confie á su segundo las bases ó principales rasgos del *plan*.

Basta recordar la numerosa variedad de *medios defensivos* y de sus múltiples combinaciones, que se dejan atrás someramente indicadas, para calcular la variedad consiguiente de trances que aguardan al que ataca por *sorpresa* y *escalada*, y lo prolijo de aventurar «reglas» para los más probables. Aquí será un foso cuya escarpa y contraescarpa, casi verticales, dificultan la bajada y la subida; ó bien la metralla que lo barre desde un flanco escondido; ó la caponera ignorada que abrase á quemaropa: allí el alto muro de una iglesia hará inútiles escalas y zapapicos; ó la simple tala y la estacada se rebelará contra el hacha; allá una fogata oportuna, causando bajas y receloso temor, cortará una comunicacion precisa..... Y, por la inversa, un foso lleno de agua, descanso del defensor, se hiela aquella noche justamente; una batería mal construida derrumba al foso sus merlones al primer cañonazo; el almacen de pólvora vuela con el reducto de seguridad, etc., etc.

En resúmen: para atacar un puesto atrincherado por *sorpresa, ardid* y *escalada,* ó como dicen nuestros clásicos militares por *interpresa,* se requieren en el jefe y en su tropa condiciones casi contradictorias: secreto y combinacion; cálculo y azar; prudencia y arrojo; dislocacion y disciplina.

Por compensacion natural, las ventajas de la *escalada*, ó *ataque á la bayoneta* se desvirtúan por la frecuencia con que se frustran, y lo mermadas y *desmoralizadas* que las tropas quedan en este caso. Tras de un ataque frustrado de esta especie, lo que sobreviene, por punto general, es una *retirada* que quizá viene á hacer desordenada y desastrosa una fuerte *salida* de la guarnicion enardecida con su victoria.

Por eso, el ataque más normal, más *táctico*, más frecuente y hasta puede decirse más *militar*, es el que se llama *regular* ó *metódico*, el cual por medios más lentos, pero en cambio más seguros y nunca desastrosos, conduce á la *capitulacion* ó al *asalto* de un *puesto atrincherado*.—Conviene en libros elementales de este género, definir y usar con exactitud las voces técnicas, para no propagar ó añadir alguna incorreccion á las muchas é inevitables que bastardean el lenguaje militar. Sea lícito, pues, advertir de paso la diferencia real que existe entre *escalada* ó interpresa, y *asalto*. La primera supone una guarnicion descuidada ó por lo ménos sobrecogida, á la que se intenta sorprender, aturdir, quitar la accion y maniatar, por decirlo así, impunemente ó sin gran esfuerzo: miéntras que *asalto* es todo lo contrario, es el acto final «calculado y previsto» de un combate abierto y generalmente largo, cuando el defensor, agotados los esfuerzos para mantener léjos al que ataca, le ve venir encima, y establecer lo que para él es más funesto, por su inferioridad numérica, el acceso y contacto material, el *combate cuerpo á cuerpo*. Rigorosamente hablando, el *asalto* supone una fortaleza *permanente*, es decir, con altas y sólidas *escarpas*, que, destruidas ó aportilladas por el cañon ó la mina, ofrecen una *brecha;* mas se puede tambien, por extension, aplicarlo á un *fuerte de campaña*, que si en general lo forman *parapetos*, puede, como se ha visto, tener en parte, ó en todo el *recinto*, muros ó tapias en los que tambien la *brecha* es frecuente y necesaria.

Es evidente que un pequeño *reducto*, una iglesia aspillera-

da no requieren un desarrollo de *trabajos de sitio* como los que se hacen ante una *plaza*, bajo las reglas y direccion de artilleros ó ingenieros; pero en la *fortificacion de campaña*, con la extension que hoy tiene, y la que en las «guerras futuras» ha de tomar, puede muy bien y debe el *ataque regular*, ya por disponer de tiempo ó por ahorro de sangre, acudir á *pozos de tirador*, pequeños *ramales de trinchera;* á rápidas *cestonadas* y *espaldones* para desenfilarse; á *baterías*, en fin, de *posicion* y con gruesos *merlones*, con sólidos *blindajes* y *abrigos*, para no sacrificar los artilleros á unos cuantos tiradores invulnerables.

Convendrá, pues, que el jóven oficial se familiarice con los principios «generales» del *arte de los sitios* y con la parte indispensable del tecnicismo; no para entrar en competencia con los cuerpos facultativos, ni abrigar pretensiones pedantescas ó discordantes con su graduacion, sino para estudiar y aplicar con oportunidad medios que desconoce y podrán serle provechosos ante un simple *fuerte de campaña*.

Si este es muy elemental, como una *flecha* ú otra obra abierta, están indicados dos ataques simultáneos; falso el uno y el otro verdadero, sobre el *saliente* y sobre la *gola*. El ataque falso, puesto que es para llamar, ó técnicamente «divertir la atencion,» requiere más fuego, más ruido, más agitacion; pero como ya se ha dicho, si el segundo jefe que lo dirige ve coyuntura propicia, aunque sepa que su ataque es *falso*, cuidará muy bien de hacerlo *verdadero* si puede. Ambos ataques, estén ó no secundados por artillería, siempre requieren alguna provision anterior de vigas, cestones, faginas, sacos terreros, para cruzar ó rellenar el foso, saltar al parapeto; y de hachas, marrazos, zapapicos, por si hay estacadas, blockaus, defensas interiores. Todo trabajo y preparativo de ataque formal se hace de noche, y en direccion de las *capitales*, toda batería se *planta*, ó construye, ó *asienta*, ó *establece* (emplazar está mal dicho), en la prolongacion de largas alas ó frentes que pueda *enfilar*, ó en frente si las *bate en brecha*.

Guerrillas y tiradores sueltos, á cubierto, procurarán acallar de paso la fusilería y singularmente la artillería defensora; y se pondrá especial cuidado en *cubrir* las tropas destinadas al ataque ó asalto, hasta el momento preciso en que deban obrar; y que no debe anticiparse, miéntras no estén muy débiles, y mejor, *apagados* los fuegos de artillería.

Cada columna va precedida de zapadores, ó infantes que hagan de tales, con los tablones, ó zarzos, ó escalas, ó faginas preparadas para tapar pozos de lobo, rellenar fosos, etc.

Otra seccion va á la cola, para *alojarse* ó establecerse, ó, si puede decirse, volver al revés los elementos de defensa contra el defensor, y allanar ó ensanchar los pasos á las tropas que sigan entrando. Las columnas, repetimos, avanzan sobre las *capitales*, ó por aquella parte donde haya ménos riesgo y más ventaja.

Si bien se mira, en la guerra todo es sencillez y analogía: la diferencia la dan las proporciones. Ataques de *fortificacion pasajera* ha habido cien veces más mortíferos, que ciertos *sitios* largos y pomposos de grandes *fortalezas*. El fondo de la cuestion es «lograr el objeto con la mayor economía de tiempo, de medios y de sangre:» la forma tiene siempre importancia secundaria.

Por regla general suele haber tres períodos distintos en el ataque, por rápido y vigoroso que sea: el de precaucion, preparacion y *acordonamiento*, si puede aplicarse esta expresion á una bicoca de campaña (aquí se utiliza la caballería que haya); el de ataque, segun queda explicado; y el tercero de mantenimiento, ó quizá de retirada, porque no todo ataque sale bien. En esta retirada, que puede fácilmente convertirse en derrota y en desastre, se necesita nueva energía y en ella tambien puede servir grandemente la *caballería* para repeler al defensor. He aquí dos ejemplos de caballería útil, contra toda fórmula, en el ataque de una *fortificacion*.

Discernir lo esencial de lo accesorio es lo que más importa en la vida práctica, de la cual es la *guerra* la expresion más

concreta. ¿Se necesita el cañon contra un fuertecillo, contra una miserable barricada? Pues, sea ó no costumbre ó ritual, el cañon debe ir. ¿Conviene la mina? Pues se llevan ingenieros, y si no los hay, se procura suplirlos. Porque se llame *puesto de campaña;* si ese *puesto* tiene por defensa un pantano, una inundacion, no ha de desdeñar el ataque los *enfaginados*, los *zarzos*, los *puentes*, los *diques*.—Se repiten con insistencia estas razones, para desarraigar la vieja preocupacion que pueda reinar contra la *fortificacion pasajera*, y que entraña dos males de trascendencia: uno, descuidar en la paz su importantisimo estudio; otro, prodigar inútilmente en el campo sangre y recursos, por desconocer ó negar esa importancia.

7. Demoliciones.

Como apéndice, que no parece inútil, se añaden al fin de este capítulo ciertos pormenores, que hubieran embarazado el curso de las anteriores explicaciones, rápidas siempre y condensadas por la índole de esta obra.

En casos apurados de faltar la pólvora (en cuya conocida composicion entran partes casi iguales de azufre y carbon 12 á 14% y otra preponderante de salitre) puede reducirse á lo siguiente el fabricarla. Poner en un barril 10 kilógramos de azufre en polvo, otros 10 kilógramos de carbon en pedazos con 30 kilógramos de antiguas balas y remover dos horas. A 5 kilógramos de mezcla añadir 15 de salitre con otros 30 de balas y triturar de nuevo dos horas. Regar esta nueva mezcla con 6% de agua y remover en una artesa; añadir 5 ó 7% segun el estado higrométrico de la atmósfera y amasar. Pasar por criba ó graneador apretando primero, y luego sin apretar. Meter esta pasta en otro barril y menear á 15 vueltas por minuto. Secar á la sombra, á la corriente del aire: remover con pala, luego al sol y aire caliente. Mezclando simplemente los ingredientes triturados, basta para fusil. En último extremo tambien basta con salitre y carbon sin azufre.

La pólvora averiada por humedad se corrige con secarla: pero si ha perdido mucho salitre, se le añade batiéndola otra vez. Si tiene arena ó está mojada por agua de mar queda inservible; sólo se le extrae el salitre con lejía.

La buena pólvora tiene grano fino, igual, duro, que no se aplasta ni deja polvo en la mano. Al inflamar una poca en papel blanco, ni lo quema, ni deja manchas amarillentas.

Tampoco será inútil recordar el manejo ó ejercicio, ya olvidado, de las granadas de mano. Generalmente son de hierro, pero las hay tambien de vidrio, con peso ordinario de 1 kilógramo. Colocados los hombres á 1 ó 2m, el saco de las granadas en el suelo al lado del pié izquierdo, con las espoletas al aire; se toma el proyectil con la mano izquierda descansando en la palma, y la espoleta entre el pulgar y el índice uñas al frente. Se da un giro á la derecha llevando el pié léjos del izquierdo. Se traslada la granada á la mano derecha, que viene á estar á la altura de la tetilla izquierda, el codo unido al cuerpo, las uñas al frente. Se descubre la espoleta con los tres primeros dedos de la mano izquierda, se juntan las puntas ó estopines de la espoleta. Se toma el botafuego con la mano izquierda, sacudiéndole sobre la bocamanga derecha; se da fuego y se arroja como una piedra, rápidamente, pues la espoleta no suele durar más que 15 segundos. Amarrando una cuerda de un metro á la espoleta, se tira como piedra con honda.

Abrir brecha en un muro con tierra ó terraplen detrás por medio de la mina, es tarea del minador de profesion en el sitio formal de una plaza, pero á un simple muro ó pared de 0m,6 á 0m,9 basta arrimar un par de barriles de pólvora y darles fuego. El torreon de algun antiguo castillejo suele á veces dar que hacer, y necesitar un minador para distribuir bien los hornillos.

Para volar el arco de un puente, se practican dos hoyos

hácia los riñones ó tercios donde se deposita la pólvora, que sube á 150 y 200 kilógramos si las pilas tienen 2m á 3m de espesor. Cuando el caso apura, basta abrir en el piso una zanja hácia la clave ó mitad del arco, hasta que se vea la piedra, y poner igual cantidad de pólvora. Así han volado arcos de medio punto ó semicirculares de 8m de luz y 1m,3 de espesor. La zanja tambien se hace en cruz.—Si tampoco hay tiempo, ni con qué, se cuelgan barriles por debajo; y por último, si tampoco hay cuerdas, se echa la pólvora en montones. Tres de estos á 100 kilógramos cada uno hacen saltar un arco de 2m de espesor en la clave. Se entiende que se han de *acompasar* los fuegos, es decir, graduar la mecha ó *salchicha*, para que la explosion sea simultánea, y siempre poner algo encima.

Para puentes de madera basta colgar por debajo del tablero ó dejar simplemente encima (aumentando la cantidad) pólvora en barriles ó á granel. La pólvora, siempre que haya caja embreada ú otro medio preservativo, hace gran efecto dentro del agua y tiene la ventaja de no revelar el secreto. Por ejemplo: una botella grande ó caja de plomo que contenga 50 á 60 kilógramos de pólvora, metida por más precaucion en un barril con tierra apisonada, produce grande efecto. Pero lo malo es que no habiendo aparato eléctrico ó siquiera cuerda porta-fuego, se complica el artificio para inflamar.

Una casa viene á tierra socavando sus apoyos y dejándole muy pocos, en los que se taladran pequeños hornillos ó barrenos de 5 á 6 kilógramos de pólvora. Se deben acompasar exactamente los fuegos. Si no hay pólvora, preciso es volver á los medios usados cuando no se conocia. «Poner en cuentos,» que se decia entónces, esto es, dejarla en el aire por medio de puntales, y prender fuego á éstos: ó bien armar el antiguo *ariete* con una viga.

Una palizada, estacada ó frisa no requiere para ir al suelo

más que un par de minutos: lo que tarda un hombre en abrir un hoyo de 0m,5, meter un saco de 10 kilógramos de pólvora, apisonar algo con los piés y dar fuego.—Si se quiere evitar el hoyo se arriman 15 ó 20 kilógramos de pólvora, y se apuntalan con cuatro ó cinco sacos de tierra. Más efecto se logra con dos ó tres sacos pequeños de pólvora, si se acompasan los fuegos, que con uno muy grande.

Para derribar una puerta hay un medio, consagrado ya desde el siglo XVII, que es el *petardo*. La antigua artillería los ha construido de bronce en forma de pequeña campana con cabida para 4 kilógramos de pólvora. Pero es bien fácil de improvisar el petardo, pues todo su aparato se reduce á una caja cúbica de madera, esto es, de tabla fuerte de 0m,02 y de 0m,2 de lado, bien clavada y rellena de pólvora. Pesa vacía 6 kilógramos y 9 la pólvora: total, 15 kilógramos. Se carga por capas sucesivas de 0m,04; se cubre con papel y se atornilla la tapa con tornillos de cobre. Se lía con cuerdas, dejando un agarradero para colgar, y la mecha estopin viene á la derecha. Su efecto es proporcional al cuadrado del peso de la pólvora: mayor si se le ponen sacos de tierra que apuntalen ó aprieten.

Se reemplaza el petardo por una bomba ó por un simple saco de 15 kilógramos de pólvora.

Puede ser útil el uso del petardo, más bien que contra puertas de fortaleza, en el combate de barricadas, en el ataque y defensa de un pueblo amotinado ó enemigo, contra puertas débiles de casas y simples tapias de cercas y jardines; tomando así prontamente por la espalda á los defensores, como se dice á continuacion.

Por último, cuando urge inutilizar un cañon antiguo sabido es que se *clava*, esto es, se introduce por el fogon un tornillo de acero y, si no lo hay, un clavo cualquiera.—Tambien se puede cargar con doble ó triple cantidad de pólvora, meter

la bala con cuñas, fieltro, trapos y disparar con mecha larga, que dé tiempo de alejarse.—Hacer reventar una granada dentro del ánima; y en fin, si no hay pólvora, atorar balas con cuña, romper un muñon.—El afuste ó cureña se inutiliza en el acto con explosion de granada, ó rompiendo á mazo la madera, ó torciendo el hierro, ó quitando la rosca de puntería, etc.

En 1881 el agente demoledor por excelencia es la *dinamita*, sucesora perfeccionada de la *nitroglicerina*, y cuya potencia explosiva es diez ó doce veces la de la pólvora. Su empleo no requiere conocimiento alguno especial ni ofrece el menor peligro. Aunque la dinamita sea de suyo venenosa, los gases que resultan de la explosion son respirables é inofensivos. Su preparacion es fácil, rápida y barata, sus efectos sorprendentes: multiplica los de la pólvora con mucho ménos trabajo en todos los casos anteriormente indicados. La palizada ó estacada, por ejemplo, cae con cartuchos de 3 kilógramos de dinamita, puestos simplemente al pié de metro en metro: la puerta se petardea con otro del mismo peso. Uno de 25 gramos abre agujero en un tablon grueso; dos de 60 rompen una vigueta ordinaria; y con carga proporcional un cartucho ó salchicha ceñido al tronco derriba un árbol corpulento. Para romper un *carril* de vía férrea, basta colocar en la garganta dos ó tres con 50 gramos cada uno; para un cañon de fundicion de 0,16m una carga de 25 kilógramos á 0,25m de la boca, tapada esta con arcilla. Las paredes ordinarias, las cercas, los puentes de madera y de hierro exigen cargas de dinamita muy pequeñas, y simplemente adosadas; pero debajo del agua, ó en lugares húmedos, no puede encerrarse en sustancias que permitan la endosmosis, como el pergamino por ejemplo, y es preciso valerse de tubos de zinc ó de hoja de lata, cuyo cierre se enseba para impedir la filtracion que, desalojando el aceite explosivo de la masa, le quita su potencia de accion.

En la defensa sucesiva de casas ó edificios que deban aban-

donarse al enemigo, es importante la posesion de 80 á 100 kilógramos de dinamita, para destruirlas en la retirada; quedando por último recurso la facilidad de una voladura formidable y á voluntad en el momento del asalto á la última posicion.

8. Combates en las calles.

Entre los innumerables incidentes que se relacionan con el vasto asunto desenvuelto en este capítulo, debe mencionarse uno, no muy frecuente, pero importante por lo complicado. Sucede á veces que un cuerpo de tropas, grande ó pequeño, está ocupando, alojado ó acantonado pacíficamente, un pueblo de crecido y revoltoso vecindario; el cual, por sugestiones del enemigo, por patriotismo, por pasiones políticas revolucionarias ó de localidad, ande inquieto y alterado, buscando medios de anular la presion militar de las tropas, contra las cuales por último se levanta en abierta hostilidad.

La marcha ordinaria de estos deplorables sucesos se anuncia generalmente, y se va acentuando, con síntomas visibles de inquietud y fermentacion; con alguna intentona frustrada ó aplazada, que produciendo alarmas repetidas, mantiene á las tropas alerta y en estado de prevencion. Lo que se entiende por conmocion, tumulto y asonada suele ser el prólogo, ruidoso en general pero inocente, de todo movimiento popular, tenga el alcance que quiera. Pero esa inocencia cabalmente es la piedra de toque peligrosa para el tacto y la prevision del jefe superior, de los oficiales y de las tropas mismas. Si se presentan ó despliegan, con el laudable objeto de intimidar á la muchedumbre y cortar los vuelos al tumulto, su papel pasivo no es airoso: casi nunca es agradecido, y con el porte prudente y conciliador aumentan los gritos, redoblan los denuestos, llueven las piedras y suenan los tiros. Retirarse no es decoroso: avanzar y despejar la vía pública, siempre ocasiona desgracias que el pánico abulta, y que realmente

pueden no estar en proporcion con la índole, magnitud ó trascendencia de la asonada. Napoleon debió á la represion bárbara y sangrienta que exageró Murat, en el infausto y glorioso Dos de Mayo, que su estrella comenzase á nublarse con el levantamiento de España, precursor de su catástrofe en Bailén.

No es fácil dictar norma absoluta de conducta en la embarazosa duda de estos primeros momentos, en los cuales ni los mismos que urden la trama saben el carácter y el vuelo que podrá tomar la insurreccion: la cual así puede abortar por varias causas, como producir la subversion completa del órden y la expulsion ó el asesinato de las tropas; como sucedió á los franceses descuidados en el conocido caso, que la historia conserva como ejemplo con el nombre de Vísperas Sicilianas.

Sin embargo, la humanidad, la prevision y la experiencia aconsejan de consuno que en los tumultuosos principios de la asonada toda fuerza organizada del ejército debe desaparecer de la vista, dejando el campo libre al desórden con las fuerzas civiles, ó gentes de policía que pueda haber en la localidad. El antiguo sistema de dispersion con retenes, patrullas y cabalgadas, á fin de mantener circulacion, de impedir barricadas, ú ocupar ciertos puestos interiores, es hoy inaplicable en grandes centros de poblacion, donde cabalmente son más temibles las asonadas. Al contrario, la concentracion de las tropas debe ser rápida, instantánea y léjos del barrio en conmocion: evacuando hasta los cuarteles y cuerpos de guardia que convengan. Ciertas reglas fundamentales del *arte de la guerra* y de la *táctica* son inmutables; todo jefe que se dispone al combate recoge sus tropas y, como tantas veces se recomendó, «las tiene en la mano.» Desde léjos su comandante, que quizá conozca de antemano la índole y tendencia del movimiento, no sólo puede apreciar con calma y sangre fria sus vicisitudes, sino recibir con más prontitud y claridad las órdenes ó inspiraciones de otra autoridad in-

mediatamente superior, ó del Gobierno mismo, por la facilidad que hoy tienen las comunicaciones. Sus disposiciones propias llevan á la vez la tranquilidad y mesura, que hacen más imponente el mando en los lances críticos. En estos momentos de espectacion, más ó ménos largos y difíciles, el aplomo, la prevision, la cordura son por todo extremo recomendables; pero una vez resuelta la represion, todo se reduce ya á una cuestion de *táctica;* las tropas deben entrar tácticamente en combate, con las condiciones del arte, con la combinacion de las armas, con la oportuna aplicacion de los medios adecuados.

El *combate*—porque ya no es otra cosa—obedecerá á las condiciones *tácticas* y generales indicadas en este mismo capítulo y en el V, y á la esencial ó más importante que le imprima el carácter peculiar que distingue á cada hecho de armas. Por ejemplo: si un cuerpo de tropas enemigo, en inteligencia y concierto con el pueblo insurrecto, viene á caer como el rayo, áun de muy larga distancia con una marcha en posta ó ferrocarril; entónces, es evidente que la primera atencion será oponerse á que éntre en la ciudad; batirlo, alejarlo, y despues volver sobre ésta para apretarla y traerla á razon. Contrayéndose á este último caso, bien se ve que la represion táctica, ó por la fuerza armada, de un movimiento insurreccional es simplemente el *ataque de un puesto de campaña* y, si no el sitio de una plaza, puesto que no hay murallas ni guarnicion, «el último acto» al ménos de un *sitio* de esos tenaces, en que ya no quedan ni aquellas, ni esta; y en el que, despues de un asalto victorioso, todavía se lucha en calles y plazas contra los habitantes indómitos y desesperados, como en Barcelona en 1697 y 1714, en Zaragoza en 1809. Este género de combate, mucho más practicado en otros países que en España; esta lucha, civil por un lado y militar por otro, toma por sus singulares condiciones tácticas el nombre, ya generalizado, de *combate en las calles*.

Si al discurrir sobre este asunto, se le saca del terreno puramente *militar* y *táctico*, involucrándolo con consideraciones de otro órden, políticas, sociales ó humanitarias, evidentemente se embrolla y complica la cuestion; el planteo mismo no es fácil; la solucion, por consiguiente, y la regla general imposible; pero desentendiéndose por completo de las causas ó incidencias, y viniendo al hecho exclusivo y material de la *represion armada* y del restablecimiento inmediato del órden de cosas anterior, la regla es conocida, probada, constante y, pudiera añadirse, infalible, contando como se cuenta siempre con la obediencia, firmeza y disciplina de las tropas. Por más que sea ciertamente distinta la índole y composicion del enemigo; en este caso, como siempre, si la *táctica* juega, debe jugar como es debido, con todos sus resortes, con todos sus elementos, con todos los medios que aseguren el triunfo absoluto y pronto, que dejen bien puesto el *honor de las armas*, primera y sagrada obligacion militar. Por consideraciones ciertamente respetables, suele haber reparo y casi escrúpulo en hacer jugar el cañon, la caballería, es decir, los principales elementos *tácticos*, de una manera concertada y vigorosa, en las calles y plazas de un pueblo abierto. Si esta consideracion naciese por ventura de que el *enemigo*, es decir, el pueblo armado, no lo está con armas iguales, porque no dispone ordinariamente de caballos ni cañones, inútil es decir que por caballeresca que sea esta razon, no pesa en el *arte de la guerra*, ni ménos aún en la balanza de la *política* tan cruda, ó más á veces, que la *guerra* misma. Sin ir muy léjos, la «nacion entera,» con todo el peso de sus medios militares y gubernativos, cayó en 1834 contra los primeros batallones carlistas de Navarra, los cuales, fuera de su valor, nada *militar* tenian, mucho ménos caballos y cañones. Esta, pues, no es razon plausible.

La de humanidad, respetable siempre, debe entenderse con imparcialidad en todo caso para las dos partes contendientes. Por más que sea costumbre poner el grito en el cielo

por la muerte de un paisano y abultarla más que la de cien soldados «porque ese es su oficio» segun la expresion vulgar, la ley de humanidad bien aplicada dirá que tan soldado es, en el acto de batirse, el militar como el paisano: más aún, teniendo en cuenta que aquel, llamado á servir en su gran mayoría por la ley, á la *ley* que lo trajo á las banderas, es á la que defiende, más bien forzosa que voluntariamente. Así un cañonazo con todo su ruido, que en suma taladra unos cuantos tabiques, puede aventar una fusilería tenaz que, á dejarla impune, diezmaria un batallon; un escuadron que cargue, despejando con poco estrago una gran plaza, puede evitar una aglomeracion peligrosa; y en fin, llegadas las cosas á este deplorable extremo, hay que prescindir de toda añeja é irrazonada preocupacion; como la de llevar, por ejemplo, las tropas compactas y al descubierto, por alarde vano y costoso.

Admitido que la represion es un *combate*, y un combate como otro cualquiera, en el combate, sea con quien fuere, lo que se busca es la victoria, y el verdadero triunfo está en obtenerla rápida, completa, decisiva y lo ménos costosa posible. Si juegan las barricadas (y como por desgracia se ha visto, con cañones y caballos) no se comprende por qué no han de hacerlas á su vez las tropas organizadas; si se usan los balcones, por qué no han de subir á ellos, y, sépanlo usar ó no los insurrectos, hasta el arte del minador moderno debe entrar, cuando por este medio expedito y de gran efecto moral, se llega más rápidamente al fin. La guarnicion de París, escarmentada con las horribles pérdidas de la verdadera batalla con la insurreccion de 1848, bajo el mando de Cavaignac, adoptó unos manteletes portátiles y aspillerados, para cerrar instantáneamente las bocacalles. Arriba queda expuesto el modo rápido de petardear muros delgados, cercas y puertas, que permite tomar por la espalda manzanas de casas y grandes edificios; las granadas de mano pueden ser más útiles á veces que la metralla. Doloroso sin duda alguna

es prevenir tales pormenores, si la imaginacion no los aplica contra extranjeros; pero más puede serlo la manía de afectar imprevision, como si por no prepararse á sucesos desagradables, dejasen éstos, incluyendo la misma guerra civil, de llegar al punto y hora que la Providencia tenga señalados.

Resumiendo: en estos casos toda tropa, más ó ménos numerosa, debe, como disposicion general de combate, concentrarse y *tomar posicion* en un punto escogido de la circunferencia, y que reuna el mayor número posible de las condiciones *tácticas* explicadas en el capítulo V para la verdadera *posicion militar*. Caso habrá, por la excesiva desproporcion de fuerzas, en que será conveniente ó forzoso *atrincherar* esa posicion. Por esto no hay que abochornarse: el bochorno en la guerra es ser vencido ó no llevar á cabo lo que se intenta. No sabemos qué otro partido pueda tomar una brigada ó division muy corta, ante una ciudad populosa y que sepa batirse, como lo han probado ya en otros tiempos Génova, Palermo, Lyon y Barcelona. Si dentro del pueblo ha quedado un *puesto* crecido y central, como es costumbre, aislado por los acontecimientos, la primera maniobra es ponerse en comunicacion á toda costa, usando el cañon ó lo que convenga: ya sea para asegurar su retirada, si su permanencia no debiere prolongarse, ya por el contrario, para hacer llegar á él municiones refuerzos, vituallas, que lo constituyan en segunda ó quizá primera base ó eje de maniobras; la línea de calles que enlace entrambos puntos, y que naturalmente será una de las grandes arterias de comunicacion, se ha de mantener asegurada ocupando, segun conviniere, los principales edificios, abriéndoles comunicacion interior, *atrincherándose* en ellos, si es preciso, como queda dicho en su lugar, y haciendo circular patrullas que eviten toda solucion de continuidad. Desde esta línea principal y segura se inicia el ataque contra el sector del círculo ó barrio de la ciudad que constituye el *foco* verdadero de la insurreccion. El ruido de

los disparos, el clamor de la muchedumbre, el ver de léjos barricadas levantadas en todas partes, y muchas de ellas, casi por juego, por algunas mujeres ó muchachos traviesos, dificulta realmente esta apreciacion del *punto-llave* que debe ser justa, y sin embargo, rápida; como todo lo es en combates de este género. Resuelto el ataque, y bien estudiada su más corta y ventajosa direccion, no hay que vagar en ponerlo por obra, acumulando fuerza, medios y vigor.

El principal papel incumbe á los cazadores é ingenieros. Ellos con el zapapico, y, si es preciso, con la dinamita van avanzando poco á poco, sin aturdimiento, sin dejar nada á la espalda: miéntras unos taladran, los otros apagan los fuegos de los balcones, ganan las buhardillas y azoteas, y *dominan* las barricadas de la calle haciéndolas evacuar ó mermando su guarnicion. Sólo cuando esto se haya logrado y ya no reste más que el fuego incierto de algunos pocos tiradores tenaces, es cuando puede avanzar á brazo alguna pieza, cubierta siempre con colchones ó sacos de tierra, si los hay á mano, más que para ametrallar, para *batir en brecha*, para derribar y deshacer las barricadas dejando el tránsito libre, primero á las descubiertas de infantería, que estacionan en las esquinas: luégo á patrullas de pocos caballos, que quizá limpien de una trotada las calles laterales; por fin al grueso de la columna principal que avanza pausada, vigilando mucho su retaguardia y relevando y reforzando contínua y ordenadamente á la infantería é ingenieros, que van haciendo el *flanqueo*, por decirlo así, oculto é invisible por el interior de las casas. Naturalmente la caballería y la artillería que sobrarán, por no ser necesarias en gran fuerza para esta columna principal, servirán para *acordonar* de más léjos y áun batir por algun punto de la circunferencia, el barrio sobre el cual se concentra todo el esfuerzo; pero al cual, entiéndase bien, ¡no se ha de atacar «formalmente,» aunque sobren tropas ó estén inactivas, más que por un solo camino, por un solo rádio, en el que marcha, quizá sin tirar

un tiro, la tropa ó columna principal á modo de reserva.

Y aquí, más que en campo raso, es donde tiene al mismo tiempo fecunda, infalible aplicacion la regla táctica y fundamental de preludiar al ataque formal y decisivo con otro ú otros simulados; con *insultos* atrevidos, con movimientos inquietos en general circulares y envolventes. Nada perturba, trastorna y acobarda como la aparicion imprevista de una tropa, aunque sea despreciable, por la espalda. Si Napoleon, en una de sus batallas, al ver á los austriacos á su retaguardia, pudo contentarse con volver la cabeza y exclamar alegremente «esta gente es nuestra;» no hay jefe de barricada que no se desconcierte al ver que el peligro asoma por su flanco ó por donde ménos lo espera. Es lícito, pues, tácticamente, diseminar por el contorno del barrio atacado partidas muy pequeñas, que en direccion convergente siempre, aturdan, distraigan, intimiden con un fuego más ruidoso que certero, con más intencion de moverse y multiplicarse que de avanzar. Eso queda para el ataque principal; el cual, una vez llegado al corazon, él por sí mismo aplana todo y facilita, sin gran pérdida, que los ataques simulados y las pequeñas tropas que los entretienen confluyan al foco apagado ya de la defensa. El lúgubre silencio que en este reina, basta para desanimar y hacer desfallecer la insurreccion en otros puntos: si algun chispazo salta, una fuerte columna que va derecho á él, sin hacer caso de tiros sueltos, concluye con el último y desesperado esfuerzo.

De todo lo expuesto se desprende el importante servicio que puede tocar al oficial suelto, con pequeña partida ó destacamento; y lo útil, lo necesario que ha de serle meditar sobre todos los extremos que abraza este capítulo de fortificacion, mero índice, volvemos á repetir, de uno de los ramos más importantes del *arte de la guerra*.

9. Resúmen.—Sitios de plazas.

Todo este importante capítulo se ha dejado, sin más que algunas alteraciones insignificantes, tal como se imprimió en 1868. Sin embargo, en estos últimos años ha sobrevenido tan rápida reaccion, que conviene consignarla como epilogo, robusteciendo así las previsoras consideraciones que sirven de prólogo.

Desde luégo el divorcio que allí se lamenta entre la *fortificacion* y la *táctica* tiende cada dia á corregirse, por las sorprendentes y recíprocas modificaciones de entrambas. Aquel *atrincheramiento* pulido, correcto, geométrico, formando una línea contínua de defensa, única y extendida (figs. 37-40, lám. II), que en el siglo pasado cuadraba perfectamente á la táctica extensa y *lineal* de Federico II (V. Dicc. Mil., art. *Táctica*), siguió imponiéndose tiránico, no sólo en las guerras de la revolucion francesa, sino en las posteriores; á pesar de la visible trasformacion del antiguo *órden lineal* y áun de su completa proscripcion. Era efectivamente inexplicable ese apego rutinario á las antiguas fórmulas: y recientemente ilustres ingenieros han roto con ellas, considerando que así como á la *táctica lineal* ha sustituido el *órden profundo*, así tambien á la vieja fortificacion lineal debe sustituir hoy una organizacion defensiva, una *traza* nueva y libre, que se concierte con las novísimas armas y medios de combate, y permita desplegar con amplitud la accion sucesiva de los diversos elementos del *órden de batalla*.

Si esta reforma ó regeneracion, al parecer tan lógica y sencilla, ha tardado algun tiempo en encontrar su fórmula, compensado está por cierto con la abundancia de ellas en el momento en que esto se escribe. El cañon rayado, el fusil de tiro rápido, que cada dia obligan al agresor á entablar el combate desde más léjos, y que al menor obstáculo dan un valor *defensivo* considerable, inconcebible, son los propulso-

res del movimiento progresivo que se va acentuando en la fortificacion pasajera, ya de nuevo íntimamente enlazada á los que va sufriendo la táctica, esto es, la manera de combatir.

El arranque histórico de esta fortificacion «del porvenir,» podria fijarse en Duppel, en Sebastopol, ya que no quiera remontarse á las líneas de Wellington en Torres Vedras, como primer embrion. Tiene luégo rápido y pasmoso desarrollo en la guerra de los Estados-Unidos (Washington, Alejandría, Richmond); en la de Alemania de 1866 (Sadowa, Dresde, Florisdorf), y en fin, la franco-germana de 1870, con sus inauditos sitios ó bloqueos de Metz y París, ha dado sancion definitiva.

Así es, que la antigua fortificacion pasajera ó de campaña, en el estricto y limitado sentido que hasta hace poco tenía, viene hoy á quedar como término ó clase puramente «intermedia» entre otras dos nuevas: la *del campo de batalla*, que tambien se llama *rápida*, *expedita*, *improvisada*, figs. 6, 7, 15 y 16, y la *provisional* ó *mixta*, figs. 52 y 58, ya más complicada y que constituye la transicion de la *pasajera* á la *permanente*. Claro es que, destinada esta última á puntos ó *ejes estratégicos*, se construye con más abundancia de tiempo y de medios que esa otra perfectamente llamada *improvisada*, porque en efecto se improvisa en el curso mismo del combate, para que el enemigo, ignorándolo, se aturda y desoriente. Ya se comprende que un campo de batalla, preparado muy de antemano, deja de merecer este nombre y toma el más propio de *posicion*: la fortificacion *expedita* ó *rápida*, á que ahora nos referimos, no rebasa en general los tipos de trinchera de las mencionadas figs. 6, 7, 15 y 16, lám. I, con espaldones y abrigos tambien para la artillería de batalla. Su *perfil* se llama *ofensivo*, es decir, que se puede fácilmente saltar: por distincion del *defensivo* normal ó reglamentario de la fig. 17. Los nuevos fusiles con su trayectoria tendida, imponen el

foso interior, figs. 20, 30 y 31, mientras que el exterior, como «obstáculo,» ya en general no necesita ser tan ancho ni profundo, puesto que el verdadero obstáculo estriba hoy en la pasmosa rapidez del tiro. En la *traza*, las normas ó tipos tienen diversidad infinita; sustrayéndose á las viejas reglas de flanqueo, desenfilada y balance de tierras. Todo ello lleva en sí carácter improvisado y transitorio, y hasta si pudiera decirse baladí; puesto que el mismo constructor y defensor de tales *obras*, ni áun les debe tomar apego ni cariño, abandonándolas cuando le convenga.

En el dia todos los ejércitos consagran atencion y ejercicio á esta *fortificacion improvisada*; pero la cuestion, cuya importancia es manifiesta, entraña, como accesorias otras de difícil solucion, por ejemplo: la provision de herramientas y la instruccion prévia de las tropas. ¿Cómo, quién lleva esos útiles? ¿Todos los soldados ó sólo algunos? ¿Irán en furgones, aumentando la *impedimenta*, quedándose á retaguardia y no estando á la mano en la oportunidad? Para grandes excavaciones y rellenos, necesarias son palas largas, que pesan y embarazan: si, por evitarlo, se usan como algunos proponen, pequeñas palas de acero con mango muy corto, el soldado tiene que trabajar de rodillas.

De todos modos, á la *fortificacion de campaña* se le han abierto en estos últimos años horizontes que bien pudiera decirse imprevistos, ilimitados; desligándola de antiguas trabas, pero en cambio imponiéndole nuevas y difíciles condiciones. La primera, suma rapidez; luégo, ofrecer poco bulto á la artillería enemiga, haciendo incierto su tiro; resguardar del fuego; no embarazar la ofensiva, construyendo para ello obras ligeras, y á veces preparando desembocaduras y allanando obstáculos para avanzar en vez de acumularlos para detener; sujetarse bien al tiempo, al terreno, á las tropas, al *objeto táctico*; pues no es lo mismo la trinchera del *campo de batalla*, que la que forme parte de una *contravalacion* en si-

tio de plaza, ó la que el ingeniero cava en los *aproches;* proporcionarse *abrigos*, ya no sólo de flanco y de revés, sino por arriba; buscar apoyos á retaguardia en sentido de la profundidad, en segunda, en tercera línea, que recojan á los que abandonen la primera, y hagan esta misma inhabitable al enemigo, al paso que si esa primera línea se deja para avanzar, venga á ocuparla la segunda.

Reiterando, en fin, lo dicho en páginas anteriores, persuadirse de que se puede fortificar *ofensivamente;* que con las armas actuales una simple *trinchera* puede dar mucho que hacer al enemigo; que lejos de enervar ó amilanar la fortificacion, hoy restaura, conforta y anima; permite ocultar bajas, tirar con más tranquilidad y puntería en todas posiciones, de pié, sentado, echado; detener fugitivos, volver al fuego; intentar reacciones ofensivas. Los tácticos antiguos recomendaban tener siempre á cubierto las tropas que no combatian; ¿cómo puede hoy cumplirse este sano precepto «sin mover mucha tierra,» con el alcance, certeza, tension de trayectoria y rapidez del tiro?

Por resultado de repetidas experiencias se sabe, que la tercera parte de una tropa cualquiera «en general,» puede cubrir ó abrigar á las otras dos en pocas horas ó minutos con trincheras de *perfil rápido*. Mientras se va ganando en *relieve* y profundidad se tira echado, luego de rodillas, al fin de pié. O se principia por el *pozo de tirador* (*rifle-pit* americano, *embuscade* de Sebastopol), con la mochila sobre algunos terrones; luego los *pozos* se juntan, la *trinchera* toma forma, va ganando en seguridad y..... cabalmente entónces se salta, porque así conviene, y se abandona sin el menor sentimiento.

Con esta inmensa amplitud y elasticidad de la actual *fortificacion de campaña*, son ociosas las añejas discusiones sobre preferencia de obras *cerradas* y *abiertas*. Todas tienen en cada

caso aplicacion simultánea y combinada, tanto en pequeños *puestos* como en extensas *líneas* para grandes ejércitos, figuras 45, 53, lám. II. Lo que no puede tenerla es aquella larga série de *atrincheramientos* uniformes, abiertos por la gola, figuras 37, 40, que, rotas por un punto, arrastran consigo la pérdida de todo: ni á la inversa, pequeños *reductos* con hondo *foso*, con alto *relieve*, con pequeño *espacio interior*, que no son más que receptáculo de proyectiles.

El coronel austriaco Pidoll afirma, que en el tiempo que requiere un *reducto* á la antigua para 100 hombres y 4 piezas, se construye un abrigo para 5.000 con 24 cañones. La fig. 44, lámina II, indica la traza de los atrincheramientos que él mismo construyó en la noche anterior á la batalla de Sadowa; los pequeños redientes interiores son simples trincheras, el espaldon central cubre una poderosa batería.

Tambien en la fortificacion de pueblos pequeños hay que mirarse mucho, para la oportuna y acertada aplicacion de las «reglas generales.» La decidirá en primer lugar el *objeto táctico*. La aldea que conviene, por ejemplo, como *avanzada* de un gran campo *defensivo*, puede ser embarazosa, perjudicial para otro *ofensivo*. No es lo mismo un puesto *destacado*, es decir, aislado, lejano, que otro *avanzado*, cercano, ligado al *grueso* de una tropa, ó que otro simplemente *intercalado* en una gran *línea* como en la fig. 45. Aquí el *puesto* guardará un *canton*, allá un almacen ó *depósito*, acullá un *puente*, un *vado*, figs. 56, 57, 59, 60. El pueblo unas veces tendrá apiñado, otras esparcido su caserío, y en un caso convendrá *aspillerarlo*, y en otros, léjos de eso, abandonarlo, salirse del *recinto*, ocupar alturas, mover tierra y acudir á las defensas *accesorias*.—Nada de rutina ni amaneramiento.

Hoy, para colmo de reaccion y de extrañeza, la fortificacion *de campaña*, donde tiene fecunda aplicacion es cabalmente en el primer período del *ataque* y *defensa* de grandes *fortalezas*. Llámanle los franceses *investissement*, de su verbo *inves-*

tir, por lo que los traductores inconscientes dicen *embestidura* y *embestir:* á lo cual no nos acomodamos y seguiremos diciendo acordonar, cercar, bloquear una plaza fuerte. (Véase Dicc. Mil.) Sebastopol con su imprevista resistencia, Metz y París despues han variado la pauta seguida invariablemente desde los tiempos de Vauban. Concluyó tambien la «teoría» en los *sitios de plazas*. Ya no hay ceremoniosa *apertura de trinchera* (ni mucho ménos al son de violines, como la del gran Condé ante Lérida en 1647): lo primero ahora es buscar la «posibilidad» de abrirla. El alcance de las armas imposibilita mantener rasa y limpia como ántes, la *zona polémica* de una plaza fuerte; habrá pues *accidentes* del terreno, huertas, quintas, fábricas, que, utilizadas por sitiado y sitiador, decidirán el frente atacable, que quizá venga á ser el tenido por «inexpugnable» tiempos atrás; por consiguiente no puede haber préviamente aquel *plano director* de los ataques, donde se consignaba con exactitud cronométrica, dia por dia, hora por hora, la marcha progresiva de los *aproches*, hasta el coronamiento del camino cubierto, el establecimiento de las baterías de brecha, la apertura de ésta y hasta la rendicion misma de la plaza, como Vauban se la calculaba á Luis XIV.

Suponiendo, como debe suponerse, que el defensor se inspire en las ideas y procedimientos del que se ilustró en Sebastopol, saldrá de su recinto, luchará á brazo partido en esa *zona polémica* (que hoy puede tener algunos kilómetros de extension); y el primer acto del *sitio* será un tenaz y prolongado *combate*, para rechazar, para encerrar al defensor en sus murallas. Diciendo *combate*, se dice que todo es ocasionado, variable y contingente; que en el problema entran por factores el valor, la fortuna, el terreno, la habilidad. El ingeniero más experto, el táctico más consumado se sienten hoy abrumados y perplejos por la dificultad de los *reconocimientos* prévios, por la insuficiencia de las antiguas reglas. Preceptuaban éstas por ejemplo, abrir tranquilamente la *primera paralela*, la cual permitia avanzar á la segunda con impunidad y *plantar bate-*

trias no combatidas por la plaza que, con sus cuatro ó seis piezas tomaban la *cara* de un *baluarte* de *enfilada* y de *rebote*. Se calculaban y establecian los *depósitos* y *parques* á pequeña y conveniente distancia; las tropas abandonando sus *puestos* sin el menor recelo, iban desarmadas al *servicio de fagina* (de donde viene el toque), dedicándose con perfecta quietud á la construccion del *material de sitio*.

Hoy es imposible establecer un taller único, que podrá estar muy léjos á 8 y 10 kilómetros; las idas y venidas á toque de corneta revelarian al sitiador este lugar de los parques y depósitos, que cabalmente es el que debe estar más seguro, por lo que se le destina á guarnicion ó guardia especial de todas armas, se atrinchera si es necesario, se abarraca si no puede estar en poblado. Allí no sólo se reune ramaje sino artillería de batir, con lo que ella actualmente exige de municiones, máquinas, laboratorios; para cuyo transporte es indispensable el ferrocarril. Este nuevo elemento, que cada dia aumentará su influencia, entra por mucho en la determinacion de lo que ántes se llamaba *frente de ataque*.

Nunca fué tan necesario como hoy el completo acuerdo entre los oficiales de artillería é ingenieros para la direccion en conjunto de los *trabajos de sitio*, para este primer establecimiento de los *parques* y de las *tropas:* nunca tampoco ha sido más indispensable, más ineludible la cooperacion inteligente de las armas generales. Esa *zona polémica* ó disputable, ellas la han de conquistar y sostener con su denuedo y su pericia. Ordinariamente se destina á un *sitio* una division ó cuerpo organizado, que se reparte al rededor de la plaza en trozos ó *sectores*, y á su vez éstos se subdividen en *cantones* y pequeños *puestos*, ligados entre sí, conexos en lo posible, pero que siempre entrañan cierta autonomía y responsabilidad en los comandantes, cuya graduacion naturalmente no puede ser muy elevada. Ya no es aquel monótono y pasivo *servicio de trinchera* que explica la Ordenanza: hoy á cada tropa, grande

ó pequeña, al acordonar, al establecerse en su *sector*, se le marca su tarea, y ella se las arregla como puede. Su primere atencion es la prevision, la vigilancia, la solidez para no dejarse sorprender y arrollar por el sitiado; de ahí la rigorosa exactitud en el *servicio avanzado*, la indiscutible necesidad de aplicar con tino y discernimiento los conocimientos de *topografía* y *fortificacion*. La experiencia de Metz y París ha venido á estatuir que las tropas sitiadoras deben establecerse fuera del alcance de las piezas pequeñas por lo ménos, y áun de las gruesas, á 4 y 5 kilómetros. Es peligroso acercar mucho durante el dia el *cordon avanzado*. Se provocan contínuas escaramuzas que fatigan y enervan al sitiador; al paso que enardecen y foguean al sitiado, hasta el extremo de convertirlas en batallas, apoderándose de las *obras* del sitiador.

Estas ya se comprende que han de ser ligeras, de las llamadas genéricamente *abrigos*. Nada de líneas contínuas, ni de grandes reductos perfilados á la antigua; que encadenan á la tropa en punto fijo y atraen fuegos convergentes: el fondo de toda línea de *circunvalacion* y *contravalacion* (V. Dicc. Mil.) hoy deben constituirlo más bien trincheras chatas con traveses, barracas y blindajes. Los apoyos para una *línea* algo extensa de *trincheras* se buscan en aldeas, caserías, bosques. Hay que cuidar sobre todo las *comunicaciones*: abrir caminos; señalar *plazas de alarma*: mejor que cortar los que van á la plaza sitiada, es poner *puestos* á los lados y cañones más atrás que los enfilen.

Importa mucho distribuir el *servicio* con regularidad, á fin de que la tropa tenga dos dias seguidos de reposo absoluto. El *cordon avanzado* de cada sector debe estar siempre á las órdenes de un solo jefe. Patrullas especiales de hombres listos y perpétuos ahorran puestos y centinelas, por el conocimiento del terreno que van adquiriendo; y en general conviene que cada individuo, singularmente auxiliando á ingenieros, se aplique á una tarea exclusiva, á la que suele tomar aficion.

Los alemanes ante París, en 1870, se establecieron «por regla general» en tres líneas *concéntricas*, con profundidad de dos á tres kilómetros; la primera que aquí llamamos *cordon avanzado*, compuesto de centinelas, escuchas, avanzadillas, sostenes, etc.; la segunda, que ellos dicen *Gefechts-Stellung*, posicion de combate; y otra tercera, más atrás y más fuerte, á modo de reserva. Observatorios y telégrafos, postes indicadores bien situados dan á todos los sectores, y á los puestos de cada sector entre sí, perfecta trabazon y seguridad.

En todo ello hay positivamente más peligro, dificultad y complicacion que ántes. Las guerrillas ó avanzadas extremas en su flujo y reflujo de combate llevan *útiles* de zapador, abren *pozos*, se entierran, se ligan: el oficial—y es lo difícil—tiene á veces que determinar la eleccion del *puesto*; el general y el ingeniero la rectifican y le dejan unos cuantos zapadores para completar y perfeccionar el trabajo: es, pues, forzoso vencer la repugnancia ó la indolencia de las tropas, animándolas el oficial con el ejemplo, señalando tajos, ofreciendo recompensa, demostrando, en fin, con su expedicion y soltura que domina y entiende el asunto.

Repetiremos con insistencia que en los *sitios de plazas* todo ha variado en pocos años, empezando por las baterías que han perdido hasta sus antiguas denominaciones: *directas*, de rebote, de brecha; todas hoy sirven para todo. La artillería *de batalla* que lleve el cuerpo sitiador entabla el ataque desde luégo, miéntras llega la *gruesa* ó de sitio. Su objeto no es luchar con la de la *plaza*, sino detener, rechazar las *salidas*, disputar y ganar la zona polémica, dado que no tiene municiones, ni efecto para más. Revuelta entre los tiradores y los ingenieros avanzados, todos concurren á cubrirla, asegurarla y *atrincherarla* con zanjas ó espaldones, sin quitarle su movilidad, ni encerrarla en reductos, ni mucho ménos separarla de su ganado, que debe estar cerca y resguardado tambien con movimientos de tierra.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BADAJOZ

Hoy las *baterías de sitio* ya no tienen *cañoneras*, ni aristas perfiladas: léjos de eso se procura enterrarlas, cubrirlas de ramaje, ocultarlas, de tal modo, que en los sitios de París y Belfort tardó dias el *defensor* en averiguar el «paradero» de algunas. Requieren, en cambio, inmenso trabajo interior de *traveses*, *abrigos*, *repuestos*, que no se pueden ejecutar como ántes en una sola noche. El efecto de la artillería actual es pasmoso. Con ángulo pequeño y mucha carga, toma el proyectil trayectoria tendida ó rasante: á la inversa, con ángulo mayor y carga pequeña, la trayectoria es más curva, pudiendo batir, *abrir brecha* desde léjos con el tiro llamado indirecto, en objetos y muros que no ve.

Todo ello dará á los *sitios* futuros caractéres, fórmulas, procedimientos inusitados, imprevistos. Para comprobarlo basta una sencilla reflexion. Se creia que era, si no imposible, muy difícil bloquear las grandes plazas modernas con su *cintura de fuertes*, constituyendo un gran *campo atrincherado*: Metz y París han demostrado que se puede acordonar y bloquear «herméticamente» con fuerzas inferiores. Y la explicacion es bien llana. Cuando se pensaba así, no habia *ferrocarriles*, ni *telégrafos*; no se daba á la fortificacion *improvisada* la importancia, la influencia que en sí tiene, con sus pequeños recursos de trincheras, talas, alambrados, torpedos, etc., que favorecen singularmente al *sitiador*. Sin ferrocarril ¿cómo hubieran podido vivir 230.000 alemanes ante París, en tierra enemiga, á 600 kilómetros de su *base de operaciones?* ¿Cómo dotar á 50 y 60 tiros diarios por pieza, los centenares de ellas que pusieron en batería? Otro error provenia de asimilar el ejército *sitiador* ó bloqueador, que lo primero que hoy hace es atrincherarse fuertemente en forma *circular*, con otro en campo raso tendido en *línea recta*. De ahí la idea de que el sitiador no tendria tiempo de *concentrarse*; y efectivamente, no es maniobra rápida ni fácil sin auxilio del *telégrafo*.

Pero, bien mirado, el peligro sólo existe en el momento de

extenderse; en el cual, si el sitiador se abre en abanico imprudentemente, y el sitiado anda listo, puede coger de flanco algun cuerpo suelto. Por eso al *acordonar* se recomienda obrar sucesiva y cautamente; proceder por *sectores*, cubriendo con obstáculos los flancos al correrse, y si no hay tropas suficientes, dejar algun sector sin cerrar, observándolo con tropas móviles que talen y destruyan todo acceso. Forzosamente ha de haber gran diversidad en la manera de establecer y cerrar el *cordon* en cada trozo ó sector. Se extenderá y adelgazará en terreno montuoso y quebrado, se apretará en el descubierto y peligroso: lo que importa es trabazon y flanqueo, sosten recíproco.

Una vez establecido y *atrincherado* el sitiador, para atacarle el sitiado en sus *salidas* tiene que detenerse ante las avanzadas, desplegar bajo un fuego convergente é irresistible, y los refuerzos y reservas de aquel prontamente llamados con el telégrafo vienen por los lados á envolverle las alas. Los ataques nocturnos son imposibles. Lo confirman las salidas de los de París en 30 noviembre, 21 diciembre 1870 y 19 enero 1871. De manera que todo el secreto de las modernas *líneas de contravalacion* está en no ser, como ántes, corridas ó continuas y únicas, fáciles, por lo tanto, de romper: sino anchas, profundas hácia atrás, con dos ó tres órdenes de defensas escalonadas: con reserva especial cada sector, con reservas generales de unos para otros, enlazado todo con el *telégrafo* y el *ferrocarril*. Para una línea de combate ó posicion principal de 8 kilómetros, ante París, bastó una division prusiana: las reservas distaban más de 8 kilómetros fuera de los grandes alcances, y tenian tiempo de llegar al punto amenazado. Y, en fin, tal holgura y seguridad reinaba en aquella famosa *contravalacion*, que pudo ausentarse un cuerpo para ayudar al general Goeben á batir al francés Faidherbe en San Quintin, y estar de vuelta á las pocas horas ocupando su sector. La experiencia, por ahora, demuestra que las ventajas «en conjunto» de los ferrocarriles, estando

en razon directa de los trayectos á recorrer, serán siempre menores para el *defensor* que naturalmente opera sobre radios y cuerdas del círculo sitiador.

En resúmen: hoy un *sitio* es un combate, un duelo de artillería, en que lógicamente ha de vencer la superioridad, en número, en calibre, en alcance, en manejo; y como esta arma recibe cada dia nuevos perfeccionamientos, no es posible todavía reunir en cuerpo de doctrina ó reglamento las reglas que han de dirigir el ataque y defensa de las plazas.

CAPÍTULO X.

RECONOCIMIENTOS.

1. Definicion.—Ideas generales.—2. Teoría del terreno.—3. Orografía.—Montañas. — Valles.—Llanuras. —Mesetas.—4. Hidrografía.—Fuentes.—Lagos. —Rios.—5. Topografía.—Distancias inaccesibles.—Orientacion.—Meridiana. —6. Reconocimientos especiales.

1. Definicion.—Ideas generales.

Pocas voces técnicas habrá de un significado más extenso, más complicado y más importante. Decker define el reconocimiento: «el exámen crítico de un objeto, sea el que fuere, mirado desde el punto de vista militar.» En toda su generalidad, *reconocer* «es la accion y efecto de recoger datos y noticias, para una tropa en campaña, sobre la fuerza, posicion ó movimientos del enemigo; sobre el terreno y su aprovechamiento, y sobre los recursos de todo género de que se puede disponer.»

Antes de todo demostremos—por si alguno dudase—no la oportunidad ó conveniencia, sino la necesidad de incluir esta grave materia en un sencillo manual destinado al oficial que

sirve en las armas generales.—Razones de órden, de lógica y de conveniente secreto asignan en todos los ejércitos constituidos el importante y delicado servicio de *reconocimientos* á la plana mayor, ó estado mayor, es decir, á los oficiales, generalmente facultativos, que rodean al jefe de una grande unidad táctica, como brigada ó division. En el estado mayor general, esto es, en la órbita del general en jefe, es donde viene á concentrarse, como vienen todos, el *servicio de reconocimientos*. Naturalmente el cuerpo especial de estado mayor en España, y en los otros paises que lo tienen organizado, lo cuenta como «preferente,» pero de ningun modo como «exclusivo.»—Nada lo es, ni debe serlo, en un *ejército de operaciones;* y en varios parajes de esta obra se recomienda con insistencia este principio fecundo y salvador. El cuerpo de ingenieros, repetimos, por ejemplo, tiene á su cargo la fortificacion y los puentes, como especialidad que no puede ser más técnica y científica; mas no por eso se ha de desarreglar el cuadro orgánico para dar dotacion de ingenieros, con todos sus útiles y pertrechos, á un pequeño destacamento de cuatro ó seis compañías, á una columna ligera y volante, cuyo cometido así puede durar algunas horas como algunos meses. Y sin embargo, á un *destacamento* compuesto de *tres armas*, como el supuesto en el capítulo VI, le pueden sobrevenir y acontecer «en pequeño» los mismos trances y vicisitudes de guerra que á un ejército desmesurado. Tendrá que combatir, que pasar rios, que atrincherarse; y no por eso su comandante, que quizá ni áun tenga graduacion de jefe, ha de pretender dar batallas como un general consumado, ni pasar rios con trenes como un pontonero, ni levantar plazas fuertes como la de Santoña. Los capítulos VII y IX están escritos con «estudiada ligereza,» para mostrar cómo someros apuntes y recuerdos desarrollados sin gran esfuerzo por la sana razon, en ciertos momentos críticos pueden bastar al oficial de fila para salir airoso de un empeño, acreditando celo y aptitud.

Esta materia de *reconocimientos*, á pesar de su indudable

complicacion, se trata con igual sencillez y casi pudiera decirse con igual desenfado. Mírese bien, y los *reconocimientos* los practica todo el mundo en un ejército, desde el cabo de patrulla y avanzadilla hasta el jefe de estado mayor general. Nada se proyecta, ni se emprende en la guerra sin objeto, sin motivos, sin datos, sin medios: nada, pues, se hace sin *reconocimiento* prévio. La escala de importancia y perfeccion no puede ser más vasta, en el hecho de comprenderlo todo: la diferencia entre sus varias gradas ó escalones, es lo que debe tomarse en cuenta.

Por eso, para entenderse y exponer la doctrina con órden y claridad, es costumbre dividir los *reconocimientos* en varias clases. Desde luego lo más lógico parece recordar las partes principales y constitutivas del *arte de la guerra*. Sabidas son: la estrategia, la táctica y el servicio de campaña, que forma el principal asunto de esta obra. Quedan, pues, deslindadas por este mero raciocinio tres *clases de reconocimientos*.

La más elevada, que comprende los que por otros nombres pueden llamarse *político-militares*, *generales*. Al *constituir una guerra*, como se ha dicho en el capítulo I, no bastan los datos propios: son más necesarios é interesantes los del enemigo, y tambien los más difíciles ó peligrosos de obtener. De manera que esta clase de reconocimientos no sólo se verifican «en tiempo de guerra ó de preparacion» sino en el seno de la «paz;» porque la *milicia* nunca ha de perder de vista que su destino es la *guerra*, ni descuidar lo que conduzca á constituirla sobre hipótesis cuerdas y seguras, sobre hechos y datos en lo posible inconcusos. Las comisiones al extranjero, la estadística, la geografía, la diplomacia, la lectura «crítica» de libros, documentos y periódicos militares, entran en esta clase de elevados *reconocimientos*. Abierta la campaña siguen naturalmente, y con fin más concreto, para dar base y acertada ejecucion á las *grandes operaciones*.—Nada de eso concierne á la materia de este modesto manual.

Los *reconocimientos* de que aquí puede tratarse giran en círculo muy pequeño; interesan directamente á reducida tropa, y pueden ser ejecutados por oficiales no facultativos con la necesaria y relativa perfeccion.

Bajo este punto de vista, considerados como una parte del *servicio de campaña*, los *reconocimientos* pueden clasificarse en *diarios*, *ofensivos* y *especiales*. Los primeros son simplemente la observacion y registro contínuo, las medidas diarias de vigilancia y seguridad comprendidas en el capítulo IV bajo el nombre de servicio de *descubierta*, de *patrullas*, de *flanqueo*, y en rigor bajo el nombre genérico de *servicio avanzado*, que es en el fondo un *reconocimiento* no sólo diario, sino constante.

Los *reconocimientos* llamados *ofensivos* ó *á viva fuerza* no son tan frecuentes, ni tan útiles, en opinion de militares muy autorizados. El reconocimiento *ofensivo* es un *combate*. Al «practicar un fuerte reconocimiento»—que es la frase habitual—se trata de compeler á viva fuerza al enemigo á que ceda terreno, á que repliegue sus avanzadas y deje reconocer y darse cuenta, con la posible exactitud y detencion, de algun punto notable de su posicion, de su fuerza, de sus medios defensivos y hasta de sus intentos; haciéndole que forzosamente descubra sus atrincheramientos, sus baterías, que despliegue sus tropas, que revele, en fin, sus recursos y sus proyectos. Esto no puede conseguirse sin trabar escaramuza, sin empeñar un combate por lo ménos de avanzadas, sin emprender tanteos peligrosos y demostraciones que pueden salir caras. Ordinariamente constituyen el preludio de un ataque formal, y casi siempre la introduccion ó prólogo de las grandes batallas; pero acontece con frecuencia que sin esa intencion se va calentando impensadamente la escaramuza; se van comprometiendo tropas con irreflexion; se lanzan otras para que desenreden á aquellas, y concluye por empeñarse un largo y sério combate, una batalla formal y azarosa, sin deseo, ni

plan preconcebido. Algunos militares de larga práctica, Bugeaud entre ellos, proscriben de plano estos *fuertes reconocimientos*, verdaderos y sangrientos combates, en que rara vez se encuentra lo que se busca, ni se tiene la tranquilidad de espíritu necesaria para estudiar «levantando cróquis» como quieren los libros didácticos. Indudablemente los datos que se buscan se pueden recoger á ménos coste por el espionaje, por pequeñas partidas que nada comprometen, como las del capítulo IV; y cuando se trate de combatir, siempre debe hacerse «en regla,» con la intencion formal de desalojar, de castigar, de vencer.

Esta clase de *reconocimientos ofensivos*, ó á viva fuerza, encuadra más con la índole de la *guerra de posiciones* en el siglo pasado; hoy con la *vanguardia*, cuyas funciones se han indicado en el cap. III, con la caballería *exploradora*, son innecesarios en la generalidad de los casos.

De todos modos, un *fuerte reconocimiento* exige mucho tacto, gran fuerza, y casi siempre es ordenado y dirigido personalmente por el general en jefe, á quien rodea su cuartel general. Por todas estas razones no es oportuno desenvolver aquí los largos pormenores de un gran *reconocimiento ofensivo*, que en todo caso están más en su lugar y han podido verse en el citado artículo dedicado á la *vanguardia*.

Los *reconocimientos* llamados *especiales* ó *parciales* entran perfectamente en el círculo del oficial particular de infantería ó caballería, cuyo radio es muy variable, puesto que se extiende desde la *partida suelta* de 20 ó 30 hombres á pié ó á caballo (V. cap. IV), hasta el *destacamento* ya numeroso (V. cap. VI) de dos ó tres batallones, con las tres armas y oficiales facultativos.

Bajo este concepto restringido, las consideraciones que siguen tendrán, sin embargo, la posible generalidad.

El *reconocimiento especial* ó parcial puede ser *táctico* puramente, es decir, sobre el enemigo, ó *topográfico*, que vale

tanto como sobre el terreno, ó *estadístico*, que abraza lo concerniente á material de guerra, víveres, forrajes, requisiciones, recursos de toda especie.

En el capítulo del *servicio avanzado* se ha recomendado la asídua y constante *observacion*. Aunque algunos, con sobrada sutileza, pretendan establecer distincion, bien se ve que no hay gran diferencia entre *observar* y *reconocer*.

Una *partida suelta*, de las que trata el mencionado capítulo, puede recibir el simple encargo de saber únicamente «dónde está el enemigo:» más preciso todavía, en esta sola pregunta: ¿el enemigo está en tal parte ó no? Para esto ni se necesita ser facultativo, ni más instrucciones que las contenidas en esas breves palabras. El oficial lo que debe hacer, es volver cuanto antes con la respuesta.

Pero, si además de saber ó averiguar «dónde está» el enemigo, el general quiere saber «cómo está,» la comision se complica; el *reconocimiento* es de más vuelo, y si el oficial «con antelacion» no tiene seguridad en sus estudios, en sus medios, en su *ojeada militar*, quedará deslucido.

La *táctica* será siempre la base. Ciertas ideas generales sobre *organizacion*, sobre *campamentos*, sobre *posiciones*, tambien son indispensables. «Saber del enemigo en posicion» es ver y deducir su composicion, su fuerza, su modo de estar; su campo, cómo apoya sus alas, si en rio, pantano, bosque, lugar ó precipicio; si está atrincherado y cómo, si con talas ú obras de tierra, con líneas contínuas ó reductos destacados; en cuántas líneas campa, con qué extension; dónde está la artillería, cuál el número de piezas; dónde el cuartel general; cuáles son las principales desembocaduras al frente; si hay cercas, setos, viñedos, escarpados; qué «fisonomía» general ofrece el terreno entre el ejército propio y el enemigo; cuáles son las comunicaciones y sus dificultades; cuáles las costumbres militares del enemigo; cómo hace el servicio, singularmente el avanzado; hasta dónde llega su línea extrema; si tiene víveres, si está satisfecho, etc. Y de todos estos da-

tos combinados, comprobados, hay que penetrar, conjeturar, adivinar, por decirlo así, sus intentos, presumir sus apoyos y maniobras, calcular, puesto que no está á la vista, su línea de retirada.

Un *reconocimiento* exige en el oficial encargado, no sólo ojeada, celo, inteligencia, sino cierta probidad, digámoslo así, que le vede suponer ó inventar. Un dato falso, una apreciacion ligera, errónea, puede ocasionar una falsa maniobra, una catástrofe. Nadie ignora que el gran capitan de nuestra época, el que pasó maravillosamente los Alpes y maniobró sobre el Splügen, vió detenido su carro triunfal en Waterlóo ante un arroyuelo cenagoso. Pero al mismo tiempo que se recomienda una nimiedad sistemática, el *parte ó informe*, ya sea verbal ó escrito, en que el oficial dé cuenta, debe resaltar por lo exacto, conciso y limpio de la frase; por lo justo de la apreciacion; por lo metódico y clasificado; por la veracidad, que se revele tanto en la afirmacion como en la duda.

Comisiones de esta clase naturalmente se confian á oficiales despejados, y por consiguiente afanosos de lucir. Estos deben procurar mantenerse con modestia en los límites de su encargo y refrenar la propension á rebasarlos. Nada hay más intolerable que propasarse, por petulancia, ó por «exceso de celo» á consideraciones impertinentes al asunto, ó deducir consecuencias, ó entrometerse, que es lo peor, á «forjar planes de operaciones y de campaña.»

Eso incumbe al General. El subordinado cumple con la simple y modesta exposicion de los datos que se le piden. Demasiado sabrá el superior apreciar y distinguir el mérito real del trabajo, sin necesidad de acentuarlo con pretensiones pedantescas.

Comision de *reconocimiento* puede recibirla directamente el oficial de infantería ó caballería, ó bien indirectamente al ser nombrado comandante de la pequeña *escolta* ó *partida*,

que de ordinario acompaña á uno ó más oficiales facultativos, singularmente del cuerpo especial de estado mayor, al cual como se ha dicho, atañe con preferencia el servicio de reconocimientos en paz y guerra.

En el primer caso, ya sabe que su responsabilidad es personal, estrecha, exclusiva; pero en el segundo, aunque no la tenga «directa» sino del órden disciplinario de su tropa, en el que los otros no intervienen, hay razones de utilidad para el servicio, de decoro personal y hasta de verdadero compañerismo, que vedan al oficial de las armas principales afectar indiferencia, mantenerse alejado con cierta esquivez, y mucho ménos entorpecer ó malograr el *reconocimiento*. Disculparse con que «aquello no es de su arma ó cuerpo;» con que no se tiene instruccion suficiente; con que «para eso están los cuerpos facultativos,» son pretextos de mal género, que así pueden encubrir una ignorancia bochornosa, como una intencion malévola. No ayudar con fé, no cooperar con todo celo al éxito de cualquier *servicio de guerra*, sea el que fuere, es más que negligencia, es una falta. En la region *técnica* ya se ha visto—en el capítulo V, por ejemplo—la íntima conexion táctica y orgánica de *todas las armas*, de *todos los servicios;* en la region más elevada de la *moral* y de la conciencia, esos motivos de visible y práctica utilidad se convierten en razones y estímulos de incuestionable deber.

Por consiguiente, no hay excusa. Ya mande, ya obedezca, vaya solo ó acompañado, todo oficial debe prestar «en su esfera» al importante *servicio de reconocimientos* su atencion y su esfuerzo. Se ha visto que este ramo se desenvuelve en ámbito inmenso desde la *patrulla* ó *descubierta* hasta los ocultos resortes del estado mayor general, hasta las más vastas concepciones y proyectos del *general en jefe*. Difícil es que en tan larga escala, no haya un punto en que el oficial pueda satisfacer y desarrollar con fruto sus particulares aficiones, sus aptitudes personales y sus deseos de distinguirse.

Ordinariamente se da á la «conduccion material» de una

pequeña *partida de reconocimiento* más importancia de la que realmente tiene. En los artículos 7—10 del capítulo IV se indican algunas de las pocas reglas generales que pueden darse. No hay que repetir cuán útil es «leer bien el mapa,» saber marchar con rapidez y secreto, usar los guías, ó mejor no necesitarlos si son malos é infieles, entender el espionaje, interrogar transeuntes y desertores, recoger *indicios*. Tambien se sabe ya que la *escolta de un reconocimiento*, cuya fuerza no ha de ser muy pequeña ni muy grande, marcha generalmente en la disposicion normal de las patrullas: por ejemplo, treinta hombres se distribuyen: 2 en vanguardia, 15 en el grueso, 3 de comunicacion entre estos dos trozos, 4 que flanquean y 4 que cierran la retaguardia.

Si bien el objeto indica de suyo que deben evitarse en lo posible los malos tropiezos, no prescribe que en ciertas ocasiones sea irremediable, y hasta conveniente, el combatir ó escaramuzar con patrullas ó con avanzadas enemigas, para coger prisioneros ó para «no dejarse coger» uno mismo. Por regla general, para *reconocer* un campo se recomienda aproximarse y emboscarse de noche, con objeto de descubrirlo desde un punto dominante y al romper la diana, como el instante de más movimiento; pero tambien es el de más peligro, por la salida reglamentaria de las *descubiertas*. Si no basta con una observacion, conviene ocultarse ó retirarse para repetirla al mediodía, tiempo ordinario de reposo, especialmente para el *cordon avanzado*. Cuando se note novedad en el campo ó canton, llegada y salida de tropas, preparativos, agitacion, la *observacion* debe ser más insistente, para volver—si no hay tiempo fijado—con la noticia exacta del movimiento probable.

El *reconocimiento* de una columna en marcha tambien se ha dicho (art. 8, cap. IV) que suele ser más fácil. Desde un alto se ve, se cuenta, se compara, y tambien, si es preciso se repelen flanqueadores, se cogen despeados.

Pero si todos estos pormenores, esparcidos en varios capí-

tulos, tienen su importancia relativa, en éste, tratándose de *reconocimientos* en su acepcion técnica y extensa, forzoso es levantar algo la vista y entrar en consideraciones de un órden, si no más elevado, más científico al parecer. Rara vez, en verdad, se *reconoce* al enemigo sola y exclusivamente, despegado, por decirlo así, del *suelo* que pisa, del *terreno* en que campa, marcha y maniobra. Son dos ideas estas tan conexas, tan correlativas, que es imposible separarlas; y al decir *reconocimiento táctico* puramente, se comete casi una abstraccion, necesaria para distribuir con método el razonamiento al desenvolver la teoría, pero irrealizable, inexistente en la práctica. Concebir un ejército, una tropa desligada del *terreno*, valdria tanto como querer concebirla separada de sus armas. Decir, pues, *reconocimiento táctico*, reconocimiento de una tropa en campaña, es añadir implícitamente *reconocimiento topográfico*, reconocimiento del terreno que ocupa y señorea, ó pretende dominar. Es más: el uso, haciendo ley en la guerra como en todo, casi prescribe que al decir *reconocimiento* simplemente, sin añadir «de qué,» se entienda que el reconocimiento es del *terreno*, más bien que de la *tropa*. Y se comprende perfectamente. Al entrar el enemigo en campaña, se conoce con más ó ménos exactitud, su organizacion, su composicion, su fuerza, la calidad del soldado, el carácter de sus jefes principales; pero no es tan fácil, aunque hoy los mapas y las estadísticas sean mejores, conocer *topográficamente*, es decir, con gran puntualidad y nimios detalles las extensas comarcas en que operan los grandes ejércitos.

Esa frase tan sencilla «conocer el terreno,» que anda en boca de todos, compendia un conjunto feliz de dotes militares, naturales ó adquiridas, que nunca han faltado, ó mejor que siempre han sobresalido entre las otras de los grandes capitanes, desde Alejandro, Aníbal y César hasta Federico y Napoleon. Y no se diga que para desarrollarlas ó aplicarlas se necesitan ejércitos poderosos, ni vastos teatros de guerra. En España, cabalmente, abundan los ejemplos en contrario. El

guerrillero español, que brota espontáneo como planta sin cultivo, ha opuesto siempre á las tropas regulares propias y extrañas, más aún que su valor y perseverancia, su *conocimiento del terreno*, lo mismo en los tiempos de Viriato que en los tiempos de Zumalacárregui. Algo, pues, hay en *eso* que tan necesario es para dirigir doscientos hombres, como para dirigir doscientos mil.

En el dia esta materia del *terreno* no puede ya tratarse «militarmente» de la manera algo lega, ó no muy científica al ménos, de años atrás. Las ciencias naturales han hecho inmensos progresos: la antigua *geografía física*, que abrazaba este ramo, ha desaparecido ante la moderna *geología*, cuya luz, más viva cada vez, va penetrando los más recónditos arcanos de nuestro planeta.

Desde principios del siglo los estudiosos militares alemanes han dado al *conocimiento científico del terreno* para la guerra, preferente y merecida atencion. Con el nombre propio de *Terrainlehre* aparecen cada dia preciosos tratados didácticos, que vulgarizan y propagan «hasta en las clases de tropa» ciertas ideas, tan populares hoy que entran en todos los países en los programas universitarios de segunda enseñanza. En España tambien, ya en 1819, publicó el general Cisneros una obrita sobre este asunto, inservible hoy por los rápidos adelantos de la ciencia, con el título de «Elementos sublimes (sic) de geografía física, aplicados á la ciencia de campaña.» Hoy, algunos tratados que andan en manos de todos los oficiales, consagran como indispensable un capítulo á la *geología*, primera base del *reconocimiento topográfico*. Nadie negará que se funda tambien, por otra parte, en el cálculo de distancias y en ciertos rudimentos de topografía.

Estas razones y estos ejemplos motivan, ó disculpan si se quiere, la insercion de los artículos siguientes, que pudieran causar alguna extrañeza á los pocos que ignoren su conexion con el *arte de la guerra* y con el *servicio de campaña*.

2. Teoría del terreno.—Brevísimas nociones.

La *Geología*, ó ciencia de la tierra, trata en general de los cambios sucesivos que se han verificado en los tres reinos de la naturaleza; investigando las causas de estos cambios y sus influencias sobre las modificaciones que han sufrido, tanto la «superficie» del globo, como su «estructura interior.» Entre las diversas cuestiones que abraza este enunciado, la primordial para el geólogo es averiguar «cuáles son las materias que componen la tierra y cómo están dispuestas.»

El vasto desarrollo, el cultivo universal de esta moderna ciencia, cuyos elementos, vulgarizados hasta en cartillas, forman hoy—repetimos—parte de la segunda enseñanza universitaria, le han hecho absorber lo que al principio de este siglo se llamaba *geografía física*, es decir, aquella parte que más directamente analiza las *formas* del suelo: las llanuras, los valles, las montañas. Si las formas, ó estructura, ó configuracion exterior dependen en gran parte de su «naturaleza ó calidad» y de las «causas que las han producido,» bien se ve que ambos estudios no pueden andar por más tiempo divorciados. Tanto valdria querer tratar de las alteraciones y enfermedades de la piel, ó parte exterior del cuerpo humano, desentendiéndose de las causas interiores que perturban el organismo.

No es este lugar de exponer, ni áun someramente, los principios de una ciencia que cada dia ensancha sus conquistas, que cada año se enriquece con centenares de volúmenes: tan sólo se intenta hacer ver, muy por encima, y con arreglo á las hipótesis generalmente aceptadas (1867), la conexion evidente que la antigua *geografía física*, ó la moderna *geología* tienen con el *arte de la guerra*.

Sabemos que la *tierra* es un cuerpo redondo, aislado en el espacio y dotado de dos movimientos: uno de «traslacion» al rededor del sol, y otro de «rotacion» sobre sí mismo. Está demostrado por los conocimientos astronómicos y físicos; por

los eclipses de luna, los viajes de circumnavegacion, los progresos geológicos.

Es teoría fundamental y universalmente aceptada que la *tierra*, para llegar al estado en que hoy la vemos, ha pasado, en el trascurso de los siglos, por una série de notables modificaciones. Inmenso globo gaseoso y flúido en su orígen fué progresivamente reduciendo su volúmen, aumentando su velocidad, y adquiriendo consistencia más pastosa por los efectos combinados de la «gravedad» y del «enfriamiento» superficial producido por su contacto con el espacio. La consecuencia inmediata del «enfriamiento» es la condensacion, la concentracion; y la formacion de una primera película, *costra* ó *corteza*, sólida, muy análoga á la que en las fundiciones se observa, cuando se deja enfriar lentamente una antigua bala de cañon.

De modo que la imaginacion, esforzándose, comprende el *planeta primitivo* con los tres principales elementos que hoy conserva, aunque en muy distintas proporciones: una *atmósfera*, abrasadora, más densa, más espesa, que debia ejercer mayor presion: una *costra* ó *corteza* muy delgada, y dentro un *núcleo* ardiente, en fusion ígnea, impidiendo y retardando por una parte la accion del enfriamiento exterior; rompiendo y destrozando por otra la débil corteza que trabajosamente se iba endureciendo ó solidificando.

Difícil es darse cuenta del poder trastornador y creador á la vez, de la duracion incalculable, de los variables resultados de estos primeros fenómenos. Sólo recordando lo que tarda en enfriarse la bala de cañon, que se ha puesto por ejemplo, ó la lava de algunos volcanes, que en el largo espacio de un siglo no pierde del todo el calor, es como se puede formar idea aproximada de los millares, de los millones quizá de años que nuestro planeta habrá necesitado para «apagarse,» por decirlo así, para solidificar esa *corteza*, y prepararla de modo que los primeros séres orgánicos, y más tarde el hombre, la pudiesen habitar.

La existencia del *núcleo* interior y candente, del *calor central* originario está probada (para los que sostienen esta teoría) por las experiencias en las minas, cuya temperatura aumenta con la profundidad; por las aguas termales, y por los volcanes en actividad. Para formarse alguna idea comparativa del gran volúmen de ese núcleo que tenemos bajo los piés, basta considerar que, siendo el radio medio de la tierra unos 6.300 kilómetros, escasamente dan algunos geólogos á la *corteza* sólida que pisamos de 40 á 50. Se ve, pues, que hay, para ellos todavía gran exageracion cuando se la compara á la cáscara de un huevo. Mucho mayor se comete al comparar las desigualdades de la *superficie terrestre* con las de una naranja. La mayor altura de montaña medida en la India, no llega á 9.000 metros: escasamente tendrá otro tanto la profundidad «media» del mar; luégo de los 50 kilómetros de espesor, que se atribuyen á la *corteza terrestre*, entre 18 ó 20 no más están comprendidas sus «máximas desigualdades.»—Respecto á la *atmósfera*, es decir, á la capa de aire que envuelve á la tierra, tambien tiene espesor muy limitado: algunos le dan 50 kilómetros; otros 100, y tambien hay quien la compara á la ligerísima capa que deja el aliento sobre una bola de billar.

Todo esto (cuyo grado de certeza no es fácil fijar) concurre á demostrar que donde ha residido, y reside la verdadera y potente «actividad terrestre,» es en el centro del planeta. Si hoy que la costra sólida parece ofrecerle más resistencia, la vemos manifestarse por contínuos terremotos, numerosos volcanes, levantamientos y hundimientos de grandes y pequeños territorios, calcúlese en los tiempos primitivos lo poderoso y trastornador de su accion. A ella se deben indudablemente esas arrugas, grietas, desgarrones y protuberancias que llamamos *valles* y *montañas*. De este contraste, de esta pugna entre lo *flúido* y lo *sólido*, proviene la creacion ó formacion sucesiva de nuestro globo con su variada y escabrosa superficie.

La primitiva bola gaseosa, convertida luego en una inmensa vejiga ó ampolla, difícilmente podria contener las oleadas del mar de fuego que hervia y se revolvia en su seno. Unas veces debió reventar, entreabrirse, desgarrarse; dando paso á las materias ígneas, que rebosaban y se amontonaban en la superficie, quedando tambien inyectadas en la grieta; otras debió contraerse, dilatarse, arrugarse, hacer nesgas, segun la pintoresca frase de Elie de Beaumont; otras en fin, cuando ya la *costra*, más espesa, pudo contrabalancear el ímpetu interior, fué levantada y abovedada ó bombeada de una pieza en grandes espacios y regiones, al paso que en otras se hundia y cuarteaba. De manera que por una parte se distinguen *formaciones* por coagulacion, por precipitacion acuosa de arriba abajo, por eyaculacion ó inyeccion de dentro afuera; y por otra parte, movimientos alternativos de báscula, de compresion lateral, de torsion, de levantamiento, de hundimiento, de trastorno. Los autores se esfuerzan en presentar imágenes y comparaciones que hagan más comprensible aquel caos, aquella labor de creacion y dislocacion alternativa y simultánea: ninguna más expresiva que la de Omalius d'Halloy, considerando los trozos de *corteza* sólida como un inmenso mosáico, y mejor, como las piedras ó dovelas de una inmensa bóveda que se destraba.

Mientras que la accion *ígnea* obraba con una eficacia de que hoy no podemos formar idea sino por sus vestigios, la *atmósfera* de aquellos tiempos primitivos, densa y abrasada, se precipitaba en inmenso diluvio, arrastrando á las hondonadas, como *sedimento* ó poso, los materiales que arrancaba á las alturas: penetrando tambien á través de las grietas y hendiduras de la *corteza* hasta el *núcleo* interior, que, convirtiendo estas aguas en vapor, acrecentó su fuerza y su variedad de accion con este agente poderoso, hoy tan conocido y utilizado por el hombre. La lucha, pues, ó la combinacion, si se quiere, del *agua* y el *fuego* es la que por una série de siglos que la imaginacion no puede abarcar, fué modelando

y variando el *relieve* de la *superficie terrestre*, como si la preparase para habitacion del hombre, cuya aparicion es, relativamente, muy reciente.

La naturaleza no hace alto ni descanso en su marcha, creadora y destructora á la vez; pero el hombre como más limitado, se los supone, para darse cuenta más ordenada de sus actos principales. De ahí viene dividir los geólogos en cuatro *períodos*, épocas ó eras «convencionales,» el largo proceso de la formacion de la tierra.

En el período *primario* comprenden aquellos tiempos oscuros y remotos, en que la *masa flúida* de la tierra principia á sentir los efectos del enfriamiento y de la contraccion.—En el *secundario*, la *costra sólida* se interpone ya con alguna firmeza, y aunque sufriendo roturas y dislocaciones, separa la accion, hasta entónces revuelta y confundida, de la *atmósfera* exterior y del *núcleo* interior. Más propensa aquella al enfriamiento, se precipita en lluvias tempestuosas, de que dan imperfecta idea las actuales de los trópicos;—y en el período *terciario*, la tierra sufre el esfuerzo de los dos elementos hostiles, viniendo el *agua* á nivelar y uniformar lo que el *fuego* interior continuaba levantando y dislocando. Grandes acumulaciones en las partes hondas constituyen los mares, á cuyo fondo van arrastrados nuevos *sedimentos*, que constituyen á su vez nuevas *capas* ó *estratos;* y la atmósfera, enfriándose y despejándose gradualmente, da más paso á la luz, adquiere condiciones de vitalidad; los séres orgánicos pueblan la tierra y las aguas;—y el período *cuaternario*, con nuevos fenómenos inexplicables todavía, concluye de preparar la venida del hombre sobre la tierra. Con él empieza (ó se ha convenido que empiece) el *tiempo histórico*, lo que se llama *actualidad* en *geología*.

Los progresos de la ciencia hacen que cada dia estos grandes *períodos* reciban nuevas divisiones y subdivisiones, llegando hasta treinta y tantas en algunos tratados. No entrare-

mos, aunque ya sea vulgar, en su escabrosa y técnica nomenclatura; á la cual se ligan ideas de otro órden concernientes á los restos petrificados ó *fósiles* de los *séres orgánicos*; pero es indispensable, para entenderse, mencionar algunas diferencias notables que separan el lenguaje técnico del ordinario.

Suelo ó *corteza terrestre*, quiere decir la pequeña porcion del espesor del planeta accesible á la observacion é investigacion directa del hombre. Por lo dicho, no ha sido siempre lo que es hoy; y los varios elementos que la componen toman el nombre colectivo de *sustancias minerales*, las cuales difieren entre sí: 1.°, por su *naturaleza* ó calidad; 2.°, por su *orígen* ó causa, enteramente diversa; 3.°, por las *épocas* diferentes en que fueron producidas. Forman, pues, estas *sustancias* tres grupos principales é independientes, que en geología se designan de una manera fija con los nombres distintos de *rocas*, *formaciones* y *terrenos*.

Por *roca*, segun Coquand, debe entenderse todo mineral ó toda mezcla de minerales que se encuentra en grandes masas en la corteza terrestre, y en una extension bastante considerable para que se la pueda mirar como una de las partes componentes de esta *corteza*, y no como un cuerpo que está en ella simplemente enclavado de diversas maneras. Así las arcillas encierran frecuentemente cristales de yeso: la arcilla sólo es una *roca*, y el yeso un *mineral* accidental; al contrario, los yesos suelen estar algunas veces mezclados con arcilla: en este último caso, la arcilla no hace el papel de *roca*.

Las *rocas* son calizas, graníticas, pizarrosas, etc., y esta denominacion la aplica indiferentemente el geólogo á toda *masa mineral*, sea blanda ó pétrea; así es que en ella se comprende, por singular que parezca, la arcilla, la arena y hasta la turba.

Las *formaciones* son grupos de *rocas*, sea la que fuere su

«naturaleza y su edad,» que han sido formadas por «causas» análogas ó distintas. Así se dice: formaciones *igneas*, formaciones *acuosas*, marinas, de agua dulce.

Los *terrenos* reunen las *rocas* de toda «naturaleza» y de todo «orígen» que han sido producidas en el mismo *período* de tiempo primario, secundario, etc.

Los *terrenos*, pues, son para el geólogo, segun la expresiva frase de Constant-Prevost, lo que para el historiador son los períodos, siglos, años, meses, etc.

Las *formaciones* representan, al contrario, las categorías, clases ó estados coexistentes, como, v. g., el clero, el ejército, la magistratura.

Las *rocas* podrian asimilarse, hasta cierto punto, á los hombres notables, sea el que fuere su rango y la época en que hayan existido.

En una palabra: las *rocas* de todos tiempos difieren entre sí, ménos por su naturaleza profunda, que por circunstancias de orígen y edad. Las *formaciones* son el resultado de causas «contemporáneas» y sincrónicas. Los *terrenos* constituyen forzosamente una série «cronológica y sucesiva.»

Para distinguir, estudiar y clasificar estas diferentes *rocas* y *terrenos* el geólogo no tiene que acudir á profundas sondas y excavaciones: la naturaleza se las presenta espontáneamente. El que en una corta jornada, fuera de carretera, vaya fijando la atencion en la tierra que pisa, comprende al punto la relacion íntima que existe entre la *forma*, el *aspecto* y la *naturaleza* ó calidad de las sustancias que se suceden. Aquí el granito, por ejemplo, muestra, unas veces sus picos, otras sus protuberancias redondeadas que, á pesar de su dureza, producen por desagregacion tierra vegetal que se va juntando en las quebradas; más allá, la marga, empapada por una ligera lluvia, presenta incómodos barrizales, ó las pizarras su molesto corte; unas veces las dos vertientes de un valle muestran hiladas horizontales y correctas como las de un edificio;

otras las diferentes *capas* están retorcidas y revueltas, atestiguando la violenta presion que debieron sufrir. Por todas partes está manifiesta la accion, exclusiva ó combinada, de los dos agentes creadores el *fuego* y el *agua*. Los geólogos, que han disputado mucho sobre cuál de los dos *elementos* fué más preponderante en esa accion, hoy ya sólo difieren en el modo de apreciarla: miéntras unos, que se llaman partidarios de las *causas actuales*, creen que estas han bastado en el trascurso de los tiempos para dar *forma* y *relieve* á la *tierra;* otros sostienen que en lo pasado esas causas, si bien iguales, debieron obrar con rapidez y energía mucho mayores. Pero en lo que todos coinciden, es en que no debe considerarse el *globo terrestre* como obra humana que sale terminada de manos del artista, y puede ser definitivamente examinada y juzgada: lejos de eso, se acepta la opinion de Lecocq, de Delesse, de Vezian, de que llegará un momento en que el planeta habrá absorbido en su «masa» la totalidad del agua y hasta del aire atmosférico que tiene actualmente en su «superficie;» y entonces presentará la constitucion de su satélite la luna, que ya, segun parece, ha llegado á este período, á consecuencia de su más rápido enfriamiento.

Sea como quiera, las «causas» de los terremotos, de las fuentes termales, de las erupciones volcánicas y del *levantamiento de las montañas* no han cesado de manifestarse, con intensidad varia durante todas las épocas geológicas; ninguna de ellas está extinguida; todas son inherentes á la «materia;» todas resultan de la *incandescencia* original, y todavía persistente del globo. De tal manera están unidos entre sí estos diversos fenómenos, que son todos, puede decirse, inseparables.

Y sin embargo, por la razon arriba apuntada, en cuanto se entra en la «exposicion de doctrina,» ménos aún, en la simple «nomenclatura,» forzosamente hay que dividirla para hacerla más clara; así el estudio de la *superficie terrestre* se divide ordinariamente en dos partes: *orografía* (*oros*, en grie-

go, montaña: *graphos*, describo) la que trata del *relieve*, es decir, de las elevaciones y depresiones; ó *hidrografía*, la que trata de las aguas.

OROGRAFÍA.

Montañas.—Valles.—Llanuras.—Mesetas.

Las palabras *monte*, *montaña*, tan inteligibles en el lenguaje vulgar, son en el científico ambiguas é indeterminadas, porque unas veces expresan la elevacion absoluta y otras la relativa ó diferencial, es decir, el contraste entre un lugar alto y otro bajo. Lo que un habitante de país montañoso considera como *colina*, es *sierra* ó *montaña* enorme para el habitante de la llanura. Los Pirineos, en la parte que sirve de frontera, son *montes:* en su prolongacion al oeste ó poniente ya son *montañas*, de Santander, de Astúrias. La mayor altura ó *altitud* (como se llama á la altura absoluta sobre el nivel del mar) es en España uno de los picos de Sierra Nevada que tiene 3.500 metros; pues bien, esta altura máxima se llama *Cerro* de Mulhacen. En la Mancha es *sierra* cualquiera línea de *colinas* ó *cerros*, que rompa la uniformidad del horizonte.

Lo mejor para entenderse es, dejándose de *montes*, *sierras* y *cerros*, comparar primeramente lo alto y lo hondo con sus cercanías, y luego su relacion con el nivel constante del mar. Él, con su horizonte general, nos da el *cero* de la escala para las asperezas, desigualdades ó bajo-relieves de la tierra. Así el nombre genérico de *monte* ó *montaña* debe aplicarse á toda protuberancia, pliegue, resalto ó arruga que sobresale más ó ménos, no sólo del nivel «general» del mar, sino del «particular» del plano local ó parcial en que descansa.

Como muestra de la copiosa nomenclatura que segun las provincias, tienen los puntos elevados, citaremos: aguja, alcarria, altillo, altozano, berrocal, braña, cabezo, canchal, cerro, cilindro, cordal, cordillera, cueto, derrocadero, des-

galgadero, farallon, hacho, mesa, meseta, mogote, morrón, muela, muga, otero, picacho, pico, pobo, poyo, puig, reventon, serranía, sierra, ribazo, teso, risco, tela, terraza, torcal, tozal, etc. (V. Dicc. Mil.)

La superficie de la tierra presenta, en sus grandes comarcas montañosas, notables desvíos de la forma esférica, contrarios á las leyes de gravitacion y movimiento: es, por lo tanto, evidente, que otras fuerzas ademas han debido concurrir á su estructura. Humboldt llamó ya «reaccion del interior del globo contra su corteza sólida» la fuerza que ha producido las grandes desigualdades de la superficie, esto es, las *montañas*. Son, en efecto, hinchazones, intumescencias locales de la epidermis ó costra terrestre, comparables, si se quiere á los tumores de la piel humana: como ellos, se producen de dentro á fuera, y como ellos tambien al reventar, esparcieron sobre la superficie la materia líquida que viene de adentro.

La idea de la «formacion de las montañas por *levantamiento*» no es nueva; varias veces ha sido emitida y luego olvidada en tiempos en que la geología sólo se fundaba sobre conjeturas; pero en el dia está ya generalmente admitida.

Solamente algunos geólogos que creen poder explicarlo todo por las *causas actuales*, apoyándose en el hecho local y concreto del levantamiento *lento* de la Suecia, y sobre algunos otros movimientos del suelo debidos á la accion volcánica, quieren que los *levantamientos* se hayan verificado *lentamente* y por una série de esfuerzos largo tiempo repetidos: miéntras que otros piensan, con De Buch y Elie de Beaumont que ha sido de una manera *repentina* y *violenta*. Esta última opinion es la de la mayoría de los geólogos; y parece razonable, al aspecto de las singulares torsiones, desgarraduras, pliegues y dislocaciones que presentan las montañas.

Recientemente se ha hecho contra la palabra *levantamiento* una objecion: las grietas ó hendiduras—han dicho—por las

cuales se han elevado las *cordilleras*, son debidas á un *hundimiento* general que la corteza ha debido sufrir, para seguir la contraccion más considerable de la masa flúida interior; luégo, las montañas son en definitiva el resultado de un *hundimiento*, y no de un *levantamiento*.

Esto sería fundado, si al emplear la palabra *levantamiento*, se la quisiera aplicar al conjunto de modificaciones que ha debido sufrir la *corteza* en una época dada; pero no es ménos cierto que una *cordillera*, en particular, resulta de una accion, de una *reaccion*, si se quiere, que obra de abajo arriba; y no hay el menor inconveniente, en este caso, en emplear una palabra que representa muy bien el hecho, y que ademas sería difícil de reemplazar por otra expresion tan cómoda y breve.

Dentro de ese principio «general» puede haber ciertamente diferentes clases de «orígen,» así como tambien hay numerosas combinaciones de «forma,» resultantes de sus desarrollos y degradaciones en diferentes épocas. Las tres clases principales son: 1.ª por eyaculacion, inyeccion, desborde y aglomeracion de masas ó materias eruptivas á la superficie, y que suelen distinguirse con el nombre geológico de *montañas volcánicas*; 2.ª por levantamiento de partes preexistentes de la corteza sólida, ocasionado tambien por masas ígneas inferiores, y que forman las *montañas* llamadas *plutónicas*, y 3.ª las producidas de mil modos por compresion lateral, por movimientos de báscula y palanca, á manera de nesgas, pliegues, arrugas de la corteza. En un mismo *sistema* ó *macizo montañoso*, se encuentran á veces combinadas varias de estas clases.

A pesar del natural empeño de conocer la altura de montañas notables, y del esmero con que en todos tiempos se han buscado resultados exactos, no debe extrañarse la discordancia de éstos, ni retraer de nuevos esfuerzos el mal éxito, que posteriormente se comprueba. Son tantas las causas de error

y de extravío en este género de investigaciones, que sólo deben aceptarse, y con reserva, los resultados de operaciones exactas, como las que en nuestros tiempos permiten los adelantos de las ciencias, y áun más de los instrumentos (que en este ramo son agentes principales), y podemos sacrificar sin remordimiento datos tradicionales de inseguro orígen.

Debemos ver sin extrañeza descender de sus respectivos rangos, eminencias que los han ocupado muchos años, sin rival. Esto es de todos tiempos. A principios del siglo XVIII continuaba el Pico de Tenerife en posesion del título de «montaña más alta del mundo» (véase la geografía de Varenius) á pesar de estar bien á la vista los Alpes y los Andes. En los Pirineos, recorridos por sábios académicos, pasaba por más alto el Canigou, y hoy sabemos que el Mont-Perdu le lleva 600m. El Chimborazo mismo, tan célebre por los trabajos de Bouguer, La Condamine y Humboldt, tuvo que ceder su puesto preferente y dejárselo al Himalaya. En esta enorme cordillera del Asia central, que constituye la mayor elevacion del globo, se disputan hoy la primacía los dos picos de Kunchinjunga y de Gaurisankar que tienen unos 8.840m.

Los viajeros, geógrafos y naturalistas confunden las montañas de diferentes órdenes, por falta de buenas definiciones que las distingan entre sí. Hasta ahora estas definiciones han sido arbitrarias: ningun principio ha servido de guía, y la principal dificultad estriba en la eleccion de caractéres.

Considerando las montañas con relacion á sus dimensiones ó á sus alturas, en algunas cordilleras, en algunos grupos se ven cumbres ó cimas de 2.000m dominar todo el sistema y formar montañas *de primer órden*, relativamente á las otras; al paso que en otro macizo, frecuentemente poco apartado del primero, los picos de 3 á 4.000m no son más que *de segundo órden*, por estar dominados por montañas de más de 6.000m de altura; además hay *cadenas* ó *cordilleras* secundarias, regidas y caracterizadas evidentemente por otra principal, que ofrecen muchas veces picos más elevados que los de

la masa, á la cual la naturaleza parece haberlas subordinado.

En los Alpes, por ejemplo, con respecto á la vegetacion, se consideran seis regiones:

1.ª	submontana ó de los nogales hasta los.....		800 m
2.ª	montana ó de las encinas.....	de 800 á	1.300
3.ª	subalpina ó de los pinares.....	de 1.300 á	1.700
4.ª	alpina ó de los arbustos.....	de 1.700 á	2.100
5.ª	subnival ó de las gramíneas.....	de 2.100 á	2.700
6.ª	nival, nívea ó de nieves perpétuas arriba de...		2.700

De todas estas regiones naturales, que se van sucediendo como pisos en las faldas de una montaña, ninguna tiene un carácter al parecer tan señalado como el de las *nieves perpétuas*, es decir, las que resisten al estío, ó se renuevan en cuanto un derretimiento parcial durante el estío ó la primavera ha disminuido su masa.

Fácil es de comprender que la línea llamada *límite de las nieves perpétuas*, se encuentra á una altura absoluta tanto mayor, cuanto más calor hace «al nivel del mar.» Miéntras en las regiones polares, por ejemplo en el Spitzberg, 79° latitud norte, está al nivel mismo del suelo; tiene grande elevacion en las regiones ecuatoriales, como en el Himalaya, falda septentrional á 36° latitud norte, donde sube á 5.300 m; ó en los Andes de Quito, 1° latitud sur, á 4.820 m.

Pero esto del límite de las nieves perpétuas es muy complejo. Depende de la temperatura; del estado higrométrico del aire; de la forma de las montañas; de la direccion de los vientos reinantes; de su contacto, sea con la tierra ó con el mar; de la altura de la montaña; del escarpe de sus faldas, y en fin, de la extension superficial y elevacion absoluta de las *mesetas* que soportan esta *montaña*. Todo ello contribuye á dar al *límite de las nieves* su carácter de variabilidad.

Este empeño, ó necesidad, de dividir y clasificar las montañas por su *altura*, hace que cada tratado de geografía adopte un método; pero el más aceptado parece el que las clasifi-

ca en cuatro órdenes: el 1.º de 3.500m arriba, con cuatro regiones ó zonas que son: la del cultivo, la de los bosques ó forestal, la de los prados ó pastos, la de las nieves perpétuas; el 2.º de 3.500m á 2.700m tambien con las cuatro regiones; el 3.º de 2.700m á 1.200m con tres solamente, pues que se suprime la de las nieves perpétuas; y por último el 4.º, de ménos de 1.200m, con sólo las dos primeras regiones ó más bajas, la cultivada y la forestal.

Para darse razon y hacer comprender la *disposicion* ordinaria de una *sierra* ó *cordillera*, y de sus partes constitutivas, se la pinta ó supone «teóricamente» como formada por dos planos inclinados que se reunen en *arista* como los de un tejado; ó como un *prisma triangular*, muy prolongado, que insiste sobre una de sus caras en una extensa llanura. Así, la cara horizontal del prisma es realmente la *base*, cuyo *contorno* es, en todo caso, el que podria conocerse; las dos caras inclinadas y laterales son las *vertientes*, *flancos*, *faldas*, *cuestas*, *laderas* ó *bargas*; su interseccion, la *cumbre*, *cima*, *cresta*, *vértice*, *cúspide*, las partes inferiores de las faldas, el *pié*; la distancia entre ellos, la *anchura*; la perpendicular bajada de la cima á la base, la *altura*, etc. (V. el *Diccionario militar* para mayor amplitud de todas estas definiciones.)

En una *cordillera*, de formas algo regulares, se puede suponer un *eje* que pasa por su parte central; línea que algunas veces, léjos de ser imaginaria, está visible y materialmente marcada por la hendidura que dió salida á los materiales procedentes del interior de la tierra, y cuya aparicion determinó la *formacion de la cordillera*. Este *eje* suele llamarse por los geólogos *de levantamiento*; puesto que lo marcan esos materiales que levantaron ó dislocaron el terreno.

Las *montañas* se presentan raramente *aisladas*, y casi siempre son volcánicas en este caso, como el Etna, el Vesubio, el Pico de Tenerife. Más frecuente es la disposicion longitudinal, reunidas en *cadenas* ó *cordilleras*. Por último, cuando las montañas se agrupan confusamente, y del centro, *nudo* ó *nú-*

cleo de este monton irradian líneas de alturas, que en direcciones divergentes forman *ramales*, *contrafuertes* ó *escalones* descendentes, el conjunto de todas estas eminencias se llama *grupo* ó *macizo de montañas*, y la reunion visible de estos macizos toma para algunos el nombre de *sistema*.

En las *cadenas de montañas* se observa casi siempre una *masa central*, dirigida segun cierta línea, y *ramificaciones* laterales, ó *ramales*, ó *estribos*, casi perpendiculares á la direccion general, que se corresponden de una y otra parte y que avanzan á mayor ó menor distancia. Sólo en las extremidades de una *cordillera* es donde se hacen divergentes, y forman lo que suele llamarse *pata de gallo*, carácter que conviene notar porque asigna «límites locales» á los fenómenos que han producido estas *disposiciones de montañas*.

Los *ramales* ó *estribos* de una cordillera están ordinariamente divididos, como la montaña misma, presentando otras ramificaciones perpendiculares á su direccion y divergentes á su extremidad. Estos *ramales* se subdividen á su vez, y lo mismo sucede con sus diferentes partes, por decirlo así, hasta el infinito.

Generalmente el *centro de la cadena* es la parte más elevada, y las *ramificaciones* laterales se van deprimiendo sucesivamente hasta su extremo; y lo mismo puede decirse de unos *ramales* relativamente á los otros. Sin embargo, sucede frecuentemente que en ciertos puntos de un *ramal*, algunas veces en la extremidad misma, el terreno se levanta de pronto y hasta una altura mayor que en todos los demás.

La *cumbre* de una *sierra* ó *cadena* presenta ordinariamente una línea más ó ménos ondulosa en toda su extension. Su elevacion tambien es varia por todo extremo: aquí los *vértices* ó *picos* se alzan atrevidos hasta millares de metros; allá no llegan ni á centenas; acullá toman todas las alturas intermedias, produciendo continuas desigualdades. Generalmente en el punto en que se enlazan ó articulan dos *estribos laterales opuestos* es donde se encuentran las alturas mayores; y entre

dos *ramales* vecinos, es lo más frecuente presentar una gran depresion, que se llama *puerto*, *col*.

El *contrafuerte*, segun algunos, se diferencia del *estribo* y del ramal en que es más córto, abrupto y exactamente perpendicular á la *cadena* que lo destaca; en que no acompaña, ni alimenta una gran corriente de agua, y en que forma ordinariamente un *valle trasversal*.

El *espolon* es la salida abrupta de estos contrafuertes sobre las costas, formando los grandes *promontorios*.

Es un hecho generalmente observado en las grandes montañas, que una de sus *faldas* ó *pendientes* es siempre más dulce y tendida que la otra; pero, como en todo, sin regla fija, ni referencia á un punto cardinal exclusivo. Los Alpes bajan más rápidos hácia Italia que hácia Suiza. Los Pirineos son más abruptos del lado del Sur que del Norte, y en otras partes se ve que es al Este ó al Oeste la diferencia.

Esta desigualdad, casi constante, tiene lugar bien porque las cadenas de montañas, áun las más aparentes, distintas y acusadas, no son en gran parte más que *bordes escarpados* de anchas *mesetas*, oblícuamente inclinadas, de las cuales parece estar compuesta «en general» la superficie del globo; ó bien debe ser, porque formadas las montañas de *capas*, la pendiente más rápida será aquella en que su inclinacion tambien lo sea, ó en que, interrumpida la continuidad de las capas, estas se presenten cortadas formando *escarpes*. En los *ramales* y *estribos*, la pendiente, por regla general, es más abrupta en el lado que mira hácia la cordillera, que en el opuesto. En montañas formadas de capas de tierra ó piedra, la inclinacion es menor en la vertiente hácia la cual *buzan* ó se pierden aquellas.

La *cumbre* ó *cima* de una sierra ó *cordillera* constituye esa línea divisoria de aguas, que hoy se conoce solamente con el nombre de *divisoria*. Recientemente el trazado de los ferrocarriles ha dado, por la cuestion de pendientes, importancia

á esa línea, que realmente ninguna tiene en geografía, por más que ya Tito Livio (XXVIII-45) la llamase *divortia aquarum*. Está probado que casi nunca la *divisoria* coincide con la *línea de mayores alturas*, y se comprende tambien que no hay necesidad de *montañas* para que exista *divisoria*.

A principios del siglo dijo Humboldt: «A medida que uno se va familiarizando con la verdadera configuracion de cadenas muy elevadas, como los Alpes, Pirineos, Himalaya, Cáucaso, etc., se reconoce mejor que la direccion general de las cadenas se desvia frecuentemente de la línea que pasa por los puntos culminantes. Los puntos ordinariamente de formacion más reciente, y producidos por un levantamiento posterior al de la cadena, están la mayor parte situados léjos de la línea de las crestas. En el Himalaya, por ejemplo, esto llega á tal extremo, que la série de vértices corta casi en ángulo recto el eje general de la cadena.—Por estas razones las altas cimas, que parecen amenazar al cielo, y que tan vivamente excitan la curiosidad de todos los pueblos, son un fenómeno ménos importante que la línea de crestas, formando el eje general en los lugares en que se puede determinar con exactitud este efecto del levantamiento terrestre sobre las primeras grietas ó fallas del globo.»

Respecto á los Pirineos, sabido es que sus principales picos, como la Maladetta, no están en la *línea de las crestas*, ó realmente *divisoria*, sino al sur de ella, sobre la vertiente española.

Estas *divisorias*, si bien proporcionan «division» efectivamente para concretar de alguna manera las descripciones del suelo, nunca pueden representar *el modo de formacion*. Y lo que se consigue con sistematizar ciertas ideas auxiliares, ó dar más valor del que tienen á algunas definiciones, es ponerse en pugna con la naturaleza, pintando falsamente las cordilleras como espinas de pescado ó columnas vertebrales, segun se ve en Buache, Denaix y áun Lavallée.

Hasta ahora casi todos los grabadores de mapas se han

creido en el deber, que ellos se imponen porque quieren, de pintar entre dos rios ó corrientes de agua, sean las que fueren, su inevitable *cordillera*, con su correspondiente *arista* ó *divisoria*, marcada como el filo de un cuchillo, para que determine bien la *cuenca*. En todas partes, y singularmente en España, no parece sino que los rios se obstinan en desmentir á los mapas, rompiendo y cortando atrevidamente esas mismas *montañas* que se les quieren oponer como *diques* naturales.

El general austriaco Hauslab, célebre en Europa por sus fecundos estudios en este importante ramo científico-militar, divide las cuencas en tres clases: *orográficas, hidrográficas* y *geológicas*, definiéndolas así:

Cuencas orográficas,—cavidades festoneadas de cadenas de montañas las cuales pueden, ó bien tener sus rios particulares, ó bien ser meramente atravesadas por ellos, ó bien dar nacimiento á otros que corran en direcciones opuestas y que tengan su orígen, no precisamente en estas montañas, sino en medio de un valle, y hasta en lo más hondo de la *cuenca* en cuyo caso el agua corre por cortaduras en el suelo. Los antiguos geógrafos no han comprendido bien estas anomalías.

Hidrográficas,—extensiones de tierra que comprenden el curso de un rio, ó bien los terrenos regados por rios que desembocan todos en el mismo mar. Estas cuencas tienen dos ó tres escalas diferentes de magnitud. Si á veces suelen coincidir con las *orográficas*, lo general es que difieran; porque los rios frecuentemente atraviesan de parte á parte una cordillera, ó por lo ménos un trozo de ella, por medio de estrechos surcos con bordes generalmente escarpados. Este último accidente ha sido desconocido por los geógrafos, que imaginaron cada corriente separada por alturas y marchando siempre entre dos eminencias contínuas.

Geológicas,—cavidades en las que los *terrenos* se han depositado en épocas diversas, de tal manera que sus *capas* con-

vergen siempre desde todos los bordes de la cuenca hácia el fondo de ella.

Naturalmente, las *cuencas* de esta clase se alejan de la forma redonda ú oval, y se hacen tanto más irregulares, cuando se procede de terrenos antiguos á formaciones modernas. Coinciden á veces con las *orográficas*, especialmente las de épocas geológicas recientes; pero difieren generalmente de las *hidrográficas;* y es muy natural, puesto que no son otra cosa que representantes de las *cuencas hidrográficas* de épocas geológicas anteriores, que se han ido progresivamente modificando. Además, no suelen tener analogía ni con las *orográficas* ni con las *hidrográficas*, por los cambios sobrevenidos en la corteza ó superficie terrestre, por el levantamiento de montañas y por el lavado ó denudacion de las aguas.

Por lo demás, nada más vario que la *forma de las montañas*. Su estructura, su composicion, la inclinacion de sus faldas y una multitud de circunstancias influyen sobre su configuracion exterior. Tan pronto son cimas esbeltas é inaccesibles, formando crestas dentelladas, verdaderas *sierras*, dividiéndose en agujas y obeliscos; tan pronto son picos regulares terminados en punta; otras veces conos escorificados, con pendientes suaves ó escarpadas, terminados por cráteres ó cimas truncadas como los puys ó conos volcánicos. Otras veces son cúpulas ó campanas; otras toman la forma de columnas de edificios arruinados; otras se parecen á estátuas colosales, animales ú otros objetos, cuyos nombres toman.

Las formas de sus *bases* no son ménos variadas. Lo más general es un óvalo irregular ó un poliedro colocado oblícuamente sobre el suelo. Esta *base* puede reunirse á otras, ofrecer ángulos, numerosos indicios y arranques de pequeños valles que surcan las *faldas* de la montaña. Estas pueden ser dulces ó ágrias, desnudas ó cubiertas de vegetacion, ocultas por derrumbes ó con escarpados verticales, de los cuales se lanzan *arroyos* qué se convierten en *cascadas*. Otras veces es-

tán escalonadas, presentando inmensos peldaños que cuesta trabajo subir.

Rara vez las montañas, como se dijo, á no ser volcánicas, están aisladas: lo general es formar *grupos*, *macizos* y *cordilleras*.

Las *cordilleras*, consideradas en general, no tienen direccion determinada. Aunque el sábio geólogo Elie de Beaumont ha publicado notables observaciones sobre este punto, no caben aquí por su extension, por su enlace con ideas que tambien salen de nuestro cuadro, y sobre todo porque, á pesar de su brillante y seductora novedad, distan mucho de estar aceptadas universalmente. Sirvan de prueba estas palabras textuales del vizconde D'Archiac en 1862:

«Se atribuye á Werner el principio minero, que en un mismo distrito todos los filones de la misma naturaleza deben su orígen á grietas paralelas entre sí, abiertas al mismo tiempo y rellenas en seguida por las mismas sustancias minerales durante el mismo período.»

«Este principio vino á ser el gérmen de una teoría (la de Elie de Beaumont) que ha tenido gran boga por su aplicacion á las grandes dislocaciones de la corteza terrestre. Si, en efecto, todas las dislocaciones que han producido cadenas de montañas y son paralelas fuesen contemporáneas, la «edad de las cordilleras» se deduciria naturalmente; pero hoy se sabe que las dislocaciones se han producido en la misma direccion, en el mismo espacio y en épocas muy diferentes, y el principio, en su aplicacion general, ha debido perder su importancia.» (*Paleontología estratigráfica*, tomo I, pág. 135.)

La íntima conexion que generalmente existe entre la *estructura geológica* y la *forma exterior* de las montañas, puede servir de guia al militar, como sirve al geólogo.

Las montañas volcánicas modernas tienen forma cónica truncada, con una cavidad cónica tambien, pero inversa, que forma el *cráter;* las traquíticas ó compuestas de materiales

volcánicos, tambien terminan en conos ó *cúpulas;* las basálticas, en *torres, cilindros* y *escalinatas;* las graníticas, en *agujas* y *pirámides* ó en *cúpulas chatas*, segun la descomposicion de los materiales; las calizas tienen ordinariamente su cima cortada en *meseta* ó *muela.*

Los contornos de las montañas, de las llanuras, de todos los accidentes de la *corteza terrestre* se modelan sobre la forma, sobre la estructura interior, sobre el modo de division de las diferentes *masas minerales.* Son un hecho estas relaciones de los contornos *exteriores* con la forma *interior* de las diferentes masas minerales, hasta tanto que á veces se puede, desde cierta distancia, adivinar la *composicion* de una montaña por las *formas* que presenta su perfil. Saussure ha mostrado en los Alpes cómo puede reconocerse, desde algunas leguas, la naturaleza de las *rocas*, nada más que por la *forma* de las *crestas.*

Las montañas modifican constantemente los movimientos y la naturaleza física del aire atmosférico; parece que lo hacen más puro, más agradable á la respiracion; ellas aumentan la extension de la superficie de la tierra; ellas rompen la insípida uniformidad de una llanura sin término; por su elevacion, por la bizarría, en fin, y singularidad de sus formas, se las puede comparar á inmensos laboratorios, donde la naturaleza prepara los meteoros atmosféricos que vienen á desarrollarse y estallar sobre los países cercanos de estas grandes asperezas.

El estudio de las montañas ha sugerido al naturalista aleman Boué curiosas reflexiones, de que daremos ligera muestra.

«Las cordilleras—dice—que corren en direccion aproximada del Oeste al Este establecen, no sólo entre las naciones, sino entre sus faunas y floras (reino animal y vegetal), una diferencia mucho más marcada que las que se extienden en sentido Norte-Sur ó de los meridianos.»

«Y otra particularidad de las cordilleras Norte-Sur, es que sobre ellas se verifican todas las mezclas de dos pueblos y de dos lenguas.»

«Segun la historia, toda conquista ha sido más fácil en el sentido del O. al E. y vice-versa, que de N. á S. y de S. á N. Alejandro y los grandes conquistadores asiáticos no han tenido que salvar más que cordilleras N. S.—Los cimbrios fueron deshechos por los romanos, por haber pasado imprudentemente los Alpes y haber dejado entre ellos y su patria una cordillera segun los paralelos.—Los romanos conquistaron la Germania, no por el camino derecho, sino rodeando los Alpes: primero entraron en la Gaula por el pié marítimo de los Alpes occidentales, y de allí pasaron á los países germánicos. —Los godos se vieron detenidos en el imperio de Oriente por cordilleras O. E., y para entrar en España tuvieron que dar la vuelta á todas las cordilleras semejantes, que protegieron por tanto tiempo al imperio romano á pesar de su progresiva decadencia.—Los vándalos siguieron forzosamente el mismo camino, y no atacaron verdaderamente al imperio romano sino por Africa.—Los magyares no penetraron en Hungría sino por una parte de los Karpatos, dirigida casi N. S., á saber, por el Marmarosh.—Carlo-Magno fué favorecido en sus guerras por la direccion O. E. de la mayoría de sus expediciones.—Los alemanes imperiales en la guerra de Treinta Años operaban detrás de cordilleras O. E., no siendo atacados sino en el otro sentido.» En fin: para Boué, los desastres de Napoleon en España, los de los griegos contra los turcos, la tenaz y varonil independencia de los suizos, de los vascos..... todo proviene esencialmente de «la constitucion geológica del suelo, de la direccion de las cordilleras y montañas.»—Algo hay aquí indudablemente digno de reflexion para el militar estudioso.

Y ya que en este artículo—cuya forzosa brevedad contrasta con lo ameno y extenso del asunto—se ha citado el nombre respetable de Elie de Beaumont, sea lícito cerrarlo con

un párrafo suyo, tomado entre los bellísimos que esmaltan su célebre memoria titulada *Notice sur les systèmes de montagnes.*

«Los sistemas de montañas—dice—son á la vez los rasgos más delicados y los más generales del relieve de la superficie del globo: son á la vez tambien la quinta esencia de la topografía y las huellas más características de los trastornos que ha sufrido aquella misma superficie; son, en fin, el lazo mútuo entre el juego cotidiano de los elementos, determinado por el relieve actual del suelo, y los acontecimientos pasados que han modelado este relieve. Al investigar la coordinacion del vasto conjunto de caractéres, con que la mano del tiempo ha grabado la historia del globo sobre su misma superficie, se ha encontrado que las montañas son las letras mayúsculas de este inmenso manuscrito, y que cada sistema de montañas forma un capítulo.»

Valles.

Son los espacios que separan las *montañas*, y en los que vienen á reunirse las aguas pluviales que corren de las faldas de aquellas.

Por eso segun estén más cerca ó más léjos las *montañas* así son los *valles* más grandes ó más pequeños, ó más estrechos ó más anchos. Y se ve que en un caso puede el *valle* reducirse á una simple *grieta* ó *quebrada*, y en otro convertirse en una vasta *llanura*. Cuando la depresion ú hondonada no merece el nombre de *cuenca*, ni de *valle*, toma los de *barranca*, *barranco*, *barranquera*, *cañada*, *garganta*, *grieta*, *hendidura*, *quebrada*, *rambla*, *regata*, *riera*, *torrentera*, etc. (V. Dicc. Mil.)

Se llama tambien *valle de un rio*, la *cuenca*, la depresion por la cual corre; ya se componga de un solo *valle* propiamente dicho, ó de una série de *valles*, *cuencas*, *circos*, *desfiladeros*, *cañadas*, *gargantas*, *ramblas*, *rieras*, *quebradas*, y en

general depresiones, tan poco pronunciadas, que ni merecerian siquiera nombre especial y serian desatendidas, si no llevasen una corriente de agua.

El *fondo* de semejantes *valles* presenta ordinariamente un *plano* en descenso progresivo, á ménos que no haya una pérdida ó escape, es decir, que el rio éntre en una cavidad subterránea para reaparecer más léjos; pero no se deduce de aquí, como suele afirmarse, que «la direccion de las corrientes exprese la *pendiente general* del suelo.»

La observacion prueba, por el contrario, que los rios atraviesan á veces comarcas, cuyo suelo en general está «más elevado que el sitio en que los rios nacen:» basta para ello simplemente que haya en este suelo *valles*, cuyo fondo esté más bajo que la *fuente* ú *orígen* de los rios.

Por hallarse los valles en países montañosos, la poblacion se forma y agrupa en estos parajes, y á los pueblos comprendidos en su demarcacion se denomina tambien con el dictado de *valle*: como los nueve valles ó jurisdicciones de Astúrias de Santillana; y en Cataluña se conoce en el sentido colectivo de *Vallés*, un territorio entre montes que comprende varios pueblos. De esta voz derivan tambien, suprimiendo la última sílaba, algunos valles extendidos, como el Val de Aran.—Sus diminutivos son vallecillo, vallejo, vallejon y vallina.

La *forma* de los *valles* varía de una manera singular. Unas veces principian en lo más bajo de las *cumbres*, esto es, en los *cols* y *puertos*, y se van extendiendo y ensanchando hasta que por fin desembocan en un *llano*, ó en otro *valle*.

Los hay que con estos mismos caractéres se angostan de pronto, y se encierran entre altos murallones; luego se ensanchan para volver á estrecharse, formando una série de *cuencas* ó *estanques*, que desembocan unos en otros por estrechos desfiladeros.

Los hay tambien que tienen por orígen un *circo* extenso, enteramente cerrado por grandes escarpados, con una sola

abertura, por donde salen las aguas que allí se juntan. Estos *circos* son frecuentes en los Pirineos, especialmente el de Gavarnie y el que está ocupado todavía por el lago de Oo.

Por oposicion, hay *valles* tan estrechos, que son verdaderas *grietas* ó *rajas* que se han operado de un modo violento y repentino. Humboldt los cita en América de hasta 1.500m de hondo y sólo 1.200 de anchura. En los Pirineos la *crevasse* de Ordua, cerca del Monte-Perdu, tiene, segun Ramond, 896m de profundidad media.

Por mucho tiempo se creyó, que todos los *valles* habian sido producidos exclusivamente por la accion de las aguas; que, al caer de las *montañas*, habian ido usando y desgastando poco á poco el suelo, concluyendo por excavar un *lecho* profundo. Para apoyar esta opinion, se hacia notar la concordancia, que á veces existe, entre la naturaleza de las *rocas* que componen las dos *bargas* ó *laderas* del *valle*, y tambien el paralelismo de las líneas angulosas que determinan sus contornos.

Otros geólogos, al contrario, han sostenido que los valles han sido producidos por *levantamientos*, terremotos ó violentas sacudidas, que han hendido el terreno, ó enderezado las capas de diferente manera. Cabalmente, la semejanza de las dos *vertientes* sirve, como á los partidarios de la corrosion, denudacion ó erosion, para sostener una teoría que es hoy la generalmente aceptada.

Pero los que sinceramente buscan la verdad y tienen alguna práctica en el estudio de la naturaleza, desconfian con razon de los sistemas absolutos. Pronto se echa de ver que la naturaleza, teniendo una multitud de medios diversos para llegar al mismo fin, se sirve de unos y de otros con sabiduría muy superior á nuestra corta inteligencia.

Hay, pues, *valles* producidos por diferentes causas, y muchas veces varias de ellas concurren simultánea ó sucesivamente á formarlos.

Las grandes *hendiduras*, es evidente que no pueden atribuirse sino á violentos terremotos. Para el geólogo son como inmensos *filones* que la naturaleza no ha rellenado. Pero guardémonos de confundirlos con las *ramblas* y *barrancos*, que á nuestra vista forman las lluvias en las faldas de las montañas.

Si estas, como se ha visto, no son más que resultado de las *dislocaciones de la corteza del globo*, los *valles* no pueden ofrecer mayor dificultad.

Las primeras ideas, hemos dicho, que sobre su origen se tuvieron, se fundaban en la excavacion ó desgaste por la accion erosiva de las aguas; pero, debiendo en ese caso las *montañas* estar formadas con anticipacion, es claro que las aguas hubieran debido seguir la pendiente natural del suelo y surcarlo exclusivamente en este sentido, como hacen actualmente los aguaceros de tempestad; cuando se encontrasen detenidas por un obstáculo ó en una cuenca, hubieran debido cortar ó romper con preferencia los depósitos de arenas, grava y casquijo, ó rebosar y verterse por el punto más bajo. Cabalmente vemos «lo contrario» de estas acciones, al parecer naturales: los *valles* no siguen, en general, la *pendiente* real y verdadera del terrreno; y las aguas ni se abren paso á través de terrenos muebles ó movedizos, ni se vierten por el punto más bajo de las cuencas. Por todas partes se pueden hacer observaciones análogas, de modo que no parece sino que los rios han retrocedido siempre delante de los depósitos ó terrenos que precisamente les ofrecian la menor resistencia.

La consecuencia de estos hechos es que los rios en lugar de haber excavado sus propios *lechos*, como se pensaba, se han dirigido simplemente por surcos ó canales que encontraron ya establecidos. Ahora bien, no es preciso remontar al orígen de estos canales; son evidentemente resultado de *dislocaciones* y *levantamientos*, que han trastornado y desgarrado la superficie del suelo hasta entónces horizontal. Es claro, en efecto, que las capas inflexibles han debido entónces romperse, y hacerse en consecuencia un número mayor ó menor de *grietas*,

fallas y *hendiduras*. Estas han venido á ser *valles*, colocados de diferentes maneras unos con relacion á otros, segun las circunstancias del *levantamiento:* paralelas, si la accion ejerciéndose en una sola direccion se extendia suficientemente en latitud; divergentes, si la accion se contrajo á un solo punto como en ciertos macizos montañosos; muchas veces en fin, perpendiculares á la direccion de las *cordilleras* levantadas como las grietas secundarias que se manifiestan en los terremotos: lo que debia suceder principalmente cuando la accion interna forzó á ciertas materias cristalinas á salir por la principal ó más ancha. Se concibe fácilmente que estas *grietas* hayan quedado abiertas, más bien en las materias sólidas que en los depósitos arenáceos, cuyos derrumbos tienden sin cesar á rellenar los vacíos; y esta es la razon por qué los rios parece que «han huido de los terrenos muebles» que tan fácilmente hubieran podido atacar, si no hubiesen encontrado un *cauce* ó *lecho* preparado ya en otra direccion. Asimismo en los *escalones* ó *cuencas* sucesivas que presenta la mayoría de los *valles*, y que á nuestros ojos se ofrecen como otros tantos *lagos*, se reconoce holgadamente la causa de los *desfiladeros* por donde escaparon las aguas: son tambien *rajas* ó *grietas*, que han debido abrirse con preferencia en las partes sólidas.

Más no por esto se ha de estatuir tampoco «en absoluto» que las aguas nunca han tenido influencia en la *configuracion de los valles*. Muy al contrario, es de creer que en los sacudimientos y trastornos que tan súbitamente han agrietado ó hendido una comarca y hecho escurrir, correr de golpe las aguas que en ella se hubiesen juntado, se produjeron corrientes de una violencia incalculable que arrancando, corroyendo, desmontando, barriendo, llevándose por delante todos los escombros fracturados por el *levantamiento*, modificaron los pasos que se les ofrecian. No puede dudarse que todos estos restos y escombros, acarreados con una velocidad prodigiosa, habrán *surcado*, violenta y repetidamente, todas las *rocas* que quedaban en pié, y contribuido por mu-

cho á ensanchar y profundizar las *gargantas* principiadas por la rotura; testigos de ello son el desgaste, la usura y los surcos que percibimos en las *laderas* de los *valles*, en direccion de los grandes cantos y peñas que han sido trasportados muy lejos, en la época de estas grandes convulsiones.

Evidentemente, la mayoría de los *valles* han sido posteriormente «retocados y modelados por las aguas;» y solamente aquellos que han aparecido los últimos, como los Alpes del Valais y los Andes, etc., son los que conservan señales más características de su primitivo orígen.

Tambien es probable que ciertos *valles*, que atraviesan terrenos blandos ó muebles poco dispuestos á fracturarse, hayan sido «producidos enteramente por la accion de las aguas.» Pero los *valles* á quienes pueda atribuirse este orígen, presentan caractéres muy diferentes de los primeros: por un lado siguen invariablemente «las líneas naturales de pendiente;» por otro se desvian de su direccion al tropezar con masas resistentes, y las rodean para marchar con cierta constancia sobre terrenos movedizos ó ménos coherentes.

Aun admitiendo que las aguas hubiesen sido más abundantes en otro tiempo, eran incapaces de excavar *valles* tan anchos y largos como los de las grandes *cordilleras*; y si el agua hubiese podido producir por sí sola estas grandes desigualdades, los *valles* empezarian, como los *barrancos*, por un lijero *surco*, cuya profundidad y anchura irian aumentando siempre; mientras que vemos *valles* que tienen por punto de partida un *circo*, algunos hay enteramente *cerrados*.

Lo que indudablemente han hecho las *corrientes* ha sido, repetimos, modificar, modelar, dar la última mano á los *valles*; pero esta erosion de las paredes, al profundizar en algunos puntos el lecho, ó variar algo las pendientes, amontonando en algun paraje lo que han arrancado en otro, son pequeños efectos de importancia casi nula, comparados con la *fisonomía* general de un *país de montañas*.

En los de *colinas* ó *llanuras*, hay *valles* tambien que pueden

haber sido completamente cavados por las aguas. Si la direccion de algunos ha sido determinada por una grieta ó ligera depresion, en general debe atribuirse al agua todo el mérito de estos *pequeños valles* y *cañadas* en terrenos muebles.

Por esto suelen ordinariamente distinguirse los *valles* en *altos* y *bajos*. Los primeros, en verdaderos *paises de montaña*, tienen su orígen dependiente «de las fuerzas procedentes del interior del globo,» y los otros son más bien «los formados por los rios.» Ademas hay que tener presente, que ambas fuerzas «han combinado y confundido sus respectivos atributos.»

En general, valle *alto*, *encajonado*, valle de *desgarramiento* ó de *separacion* ó de *fractura* (que todos estos nombres tiene), es la *hendidura* larga, estrecha, profunda, irregular, sinuosa, de rápidos escarpes, en los cuales se perciben vestigios de *capas* ó *estratos* fracturados, y cuyos ángulos salientes de un lado suelen corresponder á los entrantes del otro. Estos *altos valles* están ordinariamente *cerrados* en su cabecera ú orígen, quedando sólo un estrecho *paso*, *brecha* ó *garganta*. Frecuentemente los terminan hácia la parte más alta, ó los interrumpen en su longitud, grandes hoyas ó cavidades, llamadas *circos*, que son verdaderos *cráteres de levantamiento*, visiblemente caracterizados en su mayoría por las capas de terreno levantadas.

Todavía, para Omalius d'Halloy, hay en estos *valles de fractura* un elemento original que debe tomarse en cuenta: la desecacion. En efecto, las rocas estuvieron antiguamente más calientes y más empapadas en agua; las contracciones ó encogimientos, por lo tanto, estarian en proporcion con el volúmen..... si la desecacion del barro de una pequeña charca tiene *grietas* de más de un centímetro, ¿no habrá producido *valles* la desecacion de un *depósito* entero que cubre un país?—Además este género de abertura ó separacion puede obrar enérgicamente sobre una hilada superior y dejar in-

tacta la inferior: lo cual explica por qué ciertos *valles* «se detienen» con cierto *terreno*, sin correrse ó profundizar en el *terreno* inferior.

Respecto á los *grandes valles* que parecen *llanuras*, ó los que empiezan por un *circo*, ó los que forman varios escalonados y comunicándose por estrechas *gargantas*, tambien se les supone producidos por grandes *dislocaciones;* pero sin olvidar que el agua, que en seguida ha rellenado sus *cuencas*, puede haber entrado por mucho en su actual configuracion.

Las grandes *llanuras circulares* son evidentemente el *fondo* de antiguos *lagos* que se comunicaban entre sí, los cuales acarreaban en sus diversas *cuencas* una gran cantidad de materiales que han concluido por terraplenarlos, y cuya superficie, atravesada hoy por una simple corriente entorpecida por un cúmulo de restos y materias, se cubre de una vegetacion vigorosa.

El primer orígen de estos *valles*, ó más bien de estos grandes *lagos* que les han dado nacimiento, parece depender de las causas particulares que han formado las grandes *depresiones* sobre los continentes, y que son debidas á fenómenos de *dislocacion*, y por consiguiente de *hundimiento*, ó á ciertas condiciones de *enfriamiento* y solidificacion de la *costra* primitiva.

Valle de *denudacion* ó *erosion* es el producido por el desgaste y trasporte de los materiales que ántes ocupaban el sitio de aquel: accion determinada por las *aguas corrientes* como en los alrededores de Madrid. Si *valles de elevacion*, por el contrario, son los formados por «una accion interior opuesta á la del agua,» y en ellos el surco ó depresion la constituyen las capas levantadas del terreno, bien se ve un medio sencillo para distinguirlos; en los *de denudacion* no hay más que «materia desalojada;» miéntras que en los *de elevacion*, necesariamente ha de haber alteracion y desórden en las paredes, bargas ó laderas.

Estos valles de *erosion* ó *denudacion* están formados, por lo general, en terrenos muebles ó capaces de desleirse, como las *regatas* que las aguas de tempestad forman á nuestra vista, llevándose las materias que constituian el suelo. Los últimos encauces de los grandes *rios* están formados de esta manera; y las *erosiones* que diariamente hacen las grandes *crecidas*, son las que producen los *cambios de lecho*, que tan frecuentes son en algunos.

En general, los *valles de erosion*, abiertos casi siempre en llanuras á la base de las montañas, están colocados en la prolongacion de los *valles de fractura* ó de pliegue; y así debe ser, puesto que estos últimos han servido de «conductos ó canales» para traer las aguas que han producido la *erosion*.

Sucedió, á veces, sin embargo, que la corriente, al bajar impetuosa de la montaña, no tuvo fuerzas para atacar y corroer el *terreno* que la llanura le ofrecia como una especie de barrera, y en este caso, como por alguna parte habia de correr el agua, tomó una direccion lateral, hácia la línea de separacion del depósito sedimentario de la llanura y de las rocas de la montaña. Un *valle* que se ve, por decirlo así, en el conflicto de tener que sufrir y resignarse á tomar contra su voluntad una direccion longitudinal respecto á una cordillera, no tarda en encontrar otro valle trasversal, en el cual vierte sus aguas y en el que concluye por salirse con la suya, si se permite esta expresion.

En la época *cuaternaria*, que los geólogos llaman del *diluvium* (en latin, para distinguirla del diluvio bíblico), los *valles de erosion*, simples ó con terrazas ó escalones, que generalmente se encuentran colocados en la prolongacion de los *valles de fractura*, han sido formados y rellenos por aguas bajadas de estos valles: de suerte que si se mira el escaso caudal que constituye nuestros rios actuales, como «residuo» de las antiguas y enormes *corrientes*, cuya existencia tenemos forzosamente que admitir, entónces sí se puede decir con los antiguos geólogos que «cada rio efectivamente ha excavado

su propio valle,» y añadir además que «cada valle ha sido rellenado con materiales tomados de las montañas en que nace.

Las aguas obran por su accion disolvente, que deslíe y corroe con su peso, por el movimiento de traslacion y por choque. Se debe, pues, inferir que en cada uno de los trastornos determinados por los diversos *movimientos del suelo*, las aguas, lanzadas violentamente de un lado para otro, han debido, como hoy vemos en los terremotos, lavar, desleir, deshacer, modificar de mil maneras las *rocas, depósitos* ó terrenos preexistentes. Muchas circunstancias pueden explicarse por la *erosion* de las aguas, y las extensas *denudaciones* que han podido operar. Desde luégo, siempre que veamos en algunos parajes líneas de *colinas, cabezos, muelas* ó *cerros*, de *cumbres planas* y todas *á nivel*, compuestos de rocas ó materias *de sedimento*, cuyas *capas* se corresponden, bien se pueden considerar como los *hitos* ó *damas* que á semejanza de las que el hombre deja en los grandes desmontes, las aguas dejaron en testimonio de su paso y de sus estragos en ciertas épocas relativamente no muy lejanas.

Sabido es tambien que cuando *corrientes bravas* acarrean materias en suspension, estas se depositan fuera de la corriente, en lugar de extenderse en *capas* ó *estratos planos*, como las que lentamente se van posando en aguas tranquilas. Así es que un rio hinchado con crecidas forma en sus orillas especies de bordes elevados encima del fondo del lecho; y un obstáculo que parta la corriente en dos brazos basta para originar un *depósito* que, elevándose á cada avenida, viene á ser *islote*, y (salvo las dimensiones) en este *islote* podemos ver una *montaña* aislada en medio de dos *valles*, que la separan de dos *cordilleras*, es decir, de las bargas del rio.

Las *dunas*, ó montecillos de arena en las costas, nos enseñan cómo se hacen *hondonadas* al mismo tiempo que *elevaciones*, y forman *grupos de colinas*, que tambien es pais *montañoso* en miniatura, surcado por *valles*, sin la más mínima *erosion* por las aguas.

La nieve nos da otro ejemplo sensible de aglomeracion desigual, cuando cae con mucho viento, y un árbol, por ejemplo, divide la corriente de este, amontonándose en unas partes y formando islotes. Aquí tambien, muy en pequeño, tenemos *mesetas* surcadas por *valles*, en cuyos bordes hay *cabos*, *penínsulas* y *montañas* aisladas.

Luégo si esto sucede en un flúido elástico tan raro como la atmósfera, ó en superficies líquidas tan menguadas como nuestros rios, echémonos á pensar lo que no pasaria en aquellos vastos y borrascosos «mares geológicos,» y comprenderemos que la inmensa fuerza de las *corrientes* debió muchas veces recoger y acumular las materias de las *capas* en los parajes en que el agua estuviese tranquila, originando por consiguiente *colinas* y *valles* grandes ó pequeños. Es probable que haya muchos *valles* de esta especie, y parece tambien esta la explicacion más plausible de esas *colinas aisladas* y de esas *resquebrajaduras* que en ciertos parajes forman los *bordes de una meseta* que domina una *llanura*, y cuyas *capas* han conservado su posicion original, ó no han sufrido, al ménos al parecer, desarreglos suficientes, para explicar el *relieve* del país.

Las grandes *cordilleras* suelen estar separadas por grandes *valles*, cuyas pendientes son generalmente muy suaves, y cuyo fondo está ocupado por un rio. Esos *valles* se llaman *longitudinales;* y las montañas que los bordean tienen generalmente el plano de sus capas paralelo á la direccion del valle.

Los otros *valles* que vienen á abrirse en estos, y que siempre son más estrechos, con pendientes más abruptas, mucho más cortos, y que generalmente «cortan en ángulo recto el plano de las capas» son los llamados *trasversales*.

Estas dos clases de *valles* se encuentran en los *países de montaña:* en los Alpes se ven los unos y los otros; pero en los Pirineos sólo hay *trasversales*.

Bajo el aspecto geológico y geográfico, es de gran importancia la distincion entre los valles *longitudinales* y *trasversales*. Los primeros siguen la direccion general de la *cordillera*, y se relacionan íntimamente con la estructura de la montaña. Ordinariamente «sus dos laderas son de distinta naturaleza,» puesto que están cabalmente en el punto de separacion de dos *formaciones* diferentes. Al contrario, los *trasversales* «tienen frecuentemente idéntica cualidad en ambas laderas,» puesto que cortan la *cordillera*. Esta distincion de *longitudinales* y *trasversales* es fácil en grandes y formales *cordilleras*, con *eje longitudinal* extenso, cuyo tipo perfecto son los Andes, luégo y ménos los Karpatos, ménos aun los Alpes, y ménos, por consiguiente, los Pirineos: más difícil es en *grupos* y *macizos* montañosos.

Aunque los *valles trasversales* tienen comunmente sus bargas ó laderas más escarpadas que los *longitudinales*, se ve bien que esto depende de la naturaleza del *terreno*, pues mal puede haber escarpados en tierra mueble ó incoherente.

En los valles *longitudinales*, las dos laderas opuestas si no son de naturaleza diferente, al ménos están compuestas de materias arregladas de otra manera.

En los *trasversales*, al contrario, hay casi siempre «identidad perfecta entre las dos paredes opuestas» tanto bajo el aspecto de la *naturaleza*, como bajo el de la *estructura*; y cuando se ve de un lado un ángulo saliente, es casi seguro que el lado opuesto presenta un entrante.

Los *pasos estrechos*, formados por escarpes verticales ó á pico, que á veces presentan los *valles* en diversos puntos, se llaman en general *desfiladeros* y tambien «puertas de las naciones» por la importancia que tienen en una guerra defensiva. Los hay célebres en la historia: tales son los desfiladeros del Tauro y del Cáucaso, llamados Puerta Ibérica, Puerta Caspia, Puerta Albanesa; Paso de Isso, célebre por el de Alejandro; las Termópilas, en que trescientos espartanos detuvieron el ejército de Jerjes; las Horcas Caudinas, en que los

samnitas forzaron á los romanos á pasar bajo el yugo, etc. Las paredes de estos *pasos* «cortados á pico» tienen á veces alturas enormes: los hay, repetimos, en los Andes que se elevan á 1.600 m.

De lo dicho resulta que hay bastante confusion en «las causas originarias de los valles;» puesto que, obrando varias de ellas «simultánea y sucesivamente,» han debido combinar, anular y confundir á veces sus resultados.

Tal sería, por ejemplo, el caso de un territorio que hubiera tenido en su orígen muchos valles de acumulacion y compresion; que en seguida hubiera sido fuertemente plegado y arrugado; en el que levantamientos posteriores hubieran producido numerosas fracturas con separacion; y despues, el juego de las piezas, como en el mosáico ó bóveda que arriba se mencionó, hubiera causado fallas y nuevas dislocaciones; y por último, encima de todo esto, el diluvium geológico hubiera venido con sus denudaciones y erosiones á dar, por decirlo así, la última mano á todas las hendiduras, depresiones y desigualdades preexistentes.

Llanuras.—Mesetas.

Todo el mundo sabe lo que es un *llano*, y sin embargo, se encuentra grande embarazo para definir esta palabra.

En la acepcion ordinaria, *llano*, *llanura*, *llanada*, es una grande extension de terreno que no está limitada por *montañas*, ni surcada por *valles;* en una palabra, es un país raso, plano, liso, pero es difícil señalar límites entre un país *plano* y un país *montuoso*. En general, una comarca conserva la denominacion de *llana*, cuando no está atravesada por *altas montañas*, aunque el suelo esté sensiblemente *ondulado*.

Los pequeños llanos encerrados entre montañas no son otra cosa que *valles* de solera ó fondo *plano*. En general están formados de escombros ó restos, que se han depositado en el

fondo de las aguas que en otro tiempo los cubrian. Un dia, los grandes lagos de la América de Norte, desembarazados de sus aguas, formarán probablemente *llanuras* análogas. Pero estos anchos valles de fondo plano nunca dan más que llanuras limitadas: miéntras que, en cierta parte de los continentes, hay espacios inmensos cuya regularidad sólo es turbada por ligeras arrugas ó resaltos que se levantan poco sobre el nivel del Océano.

Las verdaderas *llanuras* son, pues, las que por un lado están bordeadas por el mar.

El estudio de las *llanuras* es de un gran interés para el geólogo, si se atiende á que la mayor parte de las *cordilleras* son de fecha posterior á la aparicion de los *continentes;* de modo que estos han debido elevarse al principio muy poco encima de las aguas. Entónces debian presentar una superficie uniforme y pantanosa; porque al *levantamiento de las montañas* es á lo que las *llanuras* deben las pendientes, más ó ménos fuertes, que ahora permiten correr á las aguas.

Toda la tierra seca ó *emergida* (por oposicion á la sumergida ó debajo de las aguas) puede dividirse en tres categorías: llanuras *bajas*, llanuras *altas* ó *mesetas*, y *montañas*. Las llanuras *bajas* están situadas generalmente á la orilla del mar, y por léjos que se extiendan hácia el interior siempre vienen á parar á la *costa*. Las llanuras *bajas* mejor caracterizadas en Europa son la Holanda y la Lombardía, sin que puedan admitir comparacion con los Llanos y Pampas de América.

Las *mesetas* son tambien *llanuras;* pero se distinguen de las *bajas*, tanto por su *altitud*, como por su superficie, que suele ser ménos lisa, plana ó igual.

Si puede considerarse á los *bajos llanos* como terrenos *sedimentarios* formados por rios, esto es, por los fragmentos que el agua, la nieve ó los vientos han acarreado desde las montañas hasta los mayores y más profundos surcos de la corteza terrestre, las *mesetas*, al contrario, aparecen como residuos

de este mismo trabajo de *erosion* y sacan de este orígen dos caractéres distintivos: desde luégo, los *lechos de los rios*, que los atraviesan, van generalmente más encajonados entre sus orillas que en los *bajos-llanos*, en los cuales el nivel del agua es á veces «más alto que el de los terrenos inmediatos,» lo que exige trabajos dispendiosos de dique ó encauzamiento; además, la capa arable ó vegetal es ménos espesa que en las *llanuras bajas*, y tanto que el arado más simple llega al subsuelo; en las *mesetas* la capa vegetal escasamente tiene seis pulgadas de fondo, miéntras que en los *bajos-llanos* pasa de veinte, de cincuenta piés de profundidad. En los valles del Rhin y del Vístula, mejor aún en los del Ganges, Orinoco ó Misisipí, es imposible llegar al *sub-suelo*. Sondas de gran profundidad han demostrado la presencia de un légamo de aluvion, sin llegar á terreno firme ó resistente.

Aunque las *llanuras* se dividen en *bajas* y *altas* ó *mesetas*, no puede fijarse de un modo positivo «dónde acaban las unas y principian las otras:» tanto es el número que hay de gradas ó resaltos intermedios. En cierto modo por *llanuras* ó *escalones* sucesivos, y como de terraza en terraza, es como principalmente se elevan los *continentes* encima del Océano; las grandes *cordilleras* que los atraviesan, no son, por decirlo así, más que «accidentes» en medio de los terrenos planos *elevados*.

Las *colinas* ó las *montañas* que se perciben á lo léjos en el extremo de una *llanura*, no son muchas veces otra cosa que las *caidas* ó *pendientes* de una *meseta*, más ó ménos elevada por encima de la que ocupa el observador.

Estas *mesetas*, y singularmente las de «mucha altura sobre el nivel del mar,» ofrecen una circunstancia que merece notarse. Es raro que estén «enteras» en toda su extension: lo más ordinario es que el *macizo* que constituyen, se encuentre recortado, resquebrajado por entalladuras profundas, generalmente ramificadas, que irradian en diferentes direcciones, partiéndole de varias maneras al prolongarse sobre la *meseta* inferior, en la cual vienen á desembocar.

Esta circunstancia es la que ha hecho considerarlas como *grupos* y *macizos de montañas*, miéntras que en realidad no forman generalmente en toda su extension más que una sola y misma *masa* fracturada por *valles*, más ó ménos hondos y numerosos. Las plataformas de las diferentes piezas que al parecer los componen, ya estén completamente separadas, ya unidas por trozos irregulares, se hallan todas sensiblemente en el mismo plano, y las capas ó estratos, que componen la masa, se corresponden en las pendientes de las *gargantas* y *barrancos* que los surcan.

Tambien á veces el *macizo* está cortado y dividido por *valles* radiales ó convergentes, que se reunen en un punto central, en donde se presenta un vasto hundimiento; y entónces se notan sobre el borde de este hoyo ó cuenca *montañas*, más ó ménos altas, que realmente no son otra cosa que las extremidades de los trozos ó masas parciales en que el *macizo* total se encuentra dividido ó repartido.

Por los cálculos de Humboldt (que Zimmermann reproduce) relativos á la reparticion del *volúmen de las montañas* sobre toda la superficie de los *continentes*, se viene á deducir, que las *montañas* representan una masa de terreno infinitamente menor de lo que á primera vista pudiera sospecharse, mientras que la extension de las *mesetas* es, relativamente, mucho más considerable. Por lo demás *mesetas* y *montañas*, esto es, todo aquello que se eleva sobre el *nivel medio* de la superficie terrestre, debe su orígen á una «accion procedente del interior de la tierra,» al calor central, á la incandescencia del *núcleo* del globo.

La *sedimentacion*, la trasformacion lenta y tranquila de las *rocas* primitivas, ha sido interrumpida y modificada por la accion, probablemente repentina, de fuerzas interiores. Hoy todavía, á pesar de los millares de años trascurridos desde la primera coagulacion de la *corteza*, el interior del globo conserva, para muchos, ese estado de *fluidez ígnea;* y si la

superficie, mucho más espesa por efecto del *enfriamiento*, todavía no es bastante fuerte para resistir estas fuerzas interiores ó *plutónicas*, mucho ménos debia serlo cuando sólo tenia $\frac{1}{30}$ del espesor actual. Al levantarse las masas estratificadas, se produjo á cada lado una pendiente y estas pendientes debieron ser irregulares por la desigualdad de resistencia. He aquí por qué en tal punto de la superficie sólo se formó una intumescencia, una protuberancia, una verdadera giba, sin desgarradura, miéntras que en otro, el *levantamiento* de una vasta extension produjo una *meseta;* allá, en el centro de esa *meseta*, ó bien en sus bordes, surgió una série de nuevas eminencias; acullá, en fin, la *corteza* reventó, y las materias en fusion se desparramaron por fuera en cantidad exígua respecto á su volúmen, pero formando masas enormes á los ojos atónitos del hombre, que siempre compara con su pequeñez individual la inmensidad del mundo.

Estos fenómenos, al hacer tan áspera y escabrosa la superficie de la tierra, han modificado y aumentado ventajosamente sus elementos. Las capas ó estratos, no sólo de horizontales han pasado á veces hasta quedar verticales, sino que se alteró su naturaleza por el contacto ó la proximidad de las masas en fusion: sus elementos, despues de sufrir la accion de este elevado calor, se enfriaron de nuevo; y así se ven trasformados los depósitos calizos, por ejemplo, en mármoles de aspecto cristalino.

4. HIDROGRAFÍA.

Fuentes.—Lagos.—Ríos.

El *agua* puede presentarse bajo tres formas de agregacion: sólida, formando hielo; líquida, como vulgarmente se la conoce; como vapor, en fin, gaseosa ó aeriforme.

Desde 1781 se demostró que no era *elemento;* y segun re-

cientes análisis 100 gramos de agua destilada contienen 11,13 gramos de hidrógeno y 88,87 de oxígeno.

Las aguas líquidas pueden dividirse en dos grandes grupos: las que forman el inmenso reservatorio que rodea todas las tierras, y las que se encuentran esparcidas en el interior de estas últimas.

Las primeras toman el nombre colectivo de *mar* ú *océano*. Esta segunda palabra, acompañada siempre de un epíteto, como «atlántico, pacífico» designa espacios muy extensos: miéntras que *mar* se aplica especialmente á otros más circunscritos, y que ordinariamente tienen límites, digámoslo así, ya trazados por la presencia ó cercanía de algunas tierras. Cuando éstas le rodean y circunscriben de tal modo, que sólo comunica con el Océano por pasos estrechos, el *mar* es interior ó *mediterráneo*.

Las aguas de tierra se pueden subdividir en otros dos grandes grupos: *corrientes* y *tranquilas*, durmientes, estancadas, dando á esta última calificacion un sentido más bien relativo que absoluto; porque las aguas rebalsadas, remansadas ó detenidas suelen estar atravesadas por otras *corrientes* que se elevan y ensanchan, bien por obstáculos ó por condiciones especiales del terreno. Cuando tienen alguna profundidad forman *lagos* ó *estanques*, segun el obstáculo es natural ó artificial; y aquí tambien hay que ceder al uso, variando con las dimensiones, pues cuando la masa de agua es considerable deja el nombre de *lago*, para convertirse en *mar*, como el Caspio ó el Muerto.

Las *aguas corrientes* se subdividen á su vez en *permanentes* ó *accidentales:* las primeras constituyen los *rios* y *arroyos* y por eso tambien se pueden llamar *fluviales* y *rodadas*, y perennes ó intermitentes, segun se sequen ó no en el estío; las *accidentales*, llamadas tambien *bravas* y salvajes, forman masas considerables que se precipitan con violencia, haciendo estragos á su paso, y constituyendo *torrentes*.

Las *aguas sólidas* pueden tambien considerarse como tem-

porales ó permanentes, segun resista ó no su solidez á la temperatura del estío. Las primeras se forman de nieves que caen de la atmósfera y de hielos que se forman sobre la tierra en momentos de frio, pero que se funden ó derriten en cuanto la temperatura se eleva. Las segundas constituyen las masas que se conocen bajo los nombres de *nieves perpétuas. hielos fijos*, *hieleras*, *neveros*, *ventisqueros*. Estos tres últimos no son la misma cosa, aunque vulgarmente se confundan. En España no hay *hieleras (glaciers* en francés, *glaestcher* en aleman) propiamente dichas como las de Suiza.

La vasta superficie de los mares, continuamente expuesta á los ardores del sol, produce necesariamente una gran *evaporacion;* y en la meteorologia se ve cómo el *vapor* de agua, elevado en la atmósfera y condensándose alli, da lugar á un gran número de *meteoros acuosos* (lluvia, nieve, granizo) que todos vuelven á traer sobre la superficie terrestre el agua que de ella se habia alejado.

Si se levantan montañas hasta las nubes, ó si las nubes bajan hasta el nivel de las llanuras, los *vapores* al punto son absorbidos y desaparecen; si cae nieve, se funde y se trasforma en agua, ó permanece congelada en la cumbre de las montañas, ó al rededor de los polos de la tierra, formando inmensas *hieleras*.

Lo más frecuente es caer el agua en forma de lluvia, esparciéndose sobre los continentes, y cualquiera que sea la forma en que caiga, en seguida se divide en tres partes, cuyas proporciones relativas varían notablemente por muchas circunstancias, que dependen de la naturaleza del suelo, de la temperatura del aire y del estado particular del agua misma que se precipita sobre la tierra.

Una parte de esta agua se *evapora* en el acto, volviendo á la *atmósfera;* otra parte resbala por la *superficie*, serpentea segun las pendientes, y toma el nombre de aguas *bravas* ó salvajes; la otra se infiltra en las tierras y *rocas* que compo-

nen la *corteza* exterior de nuestro planeta. Esta última sigue las grietas y hendiduras, penetra á profundidades variables, filtra á través de muchos y diversos materiales, y sus hilos, reuniéndose entre dos *capas* de terreno, vienen luégo á brotar ó manar en aquellos lugares, de nivel generalmente inferior al de los puntos de partida. Tal es el orígen de las *fuentes* ó *manantiales*. El agua que de ellos mana, junta con las aguas salvajes, da nacimiento á los *arroyos* y *rios*, á las *corrientes de agua*, como genéricamente se dice.

Una gran parte de la que penetra en el suelo, debe advertirse que es absorbida por los vegetales, en cuyo interior circula, segun los varios sistemas de vasos capilares. Una porcion de esta agua es descompuesta desde luégo por la fuerza de la vegetacion que absorbe el oxígeno, y el resto vuelve á la atmósfera, despues de haber atravesado las partes más delicadas de las hojas y ramas.

Así, del agua que se filtra en el suelo, solamente una parte, la mitad quizá, penetra á cierta profundidad: el resto no pasa de la *capa vegetal* ó *arable*, de esa capa, siempre muy delgada, en que se extienden las raices de las plantas y de los árboles. Aún esta porcion que traspasa la capa vegetal va sensiblemente disminuyendo á consecuencia de la desecacion producida en parte por la absorcion de los vegetales y en parte por la de su misma superficie expuesta á los rayos del sol y al roce contínuo de las corrientes de aire.

Esta parte, pues, que se hunde ó entierra, no es tan considerable como generalmente se cree: baja hasta que encuentra una masa impermeable, como una capa de arcilla, resbala sobre ella, si encuentra huelgo, ó sino se embebe como en una esponja en la capa superior. Si la masa impermeable en vez de plana es cóncava, el agua se acumula hasta llenar la «cuenca subterránea:» y al rebosar por los bordes produce *fuentes* copiosas, cuyo volúmen sufre pocas variaciones. Deben existir muchas de estas cuencas ó reservatorios en el interior de la *corteza*.

Las *corrientes de agua* en la superficie, al llegar á lugares que están horizontales, pueden extenderse y producir *pantanos;* aunque tambien estos pueden resultar con más frecuencia de aguas que se rezuman, que se escapan del suelo, como *trampales* y *tremedales*, ó bien del derretimiento de las nieves en las montañas, ó de la estancacion del agua de manantiales.

Si el suelo, en vez de presentar una superficie horizontal ofrece una *depresion*, el agua, reuniéndose y acumulándose, produce un *lago*, una *laguna*, reservatorio más ó ménos grande de aguas dulces ó saladas.

Las numerosas *corrientes* que surcan el suelo, ocupan ordinariamente el fondo de hondonadas particulares, que se abren unas en otras. Así, toda el agua que cae sobre cierto espacio se reune en un *arroyo* ó *torrente*, que corre por la parte más baja; allí cerca, la que cae escurre á otro *arroyo;* y la línea llamada *arista* ó *divisoria*, porque realmente divide estas aguas, es el límite de las dos pequeñas *cuencas hidrográficas*.

Un número mayor ó menor de estas hondonadas ó cuencas elementales viene á abrirse en la *cuenca de un rio*, y varias de ellas, juntándose á su vez, van á cubrir vastas llanuras, que quedan sumergidas y forman así el *mar*, cuenca inmensa que los reune á todos.

Se ve, pues, que las partes *emergidas* del globo ofrecen algunos puntos inundados como grandes *lagos*, *mediterráneos* y largas *corrientes* que surcan la superficie; y por una especie de compensacion, las partes *sumergidas* presentan *islas* y *peninsulas* que establecen numerosos puntos de contacto entre la tierra y el agua. De modo que esta forma al rededor del globo una capa, agujereada aquí y acullá por las *islas* y *continentes*.—Las cuencas de los mares y de los grandes lagos contienen en reserva la mayor parte: miéntras que la otra, como se ha dicho, está puesta en circulacion por el *calor*, que se combina, la eleva en *vapor* hasta las altas regiones, donde la abandona y le permite bajar.

Los estudios geológicos comprueban que el agua va disminuyendo progresivamente sobre la *superficie* terrestre. En todos los *lagos* se observan señales evidentes del descenso de nivel de sus aguas, y una tendencia general á quedar en seco, andando el tiempo. Humboldt ya establecia que los lagos de Méjico, cuyas aguas se ven disminuir anualmente, no eran sino «resto de antiguas é inmensas cuencas.»

Entre los fenómenos de este género, el mayor y más curioso es la disminucion probada del gran lago salado que se conoce con el nombre de mar Cáspio, cuyo nivel parece inferior al general del Océano. Las observaciones de Pallas, la presencia de fósiles modernos, la disposicion escalonada de sus orillas, las grandes llanuras arenosas cubiertas de charcas saladas que le separan del mar Negro, hasta la analogía de los animales que hoy los pueblan, todo demuestra que el Cáspio estuvo en otro tiempo unido al mar Negro, el cual hoy está elevado sobre aquel 26 metros. La historia en cierto modo viene á comprobar las indicaciones de la geología, pues muchos de estos fenómenos se han operado desde los tiempos recientes, llamados *históricos*. Tambien puede citarse el mar Muerto, cuyas aguas aumentan en sal á medida que se evaporan, y cuyo nivel va bajando; miéntras que en época remota y antes de las conmociones volcánicas que trastornaron el territorio, sus aguas quizá se comunicaban con el mar Rojo.

El *lecho de los rios* se compone «generalmente» de una série de *cuencas* escalonadas que ántes de la disminucion de las aguas y de la erosion de sus diques, debian formar otros tantos grandes *lagos* que se comunicaban entre sí.

El agua, como se ha dicho, es la única sustancia que está esparcida en la naturaleza en tres estados á la vez: líquido, sólido y de vapor. Esto consiste, por una parte, en que da vapores hasta temperaturas muy bajas, y por otra en que su punto de solidificacion es tan poco elevado, que las simples variaciones de temperatura del aire atmosférico bastan para hacerlas oscilar por encima y por debajo de este punto. Los

fenómenos producidos por el agua en estos diversos estados son tan diferentes, que la ciencia los trata en capítulos aparte.

El agua diseminada en el aire, sea en estado *de vapor*, sea en forma *vesicular* y en proporciones incesantemente variables, entra en el dominio de la *meteorología*. Tambien en estado *friable* constituye el fenómeno, puramente *meteorológico*, de las nieves perpétuas.

Pero en estado *líquido* y *de hielo* pertenece directamente á la *geología*. En efecto, líquida el agua, llenando las cuencas de *mares* y *lagos*, alimentando *corrientes*, superficiales ó subterráneas, su estudio se enlaza con la formacion de los *depósitos sedimentarios*, marinos, lacustres ó fluviales y con el orígen de las aguas *minerales* y *termales*. En forma *de hielo*, sea acumulada en las cumbres ó suspendida en las faldas de las altas montañas, sea, mirando más léjos, que cubra como una inmensa mortaja entrambos polos de la tierra, el agua da lugar á resultados, no sólo muy distintos de los que produce en estado líquido y de vapor, sino de los que nos ofrecen las demas sustancias sólidas.

Ciñéndonos á las aguas *corrientes*, todo tiende á probar que las lluvias, al filtrarse en el suelo, son las que producen las *fuentes*, como se comprueba por las variaciones que ofrecen en el volúmen de sus aguas, menguando en las sequías y manando en abundancia cuando las lluvias frecuentes empapan el terreno, aunque no siempre dependan de las estaciones.

Puesto que muchas *fuentes* tienen por causa la condensacion inmediata del vapor, sin que pase al estado de lluvia, las *montañas* deben ejercer notable influencia sobre la abundancia de *manantiales* de una comarca. Sus *cumbres* altas y frías, hallándose en contacto con los *vapores*, los condensan, y el agua corre sobre sus *faldas* ó penetra en su interior segun la naturaleza de las *rocas*.

Las *montañas* ejercen poderosa atraccion sobre todos los

cuerpos que se encuentran en sus cercanías, y por lo tanto, sobre los *vapores atmosféricos*; mas aunque no existiese esta atraccion el efecto sería el mismo, porque desde que los primeros vapores se hayan condensado, los que le siguen y empujan por su elasticidad, al encontrarse ellos mismos en contacto con la montaña, se condensarian á su vez y así sucesivamente, estableciéndose como una corriente de vapores que vendrian de todas partes á chocar con la montaña y convertirse en agua.

Por eso se ven los *picos* aislados rodeados constantemente de un cinturon de nieblas, formadas, no solamente por las nubes esparcidas en el aire, y que son visiblemente atraidas por la *montaña*, sino tambien por los *vapores* derramados por la *atmósfera*, los cuales, siendo al principio invisibles miéntras permanecian rarificados, vienen á hacerse aparentes y formar *nubes* sensibles, desde que se aproximan á la montaña lo necesario para sufrir un principio de *condensacion*, acabando por «resolverse en agua» al llegar al punto de contacto.

A las diferentes causas que determinan la formacion de las *fuentes*, es preciso añadir la *capilaridad del suelo* y la accion de las leyes de la gravedad, que obligan á todos los líquidos á buscar su *nivel*.

Es de notar la gran diferencia entre la distancia que media entre el punto de *absorcion* del agua y el punto de *salida*. Si la *roca* es dura, compacta y con grietas, el agua sale pronto y por numerosos *manantiales*: si, por el contrario, el terreno está formado por *rocas* porosas y muy permeables, el agua penetra más profundamente y va á salir muy léjos, de modo que grandes espacios quedan desprovistos de fuentes. Esto sucede en los países *volcánicos*, donde todas las aguas se filtran y reunen bajo las masas de *lava*, viniendo á brotar en su extremidad. No es raro ver corrientes de lava de dos ó tres leguas de largo, sin ofrecer el menor rastro de agua en todo su trayecto.

Los *manantiales* de agua *dulce* que brotan «en medio del mar,» prueban tambien que el agua puede recorrer gran distancia, puesto que alguno de ellos sale á 35 leguas de la *costa* más próxima.

Algunas *fuentes*, y sobre todo las más abundantes, no tienen por causa única ó directa la frecuencia de las lluvias, ni la condensacion de los vapores: deben su origen á arroyos, y muchas veces á verdaderos rios *subterráneos* que vienen de pronto á brotar en el suelo.

El *vapor*, á veces, pasa al estado sólido ántes de formar *manantiales*, y esto sucede en las *cumbres* de altas montañas, donde en lugar de penetrar directamente en el interior, se congela y forma *hieleras*. Estas se derriten por la parte inferior, y de su extremidad manan *fuentes* claras y abundantes.

Las que provienen así de la «absorcion y condensacion de los vapores» contenidos en el aire, son ordinariamente más abundantes en verano que en invierno, de cuya diferencia es fácil darse cuenta, recordando que el aire cuanto más caliente, más «vapor de agua» contiene. Durante el invierno, por estar el suelo más caliente que el aire, no puede haber condensacion de vapor: miéntras que en verano, estando el aire caliente y el suelo más frio, especialmente en cumbres elevadas, hay una precipitacion contínua de agua que alimenta las *fuentes* de las cercanías.

Esto esplica la abundancia de algunas, á pesar de estar situadas casi en la *cumbre* de altas montañas, ó por lo ménos no dominadas sino por verdaderos *picos* de superficie limitada. No puede uno darse razon del volúmen de sus aguas, como no sea admitiendo esta «condensacion contínua de vapores» sobre las cimas inmediatas.

Tambien una vegetacion rica y vigorosa influye notablemente sobre la produccion de *manantiales*. Parece que hasta los árboles mismos tienen la propiedad de atraer los vapores con más fuerza todavía que las montañas, y el descuajar ó

desmontar un país contribuye á dejarlo seco, privándolo de *fuentes*.

Estas derraman sobre el suelo de las islas y continentes un volúmen de agua considerable; pero de un modo sumamente irregular, es decir, que miéntras unas son copiosas, otras son muy escasas.

Cuando en un país son las fuentes numerosas, como generalmente sucede en los de rocas cristalizadas, granitos, gneis ó pizarras, el volúmen de las aguas no es considerable; y se concibe, en efecto, que *rocas* muy resquebrajadas, con grietas estrechas, deben dejar escapar poca cantidad de líquido á la vez. Si, al contrario, el terreno es de *capas* superpuestas; si estas *capas* están formadas de *rocas* tiernas, areniscas, que el agua puede fácilmente arrastrar, ó de calizas, en que tambien puede penetrar con facilidad, entónces se ven *fuentes* considerables, que se escapan de largas cavernas y dan inmediatamente nacimiento á crecidos *arroyos* y á veces hasta *rios*.

En este caso, las aguas que penetran en tal especie de *terrenos*, no tardan en surcar sus *rocas* poco sólidas y ahondar progresivamente canales, que tienden siempre á reunirse á los más antiguos, por ser los más profundos. Entonces se repite en el seno de la tierra lo mismo que en la superficie, esto es, que las pequeñas *corrientes* van siempre á desaguar en las más considerables; y puede mirarse á estas enormes fuentes como *rios subterráneos*, que resultan de una infinidad de arroyuelos.

Muchas veces estas aguas encuentran una *capa* impermeable, sobre la cual resbalan, sin penetrarla ni embeberla; se juntan, siguen la pendiente y forman un *lago subterráneo*, que viene á salir en la base de una colina ó en la falda de una montaña.

Así pues, en los países llanos rodeados de montañas, es donde deben presentarse con más frecuencia los *manantiales*. A veces se encuentran algunos situados en una misma línea

y manando en un mismo punto, lo cual indica visiblemente el de union de dos *capas* superpuestas.

La *elevacion* absoluta de las fuentes es muy variable, y en general se las encuentra á todas alturas: algunas veces hasta muy por encima de los terrenos que al parecer debian alimentarlas, y necesario es admitir para algunas de ellas la accion de fuerzas extrañas que las eleven por encima de los niveles que les dan nacimiento, como en las *artesianas*, *intermitentes*, etc.

En general, el agua de *manantial* guarda cierta constancia en su *temperatura;* pero si bien no hay variacion sensible respecto á uno mismo, las hay grandes y frecuentes refiriéndose á diversos. Bajo este aspecto las *fuentes* pueden dividirse en *frias* ó *termales;* y aunque no sea fácil establecer la division de un modo claro y preciso, está, digámoslo así, consagrado por el uso. Aquí sólo nos ocuparemos de las primeras, porque las *termales* entran en la clase de *fenómenos volcánicos*, cuya inmensa variedad ni áun puede mencionarse en este brevísimo resúmen.

El *calor* de las aguas puede provenir de dos causas: de la temperatura que reina en el *interior* del globo, y de la que obra sobre la *superficie*, esto es, del calor del sol. Se admite generalmente que la temperatura de las *fuentes* sigue con regularidad, no la del aire exterior ó ambiente que á cada instante varía, sino la temperatura media del año: de modo que viene á representar la del suelo á una cierta profundidad. No teniendo muy someros los canales de alimentacion, que permitan influir á las estaciones, la temperatura es constante. Y esta es la verdadera causa de encontrar, como vulgarmente se dice, el agua fria en verano y caliente en invierno, por tomar como punto de comparacion la del *ambiente* que varía.

En efecto, al pasar del calor de 30°, que el aire por término medio suele tener en el estío, á una fuente que tenga 12°, es claro que la sensacion será de fresco; pero si el aire de in-

vierno está á 8° bajo cero, y la fuente conserva sus 12°, nos parecerá caliente por esta diferencia de 20°. Sensacion igual á la que se sufre en las cuevas hondas que conservan, como los manantiales, temperatura constante. Desde *cero*, esto es, desde el punto de congelacion en que el agua no puede correr, hasta 100° en que se trasforma en vapor, la de fuente tiene todos los grados intermedios.

El modo de distinguir las *frias* de las *termales* es referirse á la *temperatura media* de la localidad. Esta en los trópicos, por ejemplo, no pasa de 30°; por lo tanto toda fuente que haga subir más el termómetro, y en rigor que acuse esa misma temperatura, puede decirse que es *termal* y que debe su calor á causas independientes de las relaciones «exteriores» de nuestro planeta. En la zona templada, en que aquella viene á ser de 12° á 14°, toda fuente es *termal* si hace subir el termómetro á 15° ó 16°. Así, conociendo el promedio de un lugar, toda *fuente* cuyo calor le exceda, viene de las profundidades del globo, y no es un fenómeno perteneciente á su superficie.

La inversa no tiene el mismo grado de certeza; pero ademas de ser raras las excepciones, tanto la composicion como las materias gaseosas que las acompañan, bastan para distinguirlas.

La temperatura «ordinaria» de las *fuentes* suele ser de 10° á 12°. Por eso la nieve se funde al rededor de ellas, y las plantas allí conservan su verdura con rigorosos frios. A medida que uno se eleva en las montañas las fuentes se enfrian como el ambiente: en los Alpes las hay de 1° y 2°. Ramond valuaba el «enfriamiento de las fuentes» en un grado por cada 160 metros de elevacion. De modo que, teniendo este dato en cuenta y á falta de observaciones meteorológicas, las *fuentes* dan un medio de conocer la temperatura, bastante exacto para muchas investigaciones.

Lagos.—Lagunas.

El nombre de *lago* se aplica genéricamente á todas las pequeñas acumulaciones de agua que existen en la superficie seca del globo; pero no se puede definir con mucha precision la palabra, habiendo gran diferencia entre los objetos que suelen reunirse bajo esta denominacion.

El agua de fuentes ó lluvias, la que proviene del derretimiento de las nieves no siempre forma *arroyos* ó *rios:* suele á veces reunirse en pequeñas cavidades sin salida, formando *charcas;* pero en rigor esta voz indica pequeño depósito, hoyo, más bien, que se seca y se llena alternativamente; que las lluvias solas alimentan, y que, por lo tanto, está sometido directamente á la influencia de las estaciones. Una *charca* por pequeña que sea, desde el momento en que está alimentada de una manera contínua por una *fuente*, debe tomar ya el nombre de *lago* ó *laguna.*

A veces, sin embargo, un *lago* no es más que el ensanche del *lecho* ó *cuenca* de un *rio*, que entra por un lado y sale por otro. Cuando hay un *dique* artificial, se llama *estanque.* Si en lugar de tener *orillas* bien limitadas, el agua se extiende sobre una ancha superficie, que apenas cubre, forma, como se ha dicho, un *pantano.*

Los *lagos* son muy comunes en ciertos países y se encuentran en toda especie de *terrenos.* Unas veces ocupan depresiones en medio de las *llanuras*, otras en las *cordilleras* desde la base hasta poca distancia de la cumbre: como si las montañas al levantarse hubieran dejado vacíos al pié. Tambien se encuentran en los *altos valles*, formando en general depresiones, que un rio llena saliendo por el otro lado, como el lago de Ginebra. Los que están precisamente en las altas cumbres son siempre pequeños y más bien *charcas* ó *lagunas* de agua pura, que resultan del derretimiento de las niebes, ó de la cercanía de las *neveras* y *hieleras.*

Segun el diferente modo de «alimentarse,» los *lagos* podrian dividirse en cuatro clases:

1.ª Aquellos en que entra y sale un rio. Son los más numeros y extensos, y ordinariamente se encuentran en los valles ó llanuras cercanos á grandes cordilleras, como el citado de Ginebra, atravesado por el Ródano. A veces se ensanchan alternativamente y se estrechan formando varios *depósitos* ó *cuencas escalonadas*, como el de Lucerna cruzado por el Reuss, que tiene tres. En los Alpes, los de Brienz, Thoun, Constanza, etc. En América los grandes lagos Superior, Huron, Erie y Ontario, parecen no ser otra cosa que las *cuencas* sucesivas del ancho *valle*, por donde corre el rio San Lorenzo.

2.ª Lagos que producen rios sin recibirlos. Quizá los alimenten *canales* subterráneos ó *fuentes* ocultas, y cuando son profundos, puede que les suceda lo que en el sondeo de *pozos artesianos*, cuando se llega á la *capa* que se opone á la salida del agua; es decir, que en ciertos casos pueden considerarse como verdaderos pozos artesianos, muy ensanchados por arriba, y recibiendo por el fondo el agua que se filtra de terrenos más elevados. Hay varios en Europa: el que da en Rusia nacimiento al Volga, algunos pequeños en los Pirineos y sobre todo los Ojos del Guadiana.

3.ª Los que reciben un rio sin que salga. Lo cual puede suceder, ó porque las aguas se pierdan por conductos subterráneos, ó porque la evaporacion compense las que van entrando, ó probablemente por ambas causas á la vez. Los mares Muerto y Caspio son ejemplo.

4.ª Lagos en que no entra ni sale rio alguno. Son pocos y pequeños, producidos generalmente por *cráteres de volcanes* apagados, en que se conserva el agua. Algunos hay en Francia, tambien en Portugal cerca de Coimbra, etc.

Respecto á la *composicion* de sus aguas los lagos admiten dos divisiones: los *de agua dulce* y los *salados*. La de los primeros es sumamente limpia y pura, porque deposita las ma-

terias que tiene en suspension, y adquiere por lo tanto gran trasparencia. El agua de los lagos *salados* tiene próximamente la misma *composicion* que la del *mar*, aunque muchos de ellos contienen otras materias. Un hecho sigular se observa en Siberia, al Norte del mar Caspio, y es la mezcla de pequeños lagos de agua dulce con otros salados.

Aunque muy varias «las formas y dimensiones» de los *lagos*, pueden reducirse todas «por su situacion» á dos dominantes. Si ocupan depresiones y reciben rios que vienen á morir ó evaporarse en ellos, si llenan antiguos *cráteres volcánicos*, la forma, tomada en conjunto, es siempre redonda y próximamente circular. Pero si ocupan *valles altos* y son atravesados por rios, la forma general es oblonga ú ovalada, y estrecha ó agarrotada á veces de trecho en trecho. Naturalmente están prolongados en el sentido de la *corriente* que los origina ó alimenta.—Las dimensiones pueden variar desde 4 ó 5 m de diámetro hasta 55 leguas que tiene el lago superior en América, ó hasta las inmensidades del mar Caspio, si se quiere considerar como *lago*, así como los demás *de agua salada* que no tienen comunicacion visible con el mar.

La *profundidad* tampoco está en relacion con las otras dimensiones. El lago Erie del Canadá con 85 leguas, y otros de la América del Norte tienen muy poca profundidad, y no son realmente más que «vastas llanuras sumergidas.» Los más profundos son los que llenan antiguos *cráteres* ó altos *valles* en las montañas. El pequeño lago de Oó en los Pirineos que, segun Boubée, tiene 230 piés de hondo, el de Panticosa y otros lo comprueban.

Rios.

Los franceses y alemanes tienen tres palabras para expresar las tres especies ordinarias de *aguas corrientes*: los primeros, *fleuve*, *rivière*, *ruisseau*, y los segundos *strom*, *fluss*, *bach*. Los italianos y españoles sólo tenemos dos: *rio* y *arroyo*, *fiume* y *ruscello*. Pero por el desórden que en todas partes reina

acerca de estas nomenclaturas, los franceses que guardan su *fleuve* para rios de primer órden, llaman casi siempre *rivière* al mayor rio conocido, que es el de las Amazonas.

Sea como quiera, y puesto que no es cosa de inventar una palabra, contentémonos con las dos existentes, y si es necesario con una sola, puesto que *rios* hay más humildes y pacíficos que un *arroyo*. Llamando *rio* á toda *corriente de agua*, grande ó pequeña, se podria aceptar el convenio admitido de clasificarlos en tres órdenes; pero en España tendria esa práctica el tropiezo de que, sin una pretension exagerada, ningun *rio* puede ponerse, como de primer órden, al lado de los que alcanzan esta elevada gerarquía en Europa. Veamos, sin embargo, esta clasificacion tal como los geógrafos se la imponen á los *rios*, pero sin fiar que éstos se sometan á ella.

Rios de primer órden (*Strom, Fleuve*).—Deben desembocar en el mar; ocupar precisamente el fondo de una *cuenca* de primer órden; tener mucha longitud, gran *caudal* y una anchura que dificulte los grandes puentes; ser ó poder hacerse navegables; tener *afluentes* caudalosos y navegables.

Rios de segundo órden (*Fluss, Rivière*).—Son, ó deben ser *afluentes* de los de primero, ó bien, si son independientes, reducen y modifican todas las proporciones y circunstancias enumeradas.

Rios de tercer órden.—Arroyos, riachuelos, torrentes.—Afluentes de los de segundo, cortos, estrechos, sin *afluentes* suyos, que deban en rigor llamarse arroyos, sino hilos de agua; que puedan vadearse, atravesarse por un tablon, ó saltarse, quedando secos en verano.

Arroyo es el agua de un manantial, que se ha cavado un lecho de pequeñas dimensiones en longitud, anchura y profundidad, y que corre con más ó ménos rapidez. Si la pendiente es fuerte, si el *arroyo*, generalmente seco, no es alimentado si no de cuando en cuando por las lluvias ó el derretimiento de las nieves, toma el nombre de *torrente;* si cae de

un lugar elevado, el de *cascada;* si un obstáculo viene á detener sus aguas, que se acumulan ó rebalsan, el de *lago;* pero si el terreno en que se estancan es plano y sin pendiente, el de *pantano, trampal, tremedal, atolladero, lodazal.*

Los autores se empeñan en buscar signos y caractéres diferenciales entre los *torrentes* y los *rios. Torrente* es aquel que no corre en gran cantidad sino durante las tempestades y aguaceros, con crecidas súbitas y violentas; cuyo lecho, profundo, quebrado, sinuoso, con pendiente irregular y sujeto á contínuas variaciones, forma en las montañas un perfil de curva más bien convexa que cóncava, y llegado al pié se establece sobre un plano más ó ménos inclinado, pero siempre con mayor pendiente que el *rio* á que afluye. La grava ó cascajo del *torrente* lo componen sólo piedras esquinadas ó angulosas, tal como descienden de la montaña. Los estragos que los *torrentes* causan, dependen mucho de la *orientacion* de las montañas en que nacen y de las pequeñas cuencas que lo recogen. Entre dos de la misma capacidad y pendiente, la que tenga sus paredes opuestas á la direccion de los vientos lluviosos detendrá las nubes, las obligará á condensarse, recibirá grandes chubascos ó avenidas; miéntras en la otra sólo habrá lluvias regulares y prolongadas. El *lecho* de un torrente al pié de la montaña tiene grandes alternativas: se eleva, si la crecida es corta; se rebaja, si es larga. El *lecho* de arena, que luégo deja en seco, es lo que se llama *rambla.* El Diccionario de la Academia llama tambien *torrentera* á la quebrada ó hendidura, en terreno pendiente, causada por la acumulacion y avenidas de las aguas llovedizas. *Torrentero* á la *rambla, ramblazo, ramblizo,* es decir, á la arena que amontonan los *torrentes. Raudal* á la copia de agua que corre arrebatadamente, del adjetivo raudo, rápido, violento, precipitado. *Regata, regato, riera, rigola,* es el límite extremo en pequeñez del *arroyo* ó *torrente.*

Bajo la denominacion genérica de *rio,* se comprende el agua

que «corre en todo tiempo» procedente de *fuentes* ó *manantiales perennes*, cuyo volúmen, más ó ménos considerable, aumenta con las *crecidas*; pero tiene bastante duracion para dar al *lecho* una pendiente reglada, un *régimen* ó estado sensiblemente regular. La *pendiente* siempre es mucho menor que en el *torrente*. El *lecho* conserva próximamente la misma altura, por larga que sea la crecida, y no se eleva sino ensanchándose. Los guijarros tambien son más pulidos y redondeados por el movimiento y la rotacion.

Pero varios *torrentes* reunidos no forman desde luégo un *rio*. Hay un estado «intermedio,» que puede extenderse muchas leguas, en que la *corriente* participa de los caractéres de *rio* y de *torrente*, segun se aleja ó se acerca á uno ú otro.

En esta materia el cálculo matemático es insuficiente, ó más bien, inútil. Con reducir las *corrientes* á una «fórmula general» se logra tener rios puramente «convencionales,» porque es difícil, si no imposible, hacer «entrar en ecuacion» causas, accidentes y obstáculos de tan caprichosa variedad.

Se ve, pues, que ningun *rio* de España cumple con las principales condiciones impuestas á los de primer órden, y que nos podemos pasar, por consiguiente, sin palabra propia y exclusiva que lo designe. Podríamos sin inconveniente empezar por los de segundo; pero lo más cuerdo parece dejarse de *órdenes* teóricos y arbitrarios, y llamar *principales*, si distincion se quiere, á los cinco que positivamente lo son, dejando en la masa de secundarios ó subalternos á todos los demás. La falta significativa de vocablo, que acabamos de señalar, está compensada con la sobra que hay para expresar estos últimos, por ejemplo: riachuelo, arroyo, arroyuelo, torrente, torrentera, rambla, riera, regato, etc.

Dice Ritter en su Geografía: «Querer ordenar las diferentes denominaciones que en cada parte tienen las *corrientes de agua*, es tan inútil como la nomenclatura geográfica de los chinos, en la que los pueblos y provincias tienen nombres particulares segun su magnitud.....» y continúa más adelan-

te: «Lo que es *arroyo* para unos puede ser *gran rio* (fleuve, Strom) para otros: así lo mejor es dividirlos en 1.ª, 2.ª y 3.ª clase.»

Lo mejor, positivamente, es renunciar á tales divisiones, y la razon la da el mismo Ritter en el siguiente ejemplo. El pequeño Issar, en Baviera, está alimentado nada ménos que por 136 lagos y 1.293 riachuelos afluentes, que corren en 103 lechos ó cuencas. El Issar es por junto uno de los 34 afluentes del Danubio, que no es de los rios más grandes de la tierra.

En contraste con el Issar, simple *riviére* ó de segundo órden, podemos citar el Guadiana, uno de los cinco *fleuves*, rios principales ó de primer órden de España. La longitud del *curso* tampoco puede servir de norma: miéntras el Ebro tiene de largo 780 kilómetros y el Duero 840, el Volga tiene 3.340 y el Misisipí 6.590.

Quede, pues, sentado que toda *corriente de agua* es *rio*, siempre que en el país por donde pasa la llamen así, con razon ó sin ella.

Allanada esta dificultad, pasemos á considerar los elementos principales y constitutivos, y los importantes accidentes de un *rio*.

El agua que mana de las *fuentes*, y la que resbala inmediatamente sobre el suelo por su propio peso, obedecen á la ley de gravedad y siguen las *pendientes del terreno*. La línea de union de dos *pendientes* opuestas determina el *cauce* que siguen estas aguas para formar los *arroyos, torrentes* ó *rios:* de modo que el agua, de lluvia ó de manantial, que cae sobre las montañas, viene, despues de una multitud de circuitos y ramificaciones, á reunirse en la vasta cuenca del Océano, receptáculo ó reservatorio comun, desde el cual se evapora para circular de nuevo.

Las *cuencas* ó *regiones hidrográficas* de los *grandes rios* son muy extensas, por estar formadas de la reunion de una infinidad de particulares de otros *rios* ó *arroyos*. Algunas veces los bordes ó *aristas* de estas *cuencas* están trazados por *cor-*

dilleras, que señalan gráficamente las *divisorias* de aguas; pero, como ya se ha dicho, de ningun modo debe concluirse que el *terreno* ha de estar siempre y forzosamente «elevado» en el punto de separacion de estas *cuencas;* léjos de eso, suele suceder que no hay la menor eminencia, y que los terrenos tributarios de dos *rios* no los separan sino por una pequeña distancia.

Los geógrafos, á ejemplo de Ritter, suelen dividir el *curso* de los *grandes rios* en tres partes ó trozos: superior, medio é inferior.

El *superior* corre, ó más bien se precipita, entre altas montañas con pendiente vária y siempre fuerte, gran ruido y espuma por el aire absorbido; nunca es navegable, ni áun flotable, y constituye ordinariamente la parte más corta y torrencial.

El trozo *medio*, el más largo y variado, arranca del terreno montuoso y ondulado al pié de la gran cordillera. La pendiente disminuye hasta hacerse muchas veces insensible; serpentea en *recodos* y *meandros*; tiene lagos y angosturas: y si bien estos *lagos* no son de los llamados *alpinos*, ni los *escalones* del lecho merecen el nombre de *cataratas*, hay *rápidos*, *saltos* y *cascadas*.

En el trozo *inferior*, que se desarrolla en general por *llanuras bajas* y extensas, todavía disminuye más la *pendiente* y la *velocidad;* aumenta la *anchura*; es más fácil la navegacion; el *cauce* se parte en ramales ó *brazos*, y se forman los *estuarios*, los *deltas* ó *alfaques*. La *embocadura* ó entrada en el mar varia segun éste tenga ó no *mareas*. Esta «division convencional en trozos» sólo es aplicable al curso de los «de primer órden:» muchos de segundo no tienen más que dos, y no muy distintos ni caracterizados.

Nada hay fijo sobre la *direccion de los rios*. Aunque sean grandes, rara vez su *curso* es recto; siempre ofrece *recodos* y

sinuosidades, segun el volúmen, el régimen, la fuerza de la corriente, segun los *afluentes*, segun los *obstáculos* que el terreno presenta y la clase de *rocas* que va encontrando.

Muchas veces, sobre el límite de dos *terrenos* de diferente naturaleza geológica, es donde el agua va excavando su *lecho*, porque ya allí encuentra hecha una especie de *falla* ó *hendidura*, que luégo no hace más que ensanchar. Esto, junto á la posicion de las *colinas*, determina frecuentemente los numerosos *recodos* de las *corrientes*. Se dice que algunos rios «se encorvan» al salir de entre las montañas, porque habiendo al pié de ellas encuentro de dos *capas* diferentes, prefieren seguirlo á romperlas trasversalmente para abrirse paso. A esto llamaba Heim «atraccion de los rios por las montañas.»

La *rapidez* ó *velocidad* de una *corriente* depende de su volúmen ó cantidad de agua y de la inclinacion del *lecho*, es decir, que la determinan como factores la *presion* y la *pendiente*. En las altas montañas, la pendiente vence á la presion: en grandes llanuras, al revés. La *rapidez* se modifica por trozos de lecho casi horizontales, por aglomeracion ó estancamiento en *lagos* y *tablas*, se acelera por *crecidas* y *afluentes*.

Una *corriente* de 0m,16 por segundo arrastra la arena fina; de 0,21, la gruesa; de 0,2, la grava ó cascajo menudo; de 0,85, piedras redondeadas hasta de 0m,03; de 0,96 á 1m puede arrastrar piedras angulosas del tamaño de un huevo.

No todos los *hilos* de la *corriente* tienen igual velocidad: en el fondo llevan ménos que en el medio, y en éste ménos que en la superficie. En línea horizontal tampoco es igual en todos los *hilos*: el rozamiento obra siempre sobre los de las orillas. La *superficie* del agua no es *plana*, como parece: tiene alguna convexidad en esa *línea* ó *hilo*, generalmente central, de mayor rapidez.

Cuando se dice *velocidad de un rio*, como siempre es mayor en la *superficie* que en el *fondo*, se entiende la velocidad *media*. Para determinar esta, se echa al agua un flotador, que

se sumerja un poco y no ofrezca presa al viento. Cuando tome una marcha uniforme, se observa un reloj de segundos y se marcan las distancias recorridas en la orilla; la relacion del espacio al tiempo es la *velocidad* en la superficie. Para obtener la *media*, no hay más que multiplicarla por la fraccion 0,81.

El *lecho*, *cauce*, *álveo*, *madre* de un rio es la caja ó espacio que materialmente ocupan sus aguas en la parte más baja del valle ú hondonada. En el dia es usual y técnica la voz alemana *thalweg* (*weg*, camino, *thal*, valle) para significar lo que otros dicen hilo del agua, esto es, la linea más central más profunda, de mayor corriente.

Nada más variable que el *lecho* de los *rios* en su forma, en su fondo, en su anchura, en su pendiente. *Lecho normal* es el determinado por el *volúmen de equilibrio*, por el *régimen* habitual del rio. El *volúmen* depende de la fuente; de la longitud del curso y de la clase de éste, rápido ó lento, recto ó sinuoso; del número y tamaño de los *afluentes* de las montañas de la *cuenca;* de la naturaleza del suelo; del estado de la atmósfera, de su temperatura; de los bosques, de la vegetacion, de la cuenca y orillas. Este *volúmen* variable por *crecidas*, avenidas, desbordamientos ó inundaciones, se llama *de equilibrio*, cuando no está alterado por tales causas, y se compone de las aguas constantes que alimentan la *corriente*.

La *fuerza* de ésta es el producto de la masa por velocidad. Esta última varía, como se ha visto, con la pendiente; la fuerza obra sobre el fondo y los bordes simultáneamente. La *resistencia* del fondo depende de la dureza ó tenacidad de los materiales, y de la pendiente mayor ó menor; la de los bordes, de la misma tenacidad y de la direccion tambien. Hay pues *equilibrio*, cuando la *fuerza* es igual á la *resistencia*.

En la acepcion rigorosa, adoptada por varios ingenieros, la voz *régimen del rio*, en hidrodinámica, designa meramente el estado, en el cual hay *equilibrio* entre la accion erosiva de una corriente y la resistencia del lecho que la recibe. En acep-

cion más general, esta frase se aplica á «la manera de ser» y, segun la expresion italiana, á la «índole, al carácter, al natural,» bueno ó malo, de un *agua corriente*. Así se dice: «tal rio tiene un *régimen regular*; tal otro un *régimen torrentoso* ó torrencial.» Se concibe que en materia de riegos, por ejemplo, el régimen regular es más útil que el torrencial. Sin embargo, cuando este último ofrece un *volúmen* notable en la estacion de los riegos, la irregularidad del *régimen* no es suficiente motivo para renunciar á su empleo.

La *pendiente* del lecho, necesaria para que el agua corra, está formada por varios planos ó escalones, cuya inclinacion va decreciendo, y puede en conjunto representarse por una *curva* cuya mayor curvatura está hácia el *orígen*. Para formarse idea de lo apartados que pueden estar los límites extremos de *pendiente*, basta considerar que hay *torrentes* de un pié de desnivel por cada quince ó veinte de curso, y en el rio de las Amazonas, segun dicen, por cada 1.000 piés no llega á dos líneas el desnivel. Esta *pendiente* es inapreciable, casi nula.

Es difícil determinar exactamente la *profundidad* de los rios, porque arrastrando contínuamente partes terrosas que hacen variar su *lecho*, esta profundidad cambia á cada instante.

La *anchura* es tambien un carácter muy sujeto á grandes variaciones; porque independientemente de las *crecidas* extraordinarias y periódicas, una multitud de obstáculos que se oponen á su marcha, deben hacer variar á cada paso estos caractéres. Si los bordes no presentan resistencia, se ensancha; y lo que gana en extension lo suele perder en *velocidad* y *profundidad*. Si, por el contrario, las *márgenes* son de roca dura, se comprende que el *lecho* ha de angostarse, aumentando en *profundidad*, y la corriente ha de ganar en *velocidad* lo que en el caso anterior perdia, al extenderse en más vasto espacio. Esto contribuye á dificultar el *aforo*, ó «la deter-

minacion de la cantidad de agua que lleva un rio en un tiempo dado.»

Crecida es el aumento de volúmen de las aguas, procedente de las pluviales que corren superficialmente con rapidez y sin filtracion. El derretimiento de las nieves por un viento caliente equivale á una lluvia general. La magnitud de las *crecidas* depende de lo general ó parcial de las lluvias, de su intensidad, de la extension del país sobre que caen, de su declive, de su desnudez ó descarnamiento. En igualdad de circunstancias, las *crecidas* son más fuertes en países montañosos; pero tambien más cortas, por la misma razon de facilitar los declives el escurrimiento. La *crecida* se anuncia, con más ó ménos antelacion, por el cambio de color en las aguas y aumento de velocidad. Las aguas turbias efectivamente no pueden proceder de *manantiales*, que siempre las dan claras, sino de las tierras que el aguacero haya desleido y arrastrado. Algunas veces, en comarcas de mucho arbolado, los aguaceros de otoño producen *crecidas*, porque el agua resbala sobre las hojas secas que tapizan el suelo.

De todos modos, sin un rigor geométrico, en atencion á la variedad de pendientes, de vegetacion y de calidad, cuanto más extenso sea el espacio en que cae la lluvia, mayores serán el aumento y duracion de las *crecidas*. Su máximo, en un punto dado de la corriente, se verificará en el momento en que lleguen á él las aguas rodadas procedentes de los más lejanos, ántes de que acaben de escurrir las de los más inmediatos. Y por consiguiente para la máxima crecida, la duracion é intensidad de la lluvia debe ser proporcional á la extension del país ó cuenca que da alimento al rio. La *crecida* no cesa en el instante mismo que la lluvia deja de caer; porque el terreno, á no ser de roca muy dura, se empapa como una esponja, y el agua sigue escurriendo durante un tiempo proporcional á la extension del terreno empapado. Si el *volúmen* ordinario ó de *equilibrio* no es muy exacto de calcu-

lar, bien se comprende que el *extraordinario* de las *crecidas*, en vista de los varios elementos que las causan, ha de ser aún más difícil de apreciar con aproximacion.

En general, toda *corriente* busca de suyo la línea recta, el punto más bajo, la máxima pendiente y el menor obstáculo ó resistencia; esta «tendencia natural» se modifica, sin embargo, por condiciones y circunstancias muy variables. La fisonomía, el carácter, el régimen de un rio cambian, no sólo en los diferentes *trozos* de su curso arriba mencionados, sino con la calidad ó naturaleza diversa del *lecho* que los encajona. Así, en los *rios* llamados de *cascajo*, se distingue un lecho *mayor* y otro *menor:* miéntras que en los de *arena*, *fango* ó *légamo*, el *lecho* se divide más bien en *facticio* y *natural*. El cascajo indica cercanía de montañas ó terrenos fragosos, puesto que viene al rio por afluentes torrenciales. Cuanto más grandes y esquinados son los guijarros, más cerca está el orígen: cuanto más pulidos y redondeados, es señal y efecto de haber rodado largas distancias.

Por lo regular el *lecho* de *arena* tiene ménos pendiente que el de cascajo, y el de *fango* ménos aún que el de arena. El *fondo* en estos es ménos variable, la *velocidad* más uniforme, por eso tienen ménos *ollas* y *remolinos*. Si forman *islotes*, no lo destruyen como los de cascajo; pero son más propensos á dividirse en *brazos*, por la excesiva anchura, por los árboles y matas, por diques oblícuos, por crecidas que salven las orillas.

En unos y otros, con lecho natural y orillas simétricas, la *corriente*, es decir, su *thalweg*, toma regularmente el medio; por eso se da á los puentes número impar de arcos. Si son sinuosas, el *thalweg*, siempre tiende á lamer los entrantes, y casi es rasante ó tangente á la orilla cuando es muy escarpada. En el lecho muy ancho, la corriente se va hácia los bordes ó márgenes, y hasta llega á dividir el río.

La *erosion*, desgaste ó corrosion de una orilla está en razon

inversa de su oblicuidad con la corriente y de su propia tenacidad, en razon directa de la fuerza de aquella. Será mayor en el cascajo, mediana en la arcilla, nula en peña; y serán relativas, por lo tanto, las diversas curvas que produzca la *erosion*. Así, un borde oblícuo é incorrosible, léjos de apartar ó repeler, atrae la corriente, porque los hilos de agua, al chocar con el obstáculo, lo siguen paralelos, se oprimen unos á otros y procuran corroer el fondo lo más cerca posible de la orilla.

Los *recodos*, así como los hoyos ú *ollas* en el fondo, son convenientes y necesarios muchas veces para entorpecer y disminuir la «fuerza acumulada» de una corriente, que podria ser devastadora. La profundidad de las *ollas* depende de la del agua y tambien de la pendiente; la distancia entre ellas suele estar en razon inversa de esta última. La mayor velocidad siempre está á la entrada de la *olla*, y la menor á la salida: por eso en ella suelen encontrarse los *vados*. Respecto á estos, las consideraciones y reglas expuestas en el capítulo VII nos dispensan de entrar en más pormenores.

La *confluencia*, ó reunion de dos *corrientes*, no obedece al principio matemático de «la diagonal resultante de dos fuerzas componentes:» tampoco la *seccion trasversal* de la confluencia es, como al parecer debia, la suma de las secciones *afluentes* ó *confluentes*. En general, la corriente más fuerte se opone más ó ménos á la entrada de la más débil; si ésta no tiene más pendientes se hincha ó se divide en *brazos*.

Las grandes desigualdades que existen en la *inclinacion* del *lecho* de los rios, explican cómo una corriente puede llegar á desembocar en otra sin aumentar su anchura, sino acelerando su curso; tambien se concibe que sus aguas marchen largo trecho una al lado de otra sin mezclarse; y si un rio muy rápido viene bajo un ángulo agudo á desembocar en otro, éste puede oponerle momentáneamente un dique, detener su curso y hacerle refluir á su *orígen*, hasta que sus

aguas hayan adquirido, detrás de esta muralla móvil, suficiente *fuerza* para vencerlo ó compensarlo.

Un *torrente* al confluir en un *rio* suele estrechar, más bien que ensanchar, el *lecho* de éste; pero en cambio siempre le aumenta la pendiente y la velocidad. Así se dice inversamente, que la pendiente disminuye agua arriba de la *confluencia*. De todos modos, los materiales que el *torrente* acarrea, no sólo elevan el *lecho* del *rio*, sino que pueden entorpecer su *curso* y establecer el *thalweg* á la orilla opuesta, equivaliendo el *torrente* en este caso á un *dique* oblícuo.

La *embocadura* ó *desembocadura* de un *rio* en el *mar* depende de la forma y el terreno de la *costa* y de la fuerza de las *mareas*. Así unas veces se forman *rias*, otras *brazos*, que se llaman *deltas* (por la semejanza con la forma de esta letra griega) ó *alfaques*, por recuerdo árabe. Y, por haber de todo, algunos *rios* en rigor no tienen *embocadura*, puesto que se pierden, ántes de llegar al mar, en vastos *pantanos* absorbentes que, por su abundante evaporacion, pueden ir recibiendo nuevas aguas sin desbordarse.

En el Océano, las *altas mareas* detienen la corriente al entrar; la repelen, la obligan á elevarse y forman *barras de agua*, por distincion de las *barras de arena*, ó depósitos variables del fondo, que rara vez salen á la superficie. En el Mediterráneo, donde no hay mareas ni lucha, se forman *islas*, y terreros, peligrosos tambien miéntras se están formando y ántes de salir á flor de agua.

Al *estuario* se le podria llamar *delta* negativo. Es un *lago* de agua dulce ó salada, que forman las *embocaduras* de algunos rios, cuando se ensanchan de repente antes de llegar al mar. La embocadura del Amazonas (Orellana) tiene 40 kilómetros de largo, y puede ser mirada como *estuario*. En la estacion de las lluvias el rio se precipita en el Atlántico con tal fuerza, que sobre una distancia de 260 leguas, segun dicen, en línea recta, sus aguas no se mezclan con las del Océano.

Pocos geólogos han tratado con la sagacidad que el ya citado Elie de Beaumont, esto que él llama *aparato litoral*, es decir, los fenómenos y accidentes de esta línea, tan extensa como interesante y variada, en que se ponen en contacto las *tierras* y los *mares*.

Por lo demás, sería desviarnos de nuestro propósito—reducido meramente á indicar algunas ideas generales y modernas—tocar, ni siquiera de pasada, lo que concierne á la *geografía física del mar*. Este ramo de la ciencia, que en estos últimos tiempos ha recibido grande impulso de Maury y otros varios, trata nada ménos que de la circulacion de la atmósfera y del Océano; de la temperatura y de la profundidad de las aguas; de las sales del mar; de sus climas; de sus habitantes; de todos los fenómenos visibles en su superficie ú ocultos en sus abismos.

Solo trascribiremos, para concluir, los siguientes párrafos de Boué: «El estudio del mar es tanto ó más importante para la geodesia y geología, que el conocimiento exacto de los continentes; hasta ahora apénas está bosquejado, y quedará reservado á la ingeniosa perseverancia de nuestros descendientes.»

«Hasta el dia nos contentamos con sospechar que el fondo de los mares presenta, poco más ó ménos, en hondo una configuracion semejante en conjunto al *relieve* de los continentes; creemos saber por escasos sondeos que las mayores profundidades del mar no exceden la altitud de nuestras mayores montañas; que ciertos mares, naturalmente los grandes, son en general más profundos que los pequeños; y en fin, poseemos mapas imperfectos del fondo de los mares de Europa y de algunos otros puntos notables de la superficie líquida, y en particular de costas importantes para la navegacion.»

«Pero ¡cuánto nos falta...! Nos falta saber: la utilidad ó el empleo, probablemente múltiple, del mar para el globo;—la

identidad completa, ó la simple aproximacion de formas entre el relieve de los continentes y el del fondo del mar;—la direccion, ramificaciones, distribucion, configuracion, quizá particular, de las cordilleras y eminencias submarinas;—la probabilidad de que no existan valles como los nuestros en las grandes profundidades; la presencia, en vez de ellos en tales lugares, de cuencas crateriformes; la clase de desfiladeros, pendientes y escarpados, así como las localidades de verdaderos valles submarinos ó de lechos de corrientes;—las partes del fondo que nunca han sido cubiertas por depósitos;—los terrenos geológicos que falten;—los que existan, su distribucion y sus fósiles;—la distincion de terrenos, que probablemente jamás han sido emergidos, y de los que lo han sido y han vuelto á ser hundidos y tragados.»

5. TOPOGRAFÍA.

Distancias inaccesibles.—Orientacion.—Meridiana.

La palabra *topografía* significa, en general, descripcion muy detallada de un lugar, de una pequeña comarca, de una corta extension de terreno. La descripcion puede hacerse de palabra, por escrito, ó por medio del dibujo, en un papel que ofrezca la imágen del suelo en proporciones reducidas, y tal como la imaginacion supone que podria verse elevándose á grande altura. Siendo esto último lo más usual y lo más exacto, al decir *topografía* se sobreentiende que la *descripcion del terreno* consiste en un *dibujo*, que se llama *plano topográfico*, ilustrado y esclarecido además, en aquello que convenga, con una relacion escrita que toma el nombre técnico de *memoria descriptiva*.

La voz *topografía* lleva en sí una idea constante de gran nimiedad en los pormenores, de suma prolijidad en la ejecucion; por lo cual se aplica «en la guerra» á espacios circunscritos de dos ó tres leguas lo más, á ciertas *posiciones*, á

los *campos de batalla*. Cuando la descripcion, ménos minuciosa, comprende una provincia, una region, toma el nombre de *corografía;* y cuando un reino, una de las cinco partes de la tierra ó la tierra entera, entónces es *geografía*. En este caso los *dibujos* ya no son *planos*, sino *mapas*, en los que generalmente no se pintan más que los principales rios y caminos, poblaciones y accidentes. Por consiguiente *mapa* es un dibujo *geométrico* de una porcion extensa de terreno, sin pormenores ni pequeños detalles: miéntras que *plano* indica lo contrario. Un arquitecto en un *plano* de un edificio, un ingeniero en el de una plaza fuerte aprecian hasta los milímetros: el *mapa* de España (en tanto que no se concluya el que está en obra) da errores de algunos kilómetros. Cuando el *mapa*, como sucede en algunos países, y sucederá en el nuestro, es el *conjunto* de la *topografía* minuciosa de todas las provincias ó regiones; cuando está dibujado en papel de gran magnitud, que por comodidad se corta en muchos trozos ú hojas de regular tamaño, entónces se dice *mapa topográfico*, con lo cual se da á entender que es más perfecto, más detallado. (V. Dicc. mil. art. *Topografía.)*

El estudio y la ejecucion práctica de la *topografía* tiene hoy gran desarollo, y recibe continuas mejoras y adelantos. Los antiguos métodos, algo laboriosos, y en la guerra impracticables, se abrevian cada dia y se perfeccionan. Muy recientemente, la aplicacion ingeniosa de la *fotografía* á la *topografía* abre una senda nueva, que podrá conducir, vencidos algunos tropiezos, á resultados sorprendentes por su expedita ejecucion y satisfactoria exactitud.

Es por consiguiente de aconsejar al oficial de fila que en materia de *topografía*, si quiere instruirse con fruto, no se enrede en voluminosos tratados, ni en los enojosos procedimientos de hace treinta años. Al agrimensor, ó al ingeniero civil les interesa que una heredad tenga un metro más ó ménos en capacidad ó en declive; pero al militar «en campaña,» lo que le importa esencialmente es abarcar de una ojeada, no

las *dimensiones* minuciosas, sino la forma y relieve general, la naturaleza y *estructura* del *terreno*.

La *topografía militar* ó *de reconocimiento* tiene que ser forzosamente rápida, expedita, irregular, incompleta: no admite de ordinario procedimientos geométricos y tardos, ni voluminosos instrumentos de precision, como no sea alguno que pueda llevarse en el bolsillo. Lo regular es no disponer de ninguno, y suplirlo con el ojo, con el paso, con la buena voluntad.

Los procedimientos, muy varios, que usa la *topografía militar* no pueden ni áun mencionarse aquí: todos son sencillos é inteligibles para el que tenga los conocimientos elementales de geometría, vulgares hoy en la educacion primaria. Reducidos, en general, á determinar la situacion de puntos notables ó característicos, y referir á ellos sucesivamente la de los otros ménos importantes; completando luego la traza de rios, caminos y líneas contínuas, puede decirse que el *levantamiento de un plano* se reduce á medir ángulos, y medir, ó más bien *apreciar* y *valuar* distancias.

Medir una línea ó distancia, propiamente, es aplicar sobre ella la *unidad* material *de medida*, como la vara ó el metro: calcular, apreciar, valuar es determinarla con más ó ménos aproximacion por cualquier otro procedimiento, que no exija sobre ella aquella aplicacion material y repetida. *Apreciar*, pues, *distancias inaccesibles*, esto es, que no se puede ó se quiere medir, como son casi todas en campaña, constituye un ramo preferente de la educacion militar. Si bien se mira, muchos problemas de *táctica* y de *guerra* estriban—como repetidamente hemos dicho—en el cálculo de tiempo y de distancia.

Hoy, como no sólo en la guerra, sino en todos los actos de la vida, se busca simplificacion y brevedad, el oficial deseoso de cumplir puede hacerse *topógrafo* con poco esfuerzo y corto gasto. Un pequeño manual, de los muchos que se publican con el nombre ya vulgar de *taquimetría*, pronto le instruye: y en cualquier tienda de instrumentos matemáticos

encontrará por poco precio ingeniosos aparatos ópticos, ó de otro género, que llevan adjunta la explicacion del uso para *valuar distancias inaccesibles.*

Unos hilos de araña, unas ligerísimas rayas hechas en los cristales ó lentes de esos anteojos comunes, llamados de larga vista, bastan para darles el carácter de instrumentos *especiales* para valuar distancias sin medirlas, y constituir lo que en la ciencia se conoce con el nombre italiano de *estadia* (*stadia*), ó con el más retumbante y griego de *telémetro* (*teles* léjos, *metron* medida).

La combinacion de prismas y cristales produce tambien igual efecto, como en los conocidos anteojos de Lugeol, Rochon, Porro y otros varios.

Sin necesidad de anteojo hay para *valuar distancias* gran variedad de instrumentos y aparatos sencillísimos, á cuyo solo aspecto es innecesaria la explicacion. Tales son los de Steinheil, Groetaers, Jaspar, Rottermund, etc. Más perfectos ó complicados: Nolan, Podio, Goulier, Gautier, Klockner, Mariage, Labbez, Gaumet, Caillol, Bauernfeind, Azemar, Koksandisk, Bousson, Paschwitz, Stubendorf, Gastaldi, Plebani. Esta larga lista prueba el interés creciente que toma este ramo de estadias y telémetros.

El más sencillo de todos, con el nombre algo pretencioso de Nautómetro Morel, se lleva, no en el bolsillo, sino entre los botones de la levita como un lente. *Brújulas topográficas* hay no mucho mayores que un reloj; y á veces tambien hacen servicio esas otras, del tamaño de media peseta, que se llevan colgadas como dijes en la cadena.

Una *plancheta*, que es lo más voluminoso, se ha llegado á plegar y reducir tan ingeniosamente, que cabe con holgura en la maleta. La *escuadra* llamada *de reflexion* (muy usada por los agrimensores) cuando tiene dos espejos no llega al volúmen de una pequeña caja de rapé; aunque tenga seis, es una cajita rectangular, que no pasa de un decímetro de largo y dos centímetros de ancho y alto.

Con instrumentos de este género,—que cabos y sargentos aprenden á manejar en una sola leccion—se puede en campaña *levantar un plano*, ó por lo ménos un *croquis*, es decir, un plano imperfecto ó simple bosquejo de un terreno.

Aun sin instrumentos de este género, tan usuales y baratos, pueden medirse y *apreciarse distancias* en la guerra con suficiente aproximacion, á pasos, á ojo, con el oido. Hoy el largo alcance de las armas portátiles, el uso del alza, y la precision que se busca en el tiro, obligan á todos á fijar su atencion en esto de *apreciar distancias*, y los manuales han divulgado ya varios medios expeditos. Sólo, pues, tocaremos de pasada este punto, á pesar de su importancia, poniendo un par de ejemplos.

Se llama, en *óptica*, ángulo *visual* al que teniendo su vértice en el ojo «subtiende» ó abraza un objeto cualquiera. Como la vista, ó la potencia de percepcion en los ojos es limitada, si el objeto subtiende un ángulo muy pequeño v. g. de un minuto, la imágen en la retina es insensible por lo pequeña. Si en un fondo negro se deja un círculo blanco, será invisible, en general, si el diámetro «subtiende» un ángulo de ménos de un minuto; pero se irá percibiendo á medida que, acortando la distancia, el círculo subtienda un ángulo de dos, tres..... minutos. Porque, si reducimos la distancia al tercio, triplicará próximamente el ángulo; si la distancia es décupla, tambien lo será el ángulo; luégo es evidente que este *ángulo visual* nos hace *valuar* instintivamente la «magnitud» de los objetos, ó bien la «distancia,» que de ellos nos separa, si anticipadamente, en cada caso, tenemos una idea formada, ya sea de la «distancia,» ya de la «magnitud.» El cálculo aproximado que hacemos á ojo de lo que dista á lo léjos un hombre ó un caballo, es la comparacion tácita del *ángulo visual* bajo el cual lo vemos en el momento, con el «recuerdo de otro ángulo,» bajo el cual lo vimos en distinta oca-

sion. Hasta la degradacion de la luz, causada por la interposicion de una masa de aire mayor, contribuye á apreciar lo que se aleja un objéto.—Así decimos que un hombre, un objeto conocido, á la distancia de 300m no representa más, generalmente, que la tercera parte de su altura; á 400m la cuarta, á 500m la quinta.

Esto basta para explicar cómo por simples «medidas» combinadas con la teoría de los «ángulos subtendidos,» puede obtenerse la distancia, con suficiente exactitud, de objetos *inaccesibles*, y sin necesidad de conocer en metros los diámetros, ó dimensiones reales de estos objetos.—Por ejemplo, con un «instrumento de medir ángulos,» un observador en la orilla de un rio invadeable, quiere saber su anchura. Apunta sobre la orilla opuesta á un objeto *A*, un tronco de árbol, v. g., cuyo diámetro trasversal, exagerado para que sea perceptible en la fig. 49, lám. II, subtiende en *B* un ángulo de un grado. Se aleja sobre la prolongacion de su primera estacion y del objeto, hasta el momento en que, como en *B*, el ángulo subtendido se reduce á la mitad. En esta segunda estacion, la distancia al tronco del árbol es sensiblemente doble; por consiguiente, de la segunda á la primera hay igual número de metros que de la primera al árbol.

No nos detendremos en explicar el nautómetro Morel, ni mucho ménos la sencilla estadia ántes mencionada, que han vulgarizado ya los Manuales de tiro para sargentos y cabos. Estos aparatos se fundan en el principio de la «semejanza de triángulos,» rudimental y fecundo en geometría. Sólo como muestra de los diferentes medios de aplicarlo, y tomando, por ejemplo, como ántes, la anchura de un rio, citaremos los siguientes:

En la lámina II, fig. 50, *A B* es la línea *inaccesible*, por uno de sus extremos *A*, cuya longitud se quiere saber. Tomando un punto *C*, que está en la alineacion prolongada *A B*, y otro punto *D* exterior (que se fijan con piquetes), trácense las rectas *D B*, *D C*; dividiendo *D C* en dos partes iguales en *F*, y se-

ñalando tambien el punto E en que la $D\ B$ es cortada por la $A\ F$, se tendrá

$$AB = \frac{BC \times BE}{DE - BE}$$

Pero si el punto E se toma en el medio de la $B\ D$, buscando el F como interseccion de $A\ E$ prolongada y $C\ D$, entónces

$$AB = \frac{FD \times BC}{FC - FD}$$

Por último, si no pudiese tomarse el punto F medio de $C\ D$, ni el E medio de BD, se tendría de todos modos

$$AB = \frac{FD \times BC \times BE}{FE \times DB - CD \times BE}$$

La fig. 51 indica otro medio. Fórmese con un cordel un triángulo rectángulo, cuyos catetos tengan, por ejemplo, 6m y 8m de largo respectivamente, y 10m la hipotenusa. Clavando un piquete en B, frente del punto A escogido en la otra orilla, póngase el cateto $B\ C$ en la direccion ó alineacion $A\ B$, con lo cual el otro cateto caerá en $B\ D$. Señálese este punto D con otro piquete; y levantando en C la perpendicular indefinida $C\ E$, márquese el punto E, donde es cortada por la prolongacion de $A\ D$. Se tendrá entonces:

$$A\ B = \frac{B\ C \times B\ D}{C\ E - B\ D} = \frac{48}{C\ E - 8}$$

Tambien hay medio de suprimir todo cálculo, como en la figura 54. A la derecha, por ejemplo, del punto ó piquete B, tómese otro cualquiera C. A partir de B, y sobre la $B\ C$ prolongada, llévese de B á D la distancia $B\ C$ fijando el punto D. Tómese otro punto arbitrario E, sobre la prolongacion de $A\ C$, y la distancia $E\ B$ llévese en su misma prolongacion, de B hasta F; buscando el punto G de interseccion ó encuentro de las dos rectas $F\ D$ y $A\ B$, se tendrá $B\ G = A\ B$. Si se hubieran tomado $B\ D = \frac{1}{10}\ B\ C$ y $B\ F = \frac{1}{10}\ B\ E$, evidentemente

$$B\ G = \frac{1}{10}\ A\ B.$$

Por último, si como en la figura 55, la línea $A\ B$, que se quiere valuar, fuese *inaccesible* por los dos extremos, bien se comprende que tomando un punto arbitrario C, y próximamente central, se podrian calcular, por cualquiera de los medios anteriores, las dos distancias $A\ C$ y $B\ C$ inaccesibles sólo por *un extremo*. Llevando luego sobre sus respectivas alineaciones prolongadas las distancias halladas, es claro que $A'\ B' = A\ B$; ó si se lleva solamente una fraccion de ellas cualquiera $\frac{1}{n}$, $A'\ B' = \frac{1}{n}\ A\ B$. Basta como muestra y por complemento del capítulo VII.

En los *reconocimientos* y en otros muchos trabajos militares en que, atendiendo sobre todo á la brevedad, las distancias se miden á pasos, sería incómodo querer sujetar el propio de cada individuo, y se prefiere construir por experiencias una *escala* correspondiente á un número determinado de pasos.

El mejor medio es repetir estas experiencias en una carretera entre dos postes kilométricos. Tomando el promedio de varias, se logra deducir con bastante certeza el número de pasos que se andan en un hectómetro. Puede variar generalmente entre 120 y 130; supongamos 126. Por una proporcion se averigua el número de metros correspondiente á 1.000 pasos.

126 pasos : 100m : : 1.000 : X = 794m próximamente.

Al $\frac{1}{10.000}$ por ejemplo, es decir, á la *escala* en que un metro representa 10.000, se tomará una longitud de 79 milims., ó que represente los 794m ó 1.000 pasos, la cual, dividida en 10 partes iguales, dará por cada una 100 pasos, y subdividida, á la izquierda del cero, en décimas, dará unidades de paso. Para evitar el uso del compás se pega esta escala en el bisel de una reglita, y hace el oficio del *decímetro* tan usado para delinear y que llevan todos los estuches.

La principal dificultad, en las mediciones *á pasos*, es llevar exactamente la cuenta de los que se dan: mas para remediar-

la, se inventó un instrumento llamado *odómetro*, que puede llevarse como un reloj, y se encarga de dar el número de pasos andado.

Aunque sea muy sabido, recordemos tambien que pueden apreciarse las distancias por la combinacion del sonido y de la luz.—La velocidad del sonido es de 337m por segundo al aire libre, á una temperatura de 10 grados centígrados ú 8 de Reaumur. Aumenta ó disminuye una fraccion 0m,626 por cada grado centígrado de temperatura, y 0m,783 por cada grado Reaumur. Esta velocidad crece ó disminuye unos 10m por segundo con un viento ordinario y 30 con el huracan, segun sople ó no en direccion del sonido. La velocidad de la luz se calcula en 80.000 leguas, y se toma como «infinita» con relacion á la del sonido. Se puede apreciar con aproximacion cuántos metros dista una pieza de artillería que hace fuego, contando el número de segundos que pasan desde el instante en que se percibe el fogonazo hasta que se oye la detonacion; y multiplicando este número de *segundos* por el de *metros* que corre el sonido en uno de ellos.

Fijando la atencion y á fuerza de repetidos ensayos y ejercicios, la vista, como los demás sentidos, puede «educarse,» si se permite la expresion. Desde luégo hay que acostumbrarla á ciertos fenómenos, cuya explicacion no cabe aquí, pero cuyos efectos son bien conocidos. La *refraccion*, por ejemplo, que hace aparecer los objetos lejanos más altos de lo que realmente están; el *espejeo* ó espejismo (el *mirage* de los franceses) que los presenta invertidos, no sólo en el desierto, sino en cualquier llanura muy extensa, como las de la Mancha, caldeada por un sol canicular.—A veces una pirámide que se destaca sobre un prado, puede parecer un camino que entra en un bosque. Segun la luz, dos montañas divididas por una profunda cañada, parecen una sola. Y más de una vez cuenta la historia, que se han tomado montones de mieses por tropas en batalla, etc.

Aunque la vista individualmente sea variable, en una colectividad ó tropa, la de todos los individuos viene á formar, por decirlo así, un *promedio*, y á él, á lo que se dice «vista ordinaria» ó regular, pueden referirse los siguientes datos. Se cuentan las ventanas grandes de un palacio ó fábrica á unos 4.000m. Se perciben como puntos los hombres y caballos á 2.000. Se distingue la caballería de la infantería entre 1.000 y 800. Son perceptibles los movimientos del hombre á 500; la forma del chacó y el fusil entre 400 y 300; el color del cuello y vueltas, el correaje y áun los botones á 200; las facciones del rostro escasamente á 100.

Orientacion.—Meridiana.

Tanto al apuntar las anteriores generalidades sobre el *terreno*, como al indicar estas últimas pequeñeces, bien se comprenderá que sólo impulsa el deseo de llamar fuertemente la atencion del jóven oficial sobre los numerosos particulares y pormenores científicos (amenos y atractivos muchos de ellos) que nuestra profesion abraza, y que, léjos de ser incompatibles con la ordenanza y la táctica, contribuyen directa y poderosamente á la mejor ejecucion de sus preceptos. En este sentido será lícito incluir, para terminar este artículo, algunas palabras sobre la *orientacion*, por haber mentado repetidamente esta voz técnica en páginas anteriores.

Se dice que un *plano ó cróquis se orienta*, cuando en él se traza la línea llamada *Norte-Sur*, ó por otro nombre *meridiana*. El comandante de una partida suelta y en general toda tropa que marche ó maniobre de noche tiene que *orientarse*, es decir, establecer ó referir su situacion á los cuatro *puntos cardinales*, Norte, Sur, Este y Oeste: y como los cuatro son invariables y coordenados entre sí, basta conocer uno de ellos, el *Norte*, para deducir los demás, singularmente el *Sur*, que es el opuesto.

Los astrónomos llaman *meridiano* á todo plano imaginario

que pasa por el *eje* del mundo ó de la tierra. Meridiano *celeste* es la interseccion de dicho plano con la esfera ó bóveda celeste: *terrestre*, con la tierra. El plano, pues, que se supone pasar por el *eje* de la tierra, ó por sus *dos polos*, que es lo mismo, y la vertical, ó el hilo á plomo, ó el zenith del punto en que está el observador, es el *meridiano de aquel punto*. La interseccion de este *meridiano* con el horizonte sensible, con el suelo, da materialmente esa línea *meridiana* que determina la direccion *Norte-Sur*.

La *meridiana* se obtiene por uno de dos medios á cual más sencillo. De dia, por el que se llama de *alturas correspondientes del sol:* reducido á clavar un piquete vertical ó colgar de un pabellon de armas una cuerda con una bala, que haga oficio de *plomada*, y observar por mañana y tarde, en tiempos exactamente *equidistantes* del mediodía, la sombra arrojada por la plomada ó piquete. Para ello no hay más que marcar el encuentro de dicha sombra con varios círculos *concéntricos*; y la línea *NS*, que divide por medio en dos partes iguales la curva producida por las señales de la sombra en los círculos, es la *meridiana*. Se ve, pues, el principio en que se funda la sorprendente exactitud con que la gente del campo sabe la hora que es, sólo con mirar la direccion y longitud de su propia sombra.

De noche, el procedimiento es aún más conocido y expedito para la misma gente campesina: se limita á distinguir la *estrella polar* por el medio siguiente. La *Osa mayor* ó *el carro* (fig. 61, lám. II), constelacion compuesta de siete estrellas, es conocida de todos. Si se imagina una línea recta que una las estrellas **a** y **b**, y se prolonga, pasará muy próxima á la *estrella polar*, al rededor de la cual parece que giran de oriente á occidente todas las que están inmediatas. La *polar* es la principal de las estrellas que forman la *Osa menor*, constelacion semejante á la otra, pero más proxima al *Polo-Norte*. Entre las dos se halla, como se ve en la figura, la *Cola del Dragon*.

La *polar* pasa próximamente por el *meridiano* del sitio en que se halla el observador, cuando está en el mismo vertical que la estrella **c** de la *Osa mayor*, la más próxima al cuadrilátero; por consiguiente será fácil determinar aproximadamente durante la noche la *meridiana terrestre*; pues bastará colocar á cierta distancia del ojo una *plomada* con cuyo hilo se cubrirá la *polar*, y cuando cubra á la vez la estrella **c**, se tendrá la direccion de la *meridiana* con sólo unir el punto de observacion y el pié de la plomada.

Como aplicacion curiosa, y algunas veces útil en campaña, puede citarse la construccion del *reloj de sol* cuya sencillez se demuestra á continuacion.

No considerando más que su movimiento «aparente,» el sol describe cada dia, de una manera uniforme, la circunferencia de un *círculo máximo* de la *esfera celeste* perpendicular al *eje del mundo*. De consiguiente, si en un punto cualquiera de la tierra se tira una parelela á este *eje*, el plano que pase por esta línea y el centro del sol recorre 360 grados en 24 horas, ó sean 15 en cada hora. En tiempo que se llama «verdadero» es mediodia, cuando este plano coincide con el *meridiano*: es la una, las dos, cuando se aparta de este último espacios angulares de 15..... 30..... grados. Instalando, pues, de un modo invariable, sobre una superficie expuesta al sol un punzon, una aguja ó *estilo* delgado que sea paralelo al *eje del mundo*, y trazando á un lado y otro del *meridiano* las líneas de encuentro con dicha superficie de los *planos horarios* del sol, correspondientes á las diversas horas del dia, claro es, que por la coincidencia ó la comparacion de la sombra del estilo con estas rayas ó encuentros, se podrá saber la hora que es en el momento de la observacion. El aparato así constituido se llama técnicamente *cuadrante solar*.

Su trazado é instalacion requieren como se ve, conocer la *meridiana* del lugar y la *altura del polo*. Esta última es lo mismo que la *latitud geográfica*, la cual se obtiene, con suficiente aproximacion en cualquier mapa bien hecho.

*

Siendo como queda dicho, un *cuadrante solar* la traza de las líneas de encuentro, ó de interseccion, de una *superficie* dada con los diferentes *planos horarios* del sol que pasan por el *estilo*, el cual es paralelo al eje del mundo, es evidente que un reloj puede trazarse por medio de la observacion directa en los momentos oportunos de la sombra arrojada ó proyectada por el estilo. Basta para ello consultar el reloj de bolsillo; pero la construccion geométrica que sigue no es mucho más difícil, especialmente para el *cuadrante horizontal*, el más propio y cómodo para un *puesto* ó *campamento*.

Sobre una superficie plana cualquiera (tabla, losa, pizarra), reprentada en *M N* y *M' N'*, *M'' N''* fig. 64, lámina II, se sujeta ó clava fuertemente una pequña placa de forma triangular como se ve en *ABC*, y vista por arriba *A' B'* en ella el ángulo *ABC* es precisamenie igual á la *latitud* del punto en que se hace la construccion. Estando la superficie exactamente horizontal y *orientada* de modo que *B A* sea paralela al *eje del mundo*, si por un punto cualquiera *A* de dicha recta *A B* se imagina un plano *A D* perpendicular á esta línea, las trazas sobre este último de los diversos *planos horarios* del sol harán entre sí ángulos *planos*, que servirán de medida á los ángulos *diedros* de los *planos horarios* correspondientes. Si se abate, pues, el plano *A D* sobre la superficie horizontal del cuadrante, al rededor de su traza *D*, *D' D''*, el punto *A*, *A'* viniendo á *A''* y *A'''* bastará tirar por *A'''* y á uno y otro lado de la recta *A' A'''* líneas que formen con ella ángulos respectivamente de 15..... 30..... grados para tener trazas ó intersecciones abatidas de *planos horarios* correspondientes á las *horas* redondas del dia; y si los ángulos se dividen por la mitad, es decir, á 7,30..... se tendrán las *medias horas*.

Como las intersecciones ó encuentros de las trazas abatidas con la línea *D*, *D' D''* no cambian de lugar al levantar hasta su primitiva posicion el plano *D A*, basta unir dichos puntos de encuentro, como se ve en la figura, con el punto *D'* para tener sobre la superficie del *cuadrante* las trazas buscadas de

los *planos horarios*. Por falta de espacio suficiente en el cuadrante, las líneas correspondientes á las horas *VII* y *VIII* no se pueden obtener directamente, pero se consigue con facilidad. No hay más que tirar por un punto *a* cualquiera de la línea de las *IX* una paralela á la que indica las *III*, se toma despues *ab*=*ab'* y *ac*=*ac'*, asi *b'* y *c'* son puntos de las dos líneas que quedaban por construir. La línea de las *VI* es perpendicular á la de las *VII* y el *cuadrante* es, como se ve, *simétrico* con relacion á entrambas líneas.

La piedra, pizarra ó lo que fuere, cuya dimension no pasa de 0m,25 á 0m,40 se coloca y asegura sobre un pequeño zócalo de ménos de 1m y se *orienta* por medio de la direccion de la *meridiana*.

El *cuadrante solar* da la hora *verdadera*, que no debe confundirse con la hora *media* que señalan los relojes. La diferencia entre los instantes correspondientes á estas horas es variable, y en ciertas épocas puede pasar de un cuarto de hora.

6. Reconocimientos especiales.

Con las brevísimas nociones que quedan expuestas de *geografía física*, y con las ideas diseminadas por todos los capítulos, especialmente en los III, IV, V, VII y VIII, hay lo suficiente para que el oficial comprenda la manera de reconocer, definir y describir *objetos parciales*, y áun pequeñas comarcas. Los manuales, sin embargo, suelen condensar esta materia de *reconocimientos topográficos* en una especie de lista ó catálogo muy conciso de advertencias, que en este tambien se adopta, porque realmente tiene utilidad, ó por lo ménos abrevia sin fatigar la memoria. No se sigue la costumbre admitida de poner los objetos «por órden alfábetico,» porque no se necesita con el copioso *índice* que va al fin del libro, y que es en rigor un verdadero *vocabulario*, que guia al lector derechamente á la página ó páginas en que se define ó juega principalmente la palabra que le interesa.

Rios.

Nombre.—Fuente, origen, nacimiento.—Direccion en general.—Curso: recto, sinuoso.—País que riega.—Afluentes, tributarios.—Calidad de las aguas: si son potables; si disuelven el jabon y cuecen las legumbres.—Velocidad media.—Régimen.—Volúmen normal ó de equilibrio.—Crecidas: si son periódicas; en qué épocas; duracion máxima; hielos y deshielos.—Inundaciones: si son naturales ó artificiales; terreno que cubren; medios de producirlas, ó evitarlas, ó utilizarlas.—Lecho: si es variable; anchura, profundidad; clase del fondo; si es de roca, piedras, grava, arena, fango, en donde haya de construirse el puente.—Orillas y riberas: nivel, forma; talud; si son pantanosas, cultivadas; con cañaverales ó arboledas.—Alturas dominantes.—Posiciones que guardan.—Caminos que concurren; de sirga, cambios de orilla.—Puntos de paso: vados, barcas, puentes.—Presas, diques, molinos, fábricas.—Canales.—Exclusas.—Corriente en general: islotes; ollas, remolinos, cascadas, rápidos, tablas, brazos; flotable ó navegable.—Navegacion: número de barcos; épocas en que se interrumpe; medios de protegerla ó impedirla.—Desembocadura: si en el mar ó en otro rio; por cuántos puntos; cómo; hasta dónde suben las mareas.

Torrentes, barrancos.

Nombre.—Origen y embocadura.—Suelo: de roca, pedregal, arena.—Precipicios; escarpados.—Agua: fija ó variable por tempestades, deshielos.—Anchura, profundidad.—Facilidad ó dificultad de paso; medios, recursos.

Fuentes y pozos.

Si son perennes, periódicas, intermitentes, artesianas, frias, termales.—Clase del agua; calidad, cantidad, salubridad, tem-

peratura.—Facilidad de usarla.—Proximidad á la posicion ó campo.—Si forma pantanos, tremedales.

Lagos, lagunas, charcas, pantanos, trampales, tremedales.

Exámen en conjunto.—Causas.—Nombre.—Situacion.—Configuracion.—Dimensiones: ancho, largo, hondo.—Permanentes ó accidentales.—Epocas de mayor agua.—Naturaleza del fondo.—Turberas.—Orillas; si hay vegetacion, matorrales, yerbas.—Partes practicables é impracticables.—Islas.—Terreno adyacente.—Posibilidad de sangrar, derivar, utilizar.—Si contraría ó favorece las operaciones.—Modo de atravesar, con enfaginados, diques.—Caminos que cruzan.—Salubridad: nieblas, exhalaciones, tercianas.—Influencia del calor ó frio excesivos, de las nieblas, de las lluvias.—Posiciones que pueden ocuparse cerca.

Prados.

Extension.—Clase y disposicion de setos, vallas y cercados.—Cantidad y calidad de forraje.—Si son inundables, por molinos ó exclusas.—Clases de terreno: esponjoso, pantanoso.—En qué estacion varían.—Clase de yerba: la muy alta y espesa suele hacerlos impracticables para caballería, y hasta para infantería á la primera lluvia. Aún en verano debe desconfiarse de prados que parecen practicables, y en los que puede comprometerse la caballería.—Las matas ó trozos de color más vivo indican un charco. Examinar las huellas y carriladas.—Desconfiar de las noticias de los habitantes.

Canales.

Denominacion.—Orígen, toma de aguas: si está en nuestro poder ó del enemigo.—Lago ó rio que alimente.—Navegable, ó de riego.—Curso.—Dimensiones: ancho, largo, hondo.—Barcas.—Exclusas.—Localidades que baña, ó fertiliza, ó en-

laza.—Terreno adyacente.—Puntos ventajosos de paso.—Cómo se puede impedir el uso, inundar, destruir.

Caminos.

Cuando el objeto principal ó exclusivo del *reconocimiento* es examinar y describir los particulares, pormenores y accidentes del camino que debe seguir un cuerpo de tropas, un convoy, un destacamento, entónces se llama propiamente *itinerario*. Basta echar la vista sobre los excelentes que ha hecho y publicado en estos últimos años el *Depósito de la Guerra*, para comprender el mecanismo de su *redaccion* y *dibujo* y el uso de los *signos* llamados *convencionales* en *topografía*.

En un *itinerario*, ó reconocimiento especial de camino, se suelen tomar en cuenta como principales los puntos siguientes: Clase: carretera, vecinal, de herradura, de carros, sendero.—Direccion en conjunto: recta, tortuosa.—Anchura, variable ó constante.—Calidad del *firme* (como llaman los ingenieros al piso) de grava ó á la Mac-Adam, empedrado.—Si se encharca; si hay piedras ó ramaje inmediato para rellenar baches ó recebar con faginas.—Rampas y pendientes: en qué estacion son practicables; para qué tropas; si necesitan bueyes ó aumento de tiro la artillería y bagajes.—Angosturas, malos pasos: medios de corregirlos ó utilizarlos.—Traza en general, recodos; qué parte va en desmonte y cuál en terraplen.—Si hay otro camino paralelo, ó próximamente en su misma direccion.—Lados: cunetas, árboles, setos, bardas, cercas, ribazos, alturas.—Terreno adyacente, cultivos.—Caminos y sendas que cruzan y confluyen, de dónde y á dónde.—Senderos y atajos: debe examinarse si son susceptibles de mejora y ensanche con poco trabajo; muchas veces bastan unos cuantos barrenos ó golpes de zapapico.—Rios, arroyos.—Puentes.—Vados.—Barcas, balsas.—Caserías, ventas.—Pueblos.—Paradas de posta.—Medios de trasporte.—Fisonomía general del país.

Ferrocarriles.

El reconocimiento especial de un ferrocarril, si en parte es difícil por más técnico, lo facilitan las descripciones y planos impresos. En general importará saber: el objeto de la operacion en proyecto; extension y direccion del trozo que se reconozca. Puntos extremos. Pueblos, fábricas, grandes accidentes, como bosques, valles, desfiladeros, alturas, arroyos, carreteras paralelas ó trasversales. Estadística de los recursos del valle ó comarca por donde corra la vía férrea. Material móvil.

Vía: si es sencilla ó doble; su anchura, clase de carriles, carga que puedan sufrir. Dónde hay rampa y pendiente, túnel, viaducto, puente, cruce, empalme, curva, cambio de vía, desmonte y terraplen.

Estaciones: situacion topográfica; distancia entre ellas y de los pueblos que les dan nombre. Trenes que puedan contener. Vías de servicio, muelles, rampas de embarque; almacenes, tinglados, cocheras, talleres, grúas fijas y móviles, plataformas giratorias; habitaciones de empleados, telégrafos y señales; depósitos de carbon, de agua, pozos, bombas.—Empleados de la administracion en los diferentes ramos; órden y reparticion del servicio. Terreno del contorno; si permite campar ó vivaquear; obras de defensa.

Demostrada en varias páginas de este libro la importancia creciente de este inmenso elemento para las guerras futuras, habrá que dar al reconocimiento la amplitud y la minuciosidad que requiera, segun sea para utilizarlo, por ejemplo, en país enemigo, ó para ocupar, defender, destruir ó reparar cierto trozo de una línea.

Puentes.

Denominacion.—Construccion y clase: piedra, hierro, madera; de barcas, volante, colgado.—Dimensiones: longitud,

anchura, altura sobre agua.—Solidez: fecha de la construccion; si resisten al paso de artillería y trenes.—Situacion: qué pueblo ó arrabales enlazan.—Acceso y desembocadura, fácil ó difícil; con cañada ó desfiladero, que pueda hacerse practicable ó atrincherarse.—Cómo se atacan ó defienden.—Cómo y con qué se rompen, destruyen ó reparan.—Qué especie de fortificacion conviene para cabeza; materiales, recursos, tiempo para construirla.

Vados.

El capítulo VII contiene indicaciones suficientes.

Bosques.

En los pequeños, lo primero es dar la vuelta á su perímetro, anotando los caminos que salen y su direccion; los torrentes y barrancos se siguen agua arriba, hácia el orígen.—Situacion.—Dimensiones.—Especie de arbolado.—Claros, macizos.—Estado de caminos y sendas: si conviene ensancharlos, abrir otros y en qué direccion.—Si hay en medio tierras de labor, prados, casas, chozas, y su distancia al perímetro exterior.—Manantiales, charcas, turberas, carboneo.—Determinar si es *posicion* con arreglo al capítulo V, y si puede atrincherarse, segun el capítulo IX.

Montañas.—Valles.—País montuoso.

Por los artículos dedicados anteriormente á ilustrar, en lo posible, de un modo *científico* el reconocimiento de estos importantes objetos, y por lo dicho respecto á la parte *militar* en el capítulo VIII, se comprenderá la complicacion de este asunto. Lo que más conviene esclarecer, tanto en el reconocimiento general de un grupo ó sistema, como en el parcial de una pequeña localidad, suele ser lo siguiente:—Si las montañas son aisladas ó eslabonadas; si constituyen grupo ó

cordillera.—Si sirven como de muralla á una region ó territorio.—Puntos principales, característicos, culminantes, dominantes.—Cumbres, accesibles ó no; sus formas; nevadas, desnudas, con vegetacion.—Eslabones, contrafuertes, ramales.—Vertientes, laderas, ribazos.—Rellanos, gradas, escalones.—Arroyos, torrentes, ramblas.—Naturaleza del suelo; especie de roca y de formacion.—Mesetas.—Bosques, trozos cultivados.—Pastos, forrajes, víveres, recursos.—Nieves, neveros, ventisqueros, hieleras; en qué época y por cuánto tiempo las nieves cierran los pasos.—Comunicaciones: caminos, sendas, veredas; si escasean ó abundan; si estas comunicaciones con bases, almacenes, depósitos, son cortas, fáciles, seguras; distinguir los que siguen orillas de arroyos y torrentes; los que van á media ladera; los que corren á lo largo de las cumbres, entre dos valles ó cañadas paralelas y distantes; nudos, confluencias, desembocaduras al llano; barrancos y torrentes que en el estío sirven de comunicacion; modo y medios de guardar y cubrir las que importen; de ensancharlas y abrirlas; de repararlas, ó destruirlas, ó utilizarlas.—Puertos, cols, pasos: para cuál de las armas son practicables.—Comunicacion que establecen y cuál tienen entre sí.—Medios de guardarlos, de defenderlos.—Tiempo para subir á lo más alto.—Examinar si son realmente pasos precisos, ó hay otros que puedan habilitarse á poca costa.

Desfiladeros:—Dimensiones; forma recta, sinuosa.—Tiempo que se tarda en atravesarlos;—fáciles para qué especie de armas;—con qué frente;—senderos laterales;—corriente de agua en el fondo;—facilidad de ataque, defensa, posesion, atrincheramiento;—trabajos de modificacion.—Naturaleza del suelo á la boca y salida.—Puntos favorables para desembocar.

Valles:—formacion presumible,—altos ó bajos,—longitudinales ó trasversales;—orígen, curso, embocadura;—forma

general;—extension, poblacion,— cultivo,— suelo,— aguas, —bosques,—prados,—recursos.—Si pueden marchar ó estacionarse tropas con seguridad, con comodidad.—Si se corre peligro de quedar encerrado.

El país más bien *montuoso* que montañoso, el que participa de quebrado y llano, el cultivado en parte y forestal en otra, es el más difícil de reconocer y describir con método y claridad; constituyendo justamente el mejor teatro de operaciones y maniobras, tanto principales como secundarias. Hay que «orientarse» con exactitud; subir á las cumbres, darse allí cuenta del conjunto; descender luégo por arroyos y barrancos anotando bien las confluencias, accidentes y pormenores.

Posiciones en general.

Para ayudar la memoria en la descripcion y apreciacion técnica ó táctica, conviene descomponer la posicion, sea grande ó pequeña, en sus tres elementos principales y constitutivos.

Frente: desarrollo, relacion con el objetivo de la tropa—Relieve ó dominacion general y horizonte visible.—Forma en conjunto: recta, sinuosa, cóncava ó convexa. Salientes y entrantes. Trozos enfilados y cubiertos, fuertes y débiles, espacios muertos.—Contrafuertes ó espolones con gran salida sobre el frente; su direccion, relieve, estructura peculiar.—Punto-llave y decisivo; discusion de su importancia.—Fortificaciones de diverso género que deban emplearse.—Comunicaciones tanto á lo largo del frente como á vanguardia y retaguardia. Desembocaduras para contraataque.—Obstáculos: medios para salvarlos ó allanarlos. Bosques, aldeas avanzadas sobre el frente ó en entrante. Pequeños accidentes y depresiones: barrancos, regatas, hondonadas. Abrigos que ofrezcan al defensor y obstáculos al agresor, ó á la inversa, los setos, vallados, cercas, tapias altas, montones de mieses, estiércol. Trabajos en general para utilizarlos.

Flancos: enlaces con el frente. Maniobras para contrarestar el ataque. Servicio avanzado especial. Reservas exclusivas de ala. Precauciones defensivas en los diferentes casos de servir de apoyo un pueblo, un rio, un bosque. Conveniencia de su ocupacion ó demolicion.—Caminos y avenidas en direccion de los flancos. Su influencia en favor ó en contra de un movimiento envolvente.

Espacio interior: profundidad proporcional al frente y á la fuerza que ha de guarnecer la posicion.—Calidad del suelo: favorable ó no á la explosion ó al rebote de los proyectiles, al movimiento de las tropas. Cortaduras, obstáculos, cultivos, accidentes, comunicaciones interiores, cubiertas ó descubiertas.—Partes en gradería ó anfiteatro que puedan constituir múltiples líneas de fuegos y de defensa. Abrigos naturales ó artificiales. Situacion de las reservas, parques, ambulancias y trenes. Facilidad y órden de repliegue.—Observatorios y telégrafos. Situacion ventajosa del cuartel general; de los servicios administrativos y sanitarios.—Medios para asegurar ó cubrir la retirada. Posiciones escalonadas para contener la persecucion enemiga.

Llanuras.

Aspecto y fisonomía general.—Si son altas ó bajas.—Húmedas, secas.—Descubiertas, rasas.—Onduladas, montuosas. —Con grandes ó pequeñas quebradas.—Rios y arroyos, charcas, pantanos.—Bosques, plantíos, cultivos.—Recursos.—Caminos, sendas.—Aldeas, alquerías, cortijos, quintas.—Posiciones.—Propiedades importantes del suelo, de las aguas. —Clima.—Influencia, sobre la salud, del aire, calor, frio, humedad, sequedad, vientos, estaciones.—Medios de garantirse de la intemperie.

Pueblos abiertos.

En el capítulo IX se dan algunas indicaciones bajo el pun-

to de vista «defensivo,» que pueden convenir al oficial de fila. El reconocimiento de una verdadera fortificacion concierne al de ingenieros. En general la descripcion de un pueblo *abierto*, y no muy «grande,» comprende:—Nombre.—Situacion.—Dominacion.—Recinto; muro antiguo, en qué estado; tapias, cercas, setos, fosos.—Caserío: agrupado, disperso, de mampostería, pajizo. Iglesia, cementerio; edificios sólidos ó principales, que puedan habilitarse para hospitales, depósitos, almacenes.—Comarca, territorio, término.—Caminos que concurren.—Rio.—Poblacion, comercio, industria.—Recursos en hombres, caballerías, jornaleros.—Víveres.—Combustible.—Abrevaderos.—Tahonas, molinos.—Cuadras, mesones.—Alojamiento.—Espíritu de los habitantes.—Susceptibilidad de defensa.—Ermitas, santuarios, castillejos. Si hay alguno de estos últimos que importe, se apunta su nombre, situacion, extension, relacion con el pueblo; objeto primitivo y razon de ser; estado actual, bóvedas, restos de muros; si conviene utilizarlo ó destruirlo.

Costas.

Aunque lo concerniente á ellas compete directamente á la Marina, puede el oficial del ejército tener que reconocer algun trozo. Importa examinar:—Si es acantilada, aplacerada; con dunas, con rocas;—tranquila, borrascosa.—Mareas.—Rios que desembocan.—Lugares propios de desembarco.—Bahías, radas, ensenadas, puertos, caletas.—Cabos, puntas, promontorios.—Lugares para fuertes, torres, baterías;—para posiciones;—para campamentos.—Caminos litorales, carreteras, ferrocarriles.—Edificios principales, arsenales, almacenes, dársenas, lazaretos.

ÍNDICE ALFABÉTICO.

Páginas.

A.

Abrojos..... 434
Acantonamientos..... 120
Acordonar..... 483
Adobes..... 430
Aguas..... 540
Alambrado..... 435
Altura de apoyo..... 416
— del parapeto..... 415
Ángulo achaflanado... 426
— de la espalda..... 424
— entrante..... 422
— muerto..... 434
— saliente..... 422
Antefoso..... 418
Aparcar..... 302
Ardid..... 307
Arte de la guerra..... 1,8
— militar..... 1,8
Artillería..... 231
Asalto..... 463
Aspillera..... 433,442
Ataque y defensa
— de cantones..... 125
— convoyes..... 299
— desfiladeros..... 393
— montañas..... 351
— posiciones..... 243
— pueblos y puestos... 452
— puentes..... 328
— ríos..... 321
Atrincheramientos.... 425
Avanzadas..... 127
Avanzadillas..... 136
Avanzado (servicio).... 128

Páginas.

B.

Balsa..... 339
Baluarte..... 423
Banqueta..... 416
Barricadas..... 432,473
Barbeta..... 421
Base..... 44
Batallas..... 175
Bayoneta..... 204
Berma..... 416
Blindaje..... 444
Blockhaus..... 434
Borde del foso..... 417
Brigada..... 22

C.

Caballería..... 215
Caballetes..... 337
Caballo de frisa..... 434
Cabeza de puente..... 426
Camino cubierto..... 418
Campamento..... 114
Campo..... 114
— atrincherado..... 425
Canton..... 120
Cañonera..... 421,488
Capital..... 423
Capitulacion..... 456
Caponera..... 424,433
Caras de baluarte..... 424
— de cañonera..... 421
— de flecha..... 421
Castrametacion..... 115

Páginas.

Centinela avanzado... 143
Ceston..... 431
Columna (definicion).... 60
— móvil, volante... 152,277
Comandante de avanzada..... 135
— convoy..... 293
— descubierta..... 83,148
— destacamento..... 277
— emboscada..... 316
— forraje..... 291
— partida..... 152
— patrulla..... 146,326
— pueblo (atrincherado). 445
— puesto (id.)..... 442
— retaguardia..... 86,267
— reten..... 147
— sorpresa..... 309
— vanguardia..... 80
Combates..... 190
— en las calles..... 471
Composicion..... 18
Compuerta de embarque..... 327
Concentracion..... 55
Concéntrico..... 56
Confidentes..... 161
Consistencia..... 29
Constitucion de la guerra..... 19
— militar..... 17
Contacto..... 58
Contraescarpa..... 417
Convoyes..... 293
Cortadura.. 402,434,438,455
Cortina..... 424
Cresta del parapeto... 415
— militar..... 380
Croquis. ... 103,251,447,572
Cuadro..... 17,203,304
Cuartel general..... 13
Cuarteles de invierno. 121
Cubo..... 433
Cuencas..... 519,524,558
Cuerpo de ejército.... 24
— muerto..... 338
Cuneta..... 418

Páginas.

D.

Declivio..... 417
Defensas accesorias... 433
Defensiva..... 253
Demolicion y destruccion..... 466
— de cañones..... 469
— muros..... 467
— palizadas..... 468
— puentes..... 467
— puertas..... 469
— vados..... 346
Demostracion..... 43
Descubierta..... 83,148
Desenfilada..... 441
Desfiladeros..... 393,535
Destacamentos..... 277
Diario de operaciones..... 287,456
Dinamita..... 470
Dislocacion..... 123
Divergente..... 54,57
Diversion..... 42
Divisoria..... 517,558
Division..... 23
Dominacion..... 245,441
Dunas..... 533

E.

Eje..... 47
Ejército..... 9,33
Emboscadas..... 316
Encamisada..... 343
Escalada..... 459
Escarpa..... 417
Escolta de convoy..... 293
— de forraje..... 291
— del general..... 12
— de prisioneros..... 306
Escuchas..... 143
Espaldon..... 426
Espias..... 161
Estacada..... 433
Estadia..... 571

Páginas.

Estado mayor general. 10
— militar..... 9
Estratagema..... 307
Estrategia..... 35
Evolucion..... 59
Excéntrico..... 42
Expedicion..... 40

F.

Fagina..... 431
Fajo..... 431
Filosofía de la guerra. 20
Flancos..... 97,248,424
Flanqueo de columna. 92
— de fortificacion..... 424
Flecha..... 422
Fogatas..... 435
Formacion (táctica).... 60
— geológica..... 507
Forrajes..... 291
Fortificacion..... 401
— definicion, generalidades..... 401
— de bosques..... 441
— caminos..... 438
— castillos ruinosos.... 445
— desfiladeros..... 393
— edificios..... 442
— iglesias..... 444
— montañas..... 382
— pueblos..... 445
— puentes..... 440
Foso..... 417
Fraile..... 436
Frente..... 47
Frisas..... 434
Fuegos..... 210
Fuentes..... 540
Fuerte..... 425

G.

General en jefe..... 10,26
Geografía..... 502,569
Geología..... 502
Glásis..... 418

Páginas.

Gola..... 424
Granadas..... 467
Gran guardia..... 136
Guerrilleros..... 168
Guias..... 12
— del general..... 13
— en marcha..... 163
— en sorpresa..... 311

H.

Hidrografía..... 540
Hieleras..... 542
Hornabeque..... 426

I.

Impedimenta..... 10
Indicios..... 139
Iniciativa..... 31
Interpresa..... 462
Itinerario..... 584

J.

Jefe de E. M. G..... 10

L.

Ladroneras..... 443
Lago, laguna.. 540,552,583
Lazo..... 307
Línea abaluartada.... 423
— atenazada..... 423
— de batalla..... 54
— de etapa..... 53
— de llares..... 423
— de redientes..... 422
— de operaciones..... 51
Logística..... 38,72
Luneta..... 423
Llanuras..... 536
Llares..... 423
Llave..... 249,261

M.

Magistral..... 415

Páginas.

Maniobra 59
— de agua..... 449
Mantas 434
Mapa..... 103,569
Mar..... 541,567
Marchas..... 71
— á la ligera..... 100
— de concentracion.... 71
— de flanco..... 96
— de frente..... 95
— de maniobra..... 73
— de noche..... 102
— de viaje..... 71
— en posta..... 100
— en retirada..... 94
— estratégicas..... 71
— forzadas..... 98
— ofensivas..... 93
— procesionales..... 97
— retrógadas..... 94
— secretas..... 99
Matacanes..... 443
Meridiana..... 577
Merlon 421
Mesetas..... 522,536
Montañas.. 351,502,510,586
Movimiento..... 58

O.

Obras de campaña.... 410
Ofensiva..... 253
Operacion..... 40
Orden de batalla..... 184
Organizacion..... 9
Orientacion..... 103,577
Orografía..... 510

P.

Padrastro..... 411
Palizada..... 433
Pantano..... 338,544,566
Parapeto..... 415
Parlamentarios..... 166
Partidas sueltas.. 152,307
Paso de charcas..... 338

Páginas.

— desfiladeros..... 393
— lagunas..... 338
— puentes..... 328
— rios..... 321
— vados..... 343
Patrullas..... 146,326
Perfil de fortificacion.. 419
— montaña..... 379,515
Persecucion..... 90,267
Petardo..... 469
Plan 193,309
Plano..... 568
Política militar..... 20
Pólvora..... 466
Posiciones..... 243,375,588
Pozos de lobo..... 434
Puentes 334
— de balsas..... 339
— caballetes..... 337
— carros 336
— cestones..... 338
— cuerdas..... 338
— pellejos..... 341
— pilotes..... 337
— ramaje..... 340
— volantes..... 339
— zarzos 340
(Puentes) defenderlos... 328
— destruirlos..... 467
— lugar para echarlos.. 322
— precauciones al paso. 342
Puestos atrincherados 376
— avanzados..... 127
Punto decisivo 49
— dominante..... 411
— estratégico 49
— llave..... 261
— objetivo..... 49
— peligroso..... 411

R

Rastrillo..... 428
Rebellin..... 426
Reconocimiento..... 491
— de barrancos.... 524,582
— bosques..... 441,586

Páginas.

— caminos..... 438,584
— canales..... 307,583
— castillos..... 445,589
— columnas..... 159,499
— costas..... 590
— cuencas..... 519,524,558
— desfiladeros..... 393,587
— edificios..... 442
— enemigo en posicion... 494,496,499
— ferrocarriles..... 585
— fuentes..... 540
— lagos, lagunas... 552,583
— llanuras..... 536,589
— mesetas..... 536
— montañas... 351,540,586
— posiciones... 243,375,588
— prados..... 583
— pueblos..... 445,589
— puentes..... 334,585
— rios..... 321,554,582
— torrentes..... 555,582
— vados..... 343
— valles..... 524
— (Reconocimientos) definicion..... 491
— consideraciones..... 491
— diarios..... 494
— especiales..... 494
— fuertes..... 494
— generales..... 494
— ofensivos..... 494
— tácticos..... 495
— topográficos..... 491,581
Rediente..... 422
Reducto..... 425
Relieve del terreno... 502
— de fortificacion..... 445
Repuesto..... 428
Reserva..... 46,61
Retaguardia..... 86,267
Reten..... 447
Retirada..... 86,267
Revestimientos..... 429
Rios..... 321,540,554,582
— afluentes..... 565
— alfaques..... 559,566

Páginas.

— álveo..... 561
— anchura..... 562
— barra..... 566
— brazos..... 565
— cascada..... 559
— clases..... 554
— confluencia..... 565
— corriente..... 560
— crecida..... 563
— curso..... 559
— delta..... 559,566
— embocadura..... 566
— estuario..... 566
— guarda (de un)..... 323
— inundacion.. 443,449,563
— lecho... 527,545,561,564
— maniobras (sobre)... 321
— manantiales..... 546
— nacimiento..... 542
— origen..... 542
— ollas..... 565
— orillas..... 322,564
— Paso á nado..... 347
á viva fuerza.. 331
en barcas..... 346
por puentes... 334
por sorpresa... 332
por vados..... 343
sobre el hielo.. 348
— pendiente..... 562
— profundidad..... 562
— rápidos..... 559
— recodos..... 322,333,565
— reconocimiento (de).. 582
— régimen..... 537,561
— thalweg..... 561
— trozos..... 559
— vados..... 343
— velocidad..... 560
— volúmen..... 560
Rodillera..... 421

S.

Saco terrero..... 432
Salchicha..... 436
Salchichon..... 431

	Páginas.
Salida	454
Servicio avanzado	127
Sitios	479
Solidez	29
Sorpresas	309
Superioridad	31

T.

Táctica	65
Talas	435
Talud	417,429
Tambor	443
Tapial	429
Teatro	43
Telémetro	571
Tepes	430
Terreno	500
Testigo	436
Topografía	568
Torrentes	555,582
Través	442,455,488
Traza	414,422
Trinchera	419,480
Tronera	442

V.

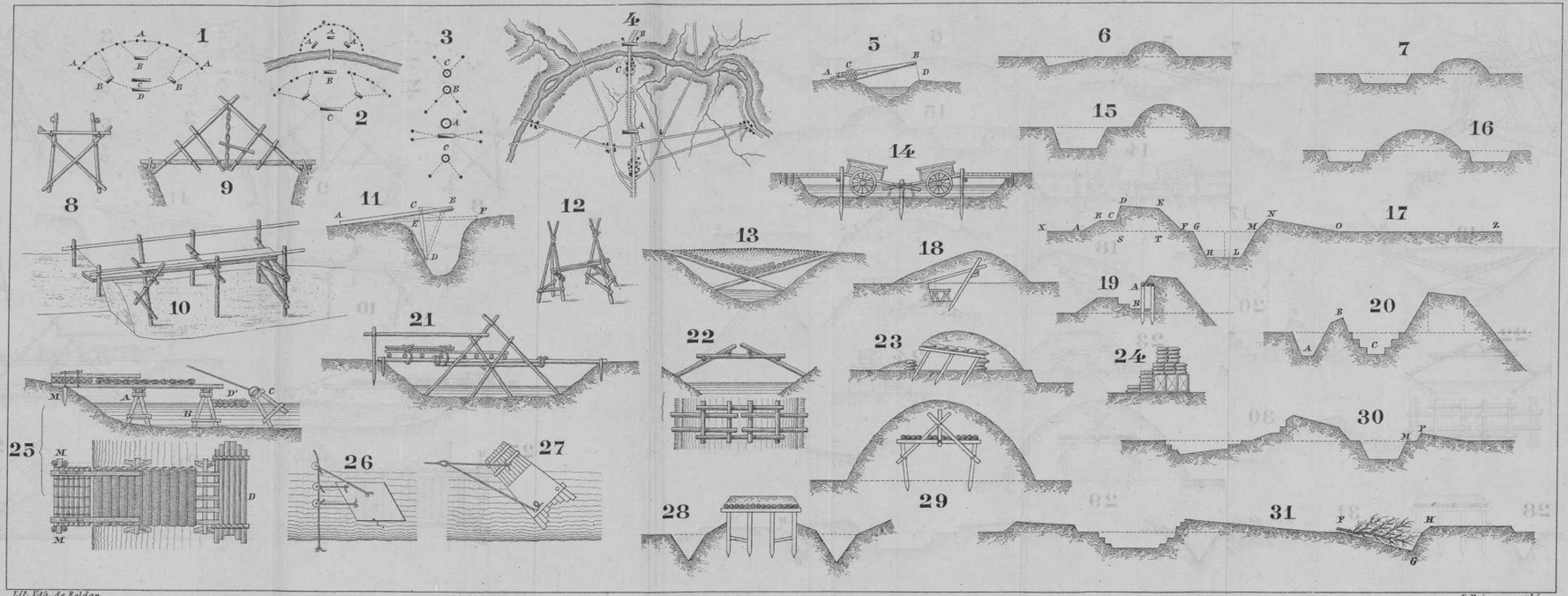
Vados	343
Valles	524
Vanguardia	77
Viñas	434
Vivac	116

Z.

Zarzos	431
Zona táctica ó polémica	448,484

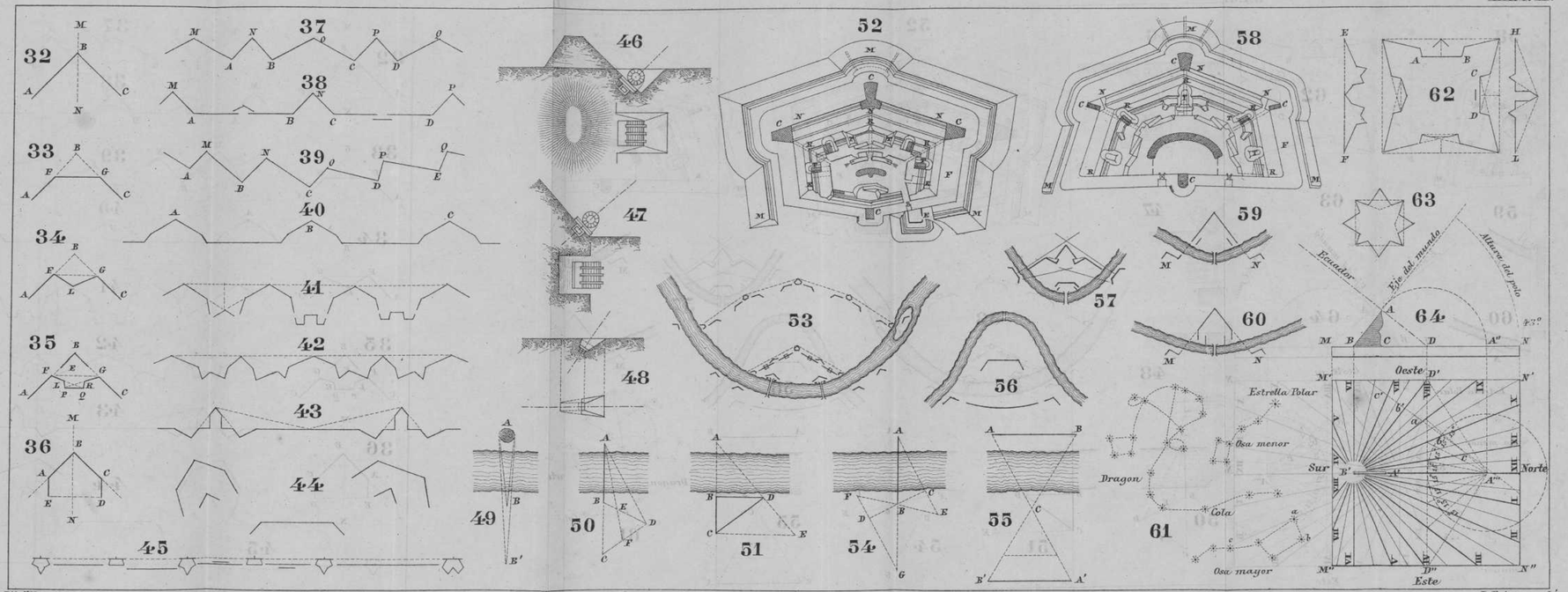
ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
79	10	*flancos*	*flanqueos*
97	13	*profesional*	*procesional*
110	23	ambulaciones	ambulancias
114	4	gentes	yentes
132	17	reglamenteria	reglamentaria
224	20	poner	oponer
263	17	*moniobrar*	maniobrar
294	14	las tropas	la tropa
327	5	rato;	rato,
384	1	puestos	puertos
386	24	ella	ellas
392	26	recibirlos	recibirle
413	28	otro	otra
429	11	certa	cerca
434	6	*blok*	*block*
448	16	á mandar	. . . . . (sobra)
449	10	la	de
458	24	aquellas	aquella
553	4	numeros	numerosos
554	4	sigular	singular



Lit. Vda. de Roldan.

J. Reinoso grabó.



Lit. Vda. de Roldan.

J. Reinoso grabó

ESTANTE 19
Tabla 6.ª
N.º 3

15

ALMIRANTE

GUIA
DEL
OFICIAL EN CAMPAÑA

BIBLIOTECA
15.321